

Nadine Gordimer

Ningún lugar semejante

Título original: *Selected stories*

Nadine Gordimer, 1975

Traducción: Bárbara McShane y Javier Alfaya

Para Pascual

3 de julio de 1975

INTRODUCCIÓN

«Después de seleccionar y ordenar estos cuentos, el editor me ha pedido que anteponga algún tipo de introducción. Si aparecieran por vez primera quizá hubiera rechazado esta invitación, pero todos han sido ya editados y algunos reeditados, y por tanto han pasado su período de prueba. Lo que yo puedo decir sobre ellos no cambia lo que otros han dicho, ni aumentará ni disminuirá la posibilidad de que sean leídos: eso depende de los propios relatos».

Las palabras son de William Plomer, pero su actitud es tan parecida a la mía que no dudo en izar esta declaración en el mástil de este libro. William Plomer no sólo escribió unos cuantos relatos que se han convertido en clásicos, sino que sintió un especial interés y fascinación por el relato breve en sus más diversas formas. Su código me parece válido para mí y para todos nosotros. Voy más allá: si el relato no consigue comunicar lo que el escritor quiere comunicar, sin que importe cuándo lo haya escrito, ninguna explicación posterior puede cambiarlo. Por el contrario, si el relato está logrado, la forma condescendiente con que el escritor lo mira después, como algo que ahora podría hacer sin ningún esfuerzo pero que ya no le interesa seguir haciendo, no le resta méritos.

He escrito estos relatos a lo largo de treinta años.

He intentado influir en la opinión o en el placer de los lectores, pero sólo eligiendo unas historias y excluyendo otras. En este sentido, supongo que he «reescrito», he impuesto una cierta forma, moldeada por la visión retrospectiva, sobre el conjunto de esta selección. Todo lo que uno escribe forma parte de un único relato completo en la medida en que un escritor intenta construir la pauta de su percepción a partir del caos. Para dar un sentido a la vida: ese relato en el que todo, novelas, cuentos, los falsos inicios, lo inconcluso, lo abandonado, tiene un lugar significativo, que será completado con la última frase escrita antes de morir o antes de que la imaginación se atrofie. En cuanto a la visión retrospectiva como crítica válida, me doy cuenta de que no es algo inamovible, sino que representa mi esfuerzo constante y variable para enseñarme a mí misma cómo hacer con las palabras una forma total, sea cual sea el contenido que yo elija. Esto lo entendí con claridad al volver a leer mis cinco libros de relatos, y comprobé que algunos los he seguido escribiendo una y otra vez durante toda mi vida, no tanto porque traten de temas obsesivos, sino porque he encontrado otra manera de enfocarlos; porque esperé tener la revelación de nuevas percepciones a través de las diferentes técnicas que estas exigían. Busqué a tientas ese toque que hiciera saltar el resorte que separa la apariencia de la realidad. Si hubiera tenido que hacer una selección de mis relatos a lo largo de cinco años, habría hecho una selección diferente, a la luz de lo que hubiera aprendido sobre esas cosas por entonces. Mi «visión retrospectiva» se hubiera basado en los relatos que se aproximasen más a lo que he ido aprendiendo recientemente. Eso es inevitable.

¿Por qué escribir relatos?

Esa pregunta implica otra más amplia: ¿qué le lleva a uno a escribir? Ambas han sido contestadas por los expertos que estudian a los escritores como fenómenos psicológicos y sociales. Es más fácil y consolador ser explicado que intentar explicarse uno mismo.

Ambas han recibido también toda clase de respuestas por parte de muchos escritores; respuestas erradas, como posiblemente lo sea la mía. (Si se descubre exactamente cómo se camina por la cuerda floja, ¿se caería uno de inmediato?). Algunos han vivido —o muerto— en contradicción con sus teorías; Ernest Hemingway dijo una vez que escribimos en los libros acerca de nuestras enfermedades, y se mató. Por supuesto, descubro que estoy de acuerdo con esos escritores cuyas teorías coinciden, al menos en parte, con las mías. Lo que se experimenta como soledad (a la que se tilda con demasiado apresuramiento de alienación), se considera, por lo general, como una condición común que lleva a convertirse en escritor. Octavio Paz habla de la «doble soledad», como intelectual y como mujer, de la famosa escritora hispanoamericana Sor Juana Inés de la Cruz. Habiéndome criado en Sudáfrica, en una ciudad dedicada a la minería del oro, siendo parte de la minoría blanca, mi particular soledad como intelectual por vocación era tan completa que ni siquiera fui consciente de ella: el concepto de «intelectual» que conocía por mis lecturas pertenecía de un modo tan claro al hemisferio septentrional como la nieve en Navidad. Ciertamente debía de haber otras personas que eran intelectuales, pero sin duda aceptaban su aislamiento con demasiada filosofía como para hacer una llamada de la que difícilmente podían esperar respuesta, y menos aún pensar en atraer a un acólito. En cuanto a la soledad específica de mujer e intelectual, he de decir con sinceridad que mi femineidad no ha constituido para mí ningún tipo especial de soledad. Desde luego, en aquella pequeña ciudad cercada por los vertederos de las minas, nacida exiliada del mundo de las ideas europeas, ignorante de que tal mundo existiera entre los africanos, mi única e inocente conexión con la vida social de la ciudad (en el sentido de que yo no fingía ser lo que no era, ocultando siempre las actividades de la mente y la imaginación que pueden ser sospechosas, y que por tanto hay que encubrir) se dio a través de mi femineidad. Cuando era adolescente, al menos sentía la misma atracción sexual que los demás, era una forma de comunión que podía compartir. La melena de Rapunzel es la perfecta metáfora de dicha femineidad: a través de ella era capaz de expresarme y vivir con el cuerpo, con los demás, al igual que a solas, con la mente. Ser joven y estar al sol; mi experiencia en eso fue similar a la de Camus, aunque no entrase en ello tan plenamente como él; yo no jugaba al fútbol...

En cualquier caso, pongo en duda la existencia de una soledad específica de la mujer como intelectual cuando esa mujer es escritora, porque en lo que concierne a su facultad de escribir, todos los escritores son seres andróginos.

La diferencia entre alienación y soledad tiene que estar suficientemente clara. Las necesidades de los escritores en ese sentido son menos claras y desde luego peor entendidas y con menos honradez hasta por ellos mismos. Algunas formas de soledad (hay escritores de los que se dice que la encuentran en un café lleno de gente o, menos románticamente, entre las cucarachas de la cocina familiar, por la noche; otros, en una cabaña en el bosque)

son condición para la creación. Inevitablemente viene la forma írtenos seria —¿decimos profesional?— de la alienación. Es muy distinta de la seria ruptura psíquica entre el escritor y su sociedad que se ha producido en la Unión Soviética y Sudáfrica, por ejemplo, y de la que no hablaré aquí, ya que exige estudio aparte.

Creo —de hecho, sé, y son muy pocas las cosas sobre las que me gustaría dogmatizar con respecto al tema de escribir— que los escritores necesitan soledad, y buscan a diario, en su vida laboral, cierto tipo de alienación. (Y recuérdese que ni siquiera son conscientes de cuándo están trabajando y cuándo no...). La capacidad de observación por encima de lo normal supone un extraordinario distanciamiento, o más bien un doble proceso, una preocupación e identificación excesivas con las vidas de los demás y al mismo tiempo un monstruoso desinterés. No en vano la identificación conlleva la ocultación y la privacidad como lealtades superficiales hacia uno mismo, mientras el desinterés supone una fidelidad más incómoda (hacia la verdad de lo que uno es) a la revelación y al desvelamiento. La tensión entre mantenerse al margen y estar plenamente comprometido: eso es lo que hace a un escritor. Por ahí se empieza. La validez de esta dialéctica es la síntesis de la revelación; si la conseguimos, o incluso aunque sólo lo intentemos, ya tendremos una justificación moral y humana para nuestros actos.

Aquí me refiero a una acusación con la que se enfrentan todos los escritores: que «usamos» a la gente, o más bien sus vidas. Claro que lo hacemos. Como inconscientes y eternos oyentes furtivos y observadores curiosos, nada humano es ajeno a la imaginación y a la intuición peculiar, para las cuales todo es susceptible de ser anotado. Yo he escrito desde la perspectiva de las vidas «reales» de otras personas; lo que yo he escrito representa otras alternativas al desarrollo de una vida tal como estaba formulada antes de que yo la encontrara y tal como continuará siendo cuando la pierda de vista. Un escritor ve en tu vida lo que tú no ves. Por ello, las personas que se reconocen como «modelos» de tal o cual personaje de un relato protestan con un tono de triunfo, «no fue así en absoluto». Piensan que ellos lo saben mejor; pero ¿y si el novelista o el autor de relatos lo sabe mejor? La ficción es una manera de explorar las posibilidades de la vida que en el curso de nuestra experiencia no nos atrevemos ni a imaginar.

También hay quien piensa, y se complace o pretende escandalizarse, que los escritores únicamente escriben sobre sí mismos. Sé que he utilizado mi propia vida de la misma forma que he utilizado la de otros: los acontecimientos (las emociones también son acontecimientos del espíritu) señalan las salidas y entradas de una madriguera, donde muchos de los túneles conducen a la oscuridad, pero uno de ellos puede desembocar muy lejos de esta. Lo que emerge casi siempre es un destino alternativo, que está ya latente en lo que «realmente» ha ocurrido.

¿Cómo puede el que escucha a escondidas, el observador, el husmeador, ser el prototipo? Los relatos de este volumen están escritos entre los veinte y los cincuenta años. ¿Dónde estoy yo en ellos? Me busco. En el mejor de los casos, al leerlos por primera vez en muchos años, veo mi propia sombra moviéndose en la pared, por detrás de ciertos relatos. Puedo intentar recordar qué acontecimiento significativo fue el que proyectó allí mi sombra. La «verdad» del relato, o su ausencia de «verdad», no está en relación directa, ni

depende siquiera de ese acontecimiento ya perdido.

Pero parte de la «verdad» de esos relatos depende de la fidelidad a otra serie de acontecimientos ya perdidos: los cambios en las actitudes sociales tal como se presentan en los personajes y en las situaciones. Quise ordenar la selección en una secuencia temporal, desde el primer libro de relatos hasta el último, simplemente porque al leer estos relatos disfruto siguiendo el desarrollo de un escritor. Luego descubrí que ese orden tenía otra lógica que complementaba a la primera. El orden cronológico resulta ser histórico. El cambio en las actitudes sociales, inconscientemente reflejado en los relatos, representa tanto el cambio de la gente en mi sociedad —es decir, la historia— como mi aprehensión de ese cambio; al escribir actúo sobre mi sociedad, y según mi forma de aprehensión, la historia está siempre actuando sobre mí.

La muchacha blanca de «¿No hay otro lugar donde podamos encontrarnos?», cuyo primer encuentro consciente con un negro es el encuentro entre una víctima y su atacante, una relación primaria donde las haya, está a varios años y un libro de distancia de la muchacha de «El olor de la muerte y de las flores», que experimenta lo que para su generación era el equivalente al éxtasis religioso en la camaradería con los negros de la resistencia pasiva. Ambas muchachas blancas están a veinticinco años y varios libros de distancia de los blancos de «Casa abierta» y «África emergente», que experimentan el colapso del liberalismo blanco. La humilde sirvienta negra que se lamenta de forma fatalista en «¡Ay de mí!» (uno de mis primeros relatos), nunca podría haber aparecido en mis escritos de la época en que, varios libros más tarde, en «Seguro que algún lunes», el joven refugiado político negro, que espera recibir entrenamiento militar en el exilio, vuelve a una Sudáfrica gobernada por una mayoría negra. Hasta la propia lengua cambia de un libro a otro: «nativo» se convierte en «africano», luego en «negro», porque esos usos^[1] han sido adoptados, al cabo de tres décadas, por sudafricanos de diversas opiniones, con frecuencia en diversas etapas. Por ejemplo, el viejo *afrikaner* de «En el extranjero» (un relato reciente) sigue hablando con bastante naturalidad de los «nativos», mientras que para los blancos de habla inglesa, el uso del término «africano» se ha generalizado y ya ni siquiera indica, como ocurría hace diez años, que el hablante muestre su coloración política liberal si no izquierdista. El uso del contundente término «negro» es ahora lo contrario de peyorativo o insultante: desde luego, es la única de todas las palabras genéricas que no les ha sido impuesta, pues la han escogido los propios negros. (Aunque no todos, en particular los más viejos y conservadores, se sienten contentos con ella). Su adopción por parte de los blancos tiene un tono que está un poco a la izquierda del liberal, pero mucho más significativo es el hecho de que los blancos adopten un término de uso negro.

Lo que intento decir es que muchos de esos relatos no podían haber sido escritos antes o después de lo que lo fueron. Si hubiera podido alterar el orden de los relatos de esta selección sin que fuera evidente, a mí, como escritora, me hubieran parecido falsos.

Lo que intento decir, pues, es que en un cierto sentido el escritor es «escogido» por su tema, siendo su tema la conciencia de la propia época. La manera de abordar esto es para mí el fundamento del compromiso, aunque «compromiso» se entienda habitualmente como el proceso inverso: una selección por parte del escritor de un tema determinado, conforme a

la racionalización de sus creencias ideológicas y/o políticas.

Mi tiempo y mi espacio son el África del siglo XX. Nacida en ella, inmersa en ella, la primera forma en que me expresé fue el relato. Ahora escribo cada vez menos relatos y más novelas, pero no creo que vaya a dejar de escribirlos. ¿Qué es lo que hace que un escritor vaya de un género a otro? ¿Qué diferencia hay entre ellos?

Nadie ha conseguido definir el relato de forma que satisfaga a quienes lo leen y a quienes lo escriben; no seré yo quien lo intente, y mucho menos aquí. A veces me pregunto si no se debe decir sin rodeos: ¿no es el relato una forma de ficción suficientemente breve para leerlo de una sentada? No, eso nadie lo encontraría satisfactorio, y yo menos que nadie. Creo, desde luego, que hay una clave para saber por qué los escritores eligen como forma expresiva el relato breve: tanto si se cuenta o no una historia, en el sentido externo o interno, tanto si es una narración abierta o cerrada, claramente un relato es un concepto que el escritor puede «aprehender» plenamente realizado en su imaginación, de una sola vez. En comparación, una novela está en juego en todo momento y hay que apropiársela etapa por etapa; es imposible retener, de una sola vez, la proliferación de conceptos que finalmente se utilizan. Por esa razón, no entiendo cómo nadie puede suponer que se hace una elección consciente, después de saber qué se quiere escribir, entre escribir una novela o un cuento. Un relato sucede, en el sentido imaginativo del término. Escribirlo es destilar, a partir de una situación vivificante —en el mundo externo o interno—, la gota de sudor, lágrima, semen, saliva que hará arder la página.

Abril de 1975.

(De *La suave voz de la serpiente*)

¿NO HAY OTRO LUGAR DONDE PODAMOS ENCONTRARNOS?

Era una fría mañana gris y el aire era como el humo. En esta inversión de los elementos que se produce a veces, el cielo gris, suave y apagado, se movía como el mar en un día silencioso.

Le picaba el áspero cuello del abrigo y tenía las mejillas suavemente frías, como si se hubiera lavado la cara con agua helada. Respiraba pausadamente; a la izquierda, una franja de rastros ardía en silencio, sin llama. Por encima zureaba una paloma. Pasó sobre la hierba apelmazada y pajiza, siguiendo los árboles unas veces por el sendero, otras no. A lo lejos, sobre el amasijo de ramas caídas, las líneas ondulantes de hierba negra y platino —tonos que se fundían sin color, como en un grabado—, estaba el horizonte, la orilla bañada por las nubes.

Venían bocanadas negras de hierba mojada y quemada, polvo ligero bajo sus pies. Oyó cómo tragaba saliva.

A lo lejos vio una figura que llevaba algo rojo en la cabeza, y tuvo una sensación de equilibrio, como si hubiera colocado la pincelada de una figura en un cuadro. Ella estaba aquí; alguien más estaba allí... Luego, el puntito rojo desapareció tras la curva de los árboles. Ella cambió el bolso y el paquete de un brazo a otro y sintió la mañana palpable, profundamente fría y pegada contra los ojos.

Llegó al final de la recta del sendero y dio la vuelta con este a un pino con flecos oscuros y a un arbusto, delicadamente podado, al que recordaba en verano cargado de ramas de flores blancas como cristales. En la siguiente arboleda había un nativo con gorro de lana roja; allí, el sendero cruzaba una zanja y lo bordeaban piedras blancas y pulidas. Ella arrancó unas agujas del pino, tres en un nudo de fino tejido marrón, y mientras caminaba se las pasó por el pulgar. Hacia abajo, suaves y tías; hacia arriba se encogían en una blanda resistencia cuando las diminutas puntitas se prendían a la piel. Él estaba de espaldas a ella, mirando hacia el camino por donde había venido; ella se pinchaba la yema del pulgar con las puntas de las agujas. Una de las perneras de los pantalones de él estaba cortada sobre la rodilla, y la parte de atrás de la pierna desnuda y el talón medio vuelto mostraba ese negro peculiarmente yerto y polvoriento que da el frío. Ella se le iba acercando a sabiendas de que él no la oía, pues caminaba sobre el polvo mojado del sendero. Llegó a su misma altura, le adelantó; él se volvió lentamente y miró más allá, sin el menor interés, como miran las vacas.

Vio que tenía los ojos rojos, como si no hubiera dormido en mucho tiempo, y el fuerte olor a sudor rancio le ardió en las narices. Cuando le adelantó, quiso toser, pero le frenó un pinchazo de culpabilidad por los ojos enrojecidos y cansados. Y él llevaba sólo unos harapos sucios —¿parte de una vieja camisa?—, sin mangas y deshilachados, con un

agujero grande que iba desde la axila hasta la cintura. Aletearon los andrajos con las corrientes de frío que ella levantó al pasar. Había dejado caer el perfecto trío de agujas de pino en algún sitio, no supo en qué momento, de modo que, recordando alguna cosa de su niñez, levantó la mano hasta el rostro y se la olió. Sí, era como lo recordaba, no como pretenden los químicos con las sales de baño, un olor a verde polvoriento, más de vegetal que de flor. Era limpio, no humano. También ligeramente pegajoso, viscoso en los dedos. Tendría que lavárselos tan pronto llegara. A menos que sus manos estuvieran muy limpias, no conseguía desentenderse de ellas, se entrometían en sus pensamientos.

Oyó un ruido sordo en el suelo, como el sonido de una liebre que corre asustada, y a punto estaba de volverse cuando él apareció a su lado, sorprendente, totalmente inesperado, echándole en plena cara su aliento jadeante. Se quedó quieto y ella también. Todos los vestigios del control, de los sentidos, del pensamiento, desaparecieron en ella como cuando una habitación se queda a oscuras por un apagón eléctrico, y se encontró gimoteando como un idiota o un niño. De su garganta salieron sonidos animales. Farfulló. Por un instante fue el Miedo quien la atenazó por los brazos, las piernas, la garganta; no el miedo al hombre, ni la amenaza que pudiera representar, sino el Miedo absoluto, abstracto. Si la tierra se hubiera encendido en llamaradas a sus pies, si una bestia salvaje hubiera abierto su boca terrible para engullirla, no se hubiera sentido como en ese momento.

Vio ante sí un pecho que jadeaba por entre los desgarrones; un rostro acechante; debajo del gorro de lana roja, los ojos amarillentos y rojizos la miraban con desconfianza. Un pie, cuarteado por la intemperie hasta parecer madera resquebrajada, se movió para recuperar el equilibrio tras el aturdimiento que sigue a una carrera, pero cualquier movimiento parecía dirigirse a ella, que intentó gritar, aunque el terror de los sueños se hizo realidad y nada salió de su boca. Quiso arrojarle el bolso y el paquete, y mientras intentaba hacerlo, enloquecida, oyó un suspiro ronco y profundo; él hizo un ademán hacia ella y —¡ah!—. Ya estaba. Su mano le agarró el hombro.

Luchó con él y se estremeció con fuerza mientras forcejeaban. Se levantó el polvo alrededor de sus zapatos y de los pies descalzos al arrastrarse. El olor que él despedía la hizo atragantarse; llevaba una vieja chaqueta de pijama, no una camisa. Su rostro era tétrico y tenía una mancha rosada, despellejada. Ella aspiró desesperadamente por la nariz, sin aliento. Le castañetearon los dientes; le dio un cabezazo con furia y se apartó, pero él la aferró por los faldones del abrigo y la atrajo de un tirón. Ella alzó la cara y vio los tonos de un cielo gris y una grulla que volaba sobre ellos, hermosa como el mascarón de proa de un navío. Se tambaleó para recobrar el equilibrio y se le cayeron el bolso y el paquete. Inmediatamente, él se lanzó sobre ambos y ella se dio la vuelta, pero cuando estaba a punto de dejarse caer de rodillas sobre sus cosas, se apoderó de ella un alivio repentino, como un flujo de lágrimas, y en lugar de arrodillarse echó a correr. Corrió y corrió, tambaleándose locamente entre los altos tallos de hierba seca, tropezando con matas endurecidas por el invierno, metiéndose entre árboles y arbustos. Las jóvenes mimosas la rodearon, formando una espesura de ramitas que llegaba hasta el suelo, pero se abrió paso sintiendo el polvo en los ojos y las escamosas ramas que se le enredaban en el pelo. Había una zanja con matorrales que le llegaban hasta las rodillas; como alfileres atraídos por un imán, se pegaron a sus piernas, pero al otro lado había un cercado y luego la carretera... Tocó la

cerca —sus manos no eran capaces de nada— e intentó arrastrarse por entre los alambres, pero las púas se enredaron en el abrigo y quedó aprisionada, doblada por la cintura, mientras oleadas de terror la recorrían sofocantes y temblorosas. Por fin las púas rasgaron la tela; estremecida y frenética, pasó la cerca.

Y ya estaba a salvo. Estaba en la carretera. A poca distancia había casas con jardines, buzones, el columpio de algún niño. Un perrito estaba sentado ante una verja. Oyó un débil zumbido, como si fuera la vida, conversaciones en alguna parte o, tal vez, los cables del teléfono.

Temblaba tanto que no podía estarse quieta. Tuvo que seguir andando rápidamente por la carretera. Todo estaba en silencio y gris, como la mañana. Y frío. Sentía el aire helado en torno a la boca y entre las cejas, donde el sudor le bañaba la piel, y la fría humedad que la empapaba bajo las axilas y entre las nalgas. Le latía lento y desacompañado el corazón. Sí, el viento era frío; de repente tuvo frío, un frío húmedo por todo el cuerpo. Levantó la mano, que seguía temblando incontrolable, y se alisó el pelo; notó húmedo el nacimiento de los cabellos. Se llevó la mano al bolsillo y encontró un pañuelo con el que sonarse.

Ante ella estaba la verja de la primera casa.

Pensó en la mujer que acudiría a la puerta, en las explicaciones, en el rostro de la mujer y en la policía. ¿Por qué luché?, pensó de repente. ¿Para qué luché? ¿Por qué no le di el dinero y le dejé marcharse? Sus ojos enrojecidos, el olor y sus pies agrietados, llenos de fisuras, de erosiones. Se estremeció. El frío de la mañana fluyó por todo su cuerpo.

Se alejó de la puerta y salió lentamente a la carretera, como una inválida, comenzando a quitarse las espigas de las medias.

LA SUAVE VOZ DE LA SERPIENTE

Tenía veintiséis años, estaba muy sano y pronto se encontró con fuerza suficiente para que le sacaran en su silla de ruedas al jardín. Como todos, tenía una grande y curiosa fe en el jardín. «Bueno, pronto te levantarás y te sentarás ahí fuera en el jardín», le dijeron, mirándole con simpatía, con pequeños movimientos comprensivos de cabeza. Sí, pronto estaría fuerte... en el jardín. Era un jardín grande, cerrado por unos abetos viejos, oscuros, sedosos, aguzados, y él podría sentarse aislado, a la sombra de su follaje escalonado. Tenía la sensación de que allí, en el jardín, llegaría a un entendimiento; que allí le sería más fácil. Tal vez alentara en ello la vieja idea del Edén; el frágil ser humano hace las paces consigo mismo ante la presencia impersonal y apaciguadora de los árboles, la hierba y la tierra, antes de salir a mostrarse a los ojos del mundo.

La primera vez resultó muy extraño; su esposa le llevó por el sendero de grava bajo el sol y la sombra, y se sintió exactamente como cuando era un niño pequeño y se agachaba y daba la vuelta para mirar el mundo al revés, por entre sus tobillos. Todo era vasto y abierto, el cielo, el viento que soplaba sobre el césped oscilante y trémulo, las flores que se movían como si negasen con vehemencia. El movimiento...

Un primer golpe de brisa volvió a levantar el flojo y abolsado velamen de su ser; sintió que se combaba suavemente, tan suavemente que pudo sentir de algún modo que algo se hendía en su interior.

Así pues, ella le llevó empujándole con fuerza y no muy bien, con sus brazos delgados y hermosos, pero a él no se le hubiera ocurrido decir ni palabra por la forma en que lo hacía, ni insinuar siquiera que una enfermera lo haría mejor, porque sabía que eso le dolería, y cuando llegaron a un lugar que a él le gustó, puso el freno a la silla y le acomodó allí para pasar la mañana. Esa fue la primera vez, y ahora se sentaba allí todos los días. Leía mucho, pero su atención quedaba en suspenso de cuando en cuando, súbita y apremiante, por el hueco que había bajo la manta donde una pierna estaba allí, en su sitio, y a su lado, la manta caía flácida. Luego, mirando, se daba cuenta de que su pierna no estaba allí; la sentía desvanecerse, desde los dedos del pie hasta el muslo. Se daba cuenta de que no tenía pierna. Al cabo de unos minutos volvía a la lectura. Nunca dejaba que le alcanzase una comprensión plena; se permitía darse cuenta físicamente, pero no dejaba que esa sensación le dominara. Sentía que le presionaba, que venía, oscura, aplastante, a punto de estallar; pero siempre retrocedía, en el último momento, para volver a su libro. Ese era su sistema; así se había propuesto hacerlo. Consentía que se acercara extremadamente cerca, una y otra vez, dispuesta a atraparla allí, a solas en el jardín, y una y otra vez la rechazaba en el último momento. Lentamente se convertiría en hábito, cobraría la fuerza tranquilizadora del hábito. Se convertiría en hábito el no llegar al punto de darse cuenta de que nunca se daría cuenta de ello. Y un buen día descubriría que había conseguido su propósito: se sentiría como si hubiera estado siempre así. Luego, pasaría el peligro definitivamente.

Al cabo de una o dos semanas ya no tenía que leer a todas horas; podía dejar el libro y mirar alrededor, ver moverse sedosamente los abetos como el pelo liso y fino de un niño al viento, ver los pajaritos que andan por la cuerda floja de los cables del teléfono, ver al viejo y gordo palomo perseguir a sus refinadas y patricias hembras grises, zureando con lujuria. Su esposa venía y se sentaba con él, cosiendo, y a veces hablaban, pero con frecuencia pasaban las horas sentados, la mañana entera; los movimientos de ella en su quehacer, breves y discretos como los de los pájaros; él echaba la cabeza hacia atrás y miraba el borrón del cielo a través de los ojos semi-cerrados. De vez en cuando, los ojos de ella, habitualmente vueltos hacia su interior, captaban la señal de cualquier pequeño acontecimiento, un punto de color en el jardín, y, acto seguido, su risa o exclamación con la que procuraba hacérselo notar, y despejar así, de súbito, el silencio. A las once, ella se levantaba, dejaba su costura e iba a la casa a recoger la bandeja del té; caminaba despacio bajo el sol, por el sendero, con facilidad, más fortalecida por el sol que por sus propios músculos. La miraba irse... Se estaba curando. En la estática cualidad de su mirada, en el sentimiento de sosiego de su boca, en la palma de la mano descansando hacia arriba, notaba un fortalecimiento...

Un día, una langosta pasó zumbando secamente junto a la cabeza de su esposa, y ella se levantó de un salto, gritando, tirando la costura. Se echó a reír mirándola mientras ella se agachaba para recogerla, temblorosa. Se fue a la casa a buscar el té y él comenzó a leer. Pero pronto dejó el libro y, bostezando, se fijó en una madeja de algodón de color rosado, que ella no había visto, caída en un rosal. Se sonrió al recordarla y luego se fijó en una cara diminuta y curiosa, de viejo, que le miraba sin quitarle ojo, con una especie de temor hipnótico. Allí, absolutamente paralizada por el miedo, bajo su mirada, estaba agazapada una langosta muy grande. ¡Qué rostro tan gracioso tenía aquella cosa! Un rostro largo y lúgubre, que parecía sugerir una cabeza calva y una boca triste. Parecía un personaje de una película de dibujos animados de Disney. Se movía ligeramente, mirándole aún con miedo. Extraño cuerpo encapsulado en una especie de armadura anticuada y chirriante. ¡No se había dado cuenta hasta entonces de qué insectos tan ridículos eran las langostas! Bueno, naturalmente no; aparecen como una plaga, colectivamente, como un todo, y nadie se para a mirar sus rostros.

Pero este, desde luego, era curiosamente humano y hasta expresivo, aunque al mirar el cuerpo pensó que, en realidad, a eso no se le podía llamar cuerpo. El parentesco de aquella criatura con los seres humanos terminaba en el rostro. El cuerpo era papel fino desplegado sobre un armazón hecho de cerillas, como el avión casero de un chiquillo. Y no podía pensar en las patas como si fueran verdaderas patas traseras aserradas, más bien parecían piezas de una vieja grúa, y las delanteras, como las horquillas de su mujer, estaban dobladas en dos. Y en aquel momento, el animal levantó levemente una de las patas delanteras y se la pasó temblando sobre la cabeza, haciendo bajar suavemente la antena izquierda. Al igual que un hombre que saca un pañuelo y se lo pasa por la frente.

Comenzó a sentir un enorme interés por el bicho, y se inclinó en su silla para observarlo más de cerca. El bicho se percató de su presencia; bajo sus costados tiesos y chapeados, le sorprendió ver las pulsaciones de un corazón. Con qué rapidez respiraba... Se alejó un poco para asustarlo menos.

Mirándola con detenimiento e intentando pasar inadvertido, sin moverse, fue consciente de que en la cosa se estaba produciendo una lucha. Parecía hacer un esfuerzo de concentración muscular: esa fuerza coordinada pasó por su cuerpo en una especie de temblor que disminuía lentamente y terminó con un estremecimiento en la parte de arriba de las grandes patas traseras. Pero la langosta se quedó donde estaba. Varias veces le atravesó esa oleada de esfuerzos para desaparecer acto seguido, pero la vez siguiente dio por sorpresa unos cuantos pasos tambaleantes e inseguros, y su tren de aterrizaje, también como el de un avión, se arrastró por la tierra.

Luego el animal se posó, cayendo sobre un costado, las antenas vueltas hacia él. Tanteó con las patas, buscando un asidero en la tierra blanca, doblando sus articulaciones y esforzándose. Con un impulso, se enderezó y en ese momento vio —al inclinarse de nuevo hacia delante— lo que ocurría. Era el mismo problema. Su problema. El animal había perdido una pata. Sólo le quedaba la alargada parte superior de la izquierda, con una abertura redonda y clara donde, sin duda, encajaba la otra sección de la pata.

Mientras miraba a la langosta, que se esforzaba una y otra vez en aquella concentración de músculos, agotándose una y otra vez en enviar un mensaje que nunca era obedecido, supo exactamente lo que sentía el animal. ¡Claro que conocía ese sentimiento! La absoluta certeza de que la pierna estaba ahí, lo único que tenía que hacer era levantarla... La parte superior de la pata de la langosta vibraba, se levantaba, luego ¿por qué no podía andar? Lo intentó de nuevo. El mensaje llegó, pasó por ella, la pata se alzó, estaba lista ¡ya! La parte que quedaba permaneció en el aire, sin nada, nada en que apoyarse.

Se rio y movió la cabeza: Sabía... Por Dios, sabía exactamente cómo; llamó hacia la casa:

—¡Ven rápido! ¡Ven a ver! ¡Aquí tienes otro enfermo!

—¿Qué? —gritó ella—. ¡Estoy haciendo el té!

—¡Ven a ver! —gritó él—. ¡Ahora!

—¿Qué es? —preguntó ella, acercándose a la langosta con repugnancia.

—Tu langosta —dijo él.

Ella se apartó de un salto, dando un chillido.

—No te preocupes, no puede moverse. Es tan inofensiva como yo. ¡Debiste arrancarle la pata al golpearla!

Se reía de ella.

—¡Oh, no fui yo! —dijo en tono de reproche. Le parecía repugnante, pero más

repugnante aún le parecía hacer daño a nadie—. No la toqué. Le di al aire. No es posible que la haya golpeado, que le arrancara la pata.

—Está bien, como quieras. Debe ser otra langosta. Pero de todas formas ha perdido la pata. Debes observarla... No sabe que su pata ya no está ahí. Dios, sé exactamente cómo se siente uno así. La he estado mirando y de verdad es increíble. ¡Me doy cuenta de que se siente igual que yo!

Ella sonrió, mirando de reojo; parecía repentinamente contenta por algo. Luego, volviendo en sí, avanzó, inclinada, las manos en las caderas.

—Bueno, si no puede moverse —dijo ella, inclinándose más.

—No tengas miedo —dijo él—. Tócala.

—Ah, la pobrecita —dijo reteniendo el aliento compasivamente—. No puede andar.

—No la animes a compadecerse de sí misma —le dijo tomándole el pelo.

Miró hacia arriba y se rio.

—Ah, eres... —dijo ella evitando una respuesta directa, frunciendo el ceño. La langosta seguía con su rostro tonto y solemne vuelto hacia ella.

—Qué lástima, parece un viejecillo —dijo ella—. Pero ¿qué le va a pasar?

—No lo sé —dijo él, pues, como corría la misma suerte, eso le absolvía de responsabilidad o de misericordia—. A lo mejor le crece otra. A los lagartos les salen colas nuevas, si las pierden.

—Ah, los lagartos —dijo ella—. Pero a estas no. Me temo que la va a coger el gato.

—Manda que le hagan una sillita. Podrás sacarla de paseo aquí, conmigo.

—Sí —se rio ella—. Sólo que tendría que hacerle una especie de carrito con ruedas.

—O a lo mejor le pueden enseñar a usar muletas.

Estoy seguro de que a los granjeros les gustaría saber que seguía en actividad.

—¡Pobrecita! —dijo ella inclinándose de nuevo sobre la langosta. Y retrocediendo a algún momento de su infancia, tomó una ramita y rozó muy suavemente a la langosta.

—Qué extraño que hasta sea la misma pata: la izquierda.

Volvió la cabeza hacia él y sonrió.

—Lo sé —dijo él moviendo la cabeza—. Los dos... —y luego, sonriendo, volvió a decir—: Nosotros dos.

Ella se rio y, justamente al mover la rama con más fuerza de lo previsto, la tocó y hubo como un repentino crujir de papeles, y la langosta se alejó volando.

Se quedó con la rama en la mano, recuperándose del miedo, y preguntó acobardada como una niña.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

Hubo un momento de silencio.

—No seas tonta —dijo él, irritado.

Habían olvidado que las langostas pueden volar.

¡AY DE MÍ!

Sarah trabajaba para nosotros hasta que sus piernas empeoraron. Era muy gorda y tenía la piel de un amarillo marrón claro, como un globo cuyo color se va aclarando mientras se infla, como si la grasa bajo la fina capa de pigmento hiciera que se estirara y se extendiera cada vez más tenuemente. Llevaba unas gafas pequeñas de montura dorada y era una buena cocinera, aunque exagerada con la mantequilla. Esas eran las cosas que más nos llamaban la atención en ella.

Pero además tenía únicamente un marido, con quien estaba casada por la Iglesia, y tres hijos, Robert, Janet y Felicia, cuya educación era su preocupación constante. Cuando estaba inclinada limpiando, suspiraba con frecuencia, como suelen hacer los gordos, pero en realidad pensaba en sus hijos. «¡Ay de mí!», decía cuando el carnicero no entregaba el hígado o cuando comenzaba a llover en medio de la colada semanal, como si, a juzgar por los problemas de su vida, tuviese que esperar que todo fuera mal. Al principio nos reíamos de las pretensiones bíblicas de la exclamación, que parecían desproporcionadas, pero más tarde comprendimos. «¡Ay de mí!», decía, y ese era su comentario sobre la vida.

Se preocupaba de los tres niños porque quería que ellos supieran cuál era su lugar; quería educarles, quería que el chico tuviera un trabajo decente, quería que las chicas continuaran siendo vírgenes y se casaran por la Iglesia. Eso era todo. Su propia educación en la Escuela de la Misión, con su discreta insistencia en el otro mundo más que en este, no la había hecho lo bastante peligrosa, ni valiente, ni libre, ni siquiera educada, para pensar que sus hijos podían ocupar cualquier otro lugar; pero sí le habían enseñado lo suficiente como para hacerle pensar que había un lugar para ellos; no sería un rincón en el lugar del Hombre Blanco, pero tampoco iban a quedarse sin sitio: tendrían un lugar propio. Quería que ellos lo tuvieran y quería que se quedaran en él. Era lo bastante realista para saber que no era fácil. También era lo suficientemente conservadora para no preguntarse por qué era tan difícil. Hay que vivir el mundo tal como es, decía. Las cosas que quería para sus hijos parecían de lo más corriente, pero no lo eran. Al menos, no lo eran desde su punto de vista.

Al principio alquiló una habitación para los chicos en la casa de un pariente en la *Location*. Les pagaba la alimentación y les iba a visitar todos los domingos, y el primo en cuestión tenía que ocuparse de que no faltaran a la escuela y que no anduvieran por la *Location* después de oscurecer. Sarah creía tan fervorosamente en la educación como temía a las tinieblas. Pero en seguida se hizo evidente que Robert pasaba casi todo el tiempo que tenía que estar en la escuela haciendo de *caddy* en el campo de golf («¡Por qué, por qué, por qué!», gemía Sarah ante semejante desgracia), y Robert abría la mano, sonrosada por dentro, como la inesperada manita de un mono listo, para enseñar una moneda de seis peniques y un tickey^[2], empañados por el calor de la palma, y Felicia corría y gritaba por las calles oscuras y humeantes como hacían las otras niñas. Lo cual estaba bien para las otras, que iban a ser recaderas y niñas, pero no para la hija de Sarah.

Les envió a un internado. Llegó una lista de cosas que tenían que llevar, y empezaron las interminables y urgentes conversaciones en la puerta de servicio con su marido y el lento entrecruzarse de billetes rosados y doblados, y el recuento de las medias coronas que ella sacaba de una bolsa de tabaco. Se gastó en ellos no sólo una fortuna —las fortunas son cosas que se hacen y se pierden—, sino todo lo que tenía, sus nueve libras de la Caja Postal y su salario de todos los meses. Ni siquiera eso fue suficiente, porque la escuela estaba en Natal y sólo podía pagarles el billete de tren una vez al año, así que se pasaron todas las fiestas, salvo Navidades, en el colegio, a trescientas millas de casa. Pero los estaban educando. Me enseñaba sus cartas; al igual que las cartas de todos los niños, eran evasivas, carentes de emoción y habitualmente pedían algo. Ocasionalmente le di algunos dulces para que se los enviara y recibí una carta de agradecimiento de su hija menor, Janet; cortés, pero sin la menor señal del gusto que podría haberle dado el regalo. Sarah siempre me pedía leer la carta para comprobar, yo lo sabía, si era respetuosa: lo importante era eso. Una expresión de alivio aparecía en su rostro cuando volvía a doblarla. «Sí —decía—, sé que les cuidan bien».

Cuando llegó la Navidad me dio vergüenza que ella tuviera que alquilar una habitación para los chicos en la *Location*, durante las vacaciones, y le dije que podía alojarlos con ella en el patio, si quería. Se puso su vestido negro y el chal con flecos —se aferraba al viejo decoro Victoriano— y fue a esperarles a la estación, saliendo muy temprano porque tenía las piernas otra vez en mal estado y no podía andar con prisas. Estuvo fuera todo el día y yo me enfadé un poco, pero cuando la vi volver a casa con sus tres hijos me di cuenta de que había algo solemne en ella, y no dije nada.

Eran chicos sorprendentemente buenos. Nunca he visto chicos tan buenos, tan callados, tan recatados en sus movimientos, tan ceremoniosos en sus juegos. Demasiado buenos; las chicas iban a sentarse silenciosamente al sol, apoyadas en la pared de la habitación de Sarah, y el muchacho, con sus palos y piedras, entre la maleza que había junto a la cerca. Las niñas hacían su colada y tejían a ganchillo gorros de lana roja; sus risas eran secretas, nunca las sorprendía riendo; eran como el rumor de una corriente oculta en algún sitio entre la maleza. Sus risas eran solemnes y hermosas, pero rituales y sin alegría. El chico no sonreía nunca. Cuando le di una pistola de agua que había olvidado en casa algún niño que vino de visita, la aceptó como si fuera una penitencia. «La guardó en su caja, señora», sonreía Sarah orgullosamente. «Oh, sí, es muy importante para él tener una pistola, señora. Se siente como si fuera un hombre».

No se les permitía estar en el patio a menos que estuvieran acompañados por su madre o que ella les mandara a algún recado. Solían quedarse en la puerta de la cerca mirando hacia fuera. Una vez, Robert desapareció por la mañana y volvió a la hora de comer con los pies manchados de polvo y la ropa llena de hierba. Sarah llevaba toda la mañana quejándose. «Sé adonde ha ido. Al campo de golf, lo sé. Está en el campo de golf». Las piernas le molestaban mucho; de no ser así, habría ido a buscarle. En su cansada desesperación le dio unos buenos azotes, pero sin asomo de cólera. Él lloró y lloró, como si estuviera deprimido, más que por el dolor.

Sarah habló de la travesura del chico durante días; estaba grabada en los tres pares

de ojos en blanco que la miraban cuando salía por la puerta de la cocina al patio; pesaba sobre los hombros del chiquillo, con el sol que pegaba sobre su cabeza inclinada mientras jugaba.

Sarah se mostró tristemente severa con los chicos; constantemente les aconsejaba y amonestaba. La menor transgresión provocaba la llovizna permanente y penetrante de su pena y desaprobación, que rezumaba sobre la vitalidad del niño. Bajo la firmeza y el persistente gotear de su lógica, la vitalidad se apagaba. Le dije que pensaba que quizá era demasiado dura con los chicos —no era exactamente eso, pero yo tampoco me aclaraba muy bien sobre lo que les pasaba—, y luego ella lo pensó un momento y me respondió con la sencillez de la realidad: «Pero, señora, antes o después tendrán que hacer frente a la realidad. Si aprenden ahora que no pueden hacer lo que quieran, después no les cogerá de sorpresa. Tienen que aprender —repitió— ahora con dureza, tienen que *aprender*». Pensé que se aburrían mucho con ella.

Volvieron al colegio, se marcharon en tren para pasar fuera todo el año. ¿Quién sabe qué pensaban? Era imposible saberlo. Sólo Janet, la de en medio, lloró un poco. «Es la más inteligente —dijo Sarah sonriendo—, va a ser maestra. Está en quinto ya». Aunque tenía dos años más y físicamente era una joven bien desarrollada, Felicia estaba en la misma clase. Los planes sobre ella eran vagos, pero para Janet —Sarah siempre sonreía con la fuerza de la seguridad en Janet— sí que había un lugar.

Nunca volvieron a nuestro patio. Durante ese año, las piernas de Sarah fueron empeorando cada vez más y tuvo que dejar de trabajar. Se fue a vivir en la *Location* y lo único que hacía era lavar un poco de ropa en casa. Pero, por supuesto, fue el final del internado; sólo con los ingresos de su marido, con la comida y el alquiler que tenía que pagar en la *Location*, no podía. Así que los niños volvieron a casa, vivieron con su padre y fueron a la escuela de la *Location*. Vino a verme preocupada; me di cuenta por su intensa emoción, de que habían perdido estabilidad, pero que buscaban un asidero, algo a lo que agarrarse; se refugiaba en el consuelo de que aunque su educación no fuese tan buena, ella misma podría prepararles para el camino que habrían de seguir. Estaba sentada en la silla de la cocina mientras me lo contaba, acomodando lentamente sus piernas, envueltas, como enormes columnas, en vendas.

No volvió más. Sus piernas no se lo permitieron. Enviaba a los chicos —a menudo únicamente a Janet— a visitarme. Nunca me pidieron nada, llegaban y se quedaban pacientemente en el patio hasta que me fijaba en ellos y luego contestaban a mis preguntas en voz muy baja, con sus enormes ojos mirando a todas partes menos a mí. Sí, las piernas de su madre estaban muy mal. Sí, igual que antes. No, ya no podía lavar la ropa. Sí, seguían en la escuela. Siempre tuve la curiosa sensación de que se sentían incómodos *no* de mí, sino *por* mí, como si sus rostros supieran que no podía evitar el hacerles siempre esas mismas preguntas, porque yo no conocía ni podía imaginar la verdadera situación de sus vidas y, por lo tanto, no podía preguntarles otra cosa. Habitualmente les daba una naranja a cada uno y un vestido viejo o un jersey que había quedado imperceptiblemente por debajo del indefinido pero arbitrario nivel de nuestra familia. Cada vez que venían estaban no un poco más zarrapastrosos exactamente, sino más descuidados; un alfiler grande en el jersey de

Felicia, un pequeño desgarrón sin remendar en los pantalones de Robert. Hasta Janet, con una andrajosa falda corta, que era un andrajosa falda corta y no el andrajo planchado y remendado, respetable y limpio que antes llevaba siempre. Bueno, la comida y la ropa eran cada vez más caras; y supongo que ellos cada vez eran más pobres.

Pasó mucho tiempo sin que me visitaran. Solía preguntarles a las otras nativas: «¿Cómo está Sarah?». «¿Habéis visto a Sarah?». No les caía bien. «No sabemos», decían de cualquier manera. «He oído que está enferma, que tiene las piernas igual».

—El marido de Sarah no trabaja —me comentó mi sirvienta un día mientras fregaba el suelo de la cocina.

—¿Que no está trabajando? —dije—. ¿Cómo se las arreglan?

—Ella sigue con las piernas fatal, no puede trabajar —dijo Caroline encogiéndose de hombros.

—Lo sé —dije—, pero tienen que comer.

—El chico está trabajando —señaló Caroline—. Está trabajando en la parte de atrás de la lechería.

Quería decir que limpiaba fregando los suelos en la trastienda. Le dije que la próxima vez que fuera a la *Location* viera a Sarah y averiguara qué podía hacer yo para ayudarla. Volvió y me dijo:

—El marido de Sarah tiene otro trabajo, era demasiado viejo para el que hacía. Ahora tiene un trabajo menor.

—¿Y hay algo que pueda hacer para ayudar a Sarah? —pregunté—. ¿Se lo preguntaste?

Caroline me miró.

—Su marido tiene otro trabajo —me dijo pacientemente, como si yo no fuera capaz de entender una cosa que me dijeran una sola vez.

El martes por la mañana Caroline dejó de planchar en el porche y vino a decirme:

—La niña de Sarah está en el patio —y volvió en seguida a su plancha.

Janet estaba de pie debajo del lentisco, retorciendo su pie descalzo sobre las piedras, y por su posición me pareció que llevaba allí mucho tiempo. Hasta que Caroline se fijó en ella. «Buenos días, señora», dijo, y se acercó haciéndose la remolona, con los ojos clavados en sus pies. Ya no era una niña. Su infantil barriga redonda se había aplanado para formar la curva de la cadera, y el jersey, muy corto y ceñido, se levantaba con el temblor de unos

senos incipientes. El jersey estaba sucio, tenía agujeros en los codos. En sus orejas, muy pequeñas, llevaba pendientes de bronce con trozos de cristal rosados y brillantes. Se quedó mirándome, la cabeza ladeada.

—He oído que tenéis problemas, Janet —le dije, pensando que ya no estaba hablando con una niña.

—Sí, señora —dijo con voz muy baja, que aún era infantil.

—Tu padre ¿ha perdido el trabajo? —dije.

—Sí, señora —dijo moviendo lentamente la cabeza, como Sarah—. Ha habido problemas.

—Y Robert ¿trabaja? —pregunté.

—En la lechería —dijo, y se puso a mirar los pies.

—¿Y Felicia no puede conseguir trabajo en algún sitio? —le insistí recordando el terror de Sarah a que su hija trabajase de niñera.

—Se ha ido, señora —dijo la chica débilmente.

—¿Qué ha hecho? —fruncí el ceño para oír mejor.

—Se ha ido a Bloemfontein, señora —dijo, tan débilmente que apenas la pude oír—. Se ha casado, señora.

—¡Pues qué bien! Eso está muy bien, ¿no te parece? —le sonreí—. Tu madre debe estar muy contenta.

No dijo nada.

—¿Así que tú eres la única que hay en casa ahora, Janet? ¿Sigues en el colegio? Vas a ser maestra, ¿eh?

Estaba segura de que iba a sonreír, levantar la voz que parecía desvanecerse, borrándose, huyendo de mí.

—Estoy en casa, señora —dijo con timidez.

—¿En casa?

—Sí, estoy en casa con mi madre.

La voz huía, esforzándose por mezclarse con el silencio.

—¿Quieres decir en casa siempre, Janet? —le dije con voz aguda.

—Estoy en casa con mi madre. Sus piernas cada vez están peor. Ya no puede andar.

—¿Quieres decir que no vas a la escuela? ¿No haces más que cuidar a tu madre?

—Sí, señora —dijo con los ojos abiertos como platos, clavados en sus pies. Luego levantó la cabeza y miró sin interés, fijamente, como si mirara al rostro del sol, cegada.

Le dije aún en tono agudo:

—Espera un momento, Janet. Tengo algo para ti. Creo que... —y me metí en casa. Corrí el armario, saqué un vestido y una vieja falda de pana y se lo envolví.

Cuando iba por la mitad del pasillo, volví al dormitorio y cogí cinco chelines de mi bolso.

Seguía de pie en el patio, en la misma posición. Casi parecía no saber dónde estaba. Le di la ropa diciéndole:

—Toma, creo que esto te puede servir, Janet —y luego le ofrecí el dinero como si ardiera y le dije—: Da esto a tu madre.

—Gracias, señora —dijo con aire serio, como si ya no tuviese voz. Guardó el dinero en un trozo de tela y luego dobló otra vez toda la ropa.

Me quedé en el patio, sin saber exactamente qué hacer. Caroline me miraba a través de las ventanas del porche.

—¡Caroline! —llamé de repente—. Dale a Janet un té, ¿quieres?

Caroline nunca desayunaba hasta las once. Era esa hora exactamente. Cuando entré en la cocina unos minutos más tarde, Janet estaba sentada a la mesa, su rostro escondido en una taza de té, con tres rebanadas de pan con mermelada junto a ella.

—¿Qué tal, Janet?

Y sacó su rostro de la taza y sonrió, muy débilmente, tímidamente, con los ojos.

Oí a Caroline hablando con ella y de repente Caroline entró y me dijo:

—Se va.

Estaba de nuevo de pie en el patio, con su paquete en la mano. Salí sonriendo, me sentía contenta por ella.

—Adiós, Janet —dije—. Y di a tu madre que espero que se mejore. Tienes que volver a decirme cómo está, ¿eh?

No me respondió y de repente me di cuenta de que estaba haciendo un tremendo esfuerzo por dominarse, pues quería desesperadamente echarse a llorar. Todo su cuerpo parecía moverse con una oleada de lágrimas que intentaban salir por sus ojos. Estos se hicieron cada vez más grandes y vidriosos; luego comenzó a llorar, los ojos y la nariz chorreaban, y lloró con grandes hipos y sollozos.

—¿Qué te pasa, Janet? ¿Qué te pasa?

Pero ella se limitó a llorar, intentando secarse la humedad con el antebrazo, ya mojado por las lágrimas, buscando con la angustia de la vergüenza algo donde secar su llanto. Resopló con fuerza, tragó y no pudo encontrar nada. Allí estaba el paquete, pero ¿cómo iba a usarlo para eso? ¿Cómo iba a llorar encima delante de mí?

—Pero ¿qué te pasa, niña? —dije—. ¿Qué pasa? No llores. Cuéntame lo que te ocurre.

Intentó hablar, pero se le quebró la voz con el estremecimiento de las lágrimas.

—Mi madre está muy enferma —dijo por fin.

Y volvió a llorar, su rostro se arrugaba, sollozando y jadeando. Desesperadamente se frotó la nariz con su brazo húmedo.

¿Qué podía hacer por ella? ¿Qué podía hacer?

—Ten —le dije—. Ten...

Y le di mi pañuelo.

LA PESCA

Las piernas delgadas, fuertes y huesudas de aquel hombre pasaban todas las mañanas a la altura de los ojos de quienes estaban tumbados, varados sobre la arena apelmazada y suave. Se hallaban felizmente lejos del remolino y de las luchas de la ciudad, contentos de estar allí tumbados, pero como estaban acostumbrados a saber la hora por la respuesta de sus nervios ante las diversas tensiones de la ciudad —los niños que lloraban en los pisos, los camiones que pasaban ruidosamente, las bicicletas que hacían sonar los timbres por la mañana temprano, los patinazos de los coches, el chisporroteo de los fritos y el ruido de los millares de insectos humanos que hablaban, caminaban y comían al mediodía—, la playa, libre de tensiones y moldeada únicamente por la marea, les daba un sentido de intemporalidad que, por mucho que se regocijaban mentalmente, inquietaba sus cuerpos, marcados por la costumbre, con una falta de tensión. Así, el sonido de sus pies al pisar la arena cercana, al pasar junto a sus cabezas, junto al ruido sordo de un hombre que respiraba por encima de unos pantalones enrollados y descoloridos, al subir por la playa y convertirse en la figura de un pescador indio, comenzó a ser algo que esperaban a diario. Sus idas y venidas dividían la mañana en tres: el breve lapso anterior a su aparición, el momento en el que de hecho pasaba, y la parte bastante más larga del cálido mediodía, después que se hubiese ido.

Al cabo de unas cuantas mañanas, comenzó a decirles buenos días, y al mirar hacia arriba descubrieron su rostro, una cabeza alargada con una bóveda reluciente y oscura rodeada de cabellos rizados, a la que daban mayor animación unas pinceladas toscas y llamativas de cabellos grises; la hermosa nariz curvada que con tanta generosidad han otorgado los dioses a los indios; los ojos negros y ligeramente inyectados en sangre por el sol; una boca ancha y musculosa sonriendo sobre los dientes fuertes e irregulares que sobresalían ligeramente, como los dientes de un animal. Pero eran sus piernas las que le daban a conocer; los pies oscuros y de piel opaca, con unos cuantos pelos negros sobre el dedo gordo; la larga caña de la pantorrilla ceñida por una piel suave y resplandeciente; el tirón de los tendones en el tobillo, como el tenso cordaje que controla el velamen de un barco.

Le miraban marchar con desgana, envidiosos de su vida de pescador, no porque ellos hubieran podido vivirla, sino porque encajaba dentro de su libertad veraniega. Le miraban con ese curioso respeto que la gente siente hacia quien ha impuesto una cierta distancia entre él y el resto del mundo.

—Es una buena vida —dijo el joven, aunque las palabras no reflejaban exactamente respeto.

—Me imagino... —dijo la mujer sonriendo. Le veía con su traje azul arrugado, llevando una botella de ginebra envuelta en papel marrón, un paquete de plátanos y el

periódico de la tarde.

—Tiene una cara franca y simpática —dijo el joven—. No tendría esa cara si trabajase de camarero en el hotel.

Pero una mañana, cuando hablaron con él mientras pescada sábalos en la rompiente de las olas, allí delante, se enteraron de que, como ellos, estaba solamente de vacaciones, libre de una vida más complicada. Trabajaba a cinco o seis millas de distancia, en la refinería de azúcar, y estas eran sus dos semanas anuales de vacaciones. Las pasaba pescando, les dijo, porque eso era lo que le gustaba hacer los domingos. Sonrió con su sonrisa más amplia, levantando el mentón hacia el mar mientras lanzaba su anzuelo de cuchara resplandeciente contra la ola que se acercaba. Se quedaron allí, como niños, tirando el uno del otro hacia atrás mientras él lanzaba el sedal, acercándose para mirar con las manos a la espalda cuando él arrastraba los pescados planos y plateados e hincaba sus cabezas en la arena. Le hicieron preguntas y él contestó con una especie de satisfacción, como si diera por supuesta su posición de hombre diestro, de actor ante un público amable. Y le preguntaron animadamente, sintiendo que saber que él estaba de vacaciones también creaba una súbita intimidación entre ellos, como dos extraños que descubren un amigo común. El hecho de que fuera indio apenas les molestaba. Casi llegaron a olvidar que lo fuera. Y también eso, aunque no se dieran cuenta, les producía una despreocupación, un deseo de conversar alegre y desenfadadamente, de la misma forma que uno estira y mueve las piernas al sol después de haber estado metido en una habitación oscura y cerrada.

—¿Por qué no coges la cámara? —dijo la mujer, que comenzaba a ayudarlo cuando él traía los peces. Y el joven se fue por la playa y volvió preparando su juguete con la seriedad del aficionado. Se arrodilló en la arena húmeda, que cedió bajo su peso con un crujido húmedo, intentando captar el destello de la destreza en el rostro del pescador. La mujer miró en silencio, mordiéndose el labio en ese instante en que la cámara se disparaba. Consciente, pero en modo alguno cohibido por ser el objeto de atención, el indio seguía pescando, y sonreía de vez en cuando, mostrando sus largos dientes.

Los lazos de su amistad se aflojaron evidentemente durante un momento, cuando al poner sus peces en la bolsa les preguntó con naturalidad:

—¿Quiere comprar uno para el almuerzo, señor?

De cuclillas, con un mechón de pelo moviéndosele de un lado a otro sobre la oreja, no pudo saber que algo se aflojaba por encima de su cabeza. Él quería vender algo. La decepción, lo mismo que un codazo prepotente en las costillas, les puso tensos durante un momento. Por supuesto, después de todo, él no era de su misma posición. Cambiaron ligeramente de actitud.

—Bueno, nosotros vivimos en el hotel, ¿sabe? —dijo ella. Cerró la bolsa y miró hacia arriba riendo.

—Por supuesto —sonrió moviendo la cabeza—. No podrían cocinarlo.

Como no demostró ningún embarazo, se encontraron más cómodos.

—¿Ha vendido alguna vez pescado al hotel? —preguntó el joven—. Veremos si es posible.

—No, la verdad es que no —dijo el indio—. Apenas vendo lo que pesco. Lo comemos casi todo allá arriba —indicó con las cejas las colinas, en las que resplandecían las cañas de azúcar—. Sólo vendo de cuando en cuando.

La chica sintió el desánimo de confundir un privilegio con una imposición.

—Ah, bien —le sonrió encantadora—, es una pena. De todas maneras, supongo que el hotel debe tener un abastecimiento regular.

—Es verdad —dijo él—. Yo sólo pesco en mi tiempo libre.

Se fue caminando con firmeza por la playa; sus fuertes pies dejaban huellas en la arena como las garras musculosas de un gran pájaro.

—Verá las fotos dentro de unos días —gritó la chica. Él se detuvo y se volvió sonriendo.

—Esto no es nada —dijo—. Espere a que coja algo grande. Quizá pronto pesque algo que valga la pena.

Era «su indio». Cuando llegaran a casa podría recordar esas vacaciones gracias a él, tal como se recuerdan unas determinadas vacaciones porque uno jugaba con un *spaniel* todos los días en la playa. Por supuesto, sería un *spaniel* sin nombre, sin dueño, una criatura divertida que no existía en la vida real al margen de aquellas vacaciones, y sin embargo vinculada con absoluta intimidad a las vacaciones. Y, al igual que un animal se hace más humano cada día, así tenía que cambiar cada día la calidad de su conversación con el indio; la sencilla relación pregunta-respuesta que semeja el golpeteo de una pelota de ping-pong y sirve muy bien con todos los inferiores, extranjeros y niños, se convirtió de repente en un juego (el indio era un hombre mayor y podría sonreír por ello). No sabían su nombre, aunque podían habérselo preguntado el primer día, y ya, de repente, se convirtió en algo imposible, porque él no les preguntó los suyos. Así que los ustedes, la tercera persona y el yo adquirieron la consistencia de los nombres propios y, a la vez, parecían ahondar su sentido de comunicación por el hecho de que no planteaban la objetividad que siempre tienen los nombres. Él les hablaba mucho de Johannesburgo, de donde creía que eran ellos, como si esa fuera su idea general de la vida urbana, y él sabía, por empatía, que eran gente de ciudad. Y aunque ellos no vivían allí, sino en algún lugar cercano, con una forma de vida más sencilla, le respondían como si fuera verdad. También hablaron un poco de su vida; o más bien de los procesos de la refinería de azúcar de la que dependía su vida. Les pareció fascinante.

—Si no estuviera de vacaciones haría lo necesario para que ustedes fueran a verlo

—dijo pausadamente, con su manera habitual de tomarse tiempo, y luego, mirándoles de un modo directo, y sonriente, ladeó un poco la cabeza, de esa forma apesadumbrada y orgullosa con que se mira a dos niños simpáticos. Ellos respondieron a su cordialidad con una efusión juvenilmente cálida que emanaban como el sudor brota ante el miedo. «¡Es un hombre fascinante!», se decían, curiosos.

Pero en general hablaban de la pesca, del mar y del trozo de costa donde residían. El indio conocía el mar —en su casa, la pareja hubiera dicho que «lo amaba»—, y al mirarlo podía decir si el agua estaba caliente o fría, si estaba en calma o si alimentaba rencorosas corrientes, si la surcaban ondulaciones tranquilas o si sorbía la tierra con una feroz resaca. Él sabía, para ellos con la magia del zahori que siente el tirón del agua bajo tierra, dónde iban a estar los peces cuando el viento soplara del Este, cuando no soplaba en absoluto y cuando había nubes desde las colinas hasta el horizonte. Permanecía en las rocas resbaladizas con ellos y veía, como ellos, una gran llanura de agua agitada, vacía e insondable como el infinito; pero él veía debajo una vida dura y codiciosa, cuerpos gordos y relucientes que pasaban rápidamente y muy juntos por entre el verde oscuro, tentáculos como manos oscuras que palpan las rocas profundas. Decía, cuando pasaba junto a ellos con sus pantalones viejos y atiesados por la sal que parecían avergonzar a las ropas lavadas pacientemente con jabón y agua del grifo: «Esta mañana, allí, en las rocas más lejanas».

Le veían casi todos los días, pero siempre por la mañana. Por la tarde ya estaban hartos de playa, y querían jugar al golf en el campo intensamente verde que había entre cañas, tan altas como hombres, como si un peluquero hubiera afeitado sólo el centro de una abundante cabellera, o sentarse a leer las viejas revistas en el porche del hotel, cuyas ventanas estaban tan deslucidas por el salitre que mirar por ellas era como ver con los ojos opacos de un viejo. En la playa hacía mucho calor y además estaba lejos; un día, después del almuerzo, un hombre subió desde el mar y dijo al pasar junto a sus sillas: «Hay alguien que les busca ahí abajo. Un indio ha cogido un salmón enorme y dice que ustedes han prometido fotografiarlo». Se recostaron y se miraron mutuamente con una especie de aburrida pereza. Se sentían cansados y sin ganas, perdido el interés.

—Baja —le dijo ella—. Tienes que ir.

—Tenía que ser justamente después del almuerzo —dijo él, quejoso y sonriente.

—Oh, ve —insistió ella, la cabeza ladeada. No se movió, sino que permaneció recostada con la barbilla descansando sobre el pecho mientras él cogía la cámara y bajaba correteando por el empinado sendero, en medio de los matorrales. Ella se imaginó el salmón. Nunca había visto un salmón: sería rosado y poderosamente ágil; ¿de qué tamaño?, no se lo podía imaginar.

Un niño subió corriendo desde la playa, jadeante:

—Su marido dice —dijo poco a poco—, dice que debe bajar usted en seguida y que lleve la película. Está en el cajón pequeño del tocador, debajo de sus pañuelos.

Se levantó inmediatamente de su asiento, como si ya estuviera dispuesta a ir. El niño corrió delante de ella camino abajo, hasta la playa, deslizándose por el sendero pedregoso. Su marido le hacía señas incoherentes desde la arena, excitado como una bandera flameante. Como no le entendía comenzó también a correr.

—Así de grande —gritaba—. ¡Así! ¡Nunca he visto nada semejante! Debe pesar unos cuarenta kilos —sus manos abarcaban un considerable espacio en el aire.

—¿Pero dónde? —gritó impaciente; no quería que se lo dijera, quería verlo.

—Está en la playa, arriba. Ha ido a recogerlo. Me olvidé que la película se había acabado, así que cuando llegué aquí no pude usar la cámara. Tuve que volver y él me dijo que iba a arrastrarlo hasta aquí.

Sin embargo, no quiso irse de la playa para ir a buscar la película; quería quedarse allí para enseñar el pez a cualquiera que pasara: no podía resistir que lo vieran otros sin estar presente él, que era el primero que lo había visto.

Por fin, el indio dio la vuelta a la punta de la bahía; parecía un punto negro moviéndose a lo largo de la playa entre otras manchas negras arrojadas a la orilla por la marea, y a medida que se iba acercando adquiría forma, y luego, con más claridad, esta se dividió, otra forma se separó de la primera, y apareció un hombre que caminaba deprisa con un pez grande que le colgaba desde el hombro hasta los talones. «¡Oooh!», gritó ella con el nudillo del dedo índice metido entre los dientes. El paso del indio oscilaba, como si se tambaleara bajo el peso; sus antebrazos y manos, agarrando la boca del pez, se apoyaban, rígidos como cuchillos, contra su pecho. Del cogote ondeaban largos mechones de cabellos rizados y grises, arremolinados sobre la frente alta y reluciente que retenía el sol con un concéntrico borrón de luz sobre su prominencia abovedada.

—Ve y ayúdale —dijo la chica a su marido, avergonzándole.

Él permanecía allí, riendo orgullosamente, como un espectador que mira cómo entra el ganador en una carrera. Se dio cuenta de que tenía que haber ido.

—¿Tú crees? —dijo cuando ya iba andando.

Llegaron tambaleándose con el pez entre los dos, jadeando, y dejaron caer de cualquier manera el peso muerto del voluminoso animal, con un ruido sordo sobre la arena. Fue como si hubieran rescatado a alguien del mar. Se echaron hacia atrás para poder sentir el alivio de la carga y para que la tierra recibiera el cuerpo. ¡Pero qué animal más hermoso yacía allí! A través del polvillo de la arena brillaba como el nácar. Miraba con un ojo grande y redondo.

—¡Oh, límpiale la arena! —rio la muchacha—. Quiero verlo bien.

A pesar de estar agotado, él se debió al pez, así que, inmediatamente, el indio lo

arrastró por la cola hasta la orilla, y le echaron agua por encima con las manos. El agua lo limpió, como limpia un trapo el polvo de un diamante; relumbró el magnífico pez, rígido y hermoso en su malla de escamas, despidiendo mil ópalos de color, con sus dos ojos brillantes y profundos, de una belleza dura y nítida que no ocultaba lo que podría ser un reproche por la muerte del animal; un rey de otro mundo, lo suficientemente grande como para derribar a un hombre, muerto, capturado, asombroso.

El niño se acercó y tocó un ojo con el dedo índice. Arrugó la nariz, sonriendo, y haciendo una mueca, levantó los hombros.

—¡No puede ver! —dijo alegremente.

La muchacha también probó: un ojo liso, firme, elástico como el ala de una mariposa, brillante bajo un cristal.

Todos permanecieron de pie, las miradas sobre el pez, que se movió muy ligeramente en la arena cuando una fina capa de agua se extendió con suavidad alrededor de su cuerpo y luego se retiró delicadamente. Varias personas se les acercaron por la playa. Algunos bajaron desde el hotel; los dos *caddies* negros dejaron el campo de golf. El interés se extendió como una red que recogiera varios peces exóticos, dispersos por aquel lugar de vacaciones, pese a rehuirse los unos a los otros en un gesto de celosa privacidad. Llegaron y se quedaron quietos y observando, tocando con la punta del pie a un verdadero pez sacado del mar. Los hombres intentaron levantarlo, expresando sucintas opiniones sobre su peso. Cien, setenta y cinco, decían convencidos. Nadie lo sabía a ciencia cierta. Era un pez magnífico. El indio, que quería aceptar los elogios con modestia, se ocupó de los detalles prácticos, explicando con afabilidad, igual que si citara un libro o la experiencia de otro, cómo había atrapado semejante pez y qué raro era pescarlo en aquella parte de la costa. Mantuvo su rostro inclinado sobre el pez, como un hombre que lucha contra las lágrimas delante de extraños.

—¿Muerde? ¿Muerde? —gritaron los niños metiendo las manos dentro de su rígida boca de labios blancos, chillando sin cesar.

—Ya está bien —dijo su madre.

—A veces se encuentra una hermosa piedra, aquí —el indio se puso en cuclillas, sin tocar al animal, pero indicando con su dedo pardo un lugar por encima del morro. Volvió la cabeza hacia la muchacha—: Si la encuentro en este, se la llevaré a usted. Hará una hermosa sortija —sonreía.

Alguien tendría que ponerse a sus espaldas para sujetarlo. Era exactamente de su misma altura; los otros lo comentaron con admiración. Ella sonrió, encantadora, sin mirar al pez. Entonces sacaron las fotos importantes: el indio con su pez.

—Un momento —dijo sorprendentemente, y sacando un peine del bolsillo se alisó cuidadosamente los cabellos ayudándose con la mano. Agarró al pez de un tirón, de las

agallas, y lo levantó de la arena húmeda, y se hicieron varias fotos.

—¿Así? —seguía preguntando ansiosamente, mientras el joven le decía que se pusiera de tal forma o de tal otra.

Él permaneció de pie, tenso, como si se sintiera cohibido por la presencia invisible de un telón de fondo olvidado por algún fotógrafo.

—¡Sonría! —ordenaron el hombre y la muchacha a la vez, ansiosamente.

Y la visión de ellos, tan preocupados por su foto, liberó la sonrisa que tenía dentro, una sonrisa fuerte, ancha, de orgullo, que marcó los rasgos desiguales de su rostro —su nariz, delgada y fina; sus grandes y feos dientes de caballo; sus ojos negros y arrugados—, y dibujó audazmente el gesto de valor de todo un hombre.

Después de terminar con las fotos comenzó a decaer el interés; la atención de los espectadores, pronta a responder ante tal acontecimiento, derivó hacia sus intereses cotidianos. La admiración hacia el pez no podía mantenerse sólo en él; los comentarios se hicieron más generales y se dirigieron a historias oídas de otros pescadores, de otras experiencias insólitas. En cuanto al indio, había descuidado demasiado su pez en aras de su público. Por muy distinta que hubiese sido la experiencia, el pez no era distinto de los demás peces. Le preocupaba que estuviera bajo un sol abrasador y lo arrastró un poco mar adentro para que lo remojaran las olas. Las madres empezaron a pensar que el sol era demasiado fuerte para sus hijos y se marcharon con ellos, cada cual a su aire. Los otros les siguieron, hablando del pez y protegiéndose las cabezas con las manos. «Las dos y media», dijo alguien. El mar resplandecía en espejos rotos de luz hiriente.

—¿Cuánto cree que le pagarán por él? —preguntó el joven, metiendo lentamente la cámara en su funda.

—Cerca de dos libras diez. —El indio tenía las manos en las caderas, mirando al pez como si lo tasara.

¡Así que él pensaba venderlo!

—¿Tanto? —dijo la muchacha, sorprendida.

Con un movimiento pausado, deliberado, que demostraba que su valoración tenía que ver con el peso y no con el lucro, intentó coger el pez bajo el brazo. Pero todo su cuerpo se arqueó por el peso. Lo dejó deslizarse sobre la arena.

—¿Va a probar suerte en el hotel? —preguntó la joven, que esperaba algún sentimiento hacia aquel pez.

Sonrió, comprendiéndola.

—No —dijo complaciente—. Tal vez podría, pero no creo que lo quieran. Probaré suerte en otro lugar.

Sus palabras abarcaron vagamente la playa desierta, uno o dos pequeños chalés.

—Pero ¿en qué otro lugar? —insistió ella. Aunque sonrió, le irritaba ese hábito de otras razas tan dadas a esquivar las preguntas que uno les hace mediante vagas garantías de seguridad supuestamente ocultas pero inexistentes.

—Bueno, hay una casa de huéspedes en Bailey's River. La patrona me conoce y suele agradecerme que le lleve pescado.

Bailey's River era un pueblo cercano, a una milla de distancia por la playa.

—¡Pues les envidio el menú! —comentó la muchacha elogiándole de nuevo. Ella había retrocedido un poco en la arena, dispuesta a marcharse; extendió la mano para tirar de su marido.

—¿Cuándo veré la foto? —les preguntó el indio.

—¡Pronto, pronto, pronto! —se rieron. Y le dejaron de rodillas junto a su pez, riéndose con ellos.

—No sé cómo se las arreglaré para llevar esa enormidad hasta Bailey's —dijo el joven. Llevaba a su mujer cogida por los hombros.

—No es más que una milla —dijo ella.

—Sí, pero aun...

—Oh, son fuertes. Están acostumbrados —dijo ella, sacudiendo la arena de sus pies al llegar al camino.

Cuando volvieron al hotel les esperaba una sorpresa. Como si el embalse de su tranquilo retiro hubiera estado más lleno de lo que pensaban, más lleno de lo que podían aguantar, se encontraron de nuevo sumergidos en su antigua rutina, que fluía sin sentido y tan bulliciosa como siempre. Habían venido inesperadamente tres amigos de su ciudad a pasar las vacaciones en una granja situada a un par de millas tierra adentro. Habían venido de visita, como sin duda harían todos los días que les quedasen de vacaciones; y jugarían al tenis y harían comidas campestres, y por las tardes reirían en la terraza junto a una mesa atestada de botellas y vasos. Así que fueron arrancados de algo demasiado tranquilo y seguro, algo que sin duda les atraía, y volvieron la mirada atrás para descubrir de nuevo las viejas y conocidas costumbres. Enseñaron a sus visitantes la habitación del hotel y bajaron los escalones de piedra rota hasta el primer *tee* del pequeño campo de golf. Ansiaban, voraces, hacer uso de todo cuanto veían; se sentaban en las camas, se asomaban a las ventanas, comprobaron el *tee* y afirmaban que volverían con sus palos de golf a la mañana

siguiente.

Después de unas cuantas copas, a la caída de la tarde, de pronto el joven y su mujer sintieron que hasta ese momento se habían aburrido olímpicamente, y que la intranquila necesidad de «pasar lo mejor posible» —el tiempo, la vida, las vacaciones, cualquier cosa— se despertó nuevamente en ellos. Cuando alguien propuso que fueran a Durban a cenar e ir al cine, se animaron.

—¡Todos a nuestro coche! —gritó la muchacha—. Vamos juntos.

Las mujeres fueron volando a la habitación a prepararse para el encuentro con la «ciudad» y, mientras los hombres las esperaban en la terraza, hablando juntos más sosegadamente, el sol se puso detrás del cañaveral, el mar, pálido y tranquilo, se diluyó en el horizonte y trocó las largas y rectas olas de ligera espuma en cristal sobre la arena, oscurecida en parte por las sombras. Cuando salieron con el coche por la polvorienta carretera, entre los árboles, se adentraron en las primeras sombras. Resaltaban los mojones blancos; cuando llegaron a la hondonada de la carretera donde corría el arroyo, vieron a alguien sentado en la roca que señalaba el lugar, y al frenar lentamente y pasar traqueteando, la figura se movió débilmente con un ligero sobresalto, antes de que pudiera atraer su atención. Iban conversando.

—¿Qué era eso? —preguntó una de las mujeres, sin mucho interés.

—¿Qué? —dijo el joven, frenando instintivamente.

—Sólo un viejo indio con un saco o algo por el estilo —interrumpió otro.

La mujer que iba en el asiento delantero, gritó:

—¡Es él, con el pez!

El marido frenó el coche, deslizándolo hacia un lado de la carretera; los faros quedaron mirando hacia arriba, entre los árboles. Se recostó mirando a su mujer, consternado.

—¿Pero qué habrá pasado? —dijo.

—¡No lo sé! —contestó en un tono más elevado, encogiéndose de hombros.

—¿Quién es? —preguntó alguien en el asiento de atrás.

—Un pescador indio. Hablamos con él en la playa. Hoy pescó un salmón enorme.

—Le conocemos bien —dijo el marido, y añadió dirigiéndose a ella—: Yo daría marcha atrás para ver lo que pasa.

Ella bajó la mirada hacia su bolso, y dijo:

—Vamos a llegar muy tarde si nos retrasamos.

—¡No tardaré!

Dio marcha atrás, irritado con ella o con el indio, sin saber bien con cuál de los dos. Salió dando un golpe con la puertezuela. Todos se volvieron intentando ver por la ventanilla trasera. El silencio se apoderó del coche; una mujer empezó a canturrear una melodía, que fue apagándose. La mujer dijo con una sonrisita:

—No vayáis a pensar que nos hemos vuelto locos. Este indio es realmente todo un personaje. Olvidamos contaros lo del pez. Ocurrió un poco antes de que llegarais. Todo el mundo estaba ahí mirándolo, la cosa más colosal que he visto. Y tomamos fotos de él con el pez. ¡Y también conmigo!

—Bueno, entonces, ¿por qué demonios está ahí sentado, con ese pez, como un tonto?

Ella se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe —dijo mirando el reloj.

El marido apareció en la ventanilla; se inclinó misteriosamente hacia las caras expectantes, con un gesto inseguro de la mano.

—Ya no puede más —explicó con una risa nerviosa—. Pesa demasiado para llevarlo tan lejos.

Un poco detrás de él, la figura del indio permanecía vacilante, sosteniendo la forma larga y oscura del pez.

—¿Por qué no lo vendió? —preguntó su mujer, exasperada—. Y ¿qué podemos hacer nosotros?

—Llevarlo a casa como un recuerdo, por supuesto —dijo un hombre, satisfecho de su chiste.

Pero la mujer miró acusadoramente a su marido:

—¿No intentó venderlo?

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Por supuesto. Pero ¿qué importa? Lo que ocurre es que no pudo vender esa maldita cosa y tampoco tiene fuerzas para llevarlo hasta casa.

—Y tú ¿qué quieres hacer? —su voz se alzo indignada—. ¿Quedarte aquí sentado toda la noche?

—Ssss —frunció el ceño el marido.

No dijo nada más. Los otros guardaron ese silencio extremadamente cortés propio de extraños que fingen no estar presentes en una discusión familiar. El silencio de su marido parecía obligarla a hablar.

—¿Dónde vive? —dijo ella con una resignada exasperación.

—Al lado de la carretera principal —dijo el marido.

Ella se volvió con una expresión exageradamente amable.

—¿Os molestaría mucho si lleváramos a este pobre hombre hasta su casa?

—No, no... por supuesto que no —dijeron apresuradamente.

—No tendremos tiempo de cenar —susurró alguien.

—Venga aquí; entre —llamó el joven por encima de su hombro; pero el indio seguía sin dar un paso, vacilante.

—¡El pez, *ni hablar!* —susurró rápidamente la mujer a su marido—. Pon el pez en el maletero.

Oyeron el crujido del maletero al abrirse y el golpe seco cuando lo cerraron de nuevo. Luego el indio quedó de pie junto al marido en la portezuela del coche. Cuando vio a la mujer, se apresuró a sonreír.

—Así que ese enorme pez le ha dado más problemas que beneficios —dijo ella.

Las palabras parecieron golpearle duramente; se le hundieron los hombros como si de repente se diera cuenta de su gran cansancio; sonrió y se encogió de hombros.

—Entre —dijo el marido con entusiasmo, abriendo la portezuela del asiento del conductor y metiéndose dentro. El indio vaciló al poner la mano en la puerta de atrás. Los tres que viajaban en el asiento no hicieron ningún movimiento.

—No, no hay sitio ahí —dijo la muchacha claramente, rompiendo la pausa—. Dé la vuelta y entre por delante.

Obedientemente, el pescador pasó por delante de los faros. Su rostro anguloso se recortó bajo la luz, y abrió la puerta al lado de ella.

Ella le dejó sitio.

—Así está bien —dijo cuando él se sentó.

Su presencia en el coche fue tan inesperada como si hubiera caído del cielo. Los pliegues de sus pantalones tiesos por el salitre produjeron un débil crujido al rozar contra el cuero del asiento; su vieja chaqueta de *tweed*, húmeda, olía a lana y se veía deshilachada.

Respiró honda y lentamente junto a ella. Esta continuó hablando con su aguda voz, preguntándole por su poca fortuna al intentar vender el pez.

—Este pez me ha dado más problemas que beneficios —dijo él moviendo la cabeza, y la joven no supo si repetía por casualidad lo que ella dijo o si repetía conscientemente sus palabras.

Sintió una fría puñalada de incertidumbre, como si no supiera lo que había querido decir o pudo querer decir. Nadie más hablaba con el indio. Su marido conducía el coche. Estaba furiosa con ellos por haberla dejado sola en todo aquello; la manera en que escuchaban los de detrás era tan ofensiva y evidente como sus miradas fijas.

—¿Qué hará con el salmón ahora? —preguntó con vivacidad.

—Probablemente lo regalaré a mis parientes —contestó él humildemente.

Cuando llegaron a una bifurcación, a poca distancia de la carretera principal, el indio levantó la mano y dijo rápidamente:

—Aquí es, muchas gracias —su mano esparció al aire un tufo de pescado. El coche se deslizó a un lado de la carretera, abrió la puerta y salió.

Permaneció de pie, como si su cuerpo siguiera manteniendo la postura que había asumido con cuidadosa disciplina en el coche: la cabeza gacha, las manos encogidas, como si sostuviese una gorra, fijo allí, mientras caras borrosas le observaban desde el coche. Parecía extrañamente desvalido mientras el marido abría el maletero y sacaba el pez con esfuerzo.

—Debo agradecerse mucho —dijo muy serio—. Debo agradecerse.

—No hay de qué —el marido sonrió arrancando el coche con estruendo. El indio dijo algo más, pero el ruido del motor lo ahogó. La muchacha le sonrió a través de la ventanilla, pero no volvió la cabeza al alejarse.

—¡En qué líos nos metemos! —dijo extendiendo la falda sobre el asiento. Movié la cabeza de un lado a otro y lanzó una gran carcajada—: ¡Qué lástima! ¡Pobrecillo! ¿Qué puede hacer con ese pez maloliente?

Y como si sus palabras hubieran tocado alguna cuerda histérica, todos empezaron a reír, y ella con ellos. Rio hasta llorar, y balbuceó:

—Pero ¿qué he dicho? ¿Por qué os estáis riendo de mí? ¿Qué he dicho?

EL TREN DE RODESIA

El tren surgió del rojo horizonte y se dirigió hacia ellos por una vía recta y única. El jefe de estación salió de un pequeño edificio de ladrillo con el tejado inclinado y puntiagudo, notando en las piernas el roce del uniforme de sarga. Hubo un movimiento de alerta entre los vendedores nativos que esperaban agachados en el polvo; el rostro de un animal tallado en madera, eternamente sorprendido, asomaba de un saco. Los hijos del jefe de estación se acercaron con desgana, descalzos. Desde las chozas de barro gris de techos destartalados, rodeadas por un muro de barro decorado, gallinas y perros, con la piel estirada como pergamino sobre los huesos, siguieron a los *picannins* hacia la vía. El Oeste, ruborizado y sudoroso, lanzó un reflejo débil y sin calor sobre la estación, sobre el cobertizo de hojalata con el letrero «mercancías», sobre el *kraal* cercado, sobre la casa de hojalata gris del jefe de estación y sobre la arena, que se extendía de uno a otro lado del horizonte, derramando regularmente pequeños haces de sombra para que la arena se convirtiese en mar, y cerrándose sobre los pies negros de los niños con suavidad y sin dejar huella.

La mujer del jefe de estación estaba sentada detrás del mosquitero del porche. Sobre su cabeza se balanceaba lentamente el cuerpo de una oveja muerta, empujado por una corriente de aire.

Esperaron.

La llamada del tren surcó el cielo; pero no hubo respuesta, y el grito siguió resonando en el aire: ya voy... ya voy...

Apareció la locomotora, resplandeciente, tirando con brusquedad de un cuerpo que se empequeñecía en la distancia; los rieles fulguraron al dejarla entrar. Chirriando, traqueteando, dando sacudidas, jadeando, el tren llenó la estación.

—Aquel, déjeme ver aquel —dijo la joven esposa asomando el cuerpo cada vez más por la ventanilla del pasillo.

—¿Señorita? —sonrió el viejo, mirando los animales que llevaba en la mano. De un trozo de cuerda atada a su dedo gris colgaba una diminuta cesta de mimbre: la levantó, interrogante.

—No, no —instó ella, inclinándose desde lo alto del tren hacia el hombre que estaba de pie sobre un trozo de alfombra vieja—, aquel, aquel —ordenó su mano. Era un león tallado en madera blanda y seca, que parecía un bizcocho esponjoso; heráldico, blanco y negro, con detalles impresionistas grabados a fuego. El viejo se lo enseñó sonriendo, no sinceramente, sino para el cliente. Entre sus dientes a lo *vandyke*, en la boca abierta, en un

infinito rugido demasiado terrible para ser oído, asomaba una lengua negra.

—Mira —dijo el joven esposo—, ¿qué te parece? —alrededor del cuello del bicho había un trozo de piel (¿de rata?, ¿de conejo?, ¿de *meerkat*?), una melena de verdad, majestuosa, que expresaba que, en cierto modo, el artista se había complacido en la fabricación del león.

A todo lo largo del tren, entre el polvo, surgían los artistas, andando encorvados, como animales amaestrados, la mejor forma de exhibir la mercancía frente a los rostros del tren. Un gamo sobresaltado y rígido con ojos redondos, blancos y negros. Más leones, en posición erguida, luchando cuerpo a cuerpo con extraños y alargados guerreros que empuñaban lanzas sin mostrar el menor miedo en las líneas que formaban los ojos. «¿Cuánto? —preguntaban desde el tren—, ¿cuánto?».

«Déme un penique», decían los pequeños, que no tenían nada que vender. Los perros fueron a sentarse, muy quietos, debajo del vagón-restaurante, por donde el tren exhalaba un olor a carne guisada con cebolla.

Un hombre pasó bajo el arco de brazos extendidos que unían el negro grisáceo y el blanco en el intercambio de dinero por los ojos de mirada fija tallados en madera, por las tias patas de madera que sobresalían en el aire; pasó por debajo de voces y regateos, revisando las ruedas; pasó junto a los perros; levantó la cara frente al vagón-restaurante, donde vio los rostros detrás del cristal, bebiendo cerveza de dos en dos a ambos lados del florero que había en la mesa, con una flor pálida y marchita. Llegó al final, al vagón del revisor, donde los hijos del jefe de estación acababan de recibir dos barras de pan para su madre; y llegó a la locomotora misma, donde hablaban el jefe de estación y el maquinista, alzando la voz sobre el humeante lamento de la bestia en reposo.

El hombre les dijo algo, a gritos y en broma. Se volvieron riéndose, envueltos en un remolino de vapor. Los dos niños corrieron alocadamente por la arena aferrando el pan, cruzaron de un salto la verja de hierro y recorrieron el camino del jardín donde no crecía nada.

Los pasajeros se apartaron de las ventanillas del pasillo y entraron en los departamentos a coger dinero o a llamar a alguien para que echara un vistazo. Los que estaban sentados levantaron la vista: de repente, caras diferentes, enjauladas, encajonadas, aisladas después del contacto con el exterior. Había una naranja que a un *picannin* le gustaría... ¿Y el chocolate? No estaba muy bueno...

Una muchacha había cogido, de la caja de bombones, un puñado de esos dulces duros que a nadie le gustan, y se los tiró a los perros que estaban junto al vagón-restaurante. Pero las gallinas se abalanzaron sobre ellos y se los tragaron, con una rapidez y precisión increíbles, antes de que cayesen en el polvo, y los perros, un poco desconcertados, alzaron sus ojos pardos, sin esperar nada.

—No, déjalo —dijo la joven—, no lo compres...

—Demasiado caro, demasiado —negó con la cabeza y levantó la voz dirigiéndose al viejo, devolviéndole el león. Él lo sostuvo a la misma altura en que lo había recibido.

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Tres y seis? —insistió su marido en voz alta.

—¡Sí, *baas!* —rio el viejo.

—¿Tres y seis? —el joven no lo podía creer.

—Oh, déjalo —dijo ella.

El joven se detuvo:

—¿No lo quieres? —preguntó, poniendo una cara inexpresiva frente al viejo.

—No, no importa —dijo ella—, déjalo.

El viejo nativo, con la cabeza ladeada, los miraba de reojo, sosteniendo el león. «Tres y seis», murmuraba del modo en que los viejos repiten las cosas para sus adentros.

La joven retiró la cabeza. Entró en el departamento y se sentó. Por la ventana opuesta no se veía nada; arena y matorrales; un arbusto espinoso. Tras la puerta abierta, detrás de la figura de su marido de pie en el pasillo, estaban la estación, las voces, los animales de madera tambaleándose, pies corriendo. Siguió con la mirada la pequeña y graciosa cenefa de madera adornada con volutas que perfilaba el tejado del edificio de la estación; pensó en el león y sonrió. Aquel trozo de piel en torno al cuello. ¡Pero el gamo, los hipopótamos, los elefantes, las cestas, que ya rompían el envoltorio de papel de estraza debajo del asiento y en la red de equipajes! ¿Qué aspecto tendrán en casa? ¿Dónde los vas a colocar? ¿Qué significado tendrán lejos de los lugares donde los encontraste, lejos de la irrealidad de las últimas semanas? El joven de ahí fuera, él no forma parte de la irrealidad; ahora, él permanecerá para siempre. Qué extraño... en algún sitio se escondía la idea de que él, vivir con él, era parte de las vacaciones, de los lugares exóticos.

Fuera sonó una campana. El jefe de estación estaba apoyado en el último vagón, con la bandera verde enrollada y dispuesta. Unos cuantos hombres que habían bajado a estirar las piernas saltaron al tren, agarrándose a las plataformas, o simplemente subieron al estribo de hierro y se sujetaron a la barra; pero ya en el tren, a salvo del andén polvoriento, de la casa de hojalata, de la arena vacía.

El tren dio una sacudida. Se oyó un gruñido. Los bebedores de cerveza miraron a través del cristal como si no pudieran ver más allá. Detrás del mosquitero metálico, la mujer del jefe de estación seguía sentada dándoles la espalda, bajo el trozo de carne que se iba oscureciendo.

Se oyó un grito. La bandera se desplegó. Las juntas aún no estaban coordinadas, y el cuerpo segmentado del tren avanzó y volvió a retroceder, chocando contra sí mismo. Empezó a moverse; dejó atrás el edificio con volutas; los gritos de los nativos que corrían a su lado se alzaron en el aire como un chorro y volvieron a caer a distintas alturas. Rostros inexpresivos de mirada fija saludaron ebriamente y luego desaparecieron, interrogando por última vez las ventanillas.

—¡Aquí, uno y seis, *baas!*

Al igual que uno abre automáticamente la mano para recoger la pelota que le lanzan, un hombre hurgó desesperadamente en su bolsillo, sacó el chelín y los seis peniques y los tiró; el viejo nativo, jadeando, con sus esqueléticos dedos de los pies abriéndose sobre la arena, le arrojó el león.

Los *picannins* decían adiós con la mano, los perros se levantaron agitando el rabo, mirando al tren que se iba, dejando atrás las casuchas de barro, donde una mujer levantó la vista del humo del fuego, con la mano en la cadera.

El jefe de estación entró lentamente en el edificio de ladrillo.

El viejo nativo se quedó allí de pie, con la respiración hinchándole la piel sobre las costillas, los pies tensos y en equilibrio sobre la arena, sonriendo y moviendo la cabeza. En la palma de su mano extendida para recibir estaban el chelín y los seis peniques recogidos.

La cola ciega del tren se veía arrastrada, impotente, lejos de la estación.

El joven entró dando tumbos desde el pasillo, sin aliento. Sacudía la cabeza alegre y triunfante.

—¡Toma! —dijo, y agitó el león delante de ella—. ¡Uno y seis!

—¿Qué? —preguntó ella.

Él rio.

—Estaba regateando con él para divertirme. Cuando ya había arrancado el tren vino corriendo detrás... ¡Uno y seis, *baas!* Así que aquí tienes tu león.

Ella lo sostuvo alejado de su cuerpo, la cabeza con las fauces abiertas, los dientes puntiagudos, la lengua negra, el maravilloso collar de pelo frente a ella. Lo miraba con cara de no verlo, de ver algo diferente. Tenía la cara forzada en una mueca de desagrado, como un niño afligido. Las comisuras de su boca se alzaron nerviosamente. Muy despacio, con cautela, levantó un dedo y tocó la melena, en el punto donde se unía a la madera.

—Pero cómo has podido hacerlo —dijo.

Él se sobresaltó al ver la consternación de su cara.

—Por Dios —dijo él—. ¿Qué te pasa?

—Si querías esa cosa —dijo ella alzando la voz, que se quebró con la aguda impotencia de la ira—, ¿por qué no la compraste? Si la querías, ¿por qué no pagaste por ella? ¿Por qué no la aceptaste decentemente cuando él te la ofreció? ¿Por qué tuviste que esperar hasta que echó a correr detrás del tren para luego darle uno y seis? ¡Uno y seis!

Ella empujó el león hacia él, intentando obligarle a cogerlo. Él estaba atónito, con las manos colgando a los costados.

—¡Pero si tú lo querías! ¿No te gustaba tanto?

—Es un trabajo precioso —dijo ella ferozmente, como protegiéndolo de él.

—¡Te gustaba tanto! Tú misma dijiste que era demasiado caro...

—Oh, tú —dijo ella, desesperada y furiosa—. Tú... —arrojó el león sobre el asiento. Él seguía de pie, mirándola.

Ella volvió a sentarse en el rincón y, con la cara entre las manos, miró por la ventanilla, Todo daba vueltas en su interior. Uno y seis. Uno y seis por la madera y la talla y los tendones de las patas y la flexibilidad de la cola. La boca abierta así, y los dientes. La lengua negra, ondulante como una ola. La melena en torno al cuello. Pagar uno y seis por eso. El calor de la vergüenza subió por sus piernas y su cuerpo y le resonó en los oídos como el sonido de la arena cayendo. Cayendo, cayendo. Se quedó allí sentada, asqueada. Un cansancio, un mal sabor, el descubrimiento de un vacío, le aflojaron las manos, atrofia vacía, como si el momento no valiera la pena. Empezó a sentirse de nuevo como antes. Había creído que tenía que ver con estar soltera, sola, y pertenecerse demasiado a sí misma.

Se quedó sentada, sin querer moverse ni hablar, ni siquiera mirar algo, para que su estado de ánimo no se relacionase con nada, con ningún objeto, ni palabra, ni visión que pudiera repetirse y recordar el sentimiento... El polvo de hollín entró como granos de arena y le cayó en las manos. Su cuerpo permaneció en el mismo ángulo, de espaldas al joven sentado con las manos colgando entre las piernas abiertas, de espaldas al león, que había caído de lado en el rincón.

El tren se desprendió de la estación como si mudara de piel. Gritó al cielo, ¡ya voy, ya voy!; y tampoco esta vez hubo respuesta.

(De *Seis pies de tierra*)

UN POCO DE ANIMACIÓN JUVENIL

Aún no eran las nueve y media y la gata del bar seguía tumbada en la silla de mimbre, en la terraza del hotel, donde había pasado la noche lamiendo la pelusilla blanca que cubría a los gatitos que rebullían en su regazo.

Este sábado, como todas las mañanas, las viejas estaban sentadas mirando la brillante neblina que se desprendía de las aguas a lo largo de la playa de Durban. Poco después, los jóvenes empezaron a reunirse en la escalera, fumando, dándose codazos unos a otros en las costillas, mientras reían a carcajadas, rascándose el pecho a través de las ceñidas camisas. Las viejas sonreían complacientes, pues les gustaba ver un poco de animación juvenil. «Los chicos», como a los hombres —fueran cuales fueran sus edades— les gustaba llamarse, se fijaban en las primeras chicas que iban hacia la ciudad o la playa: una rubia pálida y guapa que paseaba con sus tacones altos como un caniche de raza, o el grupo de muchachas que acababan de salir del aún más caro hotel de al lado e iban cogidas del brazo, con sus caras relucientes disfrazadas como dominós en un baile de máscaras por las formas geométricas de las gafas de sol. Un camarero indio fue rápidamente de un extremo a otro de la terraza, limpiando los ceniceros. Las puertas grandes que llevaban al comedor las cerró con pestillo el gordo *maître d'hôtel* italiano (qué extraña sonaba su voz mediterránea por encima del suave «prt-prt» —un ronroneo súbito y excitado, más que un habla— de los dialectos hindi que empleaban los camareros), y los últimos rezagados del desayuno salieron a la terraza, un poco débiles y pálidos por las alegrías del club donde habían pasado la noche.

La gata entró corriendo por la puerta de servicio con su hatillo de gatitos revolviéndose en sus escuálidos flancos.

Iba a ser otro día de mucho calor. Los vendedores indios, con sus demacradas cabezas de profetas, ya habían empezado a importunar a lo largo de la balaustrada, sosteniendo en alto bandejas llenas de ornamentos de bronce sobre los que el sol cabrilleaba ferozmente. Luego, los vendedores de lirios («¡A dos chelines el ramillete! ¡Llévese uno, señora!»), y el lirio entero —las raíces hirsutas, el bulbo nacarado, el tallo tierno y los pétalos resplandecientes, finos y brillantes como las alas de las libélulas— quedaba suspendido en el aire durante el momento de la oferta, goteando aún el agua del río; nunca volverían a crecer en ningún sitio.

Después llegaron las cestas dobles de rosas —melocotón, amarillo y rojo— y nadie las compró tampoco. Daba la impresión de que nadie las compraba nunca, a menos que apareciera por allí una pareja en su luna de miel, y la novia, con sus grititos de placer, la nariz despellejada y las manos quemadas hasta las uñas, se llevara un manojito para meterlo en el vaso de los cepillos de dientes.

Todas las mañanas, a esa hora más o menos, una joven madre con su niño salía por la puerta giratoria a la terraza. Todas las mañanas desde el lunes, el día en que llegó, la habían visto todos cogiendo de la mano al niño —él con el bañador, un albornoz varonil y un gorro de niño de ala flexible, como una margarita puesta al revés encima de la cabeza— y llevando bajo el otro brazo una toalla, un libro y una bolsa de playa con un pez rojo de adorno. Era menuda y pequeña, y el niño, moreno y gordo. Su perfil, serio y frágil, bajo un sombrero ancho que caía un poco con la humedad del aire del mar, se dirigía afable hacia abajo, hacia el niño. «Si parece una niña —decía una de las mujeres con admiración—, ¡tan joven!», y luego movía los gruesos pilares de sus piernas como si estuviera viéndose a sí misma hace años, hecha una mozuela.

Los chicos dejaban de hablar un momento cuando pasaba la joven madre, y luego reanudaban su conversación en un tono un poco más bajo. Era atractiva pero reservada. «¿Por qué no hablas con ella, Ed?», bromeó uno aquel sábado por la mañana. (Le gustaba proponer a los demás los placeres que él mismo no se atrevería a intentar). «Ven, habla con ella en el vestíbulo. ¿Por qué no lo haces, Ed?». Pero Ed, el viajante de ropa interior femenina, que estaba tomándose unos días libres a mitad de camino en su ruta habitual hacia el Sur, mordió el extremo de su cigarro y volvió a ajustar su pañuelo de seda azul marino. «Tengo mis propios planes, muchas gracias». Su número de habitación era, desde luego, el que más a menudo recibía llamadas telefónicas. Aquí estaba ya el botones, un pequeño indio con una cabeza de tiosos cabellos negros que parecían púas de puercoespín y con una voz como la de un muñeco de ventrilocuo, gritando el número de Ed a lo largo de la terraza: «¿Dos-cero-ocho?... ¿Dos-cero-ocho?».

El viajante entró para contestar su llamada, pero los demás chicos, preguntándose si deberían bajar al club a jugar al *snooper*, aún pudieron verla en la esquina, mirando hacia un lado y luego hacia el otro, antes de que cruzara delante del puesto de los zulúes, de los *rickshaw* que hacían susurrar en los tobillos sus brazaletes hechos de cáscaras de cacahuetes y agitaban las cabezas adornadas con cuernos y plumas, como si el viento las hubiera levantado de pronto. Evidentemente, el niño se había asustado, porque ella apretó el paso, arrastrándole como si fuera un cachorro con una cadena. Y luego desapareció. La playa se esparcía entre la gente como retazos rutilantes; tantos niños ensordecedores, tantas mujeres tumbadas boca abajo que nadie podía saber dónde se había metido o detrás de qué revista se ocultaba.

Pero todos sabían que a la hora de comer volvería a aparecer, esparciendo capas de arena en las que las pisadas del niño se irían imprimiendo por los escalones, sobre la alfombra roja y dentro del ascensor; ella le sostenía sobre la cadera en el ascensor y él miraba con ojos grandes, sin pestañear, y a veces ella limpiaba la arena de su frente húmeda mientras él la seguía mirando, inmóvil. Olían a mar y pescado fresco. Media hora más tarde, ella estaría sentada en su mesita, al fondo del comedor, sus cabellos húmedos recogidos en una cola de caballo, sus manos pálidas descansando encima de la mesa, frente al vaso de agua.

Cenaba más bien tarde —nunca se la veía en el patio de las palmeras, donde el resto del hotel se reunía a partir de las cinco para beber una cerveza o un whisky, con las

quemaduras del sol resplandecientes después del baño, sus variadas formas ocultas en trajes oscuros y vestidos susurrantes— y cruzaba el comedor delante de todos con ligereza, gracia y prisa, como si, aunque no les conociera y se sentara sola en su mesa, les hiciera la cortesía de disculparse. Todas las noches sorbía un whisky pálido, arqueando el fino cuello para beber, inclinando sus largos pendientes, y después de cenar tomaba el café en el vestíbulo, sentada de espaldas al arriate de flores y cerca de la rejilla de las revistas, para que las familias, las viejas y los chicos pudieran ocupar las mesas más grandes y destacadas. Ahí bebía su café y luego abría su libro, levantando la vista a menudo, cuando las hijas rollizas entraban para inclinarse sobre las sillas de sus madres un momento antes de marcharse con sus jóvenes acompañantes. Los mayores permanecían allí, tocándose los puños de las camisas y las corbatas de satén, mirando sus relojes y metiéndose prisa los unos a los otros, y se marchaban discutiendo sobre quién iba a recoger a quién y en qué coche, y el vestíbulo, en el que aún flotaba el humo de los cigarros, se vaciaba poco a poco, excepto las ancianas, enfundadas en sus vestidos de encaje negro, tamborileando distraídamente sobre las mesas entre charla y charla.

Fue una de estas viejas señoras la que habló primero a la joven. Una noche que el vestíbulo estaba lleno y quedaba una silla vacante en su mesa. La señora se detuvo cerca de ella:

—¿Espera usted a alguien? —preguntó tanteando.

La cara bonita, delgada y serena, y que podía haber sido un tanto altiva al mirar a una mujer de cierta edad, abandonó su aire de reserva y retraimiento, como si no fuera consciente de ello, y esbozó una sonrisa tan cordial y agradable que la señora quedó totalmente desconcertada. No sólo la toleraba, sino que la joven se mostró feliz y le habló con deferencia e interés. Su conversación sobre la comida del hotel, su tensión arterial, por la que el médico le había mandado permanecer allí tres meses, un par de insinuaciones sobre las cualidades de su pobre y difunto marido —lo contaba todo sin sentir esa especie de molestia ante la impaciencia del oyente, a la que estaba acostumbrada cuando hablaba con los demás jóvenes—. ¿Y qué sentido del presente les queda a las ancianas para seguir viviendo si no recogen pruebas vivas de ese presente en la curiosidad por las vidas de los jóvenes?

—Cuénteme —dijo la señora—, ¿no está aquí su marido? ¿Está usted aquí sola, por Dios?

Ella sonrió.

—Completamente sola. Bueno, con mi hijo, por supuesto.

—¡Qué criatura más hermosa! —la señora hablaba como si no hubiera visto un niño en toda su vida—. ¡Qué encanto! Siempre la observo a usted, sabe, cuando sale con él. ¡Y qué gordito! Le oigo hablar.

—¡Oh, ha aprendido a decir muchas cosas desde que estamos aquí! —la joven se

animó. Se la podía imaginar escribiendo orgullosa a casa; esa sería su mayor satisfacción.

—Si no es impertinencia, ¿puedo preguntar su nombre? —la anciana esperaba encontrar en ella a una hija o sobrina no reconocida de alguna de sus amigas del interior del país. Y no quedó del todo decepcionada.

—Entonces su marido debe ser hijo de William Maisel —dijo triunfalmente cuando oyó el apellido. No, no había acertado: no exactamente; el viejo William era tío de su marido, dijo la joven.

—Una familia excelente, querida, una familia excelente —la señora se recostó y lanzó una sonrisa de satisfacción en honor de la joven. Esta sonrió aún más en reconocimiento y disculpa de la riqueza y la sólida posición de William Maisel. Siguieron muchas preguntas sobre las ramificaciones de la casa Maisel: sus miembros más viejos, que habían hecho fortuna con el comercio de pieles; los de mediana edad, que lo triplicaron en la bolsa; y los más jóvenes, que lo gastaron haciéndose médicos e incluso abogados, y uno incluso pintor. La joven se reía confusa, y, aunque contestaba a todo lo que sabía de ellos, explicó que sólo les veía en las bodas y demás reuniones familiares. La anciana lo comprendió; una joven esposa se siente extraña durante los primeros años de aprendizaje con la familia del marido. Con todo, un Maisel, aun cuando sólo fuera sobrino del viejo William y no su hijo, no se casaría con *cualquiera*, eso por descontado.

—Por supuesto, querida —la anciana dio su permiso a la joven cuando esta lo solicitó para marcharse; tenía que subir para ver si el niño dormía. Los ojos de la anciana siguieron la menuda y esbelta figura con su vestido ondulante caminando por la alfombra. Frente a la puerta del ascensor, la joven se volvió inesperadamente y sonrió.

A partir de entonces, todo el mundo entabló conversación con ella. La pareja que estaba en su luna de miel admiró al niño en el ascensor. La joven movió la cabeza negando con placer el obvio encanto del niño (a veces llevaba trenzas cuando bajaba a la playa, como en ese momento), y se disculpó por el ruido que armaba a primeras horas de la mañana; la pareja en luna de miel ocupaba la habitación contigua.

—¡Qué va, no le oímos nunca, de verdad! —exclamó la novia—. ¡No nos explicamos cómo se las arregla para tenerle tan callado, es una maravilla!

—Es una paliza, se lo aseguro —dijo ella, y se rio con simulada severidad.

—¡Una maravilla! Pero no podrá disfrutar gran cosa de sus vacaciones —comentó la novia, como una confidencia entre mujeres—. Yo me traería a mi marido conmigo para que hiciera su parte —y se rieron todos, incluyendo el marido, que al año próximo por esas fechas estaría plegando cochecitos de bebé y sosteniendo bolsas de pañales, tan acosado como ahora tiernamente entretenido.

—¿Dónde ha dejado al chiquitín? —preguntaba todo el mundo a las horas más inverosímiles.

—Duerme como un lirón —decía la joven con una sonrisa, siguiendo su camino con un nuevo libro en la mano.

Hasta los chicos llegaron a conocerla. Fue la tarde que llevaba puesto su vestido negro —el negro le hacía parecer especialmente joven, como si su complexión de niña, su suave altivez, su aire de ternura, destacaran en proporción directa a la sofisticación de su ropa—. Cuando iba de negro, lo llevaba todo negro; este vestido era muy escotado de hombros, se abullonaba en la cintura y estaba hecho de tela gruesa. Tomaba asiento, con las manos —pequeñas y pulidas como las de un retrato renacentista— sobre el regazo. Había terminado tanto el café como el libro, y no hacía más que mirar a su al-rededor en el vestíbulo lleno de gente, sin mostrar atrevimiento o embarazo.

El viajante de ropa interior femenina estaba sentado cerca, pidiendo un licor para él y para uno de los chicos (le agradaba pensar que era todo un experto en muchas cosas). Mientras conversaba con el camarero sobre su elección, estaba sentado enfrente de la joven, quien por fuerza tenía que verle, y eso le hizo pensar que era una descortesía pedir una copa ante sus propias narices; sintió esa culpable timidez que paraliza a los niños cuando meten la mano en una bolsa de caramelos en presencia de los mayores, a sabiendas de que les han enseñado a ofrecer antes, y ello le envalentonó para poder hacer lo que quería hacer desde hacía muchas noches:

—Perdone —dijo levantándose y metiendo rígidamente el trasero para dentro—. ¿Le gustaría tomar una copa con nosotros? Mi amigo y yo la estamos pidiendo ahora.

Y de nuevo, asombrosamente, ella sonrió, ofreciéndole todo el encanto de su semblante como si fuera un regalo. Fue una conmoción de lo más agradable para Ed, porque él, al igual que la anciana, sentía que había en ella algo que les hacía temer un desaire; no se sabía cómo entablar conversación con ella, de la misma forma que uno no sabe cómo dirigirse a una monja o a un miembro de la casa real.

—Pues muchas gracias —dijo; acercaron su silla, pidieron su copa y ella se quedó allí, sentada con los jóvenes.

Dos días de lluvia sin parar barrieron toda la distancia que pudiese quedar. Encerrados por una cortina de agua gris tan impenetrable que parecía que el mar se hubiese acercado sigilosamente por encima del paseo y la calle y se asomase por las ventanas, todos se apiñaban juntos bajo la intimidación de la luz eléctrica, que se encendía a las diez de la mañana: las ancianas, matronas e hijas, los jóvenes, y por supuesto la joven madre, que ahora llevaba un jersey de angorina con el que parecía un pollito recién salido del cascarón. Se sentaba con las ancianas y también con los jóvenes.

—¿Y nosotros qué tenemos de malo? —bromeaban—: ¿Prefiere hablar de los modelos de hacer punto a estar con nosotros?

Y los ojos de ella se tornaban burlones, como si se sonrojara, y volvía a sentarse con ellos. La admiraban, se comportaban con una ligera familiaridad, pero siempre, mientras

ella contaba los tantos cuando jugaban a las cartas, o daba vueltas a su vaso de whisky, la mano, discreta, abandonada, un dedo ensortijado con una fina alianza, se extendía delante de ellos.

Estaba sentada con el grupo de los jóvenes cuando uno de ellos preguntó:

—¿Qué tal se las arregla su marido sin usted? ¿A que está más solo que la una?

—¿Tiene buena pinta?

—Seguro. Una mujer como ella no se casaría con un hombre feo.

Ella dijo:

—Es alto y rubio.

—¡Lo que yo te dije! Ya ves.

—¿Más guapo que nosotros? —ellos se reían.

—¿No le preocupa que esté solo? —preguntó Ed mirándola a la cara—. ¿No tiene miedo de que se vaya con otras?

Ella no contestó, pero clavó en él la mirada y, con una profunda sonrisa, movió la cabeza con tal fuerza que sus cabellos oscilaron.

Aquello le hizo decidirse:

—Está loca por él, ¿eh? —dijo maravillado, tan favorablemente dispuesto como curioso.

—Oh, Ed; déjalo, hombre. La chica está casada. No puedes preguntarle cosas así —dijo otro.

Y todos rieron, apartándose de algo que no tenían derecho a mirar.

—Desde luego, con usted no tiene por qué preocuparse —dijo Ed pensando en las inútiles invitaciones que le había hecho esos últimos días para ir al club, a cenar y al cine.

—Se lo digo sinceramente —insistió ella sonriendo y arqueando las cejas con aire de preocupación—. No es eso. No me pondría tan tonta por una cosa así. Es simplemente que no puedo salir por la noche y dejar solo al niño.

—De acuerdo, lo sé —decía él riéndose—. Lo comprendo. En cualquier caso, salta a la vista que le echa mucho de menos. Y es una tontería, ¿sabe? No pasa nada por ir al cine o bailar un poco. Estoy seguro de que a él no le gustaría verla así de aburrida, yéndose tan

temprano a la cama.

Todos intentaron convencerla para que saliera, pero sin éxito. Ella era encantadora, aunque parecía apesadumbrada y melancólica —una muchacha joven y bonita encerrada en un hotel con un bebé—, pero les rechazaba amablemente. Su inaccesibilidad hizo que la accesibilidad de las otras chicas, de mayor y más obvio atractivo, perdiera valor, sobre todo para el viajante, que «sabía» tratar a una chica, si se comprende lo que quería decir (flores, cenas elegantes y todo lo demás), y que tenía una colección muy surtida de mujeres maravillosas (mujeres con estilo, ya se sabe), tanto allí como en todas las demás ciudades. De una forma u otra, iba todas las noches de mala gana a recoger a las recepcionistas y a las modelos, con sus cuerpos deslumbrantes y su entusiasmo por verse paseadas por los mejores sitios. Quería salir con ella, por lo menos una vez, con aquella joven cuya única manifestación amorosa consistía en rodar por la arena con su hijo, mordisqueándole el cuello mientras él se reía; aquella joven que había leído tantos libros desconocidos para Ed y que, a pesar de su amabilidad, de su cortesía, de su carencia de afectación, imprimía inadvertidamente en su ánimo una leve señal: la muestra inequívoca de que era demasiado para él. Así que, noche tras noche, suspiraba, se enderezaba el clavel en el ojal y salía a divertirse.

Las ancianas y hasta las madres, que recelaban un poco de ella, pues no en vano tenían hijas a las que tenían que casar como es debido, observaban con aprobación que nunca saliera con hombres.

—Por descontado, los Maisel son gente muy fina —dijo la señora con aire de ser toda una autoridad respecto a la joven, que cada día le caía mejor—. No puedes pensar que se vaya a comportar de cualquier manera, igual que esas otras jóvenes. Ella no es de ese estilo, y no hay más que hablar. Y el marido es un muchacho encantador —realmente empezaba a creer que lo conocía—, ¡ah!, encantador. No hay por aquí nadie que se le parezca —y blandió una mano exigente hacia los jóvenes, tipos corpulentos, bonachones, totalmente ignorantes del desdén con que les consideraba.

Era verdad; cuántas otras mujeres jóvenes podían aprender de su ejemplo, convenían las señoras. Pero con eso y con todo, era una lástima. Los jóvenes matrimonios deben ir de vacaciones juntos. Después de todo, ella también necesitaba un poco de animación juvenil.

La joven era la favorita del hotel. Sin embargo, no parecía sentirse enteramente feliz. En realidad, cuanto más se convertía en el centro de atención, cuanto más jugaban con el bebé y le regalaban juguetes y le llevaban de paseo o de excursión al otro lado de la bahía, o la mimaban e invitaban a que se uniera a los otros para tomar el té o una copa, más recatada se volvía. A menudo, descansaba su barbilla sobre la cabeza del niño y miraba el mar; una de las comisuras de su boca caía como si algo tirara de ella. Si se la encontraba Ed, este decía en seguida, en un tono más bajo que el de los demás: «¿Se siente un poco triste?», o «no piense en ello, le querrá más cuando vuelva con él». Ella, entonces, volvía a la superficie con un pequeño sobresalto, que él encontraba encantador, y empezaba a hablar de nuevo.

A veces, al principio de la tarde, ese humor suyo duraba más tiempo, y a los jóvenes les parecía como si una especie de vacío rompiera el aire alrededor de ella. Las conversaciones sobre las carreras de caballos, la carretera y la bolsa impedían cualquier tontería romántica, pero incluso cuando llegaba con su ligero y sencillo vestido, el sesgo de sus hombros y la inconsciente inclinación de su rostro, ovalado y afable, hacia la pelusa rizada del bebé, les evocaba no a las primitivas madonas florentinas, cuya existencia desconocían, sino algo incluso más lejano: la inspiración que originaba los propios cuadros.

Algunas veces su rostro demostraba también cierta tensión que, si la charla decaía unos momentos, se convertía en angustia envuelta en inexpresividad. Era como si, de repente, ella hubiera oído algo que las conversaciones habituales consiguen ahogar.

La mañana del decimosexto día de estancia de la joven, Ed la encontró en la ventanilla de recepción con un montón de billetes en la mano. «¿Liquidando deudas?», preguntó sonriendo. Él sabía que tenía buen aspecto con sus pantalones claros de Palm Beach y aquella camisa oscura; una modelo le había dicho el día anterior: «Ed, salta a la vista que no compras tu ropa en esta ciudad». La joven estaba pálida, mostraba ojeras al sonreír, no iba tan bien peinada como antes; nunca la había visto tan fascinante.

—He decidido volver a casa —dijo—. Estoy pagando la cuenta.

—¿A casa? —sintió una verdadera punzada, para su sorpresa—. ¿Cuánto tiempo tenía previsto estar aquí? ¡Le quedan dos semanas más!

—Lo sé —dijo—. De repente me he hartado, así que he conseguido una reserva en el avión y me marcho —se sentía obviamente incómoda; él nunca la había oído hablar entrecortada y débilmente. Hasta intentó una risita rara que se convirtió en una tos.

—¡Bueno, maldita sea! —dijo él.

Pero ella no hizo sino quedarse frente al mostrador, incómoda, sin ofrecer ninguna explicación.

—¡Qué muchacha tan tonta es usted! —prosiguió—. De veras, una tonta. Ya lo superará dentro de un par de días y pasará el resto de sus vacaciones estupendamente. Es una lástima también para el niño. Lo estaba pasando en grande. Y a usted no le vendrían mal unos cuantos kilos más. ¿Qué dirá su marido?

Ella movió la cabeza, estirando su labio inferior en una sonrisa como la de un niño al que han pillado en falta.

—¿Cuándo se marcha? —preguntó él.

—El avión sale a las tres —dijo ella.

—Venga —dijo él tratando de ser convincente—. Llámelos y cancele la reserva

—pero ella permaneció inmóvil, mirándole.

—No —sonrió tímidamente, vacilante—. Me voy.

—Mire —dijo él cogiéndola por el brazo y echando una mirada a su alrededor para ver si alguien podía oírles. Adoptó un aire paternal—. Sé cómo se siente. Lo que pasa es que nosotros no somos de su clase, ¿no es eso? Le echa de menos, y no ha encontrado a nadie de su propia clase.

Ella protestó.

—No, todos ustedes han sido de lo más amable. Todos han sido muy amables.

Él la miró a la cara y ella le devolvió la mirada, sonriendo.

Pero de repente él se dio cuenta de que la sonrisa era sólo un gesto vacío, y que realmente estaba a punto de llorar. Era increíble, era algo que ella no hubiera hecho jamás, ni mucho menos habría permitido que él lo viera. Se asustó tanto que retrocedió como si hubiera abierto una puerta por error, y de repente se dio por vencido...

—Mire —dijo—, no se preocupe por lo del aeropuerto. Sacaré el coche y les llevaré a usted y al niño. ¿Qué pasa con el equipaje? ¿Quiere prepararlo para que podamos enviarlo antes?

Lo arregló todo; se encargó de que las llaves de las maletas estuvieran en su bolso de mano y de que dejara sus señas en el hotel para enviarle el correo; hasta prometió mandarle algunas fotos del niño que un fotógrafo había hecho en la playa unos días antes y aún no estaban reveladas. La noticia de su partida inminente había corrido por todo el hotel antes de la hora del almuerzo. Cuando bajó preparada para marcharse, con su traje negro y un elegante sombrero inclinado sobre la frente, por alguna razón se habían formado la idea, no expresada, de que la habían *hecho volver*. Y lo dramático de esta idea, el sentido de una emoción no prevista, hizo que los otros huéspedes del hotel sintieran aún más pena.

—¡La vamos a perder! ¡Qué lástima, querida! —le llegó de todas partes del comedor.

El pequeño estaba adorable, con su pelusa rubia rojiza y la boca ancha que no había heredado de su madre; debía de parecerse a su padre («Entonces, va a reunirse con su padre, claro»).

Incluso los camareros indios se congregaron en el vestíbulo alrededor de las maletas: «¡Adiós, adiós, hombrecito!», le decían al bebé. Luego el Chrysler de Ed paró ante la puerta, resplandeciente; el sol arrojó mil cuchillos que rebotaron en su bien pulida chapa y en los flancos de acero cromado. Ella bajó las escaleras con el niño de la mano, con su ropa de ciudad, ya ajena al aire húmedo que venía del mar, y a los *rickshaws* que dormitaban entre los mangos y a los gritos de niños chapoteando. El niño se volvió espontáneamente y

saludó con la mano. Luego desaparecieron.

—Bueno —dijo Edgard al llegar al aeropuerto—, dentro de unas horas estará en casa.

Se quedó mirándoles desde la barrera de seguridad y vio cómo cruzaban la pista y subían juntos la escalerilla del avión. Cuando hubo subido, ella se volvió, repitiendo inconscientemente el gesto del niño, y le envió un último saludo con la mano, inconfundible hasta con el guante negro.

Él volvió lentamente al coche, junto con las otras personas que se marchaban, intentando decidir si debería pasar lo que quedaba de tarde dándose un baño en la playa o jugando al *snooker*. Se decidió por el *snooker*. En el coche ni siquiera quedaba rastro de su perfume, al contrario de esas otras mujeres que esparcen sus olores como perras, dejando una pista destinada al macho.

El martes por la mañana todo salió a la luz. Los periódicos de Johannesburgo llegan a la costa por avión un par de horas después de aparecer, y todos los compran tan ávidamente como si estuvieran exiliados y no en vacaciones. Ahí estaba, a media página, en la sección matrimonial de la columna de tribunales que todos recorren con una mirada esperanzadora: «Maisel contra Maisel. Hugh Watcham Maisel contra Patricia Edwina Maisel (de soltera Van Helm).» Y aquella misma tarde alguien que conocía toda la historia llegó al hotel: una historia escandalosa. (¡Vaya vida que lleva la gente hoy en día!). La mujer había estado unida a otro hombre desde que naciera el bebé, en su propia casa, ante las narices de su marido. (Ah, el niño era del marido, sin lugar a dudas; aparentemente era su vivo retrato). La gente decía que ella había vivido con los dos durante meses, sin avergonzarse. Algunos culparon al marido. Evidentemente, el amante había estado interesado por su hermana menor, lo cual lo empeoraba todo; aún más: ella se lo había robado a su propia hermana.

Luego, cuando los periódicos dominicales informaron con detalle sobre los procedimientos del divorcio, se confirmó todo el sucio asunto. El demandante dijo esto; el acusado, lo otro. Un asunto sucio, decían los jóvenes maravillados, apiñándose en torno al periódico. Todo el hotel no hablaba de otra cosa. Una especie de pira de recuerdos y discusiones se levantó sobre su ausencia y siguió humeando durante días.

En casa, a unas quinientas millas de distancia, la joven estaba sentada y leía lo que decían de ella en los periódicos. Las etiquetas de los hoteles se despegaban de sus maletas con el vapor del cuarto de baño, donde estaban guardadas encima del armario. A veces se pasaba media hora frotándose la piel bronceada, que se desprendía como polen de sus brazos.

Dos o tres días más tarde recibió un sobre con matasellos de Durban que iba dirigido a ella con una letra desconocida de mano masculina. Dentro había dos fotos del bebé. Anónimo, mudo, era el último toque protector de Ed, el viajante de ropa interior femenina. Le proporcionó un extraño consuelo, y en ese mismo momento sintió una aguda

culpabilidad, una carga más pesada que la que había sentido por todas sus mentiras, sus infidelidades y la astucia de su pasión. Una lágrima, que parecía tener los pies cosquilleantes de un ciempiés, corrió por un lado de su nariz.

Ya no había compasión para nadie, para nadie en absoluto.

SEIS PIES DE TIERRA

Mi mujer y yo no somos verdaderos granjeros, y ni siquiera Lerice lo es realmente. Compramos nuestra casa a diez millas de Johannesburgo, en una de las carreteras principales, supongo que para cambiar algo en nosotros mismos; parece que hay que ajustar muchas cosas en un matrimonio como el nuestro. No se desea oír sino un largo y gratificante silencio cuando se sondea en un matrimonio. La granja no ha servido para eso en nuestro caso, por supuesto, pero ha servido para otras cosas inesperadas, ilógicas. Lerice, de quien creí que iba a retirarse aquí con una tristeza chejoviana durante un mes o dos, para luego dejar la casa a las sirvientas y volver a intentar conseguir el deseado papel y convertirse en la actriz que le gustaría ser, se ha entregado a la dirección de la granja con la misma intensidad con que antes se imbuía de las invenciones de la mente de un dramaturgo. Me hubiera dado por vencido hace mucho de no haber sido por ella. Sus manos, antes pequeñas, gordezuelas y bien cuidadas —no era de esa clase de actrices que llevan laca roja y sortijas de diamantes—, se han vuelto como las patas de un perro.

Estoy aquí, por supuesto, sólo por las tardes y los fines de semana. Soy socio de una agencia de viajes que va viento en popa; así tiene que ser, como le digo a Lerice, para sostener la granja. Pero aunque sé que nos cuesta más de lo que podemos permitirnos, y aunque el olor dulzón de las aves que cría Lerice me da náuseas, por lo que me mantengo lejos de sus corrales, la granja tiene cierta clase de hermosura que casi había olvidado, sobre todo los domingos por la mañana, cuando me levanto y salgo a la dehesa y no veo palmeras y estanques de peces, y piletas imitando piedra para que se bañen los pájaros, sino patos blancos en la alberca, el campo de alfalfa brillante como el cristal de un escaparate, y el robusto toro de ojos aviesos, lujurioso pero aburrido, cuyo hocico es lamido tiernamente por una de sus damas. Lerice sale sin peinar, con un palo chorreando para la higiene del ganado. Tiene por un momento una mirada de ensueño, la misma expresión que fingía algunas veces en aquellas representaciones.

—Mañana se aparearán —dice—. Es su segundo día. Mira cómo le quiere a mi pequeño Napoleón.

Así que cuando vienen las visitas el domingo por la tarde, es probable que me oiga a mí mismo decir mientras sirvo las copas: «Cuando vuelvo con el coche desde la ciudad todos los días y paso por delante de esas casas de barrios residenciales, me pregunto cómo aguantamos esta vida. ¿Quieres ver la granja?».

Y allá voy, llevando a alguna muchacha bonita y a su joven marido a trompicones hasta nuestra orilla del río, la muchacha enganchándose las medias en los haces de maíz y pasando por encima de los excrementos de vaca, cubiertos de moscas verdes y zumbonas, a la vez que dice: «... las tensiones de la maldita ciudad. Y vivir lo bastante cerca como para poder ir al teatro. Es estupendo. ¡Habéis logrado lo mejor de ambos mundos!».

Y por un momento acepto el elogio como si todo lo hubiera conseguido yo: algo que he estado intentando toda mi vida, como si la verdad fuera que uno puede tener «lo mejor de los dos mundos», en lugar de encontrarse con que no está ni en uno ni en otro, sino en un tercero, que nunca hubiese podido prever.

Pero hasta en nuestros momentos más sensatos, cuando veo que los entusiasmos agrarios de Lerice son tan irritantes como antes lo eran sus entusiasmos teatrales, y cuando ella ve que lo que llama «mis celos» de su capacidad de entusiasmo son una prueba definitiva de mi incapacidad como cónyuge, creemos realmente que al menos hemos escapado de esas tensiones específicas de la ciudad de que hablan nuestros visitantes. Si la gente de Johannesburgo habla de «tensiones», no se refieren al ajetreo y las prisas por las calles abarrotadas de gente, ni a la lucha por el dinero, ni al carácter competitivo en general de la vida urbana. Se refieren a las armas debajo de la almohada de los hombres blancos y a las rejas contra los ladrones en las ventanas. Se refieren a esos extraños momentos en las aceras urbanas cuando un negro se niega a apartarse para que pase un blanco.

Fuera, en el campo, aunque sea a diez millas, la vida es mejor. En el campo se conserva la etapa anterior; nuestra relación con los negros es casi feudal. Equivocada, supongo, obsoleta, pero más cómoda en todos los sentidos. No tenemos rejas ni armas. Los empleados de Lerice viven con sus mujeres y sus negritos en la granja. Fabrican su cerveza amarga sin temor a las redadas de la policía. En realidad, nos enorgullecemos de que los pobres diablos no tengan casi nada que temer estando con nosotros; Lerice incluso cuida de sus hijos, con toda la competencia de una mujer que no ha tenido hijos propios, y cuida de todos ellos —niños y mayores— siempre que están enfermos, como si fueran bebés.

Y por esta razón no tuvimos ningún sobresalto especial cuando una noche, Albert, el criado, llamó a nuestra ventana después que nos hubiéramos acostado. Yo no estaba en nuestra cama, sino que dormía en un cuartito ropero contiguo, porque Lerice me había incomodado y no quería ablandarme simplemente por el suave olor de los polvos de talco después de haberse bañado. Vino y me despertó.

—Albert dice que uno de los chicos está muy enfermo —dijo—. Creo que debes bajar a ver qué pasa. No nos despertaría a esta hora si no fuese algo serio.

—¿Qué hora es?

—¿Qué importa? —Lerice es irritantemente lógica.

Me levanté torpemente mientras me miraba —¿por qué será que siempre me siento como un tonto cuando no duermo en su cama? Después de todo, sé por la forma que tiene de no mirarme cuando me habla en el desayuno a la mañana siguiente que se siente herida y humillada porque yo no la haya deseado— y salí atontado por el sueño.

—¿Cuál de los chicos es? —pregunté a Albert mientras seguíamos el baile de mi linterna.

—Está demasiado enfermo. Muy enfermo —dijo.

—¿Pero quién? ¿Franz? —me acordé de que Franz llevaba desde la semana pasada arrastrando una tos fuerte.

Albert no contestó; me cedió el paso y caminó a mi lado por entre la hierba alta. Cuando la luz de la linterna enfocó su rostro, me pareció enormemente preocupado.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Bajó la cabeza ante el resplandor de la luz.

—No soy yo, *baas*. No lo sé. Me envía Petrus.

Irritado, le metí prisa para llegar cuanto antes a las chozas. Y allí, sobre el armazón de hierro de la cama de Petrus, con sus soportes de ladrillo, había un joven, muerto. Un ligero sudor frío perlaba aún su frente; su cuerpo estaba caliente. Los muchachos andaban alrededor como hacen en la cocina cuando se descubre que alguien ha roto un plato, desgastados, silenciosos. La mujer de alguien permanecía en las sombras, retorciéndose las manos bajo el delantal.

No había visto a un hombre muerto desde la guerra. Esto era muy diferente. Me sentí como los otros, extraño, inútil.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

La mujer se dio golpecitos en el pecho y meneó la cabeza para indicar la dolorosa imposibilidad de respirar. Debió de morir de pulmonía. Me volví hacia Petrus.

—¿Quién era este joven? ¿Qué hacía aquí?

La luz de una vela en el suelo mostró que Petrus estaba llorando. Me siguió afuera.

Allí, en la oscuridad, esperé a que hablara. Pero no lo hizo.

—Venga, Petrus, tienes que decirme quién era el chico. ¿Era amigo tuyo?

—Es mi hermano, *baas*. Vino de Rodesia, buscando trabajo.

La historia nos sorprendió un poco a Lerice y a mí. El joven había venido caminando desde Rodesia para buscar trabajo en Johannesburgo, cogió frío al dormir al aire libre por el camino y estuvo enfermo en la choza de su hermano Petrus desde su llegada, tres días antes. Nuestros criados temieron pedirnos ayuda porque no querían que nos enterásemos de su presencia. Los nativos de Rodesia tienen prohibida la entrada en la Unión a menos que tengan un permiso; el joven era un inmigrante ilegal. Sin duda nuestros criados habían hecho lo mismo, muchas otras veces; varios parientes habrían recorrido a pie

las setecientas u ochocientas millas desde la indigencia hasta el paraíso de los trajes de petimetre, las redadas policiales y las paupérrimas poblaciones negras que conforman su *Égoli*, Ciudad de Oro —el nombre africano de Johannesburgo—. Sencillamente, se trataba de esconder a un hombre en nuestra granja hasta que se le pudiera encontrar un trabajo con alguien que no le importara asumir el riesgo de ser procesado por emplear un inmigrante ilegal a cambio de los servicios de una persona todavía no corrompida por la ciudad.

Pues allí había uno que no volvería a levantarse nunca más.

—Pensabas que ellos nos lo iban a contar —dijo Lerice a la mañana siguiente—, ya que el hombre estaba enfermo. Pero podrías haber pensado que no sería así.

Cuando a ella le preocupa algo, tiene una forma de permanecer de pie en medio de la habitación similar a la de quien está a punto de salir de viaje, examinando cuidadosamente a su alrededor los objetos familiares, como si jamás los hubiera visto. Me fijé en eso antes, cuando estaba con Petrus en la cocina; Lerice tenía el aire de estar ofendida con él, casi dolida.

En cualquier caso, realmente nunca tengo tiempo ni ganas de entrar a hablar de todo lo que Lerice, viendo sus alarmados e insistentes ojos, le gustaría tratar de nuestra vida. Es esa clase de mujer a la que no le importa parecer vulgar o extraña; supongo que no le daría igual si supiera lo rara que resulta cuando su cara se descompone con una urgente incertidumbre.

—Ahora —dije— me toca a mí hacer el trabajo sucio, supongo.

Me miró fijamente, midiéndome con sus ojos; una pérdida de tiempo, la verdad.

—Tendré que avisar a las autoridades sanitarias —dije tranquilamente—. No pueden llevárselo por ahí y enterrarlo sin más ni más. Después de todo, no sabemos de qué murió.

Se limitó a seguir allí de pie, como si se hubiera dado por vencida. Simplemente dejó de mirarme. No recuerdo desde cuándo no me había irritado tanto.

—Podía haber sido algo contagioso —dije—. ¡Sabe Dios!

No hubo contestación.

No me gusta conversar conmigo mismo. Salí para gritar a uno de los criados que abriera el garaje y preparase el coche para mi paseo matinal a la ciudad.

Como era de esperar, se armó un buen lío. Tuve que avisar a la policía al igual que a las autoridades sanitarias y contestar a muchas preguntas tediosas: ¿Cómo pude no darme cuenta de la presencia del chico? Si no supervisaba las chozas de mis sirvientes, ¿cómo podía saber yo que eso no ocurría todos los días? Y cuando me enfadé y les dije que con tal que mis nativos hicieran su trabajo no creía que fuese asunto mío meter las narices en sus

vidas privadas, aquel ordinario y estúpido sargento de policía me lanzó una de esas miradas que no obedecen a ningún proceso de reflexión mental, sino a esa facultad común a todos los poseídos por la teoría de la raza superior, una mirada de certeza necia y demencial. Me sonrió con una mezcla de desdén y deleite por mi estupidez.

Luego tuve que explicar a Petrus por qué las autoridades sanitarias tenían que llevarse el cadáver para hacer una autopsia, y hasta explicarle qué era eso. Cuando llamé unos días más tarde al departamento sanitario para averiguar los resultados, me dijeron que la causa de la muerte se debía, como habíamos supuesto, a una pulmonía, y que se habían deshecho del cadáver de la forma adecuada. Salí adonde Petrus preparaba el alimento para las aves y le dije que todo estaba en orden, que no habría problemas; su hermano había muerto de aquel dolor en el pecho. Petrus bajó la lata de parafina y preguntó:

—¿Cuándo podemos ir a buscarle, *baas*?

—¿Buscarle?

—¿Podría, *baas*, por favor, preguntarles cuándo podremos ir?

Volví a entrar y llamé a Lerice, buscándola por toda la casa. Bajó la escalera que llevaba a los dormitorios de invitados, y le dije:

—¿Qué voy a hacer ahora? Cuando se lo conté a Petrus, no hizo más que preguntarme con serenidad cuándo podrían ir a recoger el cadáver. Creen que van a enterrarle ellos.

—Bueno, díselo —dijo Lerice—. Tienes que decírselo. ¿Por qué no se lo dijiste antes?

Cuando encontré a Petrus otra vez, levantó la vista cortésmente.

—Mira, Petrus —dije—. No puedes ir a recoger a tu hermano. Ya lo han hecho ellos. Le han enterrado, ¿comprendes?

—¿Dónde? —preguntó lenta y torpemente, como si creyera que me había entendido mal.

—Bueno, era un forastero. Sabían que no era de aquí y creyeron que no tenía familia, así que pensaron que debían enterrarle.

Resultaba difícil explicar las cosas de modo que la tumba de un pobre pareciera la de un privilegiado.

—Por favor, *baas*, el *baas* debe preguntarles.

Pero no quería decir con eso que deseaba saber dónde estaba su tumba. Simplemente

ignoró la incomprensible maquinaria que, según le expliqué, se había puesto en marcha con su hermano muerto; él quería que le devolvieran a su hermano.

—Pero, Petrus —dije—, ¿cómo voy a hacerlo? Tu hermano está ya enterrado. No se puede preguntar nada.

—¡Oh, *baas!* —dijo. Se quedó allí, de pie, con las manos manchadas de salvado pegadas a los costados, con una comisura de la boca moviéndose espasmódicamente.

—¡Por Dios, Petrus, no me van a escuchar! De todas formas no pueden. Lo siento, pero no puedo hacerlo. ¿Me entiendes?

Siguió mirándome sin quitarme la vista de encima, convencido de que el hombre blanco todo lo posee y todo lo puede; si no hace tal o cual cosa es porque no quiere.

Y luego, a la hora de cenar, empezó Lericé:

—Por lo menos podías telefonar —dijo.

—¡Dios Santo! ¿Qué crees que soy? ¿Es que puedo resucitar a los muertos?

Pero no hubo manera de librarme de esa ridícula responsabilidad que me había visto forzado a aceptar.

—Llámales —insistió ella—. Al menos podrías decirle que lo has intentado y que te han contestado que es imposible.

Desapareció en alguna parte de la cocina después de tomar café. Al cabo de un rato volvió para decirme:

—El padre, un viejo, viene de Rodesia para asistir al funeral. Tiene un permiso y ya está en camino.

Por desgracia, no era imposible recuperar el cadáver. Las autoridades dijeron que era un tanto irregular, pero ya que las normas sanitarias se habían cumplido, no podían negar el permiso para una exhumación. Me enteré de que, junto con los honorarios funerarios, costaría veinte libras. Ah, pensé yo, aquí se acaba el asunto. Ganando cinco libras por mes, era imposible que Petrus tuviese veinte —y menos mal, porque ese dinero no ayudaría al muerto—. Desde luego, yo no se las iba a ofrecer. Veinte libras, o cualquier otra cantidad razonable, las habría gastado, sin pensarlo dos veces, en médicos o medicinas para ayudar al chico mientras estaba vivo. Pero una vez muerto, no tenía ni la más remota intención de animar a Petrus a que tirase así, por las buenas, más dinero del que él gastaba en todo un año para vestir a su familia.

Cuando aquella noche se lo conté en la cocina dijo:

—¿Veinte libras?

—Sí, eso es, veinte libras —dije.

Durante un momento tuve la sensación, al mirarle a la cara, de que estaba haciendo cálculos. Pero cuando volvió a hablar pensé que eran imaginaciones más.

—¡Tenemos que pagar las veinte libras! —dijo con esa voz lejana que se emplea cuando se habla de algo tan inalcanzable que ni siquiera merece la pena pensar en ello.

—Está bien, Petrus —dije y volví al salón.

A la mañana siguiente, antes de marcharme a la ciudad, Petrus pidió verme.

—Por favor, *baas* —dijo torpemente, entregándome un montón de billetes.

Están tan pocas veces del lado del que da, que realmente los pobres diablos no saben ofrecer dinero a un hombre blanco. Allí estaban las veinte libras; unas en billetes de una libra, otras en billetes de media; algunos estaban tan arrugados y doblados que se habían vuelto blandos como los trapos sucios; otros eran lisos y bastante nuevos. Dinero de Franz, supongo, y de Albert y de Dora, la cocinera, y de Jacob el jardinero, y sólo Dios sabe de quién más, de todas las granjas y pequeñas fincas y propiedades de la zona; lo acepté con más irritación que asombro, realmente irritado por el despilfarro, por la inutilidad del sacrificio de gente tan pobre. Pensé que, al igual que todos los pobres del mundo, se escatiman a sí mismos las comodidades de la vida para poder asegurarse las comodidades de la muerte. Incomprensible para gente como Lerice y yo, que consideramos la vida como algo que se debe gastar con generosidad, y que si pensamos alguna vez en la muerte es como la bancarrota final.

Los peones de la granja no trabajan los sábados por la tarde, así que era un buen día para el funeral. Petrus y su padre nos pidieron prestado nuestro carro de burros para ir a recoger el ataúd a la ciudad, donde, como Petrus contó a Lerice al volver, todo fue «agradable». El ataúd les esperaba ya cerrado para ahorrarles lo que pudiera haber sido una visión bastante desagradable, después de dos semanas de enterrado. Llevó tiempo el que las autoridades y la funeraria pudieran hacer las gestiones para mover el cadáver. Durante toda la mañana, el ataúd se quedó en la choza de Petrus, esperando el traslado al viejo camposanto, al otro lado del límite oriental de nuestra granja, una reliquia de los días en que esta era una zona agraria de verdad y no un barrio de moda para granjas. Por pura casualidad, yo estaba junto a la valla cuando pasó la procesión; una vez más, Lerice se había olvidado de la promesa que me había hecho y había vuelto la casa inhabitable el sábado por la tarde. Volví a casa y me enfurruñé al encontrarla con unos pantalones viejos y sucios, sin peinar desde la noche anterior y levantado el barniz de todo el suelo de la sala de estar, como si nada. Así que cogí un palo número ocho y me fui a jugar al golf. Estaba tan enojado que me había olvidado de lo del funeral y sólo me acordé cuando vi la procesión subir el sendero junto a la valla y venir hacia mí; desde donde me encontraba se podían ver las tumbas con bastante claridad, y aquel día el sol brillaba por encima sobre los

trocitos de cerámica, una cruz casera ladeada, y botes de mermelada ya marrones por la acción del agua de lluvia y las flores muertas.

Me sentí un poco incómodo y no supe si debía dejar de dar a mi pelota de golf al menos hasta que toda aquella gente se hubiera alejado decentemente. El carro de burros crujía y rechinaba a cada vuelta de las ruedas y marchaba de forma lenta y vacilante, forma que armonizaba con los dos burros que tiraban de él, sus barrigas tersas y ásperas, sus cabezas hundidas en las anteojeras y sus orejas aplanadas con un aire sumiso y abatido; también armonizaba con el grupo de hombres y mujeres que caminaban lentamente detrás. El asno paciente. Mirando, pensé: «Ahora me doy cuenta de por qué ese animal se convirtió en un símbolo bíblico». Luego la procesión se puso a mi altura y se detuvo, así que tuve que dejar el palo de golf. Sacaron el ataúd del carro; era de madera brillante con barniz amarillento, como los muebles baratos, y los burros sacudían las orejas luchando contra las moscas. Petrus, Franz, Albert y el padre de Rodesia le levantaron sobre sus hombros y la procesión siguió a pie. Fue en realidad un momento embarazoso. Permanecí un poco confuso junto a la valla, muy quieto, mientras desfilaban uno a uno con lentitud, sin levantar la vista, los cuatro hombres doblados bajo la resplandeciente caja de madera, y después un grupo de acompañantes. Todos eran criados nuestros o de los vecinos, de quienes sabía que eran chismosos, siempre murmurando sobre nuestras tierras o nuestra cocina. Oía la respiración del viejo.

Me había inclinado para recoger mi palo de golf cuando una especie de vibración sacudió la fluida solemnidad de su espíritu procesional; lo sentí en seguida, como una ola de calor en el aire, o una de esas repentinas corrientes de frío que se siente en las piernas en un tranquilo arroyo. La voz del viejo murmuraba algo; la gente se había parado, desconcertada, y chocaban unos con otros, empujándose para seguir, o silbando y siseando para pedir silencio. Me di cuenta de que estaban muy turbados, pues no podían entender la voz; era como los murmullos de un profeta, que aunque no sean claros al principio, atraen la atención. La esquina del ataúd que sostenía el viejo cedía hacia abajo, y él parecía querer librarse de su peso. Petrus le reprendió.

El pequeño que habían dejado para vigilar los burros soltó las riendas y corrió a ver lo que pasaba. No sé por qué —a menos que fuera por la misma razón por la que la gente se apiña alrededor de alguien que se ha desmayado en un cine—, pero lo cierto es que separé los alambres de la valla y fui tras él.

Petrus levantó los ojos hacia mí, hacia nadie, con angustia y horror. El viejo de Rodesia había soltado el ataúd totalmente, y los otros tres, incapaces de sostenerlo solos, lo habían posado en el suelo del sendero. Una película de polvo subía trémula por sus costados brillantes. No entendí lo que decía el viejo; yo dudaba si intervenir. Pero entonces todo el grupo, agitado, se volvió contra mi silencio. El viejo se me acercó con las manos extendidas, temblando, y me habló directamente, diciendo algo que, por el tono, sin entender las palabras, era alarmante.

—¿Qué pasa, Petrus? ¿Qué es lo que anda mal?

Petrus levantó los brazos, inclinó la cabeza, en unas cuantas sacudidas histéricas, y alzó el rostro bruscamente hacia mí.

—«Mi hijo no pesaba tanto», dice.

Silencio. Oía la respiración del viejo; tenía la boca entreabierta, como hacen los de su edad.

—Mi hijo era joven y delgado —dijo por fin el padre en inglés.

Silencio de nuevo. Luego estallaron los murmullos. El viejo tronó contra todo el mundo; sus dientes eran amarillentos y escasos, y llevaba uno de esos bigotes finos, canosos y tupidos, de los que apenas se ven hoy, que debió de dejar crecer para emular a los constructores del Imperio. Parecía reforzar todas sus expresiones con una convicción especial. Escandalizó a todos los reunidos, quienes, aun pensando que se había vuelto loco, tuvieron que escucharle. Con sus propias manos empezó a levantar la tapa del ataúd y otros tres hombres se adelantaron para ayudarle. Luego se sentó en la tierra; muy viejo, muy débil e incapaz de hablar, y simplemente levantó una mano temblorosa hacia lo que había allí. Renunció a seguir; él ya no servía para nada.

Se acercaron a mirar —yo también—, y no pudieron prever la sorpresa y el dolor que les iba a provocar; durante unos minutos se quedaron atónitos por la sorpresa, jadearon y se empujaron nerviosamente. Me fijé en el pequeño que tenía que cuidar de los burros, que saltaba de rabia, casi llorando, porque las espaldas de los mayores no le dejaban ver.

En el ataúd estaba alguien que nadie había visto antes: un nativo bastante fuerte, de piel clara, con una cicatriz hábilmente cosida en la frente, tal vez debida a un golpe en una pelea que también le habría dejado otras heridas que provocaron su muerte.

Luché con las autoridades durante una semana por aquel cadáver. Tuve la sensación de que les asombraba, de modo lacónico, su propio error, pero que en la confusión de aquella anónima muerte eran incapaces de enmendarlo. Me decían: «Estamos intentando averiguarlo», «seguimos haciendo pesquisas». Era como si en cualquier momento pudieran llevarme a la *morgue* y decirme: «¡Ahí! ¡Levante las sábanas; búsquele! El hermano de su criado. Hay tantas caras negras... ¿No le sirve cualquiera?».

Y cada tarde, cuando llegaba a casa, Petrus me esperaba en la cocina.

—Pues lo siguen intentando. Siguen buscando. El *baas* se ocupa de todo por ti, Petrus —le decía.

—Dios, el tiempo que pierdo yendo con el coche al otro extremo de la ciudad por culpa de este asunto, cuando debía de estar en la oficina —le dije a Lerice Una noche.

Ella y Petrus me miraron fijamente cuando les hablé, y, por extraño que fuera, me parecieron iguales en aquellos momentos, aunque resulte imposible: mi mujer, con su frente

alta y blanca y su cuerpo esbelto de inglesa, y el encargado de las aves, con sus pies descalzos y callosos bajo los pantalones color caqui, atados con una cuerda por debajo de las rodillas, y aquel peculiar olor a rancio del sudor nervioso que se desprendía de su piel.

—¿Por qué estás tan indignado, tan obstinado con este asunto? —preguntó Lerice de repente.

La miré fijamente.

—Es cuestión de principios. ¿Por qué van a salir impunes de una estafa? Ya es hora de que estos funcionarios reciban una lección de alguien dispuesto a tomarse la molestia.

Ella dijo: «Oh». Y cuando Petrus abrió lentamente la puerta de la cocina, comprendiendo que la conversación era demasiado para él, Lerice también se dio la vuelta.

Seguí dando a Petrus toda clase de seguridades cada tarde, pero, aunque lo que decía siempre era lo mismo y la voz que utilizaba también, cada tarde parecía más parco. Por fin se hizo evidente que nunca íbamos a recuperar al hermano de Petrus, porque nadie sabía dónde estaba. ¿En algún lugar de un cementerio tan uniforme como una urbanización, en algún lugar bajo un número que no le pertenecía, o en la Facultad de Medicina, tal vez, reducido laboriosamente a capas de músculos y fibras de nervio? Sólo Dios lo sabe. De todas formas, ya no tenía identidad en este mundo.

Fue entonces cuando con voz avergonzada Petrus me pidió que intentara recuperar el dinero.

—Por la forma en que lo pide, se diría que está robando a su propio hermano —le dije a Lerice más tarde. Pero como ya he dicho, Lerice se había tomado tan a pecho el asunto que ni siquiera podía apreciar una sonrisa irónica.

Intenté que le devolvieran el dinero; lo intentó Lerice. Los dos llamamos por teléfono y escribimos y discutimos con ellos, pero no sacamos nada en limpio. Al parecer, el gasto principal había sido el de la funeraria, que después de todo había hecho su trabajo. Así que todo aquel asunto fue un completo fracaso, incluso más que un fracaso para aquellos pobres diablos de lo que yo hubiera podido pensar.

El viejo de Rodesia tenía más o menos la estatura del padre de Lerice, así que ella le dio uno de los trajes viejos de su padre y volvió a su casa, a pasar el invierno, algo mejor que cuando había venido.

¿QUÉ NUEVA ERA SERÁ ESTA?

Jake Alexander, un hombre de color, grande y gordo, mitad escocés y mitad africano, se hallaba agitando una enorme sartén con beicon sobre la cocina de gas de la habitación trasera de su imprenta en Johannesburgo, cuando oyó que alguien llamaba a la puerta principal. El chisporroteo de la grasa y las voces de los cinco hombres que se encontraban con él ahogaban casi los sonidos de fuera, y la llamada era tan insistente que bien podía hacer varios minutos que alguien aguardaba allí. Apartó la sartén de la llama con una mano y con la otra hizo un gesto impaciente de silencio, dirigido tanto al beicon como a los hombres. Interpretándolo como una señal de advertencia, los hombres recogieron apresuradamente los vasos y tazas en los que habían estado tomando unos tragos de coñac, tranquilamente, para festejar el final de la jornada, y engulleron los restos en un santiamén. El pequeño Klaas, de pelo cobrizo, amontonó tazas y vasos rápidamente y los ocultó detrás de una sucia cortina que cubría una fila de estantes.

—¿Quién es? —gritó Jake limpiándose las manos grasientas en el pantalón. Hubo un tamborileo agudo y juguetón, seguido de una voz inglesa:

—Yo, Alister. ¡Por amor de Dios, Jake!

El hombre gordo volvió a colocar la sartén en la llama y atravesó pesadamente la oscura tienda, entre las máquinas impresoras paradas, hasta llegar a la puerta, que abrió de golpe.

—¡Señor Halford! —dijo—. ¡Cuánto me alegra verle! Entre, hombre. Ahí no se puede oír nada.

Un joven inglés de ojos suaves, boca severa y pelo liso y desvaído que crecía en la espiral desordenada y confusa de un remolino doble, dio un paso atrás para permitir que una joven entrara delante. Antes de que pudiera presentarla, ella le dio la mano a Jake, sonriendo y con un fuerte apretón.

—Buenas tardes. Soy Jennifer Tetzl —dijo.

—Jennifer, te presento a Jake Alexander.

El joven consiguió asomarse por encima del hombro de ella. Los dos habían entrado al edificio desde la calle a través de una arcada con la inscripción EDIFICIO DE LA NUEVA era. «¿Qué nueva era será esta?», se había preguntado la joven en voz alta, alegremente, mientras esperaban en el sombrío zaguán a que les abrieran la puerta, y Alister Halford no sabía si se refería al descubrimiento de vetas profundas de oro, que había salvado a Johannesburgo del destino efímero de ser sólo un campamento minero en la

década de los noventa, al optimismo que sobrevino a la superación de los problemas laborales en los años veinte, o a la recuperación económica tras el abandono del patrón oro en los años treinta —la verdad era que nadie tenía idea de la edad de los edificios de esa parte destartada de la ciudad—. Ahora, al salir de la penumbra del inhóspito vestíbulo, que olía a polvo y a madera podrida —el olor de la espera—, se encontraron con el aroma penetrante, vivo y frío, de la tinta y el tufillo hogareño y perezoso de la grasa del beicon, un olor acogedor. No había mucha luz en el taller desierto. El anfitrión se acercó a tientas hasta la pared y encendió la bombilla brillante y desnuda que había en el techo. Durante unos instantes permanecieron los tres juntos, parpadeando: un hombre de color a cuyas carnes se habían adherido las grasas de un hombre de mundo, vestido vulgarmente, no porque fuera pobre, sino porque obviamente le gustaba vestirse así —con una camisa de deporte de rayón—, que al bostezar mostraba dos michelines peludos escondiendo su ombligo en una sonrisa sin labios, los pantalones de un buen traje mal abrochados y atados con una corbata en lugar de con un cinturón, y un par de zapatos de deporte caros, que llevaba sin calcetines; un joven inglés con un gastado traje de *tweed* verdoso con chaleco de corte neoeduardiano, recuerdo de sus días universitarios; y una guapa mujer blanca que, cuando dio la luz, Jake Alexander reconoció inmediatamente.

No la había visto antes pero conocía el tipo muy bien, lo había visto una y otra vez en las reuniones del Congreso de Demócratas y otras organizaciones donde los blancos progresistas conocían a los negros progresistas. Esas eran las mujeres blancas que, Jake lo sabía, se empeñaban en considerarse a sí mismas como tus iguales. Aún eran peores que los párrocos que insistían en considerarte a ti mismo como *su* igual. Los clérigos habían estudiado diez años en la escuela y siete en la universidad y en la facultad de teología; tú habías cargado sacos de verduras desde el mercado hasta los coches de los blancos desde que tenías ocho años y hasta que te metieron de aprendiz en una imprenta; tu primera mujer, al igual que tu madre, era una criada a la que visitabas en una habitación del patio trasero; y tu primer trago de whisky, como muchos otros de tus placeres, lo tomaste a escondidas mientras no te veía un hombre blanco. Sin embargo, el bueno del reverendo se empeñaba en que tu idea de la vida era exactamente igual que la suya: que *tú* sientes lo mismo que *él*... Pero esas mujeres, por Dios, esas mujeres sentían lo mismo que *tú*. Estaban seguras de ello. Creían comprender la humillación del hombre negro que anda por las calles únicamente con el permiso de paso firmado por un blanco, y la culpabilidad y el pavoneo del hombre de color con el rostro lo bastante pálido como para entrar furtivamente, fugitivo de su propia piel, en los cotos —cines, bares, bibliotecas— donde dice «SÓLO EUROPEOS». Sí, incansables, con su obstinada sensibilidad, se empeñaban en recorrer por completo la incierta frontera del color. No había manera de evadirse de su comprensión. Hasta se obstinaban en sentir el resentimiento que *tú* debías sentir cuando se identificaban con tus sentimientos...

Allí estaba el cabello negro de una mujer decidida (el año pasado lo llevaba recogido, muy tirante, en un moño curiosamente compuesto; este año lo llevaba corto y tan rizado como un perro faldero), la frente redonda y huesuda sin empolvar, para que se le vea bien el bronceado; la boca roja, las mejillas sin colorete, los ojos grandes, vivaces y hermosos, teatralmente pintados, que podían mirar a los tuyos con una franqueza inteligente, anhelante, queriendo reflejar lo que Jake Alexander, un hombre de color, grande y gordo, interesado por las mujeres, el dinero, el coñac y el boxeo, sentía. ¿Quién

carajo quiere que una mujer te mire con franqueza? ¿Qué tiene que ver todo eso con una *mujer*, con lo que hombres y mujeres tienen los unos para con los otros en sus ojos? Ella llevaba una falda negra holgada, una blusa blanca de algodón que desvelaba una parte considerable de sus senos, y pendientes que parecían hechos por un herrero con trozos de chatarra. Calzaba unas sandalias con estrechas tiras que se enroscaban entre los dedos de los pies, y las uñas estaban pintadas de color ciruela. Por contraste, sus manos tenían aspecto descuidado, cetrinas, sin manicura, y en un dedo delgado se moría un sello grande de oro. Era guapa, pensó con disgusto.

Se quedó allí, gordo grasiento, sonriendo a los dos visitantes de una manera tan prolongada que su sonrisa resultó casi insolente.

—¿Qué le trae a esta parte de la ciudad, señor Halford? —preguntó por fin—. ¿A echar un vistazo con la señora?

El joven inglés apretó el brazo de Jake justo donde terminaba la corta manga de la camisa de rayón.

—Se me ocurrió pasar a verte, Jake —le dijo alegremente.

—Pasen, pasen —dijo Jake subiendo la voz, arrastrando los pies delante de ellos hacia el grupo de la habitación trasera—. A ver dónde hay una silla para la señora.

Apartó un montón de octavillas del asiento de una silla de cocina, tirándolas a un suelo de hormigón polvoriento, levantó la silla y la metió de nuevo ruidosamente entre el grupo de hombres que se habían levantado torpemente al entrar los visitantes.

—¿Conocen a Maxie Ndube? ¿Y a Temba? —dijo Jake señalando con la cabeza a los hombres que había junto a él.

Alister Halford murmuró con cálida cortesía que conocía a Maxie, un africano pequeño, de rostro delicado, vestido pulcramente de hombre de negocios, y luego dijo con aire interrogativo y vacilante a Temba:

—¿Nos conocemos? ¿Cuándo?

Temba era un hombre de color, una mezcla de sangres de esclavos negros y amos blancos, cruzadas hacía mucho tiempo, en los días en que el Cabo de Buena Esperanza era un puerto de descanso de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Era alto y pálido, con una nuez de Adán grande, enormes ojos negros y con aspecto de músico de *jazz* se podía imaginar una trompeta levantándose hacia el techo en aquellas manos largas y amarillentas, aquella columna vertebral curvada hacia delante para resguardar una nota grave.

—En Durban, el año pasado. ¿No se acuerda, señor Halford? —dijo él afanosamente—. Estoy seguro de que nos presentaron, a lo mejor es que simplemente le vi

de lejos.

—Ah, ¿en el Congreso? Claro que me acuerdo de usted —se disculpó Halford.

—¿No estaba usted en la delegación de El Cabo?

—¿Señorita? —Jake Alexander blandió su mano entre la joven y Temba.

—Jennifer, Jennifer Tetzal —repitió ella con voz clara, extendiendo su mano. Hubo un momento de confusión cuando los dos hombres intentaron estrecharla a la vez y luego vacilaron, cada uno cediendo ante el otro. Finalmente se estrecharon las manos y la joven se sentó con seguridad en la silla.

Jake continuó informalmente:

—Ah, y, por supuesto, Billy Boy —Alister saludó brevemente a un hombre negro de ojos tristes e inyectados en sangre, que estaba allí incómodo, unos pasos atrás, apoyado en unos rollos de papel—, y Klaas y Albert.

Klaas y Albert tenían en su sangre mezclada algunas gotas de bosquimano que les daban un tono amarillento y una dureza de batracios, igual que esos sapos que, tan prehistóricos como los bosquimanos, se cree míticamente que han sobrevivido hasta los tiempos modernos (supervivencia poco más fantástica que la de los bosquimanos), al pasar siglos metidos en una burbuja de aire dentro de una roca. Al igual que Billy Boy, Klaas y Albert habían dado unos pasos atrás y, como si su propio retraimiento contra los rollos de papel, la pared o la ventana fuera en sí un saludo, los dos hombres pequeños de color y el africano grande se quedaron mirando los movimientos masculinos de cabeza de Alister y la alegre sonrisa de la joven.

—¿Ha venido de El Cabo para algo especial? —preguntó Alister a Temba mientras se acomodaba en un extremo de la mesa que estaba cubierta de clisés, fragmentos de tipos, pruebas de carteles, una botella de leche agria, una pajarita, un par de tirantes rojos y varias botellas de Coca-Cola vacías.

—Llevo viviendo un año en Durban. Es que he tenido la oportunidad de subir a Johannesburgo —dijo el larguirucho Temba.

Jake se acomodó con facilidad, apoyado contra la parte delantera de la cocina, mirando a la señorita Jennifer Tetzal sentada en su silla. Estiró la cabeza hacia Temba y dijo:

—Un auténtico chico bananero.

Los jóvenes blancos criados en la sólida tradición anglosajona de la provincia de Natal eran denominados, y se referían a sí mismos, como los «chicos bananeros», aunque cada vez eran menos los que tenían alguna relación con el decreciente número de

latifundios plataneros que antaño habían enriquecido a sus dueños. El rostro ancho de Jake, en el que destacaban curiosamente las sonrosadas mejillas de una tez de las Highland, heredera, junto con su apellido, de su padre escocés, entre su tosca piel beige, se arrugó notoriamente al reírse de su propia broma. Y Temba echó la cabeza hacia atrás y rio de buena gana, su nuez de Adán subiendo y bajando al pensar en sí mismo como en un muchacho blanco, de colegio distinguido y jugador de *cricket*.

—No hay nada como Ciudad del Cabo, ¿verdad? —dijo la joven ladeando la cabeza de un modo encantador, como si esa convicción la compartieran los dos.

—La señorita Tetzal ha venido a vernos. Viene de Ciudad del Cabo —explicó Alister.

Ella se volvió hacia Temba con su belleza, su fuerza provocativa al completo, por así decirlo:

—Así que somos vecinos.

Jake puso un pie cómodamente encima del otro y una risa farfullante se formó en la rosada membrana interior de sus labios.

—¿Dónde vivía? —prosiguió ella hablando con Temba.

—Cape Fíats —dijo.

Cape Fíats es una barriada desolada para gente de color, entre la maleza de las afueras de Ciudad del Cabo.

—Yo también —dijo la muchacha con mucha tranquilidad.

Temba replicó cortésmente:

—Me está tomando el pelo —y luego se puso a mirar incómodamente sus manos, como si fueran culpables de algún torpe movimiento. No había tenido la intención de mostrarse tan familiar; las palabras no habían sido las adecuadas.

—Llevo casi diez meses allí —dijo ella.

—Bueno, hay gente que tiene unos gustos muy raros —comentó Jake riéndose de nada en particular, como si ella no estuviera allí.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Temba tímidamente y con respeto.

Ella mencionó el nombre de un proyecto de rehabilitación social que funcionaba en la barriada.

—Soy la directora auxiliar de todo eso en este momento. Está relacionado con el tipo de trabajo que hago en la universidad, ya sabe, así que me han dado quince meses de permiso de mi trabajo normal.

Maxie observó divertido la manera en que ella utilizaba la palabra «trabajo», como si fuera aprendiz de un fontanero; él y sus amigos cultos africanos —periodistas y profesores— ponían siempre mucho cuidado en hablar siempre de sus «profesiones».

—Obras pías —dijo él sonriendo tranquilamente.

Ella acomodó sus pies firmemente, removiéndose en el duro asiento, y dijo a Temba con franqueza varonil:

—Es un sitio espantoso. ¿Cómo ha podido sobrevivir ahí? No creo que yo pueda aguantar más que unos meses, y eso que yo tengo mi piso en El Cabo y puedo escaparme los domingos...

Mientras Temba sonreía desviando sus ojos prominentes, Jake la miró directamente y preguntó:

—¿Por qué lo hace, señorita? ¿Por qué?

—Ah, no lo sé. Porque no entiendo por qué otros, cualesquiera de las personas que viven allí, tienen que vivir ahí —ella se echó a reír antes que los demás por la endeblez, la inutilidad filantrópica de lo que había dicho—. Sentido de culpabilidad, lo que quieran...

Maxie se encogió de hombros, como si alguien hubiera mencionado una enfermedad cara que jamás hubiera podido permitirse el lujo de coger, y cuyos síntomas no pudiera imaginar.

Hubo un momento de silencio; los dos hombres de color y el hombre negro y grande, apoyado contra la pared, miraban con ansiedad, como si esperaran algún tipo de señal, posiblemente de Jake Alexander, su jefe, el hombre que al igual que ellos no era blanco, pero que tenía un negocio propio, un coche, dinero y amigos extraños, a veces incluso gente blanca, como esos. Los tres vestían esa ropa que nunca sienta bien, esa ropa de saldo que lleva toda la gente humilde que trabaja y no es blanca en Johannesburgo, y no habían perdido la capacidad de la gente del campo de mirar con fijeza sin sentir embarazo ni provocarlo en los demás.

Jake hizo un guiño a Alister; era uno de sus tics, el guiño de un corredor de apuestas, de un comediante de vodevil.

—Bueno, ¿y qué tal te va, chico? ¿Qué tal te va, eh? —dijo. Su manera de hablar tenía ese aire de compadreo que se encuentra en los bares; con suerte, también él podía entrar en un bar, con un sombrero que le tapase el pelo y el cuello del abrigo levantado, mostrando tan sólo un poco de mejilla sonrosada y grasienta. Había entrado en los bares de

los hoteles zarrapastrosos de Johannesburgo, con Alister, sin que le descubrieran. Alister, por otro lado, había hecho lo mismo, escapando por los pelos varias veces cuando acompañaba a Jake a los tugurios de las poblaciones de color, donde era ilegal que estuviera un hombre blanco, al igual que era ilegal que se tomaran copas; en dos ocasiones, Alister escapó de una redada saltando por una ventana. Alister llevaba en Sudáfrica sólo dieciocho meses, como corresponsal de un periódico de Inglaterra, y hacer eso le proporcionaba un nostálgico placer, pues hacía dos o tres años que había dejado sus travesuras de estudiante; le parecía gracioso. Jake, por su parte, había decidido hacía mucho tiempo, con la importante ayuda del dinero que había ganado, que iba a tomarse la barrera del color como cosa de broma. La combinación de esas dos actitudes, que surgían de circunstancias inconmensurablemente diferentes, tuvo el efecto de crear una amistad menos inhibida de lo habitual entre un hombre blanco y otro de color.

—Me han dicho que estará muy bien lo del sábado, ¿es verdad? —dijo Alister como si se lo preguntase a alguien que estuviese en el ajo. Se refería a un combate de boxeo entre dos pesos pesados de color; uno de ellos era un protegido de Jake.

Jake sonrió modestamente, como una madraza.

—Bueno, Pinkie es un buen chico —dijo—. Te aseguro que valdrá la pena verle.

Bailó un momento sobre los patosos dedos de sus pies, imitando la manera en que hace flexiones un boxeador, y se cayó contra la cocina, con la barriga sacudida por la risa y sin resuello.

—Demasiados cigarros, demasiado coñac, Jake —dijo Alister.

—Demasiadas mujeres, compañero.

—Acabábamos de darle la enhorabuena a Jake —dijo Maxie con su voz suave y precisa, con un tono indulgente, irónico, de protegido que es superior a su patrón, porque Maxie era también uno de los muchachos de Jake, pero de otra clase. Aunque Jake había decidido que, para él, estar en el lado que no le correspondía de la frontera del color era una ridiculez, se mostraba indulgente con quienes se lo tomaban en serio y políticamente, como hacía Maxie, como lo hacía con cualquier joven prometedor que, digamos, revelase cierto talento en el *ring* o que quisiera ir a América o ser cantante. Podían aprovecharse de la generosidad de Jake, de su imprenta, de su habitación en el extremo más bajo de la ciudad, donde la construcción no llegaba al nivel de la gente blanca, pero era superior a lo que estaban acostumbrados la mayor parte de la gente de color.

—Enhorabuena... ¿por qué? —dijo la joven blanca. Tenía una manera de mirar a su alrededor, interrogativamente, de un rostro a otro, que venía de una larga costumbre de ser el centro de atención de las fiestas.

—Ya puedes felicitarme, chico —dijo Jake a Alister—. No lo he visto, pero estos amigos me dicen que ya he conseguido el divorcio. Sale en los periódicos de hoy.

—¿Es cierto? En fin, por lo que he oído no vas a ser un hombre libre durante mucho tiempo —le dijo Alister, tomándole el pelo.

Jake se rio y se apretó un diente con empaste de oro con una de sus fuertes uñas.

—¿Te has enterado de que espero que me manden un paquete de Zululandia? —preguntó.

—¿Zululandia? —preguntó Alister—. Creí que tu Lila procedía de Stellenbosch.

Maxie y Temba se echaron a reír.

—¿Lila? ¿Qué Lila? —preguntó Jake con exagerada inocencia.

—Pues sí que andas tú bien de noticias —dijo Maxie a Alister.

—Ya sabes que me gustan..., bueno..., un poco relle-nitas —dijo Jake—. Las delgadas son para una sola vez.

—¡Pero Lila era pelirroja! —le incitó Alister. Recordaba el cabello incongruentemente teñido y alisado en una chica de color moreno claro, cuya nariz se dilataba a la manera de ciertas carnosas plantas acuáticas a la busca de una presa.

Jennifer Tetzl se levantó y apagó el fuego de la cocina detrás de Jake.

—El beicon se va a achicharrar —dijo.

Jake no se movió, simplemente la miró lánguidamente.

—No se debe hablar así cuando hay una mujer delante —sonrió sin disculparse.

Ella sonrió y tomó asiento, agitando los pendientes.

—Ah, yo también soy divorciada. Me da la impresión de que no cenáis por nuestra culpa. Cenad, por favor. No os preocupéis por nosotros.

Jake se dio la vuelta, removi6 un poco las lonchas encogidas y puso la sartén a un lado.

—¡Qué va! —dijo—, ya cenaremos —pero se volvió hacia Alister y dijo—: ¿No queréis comer nada?

Miró a su alrededor, con un gesto de inutilidad, como si quisiera indicar que la ausencia de platos y una falta general de cubiertos era algo a lo que las mujeres blancas no estaban acostumbradas cuando comían. Alister dijo rápidamente que no, que había prometido llevar a Jennifer a Moorjee's.

Por supuesto, Jake tendría que haberlo imaginado: una mujer como ella *querría* que la llevasen a comer a un sitio indio en Vrededorp, por más que fuera blanca y, por tanto, libre de almorzar en el mejor hotel de la ciudad. De repente sintió, después de todo, la vieja brecha que se abría entre él y Alistér: ¿qué veían *ellos* en mujeres así, en mujeres irritables, ásperas, metomentodo y sabiondas, que hablaban igual que los hombres, que querían demostrar constantemente y a toda costa que, aparte del sexo, eran igual que cualquier hombre? Miró a Jennifer, observó sus ropas y pensó en el aspecto que puede ofrecer una mujer blanca: una de esas mujeres europeas grandes y suaves, de rizados cabellos rubios, con tacones tan altos que las hacen balancearse suavemente al caminar, con un perfume fuerte, como flores calientes, que parece subir de sus pechos prominentes bajo los encajes rosados y azules y las demás cosas bonitas que llevan, esas mujeres nada sólidas, salvo, en el extremo de sus dedos blancos y fo-fos, esas uñas rojas y afiladas que te arañan lánguidamente las palmas de las manos.

—Teníais que haber estado hoy conmigo a la hora del almuerzo —dijo Maxie sin dirigirse a nadie en particular. O tal vez la voz suave se dirigiera, como de puntillas, a Alistér, que conocía el trabajo de Maxie como organizador de sindicatos africanos. Todos los presentes le prestaron atención. (Temba, con el pequeño gruñido halagüeño de quien ya se sabe la historia). Pero Maxie se detuvo un momento, sonriendo pesaroso por lo que iba a contar. Luego dijo:

—¿Conocéis a George Elson?

Alistér hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. El hombre era un abogado blanco que había sido detenido dos veces por su participación en los movimientos contra la discriminación racial.

—¡Ah!, George. He trabajado a menudo con George en Ciudad del Cabo —señaló Jennifer.

—Bueno —prosiguió Maxie—, George Elson y yo fuimos a una de las ciudades industriales del East Rand. Comenzamos a entrevistar a los jefes, ya sabes, no a los hombres, y al principio todo marchaba bien, aunque un par de veces las chicas de la oficina creyeron que yo era el chófer de George. «Su mozo puede esperar fuera» —se rio mostrando unos dientes pequeños y perfectos; todo en él estaba delicadamente formado: los rectos dedos de sus manos morenas, las curvadas aletas africanas de la nariz, sus orejas pequeñas pegadas a los lados de su delicada cabeza. Los otros se quedaron en silencio, pero la joven también se rio—. En un sitio hasta nos dieron té —prosiguió Maxie—. Una de las chicas entró con dos tazas y un tazón de leche. Pero el viejo George cogió el tazón —Jennifer Tetzé se rio de nuevo, haciendo ver que le entendía—. Entonces, casi a la hora del almuerzo, llegamos a ese lugar del que quiero hablaros. Un hombre agradable el director. No me miró con extrañeza, me llamó señor. Y después de que habláramos, le dijo a George: «¿Por qué no viene a almorzar conmigo a mi casa?». Así que, por supuesto, George contestó: «Gracias, pero estoy con mi amigo». «Ah, no hay problema. Que venga», dijo aquel tipo. Bueno, fuimos a la casa y el hombre desapareció en la cocina, luego volvió y nos sentamos en el salón a tomar una cerveza, y entonces apareció el criado y dijo que el

almuerzo está servido. Cuando íbamos entrando al comedor, el tipo me tomó por el brazo y me dijo: «He hecho que pongan su almuerzo en una mesa en la terraza. Ya verá cómo todo está perfectamente limpio y agradable, comerá igual que nosotros».

—Fantástico —murmuró Alister.

Maxie sonrió y se encogió de hombros, mirándoles a todos:

—Así fue.

—¿Después de haberle invitado y de estar allí tomando una copa con usted? —dijo Jennifer arrastrando las palabras y mordiéndose el labio inferior, como si fuera un problema que hubiera que resolver psicológicamente.

Jake temblaba de risa, con la obscenidad de un Sileno. No omitía ningún sonido, pero la saliva le brillaba en los labios y su barriga se convulsionaba a la altura de los ojos de Jennifer Tetzl.

Temba dijo sobriamente, con el tono de alguien cuya voluntad le hace difícil creer en la incomodidad de su situación:

—Desde luego, me parece que aquí están peor las cosas que en El Cabo, ¿sabes? Nunca me acuerdo de lo de los autobuses. Siguen echándome de los autobuses europeos.

Maxie apuntó a la barriga móvil de Jake.

—¡Ah!, les voy a contar una historia todavía mejor. Algo que ocurrió un día en la oficina. Mi problema es que, al parecer, yo no hablo como un nativo.

Esta vez se rieron todos menos el propio Maxie, el cual, con el instinto de un buen narrador, puso cara atenta, modesta y seria.

—Pues es verdad —interrumpió la joven blanca—. No tienes ese habitual sonido de las vocales de la mayoría de los africanos. Tampoco tienes un acento *afrikaans*, como tienen muchos africanos aunque renieguen de lo africano.

—Bueno, tuve que llamar a cierta empresa varias veces —prosiguió Maxie— y reconocí la voz de la chica con la que hablaba, y a ella le pasó lo mismo conmigo. La realidad es que debió gustarle el sonido de mi voz, porque se mostró de lo más amistosa. Bromeamos un poco, intercambiamos nuestros nombres de pila como si fuéramos dos chiquillos —ella se llamaba Peggy—, y finalmente dijo: «¿No va a venir nunca a la oficina en persona?». —Maxie hizo una breve pausa y su lengua asomó por la comisura de un labio, con un gesto nervioso. Cuando volvió a hablar tenía la voz aplanada, como la de un hombre que está contando un chiste y de repente piensa que a lo mejor no es tan bueno como creía—. Así que le dije que iría al día siguiente, alrededor de las cuatro. Desde luego que fui, tal como se lo había dicho. Era una muchacha guapa, rubia, ¿saben?, con los

cabellos muy bien peinados, supongo que acababa de peinarse para mí. Levantó la vista y dijo: «¿Sí?», extendiendo la mano a la espera de un libro o un paquete que creía que yo había traído. Le cogí la mano, se la estreché y dije: «Bueno, aquí estoy, puntualmente. Soy Maxie, Maxie Ndube».

—¿Qué hizo? —preguntó ansiosamente Temba.

La interrupción pareció devolver a Maxie cierta confianza en su historia. Se encogió de hombros alegremente.

—Casi dejó caer mi mano y luego la sacudió como una loca, y el cuello y las orejas se le pusieron tan colorados que parecía que iba a arder. De verdad, las orejas le brillaban de tan rojas como se le habían puesto. Intentó fingir que ya lo sabía, pero me di cuenta de que estaba aterrorizada porque alguien del interior de la oficina pudiera salir y verla dándole la mano a un nativo. Así que me dio lástima y me marché. Ni siquiera me quedé para la cita que tenía con su jefe. Cuando volví a la semana siguiente, para la cita que había pospuesto, fingimos no conocernos.

Temba se daba golpes en las rodillas.

—¡Dios, cómo me hubiera gustado verle la cara! —dijo.

Jake se limpió una lágrima del moflete —sus ojos eran de un azul claro y lloraba con facilidad cuando se reía— y dijo:

—Eso te enseñará a no hablar tan finolis, hombre. ¿Por qué no hablas como todos nosotros?

—En el futuro tendré más cuidado con la entonación y el debido tratamiento —dijo Maxie.

Jennifer Tetzl cortó sus risas con voz tranquila.

—Pobre chica, probablemente le gustabas mucho, Maxie, y quedó decepcionada de verdad. No seas muy duro con ella. Es duro castigarse por no ser negra.

Se produjo una situación más de asombro que de irritación. Hasta Jake, que estaba seguro de que no podía existir una situación que no pudiera encontrar divertida, se limitó a mirar rápidamente a la mujer y a Maxie, en una vacilación entre la cólera, a la que había renunciado hacía mucho tiempo, y la risa, que de repente le falló. En su rostro había más que nada admiración, pura admiración, muy a su pesar. Esto era mejor aún. Era incluso más audaz.

—¿De veras? —dijo Maxie a Jennifer, frunciendo la boca y mirándola con las cejas ligeramente alzadas. Jake miraba. Ah, con Maxie se iba a meter en un buen berenjenal; Maxie no iba a renunciar a una negritud sufridora tan fácilmente. Era casi imposible saber

lo que sentía Maxie en un momento dado, porque no sólo no te dejaba ver, sino que te hacía equivocar. Pero eso había sido increíble.

Ella devolvió la mirada a Maxie, abriendo los ojos como platos, mientras hacía girar sus sandalias sobre el eje del talón, sonriendo.

—De veras, te lo aseguro.

Maxie inclinó cortésmente la cabeza y dejó caer la mano con un gesto condescendiente.

Alister, que se había bajado de la mesa atestada en la que había tomado asiento, dio juguetonamente con el dedo en la barriga de Jake, diciendo:

—Nos tenemos que ir.

Jake se rascó la oreja y volvió a decir:

—¿Seguro que no queréis comer algo?

Alister hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—Nos hubiera gustado que nos ofrecierais una copa, pero...

Jake jadeó riéndose, pero esta vez estaba sinceramente preocupado.

—Bueno, a decir verdad, cuando oímos que alguien llamaba, nos tragamos lo que quedaba en la botella, por si las moscas. No me queda ni una gota hasta mañana. Lo lamento. Debo disculparme, señora, pero nosotros los negros tenemos que beber en secreto. Si hubiéramos sabido que eran ustedes dos...

Maxie y Temba se levantaron. Los dos enjutos hombres de color, Klaas, Albert y el sombrío negro Billy Boy se movían a disgusto, sin saber qué hacer. Alister dijo:

—La próxima vez, Jake, la próxima vez. Te avisaremos con tiempo y ya puedes prepararte.

Jennifer estrechó la mano a Temba y a Maxie, y dijo «Adiós, adiós» a los otros, como si no pudieran oírla en aquella pequeña habitación. Ya en la puerta, se dirigió de repente a Maxie:

—Creo que debo decírselo. En cuanto a esa otra historia, la primera, la del almuerzo... No lo creo. Lo siento pero, honradamente, no lo creo. Es tan ilógica que hace agua por todas partes.

Fue la autoinmolación final mediante una honrada comprensión. No había en

absoluto ningún límite para esa comprensión. Aunque ella no pudiera creer a Maxie, debía mantener su decidida buena fe con él confesándole su incredulidad. Llegaría al extremo de llamarle mentiroso para demostrarle a fuerza de franqueza hasta qué punto le respetaba, para insinuar, a lo mejor, que estaba *con él*, incluso en la necesidad de inventar algo sobre un hombre blanco que ella, por el mero hecho de ser blanca, no podía creer. Era su último envite por Maxie.

Este, pequeño y bien formado, se cruzó de brazos y sonrió mientras la miraba marcharse. Maxie era impagable.

Jake acompañó a sus invitados fuera de la tienda y apagó la luz después de cerrar la puerta. Cuando volvía a través de la oscuridad, respirando el fresco aroma metálico de sus máquinas de imprimir, oyó durante unos momentos la voz clara de la mujer blanca y el murmullo inglés y reservado de su amigo Alister al atravesar las arcadas, camino de la calle.

Parpadeó ligeramente al volver a la luz y a los rostros que se le enfrentaron en la habitación de atrás. Klaas sacó los vasos sucios de detrás de la cortina y los metió de uno en uno bajo el grifo de la pila. Billy Boy y Albert habían salido un poco de las sombras y se apoyaban de codos en un rollo de papel. Temba estaba sentado sobre una mesa, columpiando el pie. Maxie no se había movido y permanecía igual que antes, con los brazos cruzados. Nadie dijo nada.

Jake comenzó a silbar suavemente entre los espacios de sus dientes, cogió la sartén con el beicon, contempló los retorcidos rizos de la carne gelatinada en la grasa fría y blanca, y la bajó de nuevo con aire ausente. Permaneció un momento mirándoles a todos, fijamente, pero ninguno respondió. Sus ojos toparon con la silla que había limpiado para que se sentara Jennifer Tetzl. Repentinamente, le pegó una patada tan fuerte que salió volando por los aires y cayó de costado. Luego, frotándose sus manazas y estallando con un fuerte silbido que acompañó a una serie de improvisados pasos de baile, dijo:

—¡Vamos, muchachos! —y cuando comenzaron a moverse, dejó caer estrepitosamente la sartén sobre la cocina y subió el gas hasta que empezó a crepitar.

ENEMIGOS

Cuando la señora Clara Hansen viaja, procura soslayar cualquier tipo de familiaridad ajena. Normalmente esto es fácil, porque tiene dinero, ha sido baronesa y una mujer muy hermosa que ha sobrevivido a dramáticos padecimientos. La aplastante presencia de esos avatares en su rostro y en su porte son casi siempre suficientes para acallar las lenguas demasiado sueltas de sus ocasionales compañeros de viaje. Únicamente los muy estúpidos, los seniles o los que sólo piensan en sí mismos son los que meten la pata intentando asaltar ese rostro, tan aislado como un castillo en el territorio común de un comedor.

El mes pasado, cuando la señora Hansen dejó Ciudad del Cabo para ir a Johannesburgo en tren, una anciana que ocupaba el compartimiento contiguo intentó hacer de sus disculpas, al pasar penosamente por el pasillo cargada con sus bolsos y paquetes, una excusa para iniciar una de esas ociosas conversaciones entre extraños que se producen en los nerviosos momentos de las partidas. La señora Hansen estaba dándole sus últimas y tranquilas instrucciones a Alfred, su chófer y criado malayo, del que estaba despidiéndose, y no levantó la vista. Alfred había depositado sus viejas maletas europeas de piel de becerro con cuidado, de forma que estuvieran a su alcance en el compartimiento que, por supuesto, gracias a su influencia en la oficina de reservas, sería para su uso exclusivo todo el viaje. Había observado cómo ella guardaba en un bolsillo especial de su bolso de mano su billete de tren, el suplemento de la cama y los tiques para las comidas. Se había asegurado de que llevaba sus píldoras, las amarillas para dormir y las rojas para esa sensación de presión en la cabeza, dispuestas entre algodones en una cajita de plata. Había comprobado que los dos pares de gafas, unas para ver de lejos y otras para leer, estaban en el saco de noche y que sus impertinentes colgaban del lazo de diamantes que llevaba en el vestido. Y, por último, había extendido la mesita plegable sobre el lavabo, y colocado las tres revistas que ella le ordenara comprar en el quiosco, junto con el periódico de Suiza, que esta semana había guardado, sin leer, para el viaje.

Durante los quince minutos previos a la salida del tren, él y su señora fueron libres para ignorar el ir y venir de voces y equipajes, el calor y la confusión. La señora Hansen murmuró algo bajando la vista hacia él. Alfred, con su gorra de chófer en la mano —la polvorienta luz del sol, del color de la cerveza, deslustraba el brillo aceitoso de sus cabellos negros—, levantó la vista desde el andén y asintió en voz baja. Utilizaban las frases a medias, las vacilaciones y los ligeros cambios de tono o expresión de la gente que habla desde su respectivo grupo y situación. Apenas era un discurso; de vez en cuando desaparecía por entero en la mente de cada uno, pero los sonidos de la estación no conseguían reemplazarlo. Del dedo meñique de Alfred colgaba la llave del coche. El viejo rostro bajo el tocado se dio cuenta de ello y los labios, al igual que los infinitamente cansados rabillos de los ojos, se curvaron esbozando una sonrisa. ¿Guardaría realmente el coche en el garaje durante seis semanas, después de llevarlo a cambiar el aceite y engrasarlo?

Despreocupándose de la llave, el rostro satisfecho por el salario adelantado de un mes en su bolsillo, con dos amigos esperando a que les recogiera en una casa del barrio malayo de la ciudad, dijo:

—Tengo que recordar que no debo mandar las cartas de la señora después del veintiséis.

—No. No después del veintiséis.

¿Lo sabría ella? Con aquella cara que parecía saberlo todo, ¿sabría también lo de los dos amigos en la casa del barrio malayo?

Cuando ninguno de los dos escuchaba, ella dijo:

—En caso de necesidad, siempre puedes recurrir al señor Van Dam.

Van Dam era su abogado. Este comentario, como una piedra que se lanza descuidadamente a un estanque para pasar el rato, había caído una y otra vez entre ellos en el espacio cada vez más largo de las despedidas. Nunca lo habían aclarado, ni siquiera se habían preocupado de saber su significado. Durante diez años, ¿qué no había podido resolver Alfred por sí mismo, desde una tubería reventada en el piso a una cremallera atascada en el vestido de la señora Hansen?

Alfred retrocedió unos pasos para esquivar la caja de helados que un vendedor agitaba bajo su nariz. El desordenado montón de maletas de lona, que pertenecía a la mujer del compartimiento contiguo, cayó con un ruido seco, como un animal polvoriento, al lado de la señora Hansen; sonó la campana.

Mientras el tren salía traqueteando de la estación, Alfred se quedó quieto con la gorra entre sus manos, mirando a la señora Hansen. Siempre se quedaba así cuando ella se iba. Y ella permaneció en la ventanilla, como de costumbre, sonriendo ligeramente, con la cabeza un poco inclinada, como si fuera a decirle que se marchase. Ninguno de los dos saludó con la mano. Ninguno de los dos se movió hasta que se perdieron de vista.

Cuando, un vez que hubo desaparecido la estación, se volvió lentamente para entrar en su compartimiento, zarandeada por el ritmo cada vez más rápido del tren, la señora Hansen se encontró con el rostro jadeante de la anciana a su lado. La grasa le chorreaba por las mejillas hasta el cuello, y aun por los tobillos hasta los zapatos. Parecía como un pudín que hubiera subido demasiado y rebosara por los lados del recipiente. Estaba rociando su pañuelo con colonia y se golpeaba con él el rostro, como si quisiera matar algo.

—Estas prisas no vienen nada bien —dijo—. El coche de mi yerno tuvo una avería y hay que ver lo que me costó encontrar un taxi. A ellos no les importa nada si llegan hoy o mañana. Pensé que no iba a poder subir nunca esas escaleras.

La señora Hansen la miró.

—Cuando ya no se es joven hay que calcular el doble de tiempo del que se necesitaba antes. Eso está claro. Discúlpeme.

Y pasó delante de la mujer para entrar en su compartimiento.

La señora la paró en la puerta.

—¿Estarán ya sirviendo el té? ¿Vamos al vagón-restaurante?

—Hago siempre que me traigan el té a mi compartimiento —dijo la señora Hansen, con esa voz baja y opaca que en otro tiempo fue considerada como lamentable, pero que ahora hacía que los jóvenes que podían ser sus nietos preguntaran si había sido actriz. Cerró la puerta corrediza.

Una vez sola, quedó de pie un momento en la tranquilidad de su privacidad, en la que todo oscilaba y se desplazaba siguiendo el movimiento del tren. Comenzó a mirar con ansiedad las maletas apiladas, moviendo los labios, pero su rigidez le impedía mantener el equilibrio y de repente se encontró sentada. El tren la había hecho caer en el asiento. Lo merezco, pensó, castigándose por su impaciencia al haberse puesto a contar las maletas, preocupada, cuando estos diez años Alfred jamás se había olvidado de nada. Vieja tonta, se dijo, vieja tonta.

El yo que envejecía con frecuencia le parecía un enemigo de su yo real, el yo que nunca había cambiado. Afortunadamente, el enemigo era estúpido; bastaba con no perderlo de vista para engañarlo. Otros seres que habían surgido en su vida fueron mucho peores; qué terrible había sido la lucha con algunos de ellos.

Se sentó de espaldas a la locomotora, junto a la ventana, se puso sus gafas de leer y cogió el periódico de Suiza. Pero durante unos minutos no leyó. Oyó de nuevo dentro de sí misma las palabras *sola, sola*, como las había oído hacía cincuenta y nueve años cuando tenía doce y atravesaba por primera vez Francia ella sola. Mientras iba allí sentada, el cuerpo erguido en una esquina del coche, su capa de terciopelo verde con adornos de piel, su cesta al lado y el medallón con el retrato de su abuelo escondido en la mano, había sentido un creciente terror por su alegría, el oscuro y asfixiante torbellino de cortar amarras; había probado la fuerza que se obtiene de la autocompasión y de la serenidad forjadas al vencer el pánico que pertenecía a otros tiempos y a otros viajes que aproximaban la distancia de su futuro. *Sola, sola*. Esto que su yo real había conocido antes de que le ocurriera —antes de haber vivido el viaje que le apartaba de un amante, o aquellos viajes que la alejaban del rostro alienado de la locura y la muerte—, ese mismo yo lo recordaba años después de que aquellos viajes se hubieran desvanecido en el pasado. Ahora estaba sola, solitaria, aislada, da igual cómo se diga, en todo momento. No hay nada dramático en esta situación, se recordó secamente. Sin embargo, no se podía negar: *sola* no es lo mismo que *solitaria*, ni siquiera la «vieja tonta» podía confundir las distinciones. El abrigo de seda azul se movió donde Alfred lo había colgado, el montón de revistas se deslizó lentamente por la mesa, y en algún lugar sobre su cabeza una correa suelta golpeaba. De nuevo, percibió la soledad como un caparazón que la aislaba pero que defendía su fuerte sentido de

supervivencia, contra aquello y contra todo lo demás.

Abrió el periódico de Suiza y, con el pie izquierdo (el calor se lo había hinchado un poco) apoyado en el asiento de enfrente, se dispuso a leer. Se sentía adormecida y cómoda y ni siquiera le irritaban los golpes secos y el ruido cercano de arrastrar algo, a la altura de su cabeza; evidentemente, era la mujer del compartimiento de al lado que debía estar moviendo sus maletas. En seguida, el camarero le trajo una bandeja con el té, que Alfred había encargado antes de partir el tren. La señora Hansen frunció la boca con placer al saborear el fuerte té, como hacen los expertos cuando beben un coñac viejo, y pasó la tarde leyendo.

Cenó en el vagón-restaurante porque sabía por su larga experiencia que no servían un tipo de comida que pudiera llegar caliente después de atravesar los largos pasillos del tren, y porque había algo de mezquino, de *petit bourgeois*, en tomar la cena en los sofocantes cubículos donde también se iba a dormir. Se arregló los cabellos bajo el sombrero, era un bonito modelo, uno de los cuatro, siempre de la misma forma, que encargaba a Viena cada dos años; se quitó los anillos, se lavó las manos y se empolvó la nariz, haciéndose una mueca crítica y divertida en el espejo de la polvera. Luego se puso su abrigo de seda, recogió su bolso y avanzó con erguida dignidad, por los pasillos, a pesar de las sacudidas y bandazos del tren, hasta el vagón-restaurante. Se sentó ante una mesa para dos junto a la ventana y, por supuesto, aunque era temprano y había muchos asientos vacíos, la anciana del compartimiento contiguo, que entró cinco minutos más tarde, fue directamente hacia ella y se sentó enfrente.

Ya era imposible no hablar con la mujer, y la señora Hansen la escuchó con la paciencia distante de un adulto que apenas hace caso de un niño, respondiendo de vez en cuando con seca y calculada simplicidad para que no la comprendiera. Por supuesto, la Vieja Tonta sintió la tentación de ablandarse, cayendo en las pequeñas jactancias y rivalidades habituales entre dos ancianas. Pero la señora Hansen no estaba dispuesta a permitirlo, y mucho menos esa mujer que acababa de conocer porque la había empujado en el tren. Ya era bastante que, sólo una semana antes, la Vieja Tonta la hubiera metido en una de esas patéticas muestras de tontería senil, astutamente disfrazadas —la Vieja Tonta podía ser muy ladina—, pero que, de todas maneras, siguen siendo inconfundiblemente aburridas. Se refería a sus dientes. A los setenta y un años seguían siendo los suyos, lo cual era clarísimamente un milagro. Sin embargo, se había permitido, en una cena dada por unos cuantos amigos jóvenes que obviamente se sentían impresionados por ella, contar una historia divertida (no totalmente cierta) de cómo, una vez que había estado invitada un fin de semana en una casa donde la anfitriona era demasiado solícita, el guasón del anfitrión había gastado una broma a su mujer al insistir en la importancia de que proporcionara a su invitada un recipiente adecuado para dejar la dentadura durante la noche. Había un vaso junto a la jarra de agua en la mesilla de noche; la anfitriona apareció, embarazosamente, con otro. «Pero, querida, ¿para qué me traes otro vaso?». El desenlace: risas, etc. Repugnante. Una buena dentadura, al igual que los dolores y sufrimientos, deben quedar para uno mismo; cuando uno es joven se da por sentado lo primero y se desconoce la existencia de estos últimos.

Así que, cuando les mostraron el menú a las dos mujeres, la señora Hansen hizo caso omiso de la consternación en que parecía estar sumida su compañera, evitó la tentación de entrar, hablando de las opiniones de un médico, en la apasionada preocupación por la dieta propia de la edad, y pidió pescado.

—¿Cree que el pescado estará bien? Cuando voy en tren siempre me pregunto... —dijo la mujer del compartimiento contigo.

La señora Hansen se limitó a confirmar su pedido al camarero bajando los ojos y levantando ligeramente la barbilla. La mujer decidió empezar por el principio, con una sopa.

—¿No le parece que será difícil que la sopa esté mal?

—No me espere, por favor —dijo la señora Hansen cuando llegó el plato.

—La sopa está aguada —dijo la mujer.

La señora Hansen sonrió forzada, indulgente. La mujer decidió acompañar a la señora Hansen y se arriesgó a tomar pescado. El pescado yacía bajo una pastosa manta de bechamel, y mientras la señora Hansen separaba pacientemente la salsa y comía, la mujer dijo:

—No hay nada como la comida limpia y sana que se hace en casa.

La señora Hansen se llevó un trozo de pescado a la boca y, cuando por fin lo terminó, dijo:

—Me temo que hace muchos años que no tengo cocina propia más que uno o dos meses al año.

—Bueno, por supuesto, si viaja mucho se habrá acostumbrado a la comida extraña, supongo. Yo no puedo comer ni la mitad de las cosas que me ponen delante en los hoteles. La última vez que estuve de viaje hubo días en que no sabía qué almorzar. Me alojé en uno de los mejores hoteles de Durban y no había nada más que *curry, curry, curry* y venga *curry*, y muchos fiambres resecos.

La señora Hansen se encogió de hombros.

—Siempre lo encuentro suficiente para mis necesidades. No me importa mucho.

—¿Qué se puede hacer? Supongo que esta bechamel no me sentará nada bien, pero hay que comer lo que te dan cuando estás de viaje —dijo la mujer. Cogió un trocito de pan y lo pasó rápidamente por su plato, limpiando lo que quedaba de bechamel—. Harinosa —añadió.

La señora Hansen pidió una chuleta y, después de un minucioso estudio del menú, la otra mujer pidió el plato colocado inmediatamente debajo del pescado: rabo de buey estofado. Mientras esperaba, se dedicó a comer pan y mantequilla y, llevando su bocado de un lado a otro de la boca, cambió también su atención, como si su mandíbula y su cerebro tuvieran una sencilla relación mecánica.

—No es usted de aquí, ¿verdad? —preguntó mirando a la señora Hansen con la valoración que reservaba para los extranjeros y la licencia concedida por la tácita aceptación de la vejez de ambas.

—He vivido en El Cabo durante años por temporadas —dijo la señora Hansen—. Mi segundo marido era danés, pero se afincó aquí.

—Pude haberme casado otra vez, no me estoy jactando; desde luego, tuve la oportunidad —dijo la mujer—. Pero no sé por qué no pude soportar la idea, después de perder a mi primer marido..., cincuenta y dos años tan sólo, nadie lo hubiera pensado. ¡Ah! Esos médicos... No le extraña que no me fie de ellos un pelo.

La señora Hansen abrió su bolso negro, grande y elegante, para sacar un pañuelo; apareció el montón de cartas que siempre llevaba consigo —las recién llegadas iban sustituyendo a las viejas—. Cartas largas, cortas, sobres grandes, pequeños; bordes dentados de sellos extranjeros; escrituras grandes e inclinadas, pequeñas y complicadas, de extranjeros que escribían lenguas extranjeras. La otra mujer las miró como una turista, curiosa, impersonalmente insolente, envidiosa.

—Por supuesto, si hubiera sido una de esas mujeres que nunca paran en casa, hubiera sido diferente. Podría haber encontrado a alguien con quien congeniar. Pero estaban mis hijas. Las responsabilidades de una madre no terminan nunca, es lo que siempre digo. Cuando son pequeños, pequeños problemas; cuando son mayores, problemas mayores. Todas están bien casadas, a Dios gracias, pero ya se sabe, siempre hay algo, una está enferma, o una de las nietas, benditas sean... Me imagino que usted no tiene hijos. Ni siquiera de su primer marido, ¿no?

—No —dijo la señora Hansen.

Y la mentira, como siempre, le llegó como un triunfo contra aquel arrogante muchacho (la Vieja Tonta se empeñaba en pensar en él como un joven de frente delicada, inclinado sobre un cachorro de perro-salchicha, aunque ya era un hombre de cuarenta y cinco años), que realmente, como ya le había advertido, era como si no existiera. El mentir tenía el efecto de dejarla sin aliento, como si acabara de subir una empinada pendiente. Firme y tranquilamente, se inclinó hacia delante y se sirvió un vaso de agua, como si se lo mereciera.

—Dios mío, parece que tiene mucha grasa —dijo la otra señora mirando el buey que le habían puesto delante—. Mi médico se pondría como una fiera si supiera que como esto.

Pero se lo comió, y después una chuleta y pavo asado. La señora Hansen nunca supo si su compañera iba a rematar la comida con pastel de ruibarbo (la mujer comentó, cuando vio que lo pensaba, que parecía apelmazado) porque pasó de la chuleta al café y, al acabar su comida, se disculpó antes de que la otra terminara con el plato de pavo. De vuelta a su departamento se quitó por fin el sombrero y se puso en la cabeza un pañuelo de *chiffón* gris. Luego sacó su pitillera roja y dorada, de cuero florentino, y se sentó a fumar su cigarrillo nocturno mientras esperaba que el mozo viniera a convertir su asiento en la cama que Alfred había pagado por adelantado.

A la señora Hansen le pareció que no había dormido bien durante la primera parte de la noche, aunque no supo qué la inquietaba. Aparentemente la despertó, una y otra vez, algún ruido que cesaba cuando se sentía lo suficientemente consciente como para identificarlo. La tercera o cuarta vez que ocurrió eso, se despertó en el silencio y con una sensación de inmovilidad absoluta, como si la tierra hubiera dejado de girar. Sólo era que el tren se había parado. La señora Hansen permaneció tumbada, escuchando. Debían de estar en algún apartadero desierto, en la madrugada; no se filtraba ninguna luz a través de la persiana de la ventanilla, ni se oían pasos ni voces. El garlido de un grillo, como el chirriar de una uña en el cristal, sonó evocando, más allá de los ojos cerrados de la anciana, más allá del oscuro compartimiento y las persianas, un paisaje de hierba, oscuridad y postes de teléfono.

De repente, el tren dio una sacudida terrible, como si hubiera recibido un violento empujón. Todo quedó de nuevo en silencio. Y en ese silencio la señora Hansen percibió gemidos que procedían del otro compartimiento. Los gemidos le llegaban a trompicones a través de la madera y la piel; sonaban como los de un perro con la cabeza sobre un cojín, mordiendo las plumas con los dientes. La señora Hansen respiró hondo, molesta, y se dio la vuelta: «Esa vieja tragona estará sufriendo las agonías de la digestión del rabo de buey, por supuesto». Los gemidos continuaron a intervalos. Una vez se produjo un tintineo sordo, como si se hubiera caído una cuchara. La señora Hansen yacía allí, tensa por la irritación, esperando que el tren se moviera y apagara el ruido que hacía la mujer. Por fin, con una sacudida, que en seguida se convirtió en una marcha rápida, se movieron de nuevo: trac-trac-trac-trac, pasando (se imaginó la señora Hansen) junto a los interminables postes de teléfono, la oscura hierba, el grillo incansable. Bajo el traqueteo del tren, fue una involuntaria oyente de las vulgares intimidades de al lado; luego, los gemidos pasaron o se durmió a pesar de ellos, porque no oyó nada más hasta que el camarero la despertó para avisarla de la hora del café.

La señora Hansen se lavó con la esponja, se vistió y tomó un tranquilo desayuno sin que nadie la molestara en el vagón-restaurante. El hombre que se sentó enfrente de ella ni siquiera le pidió que le pasara la sal. Había vuelto a su compartimiento y estaba leyendo cuando el revisor entró para pedirle su billete —pronto llegarían a Johannesburgo—, y ella, desde luego, recordaba perfectamente en qué lugar de su bolso lo había puesto. Él se apoyó en la puerta mientras ella lo sacaba:

—¿Ha oído lo que ha pasado? —dijo el revisor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó insegura, haciendo una mueca porque él hablaba confusamente, como la mayor parte de los jóvenes sudafricanos.

—Ahí al lado —dijo—. La señora de al lado, la señora mayor. Ha muerto esta noche.

—¿Ha muerto? ¿Esa mujer ha muerto? —Se puso en pie y le volvió a preguntar desde muy cerca, como si él fuera un irresponsable.

—Sí —dijo él mirando la lista—. El mozo de las camas la encontró esta mañana, muerta en su cama. No respondió cuando el camarero fue a avisarla para el café, ¿sabe?

—Dios mío —dijo la señora Hansen—. ¿Así que murió?

—Sí, señora. —Extendió la mano para recibir el billete; llevaría aquella historia por todo el tren. Con un gesto de impotencia, ella se lo dio...

Después que él se hubo marchado, se hundió en el asiento, junto a la ventana, y miró pasar los pastos; la hierba flameaba al sol como las largas colas negras de los pájaros *viuda* cuando se columpian en las cercas. Había terminado el periódico y las revistas. El único sonido era el del tren corriendo rápido.

Cuando llegaron a Johannesburgo tenía todo su equipaje ordenado y dispuesto para el mozo del hotel donde se iba a alojar. Se fue de la estación con él inmediatamente y antes de que llegaran el médico, los funcionarios y, supuso, los periodistas que irían a ver cómo sacaban a la mujer del compartimiento contiguo. ¿Qué les hubiera dicho?, pensó satisfecha de su sensata huida. ¿Podía decirles que murió de glotonería? Lo mejor era no mezclarse en ello.

Y luego se le ocurrió algo. Los periodistas. Sin duda, mañana aparecería una noticia en los periódicos de El Cabo. ANCIANA APARECE MUERTA EN EL TREN DE JOHANNESBURGO.

Tan pronto como hubo firmado en el registro del hotel, pidió un impreso para enviar un telegrama. Se detuvo un momento, apoyada en el mármol del mostrador de recepción, mirando por encima de las cabezas de los empleados. Sus ojos, que aún eran hermosos, se arrugaban en los extremos; las aletas de su nariz se dilataron; su boca, que aún conservaba una bonita forma debido a los dientes, se curvó en una sonrisa desganada y calculadora. Escribió con letra de imprenta el nombre de Alfred y las señas del piso en Ciudad del Cabo y luego escribió rápidamente con su bonita escritura que había aprendido a dominar hacía más de sesenta años: «No era yo. Clara Hansen».

FELIZ ACONTECIMIENTO

Cuántas cosas hay en la vida que una no se imagina haciendo, se decía Ella Plaistow. Un par de veces se lo había comentado también a Alian, pero era más bien algo que crecía, que se abría camino en los silencios que la rodeaban como una mano opresora durante los primeros días después de haber vuelto de la clínica a casa. Parecía brotar de su boca en una germinación repentina e incontenible, como una enredadera avanza y se extiende en hojas y ramas en esas películas que registran el crecimiento de una planta en el espacio de unos pocos segundos terriblemente vitales.

De nuevo seguía el silencio. En su mente, si ella hubiera hablado hacia dentro, a sí misma; en la habitación, si hubiera hablado en voz alta. El silencio que cubre la interminable actividad interior de buscar torpemente un punto de apoyo, huyendo de las mil y una justificaciones y presiones pasadas, adaptaciones a una nueva posición. Era verdad, naturalmente. Empiezas cuando eres una niña, fingiendo creer que la muñeca rubia es más guapa que la morena para que tu querida hermana caiga en la trampa de elegir aquello que no quieres para ti. Sigues otro día, al descubrir que tu lengua asiente con ligereza en una conversación sobre el carácter de tu mejor amiga con alguien que sabes que es su peor enemigo. Y antes de darte cuenta has pasado por todas las engañosas y vilezas de quitar importancia al trabajo de alguien; arrojas a una persona a la agonía de los celos, dejándote llevar por un momento de vanidad; finges no ver a un antiguo amante por si no fuese lo suficientemente seductor a los ojos del nuevo. Es imposible imaginarte haciendo tales cosas, pero una vez hechas... Como las hormigas acuden a reparar un hormiguero, como los glóbulos blancos acuden a una herida, todas las fuerzas que nos protegen de nosotros mismos han comenzado ya su rápida y segura maquinación, furtiva y complicada, para una nueva posición, un reajuste para tu comodidad al que parece empujarte tu amorfa vida.

—Es tu cuerpo el que protesta —dijo Alian—. Recuérdalo. Eso es todo. Una especie de protesta física que nada tiene que ver contigo en absoluto. Debes esperarlo. Se te pasará en una semana, más o menos.

Y, efectivamente, era verdad. Ella no tuvo ningún remordimiento. Tenían dos niños, una chica y un muchacho (al revés, como ellos decían, porque la niña era la mayor, pero es tan peligroso desear que las cosas salgan como tú quieres), que eran lo bastante mayores para dejarlos con la abuela. El nuevo socio de Alian era de fiar, el pago de la casa estaba casi amortizado: no había nada que detuviera a Ella y a Alian. Habían ahorrado para ir a Europa en la próxima primavera. ¡Haber permitido que aquello se lo impidiera! Y, en cambio, dentro de un año hubieran podido estar atrapados por facturas del farmacéutico, los pañales y las noches en vela. No, ellos habían educado a sus niños, querido y soportado, y estaban contentos de ellos, y a lo largo de ocho años lo habían planeado todo para el momento en que pudieran escapar de la vida que llevaban y aterrizar libres, tranquilamente, en otro país.

Porque era algo que ella nunca pudo soñar que haría: en un par de semanas, el viaje a la clínica se olvidó en la trivialidad de las cosas que nunca debían haber sucedido. Estaba ocupada preparando la ropa de invierno para los niños: sería invierno en Sudáfrica cuando ella y Alian tuvieran primavera en Europa, y cuidando que el jardín estuviera en forma, pues esperaban alquilar la casa el tiempo que estuvieran fuera, y si el lugar estaba arreglado parecería más atractivo. Ella comenzaba a sentirse bien de nuevo; sin duda aquel asunto le había dejado un poco débil, y fue precisamente entonces, cuando tenía más trabajo, cuando comenzaron los problemas con los criados.

El viejo criado que también era jardinero, Thomasi, comenzó a pelearse con Lena, la doncella nativa que Ella se había sentido muy afortunada al contratar hacía dos meses. Lena, una *basuta* gorda, adusta y de color pálido, representaba en su reservada solemnidad algo que provocaba la irritación de Thomasi. Este era *basuto* también. Ella tenía la vaga creencia que era mejor tener criados de la misma tribu, igual que algunos piensan que es mejor tener dos gatos siameses en vez de un siamés y un atigrado, o dos carpas doradas mejor que una corriente y otra más bonita. Se sentía irritada y de mal humor, cuando, como ya le había ocurrido antes, descubría que sus dos *basutos* o dos *zulús* o dos *xhosas* no se llevaban mejor necesariamente que lo que se podía esperar de dos franceses por el mero hecho de ser de Francia, o dos ingleses por ser de Inglaterra.

Thomasi, que apenas medía un metro y medio, con su encantador aspecto antiguo, casi prehistórico, como un hombrecillo patizambo de piel oscura, se irritaba por la presencia de Lena como un insecto que vuela alrededor de la impasible cabeza de un gran animal. Se peleaba con ella por los plumeros, la limpieza de la pila de la cocina, por los huesos para el perro; volvía a su trabajo moviendo la cabeza y gruñendo por lo bajo.

—Si tienes algo que decir, dímelo —le decía Ella, molesta—. ¿Qué pasa ahora?

—Esa mujer es demasiado perezosa, señora —decía con su voz atiplada, pausada y desesperada.

Era difícil pensar en el viejo Thomasi como en un semejante cuando se alzaba sobre las patas traseras. (Sí, una tenía la sensación de que eso era exactamente lo que ocurría cuando se levantaba después de dar brillo al suelo. Por supuesto, si él hubiera estado vestido con un buen traje tipo americano, en lugar de usar el habitual uniforme de «mozo de cocina», que era una mezcla entre un trajecito de marinero y ropa interior, no parecería más ridículo que cualquiera de los hombrecillos de mediana edad de Johannesburgo, sentados tras sus mesas de director).

—Escucha, Thomasi. Ella hace su trabajo. Estoy contenta con ella. No quiero que me crees problemas. Yo soy el ama y trabaja para mí, no para ti, ¿comprendes?

Ese mismo día, más tarde, Ella se ablandó. Una vez que le había mostrado a Thomasi su autoridad podía acercarse a él a otro nivel: la común preocupación por la casa que habían «llevado» juntos durante cerca de seis años y cuyas necesidades y detalles ambos entendían perfectamente.

—Thomasi.

—¿Señora?

Ella se paseaba por el jardín como si no le buscara. Él seguía cortando la hierba con la podadora, que se abría y cerraba como el pico afilado de un pájaro aprisionado entre sus manos.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Bueno, la he dicho que al perro no se le pueden dar los huesos pequeños. Ayer se lo dije. Ella no dijo nada cuando se lo dije. Esta mañana vi que le daba los huesos de pollo. Todos esos huesos pequeños que la señora guarda para el gato. Entonces yo le dije por qué le das los huesos al perro, se va a poner malo, ella sólo me miró... Las tazas del café de anoche están sin lavar. Dejó la plancha enchufada cuando se fue a su cuarto después de comer. Hay demasiados amigos suyos en su habitación por la noche. Y creo que hace cerveza *cafre* —dijo Thomasi.

Cuando oía estas quejas, Ella estaba dispuesta a no creer ninguna. Thomasi tramaba algo. Si la muchacha preparaba cerveza *cafre* en su habitación, Thomasi sería su primer cliente, no el chivato que buscaba crearle problemas.

—Escucha, Thomasi, no quiero oír más cuentos y quejas, ¿me entiendes? Yo veré si Lena trabaja bien o no, y no quiero que te metas con ella.

Tal como daba a sus niños un puñado de caramelos para terminar con una riña entre ellos, Ella arregló un armario que no necesitaba arreglar y dio a Thomasi una camisa vieja de Alian y a Lena un camisón barato, de raso azul, que había comprado para la clínica y que, no sabía bien por qué, no quería volver a usar.

—Debo mantener la paz —dijo a Alian—; no estoy dispuesta a enseñar a una muchacha nueva. Aguantaré con esta hasta que nos vayamos. Es una chica realmente agradable, sólo un poco adusta, pero tú sabes qué demonio puede ser ese hombre cuando quiere serlo. No me sorprendería nada que a él le guste y ella no le corresponda. Es una lástima, pero él parece un viejo sátiro arrugado y ella es una voluminosa Juno, de grandes pechos.

Sin embargo, los regalos no aquietaron por mucho tiempo lo que alimentaba la malignidad del viejo Thomasi. Al mes siguiente, un lunes por la mañana, Ella se encontró a Thomasi solo en la cocina, haciendo unos aceitosos huevos fritos de sabor metálico, que eran su idea del desayuno blanco.

—Lena —dijo, llevando el plato a través del césped y los tendederos para colgar la ropa, que formaban la tierra de nadie entre la vida de los blancos de la casa y la de los negros— dijo que estaba enferma esta mañana, y que haría la colada al día siguiente.

—¿Son para el amo...? —Ella señaló los huevos, pero le faltó valor para quejarse—, ¿qué le pasa a Lena?

Por encima de la sartén, Thomasi se encogió de hombros aparatadamente para manifestar su incredulidad y su desprecio.

—¿Qué dice ella?

Thomasi se volvió para mirar de frente a la señora, que llevaba una bata rosa un poco manchada, la oscura línea de las cejas depiladas y pintadas como todas las mujeres blancas, destacando sobre su rostro de piel pálida, sin maquillar, ligeramente grasiento por la pátina del sueño. Él frunció el ceño, lleno de arrugas intrincadas por encima de sus ojillos amarillentos, y dijo con aplomo e indiferencia:

—No sé por qué está enferma. No puedo decir que está enferma cuando hay ruidos en su habitación toda la noche, cuando la gente habla allí hasta muy tarde. A veces pienso: ¿es que alguien se queda con ella? Hablan hasta muy tarde, y hay un bebé que llora.

Ella salió, cruzó las piedras y el césped del patio hasta la habitación de la nativa. El césped crujía bajo el rocío y sintió el frío por entre las viejas sandalias que le gustaba llevar en vez de zapatillas; largas telarañas danzaban entre las cuerdas de tender la ropa. Llamó a la puerta de una pequeña habitación de ladrillo; la ventana estaba cerrada y la cortina corrida. Volvió a llamar diciendo en voz baja:

—¿Lena?

—¿Señora?

La voz se oyó después de una pausa.

Ella abrió con dificultad la puerta —los nativos habitualmente manipulaban las manijas de las puertas de sus habitaciones, para protegerse contra los intrusos—, y al descubrir que sólo se abría a medias, entró de costado. En la habitación había un olor cálido y animal, como el del interior de un armario donde la vieja Lixi, la gata atigrada, yacía con sus gatitos junto a la barriga, ronroneando y lamiendo. El aire allí dentro no tenía nada que ver con el aire húmedo y tonificante de la mañana que había fuera: era un aire animal, creado por seres que respiraban. Aunque la habitación era Pequeña, Lena, en su cama, parecía estar lejos. La cama estaba levantada sobre ladrillos y medio cubierta por cortinas, como un dosel hecho en casa. Una especie de remate con hilo rojo y morado que bordeaba el dobladillo del tejido. Lena yacía con la cabeza apoyada en el ángulo de su brazo levantado sobre la almohada. Parecía recibir consuelo de la suave piel de la axila, cerca de su cara.

—¿Estás enferma, Lena? —preguntó amablemente la mujer blanca.

La mujer negra giró la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, con rapidez.

Tragó y dijo:

—Sí.

—¿Qué sientes? —dijo Ella, que estaba aún en la puerta y ahora se daba cuenta de que no podía abrir bien porque un armario hecho de cajas estaba medio apoyado contra ella.

—Mi estómago, señora —se removió bajo la alfombra ribeteada que le servía de manta.

—¿Crees que has tomado algo que te ha sentado mal? —preguntó Ella.

La muchacha no respondió. Ella vio cómo surgían de la penumbra sus ojos grandes y somnolientos y la blancura de sus dientes.

—A veces cojo frío en el estómago —dijo por fin la muchacha.

—¿Te duele? —preguntó Ella.

—Puedo hacer mañana la colada —dijo la voz desde el fondo del dosel.

—Ah, no importa —dijo Ella—. Le diré a Thomasi que te traiga alguna cosa. ¿Quieres algo de comer?

—Sólo té, gracias, señora.

—Muy bien.

Ella sintió cómo los somnolientos ojos de la mujer la miraban desde aquella habitación que, curiosamente, y a pesar de su pobreza, de los armarios hechos de cajas de jabón, con grecas de recortes de periódicos, de los platos rotos de porcelana y un helecho colgado, recubierto de papel rizado descolorido (el helecho y los adornos eran desechos de la casa), tenía algo del ambiente ricamente recargado de las habitaciones llenas de tesoros que hay en las viejas casas, pletóricas de evocaciones, estancias que se han utilizado muchas veces, impregnadas del eco, de las voces humanas. Pensó, por alguna razón, en el tipo de habitación en la que se encontrara miss Havisham. ¡Qué ridículo! ¡Esas dos habitaciones del servicio encaladas, discretamente ocultas entre el cubo de basura y el garaje! ¿Qué tenían que ver con Dickens, con el vuelo de la fantasía o algo por el estilo? Como no fuera que se trataba de lugares limpios, protegidos de la intemperie y bastante decentes, para que en ellos durmieran los sirvientes... Pertenecían a la nada y a nadie, simplemente formaban parte de las condiciones de trabajo.

Ella se detuvo y se sacudió los pies, como un gato, en el escalón de la cocina; tenía los pies calados. Lanzó una leve exclamación de irritación consigo misma.

Y cuando se hubo vestido envió a Thomasi a la habitación con una dosis de

clorodina disuelta en agua, en uno de los viejos vasos de la cocina. Preparó a su hijo más pequeño, Pip, para que Alian pudiera llevarlo a la guardería, y vio que su hija Kathie llevaba tarta para el almuerzo en lugar de los bocadillos que solía hacer Lena.

—Vaya lata, ¿eh? —dijo Alian (reprimiendo un eructo, con evidente disgusto, después de tomar los huevos).

—¿Qué se le va a hacer? —dijo Ella—. No me preocuparía tanto si no fuera lunes. Ya sabes lo que pasa cuando no se hace la colada a su debido tiempo. Fastidiada el resto de la semana. De todas maneras, mañana estará bien.

A la mañana siguiente, cuando Ella se levantó, Lena estaba haciendo la colada.

—¿Ya se ha levantado la chica? —preguntó Alian desde el cuarto de baño. Ella entró, apretando contra su mejilla una de las camisetas de Pip para comprobar que estaba seca.

—No tiene muy buen aspecto, la pobre. Se mueve muy despacio entre la tina y las cuerdas.

—Bueno, nunca ha sido muy ágil, ¿no? —murmuró Alian, concentrándose en una parte de su cara especialmente difícil de afeitarse. Se sonrieron mutuamente; cuando se sonreían mutuamente en esa época, tenían la mirada conspiradora de los niños que han descubierto dónde están escondidos los regalos de Navidad: Europa, el ocio y la independencia del dinero que habían ahorrado los unían sin que mediaran palabras.

Ella y Alian Plaistow vivían en uno de los barrios más agradables de Johannesburgo: campos suavemente ondulados al norte de la ciudad, donde los ricos tenían lo que se puede llamar fincas rurales, y los propietarios de buen gusto, casas pequeñas con escasamente media hectárea de jardín parcialmente cultivado. Algunos de los jóvenes, decididos a no tener que volver a los verdaderos suburbios por falta de dinero, criaban gallinas o perros para hacer frente al mantenimiento de sus hogares, y una pareja tenía hasta un rebaño de vacas lecheras. Ella era uno de sus clientes y estaba segura de que podía notar la diferencia entre esa leche y la que ella llamaba de la ciudad.

Una mañana, una semana después de que la nativa Lena hubiera retrasado el día de la colada, el carro del reparto de la leche rodaba rápidamente por los surcos que anteriormente había trazado a lo largo del sendero entre la lechería y las casas de los Plaistow, cuando el caballo se hizo a un lado bruscamente y una de las ruedas aplastó las hierbas altas junto al sendero. Se oyó un sonido metálico; la rueda había resbalado en algo. Big Charlie, el lechero, gruñó por lo bajo al caballo y descendió para mirar. Allí, como si hubiera hecho su propia cama en las hierbas, de la misma forma que un animal da vueltas y más vueltas antes de asentarse para descansar, había una lata de parafina. Big Charlie la rozó con la bota, como si dijera: bueno, si no hay más... Pero se encontró con la resistencia de un recipiente que tiene algo dentro; al sopesarlo comprobó que no era una lata vacía. Estaba al revés, con la abertura contra el suelo. Vio una franja de tela azul, manchada de

rocío y tierra, apenas visible. Siguió dándole con el pie y empujó con fuerza —demasiado fuerte, porque el contenido pesaba poco— y la lata se cayó. Salió un pequeño bulto, el cadáver desnudo y putrefacto de lo que había sido un bebé recién nacido, envuelto descuidadamente, como se hace con la ropa vieja, en un camisón de raso azul.

Durante un momento, a Big Charlie le pareció que el bebé no estaba muerto. Lanzó una especie de cloqueo horrorizado, como si fuera un descuido suyo: uno de sus cinco hijos doblado por el dolor de tripa después de haber estado comiendo moras, o el más pequeño, con moscas en la boca porque la madre no le había limpiado la leche que goteaba de su barbilla por lo abundante que era cuando ella le daba de mamar, y se arrodilló para ver qué podía hacer por el niño. Se dio cuenta de que apenas era un niño; se parecía más a esos gatitos que a veces sus jefes le mandaban ahogar en un cubo de agua o, más aún, a uno de esos pajarillos que aparecen en el suelo bajo las mimosas la noche siguiente a una fuerte tormenta de verano.

Así que se echó hacia atrás y no quiso tocarlo. Con la boca abierta de par en par, con un supersticioso horror ante la frialdad con que aquello se había llevado a cabo, cogió con las puntas de los dedos el arrugado raso y envolvió de nuevo el cadáver, dejando caer otra vez el bulto dentro de la lata de parafina, que puso a su lado en el carro.

Mientras conducía, de vez en cuando bajaba la vista rápidamente, como si no creyera que aquello seguía allí, a su lado. El corpiño del camisón sobresalía y se levantaba con el fuerte aire matinal. Estaba al revés y tenía cosida una etiqueta de la lavandería. Big Charlie no sabía ni leer ni escribir, así que no supo que allí, en letra clara y nítida, ponía: E. Plaistow.

Fue así, por supuesto, como Ella se encontró ante los tribunales. Cuando aquella tarde le abrió la puerta al detective vestido de paisano, tuvo un pequeño y momentáneo sobresalto, una especie de pálpito en algún órgano que uno no sabe que tiene, propio de la gente que no ha robado nunca y que siempre ha pagado sus impuestos: una alarma ante la visión de un policía que tal vez está arraigada en la memoria de las amenazas infantiles. El hombre era corpulento, de pies grandes, y tenía un bigote muy pequeño, bien cuidado, tan liso como un par de pinceladas a lo largo de su ancho labio superior.

Dijo en *afrikaans*: «*¿Goeie middag. Mevrouw Plaistow?*».

Y cuando ella contestó en inglés, él habló en un inglés lento y rígido. Ella le condujo hasta el salón con aire de falsa tranquilidad y él tomó asiento en el borde del sofá. Cuando le contó que el lechero de los Evans había encontrado en el camino un bebé nativo muerto en una lata de parafina, ella emitió un cortés sonido de horror al pensarlo y sintió un pequeño estremecimiento, justo detrás de su mandíbula, pero su rostro mantuvo la mirada de tensa paciencia: ¿qué tenía que ver ella con ese espantoso acontecimiento? Luego, él le dijo que habían encontrado al niño envuelto en un camisón de raso azul que llevaba su nombre y ella se levantó de inmediato de su asiento con un sobresalto, como si hubiera sentido una repentina punzada en su interior.

—¿En mi camisón? —acusó, irguiéndose ante el hombre.

—Me temo que sí, señora.

—¿Pero está usted seguro? —dijo, apartándose con cólera y arrogancia.

Él abrió un portafolios grande que había traído consigo y que consideraba parte de su equipaje al igual que su inglés oficial o el sello laminado de oro que llevaba en el muñequito. Extendió cuidadosamente la tela azul, que aún conservaba el brillo del raso, a pesar de las manchas de tierra y de algo que se había secado de manera irregular: quizá esa especie de grasa, *vernix aseosa*, con que está cubierto el bebé al nacer, cuando entra, deslizándose, en el mundo. La visión le llenó de repugnancia.

—Oh, guárdelo —dijo con dificultad.

—¿Lo reconoce? —preguntó, pronunciando la palabra como si escribiera «re-co-no-ce».

—Desde luego, es mío —dijo—. Es el que le di a Lena hace unas semanas. Pero, por Dios...

—¿Quiere decir que se lo dio a una nativa, no es así? —El policía sacó su cuadernillo.

A Ella le pasaron por la cabeza toda clase de ideas: «Así es. Estuvo enferma, se quedó en la cama un día. El criado dijo que había oído llorar a un bebé esa noche».

—¡Pero no puede ser! —suplicó al policía.

—Entonces, dígame señora, en qué fecha le dio usted a la chica el camisón...

Del desorden de su mente, él fue extrayendo, poco a poco, sus conclusiones del confuso cómputo de fechas y tiempos, del tiempo transcurrido entre el día en que Pip se rompió un diente en la guardería —ella lo recordaba claramente: ocurrió el mismo día en que dio a Thomasi una camisa y a Lena el camisón— y la mañana en que no se hizo la colada. Se convirtió en una declaración. Luego, de modo vacilante, debido a su nerviosismo, Ella pasó a la cocina para llamar a Lena y a Thomasi.

—¡Thomasi! —gritó.

Y luego añadió tras una pausa:

—¡Lena! —y esperó a que vinieran cruzando el patio.

Los dos africanos acogieron la presencia del policía con mucha más tranquilidad que ella. Para los africanos no significaba ningún estigma verse envueltos en problemas con las

fuerzas del orden. Las innumerables restricciones que limitan sus vidas, desde el día de su nacimiento, hacen que sean corrientes las transgresiones e inevitable el castigo. Para ellos, unos cuantos días en la cárcel no suponen mas vergüenza que pasar el sarampión. A fin de cuentas, hay poca gente que pueda pasarse toda una vida sin olvidar, al menos una vez, el trozo de papel que es su «pase» para poder moverse libremente por la ciudad; o sin emborracharse; o sin sentarse en un banco, igual que cualquier otro, que resulta ser de uso exclusivo para la gente de tez pálida. Todas esas cosas hacen que los africanos entren y salgan continuamente de la cárcel, pero apenas les afecta, ya que se admite que las cosas son como son: una noche en una celda llena de chinches y recibir una patada por parte del carcelero.

Lena no tiene un rostro agradable, pensó Ella, pero también pensó que a lo mejor era eso lo que se leía en su rostro. La mujer simplemente permaneció allí, contestando en un *afrikaans* obediente las preguntas del agente sobre su identidad.

El policía había instalado su sólido trasero sobre la mesa de la cocina, y sus maneras habían adoptado el aire de impaciencia propio de una persona blanca de autoridad al hablar con los africanos.

La mujer tenía aspecto de hastío, más que de cualquier otra cosa. No miraba al policía cuando este le hablaba o ella le contestaba, y hablaba fríamente, como era su costumbre; al igual que decía: «Sí, señora; no, señora», cuando Ella le reprochaba haber olvidado alguna tarea.

Lena también era desordenada. Ahora llevaba en la cabeza un *doek* de lana en lugar de la cofia de criada que Ella le había mandado ponerse. Ella la miró desde el *doek* hasta las sandalias de color con tiras, por donde sobresalían los dedos.

La miró con una especie de fascinación, e intentó asociarla con la idea de un bebé muerto, enrollado en un camisón, y metido en una lata de parafina.

No era increíble y tampoco inspiraba repulsión: porque Lena no tenía una imagen maternal, pensó Ella. Eso es: no se la podía imaginar como madre de alguien; era esa clase de mujer, blanca o negra, que siempre cuida de los niños de otras personas; les lava la cara y les limpia las narices, pero los niños echan los brazos alrededor del cuello de otras personas.

Justo entonces, la miró; repentina y directamente, sin pestañear, sin disimulo o súplica. No como mira una mujer a otra, ni siquiera como un ser humano mira a otro: la miró a los ojos, muy abiertos, de párpados iguales, y no movió un músculo de su rostro.

—Oh, no la conozco, no sé nada sobre ella... —Ella retrocedió buscando refugio en sí misma.

—Tendrá que venir conmigo —dijo el policía, y, como la mujer se quedó un momento como si estuviera pidiendo permiso, él le dijo en *afrikaans* que podía ir a su

habitación si quería coger algo, pero debía darse prisa.

Permaneció junto a la puerta mirando a su sirvienta cruzar despacio el patio hacia su habitación de ladrillo. Su corazón latía lentamente. Sentía un horrible conflicto entre nerviosismo y vergüenza... ¿de qué? No lo sabía. Pero si la seguía, pareció preguntarse a sí misma, ¿qué le podía decir? Detrás de Ella, el policía interrogaba a Thomasi y este estaba encantado; oía los tonos expresivos, rápidos y confidenciales de la voz de Thomasi, que experimentaba el placer de un chismoso que está por fin en posición de poder influir en las vidas de los que le han condenado a una fría vida vicaria.

De repente, Ella le dijo al policía:

—¿Me disculpa un momento, por favor? —y atravesó la casa hasta su dormitorio. Siguió allí de pie durante unos minutos, hasta que el policía llamó desde la puerta principal.

—Muchas gracias, señora. Ya le informaremos —y Ella no salió, pero le dijo, como si estuviera dedicada a una tarea que no podía dejar un momento:

—Lo siento, pero encontrará con facilidad la salida...

Pero no pudo resistir abrir las celosías para ver la espalda de Lena, con uno de esos baratos abrigos cortos —abrigos *jeep*, como los llamaban, de moda entre las muchachas africanas de los suburbios—, que subía al coche de la policía.

Es increíble, se dijo; no parecía más gorda que ahora... E hizo la colada de toda una semana...

En el momento en que Ella oyó alejarse al coche fue a telefonar a Alian. Mientras marcaba se dio cuenta de la torpeza y la humedad de sus dedos. Estoy muy impresionada, pensó. Esto de verdad me ha trastornado.

Cuando se inició el juicio, aquella Lena tranquila, de color pálido, que yacía en la cama con la cabeza sobre su brazo para consolarse, que estuvo de pie, obedientemente, mientras la interrogaba el policía en la cocina, se había transformado, a ojos de Ella Plaistow, en un ser repulsivo, que emergía como tal de los comentarios con amigos y vecinos. ¡Una mujer capaz de matar a su propio bebé! ¡Una asesina, nada menos! Es horrible pensar que había tocado a Pip y a Kathie, le decían con conmiseración las otras mujeres. Eso demuestra que nunca se sabe quién entra en tu casa... Con *ellos* nunca se sabe. Los puedes enviar a un médico para asegurarte de que no tienen ninguna enfermedad, pero no hay manera de descubrir qué clase de persona es un criado. «Pues le cayó mal a Thomasi desde el principio, ¿sabéis?», decía siempre Ella. «Ah, Thomasi —murmuraba alguien—. ¡Ese viejo es un buenazo!».

Así que cuando Ella volvió a ver a Lena en el juicio hubo algo inquietante e inesperado en la naturalidad de su aspecto: no era más que la mujer que había estado tantas veces junto al horno en la cocina roja y blanca de Ella. Y ¿dónde estaba la otra, la criatura

que había abandonado a su hijo recién nacido en el frío del camino?

La perplejidad preludió otros sentimientos que la mujer blanca fue experimentando en el banquillo de los testigos. Nunca —volvió a decir después una y otra vez— había hecho tanto el ridículo en toda su vida.

—Es usted, por supuesto, una mujer casada, ¿no? —preguntó el magistrado.

—Sí —dijo Ella.

—¿Cuánto tiempo lleva usted casada?

—Ocho años.

—Entiendo. ¿Tiene usted hijos?

—Sí, dos hijos.

—Señora Plaistow, ¿me va usted a decir que una mujer como usted, que lleva ocho años casada y que ha dado a luz a dos hijos, no se dio cuenta de que su empleada estaba a punto de tener un hijo?

¡Desde luego, aquel hombre debía creer que era totalmente estúpida! Pero ¿cómo explicarle que una no andaba por ahí midiendo la cintura de las sirvientas, que, en cualquier caso, Lena era una mujer muy corpulenta y, como su estado de gestación debía estar muy avanzado cuando comenzó a trabajar, nadie percibió un cambio en su aspecto?

—Me ridiculizó —protestaba Ella—. No podéis imaginar lo *idiota* que me sentí.

El caso se prolongó durante dos largos días. La mujer dijo que el niño había nacido muerto, y que como nadie sabía que estaba embarazada, se había sentido «asustada» y había ocultado el cadáver y lo había dejado en el campo. Pero la autopsia mostró que había grandes posibilidades de que el niño hubiera vivido varias horas después de nacer, y que no había muerto por causas naturales. Luego vino la declaración de Thomasi, que dijo que había oído el llanto de un niño durante la noche.

—En su opinión, doctor —preguntó el magistrado al forense intentando fijar cuánto tiempo había pasado entre el nacimiento y la muerte del bebé—, ¿sería posible que una mujer volviera a reanudar el trabajo diario treinta y seis horas después del parto? Esta mujer hizo la colada de sus amos al día siguiente.

El médico sonrió ligeramente.

—Si la mujer en cuestión fuera europea, por supuesto que sería improbable, muy improbable. Pero una mujer nativa, diría que sí. Sería posible.

En el silencio de la sala, la racionalidad, la validez de esa declaración, pareció dar por concluido el asunto. Al fin y al cabo todos sabían, por una mezcla de rumor popular y de la propia experiencia, del aguante del africano. ¿No habían oído hablar de un africano que había seguido en pie durante tres días con el cráneo fracturado, quejándose simplemente de un dolor de cabeza? ¿Y de uno que había caminado kilómetros hasta un hospital llevando, como Van Gogh, su propia oreja, arrancada durante una pelea, envuelta en un trozo de periódico?

Condenaron a Lena a seis meses de trabajos forzados. Su sentencia coincidió más o menos con el tiempo que Ella y Alian pasaron en Europa. Pero aunque había salido de la cárcel cuando regresaron, no volvió a trabajar para ellos.

EL OLOR DE LA MUERTE Y LAS FLORES

La fiesta fue inusitada si se tienen en cuenta las costumbres de Johannesburgo. Un joven llamado Derek Ross —invisible tras el bar en ese momento— tenía amigos blancos y amigos negros, amigos indios y amigos mestizos, y a veces le gustaba invitarlos a todos a su piso en la misma ocasión. La mayor parte de ellos pertenecía a esa minoría que, sea por su carácter bohemio, por piedad, política, o por un sentido particularmente intenso de la dignidad humana, prescindía de las diferencias de la piel. Pero siempre había un par de ellos —blancos— que llegaban, como los turistas, para asistir al espectáculo y demostrar que no les importaba, y uno o dos negros, morenos o indios que se sentían paralizados por la naturalidad con que les aceptaban los invitados blancos.

Uno de los diversos grupos que se habían apiñado a charlar como las personas que se refugian bajo un risco, en los divanes y en las sillas prestadas, a la sombra de los que bailaban, estaba dominado por un hombre de traje gris: Malcolm Barker.

—¿No sería mejor pagar la multa y terminar de una vez? —decía.

Las dos personas con las que conversaba se callaron durante un momento, de modo que el azaroso ruido de la habitación y el concertado gemir del gramófono irrumpieron de pronto inesperadamente en la conversación. Una preciosa morenita dijo con voz rápida y oficiosa:

—Bueno, no sería lo mismo para Jessica Malherbe. No es exactamente lo mismo, entiéndelo...

Sus tiesas pestañas, endurecidas por el rímel, pestañearon a manera de súplica, pidiendo confirmación y simpatía ante la imposibilidad de explicarse, mientras miraba a un hombre cuyos bigotes pelirrojos y sus orejas pegadas a la cabeza le daban un aspecto de gato enfurecido.

—Es una cuestión de principios —le dijo este a Malcolm Barker.

—Ah, vale. Por supuesto, lo entiendo —concedió Malcolm—. Para una persona como esa tal Malherbe, pagar la multa es una cosa; pasarse tres semanas en la cárcel es otra muy distinta.

La morena cruzó y descruzó rápidamente las piernas.

—Ni siquiera es así —dijo—. No se trata de lo desagradable que sea la cárcel. No es que Jessica busque el martirio. Es una cuestión de *principios*.

En aquel momento una mano negra salió de entre los apiñados bailarines que se agitaban y levantó a la mujer; ella se fue, y mientras bailaba conversó vivamente animada con su pareja africana, que tenía los párpados entrecerrados mientras ella seguía su suave arrastrar de pies. El hombre de los bigotes pelirrojos se levantó sin decir palabra y pasó rápidamente entre los bailarines en dirección al bar, una mesa de cocina llena de botellas de cerveza, coñac y ginebra, al otro extremo de la sala.

—*Satyagraha* —dijo Malcolm Barker, como un infiel que pronuncia con satisfacción la palabra sagrada que los creyentes no quieren profanar.

Una mujer africana muy alta y poco atractiva, sentada a su lado, le lanzó una enorme y anhelante sonrisa de pura timidez, al no tener la más mínima idea de lo que había dicho.

Por un momento él le devolvió la sonrisa, como si estuviera hipnotizado por la arremetida de un animal terrorífico. Luego, de repente, se inclinó y preguntó, con una voz especial, fuerte y lenta:

—¿A qué te dedicas? ¿Eres maestra?

Antes de que la mujer pudiera responder, la joven cuñada de Malcolm Barker, una mujer que había estado sentada en silencio, tan rosada y fría como una figura de porcelana, en el antepecho de la ventana a espaldas de él, apoyó la mano en la silla para equilibrarse y dijo de modo apremiante cerca de su oído:

—¿Es cierto que Jessica Malherbe ha estado en la cárcel?

—Sí, en Port Elizabeth. Y en Durban, según tengo entendido. Y ahora está con la desobediencia civil, con los dirigentes de la campaña de desafío que piensan entrar en los lugares reservados a los nativos y prohibidos para los europeos. El martes próximo. Así que va a terminar en la cárcel otra vez. Por Dios, Joyce, ¿por qué estás bebiendo esa porquería? Te he dicho que ese ponche es auténtico aguachirle.

Pero la muchacha ya no le escuchaba. En delicado equilibrio sobre su cuello, un tanto relleno y alargado, su rostro de aspecto frágil, con los ojos y la nariz como un cuadro de Marie Laurencin, miraba al otro lado de la habitación con esa intensidad tan peculiar, privativa de los rostros sin expresión. Era la suya una belleza esencialmente bidimensional: plana, de un deslumbrante color pastel, como si la máscara de maquillaje, aplicada sobre una piel sin rasgos definidos, fuera el rostro; si alguien le hubiese dado la vuelta, apenas se hubiera sorprendido al descubrir el lienzo. Toda su vida había sufrido a causa de esta impresión de no ser del todo real.

—Tiene un *aspecto* tan bonito —dijo con los ojos fijos en algún punto cercano a la puerta—. Quiero decir, se pone un buen perfume y todo lo demás. No puedes ni imaginártelo.

Su cuñado hizo como que iba a quitarle el vaso de alcohol de la mano, con

impaciencia, de la misma manera que se le quitan las tijeras a un niño, pero ella, sin mirarle a él ni sus propias manos, cambió el vaso de mano, fuera de su alcance.

—Al menos el coñac está en una botella con una etiqueta reconocible —dijo él—. No entiendo por qué no te conformas con eso.

—Me pregunto si ella tendría que comer la misma comida que los otros —dijo la chica.

—Vas a tener resaca mañana por la mañana —dijo él—, y Madeleine me va a echar la culpa a mí. Eres un obstinado diablillo.

Un joven alto y desaliñado, cuya cabeza rubia sobresalía entre las demás como una palmera desmadejada, se acercó con una lenta sonrisa de borracho, y con exagerada cortesía pidió a Joyce que bailara con él. Ella vació sin prisas lo que quedaba en su vaso, lo posó cuidadosamente en el antepecho de la ventana y se fue con él, su cintura breve, muy erguida bajo el brazo de él. Su cuñado la siguió con los ojos durante un momento, luego los cerró de repente, no podía decirse si por aburrimiento o por cansancio.

—No te has apartado de tu marido, o lo que sea, en toda la noche. ¿Qué pasa? —decía el joven a la muchacha mientras bailaban.

—Es mi cuñado —dijo ella—. Mi hermana no ha podido venir porque el niño tiene fiebre.

Él la apretó por la cintura; ella permaneció muy firme, como el tallo quebradizo de una flor.

—¿Conozco a tu hermana? —preguntó. De vez en cuando la borrachera se apoderaba de él como en un desvanecimiento delicioso, de modo que sus párpados caían pesadamente y fingía que los cerraba astutamente.

—Puede ser. Madeleine McCoy, ahora Madeleine Barker. Es pintora. Ella es la que inició la escuela de artes y oficios para africanos.

—Ah, sí. Sí, la conozco —dijo él. Bruscamente la apartó con una mano, ejecutó unos pasos sin gracia alrededor de ella, la perdió al tropezar con otra pareja, la agarró de nuevo y, con un apretón cariñoso, la condujo bruscamente contra la barrera de gente apiñada, como una línea cerrada de rugby, alrededor de la mesa de la cocina donde estaban las bebidas. La fue empujando a través de la muchedumbre hasta la mesa.

—¿Qué quieres, Roy, chico? —dijo un pequeño africano de rostro muy negro que alzó hacia ellos con una sonrisa.

—Sírreme un Barbe ton.

El joven puso la mano sobre la cabeza del africano, sonriendo:

—Ah, eso es una porquería. Agua azucarada. Te voy a dar un poco de piña. Como la que prepara mi madre.

La muchacha se preguntó si en las botellas habría realmente piña o Barbeton, dos infames brebajes que se hacían ilegalmente en las reservas de los negros. La piña, según sabía, se hacía de fruta fermentada y tenía fama de ser extraordinariamente embriagadora; una vez había leído un artículo en un periódico sobre una redada en un local ilegal en el cual habían encontrado en el Barbeton un pie humano flotando, a saber si para darle más sabor o por hechicería. Pero en seguida la tranquilizaron.

—No te preocupes —le dijo la guapa rubia maquillada en un tono muy bronceado, que estaba junto al bar—. Ningún local ilegal ha producido nada más venenoso que el ponche de ginebra de Derek.

El anfitrión atendía a las necesidades de sus invitados en el bar, y la rubia le saludó agitando una copa de ese brebaje que había estado bebiendo junto a la ventana.

—No es *gin*. Es *arak*, estupendo —dijo Derek—. ¿Qué tomas, Joyce?

—Joyce —dijo el larguirucho joven con el que ella había estado bailando—. Qué nombre tan bonito. Dile ahora el mío.

—Roy Wilson. Pero parecéis conocerlos bastante sin necesidad de nombres —dijo Derek—. Esta es Joyce McCoy, Roy, y Joyce, estos son Matt Shabalala, Brenda Shotley, Mahinder Singh y Martin Mathlongo.

Sonrieron a la chica: el africano de rostro resplandeciente, que le llegaba hasta el hombro; la mujer rubia del maquillaje resquebrajado en sus mejillas; el indio guapo con aspecto de universitario, con su cabeza calva; el hombre feo de color claro, tan claro que se le veían perfectamente las pecas en el rostro carnoso.

Ella dijo a su anfitrión:

—Tomaré lo mismo, Derek. Tu ponche.

Y ya antes de que probara un sorbo del brebaje sintió un calor que se expandía y se ablandaba en su interior, y musitó los nombres en silencio para sí: Matt Sha-ba-lala, Martin Math-longo, Ma-hinder Singh. Por el rabillo del ojo, mientras estaba allí, pudo ver a Jessica Malherbe, una mujer blanca, baja y regordeta, que llevaba un elegante vestido negro, con los cabellos brillantes como ala de cuervo, en el momento en que ella giraba la cabeza bajo la luz al hablar.

Luego ocurrió, exactamente cuando la chica estaba más preparada para ello, cuando había llegado el momento. El pequeño africano llamado Matt dijo:

—Te presento a la señorita Joyce McCoy, Eddie Ntwala —y ella se quedó mirando con una sonrisa mientras su mano entraba en la delgada mano de un africano alto, de piel clara, con ojos cansados, evaluadores y cínicos de un hombre que bebe demasiado para amortiguar el dolor de su inteligencia. Ella notó que debía ser alguien importante y admirado, un dirigente de algo, cuyos rasgos peculiares— los restos rotos de unos dientes hermosos y manchados por el tabaco cuando sonreía, la corbata torcida y arrugada —revelaban a quienes le conocían su distinción en mil situaciones diferentes. Ella le sonrió como si le dijera:

—Por supuesto, Eddie Ntwala en persona, lo sabía.

Y ambos retiraron las manos.

El hombre no parecería mirarla, ni tampoco a las demás personas ni a Shabalala. En su boca había una ligera sonrisa, una sonrisa pública, dirigida a todos.

—¿Bailas? —dijo dándole un ligero golpecito en el hombro. Salieron juntos a bailar.

Eddie Ntwala bailaba bien y sin necesidad de proponérselo, aunque sin mucha variación. La mano derecha de Joyce se hallaba en su mano izquierda, la mano derecha de él sobre la concavidad de su espalda, como si, bueno, como si él fuera una persona corriente. Y fue la primera vez, la primera vez en sus veintidós años. Su cabeza le llegaba justo a la solapa de él, y ella sintió el débil olor del humo del cigarrillo en la tela. Cuando volvió la cabeza y quedó frente a su aliento, notó el familiar olor a vino o a coñac que le echaban los hombres al bailar. Tenía el aspecto, con excepción de los ojos —ojos que ella había visto en otros rostros, y que se preguntaba si alguna vez sería lo bastante vieja como para comprenderlos—, de un «recadero» o un «mayordomo». Tenía el mismo pelo lanoso y muy corto, la misma piel morena, los mismos pómulos salientes y agradables, la misma pequeña nariz de anchas ventanas. Sólo la rodeaba con su brazo y tenía la mano de ella en la suya y la llevaba a través de los convencionales arabescos del baile cortés. Ella no consintió que las palabras llegaran a formularse en su cerebro: «Estoy bailando con un negro». Pero en cambio se permitió preguntarse, con la indiferencia cuidadosa de una investigación científica: «¿Siento algo?, ¿qué es lo que siento?».

El hombre comenzó a tararear un fragmento de la melodía que estaban bailando, de la forma en que lo hace una persona cuando oye una música que procede de una fase olvidada de su juventud; mientras el tarareo resonaba en su pecho, ella deslizó casi dolorosamente los ojos hacia la derecha, sin mover la cabeza, para mirar su bien formada mano —una mano casi femenina en comparación con las manos de la mayoría de los hombres blancos—, de un moreno oscuro en contraste con su blanca mano, el pulgar oscuro y el pulgar pálido entrecruzados, los dedos oscuros y los dedos claros entrelazados. «¿Es exactamente así como bailo siempre?», se preguntó con reticencia. «¿Me reservo siempre así?, ¿me siento tan sosegada, me retraigo hasta este punto?».

Se dio cuenta de que estaba bailando igual que siempre. «No siento nada —pensó—, no siento nada».

Y de repente sintió un alivio, una suave exaltación que se apoderó de ella hasta permitirle comenzar a hablar con el hombre con quien bailaba. En cualquier caso, no era una chica dada a hablar por hablar; sabía que por lo menos la mitad de los hombres, atraídos por su belleza excepcional, que la invitaban a bailar en las fiestas, nunca volvían a pedírselo porque no aguantaban sus largos minutos de silencio. Pero ahora dijo con voz baja y débil las pocas cosas que sabía decir: algún comentario sobre la música y sobre lo agradable que era una noche de lluvia al aire libre. Él le sonrió con aburrida tolerancia; estaba claro que no escuchaba lo que ella le decía. Luego le dijo, como para compensar su falta de atención:

—¿Eres de Inglaterra?

Ella respondió.

—Sí, pero no soy inglesa. Soy sudafricana, aunque he pasado los últimos cinco años en Inglaterra. He vuelto en diciembre a Sudáfrica. Conocí a Derek cuando era pequeña —añadió, sintiendo que estaba obligada a explicar su presencia en lo que ella en seguida comprendió que era un grupo consciente de cierta distinción o privilegio.

—Inglaterra —dijo él sonriendo pero sin mirarla—. Nunca he sido tan feliz en ningún otro sitio.

—¿Londres? —le preguntó.

Él afirmó con la cabeza.

—Ah, estoy de acuerdo —dijo ella—. A mí me pasó lo mismo.

—No, a ti no, McCoy —dijo él muy lentamente, sonriéndole—. No, es imposible.

Ella se quedó en silencio ante lo que, de pronto, consideró una temeridad por su parte.

—La manera en que hablas —dijo él mientras seguían bailando— es realmente inglesa. En Sudáfrica, los blancos no saben hablar así.

Por un momento, uno de aquellos antiguos silencios vacíos, que volvían impasible su bonito rostro, amenazó con apoderarse de ella, pero una segunda copa de ponche de *arak* se abrió paso y, ya casi animada, contestó con ingenio:

—Oh, a veces pienso que soy como un loro. En un par de horas cojo el acento de la gente entre la que vivo.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio, mostrando la separación de sus dientes.

—¿Cómo hablarás mañana, McCoy? —dijo apartándola un poco de su lado,

temblando de risa, con los ojos chispeantes—. ¿Cómo hablarás mañana? Ya quisiera saberlo...

Ella contestó con atrevimiento, aunque su respuesta brotó de su misma voz de siempre, una vocecilla vacilante y femenina, gentilmente entonada para decir siempre banalidades agradables.

—Como tú.

—Vamos a tomar una copa —dijo él como si la hubiera conocido de mucho tiempo atrás, como si ella fuese Jessica Malherbe. Y se la llevó hacia el bar cogida de la mano; ella caminó balanceando su mano, sin apretarla, en la de él, igual que había hecho con los jóvenes en los bailes del Club de Campo.

—He prometido tomar una copa con Rajati —dijo él—. ¿Dónde se ha metido?

—¿Es el que yo conocí? —dijo la chica—. ¿El de la cabeza alta y calva?

—¿Un indio? —dijo—. No. Te refieres a Mahinder. Ese es su primo, el marido de Jessica Malherbe.

—¿Está casada con un indio? —la muchacha se detuvo en medio de los que seguían bailando—. ¿De veras? —la idea llegó como un estremecimiento. Se quedó asombrada, como si acabara de recibir una buena noticia sobre alguien importante para ella. Jessica Malherbe —el nombre, la idea— parecía estar dando vueltas en su vida desde antes de abandonar Inglaterra. Incluso allí había leído cosas sobre ella en los periódicos: hija de un humilde granjero *afrikaner* que la repudió en nombre de un severo Dios calvinista, por su antinacionalismo y sus opiniones radicales; una muchacha perdida entre los prados —una granja como las que la propia Joyce podía recordar haber visto desde la ventanilla de un coche cuando era niña—, que había trabajado en una fábrica, educándose a sí misma, y enviada por su sindicato a estudiar los problemas laborales por el mundo entero; una chica que negociaba con ministros del Estado, y que, según supo Joyce aquella tarde, había ido a parar a la cárcel por sus principios. Jessica Malherbe, que era casi la primera persona que la muchacha había conocido cuando llegó a la fiesta esa tarde y que resultó ser igual a cualquier elegante mujer inglesa de las que se encuentran en los restaurantes de Londres: con collar de perlas y un perfume caro. ¡Un indio! Era el gesto definitivo. ¡Magnífico! Un mundo se vino abajo con ello: el mundo del padre de Jessica Malherbe. ¡Un indio!

—El viejo Rajati —decía Ntwala. Pero no pudieron encontrarle. La muchacha pensó en el indio guapo con aspecto de universitario y la cabeza como una cúpula, y de pronto recordó que una vez, en Durban, había hablado a través del mostrador de una tienda con un muchacho indio. Ella estaba en el barrio indio con su hermana, y habían entrado en una tienda a comprar unos metros de seda. A ella le tocó hacer de portavoz y hablar en murmullos con el muchacho, que le dijo, con voz tan suave y baja como la suya, que no, que lo lamentaba, pero que aquella pieza de seda era para un sari y no se podía cortar. El muchacho tenía unos ojos hermosísimos que no la miraban, y fue como si hablaran los dos

en un sueño. La tienda era pequeña y estrecha. Olía mucho a incienso, el olor de la iglesia de la aldea donde su abuelo había estado de cuerpo presente antes de su funeral, el olor del jardín de su madre en una noche de verano —el olor de la muerte y las flores, compuesto, como el mismo acontecimiento de fealdad y de belleza, de atracción y de repulsión—. Y es que al dejar la tiendecita, ella y su hermana descubrieron que les seguía un hombre desagradable, cuya presencia al principio les hizo agarrar con fuerza los bolsos, pero que, más tarde, cuando entraron en una tienda muy concurrida para intentar deshacerse de él, se arrimó a ellas y les hizo una propuesta obscena. Tenía un rostro vagamente euroasiático, o eso creyeron, pero no podrían asegurar si era indio o blanco; en su repugnancia, apenas les pareció humano.

Ahora intentó, en medio del bullicioso ruido de la habitación de Derek, volver a oír mentalmente la voz del muchacho diciendo las palabras que ella recordaba con tanta exactitud: «No, lo siento, esa pieza de seda es para un sari, no se puede cortar». Pero el hormigueo del alcohol que llevaba bastante tiempo sintiendo en las manos se convirtió en una especie de canturreo en sus oídos, como el sonido de las burbujas del agua con gas, y todo lo que pudo oír fue la curiosa conclusión de la frase: *no se puede cortar, no se puede cortar*.

Después bailó con Derek:

—Estás guapísima esta noche, preciosa —le dijo él colocando sus labios húmedos en su oreja—. Preciosa.

Ella le preguntó:

—Derek, ¿cuál es Rajati?

Él soltó su cintura.

—Por ahí anda —dijo, pero un instante después la cogió de nuevo y daba vueltas con ella, y ella sólo vio a Mahinder Singh y a Martin Mathlongo, el hombre de color, grandullón y pecoso, y la parte de atrás del cuello oscuro de un hombre, con un rollo de grasa desbordando por el cuello de la camisa.

—¿Cuál? —dijo ella. Pero esta vez él hizo un gesto hacia un grupo donde sólo había hombres blancos, así que se dio por vencida.

El baile quedó interrumpido por un repentino y chirriante grito cuando alguien levantó la aguja del gramófono en mitad del disco y parecía que un hombre estaba a punto de hablar. Resultó que iba a ser una canción en lugar de un discurso, porque Martin Mathlongo, el pequeño Shabalala, dos mujeres de color, y una enorme mujer africana que llevaba zapatos verdes con suela de corcho se juntaron con los brazos echados al cuello. Cuando la habitación quedó en silencio se pusieron a cantar. Cantaban con extraordinaria hermosura: las voces de los hombres, profundas y tiernas; las de las mujeres, agudas y apasionadas. Cantaban en algún idioma africano y, cuando terminó la canción, la muchacha

preguntó a Eddie Ntwala, que estaba a su lado, qué habían cantado. Le contestó con la sencillez de un campesino, como si nunca hubiera bailado con ella, como si nunca hubiesen intercambiado bromas sofisticadas:

—Es sobre un joven que pasa y ve a una joven trabajando en el campo de su padre.

Roy Wilson se echó a reír, dándole un golpecito de camarada en el brazo.

—Eddie no ha visto un campo en su vida. Nació y se crio en Ape *Location*.

Luego, Martin Mathlongo, con su pajarita de lunares bajo su rostro grande y fuerte, de boca caída, se adelantó de repente y se puso a cantar *Ol' Man River*. Había algo insultante, desafiante, aunque vergonzosamente suplicante, en la forma en que cantó las palabras melodramáticas y serviles, la manera en que se arrodilló y extendió sus enormes manos con las palmas rosadas hacia arriba. Los rostros oscuros de la habitación le miraron, sonriendo, como si contemplaran las bufonadas de un mono. Los rostros blancos parecían borrachos y ausentes.

Joyce McCoy vio, por primera vez desde que habían sido presentadas aquella noche, que estaba cerca de Jessica Malherbe. La muchacha sintió una intensa angustia al ver a un hombre de color cantando cómicamente la canción de los negros, y cuando vio a Jessica Malherbe depositó todo este peso, como si pudiera hacerlo con una mirada, a los pies de aquella mujer. Se lo puso encima, como si *ella* pudiera corregirlo, porque en el rostro ancho y bien maquillado de la mujer no existía ni el cansado azoramiento de los otros rostros blancos ni la socarrona autolaceración de los negros.

La muchacha se sentía como cuando estaba a punto de llorar, pero esta vez fue el prelude de algo diferente. Se abrió paso con dificultad, porque sus piernas eran su parte más borracha, y murmurando cortésmente «Perdón», como le habían enseñado durante veintidós años, atravesando por entre la gente que permanecía en su ofuscamiento alcohólico, impasibles como vacas en un río. Se acercó a la dirigente sindical, la veterana del encarcelamiento político, la mujer de cabellos brillantes que usaba buenos perfumes.

—Señorita Malherbe —dijo, y su rostro vacío y exquisito bien podría haber solicitado una invitación para una fiesta en el jardín—. Por favor, señorita Malherbe, quiero acompañarla la semana que viene. Quiero participar en la marcha hasta la reserva.

Al día siguiente, cuando Joyce estuvo sobria, seguía con ganas de ir. Como le había advertido su cuñado, se sentía enferma por culpa del ponche de Derek, y cada vez que inclinaba la cabeza sentía un balón grande y pesado que parecía rodar dentro de su cráneo. La presencia de este balón —a veces le parecía que se trataba de su propio cerebro, encogido y endurecido, golpeteando de un lado a otro como una nuez seca dentro de su cáscara— le impedía concentrarse, pero el pensamiento de que iba a marchar la semana siguiente hasta la reserva estaba muy claro. En realidad, era obsesivamente claro.

Fue a ver a la señorita Malherbe al cuartel general de la Campaña de Desobediencia

Civil, para repetirle lo mismo que la noche anterior. La señorita Malherbe volvió a hacer lo que había hecho la noche anterior: escucharla con atención y cortésmente, mostrarse interesada y comprensiva, agradeciéndoselo y explicándole luego, con muy buenas palabras, que el movimiento no podía permitir a nadie, salvo a los miembros, participar en esos actos. «Entonces me haré miembro ahora mismo», dijo Joyce. Llevaba un vestido de lino pálido, como su piel, y en el cuadrado de piel desnuda colgaba un collarcito de perlas del mismo color —el collar que se da a las niñas y al que se van añadiendo perlas en cada cumpleaños—. Bueno, dijo la señorita Malherbe, podría unirse al movimiento, desde luego que sí. ¿Y no sería suficiente? Se valoraría mucho su apoyo. Pero no: Joyce quería *hacer* algo, quería marchar junto a los demás a la reserva. Y antes de irse de la oficina se había alistado formalmente.

A los dos días de haberse inscrito, acudió de nuevo al cuartel general a hablar con Jessica Malherbe. Esta vez había presentes otras personas, que sonrieron cuando llegó, como si ya hubieran oído hablar de ella. La señorita Malherbe le explicó la trascendencia de lo que quería hacer. ¿Se daba cuenta de que podía terminar en la cárcel? ¿Comprendía que la política de los resistentes pasivos era cumplir las sentencias en lugar de pagar las multas? Aunque a ella no le importase, ¿qué pasaría con sus padres, con sus parientes? La muchacha respondió que tenía más de veintiún años; sólo le quedaba su madre, que estaba en Inglaterra; no tenía que responder ante nadie.

No le dijo nada a su hermana Madeleine ni a su cuñado. Cuando llegó el martes por la mañana hacía un frío húmedo. Joyce se vistió con la conciencia de que estaba haciendo lo de siempre, pero en un día extraordinario. Llegó a la ciudad con su cuñado y durante todo el trayecto el coche fue aplastando bajo los neumáticos las flores caídas de jacarandá que tanto abundaban en las calles, como antes en los árboles. Después del almuerzo tomó un tranvía hasta Fordsburg, un barrio donde los indios y la gente de sangre mixta vivía al lado de los blancos pobres a los que les estaba prohibido vivir en otro lugar mejor; allí se reunían los asistentes, según se había decidido. Ella nunca había estado en esa parte de Johannesburgo, y tenía las señas de la casa adonde se dirigía escritas en la agenda forrada de seda escocesa, en letra diminuta e inclinada. Llevaba su chaqueta de angora blanca en el brazo y unas sensatas sandalias sin tacón. «No sé por qué sigo pensando en esto como si fuera una larga expedición que requiere un equipo especial —se dijo—; en realidad, todo habrá pasado en media hora. Jessica Malherbe dijo que pagaríamos una fianza y que estaríamos de vuelta en la ciudad a eso de las cuatro y media».

La muchacha se sentó en el tranvía y no miró a los otros pasajeros, quienes tampoco la miraron, aunque el contraste entre ellos y ella era asombroso. Eran niños de miembros delgados y amarillos, con enormes ojos tiznados; hombres pesados, de mirada turbia, cuya degeneración les había debilitado hasta darles la apariencia de una vejez indeterminada; mujeres gordas de hinchadas piernas, que llevaban paquetes de periódico; muchachas casi blancas que venían de las fábricas, con los cabellos descoloridos y apelmazados, recogidos imitando el estilo de moda, en cuyos rostros orgullosos y vivaces, el colorete y el lápiz de labios habían dibujado el rostro de una muchacha blanca.

Bajó en la parada que le habían indicado y subió lentamente la calle mirando los

números. Era difícil saber cuánto tendría que andar o incluso, durante los primeros minutos, si lo hacía en la dirección acertada, porque los números de las puertas estaban medio borrados o mal pintados, y a veces faltaban por completo. Como en casi todos los barrios pobres, se mezclaban tiendas y viviendas: algunas casas se utilizaban como locales de negocios, y algunas tiendas tenían arriba habitaciones en las que, evidentemente, vivían los tenderos con sus familias. La calle tenía nombre de flor, pero no había árboles ni jardines. La mayor parte de las tiendas tenían nombres indios escritos rudimentariamente en tablones caseros de madera, o letreros floreados en rojo y amarillo sobre el dintel: Moonsammy Dadoo, Ferretería, Prendas de Moda y de Vestir de Señora, K. P. Patel e Hijos, Fruteros, Saldos Vallabhir. Un zapatero había cerrado la terraza de su casita para convertirla en un taller, y fuera tenía colgado un enorme zapato de latón negro del estilo de los años veinte.

Las alcantarillas olían a fruta podrida. Delgados chiquillos de color café con leche llevaban de la mano a hermanos más pequeños; en la terraza de una de las casitas adosadas, un hombre delgado de color en mangas de camisa gritaba en *afrikaans* a una mujer gorda que estaba sentada en los escalones. Una mujer india, con sari y zapatos europeos de tacón alto, llamaba a la puerta de la otra mitad de la casa. Más adelante, en una casa muy pequeña, casi eclipsada por los tentáculos de unas plantas trepadoras de voraz aspecto, figuraba una placa de bronce pulido con el nombre y el horario de consulta de un conocido médico indio.

La calle estaba bastante silenciosa; tenía el aire muerto y apático de todos los lugares donde la gente se gana la vida para ir tirando. Y Joyce sintió un sobresalto cuando un repentino chillido de risa borracha salió de detrás de una valla de hierro acanalado y oxidado que parecía cercar un patio. En el lado de fuera de la pared, alguien estaba sentado sobre un trozo de césped duro y arenoso que a veces luchaba por conseguir un lugar en el desgastado pavimento de la ciudad; la chica vio, al pasar, que la persona era una de esas mujeres vagabundas blancas que veía de vez en cuando en la ciudad cruzando la calle con esa peculiar determinación vidriosa, propia de los marginados.

No sentía piedad ni disgusto ante lo que veía. Era como si, a partir de ese día, su compromiso en la acción contra la injusticia social la hubiera purificado de sentimentalismo; ya no tenía que apartar la mirada. Vio con toda tranquilidad las piernas desnudas de la mujer, curtidas por la suciedad y el aire libre, del color del cuero. Sólo sintió, en una suerte de indiferencia, una simpatía contenida e irritada por la muchacha de color bronce pálido que daba de mamar a un bebé en la puerta de la verja de la casa de al lado, porque debía de vivir en la puerta de lo que casi con toda seguridad era un tugurio ilegal.

Luego, en la manzana siguiente, vio tres automóviles estacionados frente a una casa y pensó que ese era el lugar. Apresuró un poco el paso, pero sin alterarlo, y cuando llegó, le habían dicho el número 260, vio que era una casita de ladrillos purpúreos con cuatro escalones que conducían desde la acera hasta una estrecha terraza. Había helechos en latas de parafina, pintadas de verde, a cada lado de la puerta principal, que estaba entreabierta, como suele suceder en las casas en las que se da una fiesta. Subió los escalones con decisión, pisando las huellas polvorientas de otros pies e, inclinándose un poco al llegar a la

puerta, llamó golpeando un exótico panel de vidrio en la parte superior. Se encontró ante un pasillo de suelo con linóleo floreado y desgastado. La cabeza de una pequeña muchacha india, de frente baja y ojos grandes, apareció en una arcada con una cortina en mitad del pasillo y desapareció en seguida. Joyce McCoy volvió a llamar. Oía voces y, por encima de las demás, un tono de protesta en la voz de una mujer.

Un hombre blanco y calvo, con gruesos lentes, cruzó el pasillo con pasos rápidos y nerviosos y a ella le pareció que no la había visto. Pero tal vez sí, porque, debido posiblemente a su entrada en la habitación de donde procedían las voces, la hermosa mujer morena de modales decididos, a la que la muchacha recordaba de la fiesta, apareció de pronto con la mano extendida y dijo con entusiasmo:

—Entra, querida. Pasa. ¡Qué ruido hay aquí! Podías haber estado llamando todo el día.

La muchacha observó que la mujer calzaba unas sandalias baratas, no llevaba medias y tenía pintadas las uñas de los pies. La muchacha no sabía por qué detalles como esos la intrigaban tanto o le parecían tan importantes. La saludó con una sonrisa y entró en la casa detrás de ella.

Ya estaba realmente allí; escuchaba sus propios pasos por el pasillo de una casa en Fordsburg. En el pasillo había un ligero olor a especias; en la pared vislumbró lo que parecía la fotografía de una muchacha india vestida a la europea, una fotografía enmarcada en papel dorado con grecas, como los adornos de una tarta.

Y de pronto se encontraron en una habitación donde todo el mundo le sonreía brevemente pero sin hacerle el menor caso. Allí estaba Jessica Malherbe, con un traje de/lino azul, fumando un cigarrillo y diciendo algo al alto y desgreñado Roy Wilson, que apuntaba lo que ella decía. El hombre calvo hablaba con seriedad y en voz baja a una esbelta mujer que llevaba un reloj de hombre y tenía las manos masculinas. El pequeño africano Shabalala, con gafas de fina montura de concha, estaba tachando algo en una lista. Tres o cuatro personas más, blancos y negros, estaban sentados hablando. La habitación se veía muy animada por las conversaciones.

Joyce se sentó cuidadosamente en una silla de comedor que tenía las patas flojas y se tambaleaba un poco.

Y cuando trataba de mezclarse e integrarse en el ambiente de la habitación, se fijó en un grupo que se sentaba aparte, cerca de las ventanas, a la sombra de unas pesadas cortinas, y, al sentirse atraída por su presencia, vio toda la habitación tal como era bajo el conjunto de la gente. En el grupo había una anciana india y un esbelto muchacho y otro chiquillo, indios también, que evidentemente eran sus nietos. La mujer estaba sentada con los pies separados, de modo que su regazo, bajo las voluminosas envolturas del sari, parecía muy ancho; en una de las aletas nasales resplandecía una joya. Tenía las manos pequeñas y llenas de anillos, unas manos de mujer gorda. Su frente era estrecha bajo los negros cabellos ásperos y el reborde plateado del sari. Miraba, como si estuviera sorda o ciega, el

conjunto de hombres y mujeres blancos, de indios con trajes de hombres de negocios, de africanos limpios y aseados como oficinistas. Sin embargo, cuando Joyce vio que movía los ojos, tan fríos y desprovistos de cualquier asomo de interés como los de una tortuga, y cuando movió el pie, mostrando una fuerza vital inerte como la contracción de un músculo de algún indolente animal, la muchacha supo que no era ni la ceguera ni la sordera lo que hacía que la mujer se olvidase de los presentes, sino simplemente la conciencia de que esa casa y esa habitación eran su lugar. Estaba allí antes de que llegaran los visitantes y no se iba a mover por ellos; y seguiría allí cuando se marchasen. Y los niños se agarraban a su abuela, conscientes de que ella era de esa clase de gente que nunca se puede arrinconar en la cocina o en cualquier otro lugar.

Gracias a la presencia de ese grupo silencioso, la muchacha se percató de toda la habitación (la habitación de *ellos*) y del mobiliario: el espantoso tresillo tapizado con terciopelo de imitación, estampado con triángulos y redondeles; la mesa barnizada de amarillo, con un mantelito de seda rosa y un jarrón de bronce lleno de rosas de papel; los sillones ligeros, con huecos circulares en los brazos, donde había ceniceros de cristal de color; las fotografías toscamente coloreadas, el jarrón de plástico, los cojines con volantes de seda verde, la lámpara de pie con plataformas para más ceniceros de cristal, el perro de yeso dorado junto a la puerta. Un indio se acercó y le dijo algo a la anciana con aire de propietario, disculpándose pero irritado, de un hijo que quiere que su madre se quite de en medio; cuando él volvió la cabeza, la muchacha notó algo familiar en su aspecto y le reconoció como el hombre cuyo cogote había visto cuando intentaba identificar al marido de Jessica Malherbe en la fiesta. Él se le acercó; era un hombre regordete y agradable, con la abundante y brillante cabellera de los indios, que hacía que su cabeza pareciera demasiado grande para su cuerpo. Dijo: —Enhorabuena. Mi esposa Jessica me ha dicho que ha insistido en solidarizarse con el acto de resistencia de hoy. Bueno, ¿cómo se siente?

Le sonrió con gran dificultad, sin saber en realidad por qué le costaba tanto trabajo. Y le respondió:

—Lo siento mucho. No nos conocimos aquella noche. Sólo conocí a su primo, me parece que es el señor Singh, ¿no?

El marido de Jessica Malherbe, después de todo, era un indio con un aspecto de lo más comente: el hombre con el rollo de grasa en el cogote.

—No se parece en lo más mínimo al señor Singh —le dijo, sintiendo que ella misma se ofendía por el evidente pensamiento que latía en la comparación, y no aquel hombre gordo, amistoso, de edad madura, que con sólo ponerse en mangas de camisa parecía un comerciante indio acomodado o, con una sucia bata y sin afeitarse, sería la viva imagen de un vendedor ambulante de frutas y verduras.

Se sentó a su lado (ella vio la cabeza de la vieja, que asomaba por encima de la oreja de él) y comenzó a hablar con su modulada voz de Cambridge, y ella se fijó en algo de lo que no se había dado cuenta antes. Resultaba curioso, porque seguramente debía de estar allí desde el principio; o tal vez no —podía deberse a un desplazamiento del grupo de la

anciana, el esbelto muchacho y el chiquillo, o quizá de sus ropas—, pero de pronto notó el olor del incienso. Dulce, seco y humeante, como el olor de las hojas al quemarse, fue sintiendo el olor. Luego pensó que debía estar en el mobiliario y en las cortinas: la vieja lo quemaba e impregnaba la casa y las chucherías traídas de Birmingham, Denver, Colorado, y el Japón ocupado por los norteamericanos.

Entonces dejó de pensar en hojas quemadas. Era incienso, fuerte y dulce. El olor de la muerte y de las flores. Lo recordó tan cercano, con tanta fuerza como nunca hubiera podido recordarlo a través de las palabras o de la mirada.

—¿Está usted bien, señorita McCoy? —preguntó el amable indio, dejando de hablar cuando vio que ella no escuchaba y que su rostro, bonito, pálido e impasible, se había vuelto tan blanco y ausente que parecía a punto de desmayarse.

Ella se levantó sobresaltada, fue como una disculpa inarticulada, y salió rápidamente de la habitación. Corrió por el pasillo, abrió una puerta y la cerró tras ella, pero el olor también estaba allí, más fuerte que nunca, en el dormitorio de alguien donde una gran cama de matrimonio estaba cubierta por una colcha de seda color naranja. Apoyó la espalda contra la puerta aspirando aquel olor y temblando de miedo y del terrible deseo de estar a salvo: estar a salvo de una de las bondadosas mujeres que, en cualquier momento, llegaría para ver qué le pasaba; estar a salvo de tener que controlar sus nervios para enfrentarse al viaje en automóvil hasta la reserva, a los rostros de sus compañeros, que no tenían miedo, y subir caminando por las calles de la reserva.

Las propias convenciones de la vida, que, pensó, la habían aislado con su blandura del roce gozoso y punzante de la vida real en movimiento, venían ahora a salvarla. Aunque tenía miedo, tenía también buena educación. Llevaba tanto tiempo portándose como una niña bien educada que la descolorida fórmula de los buenos modales, que tanta espontaneidad había sofocado en ella, podía servirle también para sofocar el miedo. Sería *tan terriblemente* grosero escaparse de allí y volver a casa...

Ese fue el pensamiento que la salvó, el código de la niña bien criada que se porta de maravilla en la fiesta, y eso le llegó una y otra vez, atenuando las palpitaciones de su corazón y abriendo sus manos apretadas.

Sería terriblemente grosero escapar ahora. Sabía, angustiada, en algún rincón de su espíritu, que esa no era una buena razón para quedarse, pero funcionó. Sus modales la acompañaban desde hacía mucho tiempo y eran más fuertes que su miedo. Lentamente, la habitación dejó de zumbear con fuerza a su alrededor, la colcha dejó de bailar ante sus ojos, y, lentamente, se dirigió al espejo de la puerta del armario y se arregló el cinturón del vestido sin mirarse a los ojos. Luego abrió la puerta, recorrió el pasillo, volvió a entrar en la habitación donde los demás estaban reunidos, y se sentó en la silla que había dejado. Sólo entonces se percató de que los demás estaban en pie, que se habían levantado para marcharse.

—¿Y tu chaqueta, querida? ¿Quieres dejarla aquí? —dijo la bonita morena, que la

había visto.

Jessica Malherbe iba hacia la puerta. Sonrió a Joyce y le dijo:

—Sería mejor que la dejaras.

—Sí, creo que sí, gracias —escuchó su voz como si fuera la de otra persona.

Fuera surgieron las dudas sobre quién iba a ir con quién y en qué coche. La muchacha se vio en el asiento posterior de un automóvil en el que Jessica Malherbe se sentaba al lado del conductor. Entró también la mujer delgada y hombruna, y el pequeño Shabalala, que luego se fue, una mano le llamó desde otro coche. Salió del coche y entró de nuevo, de un salto, cuando ya arrancaba. Era el único que parecía animado. Se sentó inclinado hacia adelante, con las manos en las rodillas. Con una gran sonrisa dirigida a la muchacha, dijo:

—Ahora sí que vamos a dar un paseo de verdad, señorita McCoy.

Los coches atravesaron Fordsburg y bordearon la ciudad. Luego salieron a una de las carreteras principales que conecta los pueblos de las minas de oro del Witwatersrand y Johannesburgo. Pasaron los vaciaderos de las minas, gris pálido y amarillos, los racimos de casas pulcras y feas construidas por los mineros blancos, trozos de pastos esquilados, donde la lluvia de la noche anterior resplandecía tenuemente en las zonas bajas, una fábrica de ladrillos, una fundición y una pequeña granja de aves. Y entraron en un camino embarrado por el que siguieron a un autobús de nativos que oscilaba con su pesada carga de pasajeros, con el tubo de escape espurreando humo negro, y trozos de lona agitándose furiosamente en las ventanillas. El autobús pasó estruendosamente por las puertas de la reserva, pero los tres automóviles se detuvieron allí fuera. Jessica Malherbe salió primero y se quedó de pie retirándose las cutículas de las uñas de su mano izquierda mientras hablaba con Roy Wilson como si fuera de negocios.

—Por supuesto, no hagas declaraciones a los periódicos a menos que te lo pidan. Sería más interesante ver antes *su* versión y presentar la nuestra después. Pero, *quizá* te pregunten.

—Hay un automóvil de la prensa —dijo Shabalala, inquieto—: Allí.

—Parece Brand, del *Post*.

—No puede ser Dick Brand; le han trasladado a Bloemfontein —dijo la mujer alta y hombruna.

—Venga aquí, señorita McCoy, usted es la niña —dijo Shabalala arreglándose la corbata y sacudiéndose por si le fotografiaban. La muchacha se puso delante, obediente.

Pero el fotógrafo de prensa blandió la lámpara del flash protestando.

—No, quiero fotografiarles mientras caminan.

—Bueno, será mejor que nos fotografíe antes de que entremos por la puerta, o le detendrán también a usted —dijo Jessica Malherbe despreocupadamente—. Mira esto —añadió dirigiéndose a la mujer hombruna, levantando un pie para mostrar el tacón de su zapato blanco, ya enlodado.

La Reserva Lagersdorp, en donde estaban entrando, y que Joyce McCoy no había visto nunca, era como muchos otros lugares semejantes. Una cerca de alambre de púas —más un símbolo que un medio de confinamiento, ya que, salvo en la parte cercana a las puertas, tenía cómodos agujeros en muchos lugares— rodeaba casi un kilómetro y medio cuadrado de deprimentes y minúsculas viviendas a las que la población africana de la ciudad próxima iba a dormir por las noches. Había casas humildes y escuálidos refugios de latón, y cerca de las puertas donde estaban las oficinas de la administración había un par de chalés decentes que habían sido construidos «experimentalmente» por las autoridades blancas, y nunca hicieron más; los ocupaban los oficinistas africanos favoritos del superintendente blanco de la reserva. Había muy pocas tiendas, puesto que cada licencia concedida a una tienda nativa de una reserva perjudica el negocio a las tiendas blancas de la ciudad. También había muchas iglesias, unas construidas de barro y lata, otras neogóticas de ladrillo, que representaban a numerosas sectas.

Comenzaron a caminar los siete hombres y mujeres hasta la puerta de la reserva. Jessica Malherbe y Roy Wilson iban un poco más adelante, y la muchacha se encontraba entre Shabalala y el hombre blanco calvo de gruesas gafas. La lámpara del flash efectuó su breve disparo y dos o tres negritos que jugaban con aros de alambre junto a la carretera miraron hacia arriba, asombrados. Una gorda mujer nativa que vendía naranjas y maíz asado le gritó algo a uno que pasaba con los pantalones raídos.

En la puerta, un gordo policía negro estaba sentado sobre una caja de jabón, chismorreando. Se tocó la gorra con la mano cuando los vio pasar. El entumecimiento que siguió a la crisis nerviosa de Joyce McCoy fue dando paso a una tranquila turbación; cuando era niña solía preguntarse, al ver un grupo del Ejército de Salvación tocando un himno en la esquina, cómo se sentiría si estuviera con ellos. Ahora pensó que ya lo sabía. El pequeño Shabalala se pasó el dedo por el interior del cuello de la camisa, y la muchacha pensó, con un arranque de afecto, que se sentía igual que ella; no sabía que él estaba pensando en lo que se había prometido no pensar durante aquel paseo: que muy probablemente aquello le iba a costar su empleo. A nadie le gustaba dar trabajo a africanos que «causaban problemas». Su esposa, que estaba intensamente orgullosa de su educación e inteligencia, no dijo nada cuando se enteró de que iba a ir; simplemente se concentró con estudiada preocupación en cocinar. Pero después de todo, a Shabalala, al igual que a la muchacha —aunque ni él ni ella lo supieran—, les habían salvado los convencionalismos. En su caso se trataba de un gesto audaz, porque era un tipo divertido. Cuando comenzaron a caminar, una vez pasadas las puertas, él le dijo:

—¿Sientes el impacto?

—¿Perdón? —dijo ella, cortés y conspiradora.

Un grupo de niños andrajosos, con sus ojos iluminados por esa tenaz mendicidad que se relaciona más con Oriente que con África, saltaban y corrían alrededor de las personas blancas del grupo, ya que pensaban que formaban parte de un comité para dirigir una competición por la casa más limpia o un concurso de bebés: «¡Penique, señorita; penique, *baas!*», gimoteaban. Shabalala les gruñó algo juguetonamente en su propio idioma antes de responder con su deliciosa sonrisa:

—El impacto de la barrera de color.

Aparte de los niños, que se dispersaron como peces voladores detrás de un barco, nadie hizo mucho caso de los manifestantes. Las mujeres africanas que llevaban sobre la cabeza la comida que habían comprado en la ciudad o los bultos de la ropa que lavaban a los blancos, apenas les miraron. Hombres africanos en bicicleta pasaban abstraídos. Pero cuando el grupo llegó a la altura de las oficinas de la administración —construidas en ladrillo rojo, que, junto a las casas experimentales de la puerta y la clínica de al lado, eran los únicos edificios de estilo europeo de la reserva—, un hombre blanco de edad madura, con un traje que brillaba en las posaderas y en los codos (su cuerpo inclinado tenía la forma de su silla y de la mesa de su oficina), salió y paró a Jessica Malherbe. Obedientemente, el grupo se detuvo; había en ellos un aire de tranquila obstinación. El hombre, que era el superintendente de la reserva, conocía sin duda a Jessica Malherbe, y se enfrentó con la desagradable necesidad de hacer un recibimiento oficial y no personal.

—Ya sabe que es mi deber decirle que está prohibido que los europeos entren en la Reserva Lagersdorp —dijo.

La muchacha se fijó en que llevaba las gafas en la mano izquierda sujetadas por una de las patillas, como si, habiendo estado esperando la llegada del grupo, se hubiese levantado por fin nerviosamente, de un salto.

Jessica Malherbe sonrió, y en su sonrisa había algo del humor informal con que los *afrikaners* rebajan la pomposidad.

—Señor Dougal, buenas tardes. Sí, por supuesto, sabemos que usted tiene que hacernos una advertencia oficial. ¿Hasta dónde cree usted que podremos llegar?

El rostro del hombre se tranquilizó. Se encogió de hombros, y dijo:

—Les están esperando.

Y de repente, la muchacha, Joyce McCoy, sintió exactamente eso: la sensación de que algo les acechaba. Los rostros pulcros y estereotipados de los oficinistas africanos aparecieron en las ventanas de las oficinas administrativas. Mientras el grupo se acercaba a la clínica, el médico europeo y dos enfermeras blancas y una africana salieron a la terraza. Y todas las pacientes africanas que estaban sentadas al sol dando de mamar a sus bebés y

chismorreando, se callaron mientras pasaba el grupo: se quedaron en silencio y en sus ojos había algo de aquella mirada de la abuela india, que esperaba en la casa de Fordsburg.

El grupo siguió subiendo la calle de casitas con terrazas hechas de cualquier manera, flanqueando la tira de tierra gastada y sin pavimentar que formaba la acera, y cuyas puertas principales se abrían a un par de pies del jardín cercado, donde corrían las gallinas y maduraban las calabazas; allí, hombres y mujeres, rodeados de sus hijos, les contemplaban como si esperaran el estallido de una tormenta. Sin embargo, el sol caía con fuerza sobre las cabezas del grupo, que subía lentamente por la calle. Ellos guardaban silencio e igualmente los espectadores, o hablaban entre sí, susurrando, cada cual inclinando su cabeza sobre el oído del otro pero con los ojos fijos en el grupo que subía por la calle. Alguien se rio, pero era sólo un borracho, un viejecito marchito, que volvía de un tugurio infecto. Y más adelante, en la esquina del cruce, estaba el coche de la policía, un coche negro con la antena del equipo de comunicación, una brillante injuria a la pobreza de la calle. Se abrieron las puertas traseras y dos policías fuertes y elegantemente vestidos salieron, cerrándolas estrepitosamente. Se acercaron lentamente al grupo, sin apresurarse. Cuando llegaron a su altura, uno dijo, como si reflexionara: «Ah, buenas tardes», pero el otro le interrumpió con voz oficial e impasible:

—Quedan ustedes detenidos por haber entrado ilegalmente en la Reserva Lagersdorp. Si quieren ustedes decirnos sus nombres...

Joyce permanecía esperando su turno y su corazón latía tranquila y regularmente. Pensó otra vez, como ya antes había hecho: «¿Cuánto tiempo hace que fue aquella fiesta? No siento nada. Todo es normal. No siento nada».

Pero cuando la policía se le acercó y ella deletreó su nombre, miró hacia arriba y vio los rostros de los africanos que estaban cerca de ella. Dos hombres, un chiquillo y una mujer —vestidos con ropas europeas de segunda mano que no hacían juego y colgaban sobre ellos sin sentido, como abrigos extendidos sobre arbustos— la miraban. Cuando ella les miró a su vez, ellos no apartaron la vista. Y de repente no sintió aquella *nada*, sino lo que ellos sentían al mirarla a ella, una muchacha blanca, llevada —incomprensiblemente, tal como estaban acostumbrados a que les llevaran a ellos— a la fuerza, por la simple voluntad de los hombres blancos, que otorgaban y quitaban la vida, encarcelaban y liberaban, alimentaban o dejaban morir de hambre, como el mismo Dios.

(De *La huella de Viernes*)

LA HUELLA DE VIERNES

El hotel estaba a un centenar de yardas sobre la orilla del río. En el dintel, encima del mosquitero de la entrada, unas letras pequeñas y doradas rezaban: J. P. Cunningham, Establecimiento Autorizado para expender Cerveza, Vino y Licores —las iniciales habían sido pintadas sobre otras previamente borradas—. Sentada en el despacho, junto a la terraza, frente al viejo escritorio atestado de papeles, rodeada de montones de carpetas con el registro de veinte años, volvía de vez en cuando la cabeza hacia el agua, sin alcanzar a ver la lustrosa superficie del río tropical bajo la espesa nube de mosquitos. Fijó la vista un momento y, luego, dejando a un lado sus cuentas y facturas, escribió con letra grande y clara los menús del almuerzo y de la cena: *Potaje de guisantes, Chuleta empanada y Patatas salteadas* —el lenguaje (para ella el lenguaje verdadero) de la cocina del hotel, que no era sino el vestigio deteriorado de la influencia de un *chef* inmigrado de Europa que había conseguido implantarlo en aquella primitiva cocina durante tres meses, antes de seguir camino hacia el Sur, buscando la distinción y el lujo de un restaurante de Johannesburgo.

Se pasaba la mayor parte del día en su oficina, durante todo el año. La única diferencia era que en invierno estaba cómoda, hacía incluso frío suficiente para ponerse una chaqueta de punto, y en verano tenía que sentarse con las piernas abiertas bajo la falda, mientras un reguero de sudor se deslizaba por la cara interior de sus muslos e iba a parar detrás de sus rodillas. Cuando la gente atravesaba la chirriante puerta de tela metálica y entraba en la terraza del hotel, rondando con ese aire inequívoco de los recién llegados (eso sólo ocurría en invierno, por supuesto; nadie viajaba a esa parte de África Central en verano, a menos que fuera por obligación), más que oírlos, los sentía, y les hacía esperar unos minutos. Luego se levantaba, despacio, del escritorio, echando hacia atrás la silla, se bajaba el vestido con una mano y salía de allí. Nunca había aprendido las maneras a un tiempo serviles y displicentes de la esposa de un hotelero; la verdad es que era tímida y, como era una cuarentona gruesa, se expresaba con torpe brusquedad. Una vez que los nuevos huéspedes habían firmado en el registro, era muy capaz de volver a su contabilidad sin enseñarles sus habitaciones ni llamar a un mozo para que se encargara de su equipaje. Si se atrevían a molestarla otra vez en su oficina, decía con asombro:

—¿Es que nadie se ha ocupado de ustedes? ¿Mi marido, o el ama de llaves? ¡Dios!... —Y pasaba por medio del deslucido conjunto de sillas de mimbre del vestíbulo, cruzaba la sala de ping-pong, que olía intensamente a cera para suelos e insecticida contra las cucarachas, en busca de ayuda.

Pero, normalmente, a la gente no le molestaba su descuidada acogida. Cuando llegaban a la aldea del río, llevaban ya dos días viajando por las yermas y reseca salinas; habían dormido bajo el aplastante silencio del cielo nocturno, que les ignoraba, y donde no había más sonido humano que sus propios murmullos. Solían salir de sus *jeeps* con una

sensación de irrealidad. La visión de la señora Cunningham, con su vestido de flores y un broche sobre su enorme pechera, su rostro grande y lustroso, oficinescamente aturdido bajo su rizada permanente, significaba para ellos el mundo conocido: la huella de Viernes en la arena. Y cuando por la tarde aparecía en el bar, descubrían que, después de todo, era bastante amable. Llevaba una cinta en su larga y rizada cabellera rubia y, como muchas mujeres gordas, no parecía joven, sino infantil. No bebía —en ocasiones rompía en una risita floja probando una copa de jerez dulce— y solía permanecer sentada leyendo un periódico atrasado de Johannesburgo, que alguien había traído la semana anterior.

Un hombre servía las copas con movimientos ligeros y ágiles, como los de un prestidigitador. «¿De verdad es *el marido* de la señora Cunningham?», preguntaban los recién llegados a los huéspedes permanentes: el veterinario estatal, el responsable del servicio meteorológico y el jefe de correos. El hombre que estaba en el bar, que hablaba por la comisura de su labio superior, parecía más joven que ella, aunque por supuesto lo fuera: tenía treinta y nueve años, uno menos que ella. Puertas afuera y a la luz del día, la esbeltez de él tenía la calidad de la carne curada; su rostro de joven estrella de cine, con la rizada e hirsuta cabellera, ojos negros y ceñudos, y una boca saliente, era el rostro de un mono: arrugado, vigilante y siempre viejo.

Mirándole a la luz del bar, uno de los huéspedes permanentes explicaba desde detrás de su copa: «Su segundo marido, por supuesto. Arthur Cunningham murió. Pero este es pariente de su primer marido, un Cunningham también».

No es que Rita Cunningham nunca viera nada cuando se volvía para mirar el agua. A veces (¿qué veces?, luchaba por concretarlas: a veces, cuando no dormía bien o cuando las cosas iban mal) veía el barco atravesando la crecida del río. Miraba el agua ancha, resplandeciente, perezosa, allí donde los nenúfares flotaban rutilantes bajo el sol, y comenzaba a avistar el barco, siempre en el mismo punto, aproximándose a la mitad del río desde la otra orilla, avanzando lentamente bajo su pesada carga. Era su barco más grande, llevaba ocho máquinas de coser y el armazón de una cama de matrimonio de hierro lacado al estilo japonés, junto con las provisiones habituales; Arthur y los tres mozos del almacén iban sentados sobre la carga. Al llegar a mitad del río, el barco volcaba. Los hombres y el cargamento se precipitaban al agua y la cama de hierro se les venía pesadamente encima, atrapando sus brazos entre los barrotes y arrastrándoles con ella. Nada más. Donde antes se encontraban ellos, quedaba un destello del sol sobre el agua y los nenúfares eran más espesos.

No estaba allí cuando ocurrió. Estaba en Johannesburgo, pasando aquellas vacaciones anuales que tanto deseaban todos; sentada, por tercer día consecutivo, en uno de los mejores asientos de las gradas de Wanderer's Ground, viendo el partido internacional de *cricket*, entre Sudáfrica y el equipo visitante de Nueva Zelanda. Estaba con tres de sus hijos —el pequeño tenía los autógrafos de los jugadores de ambos equipos— y con Johnny. Johnny Cunningham, el hermanastro de su marido, que les ayudaba en el hotel y en las tiendas desde hace años, y que, como cada año desde que trabajaba con ellos, la había llevado en coche a Johannesburgo para que pudiera disfrutar de unas vacaciones más largas que las que su marido, Arthur, se podía permitir. El acuerdo era que Arthur llegara siempre

a Johannesburgo dos semanas después que su esposa y luego Johnny Cunningham volviera solo al hotel para encargarse de las cosas.

Desde niña le encantaba el *cricket*. En su casa, allá en el Norte, si se retransmitía algún partido de *cricket*, tenía siempre puesta la radio en la oficina mientras trabajaba, igual que hay gente a la que le gusta tener música de fondo. Se sentía feliz ese día en la parte alta de las gradas, en la sombra. La hierba era verde, y las figuras de los jugadores blancas como el yeso. El seco y suave sonido de la pelota levantaba murmullos de admiración entre el público. Era la atmósfera distendida de las personas que tienen suficiente dinero como para tomarse el día libre en la oficina y pasarlo bebiendo cerveza, viendo despreocupadamente un partido y adquiriendo ese aspecto rojizo y amable que les hacía parecer más un macizo de esas flores corrientes que crecen en cualquier parte, que una multitud de rostros humanos.

De vez en cuando, una voz anunciaba por el altavoz una petición, ¿podría el dueño del automóvil matrícula TJ 986339 acercarse por favor en seguida a la taquilla?; había perdido un reloj de señora con leontina, alguien podría...; etc.; un telegrama urgente, repito, un telegrama urgente para el señor fulano de tal... La voz tenía afición a la palabra «repito», y había gruñidos burlones aquí y allá entre la multitud cada vez que la voz comenzaba a hablar. Ella misma había intercambiado un gesto divertido con alguien de la fila delantera que se volvió exasperado al oír por enésima vez «repito». Y luego, exactamente a las tres y cuarto de la tarde, la voz pronunciaba su propio nombre: «Rogamos a la señora Cunningham, de Olongwe, repito, Olongwe, haga el favor de personarse inmediatamente en la entrada principal. Es un mensaje urgente para la señora Cunningham. Rogamos que la señora Cunningham se persone...».

Se volvió hacia Johnny en seguida, sorprendida, haciendo una mueca.

—Yo qué sé —dijo él lanzando una carcajada. Prefería un buen partido de rugby, desde luego, pero Arthur, que quería invitarle, le había dicho a su mujer que comprara una entrada para Johnny y le llevara con ella uno de esos días.

Sonriendo y desconcertada dijo:

—Alguien que me quiere tomar el pelo llamándome.

—Vale —dijo él, estrujando su cajetilla de cigarrillos y levantándose con la rapidez que produce la impaciencia—. Iré yo.

Ella vaciló un momento. De repente pensó en su cuarta hija, Margie, la traviesa, que había dejado jugando en casa de unos parientes de Johannesburgo con los que se hospedaban los Cunningham.

—Mejor que vaya yo. Supongo que será Margie. ¡Vete tú a saber qué habrá hecho ese diablillo!

Johnny se sentó de nuevo.

—Como tú quieras.

Ella se levantó y se abrió paso por las gradas. Tan pronto como llegó a la entrada, vio el coche de su hermana Ruth delante de las puertas, donde no se permitía estacionar a nadie; y antes de ver a su hermana y a su cuñado allí parados, un estremecimiento de pánico le atenazó la garganta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado...? —gritó acercándose a ellos.

El hombre y la mujer la miraban como si les diera miedo:

—No, no es Margie. Sube al coche.

Ya en el automóvil, fuera del campo de *cricket*, aunque aún se oía el ruido seco de la pelota y el griterío ascendente de la multitud, le dijeron que había llegado un telegrama informándoles de que Arthur se había ahogado aquella mañana mientras llevaba un cargamento en el barco por el río crecido.

No lloró hasta que volvieron al hotel junto al río. Dejó a los niños con su hermana (de todas formas, las dos niñas mayores estaban en un internado en Johannesburgo) y Johnny Cunningham la llevó a casa. Una vez allí, en medio de un silencio tan vasto como el desierto que se abría antes ellos, dijo:

—¡Quién hubiera pensado que le iba a ocurrir a él! ¡Las cosas que hizo en su tiempo sin que nunca le pasara nada!

—¡Me lo vas a decir a mí! —dijo Johnny, con la pipa entre los dientes.

En Johannesburgo, todos se habían dicho unos a otros: «Al llegar, se dará cuenta de lo que ha pasado».

Pero aunque ella ya sabía que había muerto su marido cuando aún estaba lejos de la aldea, en la irrealidad de la ciudad, una vez que volvió a ver y oler la aldea, y entró en el hotel, le pareció absurdo. Nada había cambiado. ¿No era verdad que todo estaba igual? Las pieles de *ñu* curtiéndose colgadas, los viejos cuernos medio hundidos en la arena, la figura de yeso de Johnny Walker en el mostrador del bar, el río.

Dos días después, uno de los negros de la tienda vino al hotel para que firmara unos cheques; parado en la puerta de la oficina, con su viejo sombrero en la mano, le dijo con voz ronca y baja, como si no quisiera que nadie, ni siquiera el muerto, le oyera:

—Era un hombre bueno, señora, era un hombre bueno. ¡Ah, señora!

Ella se echó a llorar. Mientras escribía su nombre en los cheques y se los devolvía

en silencio al viejo, le sobrecogió una honda pena por Arthur, que había estado vivo como ella y ahora había muerto. Cuando volvió a quedarse sola, se sentó frente al escritorio mirando el sujetapapeles con las facturas, los sellos de caucho y la madera arañada y manchada de tinta. Y lloró de dolor por la suerte de aquel hombre fuerte y curtido, cuyos pulmones se habían llenado de agua en cada aspiración, bajo el peso del armazón de hierro de la cama. Lloró la crueldad de la muerte. A lo mejor no era exactamente eso lo que sus parientes de Johannesburgo entendían cuando dijeron: «Al llegar, se dará cuenta de lo que ha pasado». Pero de todas formas lloró.

Lentamente, en breves momentos de confianza que se detenían abruptamente o se mezclaban con la timidez, la gente comenzó a contarle lo del naufragio. Uno le ahorra este detalle, el otro se lo contaba pero le ahorra otra cosa. Así que reunió lo que le habían ido contando y forjó aquel cuadro silencioso, irreal y ordenado, apenas aumentado por la imaginación —pues tenía bien poca—, que veía a veces ascender del río y hundirse de nuevo.

El desarrollo de los acontecimientos fue sencillo y espantoso. Arthur Cunningham estaba haciendo lo que había hecho antes docenas de veces, lo que todos los de la aldea hacían una y otra vez cuando el río se desbordaba y el puente se hundía. Casi todos los años, el puente se rompía o quedaba sumergido en la época en que culminaba la estación de las lluvias, y, cuando ocurría, la única manera de llegar a la aldea era por barco. Aquel día de diciembre, había un cargamento que tenía que cruzar el río: la comida para el hotel y los artículos para la tienda, que había traído un camión hasta el Norte. Arthur Cunningham era de esa clase de hombre que hace él mismo las cosas. Era la única manera de que se hicieran. Aquella mañana ya había cruzado con los negros cuatro veces, y habían adelantado mucho.

—Vamos a ver si se animan un poco más las cosas.

Siguió azuzando a los ayudantes blancos que tenían que descargar los camiones y sudaban por la prisa y el agotamiento nervioso de trabajar bajo su supervisión.

—No lo entiendo, de verdad. Tengo mi barco, tengo mis mozos y ¿qué ocurre?: aquí estoy, esperándoos. ¡No dejes eso ahí, hombre! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Vamos, aprisa! ¡Aprisa, aprisa!

Los africanos soportaban su talante rezongando, burlándose de su ofensiva presunción —verdadera— de poder hacer todo mejor que sus obreros y en la mitad de tiempo, mejor que los blancos. Se reían y gruñían al responderle, y refunfuñaban bajo sus mofas y blasfemias.

Cuando el barco estuvo cargado completamente para el quinto viaje, se fijó en la cama de matrimonio de laca negra, apoyada en una grada y con las piezas aún no ajustadas.

—¿Qué pasa con esto? —gritó—. No lo dejéis siempre para el próximo viaje, pandilla de inútiles. Cargadlo, cargadlo. Es la nueva cama para la nueva mujer del jefe, es

un encargo importante —y rugió con una carcajada. Se acercó a un joven oficinista granujiento, de veintidós años, cuyos ralos cabellos, enmarañados en las patillas de sus gafas, expresaban una terrible timidez.

—¿Eres tan joven que no sabes lo importante que es una cama cómoda? ¿Quieres que el jefe espere hasta mañana? ¿Qué te parecería si tuvieras que esperar una cama nueva, para una bella y nueva esposa? —y mientras el joven le miraba atónito, Arthur Cunningham volvió a lanzar una rugiente carcajada.

—Señor Cunningham, el barco ya está muy lleno —dijo un ayudante blanco.

—¡Qué va a estar lleno! Cargadla, hombre. Estoy harto de ver esa cama ahí tirada. ¡Cargadla!

—No sé cómo van a poder llegar. Va a desequilibrar la carga.

Arthur Cunningham se acercó a su oficinista. Era un hombre de altura media, con un pecho y una barriga duros, fuertes y resonantes, como el cuerpo de un tambor; las manos gruesas y el pecho velludo y de color arenoso asomando siempre por el cuello abierto de la camisa, llena de manchones y arrugas, que le protegía del sol. Su rostro era rojizo y tenía una uniforme dentadura postiza en una boca sin labios, de aspecto más práctico que mezquino o desagradable.

—Vamos, Harris —dijo, como si estuviera hablando a un niño—. Vamos y no digas más tonterías. Cógela por ahí.

Y envió al hombre, tambaleándose bajo el peso del pie de la cama, mientras él llevaba la cabecera, hasta el barco.

Rita se casó cuando tenía veintitrés años. Y él tenía dieciséis o diecisiete años más que ella. No había cambiado apenas de aspecto desde que se casaron hasta la última vez que le vio, cuando estaba parado en la carretera con las manos en la cintura, mirando cómo el coche marchaba hacia Johannesburgo. Ella era virgen —nunca había estado enamorada— cuando se casó con él. Él la había conocido en uno de sus viajes por el Sur, se encaprichó de ella y eso fue todo. Siempre hacía lo que le daba la gana y conseguía lo que quería. Como nunca había hecho el amor con un joven, aceptó el dominio que ejercía sobre ella en la cama como el colmo del amor; sus gustos al hacer el amor, como todo lo demás, se habían formado antes de conocerla, y estaba tan apegado a ese hábito como a otros. Ella nunca llegó a conocerle, por supuesto, ya que no tenía esa necesidad profunda de poseer sus pensamientos y profundizar en los sentimientos que suscita el amor.

Era tan generoso como deslenguado, lo que significaba que su lengua atenuaba su generosidad, al menos con tanta frecuencia como su generosidad atenuaba su lengua. Había cazado, pescado y comerciado por toda África y sentía un desprecio enorme por los cuentos de viajeros. Cuando las partidas de safari se quedaban en su hotel, criticaba sus armas («¿Cómo dice que se llama ese artilugio?», «Le digo que he matado unos cincuenta leones

en mi vida y sin mira telescópica»), sus equipos de acampada («No entiendo para qué arman tanto ruido con los filtros para el agua y esos chismes. He bebido agua tan sucia que he tenido que inclinarme y sorberla a través de un trozo de tela y no me pasó nada») y, en general, su inutilidad. Pero también encontraba para ellos guías nativos experimentados, y les prestaba cosas que se habían olvidado comprar en el Sur. Era consciente de haberse hecho unos cuantos enemigos, unos pocos, esparcidos por un territorio casi sin población, y también era consciente del respeto que se le tenía, de que todos le conocían, y de poseer un hotel, dos tiendas y detentar el poder en la aldea.

Su madrastra había sido su enemiga, en aquella lejana infancia que había superado hacía muchísimo tiempo; pero no tenía ninguna queja contra el hijo de su madrastra, que también debió de tener sus problemas, adoptado en una gran casa llena de Cunninghams. Johnny llevaba más de diez años rodando por el mundo —Norteamérica, México, Australia— cuando apareció un día por la aldea, sin blanca y sin ningún lugar a donde ir. Arthur no se mostró duro, aunque se rio un poco de él, y después de que el chico anduviera por el río y por el hotel haciendo el vago durante un mes, Arthur insinuó que podría echar una mano en una de las tiendas.

Johnny se lo tomó a bien: «Supongo que tengo que dejar de ser un vagabundo alguna vez», dijo, y sorprendentemente se convirtió en un buen trabajador. Pronto se dedicó a ayudar en el hotel —donde, por supuesto, estaba ya viviendo— y se convirtió en uno más de la familia, haciendo todo lo que hiciera falta.

Sin embargo, siguió siendo muy solitario. «Me da la sensación de que se va a ir cuando le dé la gana, de la misma manera que vino», le dijo Rita a Arthur con cierto resentimiento. Ella poseía un gran sentido de la lealtad, y siempre recelaba de que intentasen aprovecharse de su marido, quien parecía no darse cuenta de que poseía muchas cosas que otros hombres ansiaban.

—Oh, por Dios, Rita, es un amargado por naturaleza, eso es todo. Vive su vida y nosotros la nuestra. Trabaja bien, y eso es lo que me interesa de Johnny.

El asunto era que, en una comunidad tan pequeña como la de la aldea y en la vida tan cerrada del hotel, Johnny Cunningham vivía su vida, a pesar de su aislamiento interior. Comía con ellos en la misma mesa, hablando solamente si le hablaban. Cuando, junto con el matrimonio Cunningham, se veía obligado a asistir a una fiesta de los huéspedes del hotel, se quedaba bebiendo tranquilamente pero sin molestarse apenas en contribuir a la conversación, y los dejaba con un inesperado y sardónico «discúlpeme» cuando le daba la gana. Las únicas veces en que «salió de su concha» —como Rita le decía a su marido— fue en las sesiones de baile. Había llegado a la aldea en la época del *jazz*, pero sus verdaderos triunfos en la pista se dieron con la llegada del *rock and roll*. Al principio lo aprendió en una película —el salón del hotel era también el cine local, los jueves por la noche— y luego debió seguir practicándolo en sus vacaciones anuales en Johannesburgo. De todas formas, era un experto, y las noches de baile sacaba de sus sillones de mimbre a una de las cinco o seis torponas chicas de la aldea, a las que nunca miraba y mucho menos hablaba, y la transformaba con el hechizo de su ritmo.

A veces hacía lo mismo con las mujeres que se hospedaban en el hotel: «Mira al viejo Johnny, cómo se lo pasa», decía Arthur Cunningham sonriendo, en el tono de despectiva admiración de quien elogia algo que no condescendería en practicar.

Había algo en Johnny —su boca entreabierta, la visión de la saliva brillando en sus dientes, su cabeza echada hacia atrás y sus ojos entrecerrados mientras culebreaba sobre las piernas dobladas y los pies ágiles— que atraía todas las miradas.

—Bueno, así parece feliz —decía Rita con una risa algo avergonzada.

A veces, Johnny se acostaba con alguna de las huéspedes del hotel (no había ninguna cama que pudiera ocultar secretos a la vieja ama de llaves alemana que, a su vez, se obstinaba en contarle todo lo que sabía a Rita Cunningham). Se aceptaba tácitamente que había algún tipo de relación entre sus espectáculos de *rock and roll* y estos asuntos: ¿Quién se hubiera fijado en Johnny en cualquier otro momento? Pero aparte de esos infrecuentes asuntos de una o dos noches, no mostraba interés por las mujeres y parecía claro que nunca se le había pasado por la cabeza el matrimonio. Arthur le pagaba bien, pero parecía no ahorrar nunca ni tener dinero. Apostaba por radio —utilizando la emisora del funcionario de meteorología— en todas las grandes carreras de Ciudad del Cabo, Durban y Johannesburgo, y había comprado tres automóviles, todos ellos inadecuados para el estado de las carreteras, que acabó por destrozar tratando de repararlos en el taller de Arthur.

Cuando volvió al hotel con Rita Cunningham, después de que Arthur se ahogara, siguió con su trabajo como de costumbre. Pero al cabo de una semana, todo el volumen del trabajo, todas las decisiones que Arthur tomaba, no podían seguir sin resolver por más tiempo por unos considerados empleados que querían ahorrar problemas a la viuda. Así que, durante el almuerzo, le dijo a Johnny con su estilo de colegiala:

—¿Puedes pasar después por la oficina? Quiero decir que hay algunas cosas que tenemos que arreglar.

Cuando ella entró en la oficina, él ya estaba allí, esperando de pie como un trabajador y mirando el calendario que había en la pared.

—¿Quién se va a ocupar de que los pedidos de la tienda no se retrasen? —preguntó—. Hay que encargárselo a alguien. Y alguien tendrá que calcular el costo de los productos perecederos. No puede ser el viejo Johnson. Arthur siempre decía que no tenía ni idea.

Johnny se rascó una oreja y dijo:

—¿Quieres que lo haga yo?

Se miraron durante un momento, pensándolo. En el rostro de él no había el menor rastro de gana ni de desgana.

—Bueno, si pudieras, Johnny, creo que sería lo mejor... —y tras una pausa, volvió sobre otro asunto—. ¿Quién podría responsabilizarse del bar, de los pedidos y demás? ¿Crees que debemos buscar a alguien?

Se encogió de hombros.

—Como quieras. Podrías poner un anuncio en Johannesburgo o quizá en Rodesia. Pero aquí no va a venir nadie que valga la pena.

—Lo sé —la angustia de la responsabilidad se apoderó repentinamente de ella.

—Siempre se puede intentar —volvió a decir él.

—Podremos conseguir algún viejo borrachín que no quieran en ninguna parte —contestó ella.

—Seguramente —dijo él con su amarga sonrisa.

—¿No crees...? —dijo ella—. Es decir, sólo por el momento..., ¿no podríamos arreglarnos nosotros? Quiero decir que tú podrías servir y a lo mejor el chico de los Allgood, el del garaje, podría venir los fines de semana para echar una mano, y luego encargarnos tú y yo de los pedidos.

—Claro —dijo, balanceándose sobre las puntas de los pies, una y otra vez, y mirando por la ventana—. Lo puedo hacer, si quieres intentarlo.

Ella seguía sin creer que todo iba a marchar sobre ruedas llevándola a ella, al hotel y a las dos tiendas.

—Ah, sí —dijo distraídamente—, estará muy bien, sólo por el momento, hasta que pueda... —no terminó lo que iba a decir porque no sabía hasta qué punto esa solución iba a ser temporal o no.

Ella dio por sentado que iba a vender el hotel y las dos tiendas. Dos de las hijas ya estaban en el colegio, en el Sur; las otras dos tendrían que ir cuando hubieran terminado la escuela en la aldea, dentro de uno o dos años. ¿Para qué iba a quedarse ella sola allí, en una aldea remota, a setecientas millas de sus hijos y de sus parientes?

Durante los seis primeros meses después de que se hubiera ahogado Arthur, ella hablaba, y creía que actuaba, como si la venta del hotel y de las tiendas fuera inminente e inevitable. Hasta escribió a un agente en Johannesburgo y a un viejo amigo abogado en Rodesia pidiéndoles consejo sobre el precio que podía esperar por su propiedad y los negocios: Arthur le había dejado todo.

Johnny se encargó del trabajo de Arthur. Ella, a su vez, asumió una parte del trabajo de Johnny. Johnny volvió con el automóvil a Johannesburgo para recoger a los dos niños

más pequeños, y el hotel y las tiendas siguieron funcionando como de costumbre. Una noche, en la oficina, trabajando después de la cena y conversando con él, aunque algo distraída, de asuntos hoteleros, añadió la cláusula habitual:

—Vale por el momento.

Johnny, entre dientes, estaba silbando una musiquilla, mientras buscaba el precio de cierta marca de ginebra en una factura de proveedores de licores al por mayor —tenía la seguridad de que Arthur compraba más barato—, dejó de silbar, siguió buscando y dijo:

—¿Qué vas a hacer tú allí, en Johannesburgo, Rita? Tendrás dinero y no necesitas trabajar.

Ella dejó la pluma y se dio la vuelta, agarrándose como a un clavo ardiendo a cualquier comentario sobre su situación que la ayudara a no sentirse tan perdida.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que comprarás una casa cerca de tu hermana y vivirás allí cuidando de los dos pequeños.

—Oh, no lo sé —dijo, esquivando la respuesta pero insegura—. Supongo que compraría una casa...

—¿Y qué otra cosa vas a hacer?

Se lo dijo con claridad. Se apoderó de ella un total desánimo, no había visualizado ni pensado lo que iba a hacer: la casa en una zona residencial de Johannesburgo, las dos hijas en la escuela por las mañanas, todas las noches en la cama a las siete, y su hermana diciendo «visítanos cuando quieras».

Se levantó lentamente y se volvió, apoyando el trasero contra el canto del escritorio, frunciendo el ceño, incapaz de hablar.

—Aquí tienes algo seguro —dijo él.

—Pero siempre he querido irme. Hace tanto calor en verano... Siempre decíamos que algún día, cuando los niños... —le fallaron sus propias excusas. Dijo—: Pero una mujer... ¡qué tontería!, ¿cómo puedo llevar esto?

La miraba con interés, pero no iba a decir nada para ayudarla. Fumaba y mantenía su cigarrillo a medio consumir entre el pulgar y el índice, vuelto hacia la palma de la mano. Se rio:

—¡Tú lo estás llevando todo! —dijo.

Hizo un histriónico gesto de magnificencia, arqueando las cejas, moviendo lentamente la cabeza y bajando las comisuras de los labios.

—Todo va viento en popa. Lo que se dice, todo. ¿De qué te preocupas?

Ella rompió a reír, como hacen los niños, cuando se burlan de ellos, para no llorar.

Durante las semanas siguientes, una curiosa especie de suave felicidad se apoderó de ella. Era la felicidad del alivio de la indecisión, la felicidad de la confianza. No tenía que preguntarse si podía arreglárselas, llevaba ya todo ese tiempo arreglándose. La confianza hizo aflorar en ella algo que toda su vida había estado dormido: era una mujer capaz, incluso una buena mujer de negocios. Comenzó a tener mano firme con los hijos, con los criados del hotel y con los empleados de las tiendas. Hasta escribió una carta al proveedor de licores al por mayor exigiendo el mismo descuento que le hacía a su difunto esposo en una determinada marca de ginebra.

Cuando el amigo abogado de Rodesia, que llevaba los asuntos de Arthur, vino a consultarle, ella le habló de la posibilidad de ofrecerle a Johnny, no una asociación, no, pero sí alguna especie de participación, digamos una cuarta parte del hotel y de las tiendas.

—Lo único que falta por saber es si se quedará —dijo ella.

—¿Por qué no se va a quedar? —dijo el abogado, ponderando la excelente oportunidad que se le iba a ofrecer.

—Ah, no lo sé —contestó ella—, siempre le dije a Arthur que era de esa clase de hombres que desaparecería algún día de la misma forma en que vino —A la vista del difícil trabajo que había llevado a cabo, Rita exclamó—: ¡Oh, tengo que ser justa! —y se apresuró a mostrarse de acuerdo con el abogado—. Ha trabajado muchísimo, se ha portado de maravilla desde que ocurrió.

El abogado no vio ningún motivo de preocupación sobre este punto; en cualquier caso, al redactar el contrato, protegería los intereses de ella frente a cualquier contingencia.

El abogado volvió a Rodesia para redactar el contrato, que nunca se necesitó. Al cabo de tres meses, ella se había casado con Johnny. Para cuando empezó la estación de las lluvias estivales era ya su marido. Él era quien llevaba el barco con las provisiones por el río. Las iniciales de Arthur fueron borradas y en su lugar se pusieron las suyas sobre la puerta.

Al funcionario del servicio meteorológico, al veterinario, al jefe de correos —los residentes permanentes del hotel, los que les habían tratado durante años— y a la gente de la aldea, el matrimonio les pareció bastante sensato: un matrimonio de conveniencia. Aunque, por supuesto, también algo divertido; durante cierto tiempo se hicieron chistes sobre ellos en la aldea.

Hasta después del matrimonio, ella no comprendió lo que este representaba.

Al final de aquel primer invierno después de la muerte de Arthur, Johnny tuvo una aventura con una de las mujeres que había participado en su safari y que regresaba a su casa, en el Sur. Rita lo supo porque, como siempre, se lo contó el ama de llaves. Pero el día en que el grupo se marchaba —Rita sabía cuál era la mujer, ya no era joven, pero tenía la esbeltez que dan los masajes y un buen régimen—, Johnny entró en el despacho cuando ya se habían ido los dos *jeeps* y se dejó caer en el viejo sillón de mimbre que había junto a la puerta. Rita volvió la cabeza al oír el crujido del mimbre, preguntándole si sabía que el cocinero había decidido un cambio en el menú del almuerzo, para sustituir las chuletas que se habían pasado. Johnny abrió los ojos, que se le habían cerrado, en uno de esos momentos de sueño que caen pesadamente, tras varias noches sin dormir. Bostezó y sonrió, y uno de sus ojos parpadeó, como si le hiciera un guiño involuntario, mientras se decía: «Chico, eso ya pasó».

Fue la primera vez, en los siete años que llevaba en el hotel, que hizo algún tipo de comentario, aunque fuera indirecto, sobre su vida privada o sus sentimientos. Ella se ruborizó, como en una oleada de fiebre. Él debió de ver el rojo que se extendía por la piel del cuello, las orejas y el rostro. Pero, insensible, no se preocupó de su turbación, ni la sintió él mismo. Y así, de repente, surgió una intimidad. Apareció como si hubiera estado siempre allí, con naturalidad. Estaban juntos y a solas. Tenían una existencia común, aparte del hotel, las tiendas y la toma de decisiones sobre asuntos prácticos. Él no habría comentado su aventura con una mujer en vida de Arthur y mientras ella fuera una mujer casada. Pero ahora... bueno, se leía en su rostro despreocupado, era simplemente una mujer hecha y derecha, como cualquier otra, y sabía que los niños no los trae la cigüeña.

Después de esto, cuando él entraba en la oficina, estaban juntos, pero cada cual encerrado en su soledad. Sentada ante su escritorio, de espaldas a él, ella le sentía. Experimentaba un hormigueo en los brazos que le ponía la carne de gallina y le parecía sentir una mirada burlona —no la de él, porque sabía que no la miraba— en un punto concreto de su nuca. No recordaba si antes le miraba, pero ahora era consciente del esfuerzo que hacía para no mirarle mientras comían juntos en la mesa, o atendían en el bar, o simplemente corría ágilmente por la carretera arenosa.

Y ella empezó, fue algo incómodo y vergonzoso, a tener la misma sensación que había experimentado de adolescente: ser consciente de sus grandes pechos. Cruzaba los brazos cuando estaba de pie hablando con él. Los odiaba —salían de debajo de sus brazos hasta casi la cintura, llenando su vestido— y a los pezones ocultos, que se le habían vuelto pardos, como las tetas de una perra vieja, desde que nacieron sus hijos. También quería esconder sus piernas, gruesas y fuertes, de carne firme y pantorrillas veteadas de pelos rubios y erizados, y los fuertes huesos de los tobillos marcados con señales allí donde, con las piernas desnudas, se golpeaba constantemente contra el escritorio.

Una mañana después de una noche de baile en el hotel, a ella se le escapó sin pensarlo:

—Parece que le gustas a la señora Burne.

Él bostezó largamente, levantando las comisuras de la boca. Miraba al vacío, ausente, pero se recuperó rápidamente. Le sonrió con languidez, mirándola a los ojos:

—Ah, ¿eso te parece?

Ella comenzó a sentirse terriblemente nerviosa.

—Quiero decir que... que me parece que te ha echado el ojo, por la manera en que se reía cuando bailaba contigo —se rio, un poco burlesco.

—Es una vieja estúpida —dijo él.

Y cuando salió del bar, donde habían estado contando las botellas vacías, puso intencionadamente la mano sobre su cuello y le tiró del lóbulo de la oreja. Fue una caricia ambigua. Ella no supo si se divertía o si... era algo más, como se dijo para sí.

No se acostó con ella hasta que no estuvieron casados, claro que, por supuesto, se casaron pronto. Se trasladó al dormitorio grande con ella, pero conservó su viejo y sucio chamizo fuera del edificio principal, para su ropa, sus aparejos de pesca y los accesorios del coche que siempre tenía tirados por ahí, y en ese lugar dormía habitualmente la siesta en verano.

Por las tardes, ella se quedaba tumbada en la cama, en la oscuridad, tras las cortinas rojizas que brillaban por la luz y el calor de fuera, y miraba la cama de él, vacía. Miraba su lugar, donde él realmente dormía todas las noches, allí en la habitación, con ella, a menos de un pie de distancia.

Tenía hacia él mil sentimientos distintos, los más tiernos que había tenido nunca, e incluso más que los que había experimentado en otros momentos especiales de su vida: cuando había visto caer a un pájaro, alcanzado por un disparo, en pleno vuelo sobre el río, cuando vio por primera vez nacer a uno de sus hijos, feo y llorando.

A menudo, al principio, repasaba mentalmente las veces que él le había hecho el amor; incluso en su escritorio, con los libros mayores abiertos ante ella y el ruido de uno de los criados sacando brillo al suelo de la terraza, su mente olvidaba las cifras que cotejaba, y ocupaba su lugar la soñolienta recapitulación de una noche. Por supuesto, él no le hacía el amor con frecuencia después de las primeras semanas, aunque siempre la pellizcaba o le tocaba el brazo cuando pensaba en ello. Pasaron las semanas, y sólo en las noches de baile, cuando ella se retiraba a su dormitorio antes que él y él entraba después alegre, oliendo a whisky en la oscuridad, se acercaba a ella como si tuviera una cita. A menudo le oía suspirar al entrar. Siempre llevaba a cabo el asunto de hacer el amor en silencio; pero ella, a quien mil gritos penetrantes ensordecían sin ruido, lo aceptaba como parte del intenso clamor de su propio silencio.

A medida que pasaban los meses, él le hacía el amor cada vez con menos frecuencia, y ella le esperaba. Con una timidez y reserva extraordinarias, le esperaba siempre. Y, extrañamente, cuando él volvía con ella otra vez, al día siguiente sentía vergüenza. Comenzó a darle vueltas a las cosas que habían ocurrido en el pasado: era como si la habilidad de recrear en su mente una noche de amor le diera una gran imaginación que no había tenido antes, y examinaba, recreándolos, detalle por detalle, escenas y conversaciones que habían tenido lugar hacía mucho tiempo. Empezó a tener siempre la sensación de buscar algo, buscar algo lenta y cuidadosamente. Aquel día en el partido de *cricket*: evocaba cien veces, para analizarlo, la manera en que se había vuelto para mirar a Johnny cuando oyó la voz con su nombre, y la manera en que él se había reído y había dicho «como quieras»; el silencio entre ellos en el automóvil, en el viaje de vuelta a la aldea; las noches de baile de mucho antes, cuando se sentaba junto a Arthur manifestándole su desconfianza respecto a él. Empezó a parecerle que había algo de conspiración en estas escenas. A través de ellas surgió una culpabilidad, algo que venía de muy hondo. Estaba obsesionada por la imposibilidad de saber —y entonces de nuevo creía sin dudar, y luego de nuevo se absolvía—: ¿Había habido *siempre* algo entre ella y Johnny? ¿Estaba allí, esperando, como un ojo que brilla en la oscuridad, mucho antes de que se ahogara Arthur? No podía evitar volver una y otra vez sobre las escenas del pasado, interpretándolas o no.

Comenzó a pensar en la muerte de Arthur. Pensaba, alocadamente, que ella y Johnny *sabían* que se estaba ahogando. Permanecieron sentados en las gradas del estadio de los Wanderers sabiendo que Arthur se ahogaba. Mientras, allí, justo enfrente —no tenía que levantarse del escritorio, sino simplemente volver la cabeza—, el barco con las ocho máquinas de coser y la cama de matrimonio lacada en negro cruzaba el agua... El barco volcaba... Los brazos de los hombres —¿quién fue el que no evitó ahorrarle ese detalle?— sujetaban la cabecera de la cama de hierro y esta se hundió con ellos: Arthur, con la boca cerrada por el agua para siempre.

No le dijo ni una sola palabra a Johnny sobre todo esto. No hubiera sabido decirlo con palabras, ni siquiera para sí misma. No existía fuera de la aterradora libertad de su mente, donde había caído por error, y empequeñecía el mundo real que le rodeaba. Sin embargo, cambió exteriormente, para protegerse, para ocultar lo que sólo ella sabía que estaba allí: la vergonzosa alegría de amar. Y fue entonces cuando comenzó a hablar de Johnny en tercera persona, sin mencionar su nombre; y a hablar de él de esa forma humorística, medio crítica, medio regañona, de la esposa que da por imposible a su marido, sin ilusión ni tonterías por el estilo.

—¿Has visto a mi esposo? —preguntaba—. ¿Dónde está ese marido mío?

En las noches de baile, en el invierno, él seguía asombrando a sus huéspedes por su súbito cambio de la taciturnidad al *rock and roll*. El ama de llaves ya no contaba historias de sus breves aventuras en las camas de mujeres de otros hombres, así que Rita, por supuesto, pensaba que no las había. Aprendió a vivir con su culpabilidad de amar, como un trastorno vago crónico. No valía la pena luchar contra eso. Había llegado a comprender que —por alguna razón que se le escapaba— el hecho, el simple hecho de que no hubiera cometido ni la más leve deslealtad hacia Arthur durante su matrimonio, no la curaba. Ella y

Johnny no reñían nunca, y si el hotel y el negocio no se ampliaban —Arthur fue el único que hizo planes y dinero—, al menos seguían como antes. El calor del verano, el fresco del invierno, iban y venían una y otra vez en aquella tranquilizadora monotonía que pasaba por seguridad.

La tortura de la imaginación se desvaneció en ella casi enteramente. Perdió el poder de recrear el pasado. Sólo quedaba el barco, que a veces surgía de su mente sobre el río durante la rutina de la oficina, al igual que, antes, las noches con Johnny se habían interpuesto entre ella y la realidad inmediata.

Una mañana, en el cuarto invierno de su matrimonio, estaban sentados a la mesa en el comedor del hotel, tomando un desayuno de domingo, lento y especialmente abundante. El comedor era pequeño y acogedor, se podía mantener una conversación de una mesa a otra. El meteorólogo y el jefe de correos estaban sentados en una mesa, una pequeña, cerca de la ventana, que se caracterizaba por las botellas especiales de salsa, los frascos de vitaminas y el paquete de panecillos crujientes que distinguía a las mesas de los huéspedes regulares de las de los que estaban de paso por el hotel. El veterinario se había ido una semana de caza. Había dos mesas para los huéspedes de paso: en una se veían las cabezas de tres sombríos cazadores de leones que hablaban en voz baja por encima de sus tazas de café; en la otra se sentaba un alegre grupo que venía de la lejana Ciudad del Cabo, dirigido por una pareja que conocía el territorio y había estado ya en el hotel dos o tres veces. Se había recibido un paquete de periódicos enviado por correo desde el Sur el día anterior, y con ellos sustituían los periódicos dominicales. A Johnny le gustaba leer los suplementos de los periódicos, le gustaban los reportajes de deportistas famosos o de ex-espías y también era aficionado a los crucigramas. Había pedido el suplemento de uno de los periódicos de Johannesburgo a uno del grupo e hizo el crucigrama mientras tomaba su beicon, un filete de hígado y huevos. Mientras estaba tomando su segunda o tercera taza de café, encontró un cuestionario psicológico y volvió a sacar su lápiz.

—Es como un chico haciendo sus deberes —dijo Rita, repanchigada en su silla, con sus pesadas piernas abiertas y los hombros caídos, fumando mientras tomaba el café. Hablaba por encima del hombro a las personas que le habían prestado a Johnny el periódico, sonrió e hizo un movimiento de cabeza en dirección a su marido.

—Se le ve muy atareado esta mañana —dijo una de las mujeres asintiendo.

—Casi no ha podido probar bocado de tan atareado que está —dijo el hombre que ya conocía el hotel. Y, con excepción de los cazadores de leones, todo el comedor se echó a reír.

—Un momento —dijo Johnny levantando un dedo pero sin despegar la vista del cuestionario—. Un momento. Tengo una serie de preguntas que contestar aquí. Te conciernen a ti también, Rita. Tú también tienes que contestar a esto.

—Yo no. Ya sabes que no tengo cerebro. No me vas a poner a hacer una de esas cosas un domingo por la mañana.

—No hace falta cerebro —dijo él, mordiendo el final de su frase como si fuera un pedazo de hilo—, «¿es usted un buen marido...?». Ahí tienes.

—Como si necesitaras un cuestionario para que te lo diga —comentó ella mirando al grupo de Ciudad del Cabo, que en seguida empezó a reír ante la mueca de cómico escepticismo de ella—. A eso ya contesto yo, chico.

Y todos volvieron a reír.

—Aquí está la tuya —dijo él, tanteando para buscar su taza de café tras el periódico doblado—. «¿Eres una buena esposa?».

—Ah, eso es fácil —dijo ella fingiendo farolear—. También responderé yo.

—¡Adelante! —dijo, mirando a los otros, la barbilla hacia abajo y la boca fruncida—. Aquí está: «¿Compra los artículos de perfumería de su marido o es él mismo quien los escoge?».

—¿Quieres repetir? —dijo ella—. ¿Qué quieren decir con «artículos de perfumería»?

—Su jabón, su cuchilla de afeitar y demás —dijo un hombre desde la otra mesa—. ¡Aceite de violeta para sus cabellos!

Johnny se pasó una mano por sus rizos alborotados y se encogió en su asiento. Hasta el jefe de correos, que era tímido, esbozó una sonrisa.

—No, pero en serio —dijo Rita entre las risas—, ¿cómo voy a elegir una máquina de afeitar para un hombre? ¡Imposible!

—Lo que quieren saber es si lo haces o no —dijo Johnny—. Vamos, di.

—Bueno, si es una máquina de afeitar, por supuesto que no —dijo Rita apelando a los presentes.

—¡Vale! No lo haces —escribió Johnny.

—Oye, espera un momento, ¿y el jabón, qué?, compro jabón. ¡Compro el jabón para todos los hombres de este hotel! ¿No me dan puntos por el jabón?

En la mesa de Ciudad del Cabo hubo gritos.

—Sí, eso no es justo, Johnny. Compra el jabón para todos.

Johnny dejó el periódico en la mesa.

—Bueno, de todas formas, ¿para quién se supone que es una buena esposa?

Repasaron las diez preguntas para la esposa de esa forma, con interrupciones, risas y sugerencias del comedor en general. Y luego Johnny les pidió que se callaran mientras él respondía a sus diez preguntas. Le animaron a que las leyera en voz alta, pero él dijo que no, que podía tachar sus síes o sus noes rápidamente. Si no lo hacía, tendrían que estar sentados con su desayuno hasta la hora del almuerzo. Cuando lo hicieron, contó los puntos de su esposa y los suyos, y pasó a la otra página para ver el resultado.

—Vamos, díganos —dijo un hombre de los de la mesa de Ciudad del Cabo—. La tensión es terrible.

Johnny ya estaba leyendo rápidamente la columna.

—¿De verdad que quieren oírlo? —dijo—. Bueno, les advierto...

—Oh, vamos —dijo Rita con el aire posesivo e irritado, pero plácido a la vez, de una esposa que rasca una mancha de yema de huevo en la pechera de su vestido estampado.

—Bueno, allá va —dijo él, con el tono de alguien que anuncia algo divertido—: «Está claro que su matrimonio tiene graves problemas. Deberían ir a ver a un médico, o mejor aún a un psiquiatra —se detuvo esperando el efecto y las risas— y buscar ayuda cuanto antes».

El hombre de Ciudad del Cabo se rio hasta llorar. Todos se rieron y hablaron a la vez.

—¡Vaya disparates! ¡Esas bobadas psicológicas! ¿A quién se le ocurre...? ¡Si resulta que ahora en los periódicos entienden de todo!

—Ahí está, querida —dijo Johnny doblando el periódico con burlona solemnidad y poniendo cara de funeral.

Ella se rio con ellos. Se rio mirando su cuerpo tembloroso, donde el escote de su vestido mostraba la gran separación entre los pechos. Ella se rio y sintió en la garganta, sólo ella los oyó, como los gritos enloquecidos de una criatura enterrada viva. Un rubor quemó su cuerpo con desesperante lentitud. Cuando se apagaron las risas, se levantó, sin mirar a Johnny —porque sabía cuál era su expresión, conocía esa mirada desenvuelta—, dijo algo apropiado y hasta gracioso, y con gran habilidad salió despreocupadamente del comedor. Sintió que Johnny la seguía como siempre, pero no atenuó el paso para que él la alcanzara, y, como siempre después del desayuno, le oyó dirigirse, silbando, al pasillo del bar, donde había que limpiar los restos del sábado por la noche.

Ella llegó a la oficina. Por fin llegó a la oficina y se sentó en su mesa frente al escritorio de persiana. El terrible rubor de la sangre no desaparecía. Era como si algo hubiera estallado dentro de sí y pasara a través de todas las capas de músculo, carne y piel.

Sintió de nuevo, como antes, una terrible conciencia de sus grandes pechos y sus torpes piernas. Presionó con la mano sobre la punta del sujetapapeles en que prendía las facturas y sintió cómo se clavaba en su palma. Lágrimas ardientes quemaban su rostro y sus manos, como una lava de vergüenza que procedía de la misma fuente que el rubor. Y por fin, ¡Arthur!, gimió con un susurro entrecortado, ¡Arthur!, triturando su nombre entre los dientes, y luego se volvió desesperadamente hacia el agua, a la parte del río, donde crecían los nenúfares. Intentó con todo su ser conjurar algo del agua, el fantasma que consolase, que protegiera. Pero el barco silencioso e imprevisible que tantas veces había visto antes, no volvió a aparecer.

LA NOCHE EN QUE EL FAVORITO GANÓ

Duncan Miller y Freda Grant llegaron a Roodekraal Mine la noche en que el favorito llegó a casa. Freda era sudafricana y Duncan había vivido temporadas en el país durante varios años, pero cuando entraron en la casa de la propiedad minera, donde iban a ser los invitados aquella noche, fue como si hubieran entrado en una aldea extranjera, en plena fiesta de un santo local del que nunca habían oído hablar.

—Espero que no os moleste el ruido —dijo Alfred Ardendyck, que cruzaba el césped bajo un haz de luz intensa que salía de la puerta principal, dispuesto a recibirlos en calidad de anfitrión—. Vera apostó hoy por el ganador y toda la casa lo está celebrando desde las tres. Les prometió a los chicos media corona a cada uno, y están en pleno jaleo en vez de irse a la cama. Encantado de conocerla, señora Miller. ¿Qué tal, Dunkie, cabronazo, cómo estás? Entre, señora Miller —y cogió el maletín de Freda y acompañó a la pareja escalinata arriba, en dirección a la casa.

Freda se sintió más tonta que culpable al ser llamada «señora Miller». Duncan pensó que era más sencillo no explicarle a un tipo como Ardendyck que él y Freda, aunque llevaban años trabajando y viviendo juntos, no estaban casados y nunca habían fingido estarlo. Ardendyck había estado prisionero tres años en Alemania, en el mismo barracón que Duncan, durante la guerra. De repente, Duncan se lo encontró una mañana, al cabo de trece años, en una calle de Johannesburgo; y en el curso de la larga charla que mantuvieron después en un bar, Duncan prometió que cuando Freda y él, por sus trabajos en el campo, fueran por donde vivía Alfred, al norte del Transvaal, se detendrían en la Roodekraal Mine para pasar la noche en su casa.

—Es de esos tipos que uno ha conocido durante la guerra —le dijo Duncan a ella—. Como la primera chica. Luego desarrollas la facultad de selección natural y buscas a uno de tu clase o de la que aspiras a ser. Pero la primera vez es como con una chica: un prototipo, uno de esos esbozos básicos que representan a la población femenina en un gráfico comparativo. En el campo de prisioneros, el tipo que vive y duerme a tu lado es simplemente un hombre, el prototipo de amigo. Alfred era una buena persona, por supuesto. No sé cómo es en su vida privada. Sólo puedo pensar en él en los términos humanos más sencillos: jugaba a las cartas con los guardias y me cambiaba por chocolate los cigarrillos que les había ganado. No sé cómo pensaba.

Duncan sonrió a Freda, sus gafas se movieron con un destello. Era un hombre pequeño, enjuto, feo, con la sonrisa de una chica tímida. Sólo ella, de toda la gente que había conocido, *sabía* cómo pensaba él. Ella lo sabía. Nadie más. Desde luego, no lo supo la muchacha con la que se había casado cuando era estudiante.

Entraron en la casa de los Ardendyck pasando por delante de tres muchachos

boquiabiertos, vestidos con unos pijamas de pantalón corto que dejaban ver sus rosadas piernas y sus grandes pies.

—Ya está bien; vosotros tres, largaos —su padre les dio el equivalente verbal de un bofetón cariñoso y, gruñendo, se retiraron por el pasillo lo suficiente como para dejar a los invitados pasar hasta el cuarto de estar.

De la radio salían sollozos y gritos, y de alguna parte llegaba un siseante crescendo, como si un dragón estuviera encerrado en algún sitio de la cocina; un *spaniel* tuerto estaba tumbado panza arriba junto al fuego, y dos invitados, una mujer de cabellos canosos, con unos pendientes de perlas que le colgaban pesadamente de las orejas, y un hombre delgado que mostraba su nuez de Adán por el cuello abierto de la camisa, se volvieron con la expectante compostura del saludo.

—Este es Bill Hamilton, y esta es su esposa, Cora, una de las chicas que se hinchó en la carrera de esta tarde.

En la señora Hamilton había un aire de plácido triunfo. Aceptó, como si las mereciera, las corteses exclamaciones de sorpresa y las felicitaciones que Freda y Duncan le ofrecieron inmediatamente.

Freda llevaba una bolsa estampada con flores, de lazo corredizo, en la que guardaba los frascos de cosméticos que no se atrevía a dejar en el maletín por miedo a que gotearan y, por supuesto, sus libros. La condujeron hacia el sillón giratorio del señor Hamilton, junto al fuego, al tiempo que Alfred Ardendyck le preguntaba:

—¿Qué quiere? ¿Qué va a tomar, señora Miller?

Se dio cuenta de que no le iban a enseñar la habitación donde Alfred y ella iban a dormir y se sentó rápidamente, poniendo sus pertenencias junto al sillón, como alguien que ha llevado un instrumento musical a una fiesta y es lo bastante listo como para darse cuenta de que, después de todo, no va a ser una velada musical. Se enorgullecía, de forma solitaria y tranquila, de cómo se adaptaba a su compañía. Podía sentarse a beber cerveza con una tribu —el trabajo que ella y Duncan hacían: investigación de las relaciones entre malnutrición y vida tribal africana, por un lado, y la vida urbana destribalizada por otro, daba lugar a veces a invitaciones de este tipo— o entre corbatas negras y pecheras almidonadas en la cena formal de alguna sociedad aburrida y erudita, con idéntica naturalidad. Era su forma de humildad, su manera de mostrar que sabía y creía que su particular manera de vivir no tenía por qué ser valorada por encima de la de otras personas.

—¿Qué carrera ha sido? —dijo ella, aceptando con una sonrisa el whisky con agua que le ofrecía Alfred y volviéndose para entablar conversación con la mujer canosa.

El estallido de las risas, la exclamación de Alfred Ardendyck por encima del armario —cuyo frente bajaba como un puente levadizo y mostraba un espacio lleno de botellas de whisky, coñac, ginebra, naranja, coca-cola y copas caras—, ese estallido hizo que su

memoria tuviera un sobresalto de atención. Su risa llegó a menos de un segundo de la de ellos, como si su pregunta fuera en realidad una broma. ¿Quién en aquella habitación podía pensar que fuera otra cosa? No había en toda Sudáfrica un niño de más de cinco años que no conociera el Durban July Handicap. El primer sábado de julio, cuando se celebraba, llegaba con la misma regularidad que la Navidad y recibía casi la misma publicidad. Los periódicos hablaban de «la clásica de las carreras sudafricanas», y los anuncios rezaban cada temporada: «SUDÁFRICA, PRESA DE la FIEBRE DE JULIO». Aquella misma mañana, por supuesto, ya antes de partir de Johannesburgo, había visto los carteles en todas las esquinas. Pero su mente había pasado con descuido sobre ellos, como un imán por una superficie en la que no hay partículas afines.

En ese momento, un chico pequeño, el menor de los tres que estaban junto a la puerta principal, entró en la habitación y lanzó al fuego una tostada a medio comer. Los mayores le siguieron y se detuvieron en seco, mirándole desde fuera del área de los adultos donde él había buscado refugio. Al mismo tiempo, entró decidida una mujer fuerte, aún un poco sofocada, cuyas piernas eran musculosas y de huesos pesados, tan atractivas como las de un practicante de lucha libre. Sus grandes pies pisaban pesadamente con sus sandalias de tacones muy altos. Sonreía como si no pudiera hacer otra cosa; la sonrisa conservaba su carácter personal, privado y jovial en medio de los convencionalismos de las presentaciones.

—He estado con los chicos, intentando que cenén —dijo a Freda, con los brazos en jarras y mirando a su alrededor para descubrir qué era lo que había que hacer ahora, atolondrada y jocosa—. Son casi tan malos como yo, que no sé si voy o si vengo —se echó a reír de repente. Luego dijo pomposamente—: Hoy he ganado ochenta y cinco libras —y volvió a reírse—. Así que tienen que excusarme.

—Debe de ser una sensación maravillosa —dijo Freda—. Quiero decir que es un dinero que no te esperas, no como el dinero que ganas trabajando. Es como magia.

—*Marchaos, Basil, hombre, marchaos todos* —dijo la señora Ardendyck adelantando la cabeza hacia sus hijos. Estos prorrumpieron en un batiburrillo de quejas, gruñidos, gemidos y chillidos.

—¡Mamá! ¡Oh, oh!

Y de nuevo se quedaron quietos, unos pasos más cerca de la puerta, en actitud de exagerada protesta: uno tenía a su hermano cogido amenazadoramente por el cuello, el otro destrenzaba la cuerda del pantalón de su pijama. La señora Ardendyck se sentó en el sofá junto a la radiogramola. Parecía que fuera a levantarse en seguida, pero en lugar de ello, gritó:

—Alfred, eres un bichejo, me has birlado la copa.

Poderosa como las de una avestruz, su pierna rozó una mesilla de tres patas, haciendo tambalearse la copa vacía y el cenicero que estaban encima.

—No seas idiota, Vera. Tu copa está encima de la repisa, donde la dejaste.

Ella cruzó las piernas, se echó atrás en el sillón y tomó la copa que él le dio, mirándola imperiosamente antes de bebería.

—Vuestro problema, mujeres, es que os vais a poner insoportables a partir de hoy —dijo Bill Hamilton.

La señora Ardendyck pasó sus manos pecosas y romas por sus claros cabellos, ensortijados y lustrosos.

—Tú y mi viejo estáis los dos tan celosos que reventáis. ¡Vaya que sí!

—Pero el dinero se queda en la familia, ¿no? —dijo Duncan—. El marido no puede perder si la mujer gana.

Alfred lanzó una especie de bufido.

—Eso te lo crees tú.

—Teníais que haberle visto esta tarde —dijo la señora Ardendyck, una mujer segura de la atención de su público—. Teníais que haberle visto. Yo gritaba ¡*Full House!*; estaban dando la segunda vuelta y hasta entonces la radio ni siquiera había mencionado el nombre de ese caballo, pues iba muy atrás porque tardó en arrancar, ya sabéis; y luego, de repente, se puso entre los primeros. Allí estaba yo, gritando ¡*Full House!* como una loca, y él diciendo todo el tiempo: «¡Cállate, vamos a escuchar la carrera!»». Entonces se mencionó a *Bojangles* por primera vez. Casi me tapó la boca con la mano...

—¡Así se hace! —dijo Bill Hamilton, mientras Alfred fanfarroneaba con sus carcajadas.

—Te lo juro —dijo la señora Ardendyck—, en serio lo digo. Intentó hacerlo —se puso la mano sobre la boca, sus astutos ojos de color avellana imitaban una furiosa indignación—. ¡Gana *Bojangles!*, gritaba él, y todo ese tiempo yo intentaba quitarme su mano de encima. ¡Gana *Bojangles!*, y yo ¡*Full House!*, y no oíamos lo que decían por la radio. De veras. De pronto la carrera termina y hay que esperar el resultado. Pero a mí no me preocupaba.

—Se le metió en la cabeza *Full House* desde el principio —le explicó Alfred a Duncan—. Ella me dijo, sería a finales de febrero, «quiero que apuestes por mí a *Full House*». Yo creí que se había vuelto loca, quise convencerla.

Volvió a llenar las copas de todos. El ruido de los fritos se hizo más claro y el olor de la grasa entró en el calor de la habitación, inquietando al *spaniel*. La radio cambió de tema y el niño mayor dijo: «¡Vaya!», y comenzó a dar saltos, accionando los brazos de su hermano como si estuviera bombeando. La señora Ardendyck se había acomodado para

hablar de su triunfo con Duncan y Freda.

—Aposté hasta tres veces por él, ¿saben? Veinte a uno, doce a uno y siete a uno. Hubiera hecho al final un diez a uno, pero el tonto de Alfred retrasó el viaje a la ciudad para apostar mi dinero, y cuando lo hizo las probabilidades habían bajado.

—Vera nunca se equivoca —dijo la señora Hamilton débilmente—. Cuando se empeña en algo, estáte tranquilo: sabes que tu dinero está seguro. Cinco de nosotros apostamos con ella —detuvo la mano de Alfred, que estaba a punto de poner una copa de coñac en al brazo de su sillón—: No, gracias. Aún siento lo que tomé esta tarde.

—Oh, vamos, Cora —dijo la señora Ardendyck—, ¡por amor de Dios!, sólo se vive una vez y sólo se puede ganar la carrera de julio una vez al año. Anímate un poco.

—Un brindis —Alfred hizo un gesto como si abarcara toda la habitación—. ¡Por *Bojangles* y por mí, buenos perdedores! —Un siseo irritado de la señora Hamilton y un grito de la señora Ardendyck ahogaron los brindis.

Durante los últimos diez minutos, una corpulenta mujer africana no había dejado de asomarse tímidamente a la puerta, apareciendo y desapareciendo. La señora Ardendyck había pasado a la jerga técnica de los apostadores con el típico descuido, tan propio del experto, que hace materialmente imposible que el lego entienda de lo que se está hablando, y Freda escuchaba con la atención de quien no entiende lo que se le dice.

—Emma quiere que vayas a la cocina —dijo Alfred a su mujer, y ella se levantó en un dudoso equilibrio sobre sus altos tacones.

—Tenía pensado servir una cena elegante esta noche, pero como ganó *Full House* no se me ocurrió ni por asomo pasar la tarde en la cocina. Ni hablar. No me echéis la culpa. Todas las chicas de la asociación hicimos un pacto: que nos íbamos a reunir en el club si ganábamos. Así que comenzamos a llamamos y bajar al club. Fue una fiesta de verdad, ¿no, Cora?

La señora Hamilton parecía apagada, porque no se sentía como creía que debiera sentirse.

—He bebido dos coñacs demasiado rápido. No me gusta nada beber por la tarde.

—Mírame a mí —dijo la señora Ardendyck—. Me siento de maravilla. ¿Sabes lo que yo hago cuando he bebido de más? Dos Alka-Seltzer y una cucharada de glucosa —se golpeó el estómago—. ¿Ves? Como nueva.

—Emma quiere que vayas.

Ella revolvió los cabellos de Alfred, haciéndole verter un poco del contenido de su copa.

—No seas pesada, Vera. Estás bebida.

Ella cruzó los brazos en carne de gallina, temblorosos y rojizos bajo la manga corta, y le miró despectivamente. Durante un momento, las irritaciones, insatisfacciones y reproches que se entretejían formando el tejido de lo cotidiano, atravesaron la brillante superficie de la celebración. Apareció fugazmente el ayer, antes de celebrarse la carrera, y el mañana, el día de después. Luego la señora Ardendyck dio unos cuantos pasos de danza al ritmo de la samba que sonaba en la radio y se paró en seco, indicando con un movimiento de cabeza y una mueca a la sirvienta que estaba en la cocina.

—Teníais que haberla visto cuando anunciaron el resultado. Yo estaba en plena danza de guerra y ella entró como si me pasara algo. «Señora, ¿está usted enferma? Señora, ¿está usted enferma?». Creo que pensó que me había vuelto majareta, o algo por el estilo. Vale, Emma. Ahora mismo voy —gritó, y se marchó por el pasillo discutiendo con sus hijos, que la seguían.

Unos minutos más tarde, Duncan y Freda y los Ardendyck pasaron a la habitación contigua para cenar. Los niños ya se habían acostado y los Hamilton, al parecer, habían cenado antes de venir.

—Bueno, ya sabes dónde está la botella, Bill —dijo Alfred con un amplio gesto, mientras salían los que iban a cenar.

La cena fue de esas que Freda y Duncan nunca se preparaban para sí mismos, y resultó mucho más agradable de lo que recordaban. Había un caldo fuerte de verdura, hígado encebollado y pudín al vapor. Duncan se quitó varias veces las gafas, dejándolas posadas sobre la mesa durante un par de minutos mientras miraba el mundo sin ellas, algo que hacía siempre que había tomado unas copas y se sentía cómodo. Freda rechazó un whisky con la cena, porque ya había tomado dos bien cargados y sabía que si tomaba otro no se sentiría con fuerzas para levantarse a las cinco de la mañana, como ella y Duncan tenían que hacer, si iban a mantener el horario de su viaje y de su trabajo.

Antes de acabar la sopa, hubo una llamada en la puerta principal, y la señora Ardendyck dijo con aire triunfal:

—Los Mackenzie, estoy segura. Ella estaba también en la asociación conmigo. Va a comprar una nueva alfombra para el dormitorio. Ya veis, todos vendrán aquí antes que acabe la noche.

Una mujer pequeña, de rostro redondo y excitado, con la cabeza cubierta con un pañuelo de seda con estampados del castillo de Edimburgo y la leyenda «Dios salve a la Reina», entró llevando un plato cubierto.

—Te he traído unos cuantos rollos de espárragos, Vera. No tengo idea de cómo estarán. Estoy nerviosísima. Ni siquiera he podido recordar cuántas cucharadas de harina hacen falta.

Durante toda la cena estuvo llegando gente. La señora Ardendyck seguía las conversaciones en una y otra dirección, a través de la puerta que se abría a la sala de estar, donde se encontraban sus invitados, y con sus compañeros de mesa.

—¡No te olvides de que yo también quiero postre! —gritó uno de los hombres desde la sala de estar.

—¡No hemos llegado aún a los postres, tranquilízate! —le respondió ella a voces.

Alfred le estaba explicando a Duncan su trabajo en la mina. De pronto, Freda le preguntó a la señora Ardendyck qué había decidido hacer con sus ganancias, y esta, orgullosa y dominadora en la cabecera de la mesa, sonriendo por lo que había oído con la parte de atención que tenía puesta en la sala de estar, dijo:

—Una cosa que sin lugar a dudas voy a comprarme es un frasco de perfume que he visto. El perfume de Grace Kelly. A diez libras el frasco.

Alfred se volvió al oírla.

—Ni soñarlo. Debes de estar chiflada, Vera.

Ella le ignoró y le dijo a Freda, con el aire desdeñoso de una mujer hermosa, malcriada y petulante:

—Es el único que me gusta. Es una maravilla.

Cuando hubo tomado el último bocado de pudín, la señora Ardendyck echó hacia atrás la silla, arañando el suelo.

—Vamos, querida —tocó a Freda en el hombro. Y al hacerlo, sintió por un momento que se enfriaba su euforia, quizá por primera vez desde que Freda entrara en la casa, viendo entonces claramente lo que había tras la amabilidad y cortés atención de Freda. Prosiguió con cautela:

—Vamos a reunimos con los otros, señora Miller. Vamos, amigos.

La sala de estar estaba llena. Habían traído sillas de lona de la terraza y había gente sentada sobre las mesitas para las copas.

—Bueno, esta tarde sí que animasteis de verdad al viejo club.

—¿Te parece. Vera?

—¡Vaya que sí! ¿Por qué no viniste a tomar algo con nosotras, Harry? Te llamamos todas, pero no quisiste saber nada.

—La próxima vez no le invitaremos.

—¿Ya has soñado algo para la próxima apuesta combinada, Vera?

—Te lo diré.

Duncan estaba allí, con un grupo que apoyaba su peso sobre cualquier respaldo que les ofreciera la pared o los muebles, y Bill Hamilton guardaba la silla para Freda, pero a nadie se le pasó por la cabeza sentarse en ella. Freda protestaba enérgicamente, pero la renuncia —que buscara sitio donde pudiera— era un privilegio de intimidad que no le concedían. Acercaron la silla a la lumbre y ella quedó allí encajada, una mejilla muy colorada y la otra vuelta hacia un hombre llamado Iggulden —a ella y Duncan les habían presentado a todos cuando entraron en la habitación—. Iggulden bebió su cerveza y dijo:

—Me han dicho que viajan ustedes por todas partes.

Comenzaron a hablar sobre el tiempo y las carreteras de las diversas zonas del país, que era lo que para él significaba viajar. Freda se mostró receptiva y respetuosa, porque sabía que era el tipo de hombre que, aunque probablemente no compartiera su hechizo por las ruinas históricas o su interés por el baile tribal, ayudaría a cualquiera en el caso de que se extraviase o tuviera una avería el coche; siempre estaría dispuesto a echar una mano. El hombre llamó a su mujer, una señora que se sentaba muy tiesa en una silla de cocina, en la corriente de la puerta, y que no se había atrevido a quitarse el abrigo ni los guantes de lana bordados.

—Sybil, aquí hay una persona que ha recorrido todo el país.

Pero la mujer no parecía interesada, como si le hablaran de algo extravagante. Frunció el ceño con impaciencia de esposa.

—¿Qué?

Miró a Freda; una sonrisa inexpresiva y lacónica afloró y desapareció abruptamente, como si se hubiese producido un corte de la corriente.

El interlocutor de Freda no pudo tener para con ella otra actitud que la de un hombre cuya oferta no ha sido bien recibida; perdió confianza en la conversación, y esta terminó por apagarse. Durante un rato, Freda quedó relegada a la periferia de una conversación masculina a tres bandas, y le tocó una borrosa cuarta banda. Pero los hombres comenzaron a concentrarse en la historia que uno de ellos contaba, y cuando ella se rio en el momento culminante, por lo demás vulgar e inocuo, se dieron cuenta con sorpresa y turbación de que estaba allí, de manera que tuvo la sensación de haber estado escuchando a escondidas y se echó hacia atrás en su silla.

Las voces competían a su alrededor como las de los charlatanes de una feria.

—... el perfume de Grace Kelly. Especialmente fabricado para ella por uno de esos franceses.

—Hombre, no. Me parece que voy a tomar una cerveza.

—... no me atrevería a decírselo a la madre de Alee. Siempre intenta que firmemos una declaración diciendo que no tomaremos alcohol y ni siquiera compra un boleto de la tómbola.

—Ya no hay más *ginger-ale*. ¿Qué quieres tomar con tu coñac, Les, Coca?

—¿Sabes a qué hora fui a la ciudad esta mañana? A las ocho y cuarto. Acababan de abrir Bassett's... las chicas del expositor siempre hablan un poco conmigo. Esos abrigos negros son preciosos, ya sé, pero creo que está muy avanzada la temporada. Luego me pasé casi una hora en la sección de perfumes. Aquí, aquí y aquí. Hombre, me lo eché por todas partes, de verdad... Sí, diez libras el frasco. Es el único que me interesa.

Un matrimonio había traído a un niño pequeño, que, por cierto, había despertado a los niños de los Ardendyck. Entraron con estrépito, esquivando y dando tumbos entre los mayores, y se quedaron quietos ante las amenazas, hasta que todo el mundo dejó de hacerles caso. Entonces se levantaron de un salto y corrieron a otra parte de la casa, llevando un plato de cacahuets y una botella de Coca-cola. Alguien había encendido el radio con el inconsciente deseo de provocar la algarabía, la excitación que lleva consigo enfrentar un estruendo con otro. Duncan, al que Alfred Ardendyck no dejaba marcharse de su lado, tenía el aire consternado, pero en el fondo satisfecho, del empollón de la clase que de repente ha sido aceptado por la pandilla.

Bajo la protección del tumulto de la habitación, Freda volvió a su existencia privada. Miró hacia el ruido, los cachivaches y la gente: una habitación llena pero a la vez desnuda. No había cuadros, a menos que se quisieran contar los de lana bordada; no había ni libros ni periódicos. Su mirada pasó tranquilamente sobre las cortinas con su diseño de cactus rojos y amarillos, la alfombra con sus volutas beige y rojo amarronado, la repisa con su población de figurillas de porcelana, animales de cristal y botellas de licor en miniatura. No había ni una línea, ni un objeto, ni un color que le hablara, como con tanta frecuencia se había encontrado que lo hacían las cosas inanimadas, hasta en los lugares más inesperados y extraños: el título de algún libro que hubiese leído, una taza que se pareciese a otra en la que había bebido en otro lugar, la fotografía recortada de un periódico y colgada en la pared de algo que le hiciera gracia o que hubiese admirado... Esas eran las cosas que atravesaban los mares, que hacían claras las lenguas extranjeras y ponían en mano del extraño el hilo que le conecta con su identidad.

Se levantó y se abrió camino por la habitación, murmurando buenas noches a los rostros aturdidos, vagamente animados, si es que se volvían hacia ella.

—¡Señora Miller! —dijo Alfred con voz camarina—. Venga y tome una copa. El viejo Dunkie nos está tratando de tomar el pelo. Tendrá que ponerle en su sitio. Venga,

tómese un whisky.

Pero él estaba tan liado entre las risotadas, las copas que le acercaban, los fragmentos de anécdotas y de discusiones que giraban en torno a su fornido centro, como una peonza, que ni siquiera se fijó en que no había cogido la copa, y simplemente le dijo «buenas noches» con la mano, o tal vez incluso se limitó a emitir señales al otro extremo de la habitación, señales que no se dirigían a ella, pero que ella aceptó por buenas.

—Lo siento, pero si no me voy ahora a la cama, sé que no me podré levantar mañana a tiempo. Disculpenme...

La señora Ardendyck sonrió ante las excusas con una amable indiferencia, interrumpida en medio de una conversación cuyas frases quedaban inacabadas por las risas.

—Todo lo que *pude* hacer fue...

—La verdad es que no *pude*...

Se levantó y llevó a Freda a toda prisa por el largo pasillo.

—El cuarto de baño, el retrete está al lado; supongo que los niños habrán dejado la bañera sucia. Aquí está la habitación.

Abrió la puerta de una habitación para invitados, ordenada y desagradablemente húmeda, con un trozo de estera entre dos camas cubiertas con colcha de *chintz*. Cortó en seco el agradecimiento de Freda, permaneciendo durante un momento con las manos en las caderas, girando un pie sobre el pivote de su alto tacón. Sus cabellos parecían levantarse en su cabeza con alegría propia, tenía el cuello rojizo, le brillaba la fuerte nariz y tenía el rabillo de los ojos humedecido por la risa.

—Bueno, espero que no se congele —dijo con desenvoltura, y desapareció.

Freda Grant permaneció consciente sólo del escaso peso del bolso de aseo que colgaba de sus manos. El frío de la habitación era como la paz, pero el ruido volvió, como el calor a una extremidad entumecida; las risas chocaban contra el ronroneo de las conversaciones, como el rumor de una sala de máquinas, y el ajetreo del ir y venir. Levantó su neceser —Alfred Ardendyck debía de haberlo traído a la habitación en algún momento— y lo puso sobre la cama, sacando sus cosas y las de Duncan para la noche. Abrió su bolso de aseo y, aún de pie en medio de la habitación, se frotó lentamente la cara con crema. Los niños corrían en grupo por el pasillo, una y otra vez, sofocando las risas y dando golpes secos contra las paredes y las puertas.

Mientras estaba en el cuarto de baño, uno de ellos hizo girar la manecilla de la puerta, que no tenía llave, y ella dijo con la voz indulgente y deportiva que utilizaba con los niños:

—¿Qué hay? —pero sólo hubo un farfullar y una ruidosa carrera hacia la fiesta.

Extendió su abrigo a los pies de la cama, le dio cuerda al reloj y lo colocó en la banqueta que había entre las dos camas. Después de todo, las mantas eran gruesas; no pasaría frío.

Después de una carcajada, hubo unos cuantos aplausos: en la fiesta había acabado algún espectáculo. Sacó del bolso de aseo un frasco de crema para las manos y se fijó en que tendría que levantarse de la cama para apagar la luz cuando terminara de leer, pero luego se dio cuenta de que no tenía libros.

Debió de dejar los libros en la sala de estar, junto a su sillón, o donde hubieran ido a parar, empujados por los pies de los demás. Sintió un sobresalto de dolorosa ansiedad al pensar en los libros pisoteados, deslizándose hacia algún lugar inaccesible, perdidos entre la muchedumbre.

Se levantó de la cama de un salto, se puso rápidamente la bata y entonces se quedó parada ante la puerta: ¿cómo iba a salir al pasillo y quedarse allí, esperando llamar la atención de Duncan? ¿Cómo iba a entrar delante de todos, poniéndose a buscar sus libros bajo las sillas? Sin embargo, la sensación de ansiedad continuó. No eran libros científicos de consulta, ni siquiera eran los libros nuevos que había traído para entretenerse —ella y Duncan los habían dejado bajo llave en el *jeep*, con el resto de sus utensilios—, sino simplemente los suyos personales, sus *Geórgicas*, un libro de poemas y la crónica de los viajes por África de un misionero, que siempre llevaba consigo en sus trabajos de campo. Si había retrasos o si Duncan y ella se quedaban aislados en algún sitio, sabía que podía contar con ellos; eran su sustento.

Por supuesto, no corrían ningún peligro. ¿Cómo iban a perderse dentro de una habitación? Nadie los tocaría. Ni siquiera los mirarían. Estarían completamente a salvo. No tendría más que entrar en la sala de estar por la mañana y recogerlos. Se imaginó vivamente la sala de estar bajo la primera luz de la mañana: las sillas amontonadas como cáscaras, los ceniceros, los tapones de las botellas y los vasos sucios. Bajo una espesa capa de ceniza, el ojo durmiente del fuego seguiría brillando. Pero los libros, por alguna razón, no estaban.

¿Y si los olvidaba por la mañana? Irritada consigo misma, cortó de golpe estas fantasías. Se quitó la bata con decisión, la dobló para meterla en la maleta y fue a apagar la luz. Pero, con la mano en el interruptor, vaciló de nuevo, y de repente cogió en seguida el maletín de noche y buscó algo en uno de los gastados bolsillos de seda. Sacó una pequeña agenda de cuero y la abrió por una página en blanco, que pertenecía a un mes de un año ya pasado. Escribió «Mis libros», y subrayó lo que había escrito. Luego miró en torno suyo, cogió su tarro de crema y apoyó contra él su agenda abierta dejándolos en la banqueta junto a la cama.

Se acostó. Cambió la posición del tarro y de la agenda para que entrasen en su campo visual. Sus labios se movieron lentamente, formando dos palabras. Extendió la mano casi instintivamente, cogió la agenda, y garabateó, esta vez en grandes y

desordenadas letras de imprenta: «MIS LIBROS», y subrayó de nuevo la palabra.

Cuando apagó la luz, se arrebujó con las mantas hasta el cuello, cerró los ojos y se quedó inmóvil, sola, escuchando la fiesta.

EL NOVIO

Aquella tarde entró en el campamento por última vez. Estaba más ordenado de lo que pudiera estarlo cualquier casa; la arena alisada en el claro con el rastrillo, los bidones de agua cubiertos con telas enceradas, las aletas de su tienda de campaña cerradas contra el calor. A treinta yardas de allí, una negra estaba de rodillas moliendo maíz, y dos o tres niños, grises por el polvo del Kalahari, jugaban con un perro flaco. El clamor de sus voces resonaba como el trino de un pájaro en los grandes espacios donde se perdía el campamento.

En su tienda quedaba siempre un poco del relente de la noche anterior, una atmósfera fría como la de una iglesia. Allí estaba su cama de hierro con su funda de almohada limpia y un cobertor grande de pieles. Allí estaba su mesa, su silla plegable con el asiento de lona roja y el baúl en el que guardaba su ropa. Encima del baúl se encontraba el despertador que sonaba todas las mañanas a las cinco y la fotografía de la muchacha de diecisiete años, de Francistown, con la que iba a casarse.

Llevaban mucho tiempo allí, la muchacha y el despertador: por las mañanas, cuando abría los ojos; por la tarde, cuando volvía del trabajo. Esta sería la última vez. A la mañana siguiente se marchaba a Francistown en el camión del Departamento de Carreteras. Cuando volviera, una semana después, estaría ya casado y traería consigo a la muchacha junto con la caravana que el Departamento proporcionaba a los hombres casados.

La observó mientras se sentaba en la cama y se quitaba las botas; de rostro sonriente, la muchacha parecía arrancada de una revista. Comenzó a quitarse el mono de trabajo, una costra caqui, tiesa y polvorienta, que conservaba aún su forma cuando se la quitaba, y llamó confiada y suavemente: «*Ou Piet, ek wag*». Pero el hombre negro y huesudo, con las cejas afanosamente arqueadas, como las de un payaso, arrastrando los pies desnudos bajo su peso, estaba ya frente a la tienda con una bañera de estaño en la que retinglaba el chapoteo del agua caliente al balancearse de un lado a otro.

Cuando se hubo lavado, puesto una camisa caqui limpia y un par de gastados pantalones grises, y fijado hacia atrás el cabello con una crema de olor dulzón, salió de su tienda, en el momento preciso en que el párpado del horizonte se cerraba sobre el ojo ensangrentado del sol. Era invierno y el sol se ponía poco después de las cinco; la arena gris se tornó de un rosa pálido y los matorrales de espino arrojaron unas manchas de sombra lila que pronto se apagaron; luego, la superficie del desierto se mostró moteada y porosa durante un par de minutos, como la superficie de la luna a través de un telescopio, mientras el cielo permanecía claro sobre la tierra oscurecida y brillaba limpia y cristalina la estrella del atardecer.

Los fuegos del campamento —el suyo y, algo más allá, los de los negros— pasaron

de casi invisibles parpadeos de color pálido a encendidos haces de tremolentes lenguas de luz. Era de noche.

Todas las tardes permanecía así, sentado, durante la corta ceremonia del final del día, llenando lentamente su pipa, moviendo lentamente su espalda hacia la lumbre, bostezando para librarse de la rigidez de su trabajo.

De repente soltó una risita sofocada, lleno de excitación. La existencia de ella se hizo real; vio el rostro de la fotografía junto a la puerta de una caravana. Se levantó y comenzó a caminar por el campamento, rebosante de esperanza. Pegó una patada a un tronco que sobresalía un poco de la fogata, dio una orden a Piet y, cuando ya se encaminaba hacia la tienda, cambió de parecer y reanudó el paseo. Al otro extremo del campamento, la cuadrilla de trabajadores había empezado con sus risas, parloteo, gritos y discusiones de siempre al acabar el trabajo. Los brazos negros gesticulaban debajo de una espesa espuma blanca de jabón, y había un jadeo y un farfuleo cada vez que una cabeza hendía el frío chorro de un cubo de agua; las brillantes barrigas de las ollas de hierro se llevaban de aquí para allá en la animada preparación de la comida.

No entendió gran cosa de lo que decían —únicamente sabía el *tswana* suficiente para transmitirles sus órdenes, con la ayuda de Piet y uno o dos que entendían su lengua, el *afrikaans*—, pero el sonido de sus voces pertenecía a esa hora de la tarde. Alguno de los bebés que siempre lloraban emitió un gemido débil e ignorado; los niños desnudos jugaban a perseguirse unos a otros entre los ladridos del perro. Volvió y se sentó junto al fuego para terminar su pipa.

Después de cierto intervalo —el mismo siempre, aunque no se midiera por un reloj, sino por una larga costumbre que establecía el apropiado lapso de tiempo entre su baño, su pipa y su cena—, llamó en *afrikaans*:

—¿Te has olvidado de mi cena, hombre?

A través de un retazo de distorsionada oscuridad, donde la luz de los dos fuegos no se encontraba, sino que despedía formas tambaleantes y opacas, superponiendo resplandores, llegó la risa ronca y protestona que expresaba, más que el tributo a un nuevo chiste, el placer de la lealtad a uno ya viejo.

Luego, unos minutos más tarde:

—Piet, supongo que lo has quemado todo, ¿no?

—¿*Baas*?

—¿Dónde está la comida, hombre?

A su tiempo, el negro apareció con la mesa plegable y la lámpara de aceite. Iba de acá para allá entre la oscuridad y la luz, llevando ollas, platos y comida, rezongando con

profunda satisfacción, en una mezcla de inglés y de *africaans*.

—¿Quiere *koeksusters*?, pues yo hago *koeksusters*. Me lo pidió esta mañana. Así que tendré que calentar bien el aceite. Tendré que prepararlo todo. Es un poco lento. Sí, ya sé. Pero no puedo hacerlo todo deprisa y corriendo. Me mete mucha prisa esta noche, no quiere esperar; será mejor que tome *koeksusters* el sábado, entonces tengo tiempo por la tarde, lo hago bien... Sí, me parece que la próxima vez será mejor...

Piet era un buen cocinero.

—Le he enseñado a mi chico a hacer de todo —contaba siempre el joven al volver a Francistown—. Hasta sabe hacer *koeksusters* —le había dicho a la madre de la chica, en uno de esos silencios de desaprobación de la mujer, tan difíciles de llenar.

Lo había pasado fatal intentando superar los prejuicios de los padres de la chica acerca de la clase de vida que él podía ofrecerle. Había conseguido convencerles de que tal vida no era imposible y le habían dado su consentimiento para el matrimonio, pero les parecía que esa vida no estaba bien, y su deseo de agrandar y tranquilizarles le llevaba a verla con los ojos de ellos y a anticiparse, mediante los debidos cambios, a sus objeciones. La muchacha era campesina, no añoraría la vida urbana, pero al mismo tiempo no podía negar a sus padres que vivir en una granja con su familia, y con vecinos a sólo treinta o cuarenta millas de distancia, sería muy diferente a vivir a doscientas veinte millas de un pueblo o una ciudad, a solas con él en un campamento de carreteras, «rodeada por una pandilla de cafres todo el día», como había dicho su madre. Él mismo no podía imaginar en absoluto qué haría la muchacha mientras él estuviera fuera, en la carretera; y ella, hasta que todo hubiera pasado, no podía pensar más que en la boda, con sus dos hermanitos caminando detrás; en el vestido, en el que no se reconocía a medida que lo iba haciendo la modista, y en la tarta, con una pequeña pareja de novios de porcelana vestidos de etiqueta.

Miró la mesa rayada, el borde de una lata de mermelada abierta y el salero con un trozo de papel de estraza marrón, cuidadosamente colocado sobre su parte rota, y le dijo a Piet:

—Tendrás que hacerlo todo bien cuando llegue la señora.

—¿*Baas*? —se miraron mutuamente y no fue necesario añadir más.

—Tienes que poner bien la mesa y hacer todo con limpieza.

—Siempre hago todo limpio. ¿Por qué dice ahora que debo limpiar?

El joven se inclinó sobre la comida, despachándole. Mientras comía, su mente repasó automáticamente todos los cambios que había que hacer para la muchacha. No estaba acostumbrado a visualizar situaciones, sino a enfrentarse a lo existente. Era como una lección que se aprende por repetición: sabía lo que hacía falta en conjunto, pero cuando tenía que enfrentarse a uno de los detalles que lo componían, zozobraba. No lo reconocía y

no sabía qué hacer. Tenía que mantener a raya a los mozos. Eso era lo principal. Piet tendría que venir bastante a la caravana para guisar y limpiar. Los muchachos —especialmente los responsables del mantenimiento de los camiones y de la maquinaria para la carretera— aparecerían siempre con preguntas sobre cómo hacer esto o lo otro. De otra forma, se liaban.

Escupió un trozo de cartílago que no podía tragar. Desvió su mente hacia otra cosa. Las mujeres podrían hacer la colada por la muchacha. Formaban un grupo de cafres que estaban aún muy verdes; ¿serían capaces algún día de hacer las cosas bien?

Veinte muchachos y unas cinco de sus mujeres; es imposible esconderlos a todos bajo un arbusto espinoso. No tienen por qué estar dando vueltas alrededor, eso es todo. Deben entender que no pueden estar merodeando.

Clavó los ojos en las sombras chinescas de la penumbra alrededor de la lumbre; las voces, amistosamente más tranquilas, interminantes entre la comida, el ronante «chas» de la madera al ser cortada, la fina película del gimoteo del bebé a través de la cual sonaba todo aquello. Ellos estaban en su sitio. Pero él sentía un recelo extraño y enconado.

Sus pensamientos se movían, mientras comía, de una manera lenta y minuciosa que no había experimentado en toda su vida. Se sentía preocupado. Se chupó un diente. Piet, Piet, ese cafre no deja de hablar. ¿Cómo va a dejar de hablar cuando se acerque a ella? Le hablará. Seguro que le hablará. Pensó en las palabras exactas que le diría a Piet sobre este asunto; eran como esas cosas indecibles que la gente escribe en las paredes para que las vean otros en sus momentos privados, pero que nunca pronuncian con su boca.

Piet trajo café y *koeksusters* y el joven no le miró. Los *koeksusters* estaban deliciosos, crujientes, pegajosos y dulces, y cuando sintió la sustancia familiar y el gusto en la lengua, alternándose con la punzada caliente del café, se entregó en seguida al placer de la comida, como lo haría un niño con una bolsa de caramelos. Los *koeksusters* siempre le proporcionaban un placer inocente y total. Cuando aceptó ese trabajo de capataz de los trabajadores de la carretera, pasó horas extrañas e inquietas por las noches y también los domingos. Le parecía que tenía hambre. Comía, pero nunca quedaba satisfecho. Caminaba el día entero como una criatura hambrienta. Un domingo incluso se puso a caminar —el Departamento de Carreteras era muy estricto con respecto a la utilización con fines privados de su camión de diez toneladas— las catorce millas a través de la arena, hasta el puesto, más bien una caseta de uralita, en donde vivían el funcionario gubernativo del ganado y su esposa, *afrikaners* como él, y los únicos blancos que había entre el campamento y Francistown. Por una coincidencia, ellos habían decidido ir en coche a verle ese día y se lo encontraron casi a mitad de camino, cuando el calor ya le hacía marchar más lentamente y lo tenía atontado. Pero poco después de este suceso, Piet se encargó de prepararle sus comidas y del cuidado de su persona; hasta aprendió a hacer *koeksusters*, según las instrucciones que el joven recibió del funcionario del ganado. Los *koeksusters*, un manjar infantil al que podía entregarse siempre que quisiera, parecían marcar su asentamiento. El campamento solitario se convirtió en un estilo de vida personal, con sus componendas e indulgencias especiales.

—*¡Ou Piet! ¡Kêrel!* ¿Qué has hecho con los *koeksusters*? —le dijo alegremente. Le llegó un grito que significaba: ¡En seguida! Apareció el negro secándose las manos con un trapo, con el aire simuladamente inseguro de quien sabe que lo ha hecho mejor que nunca.

—¿Qué has hecho con los *koeksusters*, hombre?

Piet se encogió de hombros.

—Aquí, tráeme más, hombre.

El joven le extendió el plato vacío con una sonrisa.

Y cuando el otro se alejó riendo, el joven llamó:

—Tienes que hacerlo siempre así, ¿entiendes?

A él le gustaba beber en las fiestas, en las bodas o en Navidades, pero no era un hombre que bebiera coñac todos los días. Tomaba dos coñacs los sábados por la tarde, cuando se había acabado el trabajo de la semana, y durante el resto del tiempo, la botella que traía de Francistown cuando iba a recoger provisiones, permanecía en el baúl de su tienda.

Pero esa última noche se levantó resuelto junto a la fogata y se fue a coger la botella de la tienda —una de las cosas que hacía era no dejar que los cafres le sirvieran las copas: enseñárselo era una tentación demasiado fuerte—. También se trajo una copa, una de un coloreado juego de seis hecho con un cristal tallado de imitación, y se sirvió un chorrito, estirando las piernas hasta sentir cómo penetraba el calor del fuego a través de las suelas de sus botas. Las noches no eran frías, hasta que se levantaba el viento, a las dos o las tres de la madrugada, pero el aire tenía una frescura esclarecedora; de vez en cuando, una figura salía del campamento de los negros para poner otro tronco en la fogata, cuyas llamas habían disminuido hasta tornarse azuladas.

El joven sintió en su interior una parecida incandescencia disminuida. Se sirvió otro coñac. El largo aullido de los chacales rondaba por el cielo, como el viento en torno a una casa. No había casa alguna, pero más allá de la trémula luz que la fogata aventaba en la oscuridad, los sonidos —aquella mezcla de voces sin sentido, bebés llorando, toses y carraspeos— habían construido muros en los que encerrarse y un techo para guarecerse. Él estaba expuesto, vuelto desnudo al espacio, en la esfera del mundo, pero no era consciente de ello.

La cadencia de varias clases de musiquillas comenzó a sonar y murió en la oscuridad: hilos de notas sopladadas y punteadas desaparecían bajo las voces. De pronto, un hombre tan grande que había hecho ceder cada costura de sus harapientos pantalones y de su camisa, se recortó silencioso en el círculo de luz y se dejó caer dentro, no muy cerca de la fogata.

Sus pies, íntimamente cruzados, estaban agrietados y curtidos como madera que el mar deposita en la playa.

Tenía junto a la boca un instrumento de una sola cuerda, en forma de lira, hecho con una media luna de madera doblada y una cinta de hoja seca de palma, estirada de un extremo a otro. Sus grandes labios descansaban suavemente sobre esa tira, y mientras soplaba, una mano, controlando la vibración de la hoja de palmera, convertía su aliento en una música débil y perfecta, una música captada por los límites más extremos de la capacidad del oído humano, casi fuera de su alcance. La primera música que oyó el hombre, cuando comenzó a ponerse en pie entre los juncos del río, bien pudo haber sido así. Cuando se desvaneció, fue difícil saber en qué momento desapareció de veras.

—Toca esa otra —dijo el joven en *tswana*. Sólo se movió el humo de su pipa.

Las manos de palmas rosadas rodearon el instrumento. Los labios gruesos y tiernos se humedecieron. La música débil y desolada volvió a sonar, una música tan solitaria que llegaba al que la tocaba y al que la escuchaba como si la oyeran dentro de sí mismos. Esta vez, el músico cogió un trocito de madera en la otra mano y, mientras soplaba, lo iba restregando por dentro de la curva de la lira, donde las muescas talladas producían un sonido seco, trémulo, reptante, como el lejano movimiento de unos pies al danzar.

Había dos o tres figuras con más volumen que las sombras, donde la luz de la fogata se fundía en la oscuridad. Llegaron y se pusieron en cuclillas. Uno de ellos tenía media lata de parafina cortada por la mitad y otros accesorios de tripa y alambre.

Cuando el tañedor de lira se detuvo, bajando lentamente de su boca el trozo de madera y la hoja, como un reflujo, y limpiándose los labios con el dorso de la mano, el otro comenzó a tocar: se oyó una monótona melodía de bajo. La bota del joven golpeaba en la arena al compás del instrumento, acompañándose con palmadas de vez en cuando.

Un hombre flaco y amarillento, tocado con un viejo sombrero, se abrió paso entre comentarios sarcásticos y risitas y se acuclilló con un pequeño cuenco de barro entre sus pies. Sobre su boca había un pequeño teclado de lenguas metálicas. Después de decir algo, comenzó a tocar y los otros cantaron con voz grave y nasal, lo que atrajo a más espectadores en torno a la fogata.

La música terminó agradablemente y empezó de nuevo, como un aliento. Durante uno de los intervalos, el joven dijo:

—Quiero ver ese artefacto tuyo, ¿es nuevo? —y el hombre al que señaló no entendió lo que le decía, pero le entregó su mandolina de lata de parafina con orgullo y a la vez divertido por su trabajo artesanal.

El joven le dio la vuelta, punteándolo una vez, sonriendo y meneando la cabeza. Dos pedazos de cuerda, una vieja lata de mermelada y ya tienen toda una orquesta. Les había oído tocar con aparatos increíbles. El círculo de rostros le miraba con placer: se reían,

hacían perezosos comentarios entre sí. Era un instrumento de lo más extraño, pero funcionaba. El dueño lo cogió de nuevo y lo tocó, haciendo un poco el payaso. El público se rio e hizo bromas elogiosas. Estaban cerca de la fogata ya, pintados por ella.

—La semana que viene —el joven alzó la voz alegremente—, la semana que viene, cuando vuelva, traeré una radio, con música de verdad. Oiréis a todos los conjuntos blancos.

Uno que había trabajado una vez en Johannesburgo dijo:

—*Satchmo*.

Y los otros le corearon, comprendiendo que esa era la palabra que designaba lo que el hombre blanco iba a traer de la ciudad. *Satchmo*, *Satchmo*, repetían cortésmente.

—Música, igual que en un gran baile para blancos en la ciudad. La semana que viene.

Un silencio amistoso, agradecido, cayó sobre todos ellos cuando descansaban al calor de la fogata, mirándole con indulgencia. Le ocurrió algo extraño: sintió calor, primero en el cuello, y luego le subió hasta los oídos y el rostro. Por supuesto, no importaba, a la semana siguiente lo habrían olvidado. No se lo creían. Se los imaginó e incluso creyó verlos merodeando en tomo a la caravana para escuchar, mientras él salía a la escalerilla para hablarles.

Por un momento pensó en darles el resto de la botella de coñac. ¡Diantre!, ni se te ocurra... ¡Eso sería una locura! Si les gusta se dedicarán a sisarlo todo el tiempo... Le daría a Piet un poco de azúcar, levadura y otras provisiones para que hicieran cerveza mañana mientras él estuviera fuera. Metió las manos en los bolsillos y se estiró hacia la fogata con la cabeza hundida en el pecho. El tañedor de lira recogió su fino pedazo de madera y, lentamente, lo que el joven sentía dentro de sí pareció encontrar una voz: ascendió por la noche, más allá del fuego, desenroscándose de su pecho y trayéndole la serenidad. Como si se hubiera hecho audible en el infinito y fuera devuelta al mundo en algún punto, la voz solitaria seguía sonando.

Nadie dijo nada. Las barreras de las lenguas cayeron silenciosamente. Toda la sucia marea de preocupaciones y proyectos había salido ya del joven. La luna, alta y pequeña, que resplandecía más gracias a una erizada extensión de estrellas, repetía la forma de la lira. Se quedó sentado durante no supo cuánto tiempo, al igual que había hecho durante tantas otras noches, con las estrellas en la cabeza y el fuego a sus pies.

Pero por fin se acabó la música y el tiempo comenzó de nuevo. Existía esa noche, existía mañana, cuando fuera conduciendo hasta Francistown. Se puso de pie. Los presentes se dispersaron. El músico de la lira se sonó con la mano. Los pies polvorientos aceptaron el peso de costumbre. Se fueron hacia sus tiendas y él hacia la suya. Les siguieron pequeñas reverberaciones. El joven bostezó con amplitud, un bostezo fuerte, feo, animal, uno de esos

ruidos personales que puede hacer un hombre cuando vive solo. Caminó muy lentamente por la arena; era de noche, pero conocía el camino con más seguridad que si hubiera luz.

—¡Piet! ¡Oye! —gritó cuando llegó a su tienda—. Mañana te levantas temprano, ¿eh? ¡Y no quiero oír que el camión no arranca! Lo pones en marcha y luego me llamas, ¿entiendes?

Estaba encendiendo la lámpara de aceite que Piet había dejado sobre el baúl, y a medida que la llama crecía, iba restituyendo todo el interior de la tienda: el baúl, la cama, el reloj y el rostro tímido de la muchacha de diecisiete años. Se sentó sobre la cama y deslizó las palmas sobre la pelusa sedosa del cobertor. Inspiró y retuvo un momento la respiración, mirando a su alrededor deliberadamente. Luego recogió la fotografía, dobló la apoyatura del marco y la metió en el baúl con las demás cosas, preparado para el viaje.

EL ÚLTIMO BESO

Cuando las personas se convierten en personajes, se les deja de considerar humanos; son algo que suele señalarse con el dedo, como el naranjo que plantó el presidente Kruger, la estatua del parque o esa gasolinera que antes fue la primera iglesia. El señor Van As era todo un personaje, hecho —como tantos otros personajes— de descuido y general abandono. Un *afrikaner* que comenzó siendo un contratista de transportes antes de que se descubriera el oro, cuando la ciudad era una aldea dedicada a la minería del carbón, entre negras colinas de cisco, sobre los altos pastos del Transvaal. Sus carros, arrastrados por burros, llevaban los enseres de los mineros de Cornualles desde la estación de ferroviarios hasta sus cabañas.

Luego vino el oro: los pozos se vinieron abajo y las casas y las tiendas fueron creciendo. El señor Van As compró una yunta de caballos de tiro y cuatro carros, y se dedicó a transportar la maquinaria y el equipo de las minas de oro, así como nuevos y elegantes muebles para los mineros y comerciantes que iban llegando. Compró un cobertizo grande de hierro acanalado y lo convirtió en almacén; tenía una oficina y un lujoso coche ligero para su uso particular. Por toda la aldea se veían sus carros con el rótulo TRANSPORTES VAN AS pintado en sus costados con letras de dos pies de alto.

Era uno de los fundadores de la iglesia. Se hizo él mismo una casa, con barandillas historiadas en la terraza, una torrecilla ornamental y una cúpula de cebolla de hierro acanalado —la primera vez que ese material indispensable, del que fue construido Witwatersrand, frío como la noche en invierno, abrasador como el calor del mediodía en verano, se convirtió en el alma a la vez que en la sustancia de la arquitectura local—. En el interior no había ahorrado ni terciopelo ni borlas, y había espejos con marcos de caoba para multiplicar las cabezas de sus hijas y de su mujer.

Cuando fue consciente de su dinero y de sus magníficas propiedades, también la aldea, que ya era una pequeña ciudad, se hizo consciente de sí misma. El orgullo cívico exigía un alcalde que llevara una cadena de oro, y consejeros a los que pudiera consultar. Van As fue alcalde y llevó la cadena de oro durante tres años seguidos, y el primer edificio de piedra de la ciudad, un banco que aún existe, tiene inscrito en una de las piedras: «15 de julio de 1922. Esta piedra fundacional fue puesta por Su Señoría el Alcalde G. G. Van As».

Años más tarde, una fotografía suya fue descubierta entre los invendibles cachivaches tirados en el rincón de una de las salas de un subastador local, de cuando solía ir en aquella época con indumentaria de alcalde, su cadena y el bigote con guías, que fue lo único que no perdió nunca. Se reprodujo en el periódico local: parecía tan increíble como la foto de una manifestación de fantasmas.

La ciudad comenzó a superar a Van As. A medida que se hacía viejo, la ciudad se

volvía más joven, más vigorosa e insolente, más pretenciosa. Él servía para las reuniones masónicas, los bazares de la Iglesia Holandesa Reformada y los bailes de los Hijos de Inglaterra, pero ¿serviría para inaugurar unas galas de natación, hacer de juez en un concurso de belleza o para dar la bienvenida a una estrella de Hollywood que viniera en persona?

Su inglés no era muy bueno y su *afrikaans*, aunque fuera su lengua materna, no resultaba mucho mejor. En los comienzos de la ciudad nunca fue necesario hablar demasiado; bastó con ser fuerte, próspero y llevar bien la cadena de oro. Si él hubiese aguantado hasta el surgimiento del nacionalismo *afrikaner*, hasta la creación del primer gobierno nacionalista de Sudáfrica, seguramente no habría recibido de buena gana a un ministro en visita oficial, dispuesto a celebrar la extracción de la billonésima tonelada de oro, uno de esos ministros nacionalistas con su típica severidad en público, sus maneras apocalípticas y esa urbanidad que recubre a los políticos, invisible como el aceite en el lomo de un pato. Pero ni siquiera aguantó hasta la época de los automóviles. Al empezar la década de los veinte, había otros dos contratistas de transportes en la ciudad, cada uno con un camión de mudanzas, un trasto pesado con techo de estaño que permitía llevar los muebles limpios y secos en cualquier estación, y a los que había que poner en marcha con manivela, como si fueran gigantescos juguetes de cuerda.

La esposa de Van As murió en 1922, al nacer su cuarta o quinta hija, y tal vez esa fue una de las razones por las que vaciló durante demasiado tiempo en cambiar sus coches de caballos por camiones nuevos, y perdió así lo que había adelantado en el negocio del transporte. De todas formas, fue un año de desórdenes en el Witwatersrand, hubo huelgas con sus correspondientes interrupciones en la vida de los negocios; se cerraron las tabernas durante meses y hubo gloriosos motines en Johannesburgo, donde el whisky robado y el chocolate importado corrieron por las calles.

Se decía —al recordarle mucho después— que fue a la muerte de su esposa cuando Van As comenzó a desmoronarse; pero lo cierto es que a la gente le gusta atribuir los insidiosos resbalones de la desgracia a algún mal presagio, forma parte del deseo de un orden, de una fatalidad que rija sus destinos. La señora Van As volvió su rostro contra la pared y con ella se fue la fortuna: valga como punto de partida.

Van As continuó viviendo en su gran casa con su hija mayor, una muchacha de unos dieciocho años, que hacía de ama de casa y de madre de las demás. La veleta todavía no se había caído y los muebles buenos y lujosos estaban aún en buenas condiciones. Pero los cuantiosos contratos de transporte para las minas de oro que empezaban a abrirse iban a parar a manos de los transportistas con modernos vehículos de motor, y Transportes Van As perdió alguno de los viejos contratos cuando llegó el momento de renovarlos.

Comenzó, parecía, a abandonarlo todo, y después no fue capaz de coger nada. Había prestado dinero: no se lo devolvieron y las obligaciones resultaron sin valor. Habían pasado muchos años desde que fuera alcalde, casi tantos como desde que le echaron de la asamblea municipal. Especuló con asuntos que no prosperaban y vendió el negocio de transportes. Le declararon en bancarrota.

Quizá la señal de su fracaso, su incapacidad de adaptarse, fue que él y lo que le rodeaba siguieran siendo lo mismo. No abandonó la casa ornamentada y pasada de moda —estaba a nombre de su esposa y fue legada a sus hijas—. Seguía llevando su gran mostacho de guías, que antaño convenía a la dignidad de un padre de la ciudad.

Nada se marchita tan rápidamente como lo que no cambia. Ya para los años treinta, cuando la más joven de sus hijas tenía diez años y la mayor le había dado nietos, la casa era un exponente de auténtica antigüedad en una ciudad tan joven. La oxidada veleta chirriaba como loca en los días de viento, las barandillas blancas nunca volvieron a ser pintadas y, mirando desde la calle por la ventana de la sala de estar, se veía el terciopelo apolillado y los huecos de las borlitas que faltaban en las cortinas. Los Van As no podían permitirse el lujo de cambiar nada. El marido de la hija mayor cogió la tuberculosis trabajando en el interior de las minas y lo único que le quedó fue una pensión de invalidez, así que ella y su familia volvieron a vivir bajo el mismo techo de la cúpula de cebolla. El anciano Van As —para entonces parecía como si nunca se le hubiera conocido por otro nombre— consiguió un trabajo en una tienda de productos agrícolas, ese tipo de trabajo que un joven espabilado coge cuando termina la escuela, pero que, si lo acepta un hombre de edad madura, hace que la gente crea que no sirve para otra cosa.

Fue en esa época cuando se construyó un cine en un solar cerca de la casa —las antiguas zonas residenciales venían a formar parte del centro comercial de la ciudad, en plena expansión, y ya no estaba de moda vivir a dos pasos de la oficina de correos— y Van As comenzó a acudir a él dos o tres noches por semana. ¿Había surgido en él una pasión por el cine? Nadie se lo preguntó, ni siquiera sus hijas. Bajaba por el camino hasta el cine, igual que algunos viejos van a la taberna para quitarse de en medio. Las hijas estaban ocupadas intentando conseguir espacio e importancia para la creciente diversidad de sus intereses: una tenía novio, otra tocaba el piano y quería ensayar para participar en un concurso, y una tercera coleccionaba mariposas e intentaba conseguir una beca. Van As no podía hacer nada por ellas, así que tenían que componérselas.

Desde luego, ya no era uno de los principales de la iglesia, y como las visitas a la iglesia formaban parte de la posición social que había perdido, ya no acudía a ella, como si su presencia le molestara tanto a él como a Dios mismo; igual que el alcalde actual —un dentista que había hecho dinero en la bolsa, tenía una casa con un mueble bar y había lanzado una campaña publicitaria por la ciudad. ACABA DE ENTRAR EN NOORDDORP INDUSTRIAL. BIENVENIDO Y FELICIDAD— y los concejales se hubieran sentido incómodos si Van As hubiera acudido a la asamblea municipal. En los años cuarenta perdió el trabajo en la tienda de productos agrícolas y durante un tiempo se le vio paseando por la ciudad; miraba los escaparates de las tiendas larga y fijamente, como si pensara en hacer alguna compra importante. Fue entonces cuando comenzaron a llamarle «el pobre viejo Van As». Pero su obligada ociosidad no duró. La guerra había empezado hacía tiempo y pronto el viejo Van As vistió el uniforme: consiguió trabajo en la Oficina de Reclutamiento de Johannesburgo. Fue una especie de broma benévola en la ciudad. Algunos de los primeros padres de la ciudad, que seguían viviendo cómodamente y que decidieron considerar su decadencia como una especie de excentricidad, le daban con el dedo en la pechera de su uniforme —que le sentaba mal— y le gritaban (era bien sabido que se había

vuelto un poco sordo): «Bueno, no hay que preocuparse, ¿eh, Van As? Hitler ya no tiene nada que hacer», y el viejo Van As resollaba y se reía, mascullando algo ininteligible bajo su bigote caído.

Semana tras semana se sentaba en la misma butaca del cine. Era una de las localidades baratas, en la segunda fila, y muchas veces disponía de toda ella porque sentarse allí significaba estar grotescamente frente a los enormes rostros de la pantalla. Durante todo el invierno se hundía hasta las orejas —orejas pálidas, caídas y con mechones de cerdas albinas— en su gabán militar. Si hubiese llevado consigo un montón de periódicos para extenderlos en el suelo y echarse sobre ellos, no habría parecido demasiado incongruente. Acampaba en el feo cine, con sus lamparitas de luz roja, como ojos de animales, y parqué de madera cubierto de crujientes cáscaras de cacahuetes, con el aspecto de un parque con vagabundos.

En invierno y verano se sabía de su presencia por su tos. Al menos dos o tres veces esta interrumpía el programa: la tos a toda orquesta de la bronquitis crónica, que empezaba con un resuello reprimido, como una risa silenciosa, ascendía a un contrapunto de gorgoteos, rugidos, arcadas y disminuía luego entre más resuellos, hasta llegar al silencio: la tos del viejo Van As.

También tosía en el tren, el tren de la mañana que le llevaba a la oficina de Johannesburgo todos los días. El aire de la mañana le hacía toser todavía más. Allí estaba el viejo Van As: las señoras que iban a Johannesburgo para hacer las compras importantes que no podían confiar a las tiendas locales, y que en aquellos años, debido al racionamiento de la gasolina, no podían ir en sus coches, evitaban meterse en el vagón del que procedía la tos. Era desagradable la tos y la carraspera en un vagón de ferrocarril. De cualquier forma, era incómodo encontrarse encerrado con el pobre viejo Van As, sentado allí tranquilamente, con aquel ridículo uniforme. ¡Pobre, a sus años! ¿Qué se le iba a decir? No se podía ignorarle; después de todo, no era un vagabundo. Nadie, realmente, le había hablado durante *años*; era tan embarazoso. Y las chicas Van As eran de verdad muy agradables, sobre todo Essie —había conseguido su beca y era maestra de preescolar—, muy sensata y encantadora con los niños.

Los chicos y las chicas que subían al tren armando jaleo todas las mañanas, camino de la escuela de la vecina ciudad de Witwaterstand —no había sitio para todos en la escuela secundaria de Noordorp hasta que no se construyera la nueva escuela—, ni siquiera se fijaban en el viejo Van As ni en su tos. Llenaban el vagón, donde él iba de cualquier manera, gritando y haciendo gansadas, chicos sudafricanos bien alimentados cuyas piernas y cuerpos negaban el propósito del uniforme escolar de tal forma, que así llevado no era ni gris ni recatado, sino decididamente provocativo, en la mejor tradición del vodevil.

Las cortas ropas de gimnasia de las chicas mostraban varias pulgadas de muslo por encima de las medias negras que se estiraban tratando de cubrir unas piernas fuertes y torneadas, y unas abultadas pantorrillas; los pechos grandes sobresalían bajo camisas muy ceñidas. Las enormes piernas peludas de los muchachos, con pantalones cortos de fútbol que apenas podían contener sus musculosas nalgas, se estiraban por el pasillo; a los catorce

o quince años pesaban ochenta kilos y tenían esas horripilantes risas que llegan desde el estómago, voces que empiezan a cambiar y una barba que despuntaba, errática, entre los granos de la adolescencia.

Escribían palabrotas en las puertas de los vagones, pegaban chicle en los asientos, fingían pelearse y flirteaban, e ignoraban a Van As de la misma forma que ignoraban a cualquier persona que estuviera fuera de la órbita violenta y bronca de los de su edad.

La guerra terminó y dejaron las escuelas, otros crecieron y ocuparon su lugar y sus costumbres, y el viejo Van As fue licenciado del ejército, pero seguía viajando todos los días a Johannesburgo, a otro trabajo. Nadie sabía exactamente en qué consistía: algún trabajillo de anciano. Ya no llevaba su uniforme, desde luego, pero sí su gabán militar sobre el traje manchado. Y seguía tosiendo.

Muy de vez en cuando, los chicos hacían un intento desganado de provocar al viejo; realmente, ni valía la pena, ya que parecía viajar con invisibles anteojeras. Se quedaba allí sentado hasta que llegaba a su destino, a veces dormitando, sin mirar siquiera por la ventanilla. Un día le ofrecieron una piedra envuelta en papel de caramelo, pero levantó la mano, tosiendo a modo de respuesta y moviendo la cabeza en un inocente gesto de rechazo y agradecimiento.

Corrieron muchos meses en los que los chicos y las chicas pasaban simplemente empujándole con sus carteras y sus pesados pies, y le olvidaban. Luego, uno de los muchachos consiguió una de esas falsas cacas de perro hechas de goma y, cuando ya lo había intentado en todos los sitios y con toda la gente susceptible y parecían haberse agotado sus potencialidades de diversión, una chica que quería impresionar a un muchacho, la cogió y la puso donde se sentaba habitualmente el viejo.

Por supuesto, él subió al tren en el penúltimo vagón y se sentó encima, pero no se fijó, y allí quedó mientras la chica se sentaba con la mano sobre la boca, con ojos descarados, mirando a ver si él hacía algún movimiento. Sus amigas se apretaron contra ella en una piña, agitándose con sus risas burlonas. Durante un rato, el viejo pareció mirarles a ellos en vez de a través de ellos; sus párpados arrugados aletearon un par de veces, como una membrana que se abriera en las estrechas rendijas de sus ojos. Parecía un inofensivo animal de lentos reflejos, en el zoo, ajeno al sonido de las mondaduras de naranja rebotando contra su piel.

Poco antes de que el tren llegara a la estación donde bajaban los chicos, la muchacha le dijo muy seria:

—Está sentado encima de una cosa mía.

Al viejo no se le ocurrió que estuviera dirigiéndose a él.

—Se ha sentado encima de una cosa mía —volvió a decir con impaciencia. Él ahuecó la oreja sorprendido.

—Le estoy diciendo que se ha sentado encima de una cosa mía.

Se puso de pie pesadamente y con irritación. La chica cogió el objeto, con insolencia, mientras sus amigas cuchicheaban muy divertidas. Pero el viejo ni siquiera se fijó en lo que era el objeto y volvió a hundirse pesadamente en su asiento.

A la mañana siguiente se olvidaron de la fracasada broma; las mismas muchachas se reían y murmuraban entre sí mirando un ejemplar de una revista del corazón. Ni se fijaron en él, pero el viejo sí las miraba.

Un par de días después, por una de esas sencillas casualidades que bien pueden no darse nunca, el viejo perdió el tren y tomó otro más tarde. La chica que había gastado la broma —se parecía mucho a las otras, podía haber sido cualquiera de ellas— perdió también el tren y cogió el siguiente. Este tren iba casi vacío, ya que era demasiado tarde para los obreros y los escolares. Por costumbre, el anciano subió al penúltimo vagón; también quizá por costumbre, la chica hizo lo mismo. Ella se repantingó enfrente de él, jadeando y enfadada porque llegaría tarde al colegio y no tenía justificación. Traía consigo un olor de tela polvorienta, tinta y un tufillo de la grasa de sus cabellos rubios que rizaba todas las noches pero que lavaba con escasa frecuencia. Le lanzó una mirada sin interés, como si no existiera, como miraba a los viejos y a los niños pequeños, y se enfrascó en un nuevo ejemplar de la revista del corazón que había comprado. El sol le daba directamente en los ojos, y sin apartar la atención de su revista, se levantó y se dejó caer en el asiento de enfrente, junto al anciano.

Desde el momento mismo en que la chica subió al tren, él no le había quitado el ojo de encima, observándola tranquilamente a distancia, como si la viese y a la vez no la viese. Suspiró cuando se sentó junto a él.

—Es el viejo de la tos —dijo ella—, el viejo de la tos que siempre va en el tren de las siete y media. ¡Oh, por Dios, el viejo cerdo, qué cara!, ¿eh? (Aquellos niños gigantes hablan en jerga, un tosco híbrido de inglés y *afrikaans* propio de su condición de vástagos de familias semicultas en un país bilingüe).

Sus amigas se rieron como locas hasta que ella perdió los estribos. Su profesora se negó a oír otro cuento chino. Pero el padre de la chica, que nunca sabía dónde estaba ni lo que hacía, ni a qué hora llegaba por la noche a casa, movido por ciertos escrúpulos de honor tribal y primitivo —de todas formas, le gustaba incordiar— juró, *vragtig*, que le gustaría estrangular a aquel hombre y le denunció a la policía.

Así que un día de 1951, cuando Van As estaba a punto de cumplir los setenta años, fue detenido por besar a una colegiala en un tren. Una de aquellas grandes y robustas colegialas con los muslos abiertos y los enormes pechos, hembra pero aún no mujer: la hembra de todas las fantasías eróticas, desde la adolescencia hasta la senilidad, conjurada por las glándulas, estúpida, anónima, casi sin rostro.

¡El viejo Van As! Ese pobre viejo, sordo como una tapia, casi sin rostro, desdentado,

con ese rancio y maloliente bigote. ¡Qué asco! La gente se mofaba con desprecio, haciendo muecas de repugnancia. Bueno, ninguna mujer le había mirado. Seguramente no había tenido nada que ver con una mujer desde hacía veinte, treinta años, desde que su esposa murió. No se había vuelto a casar ni nada por el estilo, claro que no, ¡el viejo Van As! Nadie hubiera soñado que una mujer tuviera alguna relación con él. ¿Qué le habrá pasado? Vaya pícaro, ¿eh? ¡Quién lo hubiera pensado! Vaya con el viejo pícaro... Ya sabes, ese que tose y no te deja oír la película... ese es... el viejo pajarraco de aspecto inofensivo que llevaba un capote militar.

En los periódicos de Johannesburgo apareció una breve noticia diciendo que un viejo ex-soldado había intentado, presuntamente, abusar de una colegiala de catorce años. La fotografía de Van As con su traje de alcalde y la cadena fue sacada del almacén de cachivaches del subastador y reproducida en el periódico local con el titular «EX ALCALDE BESA A COLEGIALA. G. G. Van As, que fue alcalde de Noorddorp y concejal durante siete años, ha comparecido ante el Juzgado Municipal esta semana, acusado de haber besado a una colegiala de catorce años, Anna Cordelia Jooste, Dantry Road, 17, Mooiklip».

LE GUSTAN MUCHO SUS MUÑECAS, DICE LA MADRE, era uno de los subtítulos del artículo. De repente, parecía que un viejo verde y lascivo había asustado a una tierna chiquilla. Sus hijas, en especial Essie, que era muy conocida, andaban con la cabeza gacha. ¡Qué desgracia les había caído, qué problemas les traía!, decía todo el mundo. Hasta alguien susurró en voz baja que era una lástima que hubiese vivido tanto tiempo; su esposa llevaba muerta casi treinta años y él no tenía amigos: no era útil a nadie.

Su hija Essie contrató a un abogado para que lo defendiera y, por supuesto, le absolvieron: pérdida momentánea de memoria, o algo por el estilo. La pecaminosa indignación de la ciudad tardó más en absolverle. No era mucho lo que había hecho, apenas merecía hablar de ello; mientras que el primer beso alegra la vista en el cine, se supone que el último tiene que ser obscuro y ridículo. En un momento de ofuscación había perdido su personalidad, la del Viejo Van As, la del mostacho de guías, el cómico soldado, la tos en el cine, la de un tipo célebre.

Fue como si la única estatua de la ciudad, la triste figura de un oscuro general a caballo en el parque polvoriento, llena de pintadas de los chiquillos traviesos, estuviera, si se la miraba bien, sangrando.

EL NOBLE DEPORTE DE LA PESCA

En el calor del día, la extensión pálida y sedosa del río te cegaba, de modo que, cuando apartabas tus ojos de él, todo lo demás parecía negro y ondulado. En la orilla había una casucha de cañas, cuadrada, de una sola habitación, con un felpudo de juncos que se enrollaba y desenrollaba. Dentro había un catre con una piel de animal encima, una mesa con una tetera esmaltada, unas cuantas tazas de porcelana con motivos florales, una lata de té y otra de leche en polvo. Había una banqueta con una radio de pilas que estaba encendida todo el día. Los enormes árboles de África, comidos por las hormigas, centenarios, pendían inmóviles sobre la cabaña; en la orilla del río, bajo el sol, la piel a cuadros negro y limón de un cocodrilo formaba una burbuja en el agua y, justo en el borde, el cuerpo del animal yacía con su carne desnuda, desollada, excepto la cabeza y las mandíbulas y los cuatro guantes de piel sobre sus patas. La carne tenía un aspecto rosado, fresco y comestible. El agua la mecía como una brisa entre plumas.

Por la noche no había nada: ni río, ni cabaña, ni árboles, ni cocodrilo; sólo una vasta y suave oscuridad sin luna que hacía que la pareja se riera animada mientras avanzaban a sacudidas por el camino junto al río, siguiendo la ruta marcada por los faros.

—¿Crees que lo encontraremos alguna vez? —dijo Vivien, y su marido supo que tenía que hacerlo.

—Vamos bien —dijo él.

—¿Estás seguro de que este es el camino, Ricks? —preguntó sin hacerle caso.

Fue entonces cuando oyeron la voz íntima, dramática, triunfante y atractiva de la radio, poniendo fin a un anuncio con una ráfaga de música; allí estaban, finalmente, habían llegado a la cabaña. Se veía el rojo opaco del fuego del campamento; una lámpara de petróleo avanzó hacia ellos. La luz de la linterna de Ricks saltó de una rama a otra, y las figuras emergieron como actores en un escenario.

—¡Les estamos esperando desde la siete y media! —dijo un hombre grande y rubio, casi desafiante.

Vivien comenzó a esgrimir las exageradas disculpas de una mujer que desea tener éxito en un mundo que no es el suyo. En casa, en Johannesburgo, nunca llegaba puntual y desdeñaba cualquier reproche, pero aquí, en el campo, se sentía avergonzada de pensar que habían hecho esperar a los cazadores de cocodrilos. Lo lamentaba; lo sentía mucho, muchísimo: el hotel era tan pequeño que no podían alterar las horas habituales del comedor si se quería cenar un poco más temprano... Cuánto, cuántísimo lo sentía.

—Es lo menos que se puede esperar —dijo el rubio, en un tono menos desafiante, como ignorándola.

Aunque la noche era cálida como la leche, él llevaba una bufanda alrededor del cuello y en su rostro enrojecido, de ojos azules, la sonrisa perpetua y alegre de quienes tienen el genio pronto. El otro, en pantalones cortos y calcetines de canalé, permaneció con las manos sobre las caderas.

—¡Maldito motor! Nos está dando la tarde —dijo.

—Jimmy y yo hemos estado dando vueltas con este trasto durante horas.

A la luz de la lámpara de petróleo se le veía guapo y rechoncho. Atractivo, con nariz respingona, bigotes erizados, ojos pequeños y parpadeantes. Se oyó la voz de un hombre:

—¿Davie? ¡Davie, viejo! ¿Estás listo? —y otra lámpara de petróleo salió de la cabaña, circundando de luz a un mozalbete y a una mujer.

A medida que se acercaba se fue convirtiendo en un hombre de cuarenta años cuyo cuerpo delgado y duro parecía no contener sino energía. Era tan flaco y moreno como un golfillo, de cabellos color castaño, lisos y polvorientos, y ojos negros muy hundidos en un rostro arrugado. Se parecía a uno de esos niños que son como viejos. Los otros le vieron acercarse.

Era el anfitrión de la pareja y el jefe de los dos hombres. Vivien esperó a que se aproximase con los labios entreabiertos. Cada vez que le veía, desde que se conocieron por pura casualidad a orillas del río, él materializaba lo increíble de las historias que le habían contado.

—¡Señor Baird! —exclamó—. ¡Hola! ¿Qué tal? Cuánto lo lamento... —y comenzó de nuevo con su elaborado ritual de disculpas.

—Está bien, está bien —la voz de él era rápida, ligera y amistosa—. Lo único que quiero es que ustedes lo pasen bien y vean algo de actividad, esa es la idea, ¿no? ¿No trae usted una chaqueta, señor McEwen? Hace bastante frío por la noche junto al río, necesita algo que ponerse... Mike, ¿le puedes dejar un jersey o algo por el estilo al señor McEwen? Me temo que mi ropa le vendría pequeña.

Vivien habló por su marido:

—No se preocupe por Ricks, señor Baird; es muy duro, la verdad es que nunca lleva nada, ni siquiera durante el invierno. Pasó su niñez al aire libre, en Rodesia, y no es uno de esos chicos de ciudad criados entre algodones.

Era uno de esos jóvenes grandes y corpulentos que están casi calvos a los veinte años. Se pasó la mano por la cabeza y dijo:

—Oh, Vivien...

—Puede ponerse mi chaqueta —dijo el rubio sonriente por encima de la bufanda. Jimmy Baird se volvió hacia él con súbita preocupación.

—No, no, Mike, viejo. Vas a necesitarla tú, aún no estás bien del todo. Dale uno de tus jerséis, sé buen chico.

—No voy a ir —dijo Mike—. No lo necesito.

Vivien se echó hacia atrás, con la cabeza ladeada.

—¿No viene? Oh, pero usted tiene que venir, ni pensar en dejarlo a usted solo.

—Se quedará conmigo —dijo la señora Baird.

Estaba junto a su marido, con los brazos cruzados sobre un cuerpo que era joven pero que los frecuentes embarazos habían vuelto blando y acogedor. Tenía el aire de una mujer que, según la costumbre, baja por el sendero del jardín para despedirse del marido cuando este se marcha a trabajar.

—¡Señora Baird! Usted viene, ¿no?

—No, creo que me voy a quedar. Aquí están los niños y todo lo demás —señaló con la cabeza hacia la tienda, que se recortaba entre las sombras oscuras, junto a un camión.

—¿No están durmiendo?

—Sí, pero la más pequeña podría despertarse y estamos muy cerca del río... No me agrada la idea de que uno de ellos salga por ahí. Para la pequeña es todo nuevo, lo normal es que la dejemos en casa, es la primera vez que acampa aquí, con su papá.

Jimmy Baird, que hablaba, daba órdenes y hacía sugerencias todo el tiempo, desapareció dentro de la cabaña de juncos de Mike. Ese era el cuartel general de Mike, uno de los tres que pertenecían a la concesión del río de Jimmy Baird. Salió trastabillando, tratando de enfundarse en un mono.

—¿No tiene una pinta maravillosa? —dijo Vivien—. ¡Qué pinta más maravillosa tiene su marido, señora Baird! Ese es el aspecto que me gusta que tengan los hombres, como para hacer de verdad un trabajo. Me deprime ver al pobre Ricks encerrado en su traje azul en la ciudad. ¿No te parece que es una prenda maravillosa, Ricks? ¿Eso es lo que usted llevaba cuando el hipopótamo volcó el barco, señor Baird? Me imagino que no es muy fácil nadar con eso, a menos que sea usted un nadador fenomenal.

Pero a Jimmy Baird no era tan fácil provocarle para que repitiera otra vez, como ella anhelaba, la historia de una de sus famosas hazañas en la zona, una de esas historias sobre

las que ella había edificado su idea de cómo era esa clase de hombres. Esa idea ya había tenido que sufrir algunas modificaciones: siempre había aborrecido a los hombres «pequeñitos», entiéndase: cualquier hombre que no alcanzara el listón de uno ochenta y cinco que ella había establecido cuando se casó con Ricks. Pero aunque su imagen de los hombres se había encogido para adaptarse a Jimmy Baird hacía tres días, los otros aspectos no habían cambiado. Todo lo que él decía y hacía lo veía como una manifestación de las cualidades que ella leía en sus hazañas y que tanto admiraba: la insensibilidad, la temeridad y el valor animal. Le dijo a la señora Baird:

—Sigo sin creermelo que sea el famoso Jimmy Baird. Ah, sí, usted lo sabe de sobra. Su marido es el hombre de quien más se habla en la zona; desde que comenzamos este viaje, no oímos más que Jimmy Baird por aquí y Jimmy Baird por allí. ¡Y ahora de verdad vamos a cazar cocodrilos con él!

—Ah, sí —la señora Baird procedía de África del Sur y tenía esa manera de hablar corriente, espontánea y descuidada, metiendo de vez en cuando una palabra en *afrikaans*, cohibida y desenvuelta a la vez, tímida y al mismo tiempo franca.

—Los Baird llevan viviendo en este territorio desde hace un montón de tiempo. Todo el mundo les conoce.

—Nos vamos, chica —dijo Jimmy Baird, acercándosele y rodeándola con el brazo. Afuera, en el río, el barco petardeaba, rugía con traqueteos, hasta que se calló bajo las expertas manos de Davie, quien lo acercó suavemente hasta los juncos sumergidos.

—Ya estamos —gritó.

—Que lo paséis bien —dijo la señora Baird.

—Qué pena que no pueda usted venir. ¿Está segura de que no puede? En fin, me imagino que habrá estado docenas de veces —dijo Vivien.

La señora Baird se cruzó de brazos y miró hacia el límite de la luz que daba el fuego del campamento, como si este fuera una habitación.

—No me gusta el agua —dijo—. Dicen que si no gusta es un aviso para mantenerse lejos de ella.

En el último momento, Mike subió al barco igual que los otros. Llevaba un viejo chaquetón del ejército además de su bufanda. Ricks se puso sobre los hombros el jersey que le habían dejado, como cediendo a la insistencia de Jimmy Baird. Davie ayudó a Vivien a entrar en el barco, mientras ella preguntaba:

—¿Dónde quiere que me siente? Por favor, no quisiera estorbar.

La luz de la lámpara de petróleo pasó por su rostro como un líquido; el barco chirrió

pesadamente en el fango. Dos africanos, guardando un adusto mutismo, ayudaron a desencallar, entre los gritos de los hombres del barco.

—Ricks, pesas demasiado —dijo Vivien riéndose, muy excitada. Comenzaron a discutir sobre la distribución del peso, cambiando de sitio.

—No, esperen —Jimmy Baird se subió las perneras de su mono, se quitó los zapatos y dio un salto fuera del barco.

—Eso es, eso es.

Sus manos sólidas y delgadas se apoyaron para hacer fuerza sobre la proa, lo que le hizo erguir la cabeza. Con un empujón final, ayudado por los dos africanos, liberó el barco y saltó de nuevo dentro de este.

Vieron por un momento a los dos negros jadeando, inclinados aún hacia delante, donde el barco se había desprendido de sus manos; oyeron sisear a los juncos al otro lado y sintieron el cielo abierto y enorme sobre ellos. El agua negra se apoderó de ellos; en pocos momentos se desprendieron de la sensación de tierra y se encontraban flotando en un elemento que no se preocupaba por su peso.

—¡Oh! —dijo Vivien, como una niña en un columpio—. ¡Qué hermosura! —y en seguida recordó que estaban allí para cazar cocodrilos y se calló.

Flotaban sin ruidos ni sensaciones en la oscuridad. Ya lejos, se veía un espacio pequeño y resplandeciente, el fuego del campamento, que formaba un pálido cerco de luz y destacaba el perfil casi arquitectónico de los árboles: aquí una rama, allí una columna de un tronco, como los planos de un templo perdido y semi-oculto en la jungla. Habían entrado en aguas profundas; el centro del río les brindaba el cielo abierto.

Se habían dejado las lámparas de petróleo en la orilla, y Mike, que tenía que timonear, hizo brillar el largo, recto y poderoso haz de un reflector portátil. Atravesó la oscuridad arrancando de la nada los juncos de la orilla de enfrente, ascendió como un fuego artificial escalando el cielo y acabó reduciéndose hasta zambullirse en el agua.

—Vale —dijo Mike, y Davie puso en marcha el motor. Empezaron a abrirse paso suavemente, remontando el río a un ritmo regular—. Ahora echamos la luz por el río, así —explicó Jimmy Baird—, por los juncos y sobre todo por ahí, un poco más arriba, donde el agua es menos profunda, y observamos por si aparecen los ojos de algún cocodrilo. Los verá muy claramente, señora McEwen, ¿entiende? Son muy visibles desde lejos, y luego, al percibirlos, sólo hay que dirigirse directamente hacia ellos, sin quitarles la luz de encima. Son como los conejos, ¿sabe?, cuando se encuentran con los faros de un coche. Parece que se quedan deslumbrados o algo por el estilo; con tal de que la luz siga enfocándolos con toda su fuerza, no se mueven. Entonces nos acercamos hasta lo más cerca y les disparamos desde una distancia de unos dos metros. Un poco más bajo, Mike, es mejor. Ahí, señora McEwen, mire ese banco de lodo, ahí; ese es el tipo de sitio que les gusta a los viejos

cocodrilos: cómodo y blando para su barriga.

—Dos yardas —dijo Ricks.

Jimmy Baird se volvió con gesto afirmativo. Estaba de pie en el barco, con el rifle en la mano.

—Sí, dos yardas o incluso menos. No es por deporte, señor McEwen. Hay que ir a por ellos y matar al primer disparo. Luego solemos dispararles otra vez para asegurarnos. Resulta bastante desagradable traerse uno vivo al barco. Nos hemos llevado algún susto, ¿verdad, Mike?

—Y tanto —dijo el hombre rubio de ojos simpáticos, sonriendo en la noche.

—Sí —dijo Jimmy Baird—. Tienes que estar seguro de que están fuera de combate. ¿Ve usted bien, señora McEwen? Discúlpeme por estar así, de pie, delante de usted. Le prometo que me quitaré de en medio en el momento en que haya algo que ver. ¿Se siente cómoda? Espere un momento, debe haber un cojín por ahí abajo.

—Oh, no, por favor, estoy estupendamente —protestó Vivien, encantada.

—Davie —dijo—, ¿no hay un viejo cojín de cuero ahí abajo?

—Oh, por favor, señor Baird, estoy maravillosamente aquí.

—Por ahí —dijo secamente la voz de Mike.

Jimmy Baird, disculpándose, se deslizó por detrás de ella y se quedó allí para indicarle.

—Allí están. Sí, ahí. Un ejemplar bastante grande, me parece. ¿Ve los ojos rojos?

Un largo haz de luz atravesó la oscuridad hasta una islita cubierta de cañaverales. Vivien casi se levantó de la caja en la que había estado acurrucada.

—¿Dónde? —susurró con urgencia—. ¿Dónde?

—Allí, allí —dijo Jimmy sosegadamente—. Allí está...

Ricks dijo:

—Ya lo veo. Como dos trocitos de carbón. ¡Vaya bicho!

—¡Oh! ¿Dónde? —Vivien estaba desesperada.

Jimmy Baird la tomó de la mano y señaló.

—Justo enfrente, querida. ¿Lo ve?

Y entonces, ella vio, ocultos bajo la maleza, dos puntos rojos resplandecientes. El barco se dirigió hacia ellos. Nadie, salvo Jimmy, dijo nada. Siguió haciendo comentarios ininterrumpidamente, una especie de encantamiento apaciguador para que el cocodrilo no se moviera. Pero cuando se acercaron a los cañaverales hubo un movimiento más rápido que un parpadeo.

—Se fue —dijo Jimmy—. Ha desaparecido.

El barco se detuvo, giró y se desplazó hacia el centro del río.

—Le vi —dijo Vivien—, ¡he visto la cola!

—No se preocupe, vendrán muchos más —dijo Jimmy Baird, prometiéndoselo.

—Me parece que vamos a encontrarnos con que son muy tímidos por este lado —dijo Davie—. Les hemos dado mucha caña la semana pasada, Jimmy. Me parece que debemos subir un poco más.

—De acuerdo, Davie, si tú lo crees así... —dijo Jimmy cortésmente.

Pocos minutos después atraparon otro par de ojos en el haz de la linterna, pero, de nuevo, la sigilosa criatura se escabulló sin chapotear siquiera. A los dos visitantes, la inverosimilitud de todo aquello —que hubiera unos hombres que se ganaran la vida en un río tropical, matando cocodrilos por la noche para vender sus pieles— les parecía la única respuesta. No podían creer que ellos mismos estuvieran *allí*; así que no les parecía extraño no tener ningún cocodrilo muerto a bordo. Luego, Jimmy Baird dijo con su voz estimulante y amable:

—Hacia la derecha, Davie, por favor.

Cuando el barco viró bruscamente y se acercó, Vivien dijo:

—¡Oh, sí, lo veo! —aunque no veía nada.

—Me temo que es sólo una cría; sí, no es más que una cría —dijo Jimmy, que antes había explicado que no mataban cocodrilos que no tuvieran cierto tamaño mínimo, aunque no importaba el máximo.

—Puede ver lo juntos que tienen los ojos, esa es una cabeza.

La barca penetró en los cañaverales y el motor se apagó. De repente, Jimmy Baird dijo:

—Tráelo por aquí, Davie. Arrímate.

Y mientras el barco pasaba rápidamente por la fangosa orilla iluminada, se inclinó rápidamente fuera del barco y, con un movimiento de increíble fuerza y equilibrio, como un artista de circo, agarró con las manos un cocodrilo de dos pies de largo, que luchaba por zafarse.

Vivien se quedó tan asombrada que lanzó un rápido vistazo por todo el barco, mirando a unos y a otros, como si temiera que la estuviesen engañando.

—Ahí lo tiene —dijo Jimmy Baird, con sus pequeñas y rudas manos, rígidas como el acero, rodeando el largo hocico de la frenética criatura—. Ya puede mirarlo bien, señor McEwen. ¡Ah, qué malo eres! —añadió dirigiéndose al cocodrilo, con ese tono de amonestación que se emplea al hablar con un niño.

—Mírele, mírele cómo intenta librarse apalancándose con la cola.

El cocodrilo había rodeado con su poderosa cola el delgado brazo derecho del hombre y utilizaba la presión muscular de un luchador para soltarse.

La joven extendió su mano.

—Vamos —dijo Jimmy Baird—. No hace nada, el muy diablejo.

Y ella tocó el lomo frío y duro del animal, la coriácea piel de medallones de cuero, fresca, extraña, viva: de una vida desconocida al tacto de los humanos, de una vida del interior del oscuro río. A la luz de la linterna, enfocada hacia el animal y los rostros que le rodeaban, vio las fauces en forma de tijera —un poco abiertas ya, porque el hombre le sujetaba más hacia el cuello— con sus filas de dientes feos y desiguales, como cuchillas de afeitar melladas. A plena luz, ella se encontró con sus ojos: ranuras de un radiante verde claro, resplandeciente, como el fuego; en su inocencia animal se ocultaba —para los humanos— la representación del odio, la astucia y la maldad. Hubo un momento en que la miraron a ella. Sintió que aquella cosa la conocía, al igual que la conocía Dios, y tuvo una extraña sensación de miedo.

De pronto, el animal lanzó un ronco bramido, como un bebé enfurecido y desesperado, y todos rieron.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Jesús! ¡Cómo le gustaría comerte un dedo!

—¿De verdad? —preguntó Vivien.

—Desde luego que sí —dijo Mike—. Con un corte perfecto.

Jimmy Baird se inclinó sobre el agua con cuidado. Luego sus manos se abrieron como una trampa.

—A este no le vamos a volver a ver —dijo, secándose las manos en el mono.

Vivien se sentía excitada y jactanciosa.

—Ah, seguro que le cogerá el año que viene. El año que viene, cuando sea mayor.

Davie estaba empujando con una pértiga para alejar el barco de la orilla cenagosa.

—Viven mucho tiempo... Sus vidas son más lentas que las nuestras. Probablemente estará tumbado aquí, al sol, mucho después de que yo haya dejado de subir y bajar por este río, o cualquier otra cosa —dijo Jimmy Baird. Su rostro parecía sereno, bajo la luz; luego esta le abandonó y se proyectó de nuevo sobre la oscuridad.

—Deberíamos haberle puesto una señal —prosiguió Vivien alegremente—, ¿no podríamos haberle marcado o algo por el estilo, para que se le reconozca si se le vuelve a coger?

Mike se volvió con su perpetuo rictus de mal humor.

—Cogimos seiscientos la temporada pasada y no supimos el nombre de ninguno.

—¿Estás seguro de que te sientes bien, Mike? —preguntó Jimmy Baird, tocándole en el hombro.

—Estoy bien, estoy bien —dijo él mirando a la oscuridad con los ojos muy abiertos, como un hombre ciego.

—¿No se encuentra bien esta noche? —dijo Vivien.

—Ha tenido bastante fiebre todo el día —dijo Jimmy Baird con aire preocupado—. Un poco de malaria; el viejo Mike dice que es gripe.

Al cabo de una hora, la neblina había desaparecido del cielo y aunque la luna nueva apenas se veía, resplandecían las estrellas; su débil luz plateada, a la que apaga el brillo de las ciudades allí donde las haya, aparecía en el silencio nocturno, a centenares de millas de distancia incluso del más remoto sonido de un tren. Una simple pincelada de luz en el agua, una membrana sobre la oscuridad, rozaba las cañas, sin penetrar en las grandes y espesas frondosidades de higueras salvajes que había en las orillas. Se oían llamadas breves y aullidos, fragmentos lejanos de las humanas carcajadas de los chacales: los ruidos soterrados de la vida secreta del río. Un temor reverencial invadió el corazón de Vivien McEwen y selló su boca, al tiempo que deseaba reírse, como una chiquilla que mira una película de aventuras. Donde la orilla derecha del río se abría en lo que debía haber maleza sin árboles, saltaban unos puntitos resplandecientes; parecía como si allí, en el baldío, donde no vivía nadie, alguien se dedicara a tirar colillas en la oscuridad. Jimmy Baird explicó que eran los ojos de las liebres, que por allí tenían una madriguera muy grande.

—Ve más lento, Davie, viejo. A lo mejor podemos verlas.

La linterna giró obedientemente e hizo lentos barridos por la orilla, pero estaban demasiado lejos; no veían más que la luz misma, ahora color de té fuerte, que se movía.

Siguieron y entraron dos veces en un laberinto acuático, donde el río se cerraba para formar callejones, senderos y pasadizos encerrados por elevados muros de cañas; pero, para los cazadores de cocodrilos, esas eran las calles de su propio barrio. Se deslizaron por bancos de lodo, donde pesados cuerpos húmedos habían hecho un lugar para el descanso, como el sitio que un perro se hace entre la hierba. Levantaron la hélice del agua, barbada por los desechos, y avanzaron silenciosamente, Davie empujando con una pértiga. Jimmy Baird echaba hacia atrás las cañas que se les venían encima y golpeaban el rostro de Vivien. Era un lugar muy poblado, como un gueto o un zoco. Tenía la atmósfera de un interior, con esa calidad especial que da la vida que hay en ellos. Era un mundo cerrado de saurios, de fango, de pestilente humedad, sol y tiempo sin medida.

El barco salió de nuevo a la corriente principal y la fuerza del motor volvió a la vida, como un pez grande que les llevara sobre el lomo. El grande y rubio Mike se sentó encogido en su sitio, con el rostro vuelto y sonriendo a la oscuridad, sin seguir el merodeo de la luz que sus manos dirigían. Había tramos en los que silbaba, profesional y penetrantemente, melodías que durante los últimos veinte años habían girado en las cabezas de todo el mundo, y luego muerto, como peonzas agotadas en sus propias vueltas.

Cuando la joven oyó una cancioncilla lo bastante reciente como para que tuviese asociaciones agradables para ella, le preguntó cómo se llamaba.

—Yo qué sé —dijo él sin mirarla—. Las oigo en la radio.

La linterna apartó la oscuridad de las cañas, primero por un lado y luego por otro; a veces, igual que se levantan los ojos de un trabajo arduo para que descansan con un cambio de enfoque, corría con ligereza sobre la orilla, poniendo al descubierto árboles, cuevas de maleza, claros repentinos o la curva del dedo terrible, gris, de cincuenta pies de alto, de un nido de hormigas.

—¿Qué piensas? —preguntó Davie.

—Bueno, supongo que debemos ir pensando en volver —dijo Jimmy Baird, e hizo una pausa para reflexionar un momento—. ¿Tú qué crees, Mike?

No parecía que fuera por incapacidad de decidir por lo que consultaba tan interesadamente a sus compañeros en todo, sino por miedo a que, como siempre sabía con exactitud lo que debía hacer, impusiera su voluntad de forma inconsciente.

—Esta noche aquí no hay nada —dijo Mike, como si alguien discutiera con él.

—Aquí fue donde cogí a los dos grandes ayer.

—Ah, ya encontraremos —dijo Jimmy Baird—. Bajemos poco a poco y veamos lo que hay. Lamento que haya sido tan decepcionante para usted, señora McEwen. ¿Seguro que no tiene frío? ¿No se le han enfriado las manos? —y añadió dirigiéndose a Mike—: No has hecho el té aún, ¿eh, Mike? Mike siempre enciende la vieja Primus y nos da una taza de té sobre esta hora; la verdad es que se agradece, sobre todo cuando hace frío; se necesita esa taza de té.

Mike miró al reloj:

—Las diez y media. Es casi la hora.

—Tomaremos algo caliente a la vuelta, para compensar —prometió Jimmy Baird. Vivien y su marido protestaron diciendo que no tenían sed, que no necesitaban nada.

Davie, que no siempre podía oír lo que estaban diciendo, por estar junto al motor, dijo:

—Mike, ¿te has olvidado del té esta noche? Son las diez y media.

—No ha traído la Primus.

—Vaya cabrito...

—No estamos trabajando —dijo Mike—. No me acordé por eso, hombre. Estamos aquí para nada.

Mientras proseguía la discusión sobre el té, Jimmy Baird, que seguía hablando, vio un cocodrilo con ese tercer ojo alerta que siempre tenía abierto. A Vivien y a su marido les habían contado cómo Davie y Mike discutían siempre por las tazas. Davie tenía una taza de porcelana con flores, la última de las tres que había traído de su vida en la ciudad, hacía dos años, y no quería que Mike la estropease en el río.

—Hay que decir que es una taza muy bonita, Royal Doulton, o algo así de fino —estaba diciendo, cuando de repente cambió el tono de voz, y siguió—: Ahí, a la izquierda, Davie. Venga, ahora —y se inclinó y tomó su rifle—. Disculpe, señora McEwen —dijo preocupado porque le había rozado el hombro al moverse; y mirando a un par de ojos a cincuenta metros, cargó la escopeta, que se empeñaba siempre en tener descargada cuando no la usaba. Mike puso la linterna en manos de Ricks McEwen, diciendo:

—No la mueva, ¿eh? —y cogió el garfio.

Se llevó todo a cabo con la rapidez de una operación quirúrgica; a Vivien, la voz de Jimmy Baird le pareció sonar a través del éter, bondadosa y llena de confianza, la voz del médico que sabe lo que tiene que hacer, sin la trivialidad de la compasión y con la piedad de la destreza.

—Acércate, Davie; todo lo que puedas.

El barco se metió con toda rapidez entre las cañas, y los dos ojos, como ascuas, brillaron más cerca. Y allí estaba, en el espacio de un segundo: la frente encallecida, verdinegra, las crestas frontales sobre los ojos por encima del agua y los orificios de la nariz rompiendo el agua de nuevo, al final de un hocico abultado. Allí estaba, mirando en la eternidad de un veloz segundo, a menos de tres pies, y la voz tranquila y compasiva de Jimmy Baird decía «eso es», y el rifle rápidamente en su hombro y el estallido junto a ella, donde él estaba. Luego, la pálida mirada que procedía de la frente oscura explotó, como si reventara por dentro; y donde estaba antes la mirada, había ahora una masa blanda y rosa de cerebro con la humedad escarlata de la sangre y el brillo nacarado del músculo. Hubo una violenta agitación en el agua: el cocodrilo estaba muerto —hacia un segundo estaba completamente vivo, y, al siguiente, completamente muerto—; Jimmy Baird volvió a dispararle y el garfio grande bajó velozmente y lo enganchó, sacándolo de la corriente. Los hombres lo subieron a bordo con esfuerzo.

—Terminado. Vale, vale. Vamos a ponerlo ahí abajo. Ya está bien.

Jimmy Baird posó cuidadosamente al animal en el fondo del barco, para que no estorbara, pero de modo que Vivien y Ricks pudieran verlo bien. Tenía unos cinco pies, aún no estaba crecido del todo. El vientre, ancho y de aspecto blando, que era la parte por la cual había sido enganchado, estaba hermosamente adornado con placas en forma de rombo, de color crema y con manchas negras, perfectamente articuladas como segmentos de concha de tortuga. Las patas de lagarto y el vientre daban tirones de vez en cuando, como si las comunicaciones hubieran dejado algún mensaje de impulso inacabado.

Vivien McEwen se puso en pie.

—¡Qué maravilla! —gritó risueña, feliz—. ¡Qué hombre! ¿No es maravilloso, Ricks? En la vida has visto nada semejante. Oh, señor Baird, es fantástico. Fantástico.

Estaba tan excitada que parecía dar tumbos, como si estuviera ebria; el barco se balanceó y su marido tuvo que agarrarla por el codo.

—No he visto nunca nada tan maravilloso —dijo mirándoles a todos en busca de aprobación—. ¿No es espléndido? ¡Oh, Dios! ¿Qué te parece este hombre? La manera en que se acercó y lo fulminó como si nada. Esos ojos mirándote muy fijos... BAM, BAM. Y se acabó.

Mike lanzó un vistazo al cocodrilo.

—Un jovencito, ¿eh, Jimmy?

—No está mal, Mike; pagará la gasolina.

Ricks McEwen dijo, de hombre a hombre:

—Ha sido tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de fallar. Casi no ha podido apuntar.

Jimmy Baird le prestó atención.

—La verdad es que uno se pone tan cerca que ni siquiera hace falta apuntar. Es un momento, ¿sabe? El viejo cocodrilo no sufre en absoluto. No me gusta matar. Desde después de la guerra no he matado ni un solo gamo. Pero muchas veces pienso que estos viejos cocodrilos tienen un fin más agradable que el que vamos a tener nosotros. Nos acercamos tanto, ¿sabe?, que es sólo un segundo...

—Ricks, mira esto.

Davie había cogido una llave de tuerca y rompió uno de los dientes para dárselo a la joven. Era una mujer morena, más bien corriente, con una cabeza muy pequeña; el pañuelo que llevaba encima se había caído hacia atrás y ahora, más descubierta, con sus lisos cabellos castaños recogidos en un moño, su cabeza parecía la de un reptil. Los pequeños lunares negros, uno junto a su ojo izquierdo, otro cerca de la comisura de la boca, y dos en su mejilla, daban fuerza a ese parecido. Podía haber salido de un río nocturno, una criatura hábilmente marcada para ocultarse en la ambigüedad movediza del claroscuro desdibujado de las cañas y el agua.

—Mira —los dientes y los ojillos de ella brillaron bajo la luz—. Imagínate eso agarrándote por la pierna.

Y si ese se rompe, tiene otro de repuesto.

Le mostró a su marido cómo ese diente grande, mohoso y amarillento, tenía otro metido dentro.

Por fin se acomodaron todos en el barco y Davie lo alejó con la pértiga del banco de barro donde una nube de sangre, flotando en la superficie, iba deshaciéndose despacio en la masa de agua.

Vivien McEwen se recostó, respirando con suspiros de triunfo. No era capaz de dominar su risa excitada que estremecía todo lo que decía.

—¿Ricks? ¿Ricks? ¿Qué te parece ahora Johannesburgo?

Envolvió con cuidado, en un pañuelo, el diente del cocodrilo y lo metió entre los cigarrillos y cosméticos que formaban un perfumado revoltijo en su bolso de mano.

—Muy bien, Vivien, muy bien.

Ella frunció el ceño e irguió con firmeza la cabeza sobre los hombros, mientras confiaba a Mike:

—Esto va a hacer que mi marido se ponga imposible. Además, odia las ciudades. Esta sí que es una vida de *hombres*.

Jimmy Baird había descargado la escopeta y la guardó. Estaba en cuclillas junto a Ricks McEwen. Sacó su pipa y empezó a llenarla, pero McEwen dijo:

—Pruebe de esto.

—¿Puedo? Muy agradecido.

Jimmy Baird tomó la petaca que le ofrecían, un objeto de piel de cerdo y ante que Vivien había encargado hacer para su marido las Navidades pasadas.

Los dos hombres se sentaron llenando sus pipas y apretando el tabaco con los dedos. La luz de las cerillas se abrió y se cerró sobre su rostro, y un espasmo muscular hizo que el animal muerto a sus pies se moviera repentinamente.

—A veces, cuando he cazado cinco o seis cocodrilos grandes en una noche, los miro, extendidos en la orilla, y pienso: ahí están tirados mil años de vida. Parece algo terrible, mil años de vida —dijo Jimmy Baird.

El río nocturno se cerró tras ellos. Volvió allí de donde había venido: el mundo del sueño, de la eternidad, de la oscuridad, el lugar de antes de nacer y de morir; todas esas ideas con las que se relaciona el flujo constante del agua oscura. Y el barco regresó; les llevó hasta donde se veía la luz del fuego del campamento y las siluetas que creaba, y también les llevó al propio campamento, a la existencia misma, una hoguera, la choza de cañas, el olor de la comida y una figura humana. Por un instante aún, entre el barco y la orilla, cada uno de ellos vio el agua oscura debajo de sí, moviéndose con la luz de la lámpara de petróleo que sostenía un africano, y, acto seguido, pisaron tierra firme, animados y estirándose.

—¿Tienes todo preparado, chica? —dijo Jimmy Baird, rodeando a su mujer con el brazo y mirándola tiernamente.

—Sí, sí. Ahí están el café y los bocadillos —dijo ella, haciendo como si lo quisiera apartar, pero quedándose dentro de su abrazo. Mike comenzó a zapatear, sacudiendo los hombros y dando con el puño de una mano en la palma de la otra, mientras Davie acercaba a patadas los grandes troncos de los que brotaban chispas.

—No os vi venir, ¿sabes? —dijo ella sonriendo—. Me has dado un buen susto. No se puede ver más allá de la luz de la hoguera cuando estás sentada a su lado.

Vivien McEwen estaba radiante, hasta jadeaba un poco.

—Ah, señora Baird —dijo—, vaya marido que tiene. Es sensacional. Creí que me desmayaba. Debía usted de haber estado allí, de verdad.

Se quedó frente a ella, dramáticamente, como si la otra mujer, que la miraba con una sonrisa amable y cortés, pudiera contagiarse de su entusiasmo.

—Le traeré una taza de café —dijo la mujer de Jimmy Baird, y Vivien, que la siguió hasta la mesa, permaneció a su lado mientras la mujer servía café de una jarra grande de esmalte. La estuvo observando y, de pronto, dijo con curiosidad:

—¿Qué ha hecho usted mientras estábamos fuera? ¿Se puso a leer?

—Esperé —dijo la señora Baird.

—Ya, pero quiero decir, ¿cómo pasó usted el tiempo? —dijo Vivien. Había cogido la taza y, aunque el café hervía, lo bebió a rápidos y decididos sorbos. La otra mujer levantó la vista de la cafetera un momento, como disculpándose si su invitada no había entendido lo que dijo.

—Esperé —volvió a decir.

Por un momento, Vivien miró como si esa vez no hubiera oído. Luego echó a la mujer una gran sonrisa, brillante, aturdida, y volvió a la compañía de los hombres.

ALGO PARA IR TIRANDO

Pensó en ello mientras hablaban de otras cosas, pero lo cierto es que ella no le ayudó en absoluto. Mientras pasaba la mano por la arista del hueso que había detrás del borde de su oreja infantil, del color amarillo-marrón, y subía sus dedos suavemente por los cabellos de la nuca, como si estuviese buscando un síntoma, ella no dijo nada. Sin embargo, estaba escuchando muy atentamente; cuando él calló al final de una suposición o una sugerencia, el silencio de ella hacía que la pausa no fuera decisiva. Tuvo que reanudar lo que estaba diciendo y llevarlo... ¿a dónde?

—«Queremos darte otra oportunidad, pero tú no nos dejas» —imitó él, y dio un chasquido fuerte y gutural, medio irritado, resentidamente gracioso. Por fin sabía que no era porque los hermanos Kalzin fueran judíos por lo que había perdido su trabajo, sino simplemente porque lo había perdido; el acento del señor Solly le pareció de pronto irresistiblemente vulnerable. Había salido de la cárcel tres días antes, después de pasar tres meses preso, a la espera de ser juzgado en un caso político que fue suspendido— él era uno de los que no aceptó salir bajo fianza. Había estado en la cárcel tres o cuatro veces desde 1952; su esposa, Ella, y los hermanos de Kalzin estaban ya acostumbrados. Hasta entonces, sus patronos le habían guardado siempre el puesto hasta que salía. Importaban porcelana y cristal, y él era el empacador principal de un equipo de hombres negros que tenían a su cargo el departamento de envíos.

—Bueno, qué más me da. Ya encontraré otra cosa, ¿no?

Ella dejó el ensimismado examen de la superficie de su piel durante un momento y se encogió de hombros, mirándole. Él sonrió. Los ojos de ella aflojaron su presión como manos que sueltan lo que tienen aferrado. Las puntas de sus uñas presionaban pequeñas imperfecciones en la piel de su nuca. Él se tomó el té y cogió unos trozos de pan para empaparlos; luego se fijó en una lata de sardinas que ella había abierto y rebañó el pálido fondo de aceite en el que flotaban vetas dentadas de plata. Ella le ofreció más té sin decir palabra.

Vivían en una de las tres habitaciones de una casa decente que pertenecía a otra persona; era mejor así, ya que él, con frecuencia, tenía que estar fuera durante largas temporadas. Ella trabajaba en una fábrica de calcetines de punto; no había nadie en casa para cuidar de su única hija, así que la niña vivía con su abuela en una aldea polvorienta y pacífica, a un día de viaje en tren desde la ciudad.

—Me pregunto a qué oportunidades se refieren —dijo él como si no tuviera importancia—. Ya te lo puedes imaginar. Supongo que no me van a dar un despacho con mi nombre en la puerta.

Le habló como si a ella le fuera a hacer gracia la broma. Ella sabía, cuando se casó con él, que era un político; se había sentido orgullosa de él porque no quería nada para sí mismo, a diferencia de los otros jóvenes que conocía, sino todo para el pueblo. Se animó, bajo su influencia, a cambiar la propia conciencia de muchacha negra por la conciencia de pertenecer al pueblo. Sabía que no todo era una limosna, un privilegio conseguido mediante artimañas, una baratija de la que uno se puede apropiar. Ella nunca conseguiría nada de él.

La mano de ella siguió tanteando la piel, como si fuera a llegar pronto, ansiosamente, al defecto, a la enfermedad, a la prueba de que algo malo le pasaba; porque, ese sábado por la tarde, todas las cosas que ella sabía la habían abandonado. Había dejado de entender. Todo lo que podía comprender era la habitación, la niña que crecía lejos, en una casa de barro, y el hecho de que él no podía conservar su trabajo si seguía ausentándose cada dos por tres durante semanas enteras.

—Me parece que debo ir a ver a Flora Donaldson —dijo. Flora Donaldson era una mujer blanca que había puesto un despacho para ayudar a los presos políticos—. Cuanto antes, mejor. Tal vez me pueda encontrar algo para el lunes. Estamos a principios de mes.

Se llevaba bien con aquella gente. Ella había conocido una vez a Flora Donaldson; era una bonita mujer blanca, parecida a una de esas mujeres blancas que mandan automáticamente un rostro negro a la puerta de servicio, sólo que ella no parecía darse cuenta de que era blanca y tú negra.

Él tiró de la cortina que colgaba en un rincón de la habitación y sacó su traje. Era un traje ligero, del tipo que suele relacionarse con los veraneantes en los anuncios de ropa norteamericana; al ponérselo con un sombrero gris de ala estrecha calado ligeramente hacia atrás ofrecía un aspecto juvenil, nervioso, como uno de esos hombrecitos que cantan y se menean delante de un micrófono, y cuya ropa los admiradores intentan tocar como si fuera un talismán.

Él le dio un beso de despedida obligándola a bajar, como si fuera una defensa, lo que estaba cosiendo. Ella había quitado los platos de la mesa, para colocar la máquina de coser, y él vio que los trozos de tela que estaban sobre la mesa eran las piezas de un vestido de niña. Habló de repente:

—¿Y qué pasará cuando los próximos patronos se cansen de ti?

—Cuando se cansen de mí, buscaré otro trabajo; eso es todo.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, muy lento, y su mano volvió a tocarse el cuello.

—¿Quién era? —preguntó Magde Chadders.

Su marido había salido al vestíbulo para contestar al teléfono.

—Flora Donaldson. Me gustaría que explicaras a esa gente exactamente qué clase de fábrica tengo. Es de lo más incómodo. Está intentando encontrar algún trabajo para un tipo, un empacador cualificado. No hay ningún trabajo para un empacador en mi taller, ningún trabajo cualificado que hagan los negros. ¿Qué le puedo ofrecer a ese hombre? Dice que está desesperado y dispuesto a trabajar en cualquier cosa.

Magde tenía las piezas rotas de un cuenco sobre un periódico, encima de la alfombra persa.

—¡Cuidado con el pegamento, querido! Ahí, junto a tu pie. Bueno, siempre es mejor algo que nada. Supongo que es una persona relacionada con el caso de sedición de Soganiland. Tres meses de su vida echados a perder, a la espera de un juicio, y ahora los echan a la calle y que se las arreglen como puedan.

William Chadders no había tenido nunca un amigo negro, ni se había mezclado con gente de color fuera de la relación amo-criado, hasta que se casó con Magde. Pero sus opiniones sobre la inmoralidad y el absurdo de la discriminación racial eran firmes; ella pensaba, con frecuencia, que más firmes que las suyas, porque se apoyaban en la autoridad impersonal de una cierta familiaridad con las opiniones de los grandes pensadores, santos y filósofos, con la historia, la economía, la política, la sociología y la antropología. Ella únicamente sabía lo que sentía. Y siempre hacía algo, inmediatamente, para expresar sus sentimientos. Nunca medía la pequeñez de su protesta personal contra el sistema al que se oponía: había participado, con Flora y otras ochocientas mujeres negras, en una manifestación contra la obligación de llevar pases las mujeres africanas; fuera de la universidad, donde había estudiado, permaneció entre cartelones con mensajes de protestas porque se había aprobado una ley que impedía el acceso a cualquier estudiante que no fuera blanco; tuvo viviendo en su casa durante tres meses a un joven africano que quería escribir y no tenía tranquilidad ni espacio para ello en su reserva. No se paraba a considerar el alcance de las cosas que hacía, y si otros se lo señalaban y sugerían que ya era tiempo de que se decidiera a ponerse del lado de la política o del de la filantropía, no le molestaba, sino que contestaba abiertamente que había tan pocas cosas que se pudieran conseguir, que simplemente aprovechaba cualquier oportunidad para demostrar su indignación ante la discriminación racial. Cuando se casó con William Chadders, sus amigos pensaron que se acabarían sus actividades de protesta; subestimaron no sólo a Madge, sino también a William, quien, aun siendo un acaudalado hombre de negocios, era tan partidario de la libertad absoluta del individuo como cualquier bohemio. Además, no era tan tonto como para querer transformar a la persona que le había fascinado tal como era.

Ella influyó sobre él; y no al contrario; ella, por supuesto, no dudaría en intentar transformar a alguien (¿por qué no?, habría dicho asombrada: siempre que sea para mejor...). La actitud que intentaba cambiar era a sus ojos algo con existencia independiente, y no una simple célula en el organismo de la personalidad, cuya entera estructura tendría que reagruparse alrededor del cambio. Tenía la osadía necesaria para ser inconsciente ante tales consecuencias.

William, por supuesto, no llevaba pancartas por las calles; trabajaba desde arriba,

entre sus principios, precedentes históricos y necesidades económicas, pero los trasladaba de la teoría a la práctica de una forma anónima, ambiciosa y entre bastidores. Era el cerebro y aportaba buena parte del dinero en un proyecto para conseguir que los africanos tuvieran un poder económico más allá de la mera capacidad de consumo, mediante la implantación de una compañía financiera y una empresa de inversiones completamente africanas. Varios amigos políticos de Magde, tanto blancos como negros (al igual que sus actividades, sus amigos eran una mezcla: unos, políticos; otros, filántropos), estaban convencidos de que era poner la carreta de la clase media delante del caballo proletario, pero la mayor parte de los dirigentes africanos estaban a favor del intento, como un apoyo esencial a los movimientos populares a otros niveles: algo con lo que se podía contar al margen del carácter imprevisible de las masas.

A veces, a Magde le hacía gracia pensar que William, al hacer alguna propuesta en alguna reunión en la Sala del Consejo, quince pisos sobre el nivel de la calle, podía conseguir en cinco minutos más que ella en todos sus días con sus actividades —desde seleccionar ropa vieja hasta imprimir manifiestos o llevar a la gente en automóvil durante un boicot a los autobuses—. Sin embargo, eso no vaciaba de significado su vida; sabía que tenía que ver, tocar y hablar con la gente para preocuparse de ella, eso era todo.

Antes de cambiarse de ropa para salir esa noche, terminó de pegar el jarrón chino y se lo enseñó muy contenta. Para ella estaba entero de nuevo. Era uno de un par que tenían que estar juntos, y cuya unidad ilustraba ciertos conceptos filosóficos. William los había comprado hacía mucho tiempo en Londres; para él, el juego estaba estropeado para siempre. No le dijo nada, pero estaba pensando en los jarrones cuando ella le dijo, al arrancar:

—¿Verás a ese hombre el lunes?

Él cambió de marcha deliberadamente, intentando seguirla y dejar de pensar en lo suyo. Pero ella dijo:

—El hombre que va de parte de Flora. ¿Cómo se llama?

Él abrió la mano sobre el volante, indicando que no se acordaba.

—¿Lo vas a ver tú mismo?

—Tendré que dejárselo al capataz para que le busque algo —dijo.

—Sí, ya lo sé. Pero tú también lo verás, ¿no?

La ansiedad de la voz de ella le hizo sentir un gran afecto. Él se volvió y sonrió recelosamente:

—¿Por qué?

Ella se sintió incómoda ante su indulgencia. Dijo, franca y lisonjera:

—Sólo que lo veas. Ya sabes. Que se dé cuenta de que te preocupas por él y que sabes que el trabajo no vale mucho.

—Muy bien —dijo él—. Lo veré yo mismo.

Quedó con ella en la ciudad después de salir del trabajo, el lunes, y fueron a la inauguración de una exposición de pintura, a cenar y al teatro con unos amigos. Él no había estado en casa en todo el día hasta que volvieron pasada la medianoche. Era una noche veraniega; se sentaron durante unos minutos en la terraza, donde aún quedaba cierta tibieza del calor diurno, que emanaba de los muros en la oscuridad, y bebieron jugo de lima y agua para apagar la sed que el vino y el teatro atestado les había provocado. Magde dio jadeos y gruñidos de placer por sentirse liberada de las presiones de la compañía y del ruido. Luego se quedó quieta durante un rato; su voz se alzaba de vez en cuando con fragmentos de comentarios inconexos sobre la tarde, el piar ocasional de un pájaro que ya tenía la cabeza bajo el ala en plena noche.

Cuando entraron en la casa se sintieron libres de la tarde. Su vestido negro, sus pendientes y pulseras cayeron como disfraces; se deshizo del personaje y se sentó en la alfombra del dormitorio; al pasar a su lado, él dijo:

—Ah, ese hombre de Flora ha venido hoy, pero no creo que dure mucho. Le expliqué que no tenía la clase de trabajo que buscaba.

—Bueno, ¿qué más podías hacer? —dijo ella inquisitivamente.

—Sí —dijo él con aire de disculpa—. Pero me di cuenta de que no le gustaba mucho la idea. Es para un trabajo de limpieza, que no es lo suyo. Es un tipo inteligente. No me hizo gracia ofrecerle tan poco.

Ella estaba junto al tocador, apilando el contenido de su bolso de mano.

—Entonces, estoy segura de que lo entenderá. Tendrá algo por el momento, querido. No es culpa tuya si no necesitas el tipo de trabajo que él sabe hacer.

—Ya, no va a durar. Me di cuenta de ello. Lo aceptó, pero sólo con un movimiento de cabeza. Se hartará. Probablemente no aparecerá mañana. Tuve que decirle algo también sobre la insignia del Congreso. El capataz vino a verme.

—¿Qué pasa con su insignia del Congreso?

Él se estaba desabrochando la camisa y sus ojos se posaron sobre el periódico de la tarde, que aún no había leído y estaba doblado sobre la cama.

—La llevaba puesta —dijo él distraídamente.

—Lo sé. Pero ¿por qué tenías que hablarle de eso?

—La llevó puesta todo el día en el taller.

—¿Y qué? ¿Qué pasa por eso?

Estaba sentada ante el tocador, con las piernas abiertas, como si se hubiera sentado pesada y repentinamente. No le miraba a él, sino a su propio rostro.

Él apartó el periódico y sacó el pijama de debajo de la almohada. Vulnerable y desnudo, dijo con aire de autoridad:

—No se puede llevar una insignia así cuando estás con los hombres en el taller.

—¡Por Dios! —dijo ella casi aliviada, riéndose, reculando en el límite de la tensión, burlándose para que dejara de mostrarse solemne—. ¿Y por qué no va a poder?

—Porque no puedes tener a una persona que representa claramente a una organización política como el Congreso.

—Pero no está ahí representando nada, está como simple trabajador, ¿no? —en su boca se notaba un movimiento a medias sofocado entre la risa y los nervios.

—Exactamente.

—Entonces, ¿por qué no puede llevar una insignia que muestre su pertenencia a una organización en su vida privada, fuera del taller? No hay reglas que prohíban llevar alfileres de corbata, insignias de clubes o algo por el estilo en el taller, ¿no?

—No, no hay nada. Pero no es exactamente lo mismo.

—Querido —dijo ella—, sí que lo es. El capataz no tiene por qué meterse en si un hombre lleva una insignia del Rotary Club, de Elvis Presley o del Congreso Nacional Africano. Eso es asunto de cada cual.

—No, Magde. Lo siento —dijo William con paciencia—. No es lo mismo. Yo puedo darle un trabajo a un hombre porque simpatizo con la lucha en la que está comprometido, pero no puedo meterle en el taller como hombre del Congreso. No sería jugar limpio con Fowler. No puedo hacerle eso —sonreía mientras caminaba hacia el cuarto de baño, pero su perfil al volverse para entrar por la puerta, era incisivo.

Ella estaba sentada junto al tocador, pasándose el peine, peleando con el pelo enmarañado. Luego descansó su rostro en las palmas de las manos, se miró y se dio cuenta de la curva del hueso como el borde de una concha, en torno a los ojos. Cada uno tiene su indicio de la muerte. Para ella, era sentir el hueso bajo la piel del rostro de cualquier criatura viviente; le traía el mensaje de la calavera. Una vez vaciado de esto, ¡fuera el

mundo también! ¡Para lo que vale! Vale mucho, el mundo, se dijo, como siempre hacía —la vida subía por ella como un pez que abre sus mandíbulas para atrapar una mosca—. Vale mucho, suspiró, y se puso de pie.

Fue al cuarto de baño y se sentó en el borde de la bañera. Él yacía allí, en el agua, la barbilla descansando sobre el pecho, y le sonreía. Ella le dijo:

—¿Es porque no quieres que se entere Fowler?

—¡Ah! —dijo él al ver que empezaba de nuevo—. ¿De qué no quiero que se entere Fowler?

—No quieres que tu socio sepa que cueles negros con ideas políticas en vuestro taller. Impertinentes cafres agitadores. Sobre todo un hombre que ha estado en la cárcel por incitar a la gente a desafiar al gobierno. ¿Cómo se llama? No me lo has dicho.

—Daniel no sé qué. Mongoma o Ngoma. Algo por el estilo.

Una arruga como una herida apareció entre las cejas de ella.

—¿Por qué no puedes recordar su nombre? —prosiguió hablando en seguida—. No quieres que Fowler sepa cómo piensas, ¿no es eso? ¿Tengo razón? ¿Quieres fingir que eres igual que él, que crees que los nativos deben estar en su sitio? Quieres fingirlo para que Fowler esté contento. No quieres que Fowler piense que estás loco, que eres un comunista o algo por el estilo; lo que la gente rica y simpática como el viejo Fowler piensa acerca de personas como nosotros.

—No me importa en absoluto lo que Fowler piense, fuera de nuestra Sala de Consejos. Y dentro nunca piensa nada más que en cómo vender más maquinaria para remover la tierra.

—Es decir: no tengo nada contra los nativos con tal de que estén en su sitio. Tú quieres que él piense que estás de acuerdo con todo eso —hablaba en voz alta, pero parecía hablar consigo misma en lugar de hacerlo con él.

—Fowler y yo dirigimos una fábrica. Nuestro único interés común es que la fábrica funcione con eficacia. Lo único. La fábrica depende de una mano de obra negra, estable y satisfecha, y la tenemos. De acuerdo, tú y yo sabemos que el nivel de los salarios para los negros es ínfimo, vale. Sabemos que no tienen sindicatos legales que hablen en su nombre, vale. Sabemos que las condiciones en que viven hacen imposible que sean estables. Etcétera. Pero el hecho es que, dados los niveles aceptados en este país de locos, son una mano de obra estable y satisfecha, con mejores condiciones laborales que la mayoría. Mientras yo sea socio de un negocio que vive de ellos, yo no puedo, oficialmente, admitir un elemento que representa la insatisfacción con la suerte que corren.

—Una insignia verde con un mapa de África —dijo ella.

—Si has decidido no comprender, no lo harás y ya está —le dijo él con indulgencia.

—Le das un trabajo, pero le haces esconder su insignia del Congreso.

Él comenzó a enjabonarse. Ella quería que nada se moviese mientras indagaba; no podía seguir mientras quedara un comentario sin explicar o un problema sin resolver, sólo que él representaba un principio que ella defendía pero que encontraba difícil seguir: que la vida tenía que continuar, trivial, mediocre, el dobladillo desprendido del único poder que valía la pena agarrar. Ella alisó la tela de su camisión por encima de la forma de sus rodillas una y otra vez, y de pronto dijo, en el mismo tono de declaración que había empleado antes, el tono llano que representaba la cima de su beligerancia:

—El puede decir y hacer lo que quiera, puede pedir huelgas, boicots y lo que quiera fuera de la fábrica, pero no debe llevar su insignia del Congreso dentro de la fábrica.

Él se puso en pie mientras lavaba el cuerpo lleno de cicatrices; las conocía todas, desde el lugar en su pecho izquierdo donde había entrado un trozo de metralla, hasta el de detrás del brazo, donde le había rajado una alambrada con púas cuando era niño.

—Sí, por supuesto, lo que él quiera.

—Sí, cualquier cosa, menos su propia estimación —gruñó para sí misma—. Fingir, fingir. Fingir que no pertenece a una organización política. Fingir que no quiere ser un hombre. Fingir que no ha estado en la cárcel por sus ideas —de repente habló con su marido—. Le dejas tener de todo menos lo que verdaderamente vale la pena.

Estaban de pie, incómodamente próximos en la estrechez del cuarto de baño. De repente fueron conscientes el uno del otro, como sólo lo son las personas que viven en la intimidad cuando la hostilidad sitúa a cada uno en los confines de sí mismo. Él se sintió desnudo ante ella cuando salió y pisó la alfombrilla, así que cogió una toalla y se tapó lentamente, atándose sobre el vientre. Ella se sintió una intrusa y salió en silencio.

A ella le hormigueaban las manos como si estuviera recuperándose de un desmayo. Comenzó a caminar por el dormitorio como alguien que espera a que le llamen para rendir cuentas. Lo olvidará, siguió pensando, muy rápidamente, lo volverá a olvidar. Toma un poco de agua. Lee otro capítulo. No te pares. Deja que las cosas sigan su curso. Disimula. Adelante.

Pero cuando él entró en la habitación, con los cabellos mojados y peinados y su rostro de extraño, y le dijo: «estás enfadada», de los labios de ella salió como un pájaro negro que llenara la habitación, antes de que ella pudiera entender lo que acababa de decirle:

—No estoy enfadada. He comenzado a conocerte.

Ella Mngoma sabía que él iba a una reunión esa tarde y no esperaba que llegara

temprano. Colocó la lámpara de petróleo sobre la mesa para tener mejor luz y terminar el vestido de la niña. Cuando él llegó a las diez y media, lo había terminado, botones incluidos.

—Bueno, ahora vamos a ver lo que pasa. Les he convencido para que acepten, en principio, que no estamos dispuestos a pagar las fianzas. Debías haber visto la cara que se le puso a Ben Tsolo cuando dije que prestamos nuestro dinero al gobierno sin intereses al pagar las fianzas. Eso le chocó. Ese es el lenguaje que entiende —se rio, pero no parecía querer sentarse, todavía animado por la reunión—. En principio, es fácil de aceptar, pero luego ya veremos.

Ella encendió el infiernillo y puso a calentar un cazo de comida para él.

—¡Ah, qué bonito! —vio el vestido—. ¿Ya lo has terminado?

Ella dijo que sí con la cabeza, muy contenta; pero en seguida se fijó en que el dedo índice de él pasaba suavemente sobre la trenza del cuello, y los restos de fracaso que siempre encontraba en el fondo de su taza amargaron de nuevo su lengua. Probablemente, él ni siquiera se dio cuenta de ello, o tal vez su instinto de lo que era genuino —la plomada, el reborde de la moneda— le llevó distraídamente hacia ello, pero el hecho es que había hecho una chapuza en el cuello.

Tenía una delicadeza casi oriental para no importunarle y esperó a que se lavara y se sentara a comer para preguntarle:

—¿Qué tal el trabajo?

—Ah, eso —dijo él—. Fui.

Comía con rapidez, pasando con fuerza la lengua por la boca para coger los trozos de carne que se habían escapado entre los dientes. Ella estaba sentada con él, disfrutando, a su pesar, de los restos de satisfacción del trabajo que había hecho por la tarde.

—¿No lo conseguiste?

—Me consiguió *a mí*. Pero yo me libré de nuevo.

Ella le miró a la cara para ver lo que quería decir.

—¿No quieren que vuelvas mañana?

Él negó con la cabeza, no, no, no, para contener la irritación de sus suposiciones. Terminó su bocado y dijo:

—Todo fue muy bonito. El jefe me llevó a su despacho, se disculpó por el salario, sabe que no es la clase de trabajo para el que estoy cualificado, etcétera. Salí y limpié el

taller de montaje. Luego, a la hora de almorzar, me llamó de nuevo a su despacho: no quieren que lleve mi insignia del C.N.A. en el trabajo. El comprensivo hombre blanco de Flora Donaldson, que me va a hacer el gran favor de pagarme tres libras a la semana —se echó a reír—. ¿Qué te parece?

Ella le siguió mirando. Sus ojos se abrieron como platos y su boca se tensó; intentaba dominarse para poder decir algo, para no llorar. A él le exasperaba la idea de las lágrimas y la detuvo con una mirada firme, casi beligerantemente inquisitiva. La mano de ella rozó el cuello por debajo del borde del vestido, explorándolo ansiosamente.

—¡No hagas eso! —dijo él—. Eres como un mono despiojándose.

Ella bajó rápidamente la mano y rompió a sudar. Comenzó a respirar histéricamente:

—¡No puedes guardártelo en el bolsillo al menos un día! —dijo ella enfurecida, burlándose de él, con rencor.

Él se levantó de la mesa de un salto:

—¡Cristo! ¡Sabía que lo ibas a decir! ¡Esperaba que lo dijeras! ¡Llevas cinco años esperando a decirlo! Bueno, pues ahí está. Dilo. Escúpelo.

Ella comenzó a quejarse suavemente, como si él la estuviera pegando. El impulso de crueldad le abandonó y se sentó ante su plato sucio, donde su cuchara abollada yacía entre trozos de cartílago y de patata. En seguida dijo:

—Sales y piensas que todos te esperan. La verdad es que no hay nadie. En la cárcel piensas con claridad porque no tienes nada que perder. Fuera, nadie piensa con claridad. No quieren escucharte. ¿Qué vais a hacer entre todos conmigo, Ella? ¿Enviarme de vuelta a la cárcel a la mayor velocidad posible? A lo mejor, la próxima vez me destierran. Puede ser. Eso es lo que tenéis para mí. Debo estar siempre ocupado con este tipo de cosas.

Se acercó a ella y le dijo, con voz amable y bondadosa, amasando su hombro con los dedos separados:

—No llores. No llores. Eres como las demás mujeres.

(De No para publicarlo)

UN GRUPO DE CARAS RISUEÑAS

Cuando Kathy Hack tenía dieciséis años, su madre la llevó a la playa de Ingaza para pasar las vacaciones de Navidad. Los Hack vivían en una comarca del Transvaal Oriental, dedicada al cultivo de cítricos, y Kathy era hija única. «El señor Hack no permitió que pusiera mi vida en peligro por segunda vez», confió en seguida cuando las señoras comentaron, como de costumbre, que una hija única lleva una vida solitaria. De todas formas, la señora Hack solía añadir que ella y su hija eran como hermanas; y era cierto que desde que Kathy había dejado el colegio, el pasado año, había llevado la misma vida que su madre, acompañándola a sus reuniones y tés de la tarde, a lo que se dedicaban las damas de la comunidad.

Una comunidad de hombres de negocios y funcionarios de las minas ya jubilados de Johannesburgo, que habían adquirido granjas frutícolas para dar un barniz de productividad a su ocio. Solían vestir de lino blanco y habían creado un selecto ambiente de club de campo en la aldea adonde iban a hacer sus compras. El señor Hack tenía allí una farmacia, pero él también estaba semijubilado y pasaba sus tardes en el campo de golf o en el club.

La aldea parecía un lugar de vacaciones, con sus deslumbrantes edificios blancos y una calle ancha que olía a flores; los árboles tropicales arrojaban sombra y pétalos, y la buganvilla trepaba por las paredes del hotel.

No era un descanso lo que la señora Hack buscaba en la costa, sino un poco de alegre y joven compañía para Kathy. Naturalmente, había pocas personas de menos de cuarenta y cinco años en la aldea, y casi todos tenían hijos mayores que o bien estaban casados o bien trabajaban fuera, en las ciudades. No se podía esperar que la señora Hack se separara de Kathy —«después de todo, es mi única hija», explicaba—, pero, desde luego, entendía que la muchacha debía disfrutar de vez en cuando de la compañía de otros jóvenes. Así que hizo las maletas y emprendió el viaje de dos días hasta la costa, por el bien de Kathy.

Viajaron en primera y la señora Hack amenazó en broma al señor Van Meulen, el jefe de estación, con terribles consecuencias si no les conseguía un departamento para ellas solas. Sin embargo, aunque había insistido en que quería leer un libro en paz y no tener que molestarse hablando con otra mujer, apenas había salido el tren principal de la estación de Johannesburgo cuando ella y Kathy se abrieron paso por los pasillos hasta el vagón-restaurante, y mientras tomaban té, la señora Hack se enfrascó inmediatamente en una conversación con la mujer de la mesa de al lado. Se quedaron allí casi toda la tarde; Kathy miraba por la ventana, a través del cristal empañado por el calor humano y el vapor de las teteras, en el que había escrito su nombre con el dedo índice y abierto un portillo con el puño, mientras su madre hablaba alegre y confiada a sus espaldas: «... sí, es un lugar maravilloso para los jóvenes, según me han dicho. Los chicos lo pasan muy bien ahí. Por

supuesto, lo que quieran, bailar todas las noches. Muchos chicos de su edad, eso es... No me importa, quiero decir que estoy encantada de charlar media hora y luego irme a la cama...».

Kathy no podía imaginarse qué era eso de iniciarse en la vida de los chicos de su edad que su madre había previsto para ella; pero su madre lo sabía todo y la idea se encendió dentro de la muchacha como una habitación preparada, con las cosas ordenadas y a la espera... Pronto —muy pronto, cuando llegasen, cuando todo empezara—, la vida se instalaría en la habitación.

Iba a descubrir que era joven —cuando era niña solía preguntar: ¿qué es ser mayor?—. Ya era demasiado mayor para rebajarse a hacer preguntas, pero ¿cómo es en el fondo eso de «ser joven»? ¿Por qué se dice tanto «¡ah, esa juventud...!»? ¿Qué se supone que debía sentir? A la habitación iluminada acudirían jóvenes de su edad, que le transmitirían la secreta condición de esa edad, el baile, la diversión.

Tenía una vaga idea de lo que esa diversión podía significar; ya había bailado antes, por supuesto, en los bailes mensuales del club, sintiendo en su oreja el extraño resuello de sus maduras parejas, a las que el whisky hacía jadear. Y la diversión, ¿qué era la diversión? Cuando intentó pensar en ello vio un contorno borroso, un conjunto de rostros sonrientes, los rostros entre los globos de una película sobre los Carnavales, una multitud de rostros y ojos brillantes, como frutas escarchadas, cogiendo una botella de Coca-cola en una valla publicitaria de la carretera.

El viaje transcurrió con el sonido de fondo de la voz de su madre. Cuando no hablaba, levantaba la vista de la calceta y sonreía a Kathy como si le recordara algo. Pero Kathy no necesitaba que le recordasen nada; pensó en los siete vestidos nuevos y los tres pares de pantalones cortos que llevaba en el baúl del vagón de equipajes.

Cuando subió ruidosamente las polvorientas persianas del vagón por la mañana y vio el mar, toda la antigua y feroz alegría de su niñez estalló durante un momento —la visión le devolvió el rizar del agua en tomo a sus tobillos y la sensación particular, en sus manos, de un palo de madera que levantaba un poco de arena mojada—. Pero en seguida desapareció. Era el pasado. Durante el resto del día contempló cómo el mar se acercaba y desaparecía, se acercaba y desaparecía, mientras el tren avanzaba y se alejaba de la costa a través de los matorrales verdes y la caña de azúcar, y no era más consciente de ello que su madre, que, sin moverse, había hecho el reconocimiento simbólico que Kathy le había oído año tras año, cuando era niña: «Ah, puedo oler el mar».

El hotel estaba lleno de madres con sus hijas. Los jóvenes, en su mayoría estudiantes, habían llegado en grupos de dos o tres. Las madres se mantenían «muy al margen», como había comentado entusiasmada la señora Hack; en realidad se mantenían en su confortable coto para personas mayores —la terraza y el salón de juegos de cartas— y en su horario de adultos: un rápido desayuno a hora temprana, antes de que los jóvenes, que madrugaban mucho, llegaran alborotando al comedor; un paseo o una charla, seguidos por un baño rápido y una rápida retirada desde el calor de la playa hasta la frescura del hotel;

una larga siesta por la tarde; una partida de *bridge* por la noche.

Cualquier joven que permaneciera entre ellos algo más de lo que se tarda en dar un beso y soltar un descuidado adiós, recibía sonrisas tolerantes y comentarios jocosos que no ocultaban un sentimiento de que la chica debía marcharse —¿no estaba allí para divertirse?—. Durante los primeros días, Kathy aguantó estoicamente esa actitud; no conocía a nadie y parecía natural que acompañase a su madre. Pero su madre hizo amistades en seguida y Kathy se convirtió en un pegote, algo que su ética de colegiala le había enseñado a despreciar. Ya no seguía a su madre a la terraza. «Bueno, ¿a dónde vas, querida?». «Subo a cambiarle». Ella y su madre se detuvieron en el vestíbulo; su madre sonreía como si entreviera el panorama de placeres mañaneros de la juventud. «Bueno, no llegues tarde para el almuerzo. La mejor ensalada desaparece en seguida». «No, no llegaré tarde». Kathy subía tranquilamente la escalera bajo la mirada de su madre.

En la habitación, que compartía con su madre, se desvistió lentamente y se puso su bañador nuevo, su nuevo sombrero de paja italiano, las sandalias nuevas y el nuevo albornoz de colores vivos, estampado con caballitos de mar. El disfraz funcionaba perfectamente, veía en el espejo a una chica joven como las demás y sentía la bendita emoción de pertenecer a ese mundo. Ese era el mundo para el que la habían educado, y ahora, al parecer, había llegado el momento de asumir su papel. Era un prodigio para ella, como para una novicia colocarse su capucha medieval sobre la cabeza rapada y de pronto convertirse en monja.

Bajó a la playa y se quedó tumbada toda la mañana, cerca, pero sin formar parte, de los grupos de chicos y chicas que se amontonaban en unos doscientos metros, yaciendo en grandes círculos irregulares que se rompían y se rehacían tras carreras y gritos y la inquieta ida y venida de los que siempre se cubrían de arena para justificar mejor su incursión en el mar o salir del agua para reposar la cabeza mojada en el caliente regazo de alguien. Nadie le habló, salvo dos grandes patanes que chocaron con sus tobillos y exclamaron roncamente: «¡Oye, perdona!». Pero no se sentía del todo sola; tenía la satisfacción de saber que, al menos, estaba donde tenía que estar, en la playa, con la gente joven.

Cada día llevaba un vestido nuevo o los pantalones cortos y ceñidos —más un equipo que un atuendo— que le habían comprado. El tiempo era lo suficientemente húmedo y caluroso como para que su madre, sentada en la sombra profunda de la terraza, lo llamara maravilloso. Cuando, en ciertos momentos, llegaba esa pausa que se produce en la respiración del mar, la música del salón de té de la playa subía ondulando hasta el hotel, y por la noche, cuando se estaba en pleno baile, el volumen de la música y las voces se unían al volumen del sonido de las olas, de modo que, echada en la cama, en la oscuridad, podías imaginarte bajo el mar, propagándose con las olas el oscilante tañido de campanas hundidas, y los gritos de los ahogados resonando desde las profundidades, mucho después de que hubieran tocado fondo en silencio.

Intercambiaba sonrisas con las demás muchachas en las escaleras; jugó al tenis en parejas; pero esos encuentros la abandonaban de nuevo, de la misma manera que la habían cogido —apenas recordaba el musitado intercambio de nombres, y sus dueñas desaparecían

en la anónima multitud de piernas desnudas y sandalias que llenaban el hotel—. Al cabo de tres días, un joven la invitó a bailar en el Coconut Grove, un desvencijado bungalow asentado sobre pilastras en la laguna. Iba a ser una fiesta con ocho o más personas, no sabía bien.

La idea agradó a su madre; era ese tipo de veladas que le gustaba para Kathy, una alegre pandilla de jóvenes y nada de esa tontería de marcharse «en parejas».

El joven trabajaba en el negocio de su padre: venta de té al por mayor. «¿Estás en la Universidad?», le preguntó, pero no mostró mayor interés por la vida de ella una vez que le hubo contestado. El estilo de baile en Coconut Grove era enérgico y las pisotadas hacían salir de las maderas una especie de polvillo de talco. Las luces parpadeaban, como si fuera el atardecer. Cumplidamente, de vez en cuando, el rostro del acompañante de Kathy —que se llamaba Manny, tenía una nariz esponjosa y mostraba unos dientes pequeños y muy separados en su amplia sonrisa— se le acercaba a través de esa brillante polvareda para bailar con ella. Bailaba con todas las chicas por turnos, sacándolas y devolviéndolas al círculo con evidente alegría y una feliz ausencia de discriminación. En los intervalos, otros muchachos de la fiesta sacaron a bailar a Kathy; a veces, otro más osado, de otra fiesta, llegaba, pasaba sus ojos por las chicas y escogía una al azar, sólo para demostrar su desenvoltura. Kathy se sentía indefensa. Aquí y allá había chicas que no pertenecían al grupo, muchachos que daban vueltas en plan de caza simplemente porque había que bailar con una chica.

Un muchacho y una muchacha se sentaron con las manos apenas cogidas y se levantaban de vez en cuando para bailar, sin perder ese tenue lazo que les unía. También hablaban. Se oían carcajadas y algunos duelos verbales en la mesa donde se sentaba Kathy. Pero ella se dio cuenta de que apenas había hablado en toda la noche. Cuando volvió a casa y se metió en la cama sigilosamente, en la oscuridad, para no despertar a su madre, estaba sin aliento de bailar durante toda la noche, se sentía como si hubiese recorrido una larga distancia, a solas, sin más compañía que algunos fragmentos de voces recordadas.

Hizo todo lo que hicieron los demás, despertándose cada día como si tuviese que asumir una tarea. Había olvidado cuánto deseaba aquellas vacaciones; eso pertenecía a otra vida. Había desaparecido, tan cierto como el mar acostumbraba a irse. Él mar era un choque de inmersión en agua fría, nada más, en la mañana de arena caliente, de cueros pegajosos, humo de cigarrillos, risas y bromas. Pero en su interior había algo perturbador, parecido a la sensación de espesor que se tiene cuando no se puede saborear nada debido a un catarro. Deseaba romper el automatismo con que realizaba los gestos de placer. En ella había una desesperada necesidad de ser joven, de conseguir, y no simplemente fingir, lo que se esperaba de ella.

La gente entraba y salía de la vida del hotel, y su marcha pasaba casi inadvertida. Les sustituían otros iguales o que llegarían a serlo, tal como los que se prestan a la ejecución de un rito habitan una personalidad y unas acciones conservadas en la inmutable continuidad del propio rito. Estaba tumbada en la playa, en medio de una multitud, cuando un joven, dejándose caer a su lado, torció rápidamente la cabeza para ver si le había echado arena en el rostro, pero sin hablarle. Ella le había visto un par de veces antes; hacía dos o

tres días que se hospedaba en el hotel. Era uno de esos jóvenes que llaman la atención; apenas se sentaba, fumando indolentemente, abordando a alguna chica con exagerados piropos y suprema indiferencia, se levantaba de pronto para dejarse caer en otro grupo. Y se le veía manejarse con esa misma desenvoltura e intimidad, de manera que los del primer grupo se sentían a la vez desairados y llenos de admiración. Él no dependía de nadie; regalaba o retenía su presencia según su antojo, y los ánimos de cualquier reunión se animaban un poco cuando estaba él, simplemente porque su presencia era siempre inesperada. Había perfeccionado el arte, de moda entre los chicos ese año, de convencer a una chica de que era su preferida, de que estaba «loco por ella», y luego, en el momento en que ella se lo tomaba en serio, destruía su confianza con una mirada o una frase para que se diera cuenta de que eran imaginaciones suyas.

Kathy no se sorprendió de que no le hablara; sabía perfectamente que ella no pertenecía a esa clase de chicos y chicas que compartían de verdad la vida, aunque hacia afuera parecía como si todo el mundo participara. Iba a hacer mucho calor ese día, el mar había adquirido un profundo e intenso color azul, y el cielo, ese aspecto de gasa de un espejismo. El joven, que estaba parcialmente de espaldas a ella, llevaba un bañador mojado, y ella, tumbada, podía ver, a la altura de sus ojos, cómo iba dibujándose un mapa de salitre que emergía blanco contra la tela azul a medida que esta se secaba. Él estaba enzarzado en una discusión, y sus movimientos hacían que su cuerpo desprendiera un olor a aceite. La discusión concluyó y luego, buscando una nueva distracción, hubo una emigración general hacia el salón de té de la playa, adonde el grupo iba todos los días para tomar unos burbujeantes refrescos de color y bailar, en sus trajes de baño, con la música de un gramófono. Era la desordenada procesión de siempre: «¿No venís, chicos?» —la voz nasal y quejica de una muchacha—. «Espera un segundo, ¿dónde están mis gafas?...». «Vale, pero, hombre, no tienes por qué arrastrarme». «¡Mira lo que has hecho!». «Muchas gracias, pero no quiero más ampollas, sobre todo después de lo de anoche...». Kathy se quedó tumbada mirándoles mientras se iban, siguiéndoles sin prisa. De repente hubo un espacio arenoso ante ella, pisoteado y revuelto, pero vacío. Sintió el calor del sol en su hombro derecho, que hasta entonces había sido protegido por la presencia del joven, que se había levantado para seguir a los demás. Se quedó echada como si no oyera cuando él apareció de pronto ante ella y le dijo bruscamente: «Vamos a dar una vuelta». Los ojos de ella se movían ansiosamente. «Vamos a dar una vuelta», dijo sacando de la boca una pipa vacía que chupaba. Ella se incorporó; dar un paseo era algo que no había hecho antes y no estaba segura de poder hacerlo.

—Sé que te gusta pasear.

Recordó que cuando ella y unos cuantos más entraron renqueando en el hotel la tarde anterior, él estaba en la mesa de recepción, buscando algo en una guía.

—De acuerdo —dijo ella, sumisa, y se levantó.

Caminaron juntos bastante animadamente por la playa. A la orilla del agua hacía más fresco. También hacía más fresco lejos de la parte atestada de la playa, que pronto dejaron atrás. Cada vez que abría los labios para hablar, le entraba una bocanada de aire

fresco. Él no perdía el tiempo hablando por hablar, ni siquiera se preocupó por intercambiar los nombres. (A lo mejor, a pesar de su aire de sofisticación, no era lo bastante mayor como para saber hablar por hablar. Kathy sí tenía cierta experiencia, como unas canas prematuras, que no le servían de nada allí, en la playa de Ingaza). Él era una de esas personas cuya conversación es un monólogo interior que de vez en cuando resulta audible para los demás. Había un barco que parecía una etiqueta pegada en el mar, cortado a la mitad por el horizonte, y él empezó a especular sobre ello, su tamaño en relación con la distancia, interrumpiéndose con comentarios de cualquier tipo, escéptico con respecto a sus especulaciones, que a veces no terminaba. Habló de algo que unos anónimos «ellos» habían hecho en el «laboratorio»; ella, aprovechando la oportunidad, entró en la conversación para preguntarle:

—¿Qué haces?

—Voy a ser farmacéutico.

Ella se rio, encantada:

—¡Igual que mi padre!

Pasó por alto esa revelación y prosiguió comparando el funcionamiento de un MG deportivo de gasolina normal con el del mismo modelo con una gasolina especial experimental.

—Es una estupidez —dijo súbitamente, dejando a un lado el tema por frívolo—. Son unos locos dando vueltas sin sentido. ¿Y para qué?

Mientras caminaba iba haciendo un chasquido rítmico con la lengua contra el paladar, siguiendo la melodía de una canción que rondaba su cabeza. Ella le hablaba intermitentemente y con cortesía, pero la única parte de su conciencia alerta percibía marginalmente que él caminaba por aquel trozo de arena resplandeciente y arremolinada sin intentar evitar pisar las docenas de pequeñas criaturas de conchas espirales, que se sumergían rezumantes en el fango cuando se acercaba una sombra.

Llegaron hasta el promontorio rocoso donde terminaba la playa. Las rocas eran rojas y lisas, lomos de bestias benignas con el calor de los siglos; luego, una grieta negra muy abierta, dentada, con conchas en forma de turbantes, tan pequeñas y ásperas como migas, que pasaba por una plataforma rocosa que se inclinaba hacia el mar siseante. Un chiquillo que estaba allí pescando se volvió a mirarles durante unos instantes, tal vez esperando que fueran a ver lo que había cogido. Pero al llegar a la grieta, el acompañante de Kathy se detuvo y se fijó en ella; parecía que le ocurriera algo; hubo una leve sugerencia de pausa, y el reflejo de una sonrisa ablandó la comisura de su boca. La levantó en vilo con cierto esfuerzo y la pasó al otro lado. Cuando la dejó en el suelo, ella observó sus ojos despreocupados y, bajo su mirada, se transformaron asumiendo la expresión protectora y preocupada de una persona mayor que ha levantado a un niño en el aire. La siguiente vez que llegaron a un obstáculo, él se detuvo de nuevo, estirando su cabeza como si se tratara

de una seca orden, y la volvió a levantar, aunque ella podía haber franqueado el boquete por sí sola. Esta vez se echaron a reír y ella examinó su brazo cuando él la soltó.

—Es horrible cuando te cogen así, sin avisar.

Se sintió repentinamente a gusto y quiso quedarse entre los charcos de las rocas, metiendo los dedos en el agua templada a la busca de algas y estrellas de mar, que sentía al tacto, como se atrevió a decirle, exactamente como la lengua de un gato.

—No me hago idea —dijo con cierta amabilidad—. No tengo gato. Vámonos.

Y volvieron hacia la playa. Pero ante cualquier cosa que pudiera parecerse a un obstáculo, la levantaba sin cuidado y la ponía a salvo. Él no volvió a reír, ni ella tampoco; parecía un juego muy serio, caballeresco. Cuando bajaron de las rocas, ella entró corriendo en el agua, se lanzó contra una ola y luego volvió en volandas hacia él, con los habituales tiritones y chillidos, quejándose del frío. Él la pasó la palma de la mano por su espalda desnuda y dijo con desagrado:

—¡Ah! ¿Por qué has hecho eso?

Y así volvieron a la parte habitada de la playa y tomaron el sendero hacia el hotel, volviendo lentamente a aquel estado de anonimato, a esa proximidad sin contacto que pertenecía a la multitud. Lo que era cierto es que ella no sabía su nombre y no quería preguntárselo. Sin embargo, cuando pasaron delante del salón de té de la playa y oyeron el arrastrar de los pies desnudos y arenosos que acompañaban el gemido de una canción, tuvo una repentina visión amistosa de los bailarines.

Después del almuerzo era el único momento en que los jóvenes se adueñaban de la terraza. Los adultos estaban echando la siesta. Había una ley escrita que prohibía que los jóvenes durmieran la siesta; admitir que se tenían ganas de dormir hubiera sido perder la idoneidad para pertenecer al grupo de los jóvenes.

—¿Estás loco, o qué? —la enervación producida por haber estado expuestos al sol durante el largo y caluroso día proseguía sin remisión.

Hacía tanto calor, incluso a la sombra, en la terraza, que parecía aumentar la gravedad; las piernas se estiraban con más peso del habitual sobre las sillas de enea, los pies descansaban pesadamente como los pies monolíticos de ciertas estatuas. El joven se sentó junto a Kathy, encendiendo constantemente su pipa; no sabía si se aburría con ella o si buscaba su compañía, pero ahora le hablaba con monosílabos, y su laconismo era el propio de una larga familiaridad. Pasearon distraídamente por el jardín, donde el calor era aún peor. Había buganvillas, como las de su casa, en el Transvaal Oriental —un cúmulo grande y áspero de púrpura, flores como de papel, sin olor ni textura, un simple color de vidriera a través del cual la luz brillaba con violencia—. Tres jóvenes pasaron, balanceando sus raquetas y con los ojos entrecerrados, hacia las canchas de tenis. Alguien gritó:

—¿Habéis visto a Michy y a los otros?

Luego, la terraza y el jardín quedaron desiertos. Él estaba tumbado con los ojos cerrados sobre la áspera hierba y acariciaba su mano —sin darse cuenta, según ella creyó entender—. Nadie la había acariciado antes, pero no se alarmó porque le pareció un gesto de lo más sencillo, como tocar a un gato o a un perro. Ella y su madre eran grandes lectoras de novelas y sabía, por supuesto, que había una gran variedad de caricias —de los cabellos, los ojos, los brazos y hasta los pechos— y una inmensa gama de sentimientos relacionados con ellas. Pero esa sencilla caricia la resarcía del calor; tenía tal calor que no era capaz de respirar con los labios cerrados, y en su rostro había una sonrisa de verdadero sufrimiento. El zumbido de una mosca alrededor de su cabeza, el movimiento de una hormiga roja de largas patas sobre la tierra rojiza, bajo la hierba, le hizo darse cuenta de que no había voces ni personas cerca; sólo la doble presencia de ella y el desconocido que respiraba a su lado. Él se apoyó en el codo y rápidamente puso sus labios entreabiertos en la boca de ella. No le dio tiempo a sentir sorpresa ni timidez, porque la retuvo con su boca húmeda y calurosa; su instinto de resistir el beso con alguna parte de sí misma —la inhibición, la inexperiencia— se apagó con la primera onda de su impulso, quedó sofocado y perdido en la calidad derretida e ilimitada del ser físico en una tarde calurosa. El sabor salado que le había dejado el beso... era el sudor que estaba en los labios de él o de ella; la mejilla de él, con su punta de aspereza bajo la superficie, se pegó a su mejilla tal como se adherían las dos superficies de su propia piel al encontrarse. Cuando él se levantó, ella hizo lo mismo obedientemente. El aire parecía cerrarse entre los dos. Él le echó un brazo sobre los hombros —era pesado e incómodo, y le hizo doblar la cabeza— y la fue llevando por el camino hacia la parte del hotel.

—Vamos —dijo él, con una voz apenas perceptible, cuando apartó el brazo al llegar a la oscura arcada de la entrada. La súbita sombra le hizo respirar hondo. Ella se detuvo.

—¿A dónde vas?

Él le dio un empujoncito impaciente.

—Adentro —dijo él, mirándola.

El brusco paso de la luz a la sombra afectó a su visión; veía espirales y manchas, y su corazón latía pesadamente. En algún lugar hubo un momento de inquietud; pero un impulso de despliegue, el ciego girar de una margarita hacia el sol, hizo que ella siguiera tranquilamente con él por el pasillo, bajo su influencia: su primera inhalación de la fuerte droga que era la voluntad de otro.

Al llegar a un pasillo de puertas oscuras, él miró rápidamente a izquierda y derecha, luego abrió con sigilo una puerta y le hizo una señal para que entrara. Él se deslizó detrás de ella y encajó el anticuado cerrojo en su sitio. Una vez hecho, ella le lanzó una pequeña sonrisa de aventura y complicidad. La habitación era pequeña y estaba vacía, no como la que ella compartía con su madre. Esa era el ala antigua del hotel y era verdad que las ventanas de guillotina no daban al mar, aunque las desaliñadas cortinas a rayas estaban

cerradas. La habitación olía ligeramente a zapatos usados y a esos otros olores varoniles, fríos y rancios, de colillas y camisas planchadas; era asombroso que existiera, tan oscura y olvidada, en el corazón del hotel, que recibía lo peor de un sol abrasador. Sin embargo, ella apenas la vio; no tuvo oportunidad de lanzar un vistazo, ya que una sensación de curiosidad se apoderó de ella, como un movimiento que la atrajera hacia la tierra. Él se colocó frente a ella, sus muslos desnudos tocándose bajo los pantalones cortos, y la besó una y otra vez. La boca de él era diferente, era fría, y ella la sentía, deliciosamente, separada de la suya. Tuvo conciencia de una sensación de lo más extraordinario; sus pequeños pechos, que ella nunca había pensado que tuvieran una especie de vida propia, fueron repentinamente habitados por dos árboles de sensaciones que se debatían, luchando por emerger, abriéndose y derramándose hacia cada pezón. ¡Y la sensación procedía de los labios de él! ¡De sus labios! Esa persona con la que había hablado por primera vez esa mañana. ¡Qué pálidas y lentas eran las emociones engendradas por otras personas durante sus años de infancia comparadas con esto! Has perdido el mar, sí, pero encontraste esto. Cuando él dejó de besarla, ella siguió su boca como un ternero que busca leche.

De pronto él hincó su pesada rodilla entre las de ella. Fue un movimiento tan agresivo como si la golpeará. Ella lanzó una exclamación de sorpresa y se echó atrás en los brazos de él. Era ese tipo de exclamación que, en el contexto de situaciones a las que ella estaba acostumbrada, provocaban una solícita disculpa, un igualmente sobresaltado «¡Lo siento! ¿Te he hecho daño?». Pero esa vez no hubo disculpas. El hombre luchaba con ella; no le importó que el hueso grande de su rodilla le hubiera hecho daño. Lucharon torpemente; él la empujó para atrás y ella cayó sentada en la cama. Él quedó frente a ella, congestionado y con los ojos ardiendo, contenido en una órbita de atracción tan intensa como el color de una flor, y dijo con voz práctica y reservada:

—Tranquila. Sé lo que hago. No tienes por qué preocuparte.

Él se acercó a una cómoda mientras ella continuaba sentada en la cama, como una paciente en la sala de espera de un médico: tenía una idea en la cabeza. Se levantó y recorrió el cerrojo.

—Oh, no —dijo, sintiendo todo el horror del prosaísmo que la rodeaba—. Me voy ahora mismo.

La nuca del desconocido se volvió bruscamente. La miró de frente, sonriendo con exasperación, burlándose de sí mismo.

—Lo sabía. Sabía que esto iba a ocurrir.

Se acercó y los besos, que ella intentó evitar, cubrieron su rostro.

—¿Por qué diablos has venido aquí, si se puede saber, eh? —la dejó marchar con desagrado.

Ella salió del hotel y corrió por el jardín hasta la playa. El resplandor del mar le

golpeó a derecha e izquierda, en ambos lados del rostro, que sentía magullado y desfigurado por la experiencia de su pasión. No podía volver a su habitación porque estaba allí su madre; la idea de su madre la ponía furiosa. No pensaba en absoluto en lo que había pasado; se sentía dominada por la idea de su madre, tumbada y durmiendo en la habitación con una novela abierta en la cama. Marchó dando tumbos por la pesada arena, hasta las rocas. Allí abajo, solamente se veía la figura de un chiquillo que desenterraba cosas de la arena mojada y las metía en una lata. Ella se hubiera escapado de cualquiera, pero el chiquillo no contaba; cuando llegó a su altura, a unos diez metros, él guiñó un ojo contra el sol y le lanzó una sonrisa de medio lado. La saludó con la lata.

—Voy a probar si valen como cebo —dijo—. ¿Ves esas cosas pequeñas?

Ella afirmó con la cabeza y siguió andando. Pronto el niño la alcanzó, atenuando su paso para darle conversación. Pero siguieron andando por la arena, que la marea baja había dejado tan lisa como una cancha de tenis, y él no dijo nada. Andaba con firmeza, haciendo ruido con los talones.

Por fin dijo:

—Era yo el que estaba pescando en las rocas esta mañana.

—¿Ah, sí? —dijo ella con esfuerzo—. No te reconocí. ¿Pescaste algo? —añadió al cabo de un momento.

—No mucho. No ha sido un buen día.

Cogió una concha en espiral de su lata y la criatura que había dentro asomó su cuerpecillo ondulante como si fuera una bandera.

—Voy a probar con estos. No se pierde nada por probar.

Tenía unos nueve años y era delgado y fuerte; sus cabellos y su rostro estaban cubiertos por una fina película de sal hasta las cejas. Estaba exactamente en la etapa de la lejanía equidistante: había olvidado el regazo de su madre y aún no sabía que su voz se iba a quebrar, ni que pronto le despuntaría la barba. Ella tomó una de las espirales y la criatura se plegó y se desplegó en torno a sus dedos. Él cogió la mayor.

—Te apuesto que ganaría esta si echáramos una carrera —dijo.

Se acercaron al agua y posaron las criaturas cuando el chiquillo dijo la palabra «¡Ya!». Cuando las criaturas desaparecieron bajo la arena, ellos las desenterraron con los dedos de los pies. Avanzando de ese modo llegaron hasta las rocas y comenzaron a vadear los charcos. Él le enseñó un cangrejo ermitaño que tenía ojos azules; a ella le pareció la cosa más encantadora que había visto nunca y se puso a hurgar hasta que encontró uno igual. Colocaron sobre las rocas cinco estrellas de mar de colores diferentes, y discutieron los distintos métodos para secarlas; el chiquillo quería llevar una especie de colección a su

clase de ciencias naturales. Al cabo de un rato, él recogió su lata y dijo con un suspiro de responsabilidad:

—Bueno, ya es hora de que siga pescando.

Desde la cima de una roca especialmente alta, se volvió y la hizo un saludo con la mano.

Ella volvió hacia el hotel caminando por la orilla del mar. En la habitación, su madre esparcía colonia por el frente de su vestido.

—Querida, te asarás viva si sigues yendo a esta hora a la playa.

—No —dijo Kathy—. Ya estoy acostumbrada.

Cuando su madre salió de la habitación, Kathy se sentó ante el tocador para cepillarse el pelo, y al pasar la lengua por sus labios resecos, probó, no el salitre del mar, sino el sudor; fue como un deprimente recuerdo. Corrió al cuarto de baño a lavarse la cara.

Las Navidades fueron distorsionadas como a través de una gruesa lente, por un calor hinchado y ondulante. Los colores de los gorros de papel se desteñían sobre las frentes sudorosas. Los hombres comieron pudín flambeado en mangas de camisa. Las moscas se posaban sobre la nieve de oropel del árbol de Navidad.

Bailando en el mismo salón la Nochebuena, Kathy y el joven se ignoraron mutuamente con la recién estrenada complicidad de los adultos. Noche tras noche, Kathy bailó y no le faltaron compañeros. Aunque la señora Hack no presumiera de ello, los vestidos nuevos fueron un éxito. Ninguna chica tenía mejor aspecto.

«K. se lo está pasando en grande», escribió la señora Hack a su marido. «Está en todo. Ya ha salido de su concha».

Desde luego, Kathy ya no esperaba una señal; había descubierto que eso era lo que significaba ser joven, por supuesto, exactamente esa vida en compañía de los demás que siempre había vivido, qué tonta había sido por no darse cuenta. Allí estaba. Y una vez que te metes en eso, no tienes más que seguir. Aplaudes y abuchearas con los otros en los concursos de talento de los sábados por la noche, haces como que tiras arena con el pie a la cara de los chicos cuando te silban; vas medio aplastada en un automóvil atestado, aúllas canciones mientras te llevan y sabes que no debes dejar que las cosas vayan demasiado lejos con el chico (sobre cuyas rodillas vas sentada) que quiere propasarse, aunque le dejas que te coja la mano en plan de adoración. Para esto la piel se te endurece igual que se te broncea; y todos estaban morenos, de una tez más clara o más oscura, homogeneizados para formar una nueva raza curtida por la rigurosa exposición cotidiana a un sol abrasador. La única necesidad que tenía durante esos días era, al parecer, estar donde estaba la pandilla; así que la cuestión de qué hacer y cómo sentirse se resolvió por sí misma. El grupo estaba desanimado o alegre; querían organizar un concurso de belleza o ir a la playa a medianoche

para tomar sandías.

Una tarde, alguien organizó una excursión a un pequeño lugar de veraneo a unas cuantas millas costa arriba. Era esa clase de excursión en que se permitía participar a los hermanos y hermanas aún pequeños a formar parte de la pandilla; hasta se juntaron sin más unos cuantos niños. El lugar era raro, con una cascada medio escondida, como una cuerda de cristal, y grandes hileras de rocas prominentes que se extendían, cada vez más altas, sobre una laguna negra; el sol nunca llegaba al agua. Al otro lado, donde el mar entraba en la laguna con la marea alta, había una playa abierta y allí se instaló la inquieta emigración de la playa de Ingaza. Allí, hasta la arena era fresca; Kathy sentía su suavidad en los pies mientras luchaba contra los pantalones cortos y la blusa que había llevado sobre el bañador durante la caminata. Nadó con seguridad, metiéndose bajo el agua cuando la superficie comenzó a estallar por todos lados con el impacto de los cuerpos de los muchachos, que habían trepado hasta la punta de las rocas más fáciles para zambullirse en el agua. Nadaban bajo el ancho techo de roca y miraban para arriba; había plantas trepadoras y la parte de abajo de las rocas era blanquecina, resaltando contra la negrura manchada de orín, con los excrementos de las golondrinas que se deslizaban por los salientes como los murciélagos. Kathy llamó a alguien desde allí y su voz volvió vibrando hacia ella:

«¡... hola!». Los nadadores volvieron pronto a la arena, mojados e inquietos, para comer chocolate y fumar. Un camarero indio había traído refrescos fríos del pequeño hotel que daba a la playa; dos chicos enterraron a una chica hasta el cuello en la arena; alguien salió del agua con un dedo del pie sangrando, cortado por una roca. Unos cuantos se fueron de exploración; había siempre un grupo haciendo el payaso en el agua y unos cuantos más tumbados en la arena, charlando. Kathy estaba en ese grupo cuando uno de los jóvenes se acercó con las manos en las caderas, los labios estirados pensativamente sobre los dientes, y preguntó:

—¿Habéis visto al niño de los Bute por aquí?

—¿Qué niño? —preguntó alguien.

—Un chiquillo de unos diez años que llevaba un bañador verde. El hermano pequeño de Libby Bute.

—Ah, ya sé quién es. No tengo ni idea; todos los pequeños estaban jugando por las rocas hace un momento.

El joven se puso a mirar de un lado a otro de la playa.

—Nadie sabe dónde se ha metido.

—Todos los pequeños estaban por ahí hace un minuto.

—Ya lo sé. Pero no le encontramos. Los pequeños dicen que no saben dónde se ha metido. A lo mejor se ha ido a pescar. Pero Libby dice que le hubiera avisado. Tenía que

avisarle si se iba por ahí.

Kathy hacía agujeros en la arena con el índice.

—¿Es el chiquillo que pesca en las rocas al final de nuestra playa?

—Sí. El hermano pequeño de Libby.

Kathy se levantó y miró a la gente, a la laguna, como si intentara reinterpretar lo que había visto antes.

—No sabía que estuviera aquí. No recuerdo haberle visto. ¿Estaba con los chiquillos que jugaban con los nidos de los pájaros?

—Eso es. Estaba ahí.

El joven hizo un pequeño movimiento con los hombros y se marchó para ir hacia un grupo más alejado. Kathy y sus compañeros siguieron hablando de otra cosa. Pero de repente se produjo una agitación en la playa, una agitación creciente. Unos se levantaron, otros salieron del agua. El joven volvió apresuradamente:

—No le encuentran —le oyeron decir al pasar.

La gente comenzó a pasar de un grupo a otro, recogiendo suposiciones, esperando novedades. En el centro de un grupo inquieto, solícito y mandón, estaba Libby Bute, una muchacha morena de manos largas y piel fea, vacilando insegura entre la molestia y el temor.

—Supongo que el pequeño se ha ido por ahí a pescar sin decirme una palabra. No sé. No quiere decir nada que no se llevara sus cosas para pescar, siempre lleva con él un trozo de cuerda y un par de imperdibles.

Nadie dijo nada.

—Ya volverá —dijo. Y después miró a todos.

Una hora después, cuando el sol empezaba a ponerse desde el cenit de la tarde, aún no le habían encontrado. Todos le buscaban con una extraña concentración, como si, en la mente de cada uno, una respuesta, el recuerdo de donde estaba, estuviera a salvo, con tal de llegar hasta allí antes de que sobreviniera el momento del temor, como la duda, como el rocío que se forma en frío. Kathy Hack se encontró frente a frente con él. Ella iba gateando por el primer reborde de la roca, porque pensaba que podía habersele metido en la cabeza entrar en una especie de cueva detrás de la cascada y haber quedado atrapado, incapaz de salir y de que alguien le oyera. Miró hacia el agua y vio un destello de luz bajo la superficie. Se puso en cuclillas y se lo encontró mirándola, a menos de un pie bajo el agua, allí donde, cubriendo apenas su rostro, se reflejaba dorada sobre sus profundidades de color

turba. El agua era muy profunda allí, pero él no había ido muy lejos. Yacía sujeto por la roca apenas sumergida que le había golpeado en la parte posterior de la cabeza al caer hacia atrás en la laguna. No le impresionó; tan sólo lo reconoció. Fue como si él tuviera un dedo en los labios, reteniéndolos allí para que ella no le delatara. El agua se movía, pero él no; sólo una parte de sus cortos cabellos se mostraba obediente, inclinándose con la corriente, como lo hacía la barba verde de la roca. Parecía absorto, como debía estarlo en lo que hacía cuando cayó. Ella le miró, le siguió mirando durante un minuto y luego volvió a la orilla y siguió buscando. Al cabo de un rato, otro le encontró, y Libby Bute estaba tumbada en la playa, gritando, con la saliva y la arena pegadas a la boca.

Dos días después, cuando todo hubo terminado —los huéspedes del hotel habían reunido más de nueve libras para comprar una corona, y el cadáver había sido enviado en tren a Johannesburgo—, Kathy le dijo a su madre:

—Quiero volver a casa.

Aún les quedaba otra semana de vacaciones.

—Ya sé —dijo la señora Hack con rápida compasión—. Yo siento lo mismo. No puedo dejar de pensar en ese pobrecito. Pero la vida tiene que seguir, cariño, no se puede cargar con los problemas del mundo. Bastantes problemas tiene ya una, créeme.

—No es eso —dijo Kathy—. Es que no me gusta este sitio.

La señora Hack se sentía muy cómoda y le hubiera gustado pasar una semana más. Pero le pareció que había una prueba de superioridad innegable en la gran sensibilidad de su hija, una superioridad a la que no podía renunciar. Explicó al dueño del hotel y a las otras madres que tenía que marcharse, eso era todo: Kathy estaba demasiado trastornada por la muerte del pequeño desconocido como para seguir disfrutando de sus vacaciones como hasta entonces. Muchos podrían hacerlo, por supuesto, pero no Kathy. Ella era de otra clase, ¿y qué podía hacer su madre?

En el tren, al volver a casa, no fueron en un departamento para ellas solas, y en seguida la señora Hack explicó a su compañera de viaje —en voz baja, casi entre dientes, para no perturbar a Kathy— cómo aquellas maravillosas vacaciones habían sido destrozadas por aquel suceso tan espantoso.

La muchacha la oyó, pero no sintió ningún deseo de decirle a su madre —sabía que nunca tendría necesidad de contárselo a nadie— que había tenido una certeza desde el momento en que miró para abajo en la laguna: aquella visión fue el único acontecimiento real de sus vacaciones, la única verdad y la única belleza.

NO PARA PUBLICARLO

No todo el mundo sabe —y nunca se menciona en las biografías oficiales— que el primer ministro pasó los primeros once años de su vida, cuando empezó a tener el sentido común para no meterse bajo las ruedas de un automóvil, guiando a su tío por las calles. Su tío no estaba ciego, pero casi, y ciertamente estaba loco. Caminaba con su mano derecha apoyada en el hombro izquierdo del chiquillo; andaban de un lado para otro durante todo el día, pero también tenían un puesto en el lado más fresco de la calle, entre el hombre sin piernas que vendía cordones de zapatos y pulseras de cobre, y el de la mano ortopédica a la altura del codo, cuyo puesto estaba junto al Y.W.C.A. Fue allí donde Adelaide Graham-Grigg encontró al chiquillo y este más tarde le explicó: «Si te sientas al sol no te dan nada».

La señorita Graham-Grigg no estaba buscando a Praise Basetse. Había ido a Johannesburgo de visita, procedente de un protectorado británico, con objeto de ver a los amigos, mover algunos hilos y proseguir, de paso, el estudio privado del destino de esa gente de la tribu que había cruzado la frontera y se había perdido, a veces desde hacía varias generaciones, en la ciudad. Mientras rebuscaba entre los papeles y cartas de su bolso para encontrar una moneda de seis peniques y dejarla en el sombrero del anciano, le oyó murmurar algo al chiquillo en la lengua de la tribu —un hecho bastante irrelevante en una ciudad donde se hablaban tantas lenguas africanas—. Pero esos sonidos formaron palabras en su oído: era un lenguaje del que había aprendido a entender un poco. Preguntó en inglés, utilizando únicamente la forma tradicional de saludo en la lengua de la tribu, si el anciano era miembro de esta. Pero el viejo estaba musitando las bendiciones que el tintineo de la moneda había desencadenado, como cuando se da un puntapié a un mecanismo gastado e inútil. El chiquillo le habló y le dio un codazo; toscamente, a su manera, había aprendido ya a ser un hombre de negocios. Luego, el anciano protestó; no, no, había dejado la tribu hacía mucho tiempo. Hacía muchísimo tiempo. Estaba en Johannesburgo. Ella se dio cuenta de que confundía la pregunta con un interrogatorio rutinario en las oficinas de concesión de pases, en las que un hombre de otro territorio corría siempre el peligro de ser deportado a alguna zona olvidada. Preguntó al chiquillo si procedía del protectorado. Él negó moviendo la cabeza, aterrorizado; una organización benéfica le había exigido una vez que abandonara la calle.

—Pero ¿y tu padre? ¿Y tu madre? —dijo la señorita Graham-Grigg sonriendo.

Descubrió que el anciano procedía del protectorado, de la mismísima aldea que ella había hecho suya, y que sus hijos y sus nietos seguían utilizando el idioma entre ellos como su lengua materna, hasta la segunda generación, nacida en una ciudad extraña.

Ahora la pareja ya no eran unos mendigos a los que se podía apartar de la conciencia mediante unas simples monedas: eran miembros de la tribu. Descubrió en qué reserva

daban con sus huesos por las noches después de mendigar durante el día, se entrevistó con la familia, les demostró que el anciano tenía derecho a una pensión en su país de adopción y, sobre todo, hizo algo por el chiquillo. Nunca consiguió averiguar exactamente quién era —sospechaba que debía ser hijo ilegítimo de una de las muchachas de la familia, y que habían ocultado la maternidad para que la chica pudiera seguir estudiando—. De todas formas, era un descendiente de la tribu, un hombre de la tribu desplazado, y no podía permitir que siguiera mendigando por las calles.

Hasta ahí lo que pensaba la señorita Graham-Grigg sobre él, al menos en un principio. Nadie quería hacerse cargo de él en particular y la familia no protestó cuando ella propuso llevárselo consigo al protectorado y hacerle estudiar. Se marchó con ella de la misma forma que había caminado por las calles de Johannesburgo bajo el peso de la mano del viejo.

El chico no había ido nunca a la escuela. No sabía escribir, pero la señorita Graham-Grigg descubrió con asombro que leía con bastante fluidez. Sentado junto a ella en su pequeño automóvil, con los pantalones cortos y la blusa caqui que le había comprado, despojado de la protección de sus hediondos harapos e indefenso ante sus preguntas, le contó que había aprendido del vendedor de periódicos que tenía su puesto en la esquina: de los carteles que cambiaban varias veces al día y, más adelante, de las portadas de periódicos y revistas. ¡Por Dios, lo que habrá aprendido en la calle! Todo, empezando por su propia piel, todo le resultaba desacostumbrado, y hasta olía de una manera diferente —ese desapego hacía que el chiquillo hablara como si nunca hubiera sido él mismo—. Sin hacer distinciones, refería las cosas corrientes de su vida; también había aprendido del hombre sin piernas, el de las pulseras de cobre, cómo fabricar cigarrillos de *dagga* y fumarlos para obtener una agradable sensación. Ella le preguntó qué pensaba que habría hecho de mayor, si hubiera seguido en la calle con su tío, y él respondió que le habría gustado pertenecer a una de esas bandas de muchachos, un poco mayores que él, que hacían dinero con mucha facilidad. Sacaban el dinero de los bolsillos y de los bolsos de los blancos sin que se dieran cuenta, y, cuando llegaba la policía, se ponían a tocar sus silbatos de un penique y a cantar.

—Bueno, ya puedes olvidarte de la calle —le dijo ella con una sonrisa—. No tendrás que volver a pensar en eso.

—Sí, señora —dijo él.

Y ella se dio cuenta de que no sabía en absoluto qué pensaba él. ¿Cómo iba a saberlo? Todo lo que podía ofrecerle era lo desacostumbrado, la novedad de un estímulo generalizado, diciendo:

—Y pronto sabrás escribir.

Notó que le daba una vergüenza horrorosa no saber escribir. Cada vez que tenía que confesarlo, el rostro que se volvía hacia ella, franco y compungido, hacía una mueca atravesada —mostrando los dientes y una arruga de persona mayor entre las tenues cejas de niño— de profunda humillación. La humillación aterrorizaba a Adelaide Graham-Grigg, de

igual forma que el espectáculo de una ira salvaje aterroriza a otros. Era una de las cosas que tenía en contra de los misioneros: su manera de insistir en el sometimiento de Cristo a la humillación, condicionando así al pueblo de África a la humillación del hombre blanco.

El pequeño Praise fue a la escuela laica que se había fundado gracias a los fondos recaudados por el comité de amigos de la señorita Graham-Grigg, allá en Londres, empeñados en mantener una oposición activa a las escuelas de los misioneros. El único maestro cualificado era un joven que había sido educado en Sudáfrica y que fue enviado a ayudar a su gente; pero era un primer paso. Como Adelaide Graham-Grigg solía decir al jefe, con los ojos resplandecientes como cualquier hija orgullosa:

—Cuando llegue la independencia, nos habremos liberado no sólo del gobierno británico, sino también de la Iglesia.

Y él siempre se reía, un poco avergonzado, aunque la conocía muy bien y tenía años suficientes para ser su padre, porque el padre de ella era un antiguo miembro del Parlamento británico e hijo de un obispo.

Lo cierto es que no había hecho más que empezar; eso era lo bonito —de las casas de adobe, la tierra roja, las moscas y el calor que los visitantes procedentes de Inglaterra se preguntaban cómo ella podía soportar, cómo era capaz de vivir así un mes tras otro—, mientras que sus palacios, catedrales y calles, saturados por mil años de vanos esfuerzos, eran un final. Hasta el propio Praise era un comienzo; algún día, la tribu sería lo bastante fuerte económicamente para atraer a sus exiliados y ya no sería necesario que sus hijos vendieran su trabajo al otro lado de la frontera. Pero pronto quedó claro que Praise era también excepcional. Lo de aprender a leer de los titulares de los periódicos no era cuestión tan sólo de astucia callejera; demostró ser el impulso irresistible de una verdadera inteligencia. En seis meses, el chiquillo sabía escribir y desde el principio supo deletrear perfectamente, aunque había chicos de dieciséis y dieciocho años que nunca consiguieron dominar la ortografía inglesa. Fue tan bien en aritmética que tuvieron que ponerle en la tercera clase en vez de con los principiantes; entendió en seguida lo que era un mapa; y en su tiempo libre manifestó una asombrosa facilidad para entender el funcionamiento de diversos mecanismos, desde las bombas de agua hasta los motores de las motocicletas. Al cabo de dieciocho meses había terminado el quinto curso, e iba tan sólo un año atrasado con respecto al promedio de los chiquillos blancos de la ciudad, a pesar de sus ventajas, sus familias y su educación.

No había todavía ningún chiquillo preparado para pasar al sexto curso. Era difícil pensar qué se podía hacer, como no fuera enviar a Praise al colegio al otro lado de la frontera. Así que la señorita Graham-Grigg decidió que tenía que ser el padre Audry. No se podía hacer otra cosa. La única alternativa era la escuela de la misión, aquellos malditos jesuitas asentados en el protectorado desde los días en que los imperialistas blancos estaban en plena rapiña, tomando a las tribus bajo su «protección» —además, sus compañeros de clase no le iban a servir de ningún estímulo—. De modo que tendría que ser el padre Audry y África del Sur. Era también un cura, anglicano, pero su escuela era un lugar en donde, al menos, junto con la papilla del catecismo, un niño negro podía conseguir una educación tan

buena como la de un niño blanco.

Cuando Praise salió a la llanura con los otros muchachos, sus ojos se entrecerraron ante aquella inmensidad: había tierra por todas partes, no se veía otra cosa; únicamente la repentina aparición del cielo era todavía mayor. El viento le hizo husmear como un perro. Se quedó tan desamparado como los campesinos que había visto atrapados en medio de la calle por el cambio de un semáforo. Los espacios entre los edificios se juntaron, hinchándose ininterrumpidamente sobre él, estaba perdido; pero había nubes tan grandes como los edificios, y aunque el espacio era más vasto que en cualquier ciudad, estaba habitado por los pájaros. Con sólo correr durante diez minutos hacia el llano, la aldea desaparecía; pero a ras de tierra, millares de hormigas sabían por dónde abrirse camino entre los duros montículos que asomaban tan interminablemente como la tierra.

Tenía que cuidar del ganado con los otros chiquillos a primera hora de la mañana y después de la escuela. Les enseñó algunos juegos de azar de los que nunca habían oído hablar. Les habló de una ciudad que nunca habían visto. El dinero del sombrero del anciano les parecía mucho, porque no habían visto más que unos cuantos peniques juntos cuando el tren correo se detenía a repostar agua a cinco millas de distancia; de modo que la suma aumentaba en sus cálculos también y exageraba un poco. En cualquier caso, se estaba olvidando de la ciudad, a su manera; no a la manera de la señorita Graham-Grigg, sino a la de un chiquillo que hace, al igual que una avispa que utiliza para construir sus propias segregaciones, su contexto privado dentro de las circunstancias que le rodean, y el espacio que le rodeaba se reducía a la aldea, el abrevadero donde llevaban las vacas a beber, el apeadero del tren; cualquier pedazo de arena o hierba áspera con hormigas donde los chiquillos daban tumbos, con las cabezas juntas, entre los penachos blancos y el ganado. Aprendió de los otros qué raíces y qué hojas eran buenas para masticar, y cómo montar trampas de alambre para cazar liebres saltarinas. Aunque la señorita Graham-Grigg le había dicho que no hacía falta, iba con los otros niños a la iglesia los domingos.

Él no vivía con ella en una de las casas del jefe, sino con la familia de uno de los otros chiquillos; pero iba con frecuencia a su casa. Ella le pedía que le copiara las cartas. Recortaba noticias de los periódicos que recibía, y se las daba para leer; eran sobre aviones, sobre la construcción de presas y la manera en que vivía la gente en otros países.

—Ahora les podrás contar a los otros chicos cosas sobre la presa del Volta, que también está en África... lejos de aquí, pero con todo en África —le dijo con una súbita sonrisa que enrojecía su rostro. Tenía un gramófono y le ponía discos. No sólo música, sino recitados de poemas, para que supiera que los poemas del libro de lectura de la escuela no eran únicamente unas líneas cortas de palabras, sino que se parecían más a canciones. Le daba té con mucha azúcar y le pedía que le ayudara a aprender el idioma de la tribu, que le hablara en él. No le dejaba que la llamara *madam* o *missus*, como había hecho con las mujeres blancas que dejaban dinero en el sombrero; debía aprender a llamarla señorita Graham-Grigg.

Aunque no había conocido a ninguna mujer blanca antes, salvo en forma de zapatos de tacones que pasaban rápidamente por la calle, no creía que todas las mujeres blancas

fueran como ella; a la luz de lo que había visto, la gente blanca, con sus automóviles, su riqueza, su distanciamiento, no comprendía nada de lo que ella hacía. Se parecía a ellos en los ojos azules, los cabellos y la piel dorada, que no era de un color, sino de muchos: moreno donde la había quemado el sol, rojo cuando se ruborizaba..., pero ella vivía allí, en las casas del jefe, le llevaba en su coche y a veces dormía en los campos con las mujeres, cuando recogían el maíz lejos de la aldea. No sabía por qué le había traído o por qué era tan amable con él. Pero no podía preguntárselo, como tampoco podía preguntarle por qué dormía en los campos cuando tenía un gramófono y una hermosa lámpara de gas (que él sabía reparar) en su habitación. Cuando conversaban, si la charla hacía referencia a los puestos junto a la oficina de correos, ella comenzaba a ruborizarse y sorteaban el tema, cayendo en un silencio o (por parte de ella) hablando y riendo aún más aprisa.

Por eso se quedó asombrado el día que ella le dijo que tenía que volver a Johannesburgo. Nada más decirlo, ella se ruborizó intensamente, disculpándose continuamente con los ojos: así que fue por ella por lo que volvió la visión del puesto junto a la oficina de correos. Pero ella seguía hablando:

—... al colegio. A un internado bueno de verdad. El colegio del padre Audry, a unas nueve millas de la ciudad. Debes tener oportunidad de ir a una buena escuela, Praise. Aquí ya no podemos enseñarte bien. Tal vez llegues a ser tú profesor aquí alguna vez. Habrá una escuela superior y tú serás el director.

Consiguió hacerle sonreír, pero ella parecía triste, insegura. Él siguió sonriendo porque no podía contarle lo de la escuela de iniciación que iba a empezar con los otros chicos de su misma edad. A lo mejor se lo decía alguien, las otras mujeres o incluso el jefe. Pero no podía engañarla con una sonrisa.

—Te entristecerá tener que dejar a Tebedi, a Joseph y a los demás.

Se quedó allí, sonriendo.

—Praise, me parece que no te das cuenta de lo que tienes, de tu cerebro —lanzó una risa que era a la vez un sollozo, tocándose la cabeza—. Tienes un cerebro espléndido. Tienes más inteligencia que cualquiera de los chicos, ¿sabes? Es algo muy especial..., sería desperdiciarlo. A mucha gente le gustaría ser tan inteligente como tú, pero no te será fácil, como a todas las personas inteligentes.

Él siguió sonriendo. No quería que el rostro de ella siguiera mirando al suyo, así que clavó los ojos en sus pies, pies blancos en sandalias, con las venas abultadas sobre los tobillos, como los del Cristo que pendía sobre su cabeza en la iglesia.

Adelaide Graham-Grigg había conocido al padre Audry antes, por supuesto. Todos los blancos que no aceptaban la segregación en el sur de África parecían conocerse, por muy diferentes que fueran las razones de su rechazo. Había coincidido con él en algún comité en Londres, unos años antes, junto con un par de sudafricanos blancos, exiliados de izquierda, y un líder nacionalista negro. Además, todo el mundo le conocía —por los

periódicos o por cualquier otro cauce: había sido advertido en un discurso público por el primer ministro de África del Sur, el doctor Verwoerd, de que la intromisión de un eclesiástico en asuntos políticos no sería tolerada—. Él continuó diciendo lo que pensaba, que (tal como citaron los periódicos) «obedecía los mandamientos divinos por encima de los dictados del Estado». Tenía amigos íntimos entre los dirigentes africanos e indios, y se decía que hasta se llevaba bien con algunos sacerdotes de la Iglesia Reformada Holandesa; que de hecho estaba detrás de algunos de los disidentes que de vez en cuando ponían en duda la Divina Sanción de la segregación racial —tal era la presencia de su figura inquieta, con su sotana negra, su elocuencia ligeramente tartamudeante y sus facciones irregulares y hermosas.

Había envejecido desde la última vez que ella le vio; parecía menos atractivo. Pero aún conservaba lo que tendría hasta la muerte: el peso inconsciente de un don natural que hace destacar entre los hombres a un celebrado actor, a un dirigente político, a un amante con éxito; un objeto de atracción y envidia que, por muy generoso que sea de espíritu, es indiferente a una crueldad por la cual nadie le perdonará: la distinción, la suerte con que ha nacido.

Estaba cansado y cerró los ojos con una mueca para forzar la concentración cuando habló con ella, a pesar de lo cual ella sintió la debilidad de la vela de su ser dentro de su irradiación. Todo en él estaba bien; nada estaba bien en ella. Ella tenía treinta y cinco años, pero nunca había aparentado ser más joven. Tenía los ojos brillantes y tímidos de una mujer joven, pero sus pies y las manos, con sus uñas rígidas, tenían el aspecto de la tensión y el sufrimiento de las extremidades que nunca acariciarían: ella lo vio, lo vio, supo en su presencia que tal cosa sería negada para siempre. Su humillación le dio fuerzas.

—Debo decirle que queremos que vuelva con la tribu; quiero decir, hay muy pocos con suficiente formación, ni siquiera para la administración. Dentro de unos años necesitaremos desesperadamente más hombres y mejor formados... No queremos que piense en convertirse en sacerdote.

El padre Audry sonrió ante lo que esperaban que dijera: que si el niño elegía el camino del Señor, etc., etc.

—Lo que quieren es una persona que sea un político capaz, pero sin discutir el sistema tribal —dijo.

Los dos se echaron a reír, pero él, inconscientemente, había tomado la ventaja de admitir sus opiniones profundamente divergentes; él creía que los jefes tenían que desaparecer, mientras que ella no veía por qué los africanos no han de poder desarrollar su propia democracia tribal en lugar de adoptar el modelo occidental.

—Bueno, es un poco joven para que nos estemos preocupando por eso, ¿no le parece?

Él sonrió. Había muchos papeles en su escritorio y ella sintió la presión de sus

preocupaciones por otros asuntos.

—¿Por qué no la Misión Lemeribe? ¿Qué tal es la calidad de su enseñanza? Y o conocí al padre Chalmon cuando estuvo allí.

—No le enviaría a esa gente —dijo enérgicamente, dando a entender que él conocía sus opiniones sobre los misioneros y su papel en África. En ese ambiente de sinceridad discutieron sobre los antecedentes de Praise. El padre Audry sugirió que se debía animar al muchacho para que reanudara las relaciones con su familia una vez que estuviera cerca de Johannesburgo.

—Es una gente bastante horrible.

—Será mejor que reconozca lo que era antes de aceptar lo que va a ser —se levantó con el rasguear de los faldones negros y dio unas zancadas hasta la puerta, donde, inclinándose un poco, dijo:

—Simón, trae al muchacho.

La señorita Graham-Grigg sonreía animadamente en dirección a la puerta, toda la voluntad de amar caminaba detrás de los barrotes de su mirada.

Praise entró vestido con los pantalones cortos azul marino y la camisa blanca que formaban su nuevo uniforme del colegio. La bondad de la mujer, la atención del hombre, le dieron en los ojos como el sol que se reflejaba en el abrevadero donde llevaban a beber al ganado. El padre Audry venía de Inglaterra, le contó la señorita Graham-Grigg, al igual que ella misma. Eso es lo que eran, dos personas blancas que no eran como los blancos que él había visto. Eran así porque eran ingleses. Venían de lejos; de seis mil millas de allí, como había aprendido en su libro de geografía.

Praise se adaptó muy bien a su nuevo colegio. Cantaba en el coro de la iglesia grande los domingos; su cuerpo, que en la maleza se hubiera convertido en el de un hombre, estaba oculto por ropajes blancos. Los muchachos fumaban en los lavabos y una vez hubo una chica que vino y se acostó con ellos en una zanja para el agua de las tormentas, detrás de los talleres. Sabía todas esas cosas desde antes, de su vida en las calles y en la reserva, donde había dormido en una habitación con una familia entera. Pero él no les contó nada a los chicos acerca de la iniciación. Las mujeres no le habían dicho nada sobre ello a la señorita Graham-Grigg. Tampoco el jefe. Pronto, cuando Praise pensó en ello, se dio cuenta de que debía haber sucedido. Aquellos muchachos debían haber vuelto de la maleza. La señorita Graham-Grigg había dicho que al cabo de un año, para Navidades, vendría a recogerle para las vacaciones de verano. Vino a verle dos veces ese primer año, al ir a Johannesburgo, pero no pudo volver con ella en Navidades porque el padre Audry le había dado un papel en la representación de Navidad y le daba personalmente clases de latín y álgebra. Realmente, el padre Audry no daba clases en la escuela —era «su» escuela simplemente porque la había fundado, y estaba a cargo de la orden de la que era padre provincial—; los informes sobre los avances del chico eran tan

asombrosos que, como le dijo a la señorita Graham-Grigg, se sentía en la obligación de proporcionarle el mayor estímulo mental posible.

—Empiezo a creer que podremos presentarle al examen final cuando no tenga más que dieciséis años.

El padre Audry lo dijo con el aire de quien se arriesga a quedar en ridículo. La señorita Graham-Grigg siempre iba a la peluquería cuando estaba de visita en Johannesburgo, se la veía bonita y alegre.

—¿Le parece que podría hacer el examen de ingreso en Cambridge? Mi comité en Londres podría crear una beca, de eso estoy segura... ¡una inversión en el futuro primer ministro del protectorado!

Cuando le enviaron a Praise, dijo que apenas lo reconocía; no es que hubiera crecido mucho, pero parecía muy mayor con sus pantalones largos y sus gafas.

—No tienes por qué llevarlas cuando no estás trabajando —dijo el padre Audry—. Bueno, supongo que si andas quitándotelas y poniéndotelas terminarás dejándolas en cualquier sitio, ¿no?

Los dos se hicieron a un lado, sonriendo, dejando que el fenómeno tomara cuerpo en el chico. Praise se dio cuenta de que nadie le había recordado lo de la iniciación. Ella comenzó a darle noticias de sus amigos, Tebedi, Joseph y los otros, pero cuando él escuchó sus nombres, le pareció que pertenecían a personas que no podía visualizar mentalmente.

El padre Audry le hablaba a veces de lo que llamaba su «familia», y cuando llegó a la escuela le dijo que les escribiera. Fue una carta bien redactada en inglés, sin faltas de ortografía, como la que había hecho en sus deberes escolares. No le respondieron. Así que el padre Audry debió hacer esfuerzos por su cuenta para localizarles, porque la vieja, un par de niños que eran bebés cuando él se marchó y una de sus «hermanas» mayores acudieron a la escuela el día de visita. Tuvieron que señalárselos entre los visitantes; no los reconocía, ni ellos a él.

—¿Dónde está mi tío? —dijo, pues le hubiera conocido en seguida; nunca había perdido la inclinación del hombro izquierdo donde el peso de la mano del viejo dejó su marca en el hueso joven. Pero el viejo había muerto. El padre Audry se acercó, rodeó con su largo brazo el hombro alicaído, cogió con el otro a uno de los chiquillos, y dijo mirando a uno y otro:

—¿Vas a trabajar y aprender mucho con tu hermano?

Y el pequeño negro miró fijamente las narices llenas de vello hirsuto, las cejas espesas, la boca roja y rodeada de una pálida papada, los poros oscuros con la barba bajo la piel, y luego bajó la vista, fascinado, a la cuerda de cuentas que colgaba del cinturón de cuero.

No volvieron, pero Praise no echó de menos a los visitantes porque cada vez pasaba más tiempo con el padre Audry. Cuando no estaba en clase particular, estaba preparando sus lecciones o leyendo en el estudio del padre, donde podía concentrarse mucho mejor que en la escuela. El padre Audry le enseñó el ajedrez como forma de gimnasia mental y se alegró mucho cuando Praise le venció por primera vez. Praise iba casi todas las noches después de la cena a la casa para jugar una partida. Intentó enseñar a los otros chicos, pero al cabo de los diez primeros minutos de explicación de los movimientos, alguien acabó sacando cartas o dados y se dedicaron a jugar a uno de los viejos juegos de las calles, las plazas y las reservas. Johannesburgo estaba sólo a nueve millas de distancia; se podían ver sus luces.

El padre Audry volvió a descubrir lo que ya había observado la señorita Graham-Grigg: que Praise escuchaba con atención la música, la música seria. Un día, el padre Audry entregó al chico la flauta que llevaba años dentro de su caja forrada de terciopelo y que aún tenía la pequeña placa de plata con el nombre: Roland Audry. Observó mientras Praise hacía el movimiento preliminar, adoptaba la postura de piernas dobladas que el padre Audry había visto en todos los muchachos que tocaban por la calle, e intentaba luego soplar con el feroz y tímido ataque de los silbatos de un penique. El padre Audry la tomó de sus manos.

—Es lo que acabas de escuchar.

La sonata de Bach para flauta sin acompañamiento estaba en el tocadiscos. Praise sonrió y frunció el ceño, haciendo que sus gafas se levantaran con su nariz —una costumbre que iba adquiriendo poco a poco.

—Pero pronto aprenderás a tocarla bien —dijo el padre Audry, y con la desinhibición que procede del hábito del privilegio, puso la flauta entre sus labios y tocó lo que recordaba al cabo de diez años.

Le enseñó a Praise no sólo a tocar la flauta, sino también los rudimentos de la composición musical, para que no tocara simplemente de oído, ni escuchara por placer únicamente, sino que comprendiera lo que oía. Tocar la flauta tuvo entre los chicos más éxito que el ajedrez, y los sábados por la noche, cuando a veces improvisaban conciertos, se le permitía llevarla al hostel y tocar para ellos. Una vez tocó en un espectáculo para blancos en Johannesburgo, pero no permitieron que asistieran los chicos; lo único que les pudo contar fue lo del gran salón de la universidad, la orquesta de *jazz*, las cantantes y bailarinas africanas con sus labios rojos y sus cabellos alisados como las mujeres blancas.

Lo único que molestaba al padre Audry era que el chico no hubiera ensanchado y crecido tanto como se podía esperar. Se empeñó en que Praise pasara más tiempo haciendo ejercicios físicos —la escuela no podía permitirse un gimnasio adecuado, pero tenía algunas instalaciones fuera—. El problema estribaba en que el chico tenía poco tiempo; ni siquiera con su excepcional capacidad sería fácil que un chico de su extracción lograra matricularse a los dieciséis años. El hermano George, su antiguo tutor, estaba seguro que podía hacerlo; había una razón especialmente importante para que todos quisieran que lo

hiciera, ya que el padre Audry había averiguado que le podrían elegir Para una beca especial que ningún muchacho negro había recibido antes —¡qué triunfo sería para el muchacho, para la escuela, para todos los muchachos africanos a los que se consideraba adecuados tan sólo Para el nivel inferior de «educación bantú»!—. A lo mejor, algún día, aquel niño mendigo de las calles de Johannesburgo llegara a ser el primer sudafricano negro que gozase de una beca Rhodes. Era eso a lo que el padre Audry llamaba en broma «el pecado de orgullo» del hermano George. Pero ¿quién sabe? No era inconcebible. En cuanto al físico del muchacho, lo que dijera el padre George probablemente era cierto:

—Por mucho que se le alimente, no podrá recuperar los años de la calle.

Desde principios del primer semestre del año en que cumplió los quince, Praise tuvo que estar preparado, emplearse a fondo y trabajar como nunca antes lo había hecho. Sus profesores le dieron un apoyo tremendo; parecían estimularle hasta tal punto que no levantaba la cabeza de sus libros. Para animarle, el padre Audry se las arregló para que pudiera competir en algunos concursos interescolares que en realidad eran para escuelas anglicanas de blancos —una de escritura, un debate, un concurso de preguntas—. Se sentó en el estrado de los encerados salones de las grandes escuelas para blancos y dio correctas respuestas en un inglés con acento africano que los muchachos que le rodeaban conocían únicamente como el acento de los sirvientes y de los recaderos.

El hermano George le preguntaba a menudo si estaba cansado. Pero no lo estaba. Sólo quería que le dejaran en paz con sus libros. Los muchachos del internado parecían saberlo; ya nunca le decían que jugara a las cartas e incluso, cuando compartían cigarrillos en los lavabos, le pasaban su calada en silencio. Sobre todo no quería que entrara el padre Audry con un vaso de leche caliente. Descansaba de vez en cuando su mejilla sobre las páginas de los libros, cuando estaba solo en el estudio; eso era todo. El olor húmedo y pétreo de los libros era lo único que necesitaba. Donde antes tenía que obligarse a volver una y otra vez a las páginas de cosas que no entendía, mirando en blanco a las palabras impresas hasta que se agrupaba su sentido, ahora tenía que obligarse, cuando no podía más, a dejar los mareantes datos fuera de los cuales ya no entendía nada. A veces no podía trabajar durante unos minutos porque pensaba que el padre Audry estaba a punto de entrar con la leche. Cuando este lo hacía, no era realmente tan terrible. Pero Praise no podía mirarle a la cara. Un par de veces, cuando ya se había ido, Praise derramó unas cuantas lágrimas. Se encontró rezando, sonriendo entre lágrimas y temblando, restregándose el agua hirviente que le corría por la nariz y manchaba los libros.

Una tarde de sábado en que el padre Audry había estado almorzando con unos invitados, entró de repente en el estudio y le dijo al chico que saliera para tomar un poco de aire fresco, que saliera y jugara al fútbol durante una hora. Pero Praise estaba enzarzado con unos problemas de geometría del examen de ingreso del año anterior que, para asombro del hermano George, había hecho repentinamente mal esa mañana.

El padre Audry podía imaginar lo que pensaba el hermano George: ¿sería eso un ejemplo de ese fenómeno que había encontrado tantas veces entre muchachos africanos de menor envergadura: la incapacidad, por falta de una base cultural supuesta, de realizar una

tarea conocida cuando se les presentaba de una forma ligeramente diferente a la de sus libros de texto? Desde luego, en este caso era absurdo; todo el mundo estaba demasiado ansioso por el muchacho. Desde el comienzo había demostrado que no existía nada de mecánico en sus procesos mentales; tenía un cerebro, no sólo unos reflejos condicionados.

—Sal un poco. Lo harás mejor después de dar unas cuantas patadas en el campo.

Pero la desesperación había arraigado en el rostro del chico en forma de obstinación.

—Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo —dijo. Poniendo las palmas de sus manos sobre los libros.

—Vale. Vamos a ver si podemos resolverlo juntos.

La sotana negra revoloteó por delante de los brillantes zapatos y trajo un olor de cigarros. Praise clavó sus ojos en las cuentas negras; el cinturón de cuero del que colgaban crujió al sentarse el corpachón del cura. Él padre Audry tomó la silla del lado opuesto de la mesa y giró el libro de ejercicios hacia él. Se frotó las espesas cejas hasta que sobresalieron enredadas, se pasó una mano por la nariz y entrecerró los ojos un momento; abrió la boca extrañamente y cerró los labios estirándolos, componiendo una mueca familiar. Hubo un sobresalto, como un hipo doloroso, en el cuerpo de Praise. El padre explicaba el problema amablemente, con su voz inglesa informal.

—Praise, ¿me entiendes? —dijo. El muchacho parecía torpe, casi sordo, como si la voz le llegara igual que llegó la luz de una estrella a la tierra desde algo ya muerto.

El padre Audry extendió su fina mano, preguntando o compadeciendo. Pero el chico dio un salto, como si se apartara de un golpe.

—No, señor; no, señor.

Evidentemente era histeria; siempre se había dirigido al padre Audry llamándole «padre». Era un temible retroceso, una regresión al inconsciente, un lugar de símbolos y recuerdos colectivos. Habló por otros, desde otro tiempo. El padre Audry se levantó, pero vio con alarma que la retirada del muchacho le había convertido a él en su perseguidor, y le dejó salir a trompicones, presa de un torpe pánico, de la habitación.

Enviaron al hermano George a consolar al muchacho. En media hora, Praise estaba en el campo de fútbol corriendo y riendo. Pero al padre Audry le costó unos días olvidar el incidente. Siguió pensando que, cuando el chico retrocedió, él había estado a punto de seguirle. La fealdad del instinto le repelía; quién hubiera pensado que, a merced del instinto de presa, el zorro, el perro salvaje anhelan la inocencia del amable conejo y del cordero. Nadie le había demostrado miedo en su vida. Nunca había reflexionado sobre la gente que no era como él, esos de los que los otros se apartan. Sentía finalmente una lástima repugnante y resentida por ellos, los cazadores de mandíbula babeante. Hasta llegó a pensar en hacer un retiro durante unos días, pero no era conveniente, tenía demasiadas

obligaciones. Al cabo, el positivismo del chico, Praise, fue lo que restauró la normalidad. En lo que respecta al muchacho, fue como si nada hubiera ocurrido. Al día siguiente parecía haberlo olvidado todo; buena cosa. Y de ese modo, el desgajamiento interno del padre Audry, negado por la tranquilidad del muchacho, desapareció. El único reconocimiento del asunto fue una carta a la señorita Graham-Grigg —lo que seguramente no exageraba su importancia— para decirle que el chico sentía la tensión del gran esfuerzo final y que si pudiera venir a visitarle, etc.; pero ella seguía en Inglaterra —algunos problemas de familia la retenían allí desde hacía meses y, de hecho, no había ido a visitar a su protegido desde hacía más de un año.

Praise trabajó de modo constante en el último tramo. El hermano George y el padre Audry le vigilaban constantemente. Lo estaba haciendo muy bien, y pareció abrumado por el peso del orgullo y del placer cuando el padre Audry le regaló una nueva pluma estilográfica negra: era la pluma con la que escribiría su examen de ingreso. Un lunes por la tarde, el padre Audry, que había estado conversando con el obispo durante toda la mañana, entró en su estudio, donde cada tarde el muchacho se sentaba ante una mesa que habían traído para él. Pero allí no había nadie. Los libros estaban sobre la mesa. Un haz de luz solar caía sobre el asiento de la silla.

No volvieron a encontrar a Praise. Buscaron en la escuela, informaron a la policía, interrogaron a los chicos, se rezaron oraciones especiales por las mañanas y las tardes. No se llevó nada consigo, salvo la pluma estilográfica.

Cuando se hubo hecho todo lo posible, no quedó sino el silencio; nadie volvió a mencionar el nombre del muchacho. Pero el padre Audry llevó a cabo sus propias investigaciones. De vez en cuando tenía una idea que le traía un alivio repentino y esperanzador. Escribió a Adelaide Graham-Grigg: «... lo que más me preocupa... Creo que el muchacho podía estar al borde de una crisis nerviosa. Lo busco por todas partes...». ¿Sería posible que hubiera ido al protectorado? Ella trabajaba como secretaria confidencial del jefe, pero le escribió para decirle que, si el muchacho volvía, trataría de encontrar tiempo para resolver la situación. El padre Audry buscó incluso a la «familia» —la gente con la que la señorita Graham-Grigg había descubierto a Praise viviendo como mendigo—. Se habían trasladado a un nuevo barrio y le costó tiempo encontrarlos. Encontró el número 28 b, bloque E, en el grupo étnico apropiado. Estaba acostumbrado a entrar y salir en casas de africanos, y explicó la razón de su visita a la vieja en términos precisos y sin perder tiempo, porque sabía cuán recelosa ante las preguntas se mostraría esa gente. No había puertas interiores en esas casas y una mujer que se estaba vistiendo en una habitación se apartó del campo visual del visitante cuando este se sentó. Escuchó todo lo que se decían el padre Audry y la vieja y entró al poco con cierta curiosidad. La vieja rompió su silencio diciendo: «Por Dios, por Dios, por Dios», meneando la cabeza sobre sus pechos con una estilizada expresión de conmiseración; no habían visto al muchacho.

—Y hablaba tan bien, todo era tan bonito en la escuela...

Pero no sabían nada del muchacho, nada en absoluto. La mujer joven comentó:

—A lo mejor está con los chicos que duermen en los viejos coches vacíos, ahí en la ciudad, ya sabe, ahí, al lado de la cervecería.

UNA VERDADERA JOYA

Cuando trajeron a la casa la multicopista, Bamjee dijo:

—¿No tienes bastantes problemas con ser india?

La señora Bamjee respondió, con una sonrisa que mostraba un agujero en el lugar donde estuvo un diente, pero confiada:

—¿Qué más da, Yusuf? Todos tenemos los mismos problemas.

—No me digas eso. Nosotros no tenemos que llevar pases; deja que los nativos protesten contra los pases por su cuenta, son millones. Que lo hagan ellos.

Los nueve niños Bamjee y Pahad estuvieron presentes durante esta conversación, como lo estaban siempre; en su pequeña casa no había sitio para hablar en privado de asuntos que ellos no deberían oír por ser demasiado jóvenes, así que lo escuchaban todo. Sólo faltaba Girlie, su hermana y hermanastra; era la mayor y estaba casada. Los niños miraban con atención, sin alarma y con interés, a Bamjee, que no había dejado la habitación ni había vuelto a la tarea de liar sus cigarrillos, interrumpida por la llegada de la multicopista. Miró aquel trasto que había venido oculto en una cesta de la colada, en el taxi de un negro, y los niños también se fijaron en ello, con sus ojos negros rodeados de espesas pestañas, como esas flores quietas y abiertas, con peludos tentáculos que se cierran sobre cualquier cosa que las toca.

—Vaya cosa para poner sobre la mesa en que comemos —fue todo lo que dijo. Olieron la máquina que estaba entre ellos; un olor a fría grasa negra. Salió pesadamente, en puntillas, con aire preocupado.

—¡Estará muy bien sobre el aparador!

La señora Bamjee se ocupó de hacerle sitio quitando los dos jarrones de cristal rosado con claveles de plástico y el tapete de terciopelo pintado a mano que representaba el Taj Mahal. Después de cenar, empezó a imprimir octavillas en la máquina. La familia vivía en aquella habitación —las otras tres estaban llenas de camas— y todos estaban allí. Los niños mayores compartían un frasco de tinta para hacer sus deberes y los dos pequeños metían y sacaban botellas vacías de leche entre las patas de una silla. El de tres años se durmió y una de las chicas cargó con él y lo llevó a la cama. Finalmente, todos se fueron a la cama; Bamjee se acostó antes que los niños mayores —era vendedor de frutas y verduras y tenía que levantarse a las cuatro y media de la madrugada para llegar al mercado a las cinco.

—Casi he terminado —dijo la señora Bamjee.

Los niños mayores levantaron la vista y le sonrieron. Él le dio la espalda. Ella vestía aún la ropa tradicional de la mujer musulmana; su cuerpo, huesudo e insignificante, como un vestido colgado de un gancho cuando no alojaba a un niño, estaba envuelto en los pingajos de un sari barato; y su trenza fina y negra, grasienta. Cuando era niña, en el pueblo del Transvaal donde seguían viviendo, su madre le había colocado un cristalito rojo como un rubí en la nariz; pero había abandonado ese adorno por demasiado anticuado, incluso para ella, hacía mucho tiempo.

Permaneció en vela hasta mucho después de medianoche, imprimiendo las octavillas. Lo hizo como si estuviera machacando guindilla.

A Bamjee no le hizo falta preguntar qué decían las octavillas. Había leído los periódicos. La semana pasada los africanos habían roto sus pases y luego se presentaban para que los detuvieran. Sus dirigentes fueron encarcelados, acusados de incitación; las oficinas de la campaña fueron asaltadas —alguien debía ayudar a los pocos dirigentes medios que quedaban para seguir con la campaña, aunque no había oficinas ni maquinaria—. ¿Qué dirían las octavillas? «No vayas a trabajar mañana». «Día de protesta». «Quema tu pase para liberarte». No quería verlos.

Estaba acostumbrado a volver a casa y encontrarse a su mujer sentada a la mesa, hablando con extraños o gente de cierto renombre. Algunos eran indios notables, como el abogado, doctor Abdul Mohammed Khan, o el gran hombre de negocios, señor Moonsamy Patel, y se sentía halagado, aunque receloso, por encontrarles en su casa. Cuando volvió del trabajo al día siguiente, se encontró con el doctor Khan, que salía de la casa, y este —un hombre muy culto— le dijo:

—Es una mujer magnífica.

Pero Bamjee nunca había visto que su mujer se mostrara orgullosa; se comportaba correctamente, como lo haría cualquier mujer musulmana, y una vez que terminaba sus asuntos con esos caballeros, nunca se sentaba, digamos, a comer con ellos. La encontró en la cocina, empezando a preparar la cena y llevando una conversación en diferentes longitudes de onda con los niños.

—Es una lástima que estés cansado de las lentejas, Jimmy, porque es lo que vas a comer... Amina, date prisa, pon el agua a hervir... No te preocupes, lo arreglaré en un minuto, tráeme el hilo de algodón amarillo; hay una aguja en la cigarrera del aparador.

—¿Era el doctor Khan el que acaba de marcharse? —dijo Bamjee.

—Sí, el lunes la gente no va a ir a trabajar. Desai está enfermo, y Khan tiene que avisar a todo el mundo. Bob Jali ha estado en vela durante toda la noche, imprimiendo octavillas, pero ha tenido que ir a que le saquen una muela.

Ella siempre trataba a Bamjee como si su desinterés por la política fuera más bien fingido, de la misma manera que hay mujeres que se empeñan en interpretar el mal carácter de sus maridos como una aspereza cariñosa que esconde una bondad sin límites, y le hablaba de esas cosas de la misma forma en que hablaba de los chismorreos de los vecinos o de la familia.

—¿Por qué quieres mezclarte con esos asesinatos, apedreamientos y yo qué sé cuántas cosas más? El Congreso no debe meterse en eso. ¿No es suficiente con las Zonas de Agrupamiento?

Ella se rio.

—Vamos, Yusuf, ni tú puedes creerte tal cosa. Dijiste lo mismo cuando las Zonas de Agrupamiento empezaron en Natal. Dijiste que debíamos empezar a preocuparnos por si nos echaban de nuestras casas en el Transvaal. Después, tu propia madre perdió su casa en Noorddorp, y mira; te diste cuenta de que nadie está seguro. Ah, Girlie ha estado aquí esta tarde, me contó que el hermano de Ismail tiene novia... qué bien, ¿no? Su madre habrá quedado contenta; estaba preocupada.

—¿Por qué estaba preocupada? —preguntó Jimmy, que tenía quince años y era lo bastante mayor como para tratar con condescendencia a su madre.

—Bueno, ella quiere verle sentar la cabeza. Habrá una fiesta el domingo de la semana que viene, en la casa de Ismail. Será mejor que me des tu traje para llevarlo a la lavandería mañana, Yusuf.

Una de las chicas apareció en seguida.

—No tengo nada que ponerme, mamá.

La señora Bamjee se rascó su rostro cetrino.

—A lo mejor Girlie te deja su vestido rosa. Vete corriendo a casa de Girlie y dile de mi parte si te lo presta.

El sonido de los lugares comunes suele dar seguridad, y Bamjee, que fue a sentarse en el sillón de brazos brillantados que se apretaba entre la mesa y el aparador, se deslizó en un adormilamiento inconsciente que, como todos los momentos de ensoñación cotidiana durante esas semanas, estuvo lleno de tirones y sobresaltos de inquietud que le devolvían a la realidad. A la mañana siguiente, nada más llegar al mercado, se enteró de que habían detenido al doctor Khan. Esa misma noche la señora Bamjee se quedó en vela para hacer un vestido nuevo para su hija; esa visión desarmó a Bamjee, le devolvió de nuevo la confianza, aun en contra de su voluntad, de modo que el resentimiento que había acumulado a lo largo del día se desvaneció en un silencio malhumorado y acusador. Sólo Dios sabía, por supuesto, quién entraba y salía de la casa durante el día. Dos veces, durante aquella semana de motines, asaltos y detenciones, se encontró con negras en la casa al llegar; nativas

corrientes en *doeks*, bebiendo té. Otras mujeres indias no lo hubieran permitido en sus casas, pensó con amargura, pero su esposa no era como las demás, no sabía explicarlo muy bien; lo único que podía decir es que no era ni escandalosa, ni censurable, ni rebelde. Era, al igual que la atracción que le había llevado a casarse con ella, la viuda de Pahad con sus cinco hijos, algo que no podía entender con claridad.

Cuando la Brigada Especial llamó ininterrumpidamente a la puerta en la madrugada del jueves, él no se despertó, porque el retorno a la consciencia siempre lo tuvo programado para las cuatro y media, y aún faltaba más de una hora. La señora Bamjee se levantó, se puso como pudo el impermeable de Jimmy, que estaba tirado sobre una silla, y fue hasta la puerta principal. El reloj de pared —un regalo de boda de cuando se casó con Pahad— dio las tres cuando encendió la luz, y supo de inmediato quién estaba al otro lado de la puerta. Aunque no se sorprendió, sus manos temblaron como las de una anciana mientras abría las cerraduras y el complicado cerrojo de la alambrada contra robos. Y luego abrió la puerta y allí estaban, dos policías de color, vestidos de paisano.

—¿Zanip Bamjee?

—Sí.

Mientras hablaban, Bamjee se despertó con el súbito terror de haber dormido más de la cuenta. Luego se dio cuenta de que había voces de hombres, se levantó con esfuerzo en la oscuridad y se acercó a la ventana, que, al igual que la puerta principal, estaba cubierta por una tupida red de alambre como protección contra los intrusos del sórdido callejón. Desconcertado, apareció en la habitación, donde la policía registraba una caja de jabón llena de papeles junto a la multicopista.

—Yusuf, es por mí —dijo la señora Bamjee.

De pronto, se hizo la luz. Estaba allí parado, con su vieja camisa, ante los dos policías, y la mujer iba a ir a la cárcel por lo de los nativos.

—¡Lo que yo decía! —gritó—. Esto es lo que pasa por hacer esas cosas. Te lo advertí, ¿no? Esto es el fin. Se acabó todo. Este es el resultado.

Ella le escuchó con la cabeza ligeramente ladeada, como si se apartara de un golpe o se compadeciera de él. Jimmy, el hijo de Pahad, apareció en la puerta con una maleta; dos o tres de las chicas estaban a sus espaldas.

—Toma, mamá, llévate mi jersey verde.

—Encontré tu blusa limpia.

Bamjee tenía que apartarse continuamente de ellos mientras ayudaban a la madre a prepararse. Era igual que durante los preparativos de las fiestas familiares, que tanto le gustaban a su esposa; siempre estorbaba. Hasta los dos policías murmuraron sus disculpas y

pasaron empujándole para registrar el resto de la casa.

Se llevaron consigo un tomo que Nehru había escrito en la cárcel; lo habían comprado a un tenaz vendedor ambulante y lo habían guardado durante años en la repisa.

—Oh, no se lo lleve, por favor —dijo de repente la señora Bamjee, agarrada al brazo del hombre que lo había cogido.

El hombre lo mantuvo fuera de su alcance.

—¿Qué te importa, mamá? —la verdad es que nadie en la casa lo había leído.

—Es para mis hijos —dijo pese a todo.

—Mamá, déjalo.

Jimmy era bajito y rechoncho; parecía un vendedor aconsejando a una clienta que no adquiriera un rollo de seda que ella se hubiera empeñado en comprar. Ella se fue al dormitorio y se vistió. Cuando salió con su viejo sari amarillo y el abrigo marrón encima, los rostros de los niños aparecieron tras ella como los rostros en el andén de una estación de ferrocarril. Se despidieron besándola. La policía no le metió excesiva prisa, pero de todas maneras ella parecía tenerla.

—¿Qué voy a hacer? —Bamjee acusaba a todos.

Los policías apartaron la vista con paciencia.

—Las cosas irán bien. Girlie ayudará. Los mayores se las arreglarán. Y Yusuf...

Los niños se apiñaron a su alrededor; dos de los más pequeños se habían despertado, haciendo preguntas sin parar.

—Vamos —dijeron los policías.

—Quiero hablar con mi marido.

Ella se apartó y se volvió hacia él, y el movimiento de su sari les ocultó del resto de la habitación durante un momento. El rostro de él se endureció con recelosa expectación contra la petición de pasar un mensaje al próximo tonto que le sustituiría con la panfletada hasta que él, también, fuera detenido.

—El domingo —dijo—. Llévalos el domingo —él no sabía de lo que le estaba hablando—. La fiesta de compromiso —susurró ella con voz baja y urgente—. No deben faltar; Ismail se ofendería.

Escucharon alejarse el automóvil. Jimmy echó los cerrojos y atrancó la puerta

principal, y luego los volvió a abrir inmediatamente; se puso el impermeable que se había quitado su madre.

—Voy a decírselo a Girlie —anunció.

Los niños volvieron a la cama. Su padre no les dijo ni una palabra; su charla, el llanto de los pequeños y las voces acaloradas de los mayores, siguió oyéndose en los dormitorios. Se encontró solo; sintió que la noche le rodeaba. Y luego se encontró con la esfera del reloj y vio, con un terrible sentido de lo inhabitual, que no era la noche secreta, sino una hora que debía haber reconocido: la hora de levantarse. Se puso los pantalones y la sucia bata blanca de vendedor, se alzó su bufanda gris hasta cubrir la barba de dos días y se marchó a trabajar.

La multicopista había desaparecido del aparador. Los policías se la habían llevado, junto con las octavillas, los informes de conferencias y los viejos periódicos amontonados sobre el armario del dormitorio —no los gruesos diarios de los blancos, sino los periódicos delgados, de aspecto perecedero, que defendían a los demás, incautados a veces por la prohibición o interrumpidos por la falta de dinero—. Todo había desaparecido. Cuando se casó y se fue a vivir con ella y sus cinco hijos, en lo que había sido la casa de Pahad y se convirtió en la de Bamjee, no reconoció las humildes, inofensivas y en apariencia inútiles tareas —las actas de las reuniones que ella redactaba en la mesa del comedor por la noche, los libros azules del gobierno leídos mientras daba de mamar al nuevo bebé, el uso de los dedos de los niños mayores para hacer las escarapelas de papel del Congreso— como una actividad cuyo fin era mover montañas. Durante años no se dio cuenta de ello, y ahora había desaparecido.

La casa estaba en silencio. Los niños permanecían en sus madrigueras, apiñados en las camas, con las puertas cerradas. Se sentó y miró el aparador: los claveles de plástico y el tapete con el dibujo del Taj Mahal seguían en su sitio. Durante las primeras semanas no habló de ella. En la casa flotaba el sentimiento de que había llorado y estaba enfurecido con ella, de que pedruscos de reproches habían caído como rayos sobre su ausencia y sin embargo no había dicho ni una palabra. No fue a preguntar dónde podía estar; Jimmy y Girlie habían ido a ver a Mohammed Ebrahim, el abogado, quien averiguó que la habían llevado —al menos tras la detención— a una prisión de la ciudad vecina; esperaron durante horas a la puerta de la gran prisión, hasta que les dijeron que la habían trasladado. Por fin descubrieron que estaba en Pretoria, a cincuenta millas de distancia. Jimmy pidió cinco chelines a Bamjee para ayudar a Girlie a pagar el billete de ferrocarril a Pretoria, después de que la policía la interrogara y le diera un permiso para visitar a su madre; él puso tres monedas de dos chelines en la mesa para Jimmy, y el muchacho, que le miró con fijeza, no supo si el chelín de más significaba algo o era sencillamente que Bamjee no tenía cambio.

Únicamente cuando los vecinos y parientes venían a casa, Bamjee rompía a hablar. Nunca se había mostrado tan efusivo en toda su vida, como en compañía de esos visitantes, muchos de los cuales acudían en un cumplimiento de cortesía que era más bien de condolencia.

—Ah, sí, ya pueden ver ustedes cómo estoy, ya ven lo que me ha hecho. Nueve

hijos, y yo estoy todo el día con el carro. Llego a casa a las siete o a las ocho. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué puede hacer la gente como nosotros?

—Pobre señora Bamjee. Una mujer tan agradable.

—Bueno, ya ven. Entran por la noche y dejan una casa llena de niños. Me paso el día entero con el carro, tengo que ganarme la vida —en mangas de camisa, se sentía muy animado; les decía a las chicas que trajeran refrescos de frutas para las visitas. Cuando se marchaban era como si él, un ortodoxo, si no devoto, que nunca bebía alcohol, hubiera estado borracho y se hubiera serenado abruptamente; parecía aturdido y era incapaz de recordar lo que había dicho. Y mientras se enfriaba, el resentimiento y la sensación de haber sido tratado injustamente se atravesaban de nuevo en su garganta.

Bamjee se encontró una tarde, en la habitación, a uno de los niños rodeado por un embravecido grupo de hermanos y hermanas protectores.

—Han tratado mal a Ahmed.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el padre.

—¡Nada! ¡Nada! —la niña retorció su pañuelo, muy excitada.

La mayor, tan flaca como su madre, se apoderó de la conversación, acallando a los otros con un gesto de su delgada mano.

—Ocurrió hoy en el colegio. Lo utilizaron como ejemplo.

—¿Ejemplo de qué? —preguntó Bamjee con impaciencia.

—El profesor le hizo salir y ponerse delante de la clase y les dijo: «¿Veis a este chico? Su madre está en la cárcel porque le gustan mucho los nativos. Quiere que los indios sean iguales que los nativos».

—Es terrible —dijo, dejando caer las manos a sus costados—. ¿Pensaría vuestra madre alguna vez que esto pudiera ocurrir?

—Es por eso por lo que está *allí* —dijo Jimmy, dejando su tebeo y poniendo sus libros de texto sobre la mesa—. Es todo lo que los niños deben saber. Mamá está allí porque ocurren estas cosas. Petersen es un profesor de color y su sangre negra le ha traído problemas toda su vida, supongo. Odia a cualquiera que diga que todos somos iguales, porque eso le quita el poco de blancura que tiene. ¿Qué esperabas? No es para tanto.

—Por supuesto, tú tienes quince años y lo sabes todo —masculló Bamjee.

—No he dicho eso. Pero desde luego que conozco a mamá —el niño se rio.

Hubo una huelga de hambre entre los presos políticos y Bamjee no se sintió con fuerzas para preguntar a Girlie si su madre también se negaba a comer. No iba a preguntárselo; sin embargo, vio en el rostro de la joven el gradual debilitamiento de su madre. Cuando la huelga duraba ya una semana, una de las mayores rompió a llorar en la mesa y dejó de comer. Bamjee apartó su propio plato, rabioso.

A veces hablaba en voz alta mientras conducía el camión de verduras: «¿Para qué?». Y una y otra vez: «¿Para qué?». No era una mujer moderna que se cortase el pelo y se pusiera falda corta. Él se había casado con una musulmana sencilla y buena que tenía hijos y machacaba sus chiles. Tuvo una fugaz visión, la vio junto a la multcopista la noche en que se la llevaron, y se sintió enfurecido, confuso y desesperado. Se había convertido en el fantasma de una víctima que se quedaba en el escenario de un crimen cuyos motivos no entendía y no tenía tiempo de averiguar.

La huelga en la prisión entró en su segunda semana. A solas en la traqueteante cabina de su camión, dijo cosas que había oído como si las dijera otro, y su corazón ardía, ferozmente, de acuerdo con ellos: «A favor de un montón de nativos que destrozarán nuestras tiendas y nos matarán en nuestras casas cuando llegue la hora». «Ella se matará de hambre, ahí». «Morirá ahí». «Unos diablos que nos quemarán y matarán». Caía en la cama cada noche como una losa, y se esforzaba en levantarse por las mañanas como una bestia de carga a la que arrear para que se ponga en pie.

Una de esas mañanas, Girlie apareció muy temprano, mientras él devoraba pan y té fuerte —sensaciones alternas de solidez seca y de calor punzante— ante la mesa de la cocina. Su verdadero nombre era, por supuesto, Fátima, pero había adoptado ese ridículo nombre moderno, junto con la ropa que llevaban las jóvenes que trabajaban en la fábrica con ella. Esperaba su primer bebé para dentro de un par de semanas, y su pequeño rostro, sus cabellos cortados y rizados y los arcos tiznados, dibujados sobre sus cejas, no parecían pertenecer a su cuerpo hinchado bajo su limpio delantal. Llevaba pintura de labios malva, y sonreía con una graciosa sonrisa de muchachita blanca, tonta y atrevida, no como la de una muchacha india.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Ella sonrió de nuevo.

—¿No lo sabes? Le dije a Bobby que tenía que levantarme temprano esta mañana. Quería estar segura de verte hoy.

—No sé de qué me hablas.

Ella se acercó y pasó su brazo alrededor del cuello mal dispuesto de él y besó la gris pelusa junto a la boca.

—¡Felicidades! ¿No sabes que es tu cumpleaños?

—No —dijo—. No lo sabía, no me había dado cuenta —rompió la pausa cogiendo rápidamente el pan y concentrándose en comer y beber. Su boca estaba ocupada, pero sus ojos la miraron, intensamente negros. Ella no dijo nada, pero se quedó allí con él, en silencio.

—Nunca me acuerdo de esas cosas —dijo él por fin, tragando un poco de pan que le raspó la garganta al bajar.

La muchacha hizo un movimiento afirmativo con la cabeza; las baratijas de Woolworth se balancearon en sus orejas.

—Fue lo primero que me dijo ayer: no te olvides de que mañana es el cumpleaños de Bamjee.

Él se encogió de hombros.

—Significa mucho para los niños. Así es ella. Si es el cumpleaños de uno de los primos viejos o de la abuela de la vecina, sabe siempre cuándo es. ¿Qué importancia tiene mi cumpleaños cuando ella está en la cárcel? No entiendo cómo puede hacer las cosas que hace cuando tiene la cabeza al mismo tiempo llena de las bobadas de las mujeres; eso es lo que no comprendo de ella.

—Ah, pero ¿no lo entiendes? —dijo la chica—. Es porque no quiere que nadie quede olvidado. Es porque siempre recuerda, lo recuerda todo: la gente que no tiene donde vivir, los niños hambrientos, los chicos que no pueden tener una educación..., siempre está recordando. Así es mamá.

—No hay otra persona así.

Era casi una queja.

—No, nadie es así —dijo su hijastra.

Se sentó a la mesa, descansando su barriga. Él se cogió la cabeza con las manos.

—Me estoy volviendo viejo.

Pero le abrumaba algo mucho más curioso, una respuesta. Sabía por qué la había deseado, la fea viuda con cinco hijos; sabía de qué forma ella no era como las otras; ahí estaba, igual que la barriga que se interponía entre él y la hija de ella.

BUEN CLIMA, HABITANTES AMISTOSOS

En la oficina del garaje, durante ocho horas diarias, llevo un mono de lino malva: uno de esos finos uniformes que hacen para las chicas que no son realmente enfermeras. Tengo cuarenta y nueve años, pero aparento veinticinco, a no ser por la cara y las piernas. Tengo una piel muy blanca y en las piernas me han salido unas motas como las del queso roquefort. Antes tenía el pelo tan bonito como la pelusa de los pollitos, pero ya está descolorido y me he hecho demasiadas veces la permanente. No se lo confesaría a nadie, pero a mí misma me lo confieso todo. A lo mejor me compro una de esas pelucas que usa tanta gente. Usar peluca no significa que tengas poco pelo.

Llevo años en el garaje; una estación de servicio, como la llaman desde que fue reconstruida en acero y cristal. Aunque eso es la fachada, donde están los surtidores; aún no se puede entrar en el taller sin mancharte de grasa. De todas formas yo no tengo por qué entrar. Cuando no estoy con los libros de cuentas, me dejo ver en la parte delantera para respirar un poco de aire, fumar un cigarrillo y echar un vistazo a los muchachos. No a los mecánicos —por supuesto, son todos muchachos blancos (vaya pájaros que están hechos)—, sino los que echan gasolina. Uno de los chicos lleva veintitrés años con nosotros; a veces se puede pensar que es el dueño, lo cual me fastidia. En general, los nativos no son de lo peor, aunque de vez en cuando aparece un descarado hijo de puta o un ladrón, pero no dura mucho con nosotros.

Estamos al lado del centro comercial suburbano de Greensleeves, con su restaurante con terraza y sus fuentes, y ahí te encuentras con gente muy amable que va y viene. Soy bastante amiga de la gente de los pisos de lujo de por aquí; siempre me dicen algo cuando salen a pasear con sus perros o van de tiendas. Y por supuesto trabas conocimiento con muchos de los clientes regulares que vienen a echar gasolina. Entre los habituales, tenemos dos Rolls y un sinfín de deportivos. Y no tengo más que bajar la manzana hasta Maison Claude, donde voy a la peluquería, o a ver al señor Levine, de la farmacia de Greensleeves, si empiezo a sentirme resfriada.

Tengo un piso en uno de los viejos edificios que todavía quedan en la ciudad. No es gran cosa, pero por diez libras mensuales y en la ruta del autobús... Estuve casada una vez y tengo una hija encantadora, que se casó a los diecisiete años y vive en Rodesia; no pude impedirlo. Es muy feliz y tienen unos gemelos ¡de lo más traviesos! Les he visto una vez.

Tengo una amiga con la que voy a la primera sesión del cine los viernes y a casa de los Versfeld, donde soy una invitada permanente los domingos. Me parece que yo lo soy todo para ellos; los pobrecitos nunca ven a nadie. Es lo que pasa cuando estás sola en una oficina como yo, que no haces amigos en el trabajo. No tengo con quien hablar, salvo con esos pájaros del taller, ¿y qué tengo yo que ver con unos rufianes que llevan cazadoras de cuero negro? No te tienen el menor respeto; hay que oír las cosas que dicen. Prefiero hablar

con los negros, la verdad, aunque sé que suena raro. Al menos te llaman señorita. Hasta el viejo Madala sabe que no puede entrar en mi oficina sin quitarse la gorra, pero que Dios te ampare si le dices al chico que vaya al Griego a buscar unos cigarrillos, o a la pastelería Suiza. Una vez tuve una bronca con él por eso; el viejo cara de mono; pero según parece el gerente no le quiso echar porque lleva aquí mucho tiempo. Así que apenas le veo, y le doy su media corona en Navidades, como a los otros chicos. Pero Jack, el capataz, tiene más sentido común que muchos blancos, créeme, y a su manera te hace reír —por supuesto, son como niños, les ves desternillarse de risa por cualquier chiste que cuentan en su lengua, hacen un ruido de mil demonios; supongo que no lo encontraríamos gracioso si entenderíamos lo que dicen—. Ese Jack antes recibía muchas llamadas (me quejé al gerente a escondidas y él terminó con el asunto), y los nativos que llamaban solían preguntar por Mpanza y Makiwane, y yo qué sé por quién más, y cuando yo les decía que aquí no trabajaba nadie con ese nombre, se sinceraban y preguntaban por Jack. Así que un día le pregunté, ¿por qué vuestra gente tiene cientos de nombres, por qué esos tíos y tías y cuñadas no dicen tu nombre directamente y no me hacen perder el tiempo? Él dijo: «Aquí soy Jack, porque Mpanza Makiwane no es un nombre, y allí soy Mpanza Makiwane, porque Jack no es un nombre, pero yo soy el único que sabe quién soy dondequiera que esté». No pude por menos que echarme a reír. Casi nunca me llama señorita, pero la forma en que habla no resulta impertinente. Antes de que les dejaran comprar bebidas, me pedía que le comprara una botella de coñac por semana y a mí no me parecía que en eso hubiera nada malo.

Aunque las cosas no vayan bien, no vale la pena quejarse. No quiero envejecer antes de tiempo. De vez en cuando, un hombre se encapricha de mí en el garaje. Cada vez que viene a llenar el depósito, busca alguna excusa para hablar conmigo; si le gusto a un tipo, comienzo a sentirme como me sentía cuando tenía diecisiete años, de modo que aunque no haga otra cosa que estar sentado en su coche mirándome a través del cristal de la oficina, sé que me espera cuando salga. Luego me invita al hotel para tomar una copa después del trabajo. Normalmente no va más lejos. No sé qué ocurre con esos tipos, están casados, supongo, pero sus esposas ya no tendrán un tipo perfecto, como yo. Les gusta hablar con otra mujer de vez en cuando, pero en seguida se ponen nerviosos. Son hombres de negocios y de dinero; uno me envió un regalo, pero era una polvera anticuada, de cuando las mujeres usaban polvos sueltos, y yo uso de los compactos, como todo el mundo.

Por supuesto, te encuentras con tipos extraños, y, como ya he dicho, yo estoy sola en la parte de delante casi todo el tiempo, con los chicos, mientras el gerente está en la oficina central, en la ciudad, y los otros hombres blancos, en la parte de atrás. Hace poco, un tipo entró en mi oficina y quiso pagar la gasolina con dinero de Rodesia. Bueno, resulta que Jack, el capataz de los chicos, vino primero a verme para decirme que aquel tipo le había dado dinero de Rodesia. Mandé que le dijera que nosotros no lo aceptábamos. Miré por el cristal y vi un coche americano grande y caro, aunque no muy nuevo, y a un hombre que sitúas en seguida como uno de esos que anda siempre de un lado para otro: se hinchaba la mejilla con la lengua, mirando por la estación de servicio y hacia la calle, como si intentara orientarse mentalmente en una nueva ciudad. Hay personas que se ponen como fieras si un nativo les niega algo, pero este no; luego el chico me lo trajo. «El jefe dice que quiere hablar con usted», y volvió a su puesto. Pero yo le dije que esperase. Conozco Johannesburgo; el dinero estaba en la caja de seguridad abierta. El tipo era joven. Era de

piel muy morena, curtida día tras día, con ese bronceado que se ve en los bañistas de la playa. Tenía el pelo espeso y con mechuras rubias, una lástima en un hombre.

—Señorita —dijo—, ¿tiene media hora para echarme una mano? —Bueno, es cierto que yo acababa de salir de la peluquería, pero no me engaño pensando que alguien me puede considerar una señorita, al menos que me mire el tipo de espaldas—. Acabo de llegar en coche —continuó— y no he tenido tiempo de cambiar. Tome esto mientras busco a un amigo que me cobre un cheque.

Le dije que había un banco más adelante, pero se excusó.

—De todas maneras tengo que decirle a mi amigo que estoy aquí. Dejaré esto, es de oro —y se quitó del brazo un reloj grande y elegante—. Hágame el favor. —En cierto modo, al sonreír, no parecía tan joven, era más duro. Sonreía con un lado de la boca. De todas formas, de repente dije «vale», y el nativo se dio la vuelta y salió de la oficina, pero yo ya sabía que no iba a pasar nada con mi dinero; el tipo me preguntó la manera de llegar más rápido a Kensington y salí de detrás del escritorio y le ayudé a buscarlo en el mapa de la pared. Me pareció que tendría unos veintinueve o treinta años; era muy esbelto, con un cinturón de piel de serpiente y una camisa blanca, limpia, con el cuello abierto.

Volvió en seguida. Cogí el dinero de la gasolina y le dije «aquí está su reloj», empujándolo sobre el mostrador. Me di cuenta, en el momento en que se fue y yo cogí el reloj para guardarlo en la caja fuerte, que no era de oro: era una de esas falsificaciones japonesas que algunos hombres se sacan del bolsillo para tratar de vendérselos en una esquina. Pero no dije nada, porque ¿y si le hubiesen engañado? Le concedí el beneficio de la duda. ¿Qué importaba? De todas formas, pagó la gasolina. Me dio las gracias y dijo que suponía que ya era hora de buscar un hotel. Le dije lo que se suele decir en esos casos, que si estaba aquí de visita, etc. Me dijo que sí, que no sabía cuánto tiempo, a lo mejor un par de semanas, según le fueran las cosas, y que le gustaría encontrar un sitio céntrico. Charlamos un rato —ya se sabe cómo son estas cosas, siempre te encuentras amable si le has hecho un favor a alguien y ha salido bien— y le dije el nombre de un par de hoteles. Pero es difícil si no sabes qué clase de sitio quieren, o les mandas a un sitio demasiado caro o les recomiendas un sitio cualquiera que les parece un fonducho, como el New Park, que está cerca de donde yo vivo.

Unos días más tarde, al volver de las tiendas a la hora del almuerzo, pasé junto al sitio donde los chicos estaban en cuclillas, tomando su almuerzo al sol.

—Ese hombre ha vuelto —dijo Jack. Cree que puedo leerle el pensamiento; «¿qué hombre?», le pregunté, pero no hay manera de que aprendan. «El del otro día, el del dinero que no valía». «Ah, quieres decir el rodesiano», dije. Jack no contestó; siguió arrancando pedazos de pan de una media barra y metiéndoselos en la boca. Otro de los chicos empezó a contar en su idioma, mezclándolo con el inglés, lo que me imagino era la historia de cómo el hombre había intentado pagar con dinero que no valía; vaya gracia, ¿sabes?; pero Jack no hizo caso, supongo que lo había oído demasiadas veces.

Entré en la oficina para coger un cigarrillo y cuando estaba fuera, al sol, disfrutándolo, Jack se acercó al grifo que había a mi lado; le oí beber en la mano y luego dijo:

—Fue y miró por la ventana de la oficina.

—¿No compró gasolina? —pregunté.

—Arrimó el coche al surtidor pero no compró nada. Dijo que volvería más tarde.

—Bueno, qué pasa, por qué te interesa tanto, vendemos a la gente toda la gasolina que quiere —me sentí intranquila. No sé por qué; se diría que había regalado la gasolina del garaje o algo por el estilo.

—No puedes venir desde Rodesia con esos neumáticos —dijo Jack.

—¿No? —pregunté—. ¿Has mirado los neumáticos?

—¿Por qué voy a andar yo mirando neumáticos? No, no. Fíjese en los neumáticos de ese viejo coche. No se puede conducir seiscientas millas con esos neumáticos. ¡Están gastados! ¡Hasta la llanta!

—¿A quién le importa de dónde viene? Eso es asunto suyo.

—Pero llevaba ese dinero —me dijo Jack. Se encogió de hombros y yo también; volví a mi oficina. Como dije antes, de vez en cuando hablas con ese chico como si fuera un blanco.

Aquella misma tarde, poco antes de las cinco, el tipo volvió. No sé qué ocurrió, pero levanté la vista como si supiera que el coche iba a estar allí. Le estaban poniendo gasolina y esta vez pagó; le atendió el viejo Madala. No sé qué bicho me picó, la curiosidad tal vez, pero me levanté, me acerqué a la puerta y dije:

—¿Qué tal le trata Johannesburgo?

—Mierda, he tenido mala suerte —dijo—. En el sitio donde fui tienen reservada la habitación que ocupo a partir de hoy. Iba a quedarme en casa de mi amigo en Berea, pero ha venido el hermano de su esposa. No me molesta pagar por un sitio decente, pero cuando le echas un vistazo a ciertos sitios... ¿No sabe usted de alguno?

—Pues sí —dije—; se lo iba a decir el otro día. —Y mencioné el Victoria, pero me dijo que ya había ido a preguntar, así que le dije el New Park, que está cerca de mi casa. Me escuchó, pero miraba a todos lados, tenía la cabeza en otra parte.

—Me dirán que está lleno —dijo—; siempre es el mismo cuento.

Le dije que la señora Douglas, la gerente, era una buena mujer; seguramente le encontraría algo.

—¿No podría preguntárselo? —dijo.

Respondí: «Bien, vale». Ya que el sitio está a la vuelta de la esquina de mi casa, me iría al terminar el trabajo para decir que él iba a pasar por allí.

Al oírlo me dijo que me llevaría en su coche, así que yo misma se lo presenté a la señora Douglas y le alquiló una habitación. Cuando salimos del hotel parecía enfrascado en sus pensamientos, pero en la calle, de repente, propuso que por qué no tomábamos una copa. Creí que me decía que fuéramos al bar del hotel, pero no.

—Tengo una botella de ginebra en el coche —dijo, y la llevó a mi casa. Me contó de cuando estuvo en el Congo, hacía unos años, luchando para ese jefe nativo, cómo se llama... Tshombe... contra los irlandeses que enviaron para echar a ese, como se llame. Las cosas que me contó de Elisabethville. Le pagaban tanto que podía vivir como un rey. Tomamos sólo dos ginebras cada uno de la botella, pero cuando le dije que se la llevara, dijo:

—Volveré a buscarla cuando tenga oportunidad.

No dijo nada más, pero me dio la impresión de que había venido a Johannesburgo a buscar trabajo.

La tarde siguiente estaba friendo un filete de hígado cuando apareció en la puerta. La botella aún estaba donde la habíamos dejado. Es un fastidio que la casa huelga a fritanga y se enteren de qué vas a comer. Le di la botella pero no la aceptó; dijo que iba a Vereening a ver a un hombre, que tomaría una copa y punto. No me quedó más remedio que ofrecerle algo de comer. Era una de esas personas que comen sin fijarse en qué. Tampoco se fijó en el piso; quiero decir que no miró mis cosas como se suele hacer cuando estás en casa de otra persona. Y había una foto preciosa de mi hija en un marco, sobre la estufa eléctrica. Le pregunté mientras comíamos que si había venido a buscar trabajo. Sonrió como sonríen los jóvenes a las personas mayores que no entienden. Contestó que de negocios, pero se veía que no era un empleado de oficina, ni hombre de llevar traje y sentarse en un sillón. Era como uno de esos hombres que ves en las películas, ¿sabes?, el forastero que tiene pinta de no vivir en ningún sitio. Uno de película, delgado, quemado por el sol, que apenas habla. Quiero decir, que hablaba pero no contaba gran cosa de sí mismo, sólo de cosas que había visto. Nunca me preguntó nada sobre mí, tampoco. Era raro; al cabo de verle unas cuantas veces fue como si nos conociéramos tanto, que no hablábamos más de nosotros mismos.

Otra cosa rara era que mientras estuvo entrando y saliendo del piso, yo hablaba de él con el chico, con Jack. Por regla general, no creo que se deba hablar de los blancos con los nativos, quiero decir, que da igual lo que se piense de un blanco, que si hablas de él con un negro le animas a faltarle el respeto. Nunca he dicho nada delante de los chicos sobre cómo se portan esos pájaros del taller, por ejemplo. Y, por supuesto, jamás hablaría una palabra

de mi vida privada con un nativo. Jack no sabía que ese tipo venía al piso, pero me oyó decir que le ayudé a buscar habitación en el New Park Hotel y me vio subir en su coche aquella tarde. Tenía metido en la cabeza el comentario del chico sobre los neumáticos; le dije: «Ese hombre ha venido nada menos que del Congo».

—¿En ese coche? —dijo Jack; tiene un rostro muy serio para ser nativo.

—El coche anda bien —dije—; lo lleva a todas partes.

—¿Por qué no lo trae para recauchutarlo?

Le dije que estaba de vacaciones y que no quería hacerlo aquí. El tipo no apareció en cinco o seis días y pensé que se había largado, o que había hecho amigos como hace tanta gente en esta ciudad. En la botella quedaban unos dos dedos de ginebra. Yo no bebo cuando estoy sola. Luego apareció en el garaje un día, cuando me iba a casa. Pensé otra vez en mirar los neumáticos, pero lo olvidé. Me llevó a casa como si lo hubiéramos planeado antes; ya sabes, como un hijo mayor que lleva a su madre, no porque quiera, sino porque tiene que hacerlo. Apenas hablamos en el coche. Salí a comprar unas empanadas: no es una cena muy decente para ofrecerle a nadie pero, como he dicho, a él le daba igual lo que comía y no quería la ginebra, tenía unas latas de cerveza en el coche. Echó el sillón hacia atrás, dejando caer todo el peso sobre dos patas, y dijo:

—Creo que tengo que marcharme de ese tugurio, no sé qué hay que hacer para llevarse bien con esos tiburones.

—Vosotros los jóvenes os dais por vencidos en seguida. ¿Todavía no has encontrado un trabajo?

—¿Un trabajo? —dijo—. Me deben dinero, intento sacarles dinero.

—¿De qué se trata —dije—, de qué dinero? —no me hizo caso, fue como si no entendiera.

—Unos tíos listillos muy tramposos hasta decir basta. Llevo aquí casi tres semanas.

—A todos los que vienen aquí les parece que Johannesburgo es una ciudad muy dura comparada con las suyas —dije.

Tenía la cabeza echada hacia atrás, la irguió y me miró.

—No soy tan joven.

—¿No? —dije. Me sentí un poco turbada porque nunca me había hablado de sí mismo. Me miró fijamente, como si fuera a ver su edad escrita en mi cara.

—Tengo treinta y siete años —dijo—, ¿lo sabías? Treinta y siete. Ya no soy tan

joven.

Cuarenta y nueve. Era cierto, no mucho más. Pero aparentaba ser muy joven, con sus largos cabellos negros brillantados y peinados hacia atrás, como si acabara de salir de la ducha, y ese cuello bronceado con su camisa abierta. Los hombres esbeltos disimulan más su edad. Aunque tenía dentadura postiza, y eso era lo que daba más aspecto de dureza a su boca. Supongo que podría tener treinta y siete años; yo qué sé, yo qué sé.

Era como las cicatrices que tenía en el cuerpo. Las tenía en la espalda y en el estómago y se me subió el corazón a la boca al verlas, estaban aún sonrosadas y casi en carne viva, pero me contó que las que tenía en la espalda eran de los golpes que recibió en un orfanato de niño y las otras de los combates en Katanga.

Sé que nadie me creerá, que pensarán que invento excusas para justificarme, pero a la mañana siguiente todo parecía igual; no tuve la impresión de conocerle mejor. Fue igual que aquel primer día cuando vino con el dinero de Rodesia.

—Déjame la llave —dijo—. Ya que vas a estar fuera, ¿qué te parece si me quedo hoy aquí?

—Pero ¿qué pasa con el hotel? —pregunté.

—Me he llevado mis cosas —dijo.

—¿Quieres decir que te has marchado?

Y algo en su rostro, aquella mirada de hastío, me hizo preguntarle:

—Se lo habrás dicho a la señora Douglas, ¿no?

—Ya debe saberlo. —No era habitual que sonriera.

—¿Quieres decir que te has marchado sin pagar? —pregunté.

—Mira, ya te lo he dicho, no les puedo sacar mi dinero a esos hijos de puta.

¿Qué iba a hacer yo? Le había llevado en persona a la señora Douglas. La mujer le dio una habitación porque yo se le recomendé. Tuve que ir al New Park y contarle el cuento de que había tenido que marcharse precipitadamente y que me había dejado el dinero para pagarle. ¿Qué otra cosa iba a hacer, si no? Por supuesto, a él no se lo conté.

Pero se lo dije a Jack. Eso es lo curioso. Le conté a Jack que el hombre había desaparecido, que se había largado sin pagarle a mi amiga, que llevaba el hotel donde se hospedaba. El chico chasqueó la lengua como ellos hacen y se rio. Y yo dije que eso es lo que pasa por ayudar a la gente.

—Sí —dijo—, Johannesburgo está lleno de gente así, pero aprendes a conocer sus caras, aunque sean caras simpáticas.

—¿Crees que ese hombre tenía una cara simpática? —le dije—. Parecía una cara simpática.

Temí encontrarme al tipo al volver a casa y así fue, allí estaba. Le dije «esta es mi hija», y le enseñé la foto, pero no demostró el menor interés, ni siquiera cuando añadí que vivía en Gwelo y que quizá él conocía el pueblo. Le pregunté por qué no volvía a Rodesia, a su trabajo, pero me dijo que África Central se había acabado, que no iba a recibir órdenes de una pandilla de negros que dirigían el tinglado; por lo que me contó, es horrible, ni siquiera se les puede prohibir entrar en hoteles ni nada.

Más tarde salió a buscar unos cigarrillos y de pronto pensé, voy a cerrar la puerta con llave y no le dejaré entrar. Lo decidí. Pero cuando vi su sombra al otro lado del cristal deslustrado, me levanté y le abrí, me sentí ridícula, ¿de qué podía tener miedo? Delante de mí tenía a un tipo limpio y guapo además; y cualquiera puede tener una racha de mala suerte. A veces me pregunto qué va a ser de mí —dentro de unos años, desde luego— si no puedo seguir trabajando, estoy aquí, sola, y nadie viene a visitarme. Los domingos uno lee en los periódicos cosas sobre mujeres que mueren en sus pisos, solas, y no las descubren hasta pasados unos días.

Fumaba día y noche, como si el mundo oliera mal y tuviera que protegerse las narices. Se pasó el fin de semana en la cama, fumando y yo hice un comentario sobre la princesa Margarita cuando vino de niña aquí, en 1947; estaba mirando un reportaje sobre la Familia Real en un periódico dominical. Dijo que le parecía haberla visto, fue en el año en que le metieron en el orfanato y le llevaron a ver el desfile.

Una de las pocas cosas que me contó fue que tenía ocho años cuando le metieron en el orfanato; estaba allí tumbado, y comencé a calcular que si tenía treinta y siete años, debía de tener veinte años en 1947, y no ocho. Pero me costaba mucho pensar que sólo tenía veinticinco. Siempre puedes deshacerte de un muchacho de veinticinco. No tendría la fuerza interior necesaria para darte miedo, si lo intentabas.

Me habría sentido más segura si alguien hubiera sabido lo nuestro, pero, por supuesto, no podía hablar con nadie. Imagínate, los Versfeld. O la mujer con quien salgo los viernes, ¡no creo que haya tomado siquiera una taza de té con un hombre desde que murió su marido! Le pregunté a Jack, el capataz de los chicos, cuántos años creía que tendría el hombre con dinero de Rodesia que se había ido sin pagar el hotel.

—¿Sigue aquí? —preguntó.

Le dije que no, me lo preguntaba por preguntar.

—Ese tipo era joven —dijo. Pero debí recordar que la mitad de las veces los nativos ni siquiera saben su edad, no les importa como a nosotros. Le pregunté:

—¿Y tú qué consideras joven? —hizo un movimiento con la cabeza en dirección al taller.

—Como los mecánicos.

¡Esa panda de jovencitos! Pero el tipo no era un engreído como ellos, que se pasan el día haciendo como que pelean unos con otros, piropeando a las chicas, creyéndose los Beatles cuando cantan en los lavabos. De la gente que él iba a ver por sus asuntos..., nunca vi a nadie. Si tenía amigos, no le visitaban. ¡Ojalá alguien hubiera sabido que estaba en el piso!

Luego dijo que iba a poner el coche a punto para ir a Durban. Dijo que pensaba marcharse el sábado siguiente. Así que me sentí mejor; pero también mal, en cierto modo, porque había pensado en encontrar una manera de obligarle a marcharse. Me puso la mano en la cintura a la luz del día, me sonrió y dijo:

—Lo siento; ya es hora de que haga las maletas —y era cierto que tenía razón a su manera: yo no podía imaginarme cómo serían las cosas sin él, aunque a la vez tenía miedo de que se quedara. Ah, qué amable fue entonces conmigo; era muy simpático cuando quería, te lo creías, aunque estuviera fingiendo. Le dije que debía haber llevado el coche a nuestro garaje, que yo me hubiera encargado de que se lo repararan bien, pero no, un amigo iba a hacérselo gratis en su taller.

Llegó el sábado y no se marchó. El coche aún no estaba preparado. Se pasó casi toda la semana en casa, desapareció una noche pero volvió por la mañana. Le había dado un par de libras para ir tirando.

—¿Por qué pierdes el tiempo dejando que te arregle el coche cualquiera? —le dije—. Llévalo a un buen taller. —Luego, nunca lo olvidaré, frío, un poco irritado, dijo:

—Olvidalo. Ya no tengo coche.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—, ¿cómo?, ¿lo has vendido?

Creo que lo tenía metido en la cabeza: si no tiene dinero, ¿por qué no lo vende?

—Ya está —dijo—. Ya lo he vendido.

Después de contarme que había vendido el coche dijo que estaba esperando el dinero; dijo que me iba a devolver las tres libras, pero volvió a pedirme dinero un par de días más tarde. Me daba la espalda cuando yo entraba en el piso y no me contestaba cuando le hablaba; y entonces, cuando se volvió hacia mí con aquel rostro inexpresivo, medio dormido, pensé: «ahora va a ocurrir, ha llegado el momento» —no puedo explicar lo agotada, lo aplastada que me sentí—, sólo sé que él tenía en su cara exactamente la misma mirada que aquel hombre, una vez, ahogando a unos gatitos, uno tras otro, en un cubo de agua —y como sabía que iba a ocurrir, él estalló en carcajadas—. Fue la única vez que se

rio a carcajadas. Se rio hasta casi llorar, y yo me sumé a sus risas, y fingimos que era en broma y entonces fue muy simpático conmigo, de lo más simpático.

Solía sentarme en la oficina del garaje y mirar los anuncios de coches y los mapas en la pared, y mi oreja de elefante, que crecía en el bidón de gasolina, y era el único lugar en el que me sentía a gusto: es una tontería, ¿qué me ha pasado? El piso, y él dentro, no me parecían reales. Luego, a las cinco, me marchaba a casa y allí estaba, esperándome.

Le pregunté a Jack, «¿cuánto vale un Chrysler del 59?». Se tomó su tiempo, se estaba limpiando las manos con estopa.

—Con esos neumáticos no le van a pagar mucho —dijo.

Para demostrarle que no debía pasarse con los blancos, le dije que enviara a alguien al señor Levine en busca de polvos contra el dolor de cabeza para mí. Bromeé diciendo que me sentía como el viejo Madala, estaba muy cansada. ¿Sabes lo que me dijo el chico entonces? La verdad es que a veces tienen más sentimientos que los blancos:

—Cuando mis hijos sean mayores —me dijo— tendrán que trabajar para mí. ¿Por qué no vive usted en Rodesia con su hija? Los hijos deben cuidar de sus madres. ¿Por qué tiene que quedarse sola en esta ciudad?

Por supuesto no iba a explicarle que me gusta mi independencia. Siempre me digo que, cuando sea mayor, espero morirme antes de convertirme en una carga para los demás. Pero aquella tarde dije una cosa que debía haber dicho mucho antes, le dije al chico: «Si alguna vez no vengo a trabajar, avisa a los del taller para que envíen alguien a mi piso a ver qué pasa». Y apunté mis señas. Podrían pasar días antes de que descubrieran lo que me había ocurrido; eso no está bien.

Cuando volví a casa por la tarde, el tipo se había marchado. Se había marchado. Ni una palabra, ni una nota; nada. Cada vez que oía el traqueteo del ascensor pensaba, ahí está. Pero no volvió. El sábado por la tarde no resistí más la casa y me presenté en la de los Versfeld y le pregunté a la vieja si podía dormir allí unos días, le dije que estaban pintando mi piso y que el olor me mareaba. Pensé, si va al garaje, allí hay gente, al menos están los muchachos. Fumaba ya casi tanto como él y no era capaz de conciliar el sueño. Tuve que pedirle al señor Levine que me diera alguna cosa. El ruido más ligero me producía un sudor frío. Al final de la semana tuve que volver al piso, compré una cadena para la puerta e hice unas cortinas tupidas para que nadie pudiera mirar. No salí después de volver del trabajo —ni siquiera para ir a la primera sesión— para no tener que volver al edificio por la noche. Ya sabes lo que pasa cuando estás nerviosa, las cosas más tontas te consuelan: me decía, si no vas a trabajar por la mañana, los muchachos enviarán a alguien.

Entonces, lentamente, comencé a olvidarlo. Seguía con la cortina y la cadena y me quedaba en casa, pero cuando te acostumbras a una casa, sea la que sea, no piensas en ella continuamente, aunque creas que así es. Llevaba un par de semanas sin ir a Maison Claude y tenía el pelo hecho un asco. Claude me aconsejó una permanente suave y por esa razón

me tomé un par de horas libres por la tarde para que me la hicieran. Jack, el capataz de los chicos, me dijo cuando volví:

—Ha estado aquí.

Yo no supe qué hacer; lo único que se me ocurrió fue echar un rápido vistazo por los alrededores. Cuando dije:

—Ahora, justo ahora, mientras estaba fuera.

Tuve la sensación de no poder escapar. Sabía que se acercaría a mí con su rostro impenetrable y adormilado, bronceado como un apuesto bañista, como uno de esos vagabundos que se mueren de hambre, piojosos y conservados en alcohol barato, pero que aparentan estar horriblemente sanos porque no tienen ni un sitio donde protegerse del sol. No sé qué pensaba el chico de mi rostro.

—Le dije que usted se había marchado. Que ya no trabajaba aquí. Que se había ido a vivir con su hija a Rodesia. Que no sé dónde.

Y volvió a meter las narices en uno de esos periódicos que lee siempre cuando no hay mucho trabajo; creo que se considera un hombre bastante culto y le gusta leer sobre esos negros que ahora se convierten en primeros ministros en otros países. Nunca hago comentarios sobre eso con él; si hablas de cosas así con ellos, se pueden creer que son alguien.

Aquel tipo nunca volvió a molestarme. No le he dicho ni pío a nadie sobre el asunto —como ya he dicho, ese es el problema cuando trabajas sola en una oficina, como yo; no hay nadie con quien puedas hablar—. Eso demuestra que una mujer que vive sola debe tener cuidado; no es sólo porque no pueda salir a pasear sola de noche, por los nativos, sino que esta ciudad está llena de gente en la que no se puede confiar.

EL MAGO AFRICANO

Los barcos reúnen siempre el mismo tipo de gente y este no era una excepción. Por supuesto, los pasajeros no eran de los que se encuentran en los transatlánticos que suelen llamar hoteles flotantes, los que llevan turistas de un lado a otro, entre lugares en los que no permanecen el tiempo suficiente como para ver llegar la peor estación. Pero, como si los proporcionara una agencia teatral, inconsciente del cambio de estilo de los papeles disponibles en este mundo, esos pasajeros que subían por el río Congo en lugar de atravesar el océano eran los que uno podía encontrarse en cualquier momento, mientras durase la era colonial, viajando entre el país europeo donde nacieron y el país de ultramar en que ondeaba la misma bandera. Estaba el veterano que inevitablemente atrapaba a mi marido durante horas; libre, por fin, venía a mí bajo la profunda y mortífera fascinación del hombre:

—... veintidós años... buscando minerales para el gobierno... torpedeado cuando volvía a Bélgica durante la guerra... Franceses libres... dos años y medio en un campo de prisioneros ruso... aún lleva consigo su tarjeta firmada por De Gaulle...

—Oh, lo sé, lo sé, no quiero ver nada.

Pero cuando el veterano interrumpía su paseo de tarde por la cubierta para sentarse a nuestro lado, junto a nuestra cabina, por mucha distancia que pusiéramos de por medio, metiendo la cabeza en los libros, buscaba mi mirada y gruñía con un guiño amistoso.

—Dos años más y estaré sentado tomando cerveza y mirando a las chicas en Bruselas. Las mejores cervezas y las mejores chicas del mundo.

Cuando nos veía a los dos juntos, inclinados sobre la barandilla pero olvidados el uno del otro, y de nosotros mismos, mirando la fecundidad encumbrada e indiferente de la selva que el río hendía de lo más alto a lo más hondo, se detenía, se quedaba allí y luego lanzaba una observación entre nuestras cabezas: «Un maldito montón de nada, ¿eh? Un país lleno de nada. Maleza, maleza, árboles y más árboles. Te metes dos metros para adentro y no sales nunca más». Su mente se centraba en una visión constante, presuntuosa pero incierta, de su jubilación, que debía haber llevado consigo durante veintidós años: «Maleza, nada».

Había funcionarios de sanidad, un oficial de policía, un mecánico de motores, funcionarios agrícolas e investigadores que volvían con sus esposas e hijos de pasar un permiso en Bélgica. Las mujeres daban la impresión de haber sido talladas en manteca y estaban en diversas etapas de la reproducción —a punto de alumbrar o cuidando de niños pequeños y gordezuelos que se podría pensar que corrían peligro de derretirse—. Había un sacerdote que se sentaba con las mujeres en las sillas de cubierta durante todo el día,

leyendo libros de bolsillo; era un hombre grande y mayor de mandíbula inteligente, que avanzaba a grandes zancadas, y cuando se levantaba despacio y se inclinaba sobre la barandilla, su duro estómago alzaba la sotana dándole un aspecto repentino de extraña afinidad con las mujeres que le rodeaban. Había una pareja de recién casados, por supuesto —esa mirada de pareja ligada para correr la carrera de las tres piernas pero que aún no ha dominado el paso—. El marido era bastante corriente, pero la muchacha se salía de lo normal entre la manada que pacía esperando la primera comida. Era muy alta, del mismo tamaño que su marido, y sus piernas largas y desnudas en pantalones cortos mostraban, cuando caminaba, los tendones tensos, descarnados, de sus muslos. Sobre la extrema delgadez y alargamiento del resto de su cuerpo —medio patético, medio elegante— se balanceaba una mandíbula muy ancha y cuadrada. De perfil, tenía un rostro bonito; de frente, la anchura extraordinaria de su frente con manchas, sus espesas cejas negras sobre los ojos grises, su boca grande y recta, de labios pálidos, formaban una distorsión de belleza muy poco común. Su estilo podía ser el de una modelo de *Vogue* o una «beatnik». En realidad era una campesina belga que había llegado por accidente de su físico y por su desaliño natural a lo que yo llamo un cierto tipo de artificiosidad.

El «blanco» barco, ancho y de pesada estampa sobre las aguas, era como un buque de vapor del Mississippi, con poderosas máquinas Diesel que batían en las bodegas, y arrastrábamos dos gabarras llenas de automóviles, *jeeps* y barriles de cerveza, aparte de otro barco de pasajeros pintado de gris pero pronto adornado con las banderolas de la colada de los pasajeros de tercera clase. Había mucha vida allá abajo, en el otro barco; mirabas a lo largo de las dos gabarras, desde el puente, frente a nuestra cabina, y la veías —afeitándose unos, cocinando otros, un continuo ir y venir desde una cubierta a otra, que a veces inundaba las dos gabarras—. Las jarras de vino de palma pasaban con frecuencia entre nuestra cocina y los camarotes de la tripulación y la cocina de ellos. Un recipiente de lata lleno de espinacas de mandioca aparecía de vez en cuando moviéndose por el aire desde las entrañas del barco, bajo nuestros pies; luego vimos el cuerpo firme y grácil de la hermosa negra sobre cuyo turbante se balanceaba. Bajaba por la calle de las gabarras con languidez, zigzagueando fácilmente entre los automóviles amarrados, deteniéndose para despreciar una cesta de pescado seco que acababan de echar a bordo desde una canoa o la insinuación halagadora o insultante de un miembro de la tripulación en libranza, y por fin desaparecía por el otro extremo del barco. La esposa del oficial de policía vio unas letras garabateadas con tiza en la barcaza.

—¡Dios mío, haga el favor de mirar eso!

No se trataba, como suele ocurrir con los mensajes anónimos, de maldiciones o declaraciones de amor, sino que saludaba, en un francés mal escrito y con la letra irregular de algún ocioso del puerto de Leopoldville, la independencia frente al gobierno blanco, que llegaría dentro de un par de meses.

—De verdad que están locos. Se creen que pueden gobernar un país.

Era una mujer alegre, muy maquillada, de estrecha cintura y anchas y ondulantes caderas con unas faldas de colores chillones, y poseía esa especie de viveza errante que la

llevó a charlar con todo el barco al término de veinticuatro horas. Por si no la había entendido bien, se volvió hacia mí y dijo en inglés:

—Son igual que los monos, ¿sabes? Les hemos enseñado unos cuantos trucos. De verdad, son monos salidos de ahí —e hizo un ademán hacia la selva, ante la cual pasábamos noche y día, mientras mirábamos y mientras dormíamos.

Todos nuestros pasajeros eran blancos, no por razones de segregación, sino porque hasta los pocos negros que podían permitirse pagar primera clase consideraban que era un despilfarro. Sin embargo, excepto el capitán belga, que nunca bajaba de su camarote en la cubierta alta, toda la tripulación era negra y la comida y la limpieza corría a cargo de un pequeño grupo de congoleños. Lo hacían con una facilidad casi misteriosa. Visibles tan sólo había tres camareros y un *barman*, y muchas veces, antes que sonara el gong para el almuerzo, les veía sentados en cuclillas en la gabarra debajo de nosotros, descalzos y con sus sucios pantalones cortos, con su perpetuo flujo de chismorreos. Pero por muy temprano que uno se presentara a la mesa, ellos siempre llegaban antes con sus trajes de mohoso algodón blanco, con sus gorras de visera adornadas con el emblema de la compañía. Sus pies descalzos eran lo único que los unía con los ociosos de unos minutos antes. Los ociosos nunca levantaban la vista y no se fijaban en los saludos que les hacían desde las cubiertas que estaban por encima de ellos; pero los camareros sonreían y se mostraban persuasivos, insistiendo con la comida, corriendo a buscar tu vino con bamboleo alegre y rápido que suponía una alusión jocosa a tu sed. Cuando nos deteníamos en las estaciones del río y se abría la gran bodega refrigerada, reconocíamos a los mismos tres que jadeaban mientras cargaban, pasando de mano en mano, el peso de medio buey congelado.

—¿Trabajaste mucho ayer por la tarde, no? —le comenté una vez a George, que era el que nos servía y que hasta se encargaba de despertarnos a tiempo para desayunar, llamando con fuerza a la puerta de nuestro camarote. ¡Chop! ¡Chop! Me miró inexpresivo.

—¿Señora?

—Sí, descargando. Te vi descargando carne.

—No era yo —dijo.

—¿No eras tú el de la camisa verde?

Meneó la cabeza con vehemencia. Parecía como si le hubiera insultado al sugerírselo. Y sin embargo, desde luego que era él, con su risa ronca, su bigotito y los dedos de los pies muy abiertos.

—No, no, no era yo. —¿No es de sobra conocido que los blancos creen que todos los negros se parecen? ¿Cómo podía discutir con él?

Por las tardes, el sacerdote se ponía unos pantalones de franela gris y fumaba un puro; entonces parecía un importante hombre de negocios, un triunfador que conservaba

cierta sensibilidad en forma de tristeza —mi marido descubrió que, de hecho, era el administrador financiero de un complejo grande y remoto de escuelas de misión—. A menudo tenía yo plena consciencia de él, sin verle en realidad, cuando estaba en el camarote, por la noche; le gustaba quedarse a solas en la curva desierta de la cubierta. La pareja en luna de miel (nos referíamos a ellos como la pareja de recién casados, aunque su luna de miel había terminado y él la llevaba al puesto administrativo, en el interior, donde trabajaba) tenía también la costumbre de ir allí, en las horas de más calor, cuando los demás descansaban tras el almuerzo. Él, con sus cabellos rizados y su rostro atractivo y narigudo, se quedaba mirando cómo saltaba y cabrilleaba el agua, pero ella no le miraba más que a él, era como si ocupara una pantalla entera de su visión, y en esa exagerada proyección, cada detalle, cada cabello, cada poro atraía su atención, como las características de un paisaje. Fascinada, ella se dedicaba a apretar los granitos de la barbilla de él. Yo salía haciendo el mayor ruido posible del camarote, con la intención de deshacer ese idilio. Pero ellos no se percataban de mi presencia; ella no se daba cuenta de la presencia de otra mujer que como espectadora reconocía la fealdad de ciertas intimidades cuando se hacen en público, como no se debe hacer nunca.

—¿Por qué tienen que venir a nuestra cubierta? —Yo estaba indignada. Pero a mi marido le hacía gracia.

—Vamos, ¿qué hay de malo en el amor? —Estaba tumbado en la cama, sonriendo, hurgándose un diente con una cerilla.

—Eso no es el amor. No me molestaría ni la mitad si me los encontrase copulando en la cubierta.

—¿Cómo que no? Eso es porque no les has visto hacerlo nunca.

El asunto era que yo no podía por menos que esperar algo de aquel rostro —del rostro de la mujer—. Como he dicho, no era un fraude, como podía haberlo sido —nada de modas cuando se trata de rostros o de ideas—. Lo había adquirido honradamente, por así decirlo, y yo no podía creer que no fuera el signo exterior de una cualidad extraordinaria, no quizá muy evidente, como el talento, sino una descarnada honradez mental o viveza de espíritu. Me defraudó ver aquel rostro, hastiado como un bebé lleno de leche, en una relación de lo más sencilla con un hombre corriente. Me costó admitir que su intensidad en la mesa era simplemente un despiadado deseo de coger los mejores trozos de cada plato para su marido. Me sentí irritada cuando la encontré sentada plácidamente, remendando la cinta rota de unas enaguas frívolas hechas de malla de color arco iris: era simplemente un rostro y nada más, metido sobre el mismo viejo bulto de instintos bien amoldados y los mismos escasos sentimientos.

La primera parada se produjo de madrugada, y a la mañana siguiente nos despertamos y encontramos vendedores de marfil a bordo. Llegaban de la selva, y las expresiones de sus rostros eran difíciles de leer debido a los despistados dibujos de los tatuajes, pero llevaban camisetas blancas de algodón de una tienda. Sacaron de unas carpetas de cartón los palillos, abrecartas y pulseras de marfil, que extendieron sobre la

estrecha cubierta, poniéndose en cuclillas entre todo ello. Casi todos los belgas habían visto ese *bric-a-brac* turístico muchas veces antes, pero se acercaban preguntando con tono desafiante los precios, soltando luego las cosas y marchándose. Unas cuantas mujeres, un poco más tímidas, compraron pulseras y las movían en sus muñecas como si hubieran decidido que, después de todo, no eran tan malas. Uno de los funcionarios agrícolas, cuyo hijo que aprendía a andar iba agarrado a la Pierna de su padre como un grillete, dijo:

—¿Han cerrado con llave su puerta? Deben hacerlo mientras esos tipos estén aquí. Roban cualquier cosa.

El vendedor que estaba junto a nuestro camarote no había robado nada, pero tampoco creo que hubiera vendido nada. Antes de la hora del almuerzo, empaquetó su carpeta de cartón y bajó la calle pública de las gabarras, hasta donde estaba amarrada una piragua, que iba a la zaga en el agua como una hojita flotante. No parecía abatido, pero, como ya he señalado, era difícil saberlo debido a esas filas de cortes que corrían curvadas por su frente y las abruptas muescas que tensaban la piel bajo los ojos.

A bordo subía gente con toda clase de cosas para vender, y personas de todo tipo, porque seguimos el río durante mil millas a través de un país poblado por muchas tribus. A veces las mujerucas con pechos como campanas caídas y los niños de barrigas polvorientas asomaban por la oscura orilla del río y gritaban «¡dependencia!». Los jóvenes y las jóvenes de la misma aldea salían nadando delante de nuestro convoy y nos pasaban flotando con ojos escrutadores y levantados, pidiendo las latas de mermelada de nuestra cocina. Los hombres que conseguían subir a bordo, a nuestros ojos vestidos con su bruñida y mojada negrura, escondían sus penes entre los muslos cerrados con el mismo instinto que debió de apoderarse de Adán cuando fue expulsado del Paraíso. Aunque vivían solos en la selva, entre las criaturas salvajes, ese gesto les colocaba, aparte de la vida animal que compartían, justo como si estuviera hecho para él y para ellos, para siempre.

Las piraguas llegaban con tortugas vivas y con pescado, con cerveza y vino turbios hechos de plátanos, nueces de palma y sorgo, y con carne ahumada de hipopótamo y cocodrilo. Vendían mucho a nuestra tripulación y a los pasajeros de la gabarra de tercera; las carcajadas, las exclamaciones y los regateos estaban con nosotros durante todo el día, oídos pero no entendidos, como si fueran voces en la habitación de al lado. En los lugares donde nos deteníamos, la gente que se alimentaba de esos ingredientes dignos de brebajes de bruja, bajaban a tierra por una tabla que les echaban; muy humanos en sus contornos, dulce la carne de los niños, los hombres y mujeres fuertes, y a veces hermosos. Nosotros, a Dios gracias, nos alimentamos de la ternera, el jamón y las coles de Bruselas que venían congeladas de Europa.

Cuando nuestro convoy desembarcaba algo en las orillas en lugar de embarcar sus frutos, habitualmente era una cosa estrafalaria y voluminosa. Un producto de la industria pesada, alguna pieza de maquinaria o un tractor para abrir carreteras, que desembarcado en un país todavía no industrializado, parecía tan extraño como una nave de Marte recién aterrizada en una ciudad. Un embarcadero flotante con un cobertizo de lata, un par de cabañas, que no son nativas pero tampoco de hombres blancos; una fila de bidones vacíos

de gasolina, y una grúa parecida a un monstruoso pájaro acuático sobre tres patas: la grúa comenzó a funcionar con un traqueteo de cadenas por aquí y por allá, colgada en el aire y dispuesta a aterrizar donde nadie la había visto nunca y donde en realidad nada había que la preparara para una cosa semejante, a no ser unos inmensos ángulos de acero de algo que brillaba con pintura gris e intrincada, con esferas en las que temblaban flechas rojas. Los coches y los *jeeps* también fueron desembarcados de esa forma, suspendidos, pero parecían más ágiles, adaptables y aceptados, y tan pronto como llegaban a tierra, un misionero o un comerciante se metían en ellos y marchaban orilla arriba y desaparecían.

Un día, nos detuvimos el tiempo suficiente para poder desembarcar y pasear un poco; era un lugar muy interesante —blancas oficinas provinciales en un jardín con caléndulas en un espacio recién limpiado, de tierra roja; un hospital de vidrio y acero del estilo arquitectónico más contemporáneo; una avenida de viejas palmeras a lo largo del río que llevaba a una catedral de ladrillo rojo gastada por el tiempo—. Y cuando el taxi que alquilamos se metió una milla por la carretera que llevaba a la selva, todo quedó oculto por esta, como si fuera una de esas antiguas ciudades perdidas que a veces se encuentran en fosas de rico humus, muerta bajo un cultivo de vida de un verde podrido y rebosante. Otro día, paramos lo suficiente para desembarcar, pero sin perder de vista el barco. No había gran cosa que ver: era domingo y unos cuantos comerciantes y sus gordas esposas con vestidos floreados estaban sentados en la terraza de una casa bebiendo limonada; enfrente, una vieja tienda de latón vendía máquinas de coser y cigarrillos. Una fortaleza blanca en ruinas, manchada por vivo musgo y que cuarteaban las raíces hinchadas de los árboles, parecidas a los músculos de Sansón, se conservaba desde hacía ochenta años, cuando la construyeron los árabes dedicados a la trata de esclavos. La aldea nativa que ellos asaltaron y quemaron, que ciertamente proporcionó un excelente lugar para la fortaleza, no dejó rastro, salvo quizá el principio de una línea de continuidad que lleva a los hombres a construir donde otros, enemigos o vencidos, han vivido antes que ellos.

Alguien subió a bordo en aquella breve parada, al igual que en la parada del país que había quedado atrás lo habían hecho los vendedores de marfil.

A la hora de la cena, encontramos en nuestras mesas trozos de papel con un anuncio escrito a máquina. Habría una función a las ocho en el bar. Los caballeros, ochenta francos; las señoras, setenta. Hubo un rebullir en el comedor. Pensé durante un momento en un Donkey Derby o un bingo. Mi marido dijo:

—Un coro, te apuesto a que es un coro. Chiquillas cantando himnos de las escuelas de las misiones. Habrán estado ensayando en la gabarra, ahí abajo.

—¿Qué va a ser eso? —le pregunté a George.

—Le gustará —dijo.

—¿Pero qué es, un espectáculo o qué?

—Muy bueno —dijo—. Ya verá. Un hombre que hace cosas nunca vistas. Muy

listo.

Cuando terminamos de comer el postre, él volvió deslizándose, golpeando con una servilleta la mesa recién limpia, esparciendo las migas.

—¿Vienen al bar? —quería asegurarse. Era una orden amable pero firme. Comenzamos a sentir esa oscura ansiedad de que sea un éxito que se siente en los conciertos de escolares y en los teatros de aficionados. Oh, por supuesto que íbamos a ir, claro que sí. Solíamos tomar nuestro café en cubierta, pero esa vez llevamos nuestras tazas directamente al salón, donde el bar ocupaba una pared y los ventiladores en el techo, bajo de paneles, no dispersaban el calor atrapado durante el día, sino que arrojaban sobre los sillones de cuero una emanación perpetua de música de radio que procedía de los altavoces empotrados en los enrejados de arriba. Casi llegamos los primeros; pensamos que debíamos coger un buen sitio en una de las mesas que daba al espacio que habían preparado ante el bar. El administrador principal y su hija, que se sentaban en el bar todas las noches jugando al trictrac, se levantaron y salieron. Eramos unos catorce o quince, incluida la pareja en luna de miel, que miraron adentro varias veces, sonriendo vagamente, y que por fin se decidieron a entrar.

—Qué cantidad de miserables bastardos, ¿eh? —dijo mi marido admirativamente. Parecíamos una sorprendente reserva que pudiera resistir una diversión local, no específica, ofrecida en mitad de una verde nada. El *barman*, un guapo y joven Bacongo de Leopoldville, apoyó un codo en el mostrador y nos miró con fijeza. George entró desde el comedor e inclinó su cabeza para hablar confidencialmente con él; se quedó apoyado contra el mostrador, sonriendo de cara al salón, con esa sonrisa tranquilizadora y confiada que el compadre dirige al proscenio, ya sea a los rostros tan juntos como puntas de alfileres, o al vacío de los asientos desiertos.

Al final empezó el espectáculo. Por supuesto, era un mago, como nos había dado a entender George. El hombre penetró repentinamente desde cubierta —a lo mejor había estado esperando, tras las sillas de cubierta amontonadas, el momento más propicio—. Llevaba una camisa blanca, pantalones grises y un portafolios. Tenía consigo un ayudante, un tipo muy negro, soñoliento y rechoncho, muy probablemente escogido como voluntario de entre los pasajeros de la gabarra de tercera clase. Se pasó la mayor parte de la actuación sentado a horcajadas en una silla, con la barbilla sobre los brazos en lo alto del respaldo.

Hubo unos vacilantes aplausos cuando entró el mago, pero este no hizo caso de ellos y se apagaron rápidamente. Se dedicó en seguida a su trabajo; salieron del portafolios, cuyo contenido estaba bastante desordenado, trozos de papel blanco, unas tijeras, un ramo de flores de papel y cuerdas de banderas arrugadas. Su primer truco lo hizo con naipes, y era tan viejo que la mayor parte de nosotros lo habíamos visto muchas otras veces, y algunos hasta éramos capaces de hacerlo. Se oyeron unas cuantas risas y únicamente una persona intentó aplaudir; pero el mago ya estaba haciendo el truco siguiente, en el que empleaba una ristra de banderines y un sombrero. Luego había lo del huevo que salía de su oreja. Después rompió ante nuestros ojos un billete de cincuenta francos que reconstruyó de nuevo, no exactamente ante nosotros, pero casi.

Entre un truco y otro había un intervalo cuando volvía su espalda defensivamente mientras hacía algún preparativo oculto bajo una tela negra. Una vez habló con el *barman* y este le dio un vaso. No parecía consciente del significado del aplauso cuando lo recibió, y siguió con sus revelaciones sin un murmullo, sin siquiera las exclamaciones universalmente aceptadas como *Abracadabra* o *¡Presto!*, gestos sin los cuales es imposible pensar que un mago puede hacer aparecer nada. No sonreía, y vimos sus dientes pequeños y afilados en su liso rostro negro sólo cuando su concentración le hacía levantar el labio superior; sus ojos, aunque nos miraban abiertamente, se enfocaban hacia su interior. Hizo lo que evidentemente era su limitado repertorio, aprendido Dios sabe de dónde y de quién (¿tal vez, quizá, de algún extraordinario curso por correspondencia?), sin contratiempo, pero por los pelos. Por ejemplo, cuando aplastó el vaso y se lo comió, sus ojos no daban vueltas agónicamente, que es el acompañamiento profesional de ese truco y que hace que hasta el público más escéptico contenga el aliento solidariamente; parecía, en cambio, temeroso y presa de la ansiedad, el rostro contraído, como el de alguien que pasa por una cerca de alambres de púas. Al cabo de media hora se volvió al terminar un truco y comenzó a doblar su hilera de banderines, y pensamos que habría un intervalo antes de la segunda parte de la función. Pero en seguida el ayudante se levantó de su silla y se paseó por la habitación con el plato, precedido por George, quien volvió a repartir los trozos de papel que habíamos encontrado en nuestras mesas durante la cena: *Espectáculo a las 8 en el bar. Los caballeros, 80 francos; las señoras, 70*. La función se había acabado. El público, que no se había sentido muy entusiasmado, se mostró quejoso. Una de las señoras belgas se quejó sonriendo.

—¡Setenta francos por esto! —aunque la moneda local no valía mucho.

A la mañana siguiente, a las diez, George anunció orgulosamente en cada mesa que habría una repetición de la función, a los mismos precios para los adultos y treinta francos para los niños. Podríamos ver al mago de nuevo.

—Es demasiado, muy caro —uno de los belgas expresó lo que pensábamos todos—. No se pueden pagar ochenta francos por sólo media hora. ¿No sabe hacer otra cosa?

Hubo murmullos que asentían a medias; de todas formas, algunas personas preferían ir a la cama. Las objeciones le fueron explicadas a George y su orgullo de organizador se fue disipando, lleno de dudas, al contrario de su estilo habitual. De repente, movió las palmas de la mano con ademán tranquilizador; todo iría bien, él lo arreglaría, y su absurdo compromiso, basado en algo que ni siquiera podíamos imaginar —¿nos devolverían el dinero o habría una función gratis?—, fue tan convincente que todos le dieron sus setenta u ochenta francos contantes y sonantes, como una condición que esperaba que nosotros cumpliéramos.

Luego se acercó al mago y comenzó a hablarle en voz baja, rápida y seria, no sin un deje de desprecio y exasperación, no sabíamos si dirigido hacia nosotros o hacia el mago, porque ninguno entendíamos la lengua en que hablaban. El *barman* se inclinó para escuchar y el ayudante permaneció impassible en la pequeña reunión.

Después de todo, únicamente dos miembros del público se habían ido a la cama; el resto de nosotros nos sentamos divertidos, pero con una cierta tensión. Estaba claro que la mayor parte de las personas no tenía ganas de que les engañaran, era algo de lo que se enorgullecían —que no les engañaran, ni siquiera los negros, de los que no esperaban que tuvieran las mismas ideas de las cosas y de los que pensaban que eran unos ladrones—. Nuestra actitud —la de mi marido y la mía— era secretamente diferente, aunque la diferencia no se mostraba de puertas afuera. Aunque sentimos la tentación de tomarnos aquella tarde en broma y fingir que nos habían extorsionado, de forma bastante ingenua, por un importe de ciento cincuenta francos, tuvimos el gazmoño sentimiento de que era a lo mejor condescendiente y en cierto modo un insulto permitir una cosa así a esa gente sólo por ser negros. Si ellos habían elegido, como así ocurría, ser gobernados con arreglo a criterios occidentales, ya fuera hacer magia o gobernar un estado del siglo XX, teníamos que hacerles la justicia de esperar que cumplieran con esos criterios. Por respeto al mago y a nuestra relación con él en calidad de público, nos debía una actuación que valiera los ciento cincuenta francos. Terminamos nuestras cervezas (nos habíamos aficionado) mientras seguía la urgente discusión entre George, el *barman* y el mago.

El mago parecía inflexible. Casi antes de que George hubiera empezado a hablar, estaba meneando su cabeza y en ningún momento dejó de empaquetar el género de sus ilusiones —los naipes, las flores de papel, el huevo—. Estiró los labios mostrando los dientes y contestó con el tono duro del rechazo categórico, una y otra vez. Pero George y el *barman* le acosaron verbalmente, un flujo de palabras que le rodeaba y se convertía en un reto. Repentinamente, el mago se dio por vencido, debió de ceder en lo que nos pareció una renuncia de cualquier responsabilidad, una advertencia y una sumisión de mala gana que más bien parecía un verdadero reto.

George se volvió hacia nosotros con expresión de felicidad. Hizo una reverencia y levantó las manos.

—Le dije que fue demasiado corto. Ahora hace más para ustedes. Algo de magia —y se rio levantando las cejas, inclinando la cabeza hasta que casi se le cayó su visera blanca, queriendo dar a entender que el asunto era un milagro para él, como tenía que serlo para nosotros.

El mago también hizo una reverencia. Y le aplaudimos; fue un gesto deportivo por ambas partes. La recién casada apoyó su cabeza un momento en el hombro del joven narigudo y le bostezó al oído. Entonces le prestamos toda nuestra atención. El ayudante, que había aprovechado la oportunidad para hundirse en su asiento de nuevo, fue convocado por el mago, que le obligó a permanecer ante él. Luego, el mago deslizó una mano por el interior de la cintura de su pantalón, metiéndose la camisa por dentro con un gesto breve y concluyente, en cierto modo de preparación, empezando a dar pases con ambas manos ante el rostro de su ayudante. El ayudante parpadeó como un perro soñoliento molestado por las moscas. Su rostro era denso y del color del carbón, proyectado hacia adelante con una poderosa mandíbula salediza, labios abultados, una nariz ancha con un único tatuaje dibujado como una línea de tinta todo a lo largo. Tenía largas las pestañas, y tan tupidas que parecían oscilar ante sus ojos. Las manos negras del mago eran finas, y las palmas de

un amarillo rosado, translúcido; a lo mejor no tenía las palabras, pero sí tenía los gestos, y sus manos se curvaban como serpientes y revoloteaban como pájaros. El ayudante empezó a bailar. Se alejó del mago arrastrando los pies hasta el otro extremo del bar, deslizándose y vacilando sobre un pie y sobre el otro, el cuello contraído y los brazos doblados por los codos como los de un corredor, lo cual los africanos saben hacer tan pronto como aprenden a andar, aparte de ser capaces de hacerlo borrachos o sobrios, hasta cuando ya son tan viejos que apenas pueden andar. Se oyó una risa suave pero generosa. Estábamos dispuestos a dar ánimos al simpático mago, ahora que lo estaba intentando. El mago continuaba de pie, las manos caídas a lo largo del cuerpo, su esbelto cuerpo modesto y relajado, colgando de los hombros de su gastada camisa limpia, dentro de sus pantalones grises demasiado grandes. Mantenía sus ojos tranquilamente clavados en su ayudante, que se volvió hacia él, cantando a la vez que bailaba, y con la voz de una joven.

Y ahí nos echamos a reír todos espontáneamente, sin otro propósito. Como hipnotizador, el mago tenía sentido del ritmo temporal, que tan claramente le había faltado cuando hizo sus trucos, y, antes de que se terminaran las risas, dijo algo bruscamente al ayudante, y el hombre se acercó al mostrador del bar, donde recogió una jarra de agua vacía que allí estaba, la bebió a tragos profundos y jadeantes como si llevara días caminando por un desierto. Fue devuelto a su ser inanimado mediante un movimiento de las manos del mago ante su rostro; nos miró a todos sin sorpresa y luego, al darse cuenta de que era el centro de atención, lo cual no despertó la menor curiosidad, se sentó en su asiento y bostezó.

—¡Vamos a ver qué es lo que puede hacer con otra persona que no sea uno de los suyos! —gritó uno de los belgas jocosamente, señalando al mismo tiempo al *barman*.

—Sí, vamos, otra persona. Pídele que lo haga con otra persona.

—¿Usted quiere, de verdad? —George sonreía. Apuntó con un dedo al mago.

—¡Tú, George, que lo haga contigo!

—No, uno de nosotros.

Un hombre de piel lustrosa, que investigaba el cacao, y que tenía hacia los negros la actitud de chanza medio despectiva de alguien que los conoce bien, se dio la vuelta en su asiento.

—Buena idea, ¡eh! Que lo intente con uno de nosotros y a ver cómo le sale.

—Sí, sí.

Hubo un coro de opiniones cada vez más favorables; hasta se unieron los de la luna de miel. Alguien dijo:

—¿Pero qué pasa con la lengua? ¿Cómo va a sugerir nada a nuestras mentes si no

hablamos el mismo idioma?

Pero nadie le hizo caso, y George le explicó al mago lo que pretendíamos.

No protestó; con un rápido movimiento se acercó unos pasos al bar y luego se volvió hacia nosotros, acorralado. Noté que sus narices —tenía una nariz muy fina— se movieron hacia arriba y hacia abajo un par de veces, como si respirara lenta y profundamente.

Supongo que esperábamos que nos eligiera a uno de nosotros —a un hombre, por supuesto—, el hombre del cacao u otro que estuviera preparado para el momento propicio, un equivalente aproximado del familiar: ¿Hay alguna dama o algún caballero que tenga esa amabilidad de subir al escenario, por favor? Pero curiosamente no pasó nada. Una expectación cayó sobre las risas, los codazos, las frases a medias. Nos sentamos mirando al torpe y joven negro, que escrutaba lentamente nuestros rostros, y no nos dimos cuenta de que ya había empezado el espectáculo. La impaciencia se desvaneció, al mirarle, y nuestros ojos le rodearon. Estaba tan quieto como cualquier presa a punto de ser atrapada. Y luego, mientras le mirábamos, esperando que nos escogiera a uno de nosotros, nos dimos cuenta de un suave y repentino movimiento en nuestras filas. Algo me distrajo a mi derecha y vi a la muchacha —la muchacha de la luna de miel— levantarse con una ligera exclamación, un débil y sorprendido ¡chiss...!, como si recordase algo, y se encaminó tranquilamente, sin rozar a nadie, hacia el mago. Permaneció directamente ante él, muy quieta, sus altos y redondos hombros caídos con naturalidad y moviendo hacia adelante la cabeza, que levantaba hacia él, casi a la misma altura que la de ella. Él no se movió, ni la miró siquiera; sus ojos parpadeaban serenamente. Ella estiró sus largos brazos, que marcaban la distancia entre los dos, y apoyó sus manos sobre los hombros de él. La cabeza de ella, con sus cortos cabellos, cayó sobre su pecho, ante él.

Fue un gesto de lo más extraordinario. Ninguno de nosotros pudo ver el rostro de ella; no hubo más que el gesto. Sabe Dios de dónde procedía; él no podía haberlo metido en su voluntad, no estaba en el repertorio de ningún hipnotizador, y ella, seguramente, no tenía en su interior algo tan distinto, en su naturaleza femenina y plácidamente sensual. No creo haber visto un gesto semejante antes, pero yo sabía —ellos sabían— lo que significaba. No tenía nada que ver con lo que hay entre un hombre y una mujer. Ella nunca le había hecho un gesto así a su marido, ni a ningún hombre. Nunca había permanecido así ante su padre —ninguno de nosotros lo habíamos hecho—. ¿Cómo podría explicarlo? Uno de los discípulos podía haberse presentado así ante Cristo. Tenía la paz de la confianza absoluta. Me provocó un pinchazo de miedo, más que eso: durante un momento tuve verdadero pavor, y tampoco puedo explicarlo. Por eso era hermoso; yo he vivido en África toda mi vida y les conozco, a los blancos, a nosotros. Ver que era tan hermoso podía hacernos peligrosos.

El marido se acurrucó en su silla en lo que para mí fue una reacción de lo más inesperada —apretó con un puño su mejilla y se mostró heladamente reservado, como un padre que es testigo de una actuación repentinamente voluntaria de un hijo que, por lo que él pudiera saber, no tenía ni talento ni ambición—. Pero el experto en cacao, que llevaba muchos años tratando con negros, reaccionó rápidamente y se levantó de un salto, gritando

con voz autoritaria y fuerte, pero apenas controlada:

—¡Eh! No, no; queremos que haga su magia con los hombres, no con las señoras. No, no; tiene que escoger a un hombre.

La sala se liberó como si alguien hubiera asestado un golpe. Y en aquel mismo momento, el mago, antes que George comenzara a traducirle con brusquedad, comprendió sin entender las palabras y pasó su mano por la parte inferior de su rostro, con un movimiento casi servil, tropezando con los brazos de la muchacha sin tocarla deliberadamente, y la liberó instantáneamente con un gesto. En seguida ella se rio, se mostró aturdida y cuando su marido fue hacia ella como para ayudar a una inválida, la oí decir, muy contenta:

—¡Es maravilloso! ¡Debes probarlo! Es como una sensación de sueño... de verdad.

Ella no había visto el gesto; era la única persona que se sentía a gusto en la sala.

A la mañana siguiente no hubo función. Supongo que el público había sido decepcionantemente escaso. Cuando mi marido preguntó apaciblemente por el mago en el almuerzo, George dijo distraídamente que se había ido. No habíamos hecho ninguna parada, pero, por descontado, las piraguas iban y venían constantemente entre nosotros y la orilla.

El barco comenzó a tener el aspecto de un campamento que se levanta; llegaríamos a Stanleyville dentro de dos días, y algunos de los belgas iban a desembarcar en la gran estación de investigación agrícola unas cuantas horas antes de Stanleyville. Comenzaron a aparecer junto a los camarotes baúles de estaño con letras nítidas. La pareja de la luna de miel pasó muchas horas abajo, en la segunda gabarra, limpiando su automóvil —tenían trapos y un cubo y cogían agua pardusca del Congo y la tiraban sobre el metal que estaba demasiado caliente como para que se pudiera tocar—. El veterano cambió un neumático de su *jeep* y anunció que tenía sitio para dos pasajeros que fueran desde Stanleyville hacia el Norte, hacia Sudán. Únicamente mi marido, yo y el sacerdote no hicimos preparativos: teníamos sólo dos pequeñas maletas de pasajeros aéreos y un portafolios con papeles para el congreso sobre enfermedades tropicales al que íbamos a asistir, y él no tenía ninguna prisa por salir el primero del barco en Stanleyville, puesto que, como nos explicó, probablemente tendría que esperar allí varias semanas antes de encontrar un coche que fuera en su dirección —la misión no podía mandar a nadie a tanta distancia para recogerle—. Se le había agotado todo su material de lectura y se permitió un puro a la luz del día mientras nos apoyábamos juntos en la barandilla aquella mañana de nuestro último día a bordo, mirando a los pasajeros que se abrían paso desde la gabarra de tercera clase contra el montón de visitantes y vendedores que subían la pasarela. Nos habíamos detenido, con la habitual carencia de ceremonias en estos lugares, en algún punto, en una aldea de chozas techadas con hojas de plátano, que se extendía a lo largo de una milla y estaba rodeada de plantaciones de plátanos que llegaban hasta la orilla del río. El barco «blanco» y las gabarras estaban ancladas en ángulo con la orilla; el vínculo con esta era tenue. Pero los bebés, las cabras y las bicicletas pasaban por encima, y entre ellos vi al mago. Se parecía a

cualquier joven oficinista negro, con su camisa blanca, sus pantalones grises y el portafolios. Toda África lleva ahora un portafolios; y lo que yo sabía que contenía aquel puede que fuera mucho más extraordinario que lo que contenían muchos otros.

SEGURO QUE ALGÚN LUNES

El marido de mi hermana, Josias, había trabajado en los ferrocarriles, pero luego consiguió ese trabajo donde hacen dinamita para las minas. Era el que se sienta fuera, en ese taburete de hierro unido a la parte trasera del gran camión rojo, con un banderín rojo en las manos. La idea es que, si vas demasiado cerca del camión y da la impresión de que puedes chocar con él, agite el banderín para avisarte. Habían visto esos camiones a menudo en la carretera de Main Reef, entre Johannesburgo y las ciudades mineras; transportan el material y llevan pintado PELIGRO-EXPLOSIVOS. El hombre va sentado allí, con su banqueta asegurada por una cadena de hierro para impedir que salga despedido del camión, y empuña su banderín como un chaval sujeta un globo. Así iba también Josias. Claro que si no te dabas cuenta y chocabas con el camión, él sería el primero en volar por los cielos y los infiernos; pero él siempre estaba allí sentado, como si no supiera cuándo había nacido o que, a lo mejor, no moriría en la cama a los ochenta. Como si el polvo de sus ojos y el estrépito del camión fueran a durar siempre.

Mi hermana sabía que tenía un buen marido, pero nunca dijo que la diera miedo su trabajo. Sólo se quejaba en invierno, cuando lo sentaban allí fuera y cogía un resfriado (ella es enfermera), y en verano, cuando llovía durante todo el día y ella decía que podía acabar con reuma, baldado, y entonces ¿quién le daría trabajo?; ¿la gente de la dinamita? No creo que se le pasase siquiera por la cabeza que cada día, todos los días, podía volar por los aires en vez de volver a casa por la noche. En cualquier caso, sería imposible pensar tal cosa por la forma en que nos contó lo que tenía que hacer.

Yo estaba trabajando abajo, en la gasolinera de la ciudad, y comía antes de que él llegase porque tenía turno de noche. Emma le había preparado el agua y él se lavó sin decir gran cosa, como de costumbre, pero luego no habló cuando se sentaron a comer, y cuando metió los dedos en la sémola de maíz pareció olvidar lo que estaba tomando y no fue capaz de probar bocado. Emma debió de pensar que la encontraba demasiado seca porque se levantó y le trajo una lata de compota llena de cerveza que había hecho para el sábado. Él bebió y luego se echó hacia atrás y nos miró, pero ella dijo:

—¿Por qué no comes? —él la obedeció y empezó a comer despacio—. ¿Qué te pasa?

Él se levantó y bostezó; bostezó enseñando aquellas muelas picadas, de color marrón, que recordaban al gran gorila del zoo de Johannesburgo que vi una vez cuando fui de excursión con el colegio. Entró en la otra habitación de la casa donde dormían él y Emma y volvió con su pipa. La llenó cuidadosamente, como lo hacen los pobres; yo había visto, cuando iba a trabajar a la gasolinera, cómo llenaban sus pipas los hombres blancos, apretando el tabaco dentro de la cazoleta, quitando algunas briznas que no les gustaban, guardando la lata medio cerrada en la guantera del coche.

—Voy a ver a Sela —dijo Emma—. Puedo ir con Willie, de camino a su trabajo, si no quieres venir tú.

—No, esta noche, no; te quedas aquí. —Josias siempre habla así, con las breves palabras de un maestro de escuela o un capataz, pero si oyes el modo en que las dice, sabes que en realidad no te está dando órdenes: solamente te lo está pidiendo.

—No; le dije que iría —dijo Emma con la voz de una mujer que hace lo que le apetece cuando se trata de una pequeñez.

—Mañana. —Josias comenzó a bostezar, mirándonos con ojos húmedos.

—Vete a la cama —dijo Emma—; no quiero llegar tarde.

—No, no, yo quiero... —suspiró—. Cuando se haya ido, hombre —me apuntó con la pipa—. Te lo contaré más tarde.

Emma rio.

—¿Qué puedes decirme que Willie no deba oír?

Yo había vivido con ellos desde que se casaron. Emma me cuidaba desde que yo era un crío. Era verdad que fuera lo que fuese lo que nos ocurriera, estaríamos juntos. Él me miró, y supongo que se dio cuenta de que ya era un hombre: llevaba mi mono azul con el nombre de SHELL en el bolsillo y todo.

—¿Quieren que haga algo... un trabajo con el camión? —dijo.

Josias solía asistir regularmente a reuniones políticas, y había tomado parte en unas cuantas protestas antes de que todo pasase a la clandestinidad, pero nunca fue más que uno del montón. Teníamos a Mandela y al resto de los líderes recortados del periódico en la pared, pero él nunca había conocido personalmente a ninguno de ellos. Claro que había unos amigos, Nahlovu y Seb Masinde, que decían estar en la clandestinidad y que ocasionalmente venían de madrugada para comer algo y dormir en mi cama por espacio de unas horas.

—Quieren parar el camión en la carretera...

—¿Pararlo? —Emma parecía haber metido el pie en agua fría y sucia; con cada palabra que se decía, se iba hundiendo más.

—Pero ¿cómo podéis hacerlo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

___estaba furiosa, como si tuviera que salir y evitar por todos los medios lo que iba a ocurrir.

Sentí que ese agua fría de Emma me subía por el estómago, porque Emma y yo teníamos a menudo las mismas sensaciones, pero también capté en la actitud de Josias, aunque él no me miraba, una señal que ella no pudo percibir. Algo en mí saltó, como si cogiera una cuerda que se balanceaba.

—¿Quieren el material que hay dentro? —nadie dijo nada—. Menuda cantidad de explosiones podríais hacer con eso, hombre —dije, y me callé antes de que Josias me hiciera callar.

—Pero ¿qué es lo que vais a hacer? —Emma siguió con la boca abierta y los labios tensos después de hablar.

—Ya me lo contarán todo. Yo sólo tengo que decirles cuál es el mejor sitio de la carretera. Será la carretera del Estado Libre; las demás están demasiado transitadas... y en el momento en que pasemos...

—Te vas a matar —la cabeza de Emma temblaba, todo su cuerpo temblaba; nunca había visto a nadie tan fuera de sí. Él ya estaba muerto, ella lo veía y pataleaba y chillaba sin saber cómo demostrárselo. Parecía que quisiera matar a Josias por haberse muerto.

—Será el final, seguro. Tiene una pistola, el hombre blanco que va delante, ¿no es así? Tú me lo dijiste. ¿Y el que va con él? Te matarán. Irás a la cárcel. Te mandarán a la cárcel de Pretoria y te colgarán... Sí, él tiene una pistola, me lo dijiste, ¿no es así? Me lo has contado muchas veces.

—Los otros también tienen pistolas. ¿Cómo crees que pueden obligarnos a parar? Tienen pistolas y todos le rodearán. Está todo planeado.

—El que va delante te disparará, lo sé; no me digas que no, sé lo que estoy diciendo.

Emma daba vueltas de un lado a otro sin cesar; pensé que acabaría echando las paredes abajo —no habría hecho falta empujar mucho en aquella casa de Alexandra-Township— y me dio miedo. No me refiero a lo que ella pudiera hacer si me cruzaba en su camino, o a lo que podría pasarle a Josias, sino a ella misma: algo como un arrebato o un grito que ninguno de nosotros fuera capaz de olvidar.

No sé si Josias estaba seguro de hacer aquel trabajo antes, pero ahora sí quería hacerlo.

—No habrá disparos. Nadie va a dispararme. Nadie pensará que yo sé algo. Nadie les contará nada. Me cogerán como a los otros. ¡Igual que al hombre blanco de delante! ¿Quién puede dispararme? ¿Me pueden disparar por eso?

—Puede ir algún otro. No quiero, ¿lo oyes? Tú te quedarás en casa, diré que estás enfermo... te matarán, te dispararán... Josias, te lo estoy diciendo... no quiero... no dejaré...

Estuve esperando mi oportunidad para hablar todo el rato y sentí que Josias estaba esperando que hablase alguien que hubiera captado la señal. Dije rápidamente, mientras ella seguía hablando:

—¿Pero y si en esa carretera hay coches?

—Bloqueos —dijo, mirando al suelo—. Tienen señales, esas que uno ve cuando una carretera está en obras, y habrá algunos hombres con picos. Cuando pase el camión bloquearán la carretera para que los demás coches se desvíen por la vieja carretera que hay en Kalmansdrif. Harán lo mismo en el otro lado, a unas dos millas, donde la carretera de la granja baja hacia Nek Halt.

—¡Demonios, hombre! ¿Teníais que escoger esa parte de la carretera?

—La conozco como ese patio. ¿No?

Emma permaneció allí, entre nosotros dos, mientras discutíamos el asunto. No nos teníamos que preocupar de que nadie nos oyera, no sólo porque Emma tenía cerrada la ventana de la cocina, sino también por el patio de la Township Alexandra, lleno de bebés llorando y gente dando voces día y noche, sin mencionar los transistores que sonaban en las casas. Emma siguió mirándonos todo el rato y por el rabillo del ojo pude ver sus grandes pechos subiendo y bajando rápidamente por el escote de su vestido.

—... ¿Entonces ellos te atarán igual que a los demás? —pregunté. Chupó su pipa como respuesta.

Pensamos un momento y luego sonreímos, era la primera vez que Josias lo hacía aquella tarde.

Emma empezó a recoger la mesa bajo nuestras narices. Arrastró la palangana y lavó los platos. De repente, aunque siguió hablando como si nada, mostró una actitud totalmente diferente:

—Mi día libre es el miércoles. Supongo que será la próxima semana.

—No lo sé.

—Bueno, lo tengo que saber porque supongo que debo estar en casa.

—¿Para qué tienes que estar en casa? —preguntó Josias.

—Si la policía viene, no quiero que hablen con él —dijo ella, mirándonos sin querer vernos.

—La policía —dijo Josias, y sacudió la cabeza para echarla de allí, mientras yo reía, para jactarme ante ella.

—Quiero saber qué tengo que decir.

—¿Qué tienes que decir? ¿Por qué? Ellos pueden tomarme declaración cuando nos encuentren atados. Por la noche estaré de vuelta.

—Ah, sí —dijo ella, mientras volvía a echar a la olla la sémola que él no había tocado. Lo hacía todo igual siempre; quería demostrar que nada tenía por qué cambiar a causa de ese gran acontecimiento, tenía que lavar los platos y echar las cenizas al fuego—. Tú volverás, oh, sí. ¿Vas a pasarte aquí sentado toda la noche, Willie? Oh, sí, tú volverás.

Creo que, entonces, también Josias se vio muerto Por un momento; no contestó cuando me llevé la mano a la gorra y dije hasta luego desde la puerta.

Sabía que sería un lunes. Me di cuenta de que las mujeres, muy a menudo, no recuerdan cosas corrientes como esta, no sé en qué piensan —por ejemplo, Emma no se dio cuenta de que tenía que ser lunes, el próximo lunes o el siguiente, pero seguro que algún lunes, porque el lunes era el día que Josias iba en el camión a las minas del Estado Libre—. Cuando nos lo contó era viernes, y todo el sábado tuve la terrible sensación de que sería aquel lunes, y que habría terminado antes de que yo pudiera... ¿Qué? No sé, hombre. Sentí que al menos debía ver dónde iba a ocurrir.

Tenía el domingo libre y cogí la bicicleta y fui a la ciudad antes de que hubiese nadie en las calles; me metí en la gran estación, donde vi que, aunque no había ningún tren los domingos que me llevara a destino, podía coger uno que me dejara a treinta millas. Tuve que pagar para meter la bici en el vagón de equipaje tanto como por mi billete, pero llevaba la paga de los viernes. Me bajé en el apeadero más cercano a Kalmansdrif y luego pregunté a la gente por la carretera más adecuada. Era un largo camino, más de dos horas. Salí a la carretera principal desde el desvío de tierra del que Josias me había hablado; era tal y como él dijo: un letrero de latón señalaba Kalmansdrif apuntando hacia abajo por el camino del que yo venía.

Y la hermosa carretera de alquitrán azulado, lisa, recta, más allá: ¡Qué contento estaba de pedalear por ella! No me fijé mucho en el campo, allá a lo lejos, mientras iba sudando por el camino, pero en ese momento me desperté y lo vi todo. Sólo tengo que pensar en ello y lo veo, de nuevo. El *veld* es llano por allí. Era a finales de invierno, así que la hierba estaba seca. Muy lejos había una colina, y luego, muy separada, otra, ambas clavadas en medio de la nada, de color rosáceo, y con el pico cortado como el cuello de una botella. Pedaleaba sin parar, pero aquellas colinas nunca se acercaban y no había ninguna junto a la carretera. Todo parecía vacío, el cielo mucho más grande que la tierra, pero había gente allí. Es divertido, no te das cuenta de su presencia, como pasa en la ciudad. Eran de los nuestros, claro; había cercas de alambre de púas, así que debían de ser las tierras de un granjero blanco, pero tenían agua y sus casas estaban lejos de la carretera y se unían entre los grandes árboles oscuros que las ocultaban. Nuestra gente tenía casas de barro y había tres o cuatro en el mismo sitio, sobre un suelo allanado por los pies de la gente y los animales. Como es frecuente, las chozas tenían cerca una especie de hoyo en el suelo, donde los pequeños jugaban y donde, en verano, supongo, habría agua. Hasta parecía como

si las mujeres consiguieran lavar en algunos sitios. Vi niños que corrían a la carretera para bailar y dar patadas al paso de los coches; pero los hombres y las mujeres no se interesaban por lo que había arriba. Es divertido pensar que ahora soy como ellos, hombres y mujeres que siempre están ocupados consigo mismos, con sus trabajos y planes, pensando en conseguir dinero o en hablar con alguien sobre una cosa importante; que ya no soy un chiquillo, como era unos años antes, aceptando lo que ocurre alrededor tal cual ocurre.

Sin embargo, había gente viviendo bastante cerca de la carretera. ¿Qué harían si vieran que el camión de la dinamita era detenido y había una pelea? (No podía imaginármelo más que como uno de los asaltos de las películas del Oeste, aunque he presenciado un montón de peleas en mi vida entre las bandas de la *Location* y los borrachos; me avergoncé de no ser capaz de olvidar las películas de vaqueros en un momento como ese). ¿Irían corriendo al granjero blanco? ¿Alguien se montaría en una bici e iría a buscar a la policía? ¿O si no había bici, tal vez a caballo? Vi a alguien a caballo.

Me aproximé lentamente al siguiente desvío, del que partía el camino a una granja, bajando hacia el Nek Halt. Allí estaba, tal como Josias decía. Aquí era donde se iba a producir el otro corte de la carretera.

¡Pero cuando habló de ello no mencionó que hubiera nada en medio! ¡Ni gente, ni casas, ni el *veld* con las colinas! Entonces era simplemente una de esas cosas que los mayores maquinan en sus cabezas: pero allí estaba todo el tiempo, un lugar real donde la gente cocinaba en hogueras, se oía a un pastor gritando a un sucio rebaño de ovejas, un gran pájaro, que no había visto nunca en la ciudad, aleteaba delante de mí en la cerca de alambre... Tiré la bici, que salió rodando. Me senté un momento en la cuneta. Había tomado un refresco en una tienda india del pueblecito donde bajé del tren, pero tenía la boca seca de nuevo, y te juro que el agua rezumaba de mi piel. Volví a bajar en bici por la carretera, buscando el sitio exacto que yo elegiría si fuera Josias. Había un trecho donde sólo se veía un *kraal* con dos casas muy alejadas de la carretera. También había una bajada donde la carretera atravesaba un *donga*. No había nada más que troncos viejos de árboles y mierda de vaca; allí se podían esconder algunos hombres. Paré otra vez y eché un buen vistazo.

Pero me interesaba la gente. No sé por qué. Quería conocerlos como si fuera a tener que vivir con ellos o algo así. Dejé la bici en el *donga* y salí de la carretera mientras un cadillac pasaba tan deprisa que el aire restalló a su paso, y eché a andar por el *veld* hacia las casas. Sé que la mayoría de nuestra gente vive así, en el *veld*, pero nunca había estado en casas como esas. Nací en alguna *Location* (no sé en cuál, tengo que preguntárselo a Emma cualquier día) y Emma y yo vivimos en Moroka con nuestra abuela. Nuestra madre trabajaba en la ciudad y venía a vemos de vez en cuando, pero nunca vimos a nuestro padre y Emma piensa que tal vez no tuviéramos el mismo, porque recuerda a un hombre antes de que yo naciera y después de que yo naciera no le vio más. Yo no recuerdo realmente a nadie de cuando era crío, salvo a Emma: Emma tirando de mí tan rápido que casi me saca el brazo del cuerpo, porque por poco nos coge el indio mientras robábamos melocotones de su camioneta; lo hacíamos todos los días.

Vivíamos en una habitación con nuestra abuela; era una casa de hojalata con un número; más tarde pusieron una farola en la esquina. En estas casas del *veld* había un dibujo en el barro de que estaban hechas. Vi un montículo de excrementos de vaca secos, tan alto como yo. Y luego el habitual montón de trastos viejos que tiene nuestra gente, igual que en la *Location*: latas viejas, cosas rotas recogidas de los cubos de basura de los blancos. Las gallinas correteaban por entre mis pies y dos hombres viejos dejaron morir su charla en «ajás» y «ejems» cuando llegué. Les saludé como hay que saludar a los viejos y ellos inclinaron la cabeza y siguieron con sus «ejem» y «ajá» para demostrar que los había saludado correctamente. Uno de ellos llevaba unos pantalones rotos y muy limpios, atados con una cuerda, y estaba sentado en el suelo, pero el otro, sentado en un asiento que debía de haber sacado de algún cementerio de automóviles, iba vestido de una forma que yo no había visto nunca; como en los viejos tiempos, supongo. Llevaba un traje negro con pantalones muy anchos, botas con cordones, cuello blanco duro y corbata negra; y, para rematar, un viejo sombrero roto. Era domingo, claro, así que supongo que iba vestido de fiesta. Había oído que esa gente que trabaja para los granjeros se viste con tela de saco la mayor parte del tiempo. Los viejos no me preguntaron qué quería. Simplemente me estudiaron con unos ojos que, con la edad, habían tomado el color del agua jabonosa. Y yo no sabía qué decir, porque no había pensado en ello; simplemente eché a andar. Entonces, un chaval salió del oscuro umbral, rápido como una cucaracha. Pensé que tal vez todos los demás estuvieran fuera porque era domingo, pero entonces una voz llamó desde dentro de una casa y cuando el chaval no contestó llamó otra vez, y salió una mujer.

Dije que mi bicicleta tenía un pinchazo y que si me podían dar un poco de agua.

Ella dijo algo volviéndose hacia el interior de la casa y, en un minuto, una muchacha de unos quince años salió con una lata de parafina y fue a traer agua. Como todas las chicas de esa edad, nunca te miran. Su cuerpo se movía bajo un feo y viejo vestido y casi tropezó en su prisa por salir. Llevaba el pelo envuelto en un trapo que le llegaba hasta los ojos; a la manera antigua. De no ser por eso, habría sido muy bonita, como cualquier otra chica. Cuando se alejó un poco más, el chaval fue saltando tras ella, jadeando, gritando y abriendo sus flaquísimas piernas como tijeras sobre piedras y hormigueros; luego la alcanzó y me di cuenta en seguida de que ella había cambiado por completo; le gritaba, se oía su risa mientras le perseguía con la lata; manteniéndola fuera del alcance de sus garras, peleaba con él; estaban juntos como Emma y yo cuando huíamos de la vieja señora de la escuela y de todo el mundo. Emma era como una de esas chicas nuestras, con el cuerpo grande, fuerte y acogedor de una madre desde que son pequeñas, tal vez para cargar desde entonces con el más pequeño a la espalda.

Un hombre salió de la casa detrás de la mujer y se mostró amable. Su pelo tenía el aspecto polvoriento de quien ha estado durmiéndola. En efecto, estaba todavía un poco colocado.

—¿Vienes de Jo'burg?

No me iban a coger desprevenido, Josias podía contar conmigo.

—*Veerening*.

Le pareció divertido. Nadie viste como los de Johannesburgo, se nos puede reconocer a una milla —pero estaba demasiado borracho para seguir insistiendo—. Se quedó estirando sus párpados pegajosos, para mantenerlos abiertos, y se agarró a mí como hace cierta gente:

—¿Me puedes conseguir trabajo donde tú estás?

—¿Qué clase de trabajo?

Movió una mano señalándome:

—Tú tienes un buen trabajo.

—Puede ser.

—¿Dónde estás trabajando ahora?

—De jardinero.

Rio entre dientes.

—Parece que trabajas en la ciudad. —Meneó la cabeza.

Me sorprendió que la mujer me trajera una lata de cerveza y me senté en el suelo a beber. Es estúpido decir que una choza puede ser bonita, pero esos caracteres hechos en el barro eran atractivos. Debían de haberlos hecho con una piedra afilada o un palo, cuando el barro todavía estaba tierno y húmedo; eran formas de cosas, como hojas grandes y lunas rellenas de líneas que iban todas hacia un lado en un dibujo y se inclinaban hacia otro lado en otro dibujo, de manera que si mirabas las paredes al sol algunos dibujos eran oscuros y otros luminosos, y si te movías, los luminosos se volvían oscuros y los oscuros se iluminaban. La chica volvió con la pesada lata de agua sobre su cabeza, que le hinchaba las venas del cuello. Lavé la lata en que había tomado la cerveza y la llené de agua. Cuando les di las gracias, los viejos se movieron y volvieron a sus «ajás» y «ejems». El hombre intentó acompañarme pero tuve suerte, no anduvo más de unas pocas yardas.

—No es bueno —dijo—. Todas las mañanas, a las cinco en punto, y la paga, muy pequeña.

Cómo me habría fastidiado ser él, un hombre casado ya y con hijos grandes, trabajando toda su vida en los campos vestido con tela de saco. Cuando piensas en alguien así, parece como si tú nunca pudieras ser de ese modo, como si fuera culpa de cada cual, y no una cuestión de suerte. Al mismo tiempo tenía la loca sensación de que quería contarle al hombre algo estupendo, algo que nunca hubiera soñado que podía pasar, algo que le hiciese caer de rodillas y darme las gracias. Quería decir: «Pronto, tú mismo serás el

granjero y tendrás zapatos como yo, y tu hija tendrá agua de tu molino de viento. Porque el lunes, u otro lunes, el camión parará allí abajo y todo el material lo sacarán y ellos —Josias, yo; incluso tú, sí— vencerán para siempre».

Pero en vez de eso, lo que dije fue:

—¿Quién hizo eso en tu casa? —él no me entendió y yo hice un dibujo en el aire con la mano.

—Las mujeres —dijo sin interés.

Me senté un rato abajo, en el *donga*, y luego tiré la lata y me marché sin volver a mirar hacia el *kraal*.

No fue ese lunes. Emma y Josias se fueron a la cama muy temprano y, claro, ya estaban dormidos cuando yo llegué a casa el domingo por la noche, tarde. Emma pensó que yo había estado con los chicos con los que solía ir a dar una vuelta los fines de semana. Pero Josias se levantaba a las cuatro y media todos los días, porque había un largo camino desde la *Location* hasta donde estaba la factoría de dinamita, y aunque yo no solía siquiera oírle mientras encendía el fuego de la cocina, que era donde yo dormía, aquella mañana estaba despierto en el momento eh que él se levantó de la cama, en la habitación de al lado. Cuando entró en la cocina, yo estaba sentado bajo la manta y susurré:

—Ayer fui allí. Vi la curva. Allí abajo, en el *donga*. ¿Es ese el sitio?

Él me miró, un poco aturdido. Inclino la cabeza. Entonces dijo:

—¿Qué quieres decir con que fuiste allí?

—Me di cuenta de que ese es el único sitio bueno. Fui también a la casa. Sólo para ver. Es buena gente. No muchos. Los días laborables no debe de haber nadie allí, salvo el viejo, había dos, pero creo que uno estaba de visita. El hombre y las mujeres estarán fuera, por ahí, por los campos, y eso está lo bastante lejos, porque se pueden ver los maizales desde la carretera...

Noté que me prestaba gran atención, que me aceptaba con él (y a la vez que con él, con ellos) mientras hablaba, y yo sabía exactamente lo que decía, igual que sabía lo que había que hacer. Él comenzó a hacerme preguntas como si yo fuera un adulto o un experto; no sabía qué decir. Bebía té, mientras yo se lo contaba todo. Pensaba. Cuando estaba a punto de salir, dijo: —No debería habértelo dicho.

Corrí detrás de él por el patio. Todavía estaba oscuro. Hablé en el mismo tono de voz, un susurro, que habíamos estado usando, «¿No es hoy, no?». No podía ver su cara pero sabía que él no sabía si contestar o no. «Hoy, no». Me sentí tan feliz que no pude volver a la casa.

Por la noche, Josias trató de buscar alguna excusa para salir conmigo a solas un momento. Dijo:

—Les conté que eres de confianza al cien por cien. Como yo mismo.

—Por supuesto, no hay diferencia. Hasta ahora no he podido hacer nada... —no continué: «... porque era demasiado joven»; no queríamos meter a Emma en eso. Y en cualquier caso ya nadie, salvo un niño de verdad, es demasiado joven. Mira los chicos que juzgan por sabotaje. Dije:

—¿Los tienen a todos? —Él se encogió de hombros—... Quiero decir, ¿hasta a los que irán con los picos y las palas...?

Él no dijo nada, pero yo sabía que podía preguntar. —Anda hombre, aunque sólo sea para vigilar allí, en la carretera...

Sé que él no quería, pero una vez que sabían que yo lo sabía, y que además había estado allí, sí quisieron utilizarme. Al menos eso es lo que creo. Nunca fui a ninguna reunión, ni a ningún sitio donde hicieran planes, y antes de aquello sólo conocí a los otros dos que estuvieron conmigo en el desvío, y Seb Masinde nos dijo exactamente lo que teníamos que hacer. Por supuesto, Josias y yo no le dijimos una palabra a Emma. El lunes llegó tres semanas después y, te lo juro, aunque me han pasado un montón de cosas desde entonces, nunca olvidaré el momento en que detuvimos el camión con Josias sentado en la parte trasera en su taburete. ¡Josias! Me entraron ganas de reír y gritar allí mismo, en el *veld*; no me sentía asustado; ¿por qué iba a asustarme si llevaba años sentándose todos los días sobre un montón de dinamita? Así que, si moría ese día, ¿qué? Teníamos una de esas latas con fuego y un cubo de alquitrán y las auténticas señales de Carretera Cortada del P.W.D.^[3] y por nuestra parte todo salió bien. Fue al final del Nek Halt donde comenzaron los problemas, cuando una de esas patrullas de bicicletas A.A. tuvo que aparecer (Josias dice que eso era algo nuevo, que nunca habían encontrado una patrulla en aquella carretera a esa hora del día, y sospechó por la barrera). Entonces, paramos el camión correctamente pero alguien recibió un tiro y Josias trató de coger la pistola del hombre blanco de la cabina y hubo una pelea infernal y tuvimos que huir con el material en una furgoneta pasando por encima de la barrera, en vez de robar el camión y conducirlo hasta un lugar oculto para sacar la carga. Más de la mitad del material tuvimos que dejarlo en el camión. Sin embargo, tuvieron de sobra con lo que habían cogido y la policía no lo encontró nunca. Siempre que leo en los periódicos de aquí que algo ha volado en mi país, me pregunto si será todavía alguno de nuestros cartuchos. Cogieron a dos de los nuestros inmediatamente. Y a algunos más después, y el asunto salió en los periódicos con declaraciones del jefe de la Special Branch acerca de un golpe maestro y demás. Pero Josias salió bien parado. Los tres chicos que estábamos en la barrera de la carretera corrimos hacia el interior del *veld*, donde estaban escondidas las bicis. Permanecimos en el sitio que nos habían dicho, en el distrito de Rustenburg, durante una semana, y luego nos dijeron que fuésemos a Bechuanaland. No estuvo mal; no teníamos dinero, pero en los alrededores de Rustenburg era fácil robar papayas y naranjas de las huertas... Ah, envié un mensaje a Emma diciéndole que estaba bien; por aquel entonces no parecía verdad que no pudiera volver a casa.

Pero en Bechuanaland fue diferente. No teníamos dinero, y en un lugar tan árido no se encuentra comida en los árboles. Ellos decían que nos mandarían dinero; no llegó. Pero Josias estaba allí también, y permanecimos juntos; la gente nos ocultaba y nos largamos. Llegaron aviones y se llevaron a los peces gordos y a los refugiados blancos, pero aunque nos dijeron que nosotros también iríamos no fue así. No teníamos dinero para pagar. Al principio había un montón más como nosotros. Finalmente echamos a andar y fuimos derechos desde Bechuanaland, a través de Rodesia Norte, hacia Mbeya, que está junto a Tanganica, a donde nos dirigíamos. Era un largo camino; nos llevó meses a Josias y a mí. Conocimos a un tipo al que le habían dado un poco de dinero y desde entonces, a veces, íbamos en autobús. No te hacen preguntas cuando no eres alguien especial y vas andando, como los demás africanos, o coges el autobús que los blancos no cogen nunca; sólo si tienes dinero para coches o para llegar a los aeropuertos pasan todas esas cosas que se leen: Lo de ser devuelto a la frontera, el rechazo de permisos, etc. Así que, por fin, estábamos allí, en Tanganica; más abajo estaba la ciudad de Dar es Salaam, adonde nos dijeron que debíamos ir.

Hay un campo de refugiados y te dan un chelín o dos al día hasta que consigas trabajo. Pero está fuera de la ciudad, por uno de sus lados, y pronto lo dejamos y encontramos una habitación abajo, en la ciudad de las cabañas. Hay algunos edificios bonitos en la auténtica ciudad —no como en Johannesburgo o en Durban en mi opinión—, solía ser la ciudad blanca; los blancos que quedan todavía viven ahí, pero también los africanos con trabajos importantes en el gobierno y cosas así. Algunos de nuestros líderes, refugiados como nosotros, viven en esas casas y tienen grandes coches; aquí todo el mundo sabe que son hombres importantes, no como en nuestro país, donde si eres negro eres simplemente basura para las *Locations*. La gente de aquí abajo, donde vivimos nosotros, es muy pobre, y es duro conseguir trabajo porque ellos no tienen suficiente para sí mismos, pero yo tengo un certificado y he conseguido un empleo de oficinista. Josias nunca encontró trabajo fijo. Pero eso no importaba mucho, porque lo principal era que Emma pudo venir a reunirse con nosotros al cabo de cinco meses y ella y yo ganamos dinero. Es enfermera, y cuando la africanización llegó a los hospitales, el gobierno necesitaba enfermeras. Así, Emma tuvo la oportunidad de salir con un grupo enviado especialmente desde Sud-áfrica y Rodesia. Fuimos muy afortunados, porque es imposible para la gente sacar a sus familias. Vino en un avión pagado por el gobierno y ella y las otras chicas fueron fotografiadas para el periódico cuando llegaron al aeropuerto. El día que llegó la llevamos a la playa, donde todo el mundo puede bañarse sin restricciones, y a tomar un refresco en uno de los hoteles (ella nunca había estado en un hotel), y paseamos arriba y abajo a lo largo de la carretera de la bahía donde todo el mundo pasea y donde puedes ver los barcos entrar y salir tan cerca, que los marinos te saludan. Siempre que tropezábamos con algún compatriota, le preguntaban cómo iba todo por nuestro país. Josias y yo no podíamos dejar de sonreír al oírlos, en medio de Dar, hablando nuestro idioma sobre las cosas que conocemos. Era como si hubiera ocurrido ya: el momento de volver a estar en casa, todo como antes.

Bueno, de eso hace cerca de tres años, desde que vino Emma. A Josias le han enviado lejos ahora y sólo quedamos Emma y yo. Esa es siempre la idea: mandarnos fuera para separarnos. Algunos van a Etiopía y otros a Argelia y por ahí, y cuando vuelvan no habrá ningún hombre de Verword que sepa manejar armas mejor que ellos. Eso para

empezar. Yo debo ir también, pero algunos de nosotros llevamos esperando mucho tiempo. Mientras tanto, voy a trabajar y por las noches doy un paseo y, cuando tengo dinero, me tomo un vaso de cerveza en un bar. Emma y yo seguimos en el apartamento que dejó Josias, y dos enfermeras del hospital nos pagan otro dormitorio. Emma aún trabaja en el hospital pero no sé durante cuánto tiempo más podrá seguir. La mayoría de los días, desde que Josias se fue, quiere que vaya a buscarla al hospital cuando sale de guardia, y cuando me acerco bajo los árboles la veo abrir los ojos buscándome, como si nunca fuese a aparecer. Todos los días es así. Cuando llego, ella sonrío y durante un minuto parece la de antes, pero en cuanto andamos diez yardas por la carretera, empieza a mover la cabeza hasta que le brotan las lágrimas diciendo una y otra vez: «La gente tiene un límite, la gente tiene un límite». Desde el principio dijo que los hospitales aquí no son como los nuestros, donde las enfermeras tienen que conocer su trabajo; ella tiene toda una sala a su cargo y ahora dice que están cada vez peor y no puede fiarse de que nadie haga nada por ella. Y el equipo no quiere tener extranjeros trabajando allí, de ningún modo. Me lo cuenta todos los días como si fuera la primera vez. Claro que es verdad que hay gente que no nos quiere aquí. Ya sabes cómo es esto, no hay bastante trabajo para todos. Pero yo no me preocupo mucho; me enviarán fuera uno de estos días y hasta entonces tengo que comer y eso es lo que hay.

El apartamento es bonito, con un auténtico cuarto de baño, y estamos pagando una mesa y seis sillas que a ella le gustaron mucho; pero cuando paseamos, su cara es terrible. Sigue diciendo que el sitio nunca estará bien. En nuestro país había un solo grifo en el patio para todas las casas, pero ella nunca se quejaba. No está sentada más de un minuto sin volverse a levantar, pero no puedes sacarla a la calle, ni siquiera esas noches en que hace tanto calor que no se puede respirar. Ahora soy yo el que baja al mercado a comprar la comida, ella dice que no lo resiste. Cuando le pregunto por qué —ya que al principio le gustaba ir al mercado, donde puedes elegir un pollo vivo y muy barato— habla de esos pequeños tomates podridos que plantan aquí, y de la gente sucia, todos gritando o vociferando, y dice que ella no lo entiende. Por las noches apenas duerme, y al final acaba despertándose. Anoche ocurrió otra vez. Estaba allí, en la oscuridad, y dijo: «Me siento muy mal». Yo dije: «Te haré un té». Pensé en el bien que le haría el té.

—Creo que me pasa algo —dijo ella—. Iré al médico por la mañana.

—¿Tienes dolores otra vez, o qué?

Ella sacudió la cabeza lentamente, una y otra vez, y supe que iba a llorar de nuevo.

—Un lugar donde no hay nadie. Me levanto y miro por la ventana y es como si no me hubiera despertado. Así todos los días, todos los días. No puedo despertarme y escapar. Siempre veo esta ciudad.

Claro que es duro para ella. Yo he aprendido *swahili* y me las arreglo sin problemas; quiero decir, que siempre puedo hablar con alguien si lo deseo, pero ella no ha aprendido más que *ahsante*. Podía haber aprendido con la misma facilidad, pero no es capaz, si entiendes lo que quiero decir. Para ella es simplemente un ruido, como los ladridos de los

perros o el graznido de esos cuervos negros en las palmeras. Cuando alguien viene a verla, por lo general algún compatriota, o cuando yo traigo al rodesiano que trabaja conmigo, ella se sienta y, sea lo que sea lo que hablemos, no escucha, lo único que hace es suspirar y decir:

—Es duro, duro. Sí, para una mujer sola. Sin amigos ni nadie. Para una mujer sola, te lo aseguro.

Anoche le dije:

—Pero si estuvieras en nuestra tierra, no nos habrías visto a Josias y a mí durante mucho tiempo.

Pero ella contestó:

—Sí, sería malo. Sela y todos los demás. Y el grupo del hospital... pero da igual, sería malo. ¿Recuerdas cuando solíamos ir al centro de Jo'burgo en mis sábados libres? La gente, ¡ay! Incluso cuando ya habías cumplido doce años daba miedo perderse.

—Yo no estaba asustado. Eras tú la única que te asustabas de que fueran a atropellarte.

Pero en la *Location*, cuando robábamos frutas y dulces en las tiendas, ella siempre me sacaba de apuros. Emma siempre me salvaba. La misma Emma. Y, sin embargo, no es la misma. ¿Qué puedo hacer por ella?

Supongo que quiere volver, pero aun así no sería la misma. Tengo a menudo la sensación de que ella no sabe lo que estoy pensando y que yo no sé lo que está pensando ella. Y Emma dice:

—Tú y él os vais, volvéis o no volvéis, pero sabéis lo que tenéis que hacer. Pero ¿y una mujer? ¿Qué haría yo allí? ¿Qué puedo hacer aquí? ¿Qué tiempos son estos para una mujer?

Es duro para ella. Emma. Ella lo dice con frecuencia, me lo cuenta muchísimas veces. Bueno, no me molesta recogerla en el hospital y tampoco me molesta ir al mercado. Pero después de comer, por las tardes, la escucho una vez más y me voy a caminar por las calles cuando refresca, en la oscuridad. No sé por qué, Pero en lo único que pienso es en salir a la calle, así que engullo la comida lo más rápido que puedo, sin que ella se dé cuenta. Estoy tan ansioso por salir que me siento extraño, excitado, como en una especie de borrachera, hasta que puedo salir y dejar de escuchar. Ni siquiera me importaría dejar la comida. Por la noche, todo el mundo sale a la calle. Sobre la hierba, por la bahía, hay indios gordos con trajes blancos, y sus esposas con esos bonitos vestidos de colores. Hombres con sus chicas de la mano. Viejos vigilantes como mendigos, durmiendo en los portales de las tiendas cerradas. La gente pasea arriba y abajo, pasea simplemente, poniendo un pie detrás del otro, porque de vez en cuando, como si alguien levantase una manta, viene la brisa del

mar. Ella debería salir para tomar un poco el aire de la noche, hombre. Este es un lugar viejo, muy viejo, dicen. No los edificios, sino el sitio. Dicen que los barcos venían aquí antes incluso de que un sitio como Londres fuese una ciudad. Aquel primer día, ella pensó que la bahía era muy bonita. Las luces de los barcos corrían por el agua y las palmeras se veían durante mucho tiempo, incluso después de que llegara la oscuridad. Hay un olor que sólo he notado desde que estoy aquí —¡tres años!—; no me refiero a los olores en la ciudad de las cabañas, sino al especial y cálido aroma de la noche. Puedes incluso olerlo a las tres de la mañana. Lo he olido cuando estaba con Emma, a través de la ventana; aquí, por la noche hace un calor como el que hace a mediodía en nuestra tierra; es divertido pensarlo cuando miras las estrellas y la oscuridad. Bueno, yo me iré pronto. No puedo tardar mucho. Ahora que Josias se ha ido. Tú tendrás que esperar tu turno; ellos no se han olvidado de ti. Dar es Salaam. Dar. Algunas veces paseo con otro compatriota, dice algunas cosas que te hacen reír. Dice que los viejos vigilantes que duermen en los portales llevan a sus mujeres con ellos. Bueno, no lo he visto. Dice que, definitivamente, nosotros vamos en el próximo grupo. Dar es Salaam. Dar. Supongo que un día recordaré esto y le contaré a mi mujer que una vez estuve tres años aquí. Camino y camino por la bahía dejando atrás las tiendas y los hoteles y la iglesia alemana y el gran banco, y camino a través de las calles embarradas, entre viejas cabañas y tenderetes. Está oscuro y lleno de siluetas que caminan como yo, dejando atrás la luz que viene de las grietas en las paredes, donde la gente está en su casa.

(De *Los compañeros de Livingstone*)

EN EL EXTRANJERO

Manie Swemmer habló durante años de ir al norte de Rodesia para echarle un vistazo. Sus dos chicos, Thys y Willie, vivían allí y, por otro lado, allí él había trabajado en los viejos tiempos, a principios de los años treinta.

Conocía el mundo un poco aunque había nacido en Bontebokspruit. Su abuela había sido una escocesa, Agnes Swann, y tenía un montón de parientes en Escocia; él no había llegado tan lejos, pero en un comedor militar en Alex, justo antes de Sidi Rezegh, cuando estaba en la Primera División Sudafricana, conoció a un tal Douglas Swann que debía de ser uno de sus primos. Se parecían mucho, sobre todo en los ojos.

Sí, pensaba ir cuando pudiera salir. Había trabajado para los hermanos Barends durante los últimos cinco años en el Banco Volkskas y en la ampliación de la fábrica, así como en las nuevas salas de espera para europeos y no europeos de la estación. La ciudad crecía deprisa. Antes había trabajado para el departamento provincial de Obras Públicas, e incluso estuvo una temporada en Pretoria, en la metalurgia. Eso fue después de que el negocio de coches fuera a la quiebra; cuando volvió de la guerra, le vendió su parte de las tierras familiares a su tío y se metió en el negocio de coches con ese dinero. Afortunadamente, como Manie Swemmer decía a la gente que conocía de toda la vida, en el bar del hotel de Buks Jacob los sábados después del trabajo, aunque no había hecho una auténtica carrera, en la práctica quedaban pocas cosas que no pudiera hacer. Si hubiera tenido títulos no estaría trabajando a sueldo para Abel y Johnie Barend, por descontado, pero, qué se le iba a hacer. La gente todavía dependía de él: si quería coger su coche y dirigirse al Norte, necesitaba tres semanas y ¿a quién iba a encontrar Abel que ocupase su puesto y se encargase de la cuadrilla de muchachos?

A menudo decía que le gustaría ir hasta allí conduciendo. Era un largo camino, pero no le importaba la carretera y lo había hecho años atrás cuando sólo existían pistas sin asfaltar, y eso con suerte, y llanos con baches el resto del camino. Su viejo Studebaker del año 57 aún podía hacerlo; lo cuidaba él mismo y había mucha gente en la ciudad—incluyendo a Buks Jacob, el del hotel, con su nuevo Volkswagen— que no dejaba que nadie más que él tocara su coche. Manie pasaba la mayor parte de las tardes de los sábados debajo de algún coche; no tenía a nadie en casa (la madre de los chicos, Helena Thys, había muerto de una enfermedad de riñón, dejándole a los dos niños pequeños a su cargo), y lo hacía más por amistad que por otra cosa.

Los domingos le esperaban siempre en casa de Gisbert Swemmer, y él ya había comentado que le apetecía ir allí a echar un vistazo. Y allí estaban sus chicos, claro. Su primo Gisbert insistía en que fueran ellos a visitarle. Pero es que estaban ocupados, ganándose la vida: Thys estaba en las minas, pero no le gustaba; Willie había dejado la fábrica de cerveza y buscaba algo en la capital. Después de que el gobierno británico

entregase el país a los nativos y cambiase el nombre por el de Zambia, Gisbert dijo: «Hombre, no querrás ir ahora. ¿Para qué? Después de haber esperado tanto...».

Pero él se había movido por el mundo un poco: Gisbert podía conducir trescientas cabezas de ganado y estaba haciendo un buen negocio con el tabaco y la pimienta, así como los maizales de la vieja granja Swemmer, donde todos ellos se habían criado, pero Gisbert nunca había ido más allá de El Cabo de vacaciones. Gisbert no se había alistado durante la guerra; se sentaba en la silla de su abuelo a cenar los domingos y servía cordero asado y boniatos con arroz a su esposa y a la familia, incluyendo a Manie y a la madre de Gisbert, la *tante* Adela. *Tante* Adela tenía su huertecito en la granja donde cultivaba algodón, y después del almuerzo, se sentaba en el oscuro *voorkamer*, al lado del enorme aparato que era radio y tocadiscos, y rellenaba los cojines de algodón. Había café en la terraza, servido por las hijas y nueras embarazadas, y había nietos que hacían estallar enormes pompas de chicle con la boca ante Oom Manie para hacerle reír. Gisbert todavía bebía *mampoer*, brandy de melocotón de elaboración casera enviado desde El Cabo, pero Manie no podía aguantarlo y nunca bebía ningún alcohol fuerte salvo brandy Senador. Buks Jacob, en el hotel, se lo servía sin preguntar.

Los domingos a última hora, Manie Swemmer conducía hasta su casa desde la vieja granja familiar, que era todo lo que Gisbert conocía, dejando atrás los campos sembrados de maizales, luego de tabaco y de pimienta, confundidos por la distancia como tejas rojas, rosadas y amarillas. Dejaba atrás el tractor y la trilladora con briznas de cáscaras vacías y, abajo, la depresión del lecho seco del río donde solían intentar coger *leguaans* cuando eran chavales. Dejaba atrás el ganado que pacía entre las matas de abrojo y los sauces silvestres. Cruzaba los pasos abiertos por los negritos que pastoreaban con los perros cafres. Dejaba atrás chicos y mujeres en cuclillas entre latas de parafina llenas de cerveza y gachas, y la tienda india, la tienda del viejo Y. S. Mia, con las persianas echadas por ser domingo, y los cientos de parientes que tiene esta gente reunidos en la terraza de la casa pintada en color rosa brillante que está junto a la tienda. Al mismo tiempo, a última hora de la tarde, la sombra de la sierra cubría el embalse; Manie miraba siempre los círculos de burbujas hechos por los peces. Aún pescaba allí en verano; los árboles espinosos bajo los que solían ellos jugar estaban secos pero se alzaban cerca del agua.

Realmente, la ciudad no quedaba lejos de aquellas tierras. Su casa en la calle Pretorius era igual que las casas-granja, un techo de hojalata, una terraza limpia sobre pilares de cemento que daba sombra a las habitaciones por dos lados, con la mitad de las paredes exteriores y la carpintería pintadas del mismo color que el barro del río. Dentro había linóleo de flores, un helecho-espada en una vasija cafre que oscilaba un poco sobre su base cada vez que entraba alguien, y una mesa de comedor y seis sillas que él y Helena habían comprado cuando se casaron, y los cojines de gomaespuma de la *tante* Adela cubriendo los lugares del sofá donde los niños habían hecho saltar los muelles y casi atravesaban la tapicería. Tenía un criado bueno y viejo, Jeremías, que cuidaba de él. La parcela era suficientemente grande y estaba dispuesta en hileras en las que se habían plantado remolachas, cebollas y repollo detrás de un seto de membrillos. Jeremías tenía su trozo de tierra con maíz, en su *khaya*. Había media docena de gallinas rojas de Rhode Island en el *hok* y también tomates. La mitad de la ciudad comía tomates regalados por

Manie Swemmer.

Realmente nunca había arreglado la habitación de sus hijos, aunque una vez llegó un joven de ferrocarriles y buscaba algo para alquilar. Pero Willie tenía sólo dieciséis años cuando se fue al Norte a ver qué pasaba así son los chicos, su hermano Thys se había ido, y aquello era natural —y tal vez quisiera volver a casa algún día. Las camas seguían allí y la colección de chapas de botella de Willie. En la parte de atrás de la terraza estaba su moto, pero sin ruedas. Manie Swemmer pensaba a menudo escribir y preguntarle a Willie qué hacer con la moto, pero los chicos no solían contestar a las cartas. De hecho, Willie era mejor que Thys; Thys no había escrito desde hacía más o menos dieciocho meses, mientras tanto el país había cambiado su nombre de Rodesia Norte por Zambia. No es que el cambio amilanase a Manie Swemmer si se decidía a hacer el viaje. Después de todo, no era como si tuviera que cargar con una mujer, y podía ser diferente para gente con hijas jóvenes. Pero para alguien como él, bueno, ¿de quién tenía que cuidarse sino de sí mismo?

El 1 de septiembre, cuando el nuevo matadero estuvo terminado, le dijo a los hermanos Barend que se iba de permiso:

—No, no para ir a Durban. Voy a irme un par de semanas hacia arriba —sus cejas alzadas y el lento ademán de la cabeza señalaban la parte trasera del bar del hotel, la sierra, la frontera.

—¡Gambia, Zambia! Qué nombres estrafalarios. Con el nuevo gobierno cafre. El doctor o profesor, o como se quiera llamar, Kaunda —dijo Carel Janse van Vuuren, el abogado local que había estado colegiado en Johannesburgo, dejando claro, medio en broma medio en serio, que él también conocía algo del mundo.

—Di a tus hijos que vengan a casa, hombre. *Hulle is ons mense*. —Dawie Mulder esperaba ser nombrado candidato en las próximas elecciones provinciales y quería poner un toque patriótico en sus comentarios.

—Ah, conocen su casa, no te preocupes —dijo Manie Swemmer en inglés, porque alguno de los habituales de la carrera de viajantes de comercio, los viejos Joe Zeff y Edgar Bloch, dos simpáticos tipos judíos, habían invitado a cerveza al grupo—. Se establecerán cuando la hayan corrido, no me preocupa.

—Allá arriba, sí, Rodesia Norte. He oído que a los nativos no les molesta la gente blanca en las minas —dijo Zeff—. Quiero decir que no te tienes que preocupar, no se van a meter en tu casa ni nada; de todas formas sería una broma que un cafre enorme viniera y se sentara a nuestro lado. Eso nos faltaba.

Sampie Jacob, la esposa del dueño y una mujer de negocios que podía comprar y vender a cualquier hombre en Bontebokspruit si se trataba de dinero, dijo:

—Willie era un chico precioso cuando era pequeño. Tenía unos ojos como platos, y azules.

Colgó el matamoscas en un gancho y despidiendo mentalmente a alguien, arrancó un trozo de comida pegada en un vaso.

—¡Si Helena lo hubiera visto!

Le recordó a Manie Swemmer al joven cubierto de granos que había comprado a crédito una guitarra eléctrica y luego se había ido, dejando que su padre se entendiera con los plazos.

—Sentarán la cabeza. Thys está ganando un buen dinero allá arriba, ahora. Aquí no se puede ganar tanto.

Y menos un joven.

—Veintiséis, no, veintisiete ahora —dijo Sampie Jacob.

Pero Buks Jacob dijo:

—Bueno, te lo regalo, Oom Manie.

—Hombre, yo estuve a punto de morir de malaria allá arriba en el treinta y dos —dijo Manie Swemmer dando un puñetazo en el mostrador—. ¡Santo Dios! Conocí aquello cuando lo único que había era un apeadero del tren para mercancías y víveres y un par de pozos mineros. Había un conductor irlandés en esa época. Se llamaba Fitzgerald, mandó a mi criado que me lavase con una esponja cada hora...

Al tercer día de viaje, por la noche, el tren entró en la capital, Lusaka. Manie Swemmer había tomado el tren a pesar de todo; hubiera sido diferente si alguien le hubiese acompañado conduciendo. Pero el tren resultaba más descansado y siempre había pensado en ese viaje; hacía años que no se tomaba vacaciones. Fue solo en el departamento de segunda clase hasta la frontera de Bechuanaland, preguntándose si Abel Barend no se armaría un lío con la pandilla de muchachos que había costado años meter en vereda, unos buenos chicos pero que tenían que saber que estaban contigo; tampoco el nativo quiere complicaciones. Se dijo en voz alta lo que había querido decir a Abel: «No vaya a ser que cuando vuelva encuentre que todos se han desmandado». Pero entonces el tren paró en una pequeña estación, y se levantó para apoyarse en la ventanilla bajada; lentamente los últimos pueblos del Transvaal iban pasando, y mientras los miraba, con la pipa en la boca y el vapor saliendo por debajo del vagón, Barend y la pandilla de muchachos se hundieron en el fondo de su mente. Una o dos veces, cuando el tren arrancaba de nuevo, comprobaba que aún tenía su libreta de ahorros de la oficina de Correos (había transferido dinero a Lusaka) y las píldoras para la digestión que había metido entre las cosas de afeitarse. Tenía su billete de litera («Todo en orden», había bromeado, sonriendo, para dar a entender lo fácil que es si se sabe cómo hacerlo, ante Gisbert y su esposa y Sampie Jacob que habían ido a despedirle), y un respetuoso chico de color le hizo la litera y él se lo agradeció con una propina de cinco centavos. Cuando el tren llegó a Mafeking, después de la cena, sintió que había olvidado por completo algo del pasado, aunque hablaba de ello a menudo: la jubilosa

ligereza de viajar, no de ser un extraño rodeado de extraños, sino una nueva persona descubierta entre nuevas caras. Sintió como si hubiera estado viajando siempre y así pudiera continuar. Atravesar Rodesia, las colinas, el olor de cierto arbusto que volvió a él después de treinta años. Era como el *veld* de casa pero distinto. Las rocas, a las que las higueras de corteza blanca rodeaban con sus raíces apretadas, los árboles de copa achatada que se vuelven rojos en primavera —sí, lo recordaba: la maleza convirtiéndose en bosque enmarañado cerca de los ríos, los viejos baobabs y los naranjos cafres con sus verdes bolas de billar, los inmensos *vleis* y, a lo lejos, un par de palmeras rígidas que parecían mirarte—. Dos días más se deslizaron por las ventanillas. Compró un juego de tapetes en el puesto de un negro; estaban hechos con gracia mediante juncos teñidos de rojo y negro: veía a Sampie Jacob poniéndolos bajo sus centros de flores en el salón del hotel, lejos, muy lejos, lejos, mucho más allá. Cuando el tren llegó a la frontera entre Rodesia y Zambia le alteró un ligero nerviosismo; preparó su pasaporte abierto: HERMANUS STEFANUS SWEMMER, natural de la República de Sudáfrica. El joven inglés y el negro vestido exactamente como él, calcetines blancos, charreteras doradas, una gorra elegante, un equipo completo, dijo:

—Gracias, señor —el negro garabateó y selló.

Bueno, ya estaba allí.

A medida que el tren se aproximaba a Lusaka empezó a sentir ansiedad por Willie. Por lo que diría a Willie. Después de todo, hacía cinco años. Willie cumpliría los veinticinco el próximo diciembre. Olvidó que estaba acercándose a Lusaka a través de la oscuridad, olvidó que estaba viajando, pensó: Willie, Willie. No había arrabales en Lusaka, ni siquiera ahora. Unas pocas luces en un par de pasos de nivel, bicicletas, nativas con fardos, y llegaron a la estación. El vasto cielo negro dejaba caer una estela de estrellas brillantes y duras tan cercanas como las luces de la ciudad. Sonaron campanas y el tren en el que estaba Manie Swemmer dio marcha atrás. La gente pasaba y gritaba a su lado, blancos, indios, nativos con zapatos de plástico.

Willie dijo:

—Demonios, ¿dónde estabas?

Alto. Patillas. Una cazadora de cuero negro cerrada hasta donde faltaba el botón del cuello de la camisa. El mismo; y Manie Swemmer lo había olvidado. Nunca envió un retrato suyo y, naturalmente, se podía esperar que hubiera cambiado en cinco años.

Hablaron en inglés.

—Ya estaba empezando a preguntarme si la carta se había perdido. Estaba a punto de coger un taxi. Bueno, ¿cómo te va? Todo un viaje, ¿eh? Desde el miércoles, chico.

Manie sabía cómo comportarse: puso las manos en los bíceps del chico, le apretaba y le sacudía. Willie hizo una mueca ladeando la boca. Seguía allí, de pie, mientras su padre

le hablaba del tren, de por qué no había venido en coche, y de lo que dijo Gisbert, ese *backvelder* atado a las faldas de la *tante* Adela, y de la buena cena que le habían servido en el vagón-restaurante.

—Dame tus cosas —dijo Willie—. ¿Qué es esto?

Los tapetes estaban envueltos en un trozo de papel de periódico.

—Regalos, muchacho. No puedo volver con las manos vacías.

—Quédate aquí un momento, ¿eh, papá? Voy a por unos cigarrillos.

Subía los hombros demasiado cuando corría; siempre fue su defecto cuando hacía atletismo en la escuela superior de Bontebokspruit. Willie. No podía creerlo. De repente, Manie Swemmer aterrizó en Lusaka, sabía que estaba allí y el alborozo se extendió por su pecho como una forma placentera de ardor de estómago.

Willie abrió la cajetilla y encendió un cigarrillo protegiendo la cerilla con las manos.

—¿A dónde ibas a ir en el taxi?

—Directo a tu casa, hombre. Llevo la carta conmigo.

—Me largué de allí.

—¿Qué te pasó, hijo? Creí que estaba cerca del trabajo.

Willie dio una honda calada al cigarrillo, echó la cabeza hacia atrás como quien se traga un insulto y, entonces, dejó escapar el humo, con los ojos semi-cerrados; ahora había un lazo entre ellos, su padre se dio cuenta.

—No conseguí lo de la Eléctrica de Twyford. Tuve que encontrar una habitación más barata hasta que encuentre algo fijo.

—Pero yo creía que ellos te habían dicho que había buenas perspectivas, ¿no, hijo?

—Voy a ir a ver a uno del cemento el lunes. Un amigo mío dice que me ayudará. Y también hay un posible trabajo en una firma de repuestos de motor. No quiero aceptar lo primero que me ofrezcan.

—Pues claro que no. Debes pensar en tu futuro. Fíjate en Twyford, eh, empezaron en los años treinta, una de las primeras. Pero supongo que el viejo se habrá muerto ya. Ten cuidado con lo de los repuestos de motor. No me fío de ese asunto.

Todavía estaban en el andén; Willie se apoyaba en una de las columnas que sujetaban el techo, fumando y tocándose una zona cerca de la patilla donde se había

cortado. Aquel pobre muchacho nunca sería capaz de hacerse un afeitado en condiciones. Su piel nunca fue buena. Parecía haberse olvidado del equipaje.

—Entonces, ¿dónde estás ahora, Willie?

La gente del tren se había marchado.

—Estoy en casa de otro chaval. Hay una cama en la terraza. Hay cinco personas en la casa y sólo tres habitaciones. No pueden hacerte sitio.

—¿Y qué hay de malo en un hotel? —dijo Manie Swemmer, consolándole, picándole, jovial—. Cojamos esto y vayamos a la ciudad. Conseguiré una habitación en el hotel Lusaka, Dios, me acuerdo muy bien del sitio. Ya sé que hay un hotel elegantísimo en Ridgeway, pero no tengo tanto dinero. El Lusaka está bien.

Willie sacudía su cabeza como un perro.

—No encontrarás nada, papá. No sabes, no podrás conseguir una habitación en ese sitio. La próxima semana es el aniversario de la independencia.

—¿Cuándo? ¿El aniversario, eh? —le alegró llegar a tiempo para una celebración.

—No sé. El lunes, creo. No podrás.

—Espera un minuto, espera un minuto.

Estaban recogiendo el equipaje. Manie Swemmer se había puesto el sombrero para entrar en la ciudad, aunque de repente se dio cuenta de que la noche era muy calurosa. Miró a su hijo.

—He pensado que tal vez será mejor que vayas derecho al Cooper Belt —dijo Willie—. A casa de Thys.

—¿A casa de Thys? —se quitó el sombrero para dejar que el aire le diese en la cabeza.

—No sé si hay un tren, pero es fácil hacer dedo en la carretera.

—¡El Regent! —dijo Manie Swemmer—. ¿Todavía existe el hotel Regent? ¿Lo has intentado ahí?

—¿Qué quieres decir con que si lo intenté, papá? Te lo he dicho, no sirve de nada intentarlo, no lo conseguirás.

—Bueno, no importa, hijo, vamos a tomarnos una cerveza allí en cualquier caso, ¿vale? —Manie Swemmer se sentía confuso, como si la propia estación resonara con todo

tipo de ecos. Quería irse de ahí, sin pensar a dónde. Sólo tenía una idea clara y tonta. Había que poner botones nuevos en la camisa del chico. Un hombre que ha sacado adelante dos chavales y ha vivido solo durante mucho tiempo, sabe disimuladamente cómo hacer esas cosas.

Lusaka había sido una hilera de tiendas indias y una estación de ferrocarril, las unas frente a las otras, en los viejos tiempos.

Manie Swemmer era un hombre pesado, pero se sentó con suavidad en el taxi, mirando los nuevos edificios públicos y los centros comerciales con las luces encendidas alrededor de los soportales pavimentados de Cairo Road, las luces de los coches moviéndose junto a supermercados y heladerías. «¿La oficina de Correos?, ¡va-ya!». Y no podía dejar de maravillarse del edificio, con todo ese acero y cristal y un amplio solar de aparcamiento asfaltado. Aquí y allá veía un borroso recuerdo —una de las tiendas indias cuyo porche servía de resguardo para el polvo de la carretera— con un nuevo escaparate bajo el viejo techo de hojalata. No más máquinas de coser en manos de viejos nativos bajo los porches; mientras pasabas, veías que los artículos desplegados en los elegantes escaparates eran de fábrica. Aparejos de pesca y palos de golf; brillantes equipos de baterías y guitarras eléctricas; un bar pequeño de aspecto sucio del que salía música cafre.

—Parece como si estuviéramos en la *Location*, ¿eh? —rio, diciéndoselo a Willie. Había algunos nativos bien vestidos, comportándose con propiedad, con camisas blancas y corbatas. Las mujeres llevaban vestidos de algodón brillante de última moda y zapatos de tacón alto. Y por todos lados, europeos en sus coches.

—Ah, pero los viejos árboles todavía siguen en pie —le dijo a Willie.

A mitad de Cairo Road vio la misma isleta ancha con árboles de flores rojas, reconoció la forma de las flores aunque no podía ver su color. Willie estaba sentado detrás, fumando. Dijo:

—No te dejan en paz, con sus patatas y sus no sé qué.

No les miraba, pero hablaba de los nativos que vagaban por allí después de que oscureciera, bajo los árboles. Vendedores, jóvenes parados.

El camino hacia el Regent fue demasiado corto Para Manie Swemmer. Le habría gustado conducir un poco por allí; esa confusión era diferente, excitante; como si te hubiesen vendado los ojos, en una habitación conocida te hubiesen hecho dar vueltas y luego te dejasen tantear el camino. Pero en seguida estuvieron en el hotel, que había cambiado y a la vez no había cambiado. Habían conectado las viejas hileras de habitaciones en el jardín con un nuevo edificio principal, pero el «jardín» era todavía tierra batida con unos pocos hibiscos y enredaderas.

Se encontraron en lo que había sido la terraza, que ahora estaba cerrada con lucernas de cristal, y que llamaban el salón de la terraza. Willie no dijo nada, y su padre, charlando y

haciendo comentarios en el ronco tono bajo que usaba entre otra gente, andaba perdido por la disposición del hotel, que no era tal como él la recordaba.

—No importa, no importa. A ver qué pasa. Vamos a tomar algo antes de hablar, hombre, ¿por qué no? Estará bien.

Con su gordo trasero metido en unos pantalones de buena franela gris, cruzó como excusándose por la habitación, supervisó la entrada de sus dos maletas y el montón de papel de periódico al lado de la mesita donde le había indicado Willie que se sentase. Pidió un par de cervezas y miró a su alrededor. El sitio se estaba abarrotando del tipo de gente que encuentras en las noches de bochorno: un par de familias con niños columpiándose en las sillas, jóvenes invitando a beber a sus chicas, gente casada que no había ido al hogar después de la oficina, ese tipo de hombres solos que encuentras en el *pub*. Había sólo una pareja de color; no negros, más bien como la gente de color de El Cabo; difícilmente te percatarías de su presencia. Willie no conocía a nadie. Volvieron una vez más a las preguntas y respuestas que habían intercambiado sobre las perspectivas de Willie de conseguir un nuevo trabajo. Pero siempre había sido difícil saber lo que Willie pensaba, hasta cuando era un crío; y la atención de Manie Swemmer andaba dispersa por la sala entre los estallidos de ruido que llegaban a ella, quizá cuando abrían alguna puerta interior que daba al bar. Y por la ciudad familiar y extraña de fuera, y por el millón de bichos que inundaban la noche con su zumbido, por el sonido de relojes a los que daban cuerda y ruedas dentadas moviéndose a sacudidas.

—Vaya tienda de maquinaria, ¿eh? —dijo; pero, por supuesto, habiendo vivido allí cinco años, Willie ni siquiera prestaba atención.

—¿Quién dirige esto ahora? —le preguntó a Willie confidencialmente cuando se bebió la cerveza—. ¿Conoces al tipo de algo?

—Bueno, o sea, sé quién es. Míster Davidson. Venimos aquí a veces. Hay un baile el primer sábado de cada mes.

—¿Crees que te conoce?

—No sé si me conoce —dijo Willie.

—Bueno, venga, vamos a ver lo que se puede hacer.

Manie Swemmer le pidió al mozo indio que vigilase el equipaje un momento, y se dirigió al mostrador de recepción. Willie iba detrás de él. Una pelirroja con una piel tan blanca que si se la apretase cobraría un tono azul, dijo:

—Completo, señor; lo siento, señor —casi antes de que Manie Swemmer empezara a hablar.

Él dejó caer su manaza semi-cerrada en el mostrador, y sonrió con la cabeza

ladeada:

—Escuche, joven señorita, he hecho un largo camino desde un sitio del que usted nunca ha oído hablar, Bontebokspruit, y estoy seguro de que puede encontrar una cama. Donde sea. He viajado un montón y no soy remilgado.

Ella sonrió de forma simpática, pero no tenía nada que ofrecerle. Incluso recorrió con su bolígrafo la lista de su libro una vez más, con las cejas alzadas y mostrando el doble pliegue de su barbilla.

—Mire, yo viví en esta ciudad cuando usted todavía no había nacido. Quisiera saludar a míster Davidson de todas formas. ¿Qué le parece, eh?

Ella habló hacia algún lugar detrás de un centro de rosas y tulipanes artificiales.

—Hay un amigo de míster Davidson aquí. ¿Puede venir un minuto?

Era un tipo pequeño con un modo característico de estirar los brazos y doblar los codos para recoger los puños de la camisa por encima de las muñecas según se acercaba: ex *barman*. Tenía una cara paciente y bien proporcionada, habituada a bregar con problemas.

—Un joven como usted no lo recordará, pero yo viví en este hotel hace treinta años; ayudé a construir esta ciudad, levanté el primer depósito de agua. Ahora me dicen que esta noche tendré que dormir en la calle.

—Eso es lo que hay —dijo el gerente.

—Veo que eres un *jock*, como yo. —Manie Swemmer hizo alusión con delicadeza al acento escocés—. Sí, no lo crearás pero, mi abuela se llamaba Swan. Del Clyde. Agnes Swan. Yo solía ponerme Kilt cuando era un crío. ¡Claro que lo hacía! ¡Un viejo *boer* como yo!

El hombrecillo y la recepcionista consultaron la lista de reservas; ella sabía que estaba en lo cierto, no había nada. Pero el hombre dijo:

—Le diré lo que voy a hacer. Ahí está ese tipo de Delhi. Tiene una habitación individual en la que tal vez podría poner otra cama. Le prometí que la tendría para él solo, pero no puede poner objeciones; a alguien como usted, quiero decir.

—¡Ahí lo tienes! ¡El bueno y viejo Regent! ¿No te lo dije, Willie? —Willie estaba apoyado en el mostrador de recepción fumando y mirando embobado el alto tacón de su bota Chelsea; sonrió con la comisura de la boca otra vez.

—Pediré disculpas por fastidiar a ese tipo, no se preocupe. Lo haré todo correctamente. ¿Dice que de Delhi, India? —Manie Swemmer añadió de repente—: ¿Quiere decir que ese tipo es indio?

—No es un nativo —dijo el gerente—. Ninguno de esos tipos puede estar aquí. Este es un hombre de negocios que ha llegado en un vuelo esta mañana, el V.C.10.

—Oh, es muy elegante, es un auténtico caballero —aseguró la recepcionista, recomendando, con los ojos muy abiertos, algo que no le gustaría probar a ella.

—Así están las cosas —dijo el gerente en tono confidencial.

—Vale, vale, acepto. No he dicho una palabra —dijo Manie Swemmer—. ¿Eh, Willie? Todo lo que pido es un sitio donde apoyar la cabeza.

La pelirroja sacó una llave de los cajetines numerados de la pared.

—¿Cincuenta y cuatro, señor Davidson? El chico llevará su equipaje.

—Dios, tienes que tener un poco de cara, o no vas a ninguna parte, ¿eh?

Manie andaba alegremente pegado a su hijo a lo largo de los corredores con zócalos floreados y cubos de arena llenos de colillas de cigarros, pisando por entre botellas de cerveza y bandejas de té que la gente había dejado a la puerta. Se acomodó en seguida en la habitación que el sirviente abrió para él.

—Espero que el caballero oriental sólo se quede esta noche. Eso me vendría bien.

Ya había un sofá-cama preparado y plegado por la mitad como una cartera. Manie abrió los armarios, subió estrepitosamente las persianas y abrió las ventanas de par en par.

—Aire, aire, eso es lo que nos hace falta.

Willie se sentó en la otra cama, cuya colcha había sido abierta cuidadosamente para que una cabeza descansase sobre la almohada; la huella estaba todavía allí. Las cosas del tipo estaban en el tocador. Willie cogió un par de gemelos con piedras rojas. Había una edición en papel de seda de correo aéreo de algún Periódico de Londres, una lata abierta de pastillas para la tos y una agenda de piel con los cantos dorados.

Hileras de cifras exquisitamente pulcras y luego una escritura como el diseño de una alfombra exótica.

—Demonios, ¿has visto esto? —dijo Willie.

—Willie, siempre te he dicho que respetes las pertenencias de los demás, no importa quiénes sean.

Willie dejó la agenda haciendo remilgos.

—Vale, vale.

Manie Swemmer se lavó, se peinó el bigote y la parte de atrás de la cabeza, donde todavía quedaba algún cabello, y se volvió a poner la chaqueta de estilo tropical que había comprado especialmente para el viaje.

—No quiero tener un aspecto desaliñado, ni siquiera a la hora de más bochorno —le comentó a Willie. Willie asentía sin hacer caso.

Cuando devolvió la llave a recepción, Willie dijo:

—Vamos a comer, papá —pero no había un alma en el comedor, salvo una joven terminando de cenar con sus hijitos; y si había algo que deprimía a Manie Swemmer era un comedor de hotel vacío.

Le atrajo el bar, al que entró con una mezcla de curiosidad y timidez, como si el Manie Swemmer de veintitrés años, con chaqueta *bush* y pantalones cortos bien planchados, pudiera estar allí bebiendo. Anduvo por el jardín, con Willie detrás, escuchando a las ranas-árbol que croaban en la noche. A pesar de la ciudad, todavía se podía oler la leña de las hogueras de los nativos. Pero los jóvenes no se dan cuenta de estas cosas. La entrada al bar desde la calle pasaba a través de una cervecería al aire libre oculta por celosías. Bombillas de colores derramaban luces rojas y azules a través de la persiana y las manchas oscuras de la enredadera. Se oían voces sordas en la jerga nativa local y toses de niños pequeños.

—Es para ellos, vamos por aquí —dijo Willie, y él y su padre volvieron a entrar en el hotel y al bar por la puerta interior.

Estaba lleno, desde luego. Manie Swemmer nunca había sido lo que se llama un bebedor, pero para un hombre que vive solo no hay mejor casa que un bar, donde se ve rodeado de hombres. Había negros. Ah, sí, ya era algo. Negros sentados en las mesas y algunos de ellos ni siquiera demasiado limpios o bien vestidos. Parecían chicos de las carreteras, obreros. En el mostrador estaban los blancos, con espaldas anchas y cuellos rojos imposibles de diferenciar; una o dos caras negras sobre camisas blancas al fondo. Las espaldas se separaron para el padre y el hijo como si les esperaran:

—Bueno, ¿qué noticias hay de Thys, chico? —Manie Swemmer se sentía cómodo por fin, apretujado entre la espalda de un hombre que contaba una historia con grandes gestos y el mostrador del bar con su tira metálica como el agua oscura en la Presa de Gisbert.

—Nada. Oh, una chica. Se ha prometido con esa tía buena, Linda Thompson.

—Ya podía haber escrito. Si lo hizo, la carta se habrá perdido. ¡Prometido! Bueno, he escogido el mejor momento, aniversario de la independencia y compromiso de mi hijo. Tenemos algo por lo que beber. ¿Cuándo será la petición?

—Ah, fue más o menos hace diez días. Una fiesta en la casa de la gente de ella, en

Kitwe. No conseguí que nadie me llevara al Cooper Belt ese fin de semana.

—¡Si lo hubiera sabido! ¿Por qué no me mandó Thys un telegrama, hombre? ¡Habría venido antes!

Willie no dijo nada, sólo miraba de soslayo al hombre que estaba junto a él. Manie Swemmer bebió un largo trago de cerveza.

—¡Si hubiera enviado un telegrama, hombre! ¿Por qué no me lo hizo saber? Le dije que iba a venir a mediados de mes. ¿Por qué no me mandó un simple telegrama, por lo menos?

Willie no tenía respuesta. Manie Swemmer apuró la cerveza y pidió otra ronda. Ahora decía suavemente, en *afrikaans*:

—Simplemente ir a correos y mandar un telegrama, ¿eh?

Willie se encogió de hombros. Bebieron. La animación de la otra gente, las voces y las risas alrededor de ellos levantaron el ánimo de Manie Swemmer, le hicieron salir de su ensimismamiento.

—Bueno, iré y veré a la señorita Linda Thompson personalmente dentro de unos pocos días. Kitwe es una bonita ciudad, ¿eh? ¿Qué pasa con la chica, se avergüenza Thys de ella o qué? ¿Es patizamba y bizca? —reía—. Confío en el viejo Thys.

En algún momento, el hombro que presionaba el suyo se había ido sin que él se diera cuenta. Una voz de nativo dijo en un buen inglés:

—Perdone, ¿ha perdido esto? —la mano negra, con uno de esos caros relojes calendario en la muñeca, sostenía un billete de dos rand sudafricanos.

Manie Swemmer empezó a buscar con inquietud en sus bolsillos.

—Tenía un billete, déjeme... Sí, debe ser mío, lo saqué por error para pagar con él... Muchas gracias.

—Es un placer.

Uno de los educados, algunos de ellos incluso han estudiado en universidades de América. E Inglaterra les estaba llenando las manos de dinero. Pueden salir y conseguir la mejor educación, pueden hacerlo mejor que los blancos.

Manie Swemmer le decía estas cosas a Willie, pero en voz muy baja, porque después de todo, no puedes esperar mucha honestidad de un nativo, era preciso estimularla:

—Creía haber guardado todo el dinero cuando cambié la moneda de Zambia en el tren. Dos rand. Bueno, habría sido perder el dinero de un par de cervezas.

—El precio de una buena botella de brandy allí abajo —dijo el negro que vestía una chaqueta de *bush* inmaculada y pantalones impecables.

—¿Ha estado en Sudáfrica? —dijo Manie Swemmer.

—¿Ha oído hablar alguna vez del Fort Haré College? Estuve allí cuatro años. Y solía pasar mis días de fiesta con gente en Germinston. Conozco bien Johannesburgo.

—Bueno, déjeme invitarle a un brandy sudafricano. Venga, hombre. ¿Por qué no?

El hombre negro sonrió e indicó que le acababan de poner delante su botella de cerveza.

—No, no, hombre, esto es para empezar; usted va a tomarse un brandy conmigo, ¿eh?

El enorme cuerpo de Manie Swemmer se inclinó sobre la barra mientras se agitaba para llamar la atención del camarero. Sacudió el brazo del hombre negro y casi tiró el vaso de Willie.

—Lo siento... vamos, allí... dos brandys... Espera un minuto. ¿Tiene Senador? ¿Quieres otra cerveza, Willie? —tal vez el chico quisiera brandy, pero no iba a ser su padre quien le invitase.

—Te va a dar un síncope cuando tengas que pagar.

El tipo negro se divertía mucho. Había sacado un periódico de su maletín y estaba echando una ojeada a los titulares.

—El brandy es caro aquí, ¿eh? Los impuestos y tal. Cuando yo era un mozalbete y estaba en el Cooper Belt teníamos que beber esto para seguir. Brandy y quinina. Una botella valía poco. Así es como aprendí a beber brandy.

—¿Ah, sí? —el hombre negro hablaba con elegancia—. Así que usted conoce este país desde hace mucho tiempo.

Manie Swemmer casi le dio un codazo amistoso.

—Apostaría que lo conozco antes que usted, antes de que usted naciera.

—Estoy seguro, estoy seguro —rieron.

Manie Swemmer miraba con excitación a su hijo y al hombre, pero Willie estaba

mirando a las musarañas Por encima de su cerveza, como de costumbre. El hombre negro —dijo su nombre, pero quién podía quedarse con sus nombres— era algo en el Ministerio de Gobierno Local, y estaba muy interesado en lo que Manie Swemmer pudiera contarle sobre los viejos tiempos; escuchaba con continuas inclinaciones de la barbilla que mostraban que estaba prestando gran atención, un respeto adecuado, si no a un hombre blanco, sí a un hombre tan viejo que podría ser su padre. Todavía podía hablar *afrikaans*. Dijo algunas frases en voz baja, pero Manie Swemmer estaba totalmente seguro de que podía haber mantenido toda una conversación si hubiera querido.

—Me perdonará si no me uno a usted, pero ¿tomará otro brandy? —ofreció el hombre negro—. Tengo una cita —miró el reloj— dentro de menos de media hora, y debo tener la cabeza despejada.

—¡Por supuesto! Usted tiene responsabilidades, yo siempre lo digo, cualquier loco puede aprender a hacer lo que le dicen, pero cuando llega el momento de tomar decisiones, cuando tienes que mirar por ti, o sacas las cosas adelante por ti mismo o... No importa qué o quién seas...

El hombre se había levantado del taburete del bar, con el maletín debajo del brazo.

—Que se divierta en sus vacaciones...

—¡Que le vaya bien! —gritó Manie Swemmer—. Te diré algo, Willie, puede que sea negro como el as de picas, pero es un caballero, ¿eh? Hay que tener una mente abierta, de otro modo no te podrías mover por estos países. ¡Es un caballero!

—Algunos de ellos fingen —dijo Willie—. Ahí les tienes, queriendo mostrar lo educados que son. Lo mejor es no hacer caso.

—¿Cómo se llama ese tipo que estaba hablando conmigo? —preguntó Manie Swemmer al camarero blanco. Quería escribirlo a ver si era capaz de recordarlo cuando lo contase de vuelta a casa. ¿No sabe quién es? Es Thompson Gwebo, uno de los hermanos del viceministro —dijo el camarero.

Cuando se casó, en noviembre pasado, se comieron un buey asado y todo eso en su pueblo, pero el banquete de la boda para la gente del gobierno y los blancos fue aquí. Un pastel de cinco pisos. Unas trescientas personas. La señora Davidson preparó los aperitivos personalmente.

Empezaron a charlar entre interrupciones de los que llamaban al camarero para servir bebidas. Dos o tres cervezas hicieron también efecto en Willie: estaba empezando a hablar; primero hacía uno de sus comentarios, mascullados y entre dientes, que su padre entendía a medias, y luego se extendía, gracias a las preguntas impacientes de Manie, sobre las pequeñeces y fragmentos de una vida, y su padre los unía para entender mejor.

—Ese tipo decía...

—¿Qué tipo, el gerente o tu amigo?

—No, el que te dije, el que tenía que aparecer en la pista...

—¿Qué pista?

—La de coches modificados para carreras. Ahí fue donde ese tipo me pidió que le cambiara las bujías...

En cierto modo era como en los viejos tiempos. Nadie pensaba en volver a casa. No era como en Buks Jacobs, el *pub* vacío a la hora de la cena. Este estaba atestado. Los hombres blancos habían vuelto al bar, pero los negros de las mesas —los obreros— estaban empezando a armar jaleo. Se les unió un grupo de negros con pantalones vaqueros que se comportaban como los blancos que ves en las calles de Johannesburgo o Pretoria. Bullían arriba y abajo entre las mesas, y los obreros, ya muy borrachos se los quitaban de encima: uno levantó su botella y la rompió contra el dorso de las manos de uno de los camareros; hubo un griterío. Un campesino negro con una camiseta que decía «007» se puso a empujar el hombro de Manie Swemmer, con su chaqueta tropical recién estrenada. Manie Swemmer seguía hablando y le ignoraba, pero el camarero se burlaba en inglés: «¡Lo siento!». Lo hizo de nuevo: «¡Lo siento!». La cara negra y borracha, con una pizca blanca en el rabillo de cada ojo, le echaba el aliento. Si hubiera sido un hombre blanco, Manie Swemmer no lo habría aguantado, le habría dado un puñetazo en la nariz. Y en casa, si un nativo... —pero en casa esto no podía pasar; estaba aquí, había venido a echar un vistazo y ya se encontraba en aprietos—. Dios, esos tipos de Egipto no olían precisamente a rosas. Él sabía cómo actuar si tenía que hacerlo.

Entonces otro nativo, con una camisa decente y corbata, se levantó y habló en tono airado, en su propia lengua, con los camareros. Y le dijo al camarero en inglés:

—¿No ve que estos hombres se están pasando? ¿Por qué no les echa?

El camarero encontró la excusa apropiada:

—Esa gente debería estar fuera, en la cervecería —dijo en voz alta—. Vamos. No quiero líos aquí.

Los camareros se separaron del mostrador del bar, pero no salieron. Manie Swemmer no se dio cuenta de que el nativo vestido decentemente se había ido, pero de pronto reapareció, tranquilo y serio, con dos policías negros con guantes blancos.

—¿Cuál es el problema? —uno de ellos metió el hombro junto a Willie para preguntarle al camarero.

—Esos de ahí se están pasando.

Hubo un alboroto; por supuesto, a los nativos se les da muy bien dar voces. Pero los

gamberros negros fueron arrastrados hacia afuera por sus propios policías como un montón de perros callejeros; sin tonterías.

—¡Sin tonterías! —dijo Manie Swemmer, riendo y poniendo la mano en el antebrazo de Willie—. ¿Ves eso? Dios, tienen un cuerpo estupendo, esa pareja. ¡Qué elegantes!

Willie reía sin ganas; su padre estaba hablando muy alto; estaba hablando para todo el local, bromeando con todo el mundo. Por fin empezaron a cenar, debían de ser más de las nueve y media. Había risotadas entre otra gente que estaba cenando y contando chistes. Manie Swemmer empezó a pensar muy seria y claramente y a hablarle con gravedad a Willie acerca de sus posibilidades de irse allí a vivir.

—Tengo todavía un montón de vida por delante. ¿Voy a malgastar el tiempo haciendo dinero para Abel Barend? ¿En Bontebokspruit? ¿Por qué no empezar por mi cuenta otra vez? ¡Este sitio está creciendo!

La ruidosa fiesta abandonó el comedor, y al mismo tiempo él se encontró terriblemente cansado: el viaje, la llegada, la primera ojeada, le habían dejado jadeante, como si hubieran sido un golpe demasiado fuerte en la espalda.

—Vamos a decirnos buenas noches, hijo —dijo y Willie le acompañó a la habitación. Pero la llave no abría la puerta. Willie investigó a la luz de una cerilla—. Está puesta por dentro.

Llamaron suavemente.

—Ahora sí que me han jodido bien —dijo Manie Swemmer—. ¡Ese indio! —Y él que iba a contarle cuantos años hacía que Y. S. Mia tenía una tienda al lado de su granja...

Bajaron a recepción. La pelirroja se mordió la lengua con consternación.

—¿Ha llamado usted?

—¡Casi he echado la puerta abajo! —dijo Manie Swemmer.

—Disculpe. Ya me lo había imaginado —dijo la chica—. Él se puso de lo más alterado cuando volvió y vio la cama plegable y sus cosas. Quiero decir que no sé por qué protestaba, como le dije a él, no es como si hubiéramos puesto un africano con usted, es un hombre blanco. Y él es indio.

—Bueno, ¿qué va a hacer con mi padre? —dijo Willie de pronto.

—¿Qué puedo hacer? —hizo un mohín—. El señor Davidson se ha ido a Kapiiri Mposhi, su madre se ha roto la cadera, a los ochenta y un años. No puedo contar con nadie más para sacar a ese tipo de la habitación. Y si no quiere no tiene por qué contestar a la

puerta.

Manie Swemmer no decía nada. Su hijo esperaba, pero todo lo que podía oír era la lenta respiración de su padre, con pequeños jadeos al aspirar.

—¿Pero qué pasa con mi padre? —repitió Willie.

Ella sacó su libro de nuevo. Esperaron.

—Le diré lo que haremos. Hay una habitación con cuatro camas ahí fuera, en el ala antigua, aún la conservamos. A veces, esa gente entra y no puedes decirles que no. No quieren pagar más de lo que vale una cama para todo el grupo. Estaba reservada, pero ya son más de las once y no ha aparecido nadie, así que creo que usted puede contar con que esté bien...

Manie Swemmer puso su grueso antebrazo y su mano llena de anillos sobre el mostrador de recepción como un cuerpo muerto.

—Mire —dijo—. No protesté por un indio, no dije nada. Pero no me meta con un africano ahora, hombre; llevo muy poco tiempo aquí, deje que me acostumbre. No puede pretender meterme con un nativo de golpe y porrazo.

—Ah, supongo que no pasará nada —dijo ella con su forma efusiva de hablar y su acento inglés—. Yo no me preocuparía si fuera usted. Ya es tarde. Es muy improbable que venga nadie, ¿no cree?

Le llevó a la habitación. Willie fue con él de nuevo. Atravesaron el jardín; el ala antigua estaba igual que en los viejos tiempos. No había alfombra en el pasillo; sus pies se tambaleaban sobre las desigualdades de las baldosas rotas. Cuando Willie le dejó, Manie abrió de un tirón la cama cuyas sábanas tenían mejor aspecto, abrió la ventana, y luego, con mucho esfuerzo, con un gruñido que era casi una risilla, se esforzó por correr el enmohecido cerrojo de la puerta.

LOS COMPAÑEROS DE LIVINGSTONE

Aquella tarde, el ministro de Asuntos Exteriores leía ante la Cámara su informe sobre la visita del presidente a Etiopía, Kenia y Tanzania.

—Quisiera dedicar unos minutos a referirles el espectáculo con que nos encontramos al llegar al aeropuerto —decía en inglés; y mientras colocaba la primera página del informe debajo de la última, preparándose para lo que se avecinaba, Cari Church, en la tribuna de prensa, tensaba y relajaba los músculos de los muslos, con un gesto de resignación—. Es difícil describir el entusiasmo con que recibieron al presidente por dondequiera que pasara. En todas partes, multitudes, inmensas multitudes. Si aquellos que critican la política presidencial y tachan de neocolonialistas las medidas que han servido para traer la paz y la prosperidad a nuestro país...

No había escaños de la oposición, puesto que se trataba de un Estado unipartidista, pero los miembros de la facción disidente dentro del propio partido se derrumbaron en sus sillones con las caras largas, mientras que un profundo murmullo de aprobación se alzaba desde las filas de los partidarios del presidente, que se encontraban justo debajo de Cari Church.

—... quienes tanto se apresuraron a decir que la Política que propugna nuestro presidente se halla en abierta contradicción con las directrices de la OUA, deberían haber visto con sus propios ojos con qué entusiasmo se recibe al presidente en los estados miembros de la OUA, y sé que se lo pensarían dos veces antes de alzar sus protestas. Se darían cuenta de que son ellos los que incurren en una flagrante contradicción, los que no comprenden los problemas panafricanos, los que, en el fondo, desearían ver nuestras cosechas echadas a perder, nuestra gente sin trabajo, nuestros planes de desarrollo estancados —se expandió el asentimiento, crecieron los murmullos de aprobación—, y todo por el gesto vacío del puño en alto —los ocupantes de aquellas dos abarrotadas filas se inclinaron hacia delante, entusiasmados; unos cuantos pares de zapatos relucientes golpearon el suelo—; ellos saben, tan bien como nosotros, que eso no bastará para liberar a los africanos que viven al sur de nuestras fronteras de la supremacía de la raza blanca.

El ministro de Exteriores se volvió hacia el origen del murmullo de aprobación. El presidente no estaba en la Cámara; algunos parlamentarios miraban el reloj (obsequio del Senado de los Estados Unidos), cuya grácil manecilla de cobre chirriaba a cada minuto. El presidente de la Cámara, con su peluca de largos tirabuzones, estaba muy erguido, apoyado en el alto respaldo de su historiado sillón. Su escribano, inmóvil, con el blanco *pompadour*, el lazo de terciopelo y las chorreras de encaje, parte integrante de la investidura de soberanía recibida de manos de los británicos, era un perfecto negro de papel maché surgido del ropero de un traficante de esclavos del siglo XVIII.

El hemiciclo entero estaba recubierto de paneles de maderas nacionales, cuyo aroma las estériles ráfagas del aire acondicionado todavía no habían tenido tiempo de evaporar. Cari Church se había quedado allí por ese frescor, por el apacible perfume de la madera nueva. El peregrino discurso del ministro de Exteriores no era merecedor de que nadie tomara un solo apunte.

Entre la claque del ministro y la del presidente discurría el radiante y olvidadizo diálogo compuesto por las habituales banalidades y las respuestas carentes de rigor «... puedo asegurarles... tenemos plena confianza en que...».

De pronto, el presidente de la Cámara hizo un gesto de disculpa, aunque enérgico, para atraer la atención del ministro.

—Señor ministro, ¿no sería conveniente aplazar la sesión en este punto...?

La claque desfiló con jovialidad hacia la salida del Parlamento. El chambelán apareció en el vestíbulo empujando su barriga sobre los muslos encorvados, con las esbeltas pantorrillas africanas enfundadas en medias de cortesano y los zapatos adornados con hebillas de plata que le ocultaban los pies. Abordado en las escaleras por otro periodista, el ministro rechazó una posible entrevista, aunque con suma amabilidad, y con el mismo tono de voz que había utilizado en la Cámara, como si a alguien se le hubiera olvidado desconectar el sistema de megafonía.

Con la sensación de haber estado sesteando en un cine de sesión continua, Cari Church se topó en la claridad de la tarde con un sombrío pinchazo de dolor en el ojo derecho. El coche que había alquilado estaba aparcado a la sombra del edificio; esos eran los pequeños detalles con los que trataba de cuidarse: calcular el movimiento del sol cuando estaba en países muy calurosos, asegurarse de que la cama del hotel no estuviera húmeda cuando visitaba los países fríos. Bajó hacia las oficinas de la emisora de radio, donde su periódico le había gestionado la posibilidad de utilizar un télex. En el edificio, prematuramente envejecido, aún sin terminar y ya en un estado ruinoso después de tan sólo cinco años, la irregularidad de los suelos de cemento hizo aumentar su sensación de lentitud. Se limitó a echar un vistazo por si hubiera algo para él; el día anterior había enviado un largo artículo sobre el movimiento separatista que agitaba la provincia del Sur, y tal vez hubiese alguna nota de elogio en su casillero. Algo había, en efecto: «real sociedad GEOGRÁFICA CELEBRA CENTENARIO EXPEDICIÓN EN BUSCA DE LIVINGSTONE. STOP. PODRÍA SEGUIR RASTRO ÚLTIMA EXPEDICIÓN. STOP. RECOMENDAMOS LAGOS E INTERIOR. STOP. 3000 PALABRAS. STOP. ESPECIAL DÍA DIECISÉIS. STOP. GRACIAS BARTRAM».

Le entraron ganas de abrir de golpe el despacho del cerdo de Bartram y meterle su Livingstone... las palabras le llenaban la boca, atropellándose unas a otras. «Ah, sí. Church anda por ahí, seguro que se le ocurre algo adecuado. ¿Recuerdas su artículo sobre el “Trono del Pavo Real”?». Ah, sí. Lo habían enviado a Irán para asistir a la coronación del Shahanshah porque creían que era capaz de hacer maravillas con esos articulitos tan irónicos sobre cosas sin importancia. Encima de tener que andar corriendo detrás de los

subsecretarios y los jefes del partido, y conduciendo a través de la selva, con cuarenta grados a la sombra, para echar un vistazo a los campos de arroz plantados por los chinos, a las granjas de cerdos autogestionadas dirigidas por los Cuerpos de Paz, y a los campos de entrenamiento de la guerrilla o de refugiados políticos de países vecinos, oficialmente inexistentes.

Podría poner una conferencia con Londres. ¡Qué impotente sonaría su vocecilla desgañitándose por el radioteléfono! O podía armar un buen jaleo a través del télex; pero pensó, de antemano, en la futilidad de su cautela, su aburrimiento y su exasperación cuando saliera la cinta blanca.

Lentamente, la presión de sus sienes fue remitiendo. Se quedó malhumorado, rumiando su pesadumbre. ¡Ni siquiera se habían dado cuenta de que «los lagos y el interior» estaban más allá de la frontera! En el país vecino. Ni siquiera se habían percatado de ello. El coche volvió a subir trabajosamente la cuesta (tenía el diferencial destrozado) hacia la oficina llena de moscas muertas y carteles de estaciones de esquí donde se sentaba la chica de la agencia de viajes. Había dos días festivos seguidos.

—Le pondré en lista de espera. Seguro que consigue un billete, pero procure estar en el aeropuerto con una hora de antelación.

Llegó antes que nadie. Qué guapa era la negrita del mostrador; le habló en un inglés suave y acentuado.

—Todo va bien. Es usted el primero de la lista; no se preocupe, señor.

—No estoy preocupado, se lo aseguro.

Pero se convirtió en una cuestión de honor, como lo es la obligación de ganar en algún juego estúpido: si uno se toma en serio su deber de ir al aeropuerto, tiene que conseguir salir a toda costa en el vuelo que sea. Miraba a los pasajeros que se apresuraban o remoloneaban con sus equipajes y, pobres diablos, presentaban sus billetes. Trató de atraer la mirada de la chica para ver cómo iba la cosa. No le dio ninguna pista, salvo, una vez, una preciosa sonrisa, cosa que sin duda debía de haber aprendido en su cursillo de seis semanas sobre la eficacia y el comportamiento elementales de una azafata. Por lo general, las chicas no eran guapas en aquella parte de África; las mujeres de Vietnam le habían quitado el gusto por todas las demás. «Tras los pasos de Livingstone, o mujeres del mundo», por nuestro enviado especial. Mentalmente inventaba frases ingeniosas de este tipo, y una foto suya diciendo: «Cari A. Church, corresponsal extranjero, en el bar con aire acondicionado» (cuando preguntaban qué significaba esa inicial intercalada al estilo norteamericano, contestaba que una vez le había dicho a un obispo: «Anti, Su Excelencia^[4]»). Bajo su atención, absurdamente tensa y centrada en quienes se acercaban al mostrador, subyacía el oscuro y lento balanceo del pasado y del presente que rige la autoestima con la que uno se las arregla para ir tirando. Veía de nuevo, tal vez por primera vez desde el momento en que ocurrió, cinco o seis años atrás, una carretera en África en la que encontró mujeres extremadamente hermosas. Ella estaba de pie en la linde del bosque, con una compañera.

Entre los pechos de seda morena tenía una mancha de sol. Un *pagne* pardo y azulado cubría el resto de su cuerpo. En un repentino y espléndido impulso, frenó en seco (aquel coche tenía los frenos destrozados) y le ofreció dinero, pero ella rehusó. ¿Por qué? Las mujeres de aquel país habían estado en venta para el hombre blanco durante generaciones. Ella lo rechazó. ¿Por qué no? En fin, y acabó aceptándolo, ya que venía de una mujer, a las que tanto amaba, en su otra pasión —el deseo inapelable de defender los derechos del individuo, cualquiera que fuese su color o su raza—, no soportaba el menor examen.

Una rubia se acercó al mostrador por segunda o tercera vez; la negrita estaba ahora acompañada por un empleado de las líneas aéreas en mangas de camisa. Consultaron una lista mientras la rubia hablaba sin parar. Entonces, ella se volvió, echando una mirada al ruidoso vestíbulo con la expresión autosuficiente de alguien que quiere exponer sus quejas, y fue a sentarse en el banco donde él esperaba. Entre sus bultos había un cuadro envuelto en papel de estraza que se había rasgado y dejaba ver las fiorituras del marco dorado. Sus finas manos estaban cargadas de anillos, como esos soportes de terciopelo que se ven en las joyerías. Cari Church se había fijado antes en aquella mujer, la tenía archivada en algún rincón de su mente, aunque sólo fuera como uno de los afortunados pasajeros con plaza en aquel avión. Se ha puesto todo lo que tiene, como siempre que viaja; es el modo más seguro de llevar las joyas. Y apuesto a que lleva una bolsa atada a la cintura con la herencia de su último marido. Ella era su cosecha: el corte de pelo a lo paje, deshecho en rizos rubios por el movimiento de los hombros, la boca roja y grande, los tacones altos, el vestido de jovencita estampado de flores. En los permisos, durante la guerra, las chicas de su edad tenían ese mismo aspecto. Pero esta había estado veinte años secándose al sol. Le sonrió; una buena dentadura. Los ojos azules, chillones, de porcelana barata. Ella sabía que sus piernas aún estaban de buen ver, tobillos nerviosos, todo huecos y tendones. El pelo colgaba mortecino y desaliñado. Con cierta ternura por su propio pasado, pensó: es horrorosa.

—Es la segunda vez que me siento aquí a descansar los pies —agitó las pulseras a un ritmo acorde con su desesperación—. El segundo día que me hacen correr. Espero que esta vez valga la pena.

—¿A dónde quiere ir? —preguntó él. Claro que lo sabía antes de que ella contestase. Esperó unos instantes y se acercó otra vez al mostrador.

—Creo que soy el primero de la lista, ¿no? —dijo entre dientes.

El empleado de las líneas aéreas, que seguía al lado de la hermosa negrita, le contestó bruscamente:

—La señora está delante de usted, señor.

Intentó discutir.

—No podemos hacer nada, señor. Viene recomendada por la agencia de la ciudad.

Cari se volvió y se dirigió a su asiento.

—¿Va usted en el mismo vuelo? —preguntó ella.

—Sí.

Sin mirar a la cara a la muy perra, observó, esperanzado, que se acercaba la hora de embarque sin que nadie se aproximase al mostrador. Ella ponía en orden su complejo equipaje de mano, y todavía no contenta con el resultado, volvía a empezar; la rivalidad había dado a cada cual plena conciencia del otro. Faltaban dos minutos para la hora de embarque, la azafata hacía lo posible para no cruzar su mirada con la de Cari, pero, a pesar de eso, él decidió acercarse al mostrador. Ella le contestó alegremente, como libre de toda responsabilidad.

—No parece que vaya a quedar ni una sola plaza libre. Se han presentado todos. Estamos facturando.

La rubia y él se quedaron en tierra. La hostilidad que se había creado entre ambos se fue desvaneciendo según veían entrar a los demás en la zona reservada. Ambos empezaron a hablar a la vez, despotricando contra la organización de las líneas aéreas.

—Imagínese, están esperándome desde hace varios días —dijo ella, alegre y desafiante—. ¡Venir hasta aquí para nada! Estaba convencida de que encontraría una plaza sin el menor problema. En fin, así es la gente en estos tiempos. ¡Dios, si yo dirigiese mi hotel de esta manera...! Simplemente descansar, ¿qué otra cosa podemos hacer? Gracias al cielo, tengo una reserva en firme para mañana.

Una plaza para el día siguiente, ¡eh!; él se desentendió de la conversación y fue a la ventanilla de las reservas. Después de todo, no hubo necesidad de ninguna estrategia; al final también él consiguió una reserva. En el autobús de regreso a la ciudad, ella le invitó a sentarse a su lado. Hay dos tipos de compañeros de viaje: los que hacen preguntas y los que hablan por los codos de sí mismos. Ella se colocó una larga boquilla entre los dientes y citó a su último marido, habló de cómo su hija, «toda una damita», que estaba en un internado para señoritas, se ponía hecha un basilisco con su nuevo marido; dijo que la vida es lo que cada cual hace de ella, y que eso era lo que le recordaba siempre a su hijo; la gente se preguntaba cómo podía uno quedarse ahí arriba, en el lago, a millas de distancia de cualquier lugar; pero ella se entretenía pintando, le interesaba la decoración de interiores, había administrado aquel lugar durante diez años, sola, lo cual era bastante trabajo para una mujer.

—¿En el lago?

—El Hotel de la Bahía de Gough —él vio en el brillo de sus ojos azules que debía de ser famoso, que debería haberlo conocido.

—Dígame, ¿no están por allí cerca las tumbas de los compañeros de Livingstone?

Sus ojos seguían fijos en él, la comisura de los labios se alzaba con aire de despreocupada suficiencia.

—Mis tumbas, querrá usted decir. Están en mi propiedad. A dos minutos del hotel.

Él dejó escapar un murmullo de sorpresa.

—Creía que estaban más al Norte.

—Y no hay riesgo de coger ningún hongo —añadió ella, como quien desmiente un rumor—. Puede hacer esquí acuático, pesca submarina... La gente se lo pasa de maravilla.

—Bueno, tal vez vaya algún día.

—Querido, nunca en mi vida he dejado que nadie se fuera decepcionado. Encontraríamos una habitación como fuese.

A la mañana siguiente la vio nada más llegar al vestíbulo de salidas, con otro vestido floreado que tenía un generoso escote a la espalda.

—Aquí estamos de nuevo —ella distendió las aletas de la nariz en un gesto de falsa resignación, frunciendo sus rojos labios. Él le dedicó una sonrisa de circunstancias y se puso al final de la fila de pasajeros que se estaba formando en el pasillo. Se sentó en la cola del avión y abrió el ejemplar de los últimos *Diarios* de Livingstone que había comprado esa mañana. «Nuestras simpatías están con nuestros humildes valerosos compañeros por una comunidad de intereses y, claro está, de peligros que nos han hecho amigos». Apoyó el libro en las piernas y durmió durante la hora y media del trayecto. Livingstone lo había hecho a pe, en diez meses y determinando su posición por las estrellas. Ese podría ser el inicio de su artículo, Pensó, animando el reconocimiento de los hábitos de su mente como quien se encuentra con el rostro de siempre en el espejo.

La capital del país apenas se distinguía de la que acababa de dejar atrás. Él nuevo Banco nacional, con aire acondicionado y suelos de linóleo, cambiaba la perspectiva de la hilera de tenderetes indios. Detrás de la calle mayor, había un mercadillo que apestaba a pescado en salazón. Alquiló un coche, pidió un mapa al camarero del hotel y al día siguiente se dirigió al «interior», desconfiando —debido a su larga experiencia— tanto del coche como del mapa. Sólo quería localizar algunos lugares y referencias de los *Diarios*, que había empezado a leer y no pudo dejar hasta bien entrada la noche. «Una de las mujeres había escapado; le pregunté cuántas tenía; me dijo que veinte en total: entonces pensé que le quedaban diecinueve, todavía demasiadas. Me contestó con el acostumbrado razonamiento: “Si no tuviera más que una, ¿quién iba a cocinar para los forasteros?”... Con verdadera pena me veo obligado a comunicarte que tu hermano murió ayer a las diez de la mañana... Ninguno de los remedios surtió efecto. El día 20 ya estaba muy grave, pero pudo tomar sopa y clarete con agua varias veces, con avidez... Se oye el fuerte rugido de un león. Por la mañana grazna un pigargo con una voz extraña, en falsete, como si quisiera animar a un amigo que estuviese lejos... Los hombres que hemos contratado se niegan a ir

a Matipa, no tienen perdón... Castigo público a Chirango por haber robado unos abalorios, quince azotes; redujo su cargamento a cuarenta libras... Pasadas cuatro horas avistamos el lago, y vimos gran cantidad de elefantes y otros animales de caza».

Qué agradable habría sido leer los *Diarios* a seis mil millas de allí, en casa, en pleno otoño londinense. Como de costumbre, una vez fuera del circuito que une la capital con otras dos o tres pequeñas poblaciones que existían, había cruces de caminos sin señal alguna, y topónimos que en realidad resultaron ser un almacén general, un bar africano y un surtidor de gasolina de extracción manual, sin nadie que lo atendiera. No estaba tan loco como para haberse olvidado de llevar gasolina de sobra y se le daba bien despertar a los dueños de los bares (que parecían pasarse el día durmiendo). Como si abrir la nevera donde se enfriaban las cervezas y poner el tocadiscos fuesen acciones inseparables —un concepto de la hospitalidad bastante mecánico—, el *jazz* africano resonaba y chisporroteaba mientras bebía una cerveza en un sucio porche. Unos cuantos niños, más polvorientos que las gallinas, se arremolinaron a su alrededor. Cuando se alejó, la música se detuvo a mitad de la canción.

A primera hora de la tarde ya se había perdido. Seguramente el mapa se equivocaba al indicar que la mancha de mosca llamada Moambe era Nuevo Moambe, un lugar completamente diferente y en dirección opuesta al antiguo Moambe, donde Livingstone había levantado un campamento y había hablado con los jefes cuyos descendientes eran ahora políticos activos (otro posible comienzo para su artículo). Antes de emprender viaje, Cari Church había decidido que todo lo que estaba dispuesto a hacer era alquilar un coche, ir a Moambe, pasar no más de dos días allí y escribir un artículo aferrándose al viaje como a un clavo ardiendo para contar lo único de lo que sabía algo: los esfuerzos que se llevaban a cabo en el país para materializar una versión africana del socialismo. Eso era lo único que enviaría al periódico, aparte de la cuenta con los gastos del vuelo, el coche y las cervezas. (Las cervezas las había incluido en el apartado de «Comidas y gastos diversos, 3.10 libras»). No había ninguna razón, desde el punto de vista de Bartram, para que no existiera un Livingstone Hilton por aquellos parajes). Pero cuando descubrió que aquello no era Moambe, que eran más de las tres de la tarde y que avanzaba en dirección equivocada, dio media vuelta bruscamente con la esperanza de volver a la capital. A este paso, lo único que podría enviar era la cuenta de los gastos. Se detuvo a preguntar el camino a todas las personas con las que se cruzó, pero nadie hablaba inglés. Aquellas gentes le sonreían y le daban caprichosas explicaciones llenas de aspavientos. Pasó por la humillación de encontrarse dos veces en el mismo cruce de caminos, donde el mismo anciano permanecía sentado apaciblemente, con dos mujeres que llevaban pescados secos, tiesos como los platos que disecan los chinos. Tomó otra carretera, cualquier carretera, y tras una o dos millas de dudas y obstinación —¿volverse o seguir?— creyó ver un letrero a lo lejos. Esta vez no era un árbol caído. Un descascarillado dedo de madera apuntaba hacia el desvío: DESFILADERO DE LAZITI. BAHÍA DE GOUGH.

El lago.

Estaba a más de cien millas de la capital. Atónito, al comprobar adonde había llegado, analizó su situación, aquí y ahora, en una carretera desierta, en un punto del mapa.

Confiaba encontrar gasolina, un baño y una copa; eso, al menos, parecía tan seguro que ya no hacía falta darle más vueltas. Pero el lago estaba mucho más allá de lo que el letrado daba a entender. El desfiladero le obligó a avanzar en primera, destrozando el motor al rodear las grandes y redondas colinas y las chumberas que asomaban en los barrancos. Este camino sería intransitable en época de lluvias; las piedras arañaban la tapa del cárter al bajar por las empinadas y reseca torrenceras. No se encontró con nadie, no vio ni una choza. Cuando tosía, solo en el coche, tenía la sensación de que el ruido reverberaba en la pétreas caras de la colina como el alarido ahogado de un mandril solitario. El sol empezaba a ocultarse. Pensó que sólo había tenido un buen momento en todo el día: cuando se tomó una cerveza en aquel porche, con los críos que se acercaban a mirarle y a escuchar la música.

En su cansancio se alojó una vieja imagen europea: el espejismo, en el caso de que la carretera no terminase jamás, de uno de esos balnearios típicos del Sur, llenos de sombrillas de colores, y una calle de chalés encalados a orillas del agua, junto a los balandros. Cuando la carretera dejó atrás el desfiladero para internarse en la espesura, llegó ese momento en el que, si estuviera viajando con un compañero, ambos se habrían quedado mudos. Dos, tres millas; el coche avanzó dejando atrás las ruinas de un edificio lleno de arcos, a merced de los ladridos de los perros, un charco de agua estancada tras los arbustos, cobertizos y depósitos de agua, una tosca casa nueva. Un joven en traje de baño, de espaldas al coche, se hallaba ante las escaleras de la entrada, apoyado en la barandilla, quitándose una aleta con la punta de la otra. Mientras daba saltos para guardar el equilibrio, miraba a su alrededor. Los rizos rubios, empapados, le caían sobre la nuca, y sus ojos, de un azul vivido y vacío, eran los de un animal nocturno arrastrado de pronto a la luz del día.

—¿Me podría decir dónde está el hotel?

—Sí, es este —le miró fijamente, saltando a la pata coja.

—Como no hay ninguna señal —dijo Cari Church, con un estúpido aire de complacencia.

—Bueno, es que estamos de reformas —el joven se acercó dejando las aletas apoyadas en la pared y caminando con los pies hacia fuera sobre los escombros.

—¿Quiere que le ayude?

Pero Cari Church sólo llevaba su máquina de escribir portátil y una maleta. Entraron juntos; el joven cargaba con las aletas, dos arpones y unas gafas de bucear.

—¿Ha pescado algo?

—Los más grandes nunca se ponen a tiro.

Su pelo, al agitarse, desprendió una multitud de gotitas. Se le cayeron las gafas, y una aleta manchada de barro golpeó a Cari.

—Vaya, lo siento.

Dejó sus trastos en una mesa del vestíbulo, miró la maleta y la máquina de Cari con los brazos en jarra y respiró hondo:

—No hay forma de saber dónde se meten los chicos. Siempre desaparecen cuando más falta hacen.

—No tengo reserva —dijo Church—, pero supongo que habrá una habitación.

—¿Qué día es hoy? Los fines de semana está completo —tenía húmedas hasta las pestañas. La piel de los pómulos había palidecido.

—Es jueves. Creo haber conocido a alguien en el avión...

—Siga —la cara del joven se tensó con la atención.

—Una señora que dirige un hotel...

—Madama en persona. ¿Sabe usted quién fue a recogerla? ¿Mi padrastro?

Pero Cari no había vuelto a ver a la rubia del aeropuerto desde que habían llegado a la aduana.

—Es lady Jane, sin duda. Claro que todavía no ha aparecido por aquí. ¿Así que ya ha llegado, eh? Bueno, gracias por avisarme. Tiene que firmar, es sólo un momento —y sacó el libro de registros al tiempo que gritaba—: ¡Zelide! ¿Dónde te has metido?

En ese momento apareció una muchacha en biquini que le oprimía los gruesos muslos colorados, y dijo con voz educada, con el hastío de una inglesa provinciana:

—Lo estás mojando todo, Dick. Anda, dame eso...

Murmuraron unas cuantas palabras de modo casi telegráfico.

—¿Y la número 16?

—Creo que un chalé sería mejor.

—Bueno, no sé, es tu trabajo, chica.

Ella dio un grito y un africano descalzo salió de alguna parte para hacerse cargo del equipaje. El joven estaba desarmando el arpón, mojando el mostrador con su espalda empapada. La chica apartó a un lado, pacientemente, todos aquellos chismes.

—¿Quiere que le sirvan el té en la habitación, señor?

—Adivina quién ha venido en el avión con él. Lady Godiva. Así que ya nos podemos ir preparando.

—¡Dickie! ¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

La chica acompañó a Cari, atravesando una terraza, hacia un jardín por el que se distribuían los bungalos y esas cabañas redondas que imitan las chozas de los nativos. Oscurecía muy deprisa, solamente el lago brillaba a la luz del sol poniente. La chica llevaba una camisa anudada bajo el pecho, sobre el biquini, y cuando sacudió su melena castaña, al tiempo que encendía la luz de un feo y pequeño cobertizo que olía a cemento, le sonrió con su cara redonda y encendida.

—Estos chalés están sin estrenar. El sábado podemos trasladarle a otra habitación, pero por el momento esperamos que disfrute de su estancia en esta.

—Me voy mañana por la mañana.

Las mejillas de la chica estaban tan quemadas que parecía que iban a sangrar cada vez que sonreía.

—¡Ah, qué pena! ¿Ni siquiera va a hacer pesca submarina?

—Bueno, no; no he traído equipo —bien podría haber pasado por un niño que, al llegar a una playa, confiesa no tener ni cubo ni pala.

—No se preocupe por eso. Dick tiene de todo. Venga con nosotros por la mañana, después del desayuno, ¿vale?

—Muy bien —dijo Cari, a sabiendas de que para entonces ya se habría ido.

Las sábanas de una de las camas daban fe de que los anteriores ocupantes habían hecho el amor sobre ellas; la otra cama estaba intacta. Church tropezó varias veces mientras buscaba el aseo en la oscuridad. Tuvo que atravesar un patio, pero la luz del aseo no funcionaba. Estaba a punto de volver al edificio principal para pedir una linterna cuando se detuvo en seco al ver el lago que parecía el blanco de unos ojos destacados de un rostro oculto en la oscuridad. Al menos había una toalla. La cogió y bajó al lago sólo con los pantalones puestos, sintiendo, a su paso, el roce de las ramas, la hierba áspera, la tierra removida; le acariciaba una cálida fragancia. Le sorprendieron los chillidos de lo que resultó ser aves acuáticas sobre el lago, que conservaba aún una fina capa de luz divina. Entró lentamente en el agua; el lago pareció tragarse sus tobillos, rodillas, muslos, sexo, cintura, pecho. Estaba frío, como el interior de una boca. De pronto, cientos de pececillos saltaron a su alrededor como lentejuelas en el aire cálido, oscuro, denso.

«... Adjunto un mechón de su cabello; hice sellar sus papeles poco después de su

fallecimiento, y me ocuparé personalmente de hacérselos llegar tal y como los dejó».

Cari aguantó los mosquitos y el bochorno de la noche aferrándose a la seguridad, entre los fragmentados sueños de la duermevela, de que pronto estaría de vuelta en la capital. Pero por la mañana volvió a ver el lago. Se levantó a las cinco para orinar. Vio el agua que se extendía hacia el horizonte desde los brazos abiertos de la bahía. Dos islotes cubiertos de maleza parecían deslizarse por la superficie, que tenía el color de las perlas. Abrió la boca reseca y respiró hondo, a medio camino entre el suspiro y el resoplido. Bajó de nuevo hacia la orilla y, sin molestarse en mirar si había alguien por allí, se quitó el pantalón del pijama y empezó a nadar. Fría. Impersonalmente fría, a esas horas. Al contacto con el agua sintió un agradable escozor en las picaduras de mosquito. Cuando miró, desde dentro, ya no parecía nacarada, sino translúcida, de un verde pálido y suave. Sus pies eran aletas relucientes. Un pez rechoncho y moteado nadaba junto a sus piernas, boqueando. Cari se quedó inmóvil. Entonces hizo algo que hacía cuando tenía siete u ocho años: formó un cuenco con las manos y golpeó el agua, pero el líquido hizo que el movimiento fuera a cámara lenta, y todo, manos, piernas, pez y aquella acuosa solidez, se desplazó un momento y, ondulando lentamente, volvió a ocupar su lugar. El pez regresó. En un árbol seco, detrás de unas rocas cubiertas de guano y corroídas por el agua que había al final de la playa, un águila pescadora sacó la cabeza de entre las alas y graznó a los cuatro vientos; un chillido de respuesta llegó del otro lado del lago y apareció, volando, otra águila. Cari nadó entre las rocas, atravesando bancos de pececillos tan pequeños como insectos, y se subió a una piedra, apenas a un par de metros de las águilas. Ambas llevaban consigo la lejanía de las alturas por las que transitaban, sobre todo en la mirada penetrante de sus ojos enmascarados; nada podría alcanzar su posición; para ellas, él no existía, mientras su mirada abarcaba toda la extensión del lago y la menor señal de vida en su superficie. Volvió a la playa y caminó con la toalla enrollada a la cintura hasta un baobab a cuyo pie un viejo negro, con un brazalete de marfil en cada muñeca, remendaba una red; pero entonces descubrió una burbuja azul en la orilla —un bebé en un moisés vigilado por su madre— y regresó al hotel.

Dejó la maleta preparada sobre la cama y se fue a desayunar. El comedor era un porche cubierto de hierba espesa; ahora, por la mañana, podía ver el lago mientras desayunaba. Estaba buscando monedas en el bolsillo para dejar propina cuando apareció la chica, en su biquini, y llenó un plato de cereales.

—Ah, qué tal, señor. Es usted un pájaro madrugador.

Él la imaginó tumbada, preparada para iniciar una vez más el ritual de embadurnarse y quemarse la piel abrasada. Hablaron un rato. Ella llevaba sólo tres meses en África; había venido de Liverpool guiada por un anuncio que pedía una secretaria-recepcionista en un hotel con maravillosas vistas.

—Más parecen unas vacaciones que un trabajo —dijo él.

—No me haga reír —contestó ella—. Anoche estuvimos ocupados hasta la una y media, cambiando el bar de lugar. Mire, el bar estaba ahí —señaló con la cuchara una pared

en la que había manchas de humedad bajo un cartel en el que una muchacha vestida de campesina, con corpiño de encaje, parecía haber dado a luz por la oreja, al modo de Rabelais, un racimo de uvas. La noche anterior, mientras cenaban Cari se había fijado en las viejas botellas de Chianti, pero no había visto el cartel—. Dickie tiene ideas propias. Además, resulta bastante artístico, ya ve.

El joven subía en ese momento las escaleras del porche gritando hacia la cocina, con los pies llenos de arena y los ojos azules tan abiertos como los del pez que Church había visto en el lago. Llevaba la pesca como si fuera una falda escocesa, atada al cinturón de sus pantalones cortos.

—He estado pensando en los dichosos árboles —dijo al acercarse.

—Cielos. ¿Cuántos quedan?

—Pocos, pero sólo sirven para leña. Espera a que la señora vea los agujeros.

—Oh, magnífico —la chica parecía encantada con los pescados. Él, en cambio, dio una palmada para que no se distrajera.

—A algunas personas habría que leerles la mente —le dijo a Cari—. Si me dijera usted por qué tenía que volver yo aquí le estaría agradecido. Allá, en Rodesia, tenía mi propia orquesta —se desató los pescados del cinturón y se sentó en una silla apartada de la mesa.

—¿Por qué no les decimos a los chicos que los vuelvan a plantar hoy mismo? Podrían haberse secado, con el tiempo que llevan con las raíces al aire, ¿no?

El chico parecía demasiado triste como para hacerle caso. Del pelo le caían gotas sobre los hombros. Ella se inclinó hacia él cariñosamente, zalamera, juntando los pechos con los muslos.

—Si ponemos a dos chicos manos a la obra, ¿lo terminarían para la hora del almuerzo? ¿Dickie? Seguro que a ella le encantaría... ¿Dickie?

—Yo tengo ideas propias. Pero cuando Madame está aquí, las tengo que olvidar. En cuanto comienzo algo, ella decide que quiere otra cosa.

Su mirada se dirigió dos o tres veces a la pared donde había estado el bar. Cari preguntó qué clase de peces eran aquellos. Él no contestó, y la chica quiso animarle.

—Son percas, ¿no, Dickie? Sí, percas. Se las servirán en el almuerzo. Son exquisitas.

—Bah, qué demonios. Vamos. ¿Está listo? —le dijo a Church. La chica se puso en pie de un salto y él le rodeó el cuello con el brazo, revolviéndole el pelo alborotado.

—Claro que está listo. Las aletas negras le irán bien. Los trastos están detrás de la barra —dijo ella de buen humor.

—Pero si ni siquiera tengo traje de baño.

—¿Y qué más da? A mí me importa un comino. Toma, Zelide, esta mañana he estado a punto de perderlo —se quitó de la mano arañada por las rocas una mano de huesos afilados como los tobillos de su madre, un barroco anillo con una piedra oscura, y se lo lanzó a la chica por el aire para que lo cogiera.

—Venga, yo le daré un bañador —dijo ella, y llevó a Cari Church al bar pasando por el mostrador de recepción, deteniéndose para envolver el anillo en un pedazo de tela rosa y guardarlo en la caja registradora.

La idea de ir al lago una vez más era irresistible. Ya tenía la maleta hecha; una o dos horas de retraso no suponían ninguna diferencia. Había practicado la pesca submarina una vez, en Cerdeña, y no esperaba que el fondo del lago pudiera compararse con el del Mediterráneo, aunque si bien faltaba la arquitectura submarina, la pesca podría ser mucho mejor.

El joven se sumergió durante unos minutos y volvió a aparecer entre Church y la chica, su cuerpo de Cristo gótico con el torso hinchado, las gafas dejándole marcas, como cicatrices de un duelo en las blancas mejillas. El agua le caía de los rizos bruñidos sobre los ojos sin hacerle parpadear. Sacaba los peces con destreza, de forma metódica, y la chica los llevaba nadando a la orilla, contenta como un perro al cobrar la caza.

Ni ella ni Cari Church capturaron gran cosa. Y luego Church se alejó por su cuenta, nadando despacio con su bañador prestado que se hinchaba y asomaba a la superficie como una medusa rayada; y allá lejos, cuando ya no prestaba atención a nada sino simplemente miraba los pequeños edificios blancos, los arbustos en flor e incluso el gigantesco baobab recortado por la distancia y por la ilusión óptica de un sólido horizonte de agua al nivel de los ojos, a punto de borrarlo todo, oyó el graznido de un águila pescadora sobre su cabeza; miró hacia arriba, miró hacia abajo y vio tres peces nadando a distintos niveles, como un móvil subacuático. Esta vez disparó el arpón sin pensarlo, y atravesó al más grande.

La chica se alegró con tanta imparcialidad como cuando el joven pescaba un pez de buen tamaño. Ambos subieron a la playa riendo y comentando lo ocurrido, caminando como borrachos por la inmersión. El choque accidental del arenoso muslo de la muchacha contra el suyo le produjo la misma sensación táctil que el contacto con el cuerpo arenoso del pez, que le golpeaba al andar.

El joven estaba sentado en la playa, con la espalda arqueada y las rodillas erguidas. Arengaba, en alguna lengua africana, al viejo pescador de los brazaletes de marfil, que seguía trabajando en sus redes. En el monólogo había pausas dramáticas, subidas de tono que parecían acusadoras, sacudidas de risa. El viejo no decía nada. Era un africano arabizado, procedente del otro extremo del lago, de algún lugar del este de África, y llevaba

un turbante andrajoso; de vez en cuando levantaba los labios ajados y dejaba ver unos dientes renegridos. Tres o cuatro canoas negras habían varado en la playa a lo largo de la mañana; había algunos hombres negros sentados inmóviles a la poca sombra que se podía encontrar. El bebé seguía flotando en su cisne azul bajo la atenta mirada de su madre, que se había puesto unas gafas de sol y un sombrero. Eran las doce en punto del mediodía; Cari Church se rio de sí mismo: qué diferente es la medida del tiempo cuando uno está absorto en algo con lo que no se gana la vida.

—Deben de pesar una libra cada uno —dijo vagamente, refiriéndose a los brazaletes de marfil del negro que seguía remendando sus redes.

—¿Quiere uno? —le ofreció el joven («Mis tumbas», había dicho la mujer, «en mi propiedad»)—. Le convenceré para que se lo venda. Lléveselo a su mujer.

Pero Cari Church no estaba casado, ni ambicionaba ese botín; prefería que todo quedase tal como estaba, en su sitio, a mediodía, junto al lago. En un año, veinte mil esclavos habían pasado, cruzando el lago, por aquel lugar. Traficantes de esclavos, misioneros, funcionarios coloniales, todos habían traído algo y se habían llevado algo. Él se tomaría una cerveza y se iría, sin cambiar nada, sin reclamar nada. Se dirigió al hotel delante de la pareja, que hablaba en voz baja de los problemas del establecimiento, deteniéndose a cada paso para acariciarse. Cuando tocó con los pies descalzos los lisos escalones de la terraza oyó la voz dulce, altisonante, razonable, femenina; vio a uno de los botones salir a todo correr con su chaquetilla sucia, y volvió la espalda rápidamente para llegar a su habitación sin ser advertido. Pero con un perfecto instinto para impedir cualquier tentativa de fuga, ella apareció en el porche, que hacía las veces del comedor, toda de amarillos y azules chillones; el pelo, los ojos, el vestido floreado, una mano enjorjada que, con aire inquisitivo, sostenía un cigarrillo. Inmediatamente, su hijo adelantó a Church de un salto, tiritando a causa de la humedad.

—Vaya por Dios, fíjense en mi chica favorita... mmm... Madame en per-so-na —la levantó del suelo y ella aterrizó algo mareada sobre sus tacones altos, en la mejor tradición de las películas de Fred Astaire con las que tanto ella como Cari Church habían crecido. Su risa pareció recorrerle todo el cuerpo.

—¿Y bien? ¿Qué tal, mi niña? —se abrazaron—. ¿Te has portado bien en la ciudad?

—Dickie, por Dios Santo, es como un *spaniel* —dijo, reclamando a Cari Church como testigo.

Un cálido olor a bebé junto a él (pliegues húmedos y crema) le indicó la presencia de la chica.

—Ah, señora Palmer, estábamos muy preocupados pensando que se había perdido o algo así.

—Querida, tienes muy buen aspecto —sus ojos azules, vacíos e implacables, se

fijaron en el biquini y en la piel lujuriosamente inflamada, como si la mirada del hijo estuviera dirigida por la de la madre. La señora Palmer y la chica se besaron, pero los ojos de la señora Palmer enfocaron como faros la pared donde había estado el bar, sorprendiendo a Cari Church en su bañador prestado.

—¿Qué le parece mi negocio? —le preguntó—. ¿Le gusta? Aunque no hace falta que me diga nada, después de dos meses...

Con las manos en las caderas, ella miraba a la chica campesina y sus contornos embadurnados de crema como si estuviera en una exhibición. Se dio la vuelta en redondo y su hijo la besó en la boca.

—Nos morimos por una cerveza, eso es lo que pasa. Hemos estado fuera desde el desayuno. Zelide, el chico...

—Sí, él sabe que hoy está de servicio en la terraza. En un momento, iré a por...

La señora Palmer le dedicó a la chica una sonrisa cargada de experiencia.

—Querida, cuando una empieza a hacer su trabajo por ellos...

—¡Shadrach! —el hijo hizo bocina con las manos, sacudiendo la placa de identificación que le colgaba de la muñeca para que no le estorbase. La chica se quedó inmóvil, ansiosa y confusa.

—Oh, no importa. Es sólo un minuto —y salió corriendo.

—¿Dónde está ahora el bar, Dickie? —dijo la madre con profundo y educado interés.

—Tengo que ir a vestirme y devolverle el bañador —dijo Cari Church.

—Oh, es todo un cambio. Ya verás. Ahora te puedes mover por el bar. ¿No te parece? —el joven daba la impresión de confirmar un comentario de Church, en lugar de expresar su propia opinión.

—Bueno, yo no sé cómo estaba antes —dijo Cari, intentando emprender la retirada.

Ella se dirigió a él directamente:

—Estaba aquí, en el porche; a la gente le encantaba, por supuesto. Un ambiente de taberna. Dickie nunca ha cruzado el océano.

—Te puedes mover de verdad. Y tienes esas grandes puertas.

Ella dirigió a Church una sonrisa cómplice de adultos, y luego observó, como si

hubiera aceptado con calma, dando por cerrado el asunto:

—Supongo que está en la sala de juegos.

Su hijo se dirigió a Church, compartiendo la locura de las mujeres:

—Nunca fue una sala de juegos, sólo un salón. ¿Se imagina a un puñado de viejos pajarracos sentados en sus sillones en un sitio como este?

—Un salón que iba a decorar de nuevo para convertirlo en una sala de juegos —dijo ella. Le sonrió a su hijo.

La chica regresó, arrastrando los pies bajo el peso de la bandeja mientras subía los escalones que llevaban desde la terraza a medio construir hasta el nuevo bar. Cuando Cari Church fue a ayudarla, ella susurró:

—Menudo espectáculo.

La señora Palmer le dio una calada al cigarrillo y contempló las escaleras.

—Imagine los desastres.

Se reunieron los cuatro en torno a las cervezas. Church se sentó desvalidamente con su bañador prestado, que se arrugaba a medida que se iba secando, y bebió una pinta tras otra, consciente del calor de su cuerpo, del calor del aire y de las voces que se elevaban cada vez más.

—Tengo que irme —dijo; pero el camarero ya había anunciado tres veces que la comida estaba lista; la mejor manera de acabar con la reunión era dejarse llevar a la mesa. Los tres empezaron a comer con los trajes de baño, mientras Madame ocupaba la cabecera haciendo entrechocar sus brazaletes. Church se esforzó en conseguir información para volver a la capital lo más rápidamente posible, y Madame le dijo:

—No hay ningún avión hasta el lunes a las nueve y cuarto, supongo que lo sabe.

—No tengo motivos para dudar de su conocimiento sobre los horarios de vuelo —contestó, y se dio cuenta, por el tono de la frase, de que debía de estar ligeramente borracho, tanto de calor y de agua como de cerveza.

Ella conocía tan bien el juego que bastaba con que alguien apretase una tecla sin querer para que tomase la delantera.

—Ya le dije que nunca decepciono a nadie —exhaló una cortina de humo y asomó entre los pliegues—. ¿Dónde le han puesto?

—Oh, está en uno de los chalés, señora Palmer —dijo la chica—. Por lo menos

hasta mañana.

—Bueno, ya que está aquí, des-can-se —dijo ella—. Si ocurre lo peor, hay una habitación en mi casa —su mirada estaba lejos, sobre el lago, una brillantez centelleante y cegadora con canoas negras como manchas solares, pero dijo—: ¿Qué tal van mis jacarandás? Me han dicho que no hay razón para que se estropeen, Dickie. Lo que tienen que hacer los chicos es cavar una zanja alrededor de cada tronco y llenarla de agua una vez a la semana, hasta arriba, ¿entiendes?

«El efecto del viaje en un hombre que tiene el corazón donde debe tenerlo es que la mente gana mayor confianza en sus posibilidades; consigue llegar a confiar en sus propios recursos —hay una mayor presencia de ánimo—. El cuerpo pronto se encuentra dispuesto para la acción; los músculos de las extremidades se endurecen como madera... el semblante se broncea y no hay dispepsia».

Cari Church durmió durante toda la tarde. Se despertó con la misma sensación de desamparo que había sentido en la comida. Pero sin contrariedad. Esa especie de paréntesis se había presentado en muchos otros viajes —días perdidos en el aeropuerto de Gander a causa de una tormenta, una semana de cuarentena en Aden—. Esta vez, en lugar de la Biblia de Gedeón tenía los *Diarios*. «De sus labios no brotó nada parecido a unas últimas palabras para los supervivientes. Lo enterramos hoy, junto a un gran baobab». No tenía sentido volver a la capital si no podía salir de ella hasta el lunes. Su mente estaba cerrada a la posibilidad de intentar otra vez el viaje a Moambe; esa era otra pequeña regla para la supervivencia: si algo sale mal, deséchalo. Pensó que donde estaba, estaba bien; la sucia y fea habitación tenía tantas posibilidades de «estropear» las águilas y el lago como él cuando se acercó a ellas nadando. Al volver a bajar hacia el lago, vio un pequeño grupo —madre, hijo, recepcionista— de pie en torno a uno de los agujeros para los árboles. Dickie seguía en traje de baño.

Church llevaba las gafas de buceo, las aletas y el arpón; empezó a nadar hacia los islotes cubiertos de maleza —estaban inalcanzablemente lejos—, y los peces, bajo de su cuerpo, eran hojas muertas en el agua. El ángulo del sol al atardecer dejaba desiertos los niveles más profundos del lago, salpicados de motas de materia vegetal y arena, alcanzados por los oblicuos rayos del sol. Un brillo lechoso le rodeaba; extendió las manos como para palpar una muralla; allí abajo, a pesar de la opacidad y la tibieza, estaban la noche y el frío. Salió a la superficie y sintió la luz del día en los párpados. Tumbado en la arena, oyó a las águilas graznar en tierra firme, a sus espaldas, primero encaramadas a un árbol, luego sobre el lago. Un par de martines pescadores revoloteaba como un disco girando por los aires, ascendiendo y descendiendo una y otra vez. Mariposas blanquinegras se alzaban sobre la superficie del agua. El pescador arabizado seguía remendando las redes.

Llegaron del hotel algunos visitantes de fin de semana protegiéndose los ojos del reflejo del sol en el lago; pronto se quedaron quietos, como estatuas partidas por la mitad. Las voces corrían por el agua tras las mariposas. Cuando el sol se hundía en el horizonte, una barcaza despertó de su estupor y se acercó vigorosamente a la playa. Envió un bote para recoger al pescador y todas sus redes. La barcaza se balanceaba lentamente, como un

pájaro exhausto. Los visitantes se agruparon mirando como podrían haber mirado un rescate, un monstruo... cualquier señal que viniese del lago.

Cari Church estaba tendido, con las manos tocando la arena como si fuese un cuerpo cálido; se levantó y se alejó de la gente, dejando atrás el baobab, hasta llegar al final de la playa, donde esta se convertía en un amasijo de cañas y cieno. Se puso los zapatos y volvió tierra adentro entre los arbustos de espinos. Tan pronto le dio la espalda, el lago dejó de existir, al contrario que el mar, que sigue batiendo sus olas en los oídos aunque uno cierre los ojos. Un silencio absoluto. Livingstone podría haber tropezado con el lago sin querer y también podría no haberlo visto. Con la puesta de sol aparecieron los mosquitos. Chocaban con la cara de Church y se quedaban pegados a causa del sudor. El aire sobre el lago era limpio, pero el calor del día colgaba de los arbustos como una telaraña. «Teníamos la esperanza de que su juventud y su fuerte constitución le ayudasen a sobrellevar la enfermedad... pero hacia las seis de la tarde empezó a delirar y ya no dejó de hacerlo. Las fuerzas le abandonaron poco a poco, hasta que expiró en calma... allí descansa con la segura esperanza de una gloriosa Resurrección». Pensó en echar un vistazo a las tumbas, las tumbas de los compañeros de Livingstone, pero las indicaciones que el joven y la chica le habían dado esa misma mañana para encontrarlas eran las de quien conoce tan bien un lugar que no cree que nadie pueda perderse. Un estrecho sendero, dijeron, que sale de la carretera. Church se encontró, en cambio, entre las ruinosas arcadas, cuya blancura, a medida que oscurecía, era cada vez más intensa. Eran unas ruinas extrañas: un sólido complejo de edificaciones, aparentemente en no muy mal estado, que había sido derruido. La clase de demolición que se ve en las ciudades que crecen a toda velocidad, donde se inicia una construcción más grande en cuanto la anterior, sin ser muy antigua, desaparece. El monte bajo se extendía alrededor, hasta el Congo, hasta las latitudes donde comenzaba la selva. Un hormiguero cónico se levantaba a la misma altura de las arcadas, que en sus tiempos debían preceder alguna habitación. Una luna enorme y brillante como el lago apareció entonces, y un calor polvoriento y triste cubrió la completa quietud del momento. Cari Church pensó en las tumbas. Era difícil respirar; tenía que haber sido infernal morir allí, ante aquella concentración de belleza tan insoportable y no compartida con el mundo conocido, mientras la sarrosa lengua del calor lamía la cara.

En torno a la terraza y el hotel, la tierra estaba horadada por las huellas de finos tacones, que resonaban en los suelos por los que todos los demás caminaban descalzos. Las gallinas no dejaban de cacarear y de correr por el constante ir y venir de los botones y el andrajoso grupo de trabajadores, de cuya actividad daban fe los golpes regulares del hacha contra el tronco y el crujido de la pala al hundirse en la tierra. Los agujeros de los árboles habían sido llenados. Dickie se dejó ver con su traje de baño, pero no apareció por la playa. Zelide llevaba una camisa de franela encima del biquini y, cuando los invitados se hubieron sentado para la cena, fue de mesa en mesa, inclinándose para hablar en voz baja con todos, con el pelo estropajoso ocultándole la cara. Cari Church observó que se había puesto crema sobre la piel despellejada de la nariz y las mejillas. En tono confidencial, le dijo ella:

—Esta noche, por ser sábado, habrá una especie de fiesta en la playa. A la señora Palmer le gusta encender una hoguera junto al lago, y comer algo allí, ya sabe. Claro que cenaremos aquí primero. Está usted invitado.

—¿Y mi habitación? —preguntó él.

—Oh, está todo resuelto —la voz de la chica se redujo a un murmullo—. Tenemos una cancelación.

Cuando se acercó al bar en busca de cigarrillos, Church oyó a la madre y al hijo.

—Espera, espera, está todo previsto. Lo taparé con carteles de los mejores grupos, los Stones y los Shadows y gente así.

—Ah, Dickie, cariño, a ver si creces. ¿Quieres que esto parezca la habitación de un quinceañero?

Church se alejó en silencio, recordando que debía de tener un paquete de tabaco en el coche, pero poco después tropezó con Dickie en el aparcamiento. El joven llevaba su equipo de pesca submarina y, evidentemente, se dirigía hacia el lago.

—En menudo follón me he metido por cambiar el bar de sitio sin decírselo a los de las licencias, en la ciudad. Y luego va ella y dice que bajemos el bar a la playa esta noche, así porque sí. Al menos, cuando mi padrastro está aquí sabe cómo frenarla.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé; arreglando algo referente a unas propiedades de mi madre, en la ciudad. Tiene que ver con eso. Él siempre anda encargándose de algún negocio, por ella. Yo tenía mi propia orquesta, incluso llegamos a hacer una gira por Rodesia. En realidad soy solista. Guitarra. Compongo mis propios temas. Quiero decir que lo que toco es original, ¿sabe? Tocaba en salas de fiesta y en lugares así.

—Una vida dura, comparada con esta —dijo Church mirando el arpón.

—Ah, esta está bien, si uno aprende. Yo me he entrenado. Hay que concentrarse, como con la guitarra. Tengo que irme lejos y que no me molesten, ya sabe, muy lejos. A veces llega la inspiración, a veces no. A veces compongo durante toda la noche. Lo que necesito es que me dejen en paz —jugueteaba con una nueva cadena de plata, más gruesa, que llevaba en la muñeca—. Lady Jane, claro. Dios sabe lo que costará. Se gasta una fortuna en regalos. Debería ver lo que le regala a mi hermana cuando viene a casa. Y las cosas que le regalaba a mi padrastro, es decir, antes, cuando no estaban casados. Debe de tener diez pares de gemelos, todos de oro. Yo qué sé.

Se sentó, abrumado por el peso de la generosidad materna. Zelide apareció por entre las bombonas de gas vacías y las botellas de cerveza que había junto a la puerta de la cocina.

—Dickie, no has comido nada. No creo que haya probado alguna vez los peces que captura.

Dickie le apretó la pierna y dijo con voz helada:

—Ahora es el mejor momento. La gente no lo sabe. Desde ahora hasta las tres y media.

—Ah, Dickie, preferiría que comieses algo. Esta noche tienes que tocar.

Church y ella le miraron alejarse por el jardín. El sol y su propio pelo cegaron a Zelide.

—Los dos tienen temperamento artístico, ese es el problema —dijo la chica—. Menuda actuación.

—¿Se arrepiente de haber venido?

—Oh, no. El clima es maravilloso, ¿no le parece?

Abrir al azar los *Diarios* de Livingstone antes de quedarse profundamente dormido se estaba convirtiendo en un hábito para Church. «Ahora que estoy a punto de iniciar otra expedición al corazón de África, me siento pletórico de entusiasmo: cuando uno viaja con el objetivo específico de mejorar las condiciones de vida de los nativos, todos los actos se ennoblecen». Esta vez, el calor de la tarde le llevó a pensar en mujeres, y dejó la siesta porque estaba convencido de que ese tipo de ensoñaciones no eran típicos de la adolescencia, sino —mucho peor— síntoma de que estaba envejeciendo. Empezaba a ser demasiado viejo para pausas como esa, para disfrutar del ocio. Si no pensaba en lo que iba a hacer a continuación, ya no sabía qué hacer. Empezó a pensar en la muerte, en las tumbas que no iba a tomarse la molestia de visitar. Su cuerpo, en cambio, seguía pensando en las mujeres; el cuerpo no había cambiado. Fue él quien le llevó de vuelta al lago, con pasos pesados y vigorosos, enrojecido por el sol hasta donde acababa el vello oscuro del vientre.

El sol estaba alto, hacía una tarde espléndida. En media hora se le escaparon tres peces y empezó a considerar la pesca como un desafío. Cuando buceaba más allá de unos quince o dieciocho pies, los oídos le dolían mucho más que en el mar. Le faltaba entrenamiento, eso era todo. Y las aletas y las gafas que le habían prestado en el hotel no le quedaban demasiado bien. Cada vez que se sumergía, el agua se filtraba en las gafas y tenía que volver a la superficie porque se le metía agua en la nariz. Flotó a la deriva, sin sumergirse ni bucear, dando vueltas en torno a las enormes rocas pulidas como troncos petrificados. Era consciente, como otras muchas veces que hacía pesca submarina, de la gran actividad de su mente en aquel mundo de silencio; ideas e imágenes se entremezclaban en su cabeza mientras su cuerpo se movía a sus anchas, disfrutando a la vez del sol ardiente sobre los hombros y del frescor del agua que le encogía el pene —buena cosa después de tantas noches solitarias, llenas de sueños eróticos.

Entonces vio el pez, bastante profundo, a unos veinte pies más o menos, una silueta amarilla e indiferente que parecía pastar en un bosquecillo de algas muertas. Tomó todo el aire que pudo, se sumergió con toda la potencia y destreza de que fue capaz y disparó. El

milagro volvió a ocurrir. El indolente perfil se convirtió en un frenesí de luz que reflejaba los rayos del sol en una serie de destellos a través del pálido azul del agua, como si estuviera enganchado en la cuerda del arpón, agonizante. Ese momento fue el único milagro experimentado por Church; no se extrañó de que los indígenas africanos creyesen cosa de magia que la flecha alcanzase su presa.

Subió de prisa a la superficie sin apartar los ojos del pez atravesado por el arpón, sintiendo el peso al arrastrarlo y la tensión de la cuerda que los unía. Ocho libras, puede que diez. Ni siquiera Dickie, con todos sus amuletos y sus pulseras de plata, lo habría hecho mejor. Llegó a la superficie, se quitó rápidamente las gafas para que el agua no le molestara y volvió a sumergirse; el pez seguía debatiéndose, trazando incesantes espirales. En ese instante se dio cuenta de que no lo había atravesado; sólo la punta del arpón había penetrado en el cuerpo. Empezó a tirar de la cuerda hacia sí con mucho cuidado; ya tenía el arpón en la mano cuando, con un movimiento lento, el pez partió la punta del arpón en sus narices.

Con sus desesperados, frustrados coletazos, había terminado por desembarazarse del arpón. A Church ya le había ocurrido lo mismo una vez, en el Mediterráneo, y desde entonces tomaba la precaución de tensar la cabeza del arpón. Hoy lo había olvidado. Le invadió la desilusión. Tanto tiempo sin respirar estaba a punto de hacerle reventar como una burbuja. Tuvo que volver a la superficie y soltar el arpón para disponer de ambas manos. El pez desapareció detrás de una roca, con la punta del arpón sobresaliendo a través un halo de entrañas rosadas en el vientre desgarrado; la escopeta flotaba a medio camino entre la superficie y el lecho del lago, anclada por el arpón, que estaba hundido entre las algas muertas.

A pesar de todo, persistía el esplendor de la tarde. Church se tumbó, fumó y bebió la cerveza que le trajo un camarero, con su servilleta a cuestas, corriendo por la arena. Había olvidado que había ido equivocado, ¿qué le había llevado a ese lugar? Estaba allí, al contrario de lo que solía ocurrirle, era consciente de dónde estaba. Era una especie de respuesta al vacío que había sentido en la cama. ¿Habrían experimentado lo mismo los primeros viajeros, esa sensación de que cada día estaba separado del anterior y del siguiente, y de que cada noche tendrían que guiarse por las estrellas?

La señora —lady Jane en persona— había mandado a un chico para recoger las chapas de botella y las colillas de la orilla del lago. Era muy exigente. (Así lo había expresado en el bar la noche anterior: «El problema es que nunca cambiarán, simplemente no saben cuidar de nada»). Esa era la enseñanza que los exploradores habían traído al hombre negro en el equipaje que debía cargar para ellos en su cabeza. Este negro cantaba para sí al trabajar. Si los planes que preparaban en la capital conseguían el respaldo del Banco Mundial y del Fondo para el Desarrollo de las Naciones Unidas y todo lo demás, su vida cambiaría. Fuera lo que fuera lo que le ocurriese, ya no le medirían con el criterio establecido por la gente que le usaba para que recogiera su basura. Church se acordó de las ruinas (había olvidado preguntar lo que eran) —el terrazo y los bloques prefabricados de lady Jane se vendrían abajo con más facilidad que aquello.

Había mandado a lavar una camisa, y aunque la luz de la bombilla le hizo sudar mientras se la ponía para la cena, tuvo la sensación de haberse acostumbrado al calor. También estaba bastante quemado por el sol. La madre del bebé se sentó con un alegre grupo de alemanes con sandalias, al parecer miembros de una misión luterana de los alrededores, y había un grupo de hombres solteros llegados de la capital para practicar la pesca submarina y beber lo más posible, conscientes de ser el alma del hotel. Detuvieron a Zelide cuando pasó a su lado, con los anchos pies embutidos en unos zapatos de salón, el pelo recogido en lo alto de la cabeza y los ojos pintados hasta parecer dos veces más grandes. La chica soportaba su transformación con valentía, sonriendo.

—Vendrás con nosotros a la playa, ¿verdad? —le preguntaron. Ella se dedicó otra vez a hacer la ronda de las mesas.

Los tacones de la señora Palmer bastaron para anunciar su aparición con la autoridad de una bailaora de flamenco. Llevaba un vestido azul sin tirantes y unos zapatos plateados, además de un pequeño bolso dorado poco más grande que un paquete de cigarrillos. Se unió al grupo de los misioneros.

—*¿Wie getht's*, padre, me han echado de menos?

Dickie no apareció. La hoguera de la playa elevaba sus llamas por entre el franchipán.

Church sabía que antes o después le pedirían que se uniera a uno de los grupos, y por una especie de vergüenza causada por el aburrimiento anticipado (la noche anterior se había entablado una de esas conversaciones serias, cargadas de cerveza, acerca del fin del mundo, con comentarios como este: «Dicen que una de las pocas cosas que sobreviven a una explosión atómica son las hormigas. Y es que las hormigas tienen algo especial, ya ven.»), bajó al bar, que estaba vacío, en cuanto terminó de cenar. El pequeño *barman* negro era casi inaudible, creyendo que así disimulaba su casi absoluto desconocimiento del inglés. En los anaqueles había una magnífica provisión de botellas, pero más bien parecían pertenecer a una colección de objetos de arte de la señora Palmer. «Terminado», decía el negrito. Church tuvo que conformarse con una copa de brandy sudafricano. Preguntó si podía comprar un polvoriento paquete de cigarrillos, y la mano del *barman* fue de objeto en objeto de la exposición antes de identificar el solicitado. Church fumaba y tiraba dardos como si fueran piedras cuando apareció Dickie. Llevaba un esmoquin cruzado de satén azul, pantalones con tirillas bordadas y una camisa de encaje; las manos emergían de unos puños festoneados, y con el meñique de la izquierda acariciaba y hacía girar el anillo barroco que llevaba en el anular. Se quedó un momento en la puerta como un caprichoso muñeco de gran tamaño; su madre bien podría haberlo colocado sobre un piano.

—Cielos, qué elegante —dijo Church, y Dickie se contempló un instante, sin mucho interés, como quien reconoce su familiar ropa de trabajo. El pequeño *barman* pareció sentirse halagado por la mirada de Dickie.

—¿Quiere tomar algo?

Dickie esbozó, con cierto esfuerzo, una sonrisa jactanciosa.

—No, gracias, creo que ya he bebido bastante —tenía la misma expresión que su madre cuando Church le preguntó dónde estaba el hotel—. Me he pasado toda la tarde bebiendo. Desde que me llamaron por teléfono.

—Bueno, pues no lo parece —dijo Church. Pero no era el tono más indicado.

Dickie dio rítmicos golpecitos en la barra con la mano del anillo, sin dejar de mirar la piedra.

—Era una llamada desde Bulawayo, y me han contado una historia que alguien se ha tomado el trabajo de ir difundiendo por ahí.

—Muy molesto.

—Puede significar la pérdida de una futura esposa, eso es lo que pasa. Mi novia en Bulawayo. Alguien se ha tomado la molestia de decirle que hay cierta joven aquí en el hotel, conmigo. Alguien no tiene nada mejor que hacer que liar las cosas. Pero esa joven es la recepcionista y secretaria de mi madre, ¿entiende? Trabaja aquí, es una empleada, como yo. Igual que yo soy el gerente.

De país en país y de bar en bar, Church estaba acostumbrado a aceptar las versiones que la gente daba de sus circunstancias, con independencia de los hechos. Él y Dickie contemplaron la imagen de Dickie abrazando a Zelide en el jardín como una evidencia de la corrección de sus relaciones con la secretaria-recepcionista.

—¿No podría explicárselo?

—Normalmente, si estoy deprimido y todo eso, toco la guitarra. Pero sólo he conseguido arañarla. No, no creo que beba más esta noche, ya estoy hasta arriba. La tarde completa.

—¿Por qué no va a Bulawayo?

Dickie cogió los dardos y empezó a tirarlos, en ángulo, desde donde estaba sentado en la barra; mientras hablaba hizo tres plenos.

—Bueno, creo que de todos modos me voy a ir. Aquí me pagan cincuenta al mes. Y con una actuación Puedo ganar veinte por noche, por *una* noche. Tengo un montón de composiciones más y un día, una u otra, ¡bum!, llegará al número uno. Algún día sucederá. Todo lo que escribo lo tengo registrado, ¿sabe? Nadie va a grabar una canción mía sin mi permiso. Ya me he encargado yo de eso. Podría tocarle una docena de temas en los que estoy trabajando, son bastante tristes, ¿sabe?, tipo *folk*, es lo que da dinero ahora. ¿Qué clase de mierda son cincuenta al mes?

—Quiero decir una visita rápida, para arreglar las cosas.

—Ah, alguien se ha dedicado a llenarme la vida de basura, sí —miró a Church como diciendo ¿quieres verlo otra vez?, y plantó otros tres dardos en el centro de la diana—. Si quiere toco uno de mis temas. No espere mucho de mi voz, porque como ya le he dicho me he pasado toda la tarde bebiendo. No tengo la menor intención de tocar para esos de ahí abajo. Van a echar a perder a un artista con esos cincuenta al mes, más les valdría pensárselo dos veces.

Cruzó la puerta dando un traspies y desapareció. Volvió en seguida con una guitarra y se inclinó sobre el instrumento con aire profesional para afinarlo. Luego afianzó la pierna en el travesaño del taburete, echó atrás la cabeza agitando los rizos rubios y dejó escapar una especie de lamento. Se interrumpió: «Estoy hecho polvo, ¿sabe?», y empezó a cantar de nuevo, con voz aguda y nasal.

Era una canción sobre una novia, una huida a caballo y lágrimas que no se pueden ocultar. Church sostuvo su vaso de modo que no se viera que estaba vacío y miró dentro. El *barman* no se había movido, seguía apoyando ambas manos en la barra del bar, y la brillante luz que había sobre su cabeza arrancaba de su frente y su nariz gotas de sudor, como una respuesta conseguida en un interrogatorio. Cuando llegó a la estrofa de la muerte y el último aliento, Dickie dijo:

—Es curioso que esta mañana estuviera a punto de perder mi anillo de compromiso, ¿no? Tal vez ya lo sabía —hizo una pausa y rasgó un par de veces. Empezó la canción desde el principio. Cari Church hizo una seña indicando la botella de brandy. Pero de repente allí estaba la señora Palmer, una reina para la que no había puertas cerradas.

—¡Ah, ten un poco más de agallas! Todo el mundo está preguntando por ti. Ya se lo he dicho, todos sufrimos algún revés en la vida, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues venga, no le anime a sentir pena de sí mismo. Dios mío, si yo me sentara y me echara a llorar cada vez.

Dickie siguió tocando y susurrándose la letra de la canción.

—¿No puede hacer algo con él?

—Venga, vamos a reunimos con los demás, Dickie —dijo Church bebiéndose de un trago el segundo brandy.

—Nunca he decepcionado a nadie —estaba diciendo la señora Palmer—. Pero estos chicos no tienen el menor sentido de la responsabilidad. No sé lo que pasaría si yo no estuviera aquí.

—Bueno, pues quédate con todo. Quédate con los cincuenta al mes y el coche. El lote completo —dijo Dickie.

—Ah, sí, buenos estaríamos si no fuera por mí. Me hubiera encantado dejárselo todo a él, esa era la idea, cuando se casara. Pero lo saben todo desde que nacen, nadie tiene nada que enseñarles.

—Venga, Dickie, qué demonios, sólo una hora.

Lo llevaron entre los dos hasta la playa, donde un puñado de rostros miraba las llamas. Sonaba un tocadiscos y la gente bailaba descalza. No había suficientes mujeres, y los hombres, con pantalones cortos, bebían y hacían el imbécil. A Dickie le dieron una cerveza; hizo unos cuantos comentarios crípticos que nadie escuchó. Alguien paró el tocadiscos y zarandearon a Dickie para que tocara la guitarra. Pero los que ataban bailando volvieron a poner el disco en marcha. Los más viejos entre los solteros opusieron al ritmo de los que bailaban un ritmo propio: Zum-a-zumba, zum-zum-zum. Zelide iba de uno a otro con un plato de salchichas de cóctel requemadas, como cagarrutas de pájaro. ZUM-A-ZUM-BA. ZUM-ZUM-ZUM. La luz de la hoguera era como una cortina de gasa delante de los que bailaban, pero donde Church estaba, cerca de las llamas, las caras eran brillantes, invadidas por sombras grotescas. Lady Jane tenía una botella de ginebra para los dos. El calor del fuego parecía consumir el calor de la noche, y el alcohol que bajaba por su garganta parecía evaporarse, ZUM-A-ZUM-BA. En cierto momento se encontró bailando con ella, que le puso una flor de franchipán en la oreja. Dickie, borracho y sentado en una caja, con las piernas dobladas como las patas de un escarabajo, quería tocar la guitarra, pero nadie le hacía caso. Por el movimiento de su boca, Church se dio cuenta de que estaba cantando la canción acerca de la novia y la huida a caballo, pero el rugido de los solteros la ahogaba: «Sujétalo, guerrero zulú, sujétalo, jefe zulú». De vez en cuando, un leve movimiento sobre el lago les devolvía un tenue y oscuro resplandor, reflejo de la hoguera. El lago estaba a pocos metros, pero mientras avanzaba la noche Church tuvo la sensación de que no conseguiría abrirse paso por entre la barrera que formaban la luz de las llamas y los que bailaban para que el agua le cubriera los tobillos, las manos. Le dijo a ella, poniendo un vaso sobre el otro en la arena:

—¿Había antes otro hotel?

—Se hablaba de ello, pero nadie más ha tomado nunca la iniciativa a la hora de la verdad.

—¿De quién era ese edificio tan bonito que hay entre la maleza?

—Esa no es la idea que yo tengo de un hotel. Mi marido lo construyó en el cuarenta y nueve. Bueno, lo empezó en el cuarenta y nueve, y lo terminó en el cincuenta y dos o cincuenta y tres. Dickie era todavía un niño.

—¿Pero qué pasó? Parece que lo han derruido deliberadamente.

JEFE-UH-EFE-UH-EFE-UH-EFE-EFE. El coro era un melódico rugido.

—¿Qué era?

—... murió —decía ella en ese momento—, ni siquiera pude deshacerme de él. Siempre le dije que era una tontería construir un maldito palacio en este sitio, aquí no encontrarás a la clase de gente que lo puede apreciar. Muy grande, demasiado grande. Sin ambiente, por más que lo intentamos. A la gente le gusta sentirse a gusto, cómoda y libre.

—Me gusta ese porche con columnas, debía de ser precioso —pero a ella se la llevó a rastras uno de los solteros. Zelide daba vueltas con ansiedad—: ¿Está usted a gusto?

Él la sacó a bailar, y ella no le puso mala cara.

—No te preocupes por ellos, son tipos duros. Mira qué ojos —dijo él.

—Si hubiera un sitio a donde ir —dijo ella—. No es como en la ciudad, ni como en casa, ya sabes. No puedes desaparecer sin más. Ah, ahí está ella, santo Dios.

—Ese porche, antes de que lo echaran abajo... —le dijo él a la señora Palmer, pero ella no le hizo caso y le preguntó al mismo tiempo—: ¿Dónde está Dickie? No veo a Dickie.

—No sé dónde demonios está Dickie.

Agarrándose a su brazo lo arrastró por entre los que bebían, los que bailaban y los solteros, los oscuros bultos detrás de la hoguera que se separaron de un salto y le hicieron reír, porque le recordaron a las gallinas del primer día. Lo arrastró a toda prisa por las oscuras terrazas, rumbo a la casa de Dickie, pero la encontraron sobrecogedoramente vacía con los olores del joven a cuero curtido y lana húmeda.

—Le digo que va a hacer algo.

A unos metros de los bungalos y del edificio principal, el monte bajo era el fin del mundo; caminaron hasta el linde y se detuvieron impotentes. Una lámpara daba un halo de luz pálido y roto.

—Se va a matar —jadeó ella. Church temió que se pusiera histérica.

—Venga, venga, no pasa nada —la engatusó para volver a las luces del hotel vacío. Ella se dejó llevar, aunque por una zona que Church no conocía. Había lámparas que daban una luz rosada. Fotografías de ella, vestida de modo parecido a esa misma noche, sonriendo sobre la cabeza de un Dickie todavía niño. Un sofá floreado en el que se sentaron, una mesita con cajas llenas de filigranas y un mechero en forma de lámpara de Aladino, además de cajas de cerillas en las que decía Dorothy.

—Coja unas cuantas —dijo ella, y empezó a meterle cajas en los bolsillos de la chaqueta, tanto en los de fuera como en los interiores—, coja más, tengo cientos —dejó caer la cabeza sobre su hombro y los rizos rubios le cubrieron la cara—. Como su padre. Lo sé. Le digo que lo sé.

—Se habrá ido por ahí —dijo él. Ella olía a Chanel n° 5, el único perfume que era capaz de identificar, porque lo había comprado en el mercado negro de El Cairo para varias chicas durante la guerra. Cuando ella se inclinó sobre él, Church notó que tenía el pecho más caliente que el resto del cuerpo.

—Le digo que sé que hará algo más tarde o más temprano. Lo lleva en la sangre, lo sé.

—No se preocupe, no pasa nada.

Pensó: un acto de caridad. Fuera estaba terriblemente oscuro; la noche entera envolvía el pequeño resplandor de llamas y siluetas, de siluetas como llamas, que se alzaban en llamas, envueltas por la oscuridad, en la playa. Sabía que el lago estaba allí, muy negro, aunque no podía verlo ni oírlo. El lago. El lago. Sintió, sin poder evitarlo, algo que le recordaba el deseo, aunque era más bien un deseo por la fría boca de las aguas cerrándose sobre sus tobillos, rodillas, muslos, sexo. Estaba borracho y no muy despierto, y se sentía incapaz de llegar hasta el lago. Las aguas se convirtieron en una sed insaciable, la sed de la noche, la sed del amanecer, cuando uno no puede ni alargar una mano hacia la fuente.

Cuando se despertó en el chalé fue porque su conciencia identificó un sonido mientras todavía dormía. Dickie estaba tocando la guitarra unas puertas más allá, cantando una y otra vez la canción de la novia y la huida a caballo.

Cuando le preparó la factura por la mañana, Zelide llevaba puesto el biquini. Las líneas de los hombros y los muslos eran llagas de color escarlata; el sol la estaba devorando, pobre e incauta inmigrante. La habían atrapado los solteros y estaba a punto de salir con ellos en su barca.

—Quizá volvamos a vernos alguna vez —dijo.

Y puede que fuera así; suele ocurrir con los oscuros personajes que van dando la vuelta al mundo de un país a otro. En el hotel había un ambiente de convalecencia. En la terraza, las botellas vacías estaban cubiertas de hormigas; abajo, en la playa, unos chicos enterraban las cenizas de la hoguera, alisando los huecos —como hierba aplastada por el ganado cuando se tumba a descansar— donde las parejas habían pasado la noche. Vio a la señora Palmer con una enorme pámela, agitando los brazos morenos delante de un grupo de hombres que, apoyándose en sus herramientas, las aceptaban como aceptaban el sol, las moscas y la lluvia. Dos pares de gafas de sol —las suyas y las de ella— intercambiaron a ciegas sus respectivos reflejos; Zelide estaba de pie entre ambos, entre las ruinas del jardín.

—No olvide visitarnos si vuelve a pasar por aquí.

—Nunca se sabe.

—¡Desde luego, sobre todo con los periodistas! Es probable que dé con sus huesos en el Polo Norte. Pero siempre encontraremos cama para usted. ¿Se ha despedido Dickie?

—Dígale adiós de mi parte, ¿quiere?

Ella le tendió una mano tintineante y cubierta de oro, y él vio (como si se tratara de una nueva arruga en su propia cara) cómo se le arrugaba la fina y bronceada piel del antebrazo.

—Feliz vuelo —dijo ella.

Zelide le vio alejarse en el coche:

—¿No se olvida de nada? Le sorprendería saber la cantidad de cosas que se olvida la gente, la verdad es que ya no sé qué hacer con tanto trasto —sonrió y su estómago sobresalió entre el biquini; tenía una especie de espíritu pionero, el instinto de supervivencia propio de su clase y de su época.

Pasadas las gallinas, los depósitos de agua y los cobertizos, y las ardientes y silenciosas arcadas del hotel derruido, el coche avanzó dando tumbos por la carretera. De pronto, Church vio el sendero, el sendero que no había podido encontrar el otro día, el que llevaba a las tumbas de los compañeros de Livingstone. Estaba justo donde Dickie y Zelide le habían dicho. Ya lo había dejado atrás cuando se dio cuenta, pero de repente le pareció absurdo marcharse sin echar un vistazo, después de haber estado allí tres días. Detuvo el coche y regresó andando. Tomó el estrecho sendero invadido por las zarzas, y empezó a subir la colina entre árboles demasiado bajos y con un follaje demasiado escaso como para dar sombra. La tierra estaba desnuda por la sequedad de la estación. Las moscas se le posaron en los hombros. Le molestaba el ruido de su falta de aliento; y entonces, allí donde la ladera de la colina se veía cortada por una empinada pared, vio las tumbas de espaldas a la roca. Las cinco lápidas de la comisión de monumentos estaban coronadas por una cruz de hierro dentro de un círculo. Los nombres y las fechas de nacimiento y muerte —todos muertos en el último cuarto del siglo XIX— estaban grabados en el granito. Unos metros más allá, pero alineada con el resto, había otra tumba. Cari Church se acercó para leer la inscripción: «En memoria de Richard Alastair Macnab, amante esposo de Dorothy y padre de Richard y Heather, fallecido en 1957». Todos aquellos compañeros muertos miraban atrás, hacia el lago, el lago que Cari Church (que ahora volvió la cabeza como ellos) había tenido silencioso a su espalda durante toda la subida; el lago que, desde aquí, parecía extenderse hasta mucho más allá de lo que uno suponía desde el hotel o la orilla: se extendía —desde ahí arriba— hasta donde alcanzaba la vista, quieto y resplandeciente, cubriendo un buen trecho de África.

UN INTRUSO

Alguien le había traído; estaba sentada, observando al resto de la bulliciosa fiesta en el *night-club*, como un matojo entre árboles. Él era uno de ellos, no había fiesta sin su presencia, pero bajo el fuego cruzado de los chistes privados, las anécdotas y las bebidas, la acaparó desde el principio con la quietud de una delicadeza y una ternura incluso más íntimas:

—El humo tostará esas orejitas como si fueran pétalos de gardenia.

Ella bebía cualquier cosa que no tuviese alcohol. Él la tomó de la mano, una mano cálida, que sostenía un vaso de limonada.

—Déme un poco de agua —pidió al camarero, y metió su pañuelo doblado entre los cubos de hielo, lo estrujó y lo pasó húmedo, como labios fríos, por el interior de las muñecas de ella.

No era muy dada a reírse sin motivo, pese a su extremada juventud, y contestaba con una sonrisa a las estúpidas risitas que los hombres le dedicaban sin que ella supiera por qué. Cuando uno de ellos la invitó a bailar, él le dijo con seriedad: «Por el amor de Dios, no le eches tu maldito aliento a brandy, Cari, que se nos va a marchitar».

Él mismo la condujo al resguardo de su bullicioso grupo de amistades, la rodeó con sus brazos, y su atractivo rostro quedó pegado al de ella, de modo que sus ojos la miraban desde arriba con la confianza restablecida, mientras el estrépito del *busuqui* y la percusión resonaban al margen de la conversación, a través de los huesos y la carne, con un ritmo que parecía bombear un solo corazón a punto de estallar.

Él se encontraba entonces entre dos matrimonios (el segundo o tercero acababa de romperse; nadie sabía a ciencia cierta cuál) y ese era siempre un gran momento para él. Seago ha vuelto a la circulación, decían; lo cual significaba que otra vez volvía a descubrir su mismo antiguo mundo, como si fuera nuevo. Pero al mismo tiempo que se dedicaba a realzar las fiestas con su presencia, a las diversiones de fin de semana aquí y allá, a andar de bar en bar, estaba ya diciéndole a la madre de ella, sentado en el jardín ante una taza de café: «Mira a la madre y verás lo que vas a tener en la hija. Soy un hombre afortunado».

Marie y su madre no podían por menos que reír, al tiempo que descubrían una sensación ligeramente excitante y mundana. Su frágil pequeño tití —como él la llamaba— era tan sólo una niña; eran madre e hija, el tipo de pareja con el que no podría imaginarse un padre; ni siquiera era posible imaginar entre ellas el recuerdo de una presencia paterna, ni una diferencia ni un gesto que no compartieran. La señora Clegg venía ganándose la vida de las dos haciendo dibujos a pastel en tonos muy pálidos, para los niños de la sociedad

hípica, y dibujos a pastel en tonos muy oscuros, de mujeres africanas, para las tiendas de turistas. Era una artista y, por consiguiente, no debía ser demasiado convencional: sabía que James Seago había estado casado antes, pero era tan atractivo —tan caballeroso y considerado para con Marie y con ella, y tan diferente de los muchachos de la misma edad de Marie, los cuales ni siquiera se tomaban la molestia de abrirle la puerta del coche a una señora—, que sin duda había algo conmovedor en ese hombre, cuyo lugar estaba en una cena de gala con la sociedad elegante; era evidente que apreciaba la delicadeza de la chica.

—¿No le importa si la llevo con los gamberros de mis amigotes? ¿Me dejará cuidar de ella?

Viendo en aquella cara un candor y una inteligencia casi melancólica, ¿quién podría creer que fuese cierta su «reputación» con las mujeres? Fue a buscar a Marie noche tras noche en su viejo Lancia de color negro. Su rostro blanco y sonrosado y sus ojos vivos borraban la imagen del hombre del que le habían hablado a su madre, pura invención de chismorreos. Era... no, no como un hijo para ella, sino un igual. Cuando decía algo agradable, no estaba simplemente siendo amable con una señora mayor. Y su fotografía aparecía a menudo en las páginas de sociedad.

En los *night-clubs* y restaurantes que le gustaba frecuentar, bebía botella tras botella de vino con los amigos y contaba sus chistes, acariciando en todo momento a Marie como si fuera un gatito. A veces incluso se empeñaba en tenerla sentada en sus rodillas. Ella hablaba poco, y cuando lo hacía era para expresar en voz baja cosas razonables que provocaban unos breves segundos de cortés atención antes de que las voces estallaran de nuevo. Pero cuando estaba sentada en sus rodillas no despegaba los labios, porque mientras él gesticulaba, hablaba, respondía a todas las voces y músicas y movimientos del local, ella percibía su voz a través del pecho en vez de oírla, y se sentía llena, como un niño conteniendo los ímpetus de un aterrador deseo sexual. Él nunca lo supo, y cuando le hacía el amor —en su cama, por las tardes, ya que guardaba las noches para sus amigos— ella se mostraba tan tímida y envarada como si su cuerpo nunca hubiese sentido la calidez del deseo. Él tenía que lisonjearla: «Mi pequeño tití, mi naricita de conejo, muñequita, aprenderás a disfrutar, ya verás...». Y con el tiempo, utilizando siempre las mismas palabras sencillas con que se persuade a un animalito asustado para que beba un plato de leche, él le enseñaba a hacer todas aquellas extrañas cosas que ella nunca hubiera sospechado que fueran hacer el amor, y que a él parecían producirle tanto placer. Después irían a casa y tomarían el té con su madre en el jardín.

Con su habitual candor de clase alta decía constantemente que no tenía un céntimo, pero eso, al igual que su reputación de mujeriego, no se correspondía con su manera de vivir, tal como la conocían Marie y su madre. Tenía dinero suficiente para los lujos de una vida de soltero, si no para las necesidades. Estaba su viejo pero elegante Lancia, y siempre había billetes en su carísima cartera de piel de cocodrilo (con una dedicatoria grabada en plata, de una de sus anteriores esposas, en el interior) para pagar a los gerentes de los hoteles y a los dueños de los restaurantes con los que se mostraba tan amable, aunque vivía en una habitación miserable en una vieja casa de aspecto abandonado, alquilada por una pareja con la que tenía una íntima amistad. Su acento de escuela privada inglesa le

proporcionaba un buen número de trabajos imprecisos en el ámbito de los influyentes grupos de negocios, donde los expertos de rudo acento se sentían torpes para las relaciones públicas por sus tartamudeos sudafricanos. Esos trabajos nunca duraban mucho. Soltero y en paro, después de muchas mujeres y muchos trabajos, parecía ser, sin embargo, uno de esos hombres deseables que en esta vida pueden conseguir cualquier cosa que se les antoje siempre que de veras valga la pena.

Marie se cepillaba seriamente su oscuro cabello en los lavabos de señoras de los *night-clubs*, donde las viejas encargadas vigilaban junto a su platillo con monedas, mientras se preguntaba qué diría su madre cuando se enterase de lo de sus tardes en la habitación de James. Pero antes de que tal cosa pudiese suceder, un día, en el jardín, sin que ella le oyese, él le dijo a su madre: «¿Sabe usted? He estado haciendo el amor con ella, sé que ni por asomo debería... Pero estamos preparados para casarnos muy pronto. Tal vez el próximo año».

Él seguía a Marie con la mirada, cuando ella paseaba por la casa, con el aire melancólico y cariñoso con que se contempla a un niño todavía en la edad de crecer. La señora Clegg sintió la irresistible tentación de dar por sentada la existencia de dicha libertad sexual casi sin preguntárselo: después de todo, era una artista, y no un ama de casa burguesa. Decidió una vez más que su franqueza era cariñosamente admirable; él no era de piedra, Marie era preciosa, ¿qué otra cosa cabía esperar?

La boda fue aplazada en distintas ocasiones —él tenía asuntos pendientes para recuperar los muebles que seguía conservando su ex esposa, y luego hubo un trabajo relacionado con una compañía de minas de diamantes en Angola que no llegó a cuajar—. Al fin, llegó simplemente una mañana con la licencia y se casaron sin que Marie y su madre pudiesen ir a la peluquería y sin avisar a algunos amigos. Aquella noche hubo una sorpresa para la recién desposada: al parecer, dos de sus mejores amigos llegaban de visita desde Inglaterra, y todos los viejos compañeros fueron a recibirles al aeropuerto y de allí salieron derechos a su *night-club* favorito, precisamente el mismo lugar donde, accidentalmente, él y Marie se conocieron. Convencieron al músico del *busuqui* para que siguiera tocando hasta las cinco de la mañana, y luego se fueron a casa de alguien, donde corrió el champán hasta que empezó a clarear y entró el criado con el recogedor y la escoba. Marie no bebió nada y se retocaba el maquillaje cada hora; aunque pálida, al final de la noche permanecía tan fresca y circunspecta, entre caras hinchadas y ojos vidriosos, como al principio. Él durmió todo el día siguiente y ella se quedó tranquilamente tumbada a su lado en la habitación de la vieja casa, observando el sol que atravesaba las cortinas primero de una ventana y luego de la siguiente. Pero nadie vendría; él y ella estaban solos y juntos.

Encontraron un piso, no muy agradable, pero era una solución provisional. Además era barato. A él le divertían mucho sus inconvenientes y era tan divertido tener que disputarse todas las mañanas el hueco totalmente oscuro del cuarto de baño que, después del desánimo de su primera visión del lugar, ella dejó de fijarse en las cosas que tanto le desagradaban —la falsa chimenea de mármol y los cerrojos antirrobo en todas las ventanas—. «¿De qué tiene tanto miedo esta gente?». Su naricita se puso rígida en un gesto de desprecio.

—Ángel... tu mundo es tan de color de rosa y sabor de caramelo... hay mujeres rancias con moho entre sus pechos que no se atreven a abrirle la puerta a la gente.

Ella puso visillos alegres por todas partes, y andaba por la casa vestida con batas cortas de algodón que olían a recién planchadas. Consiguió un trabajo de media jornada y ahorró para comprarse una mesa y seis sillas de álamo claro sin barnizar y un sari de seda de color rosa para hacerle una funda al diván.

—Malditos abogados, que se pasan el día perdiendo el tiempo. ¿Cuándo conseguiré que esa zorra pecosa me devuelva mis muebles? —decía él. La esposa anterior a la última, una católica, era nombrada como «Mary la maldita, Nuestra Señora de las Peonías de Plástico», porque, al recordarla, lo que realmente no podía soportar de ella era la costumbre que tenía de poner flores artificiales en la mesa, adornándolas con hojas verdaderas. Parecía haberse separado de todas aquellas mujeres en las peores condiciones, y rechazaba su relación con ellas, una buena parte de su vida, como si se tratase de una serie de bromas grotescas.

—¿Qué mote crees que me pondrás cuando nos divorciemos?

«Tú...». Tomó la cabeza de Marie entre sus manos y alisó el cabello de sus sienes, besándola como si probase con sus labios la suavidad de una pieza de terciopelo. «Qué podría llamarte nadie». Cuando la soltó ella dijo, subiéndosele el color desde las pequeñas clavículas hasta sus ojos negros, todo pupila: «Tetas dulces de golfilla». El vocabulario era genuinamente de él aunque saliera de la suave y susurrante voz de ella. Estaba encantado, la alzó del suelo y la llevó dando vueltas por toda la habitación.

—¡Muñequitaquinceañera! ¡Mi ángel-tití! ¡Tendré que lavarte la boca con agua y jabón!

Continuaron pasando un montón de tiempo en los *night-clubs* y en sitios de copas. Algunas veces, a las once de la noche, entre semana, cuando las luces se apagaban en los dormitorios de todo el barrio, él cogía su viejo Lancia y rugiendo en la oscuridad conducía hasta la casa de alguien, y mientras Marie esperaba en el coche, se ponía a tirar chinitas a una ventana hasta que sus amigos aparecían y conseguía persuadirles para que se vistieran y salieran. Él y sus amigos eran bien conocidos en los lugares a los que iban y estaban hasta que los echaban. Manolis o Giovanni, el dueño griego o italiano, se sentaban al fondo en la oscuridad, con la mirada perdida por la fatiga que enmarcaba sus ojos como un rasgo natural, y observaban a esas gentes que les proporcionaban un buen negocio y no se iban a la cama: esos sudafricanos que no sabían comportarse. En algunas ocasiones, ella y el propietario, por cuya sangre corría la memoria de los placeres dionisiacos, eran los únicos espectadores que quedaban. James, su marido, nunca daba la sensación de estar borracho durante aquellas sesiones, pero al día siguiente no recordaba nada de lo que había dicho o hecho la noche anterior. Ella se daba cuenta, sentada en sus rodillas mientras le murmuraba palabras de amor al oído por debajo de la conversación, de que también él perdía la consciencia de todo. Pero había visto envidia en las expresiones de las otras mujeres que lanzaban indirectas referentes a que no les gustaría semejante exhibición de afecto.

Había personas que parecían conocerle y que él no recordaba en absoluto; un día, se le acercó un hombre cuando salían del coche, en la ciudad, y le puso una mano en el hombro: «James...». Él miró al hombre de arriba abajo, de forma cortante y distraída, con la sonrisa paciente de quien es abordado por un extraño.

—James... ¿Qué ocurre? Soy Colin.

—Mira, viejo, lo siento pero estoy ocupado.

—Soy Colin, Colin. El Golden Horn Inn, Basutoland.

Él continuó escudriñando aquella cara como si fuese la de un gracioso lunático, mientras la expresión del hombre iba cambiando paulatinamente hacia una sonrisa extraña y picara.

—Ah, ya veo. Bien, de acuerdo, James.

Ella supuso que habrían estado tomando copas alguna vez.

A veces ella se preguntaba si no habría estado así de loco por esas otras mujeres, sus esposas, como lo estaba por ella, y no lo recordaba: había olvidado otras noches locas por el efecto del vino, que lo borraba todo. Pero eso no era posible; ella saboreaba el leve pellizco de los celos que descubría en sí misma con aquel pensamiento. Iba a tener un bebé, y él nunca tuvo un hijo con ninguna otra.

—¿No tendrás algún hijo por ahí? —le decía ella.

—¿Engendrado en esos esperpentos? ¿Estás loca?

Para ella no había palabras soeces; le decía a su madre: «¿No le parece demasiado un hijo? Si es una criatura». La besaba y la mimaba más que nunca, los signos de su feminidad le entristecían y le deleitaban como si fueran precoces.

Ella no le dijo nada sobre qué pasaría después de que el bebé naciera, de un apartamento más grande —¿quizá una casita con jardín?—, ni dónde secar los pañales, ni que no podían dejar solo a un bebé por las noches. En el intervalo, tuvieron una buena época, como antes.

Y entonces, una noche —o mejor dicho, una madrugada— ocurrió algo terrible que de repente hizo posible hablarle de mudanzas, pañales, y del bebé como una criatura con necesidades en vez de como un milagro de su cuerpo. Habían estado en el Giovanni hasta la madrugada, como de costumbre, celebrando algo. Ella había conducido el coche hasta casa y ambos habían caído en la cama como muertos —él por la bebida y ella por el agotamiento.

El embarazo le daba hambre y se levantó a las ocho en punto con las campanadas de

la iglesia. Era domingo por la mañana, y se deslizó de la cama para ir a la cocina. Tropezó con una silla atravesada en el pasillo, pero en su somnolencia aquello no tenía más significado que el de un obstáculo, y cuando llegó a la cocina se quedó profundamente perpleja, como si hubiera llegado a un lugar en sueños y quisiera despertar para volver a lo familiar.

Porque la cocina era un puro destrozo: la harina había sido derramada, el almíbar arrojado a las paredes, el detergente, la leche, el cacao, el aceite para las ensaladas estaban vertidos por todas partes. Habían hecho trizas los visillos. Comenzó a temblar; y de repente corrió hacia el dormitorio dando traspiés.

Él estaba profundamente dormido, como lo había estado ella, tranquilamente, como lo habían estado ambos mientras esa Cosa ocurrió. Mientras Alguien. Algo. En el piso con ellos.

«James», chilló roncamente, casi sin voz, y se lanzó sobre él. Su cabeza salió de debajo de su brazo, la barba crecida en su rostro sonrosado; le frunció el ceño por un momento, y luego la abrazó con una especie de terror y ternura. «Tití. Conejito». Ella escondió su cabeza en el calor del sueño entre su cuello y su hombro y gesticuló furiosamente señalando hacia la puerta.

—¡Por Dios! ¿Qué ocurre?

—¡La cocina! ¡La cocina!

James hizo un esfuerzo por levantarse.

—No vayas.

—Cariño, cuéntame, ¿qué ha pasado?

Ella no le permitía que la dejara. Él le puso las manos alrededor del vientre, duro como una piedra, mientras ella trataba de controlar su respiración agitada. Luego entraron juntos en las otras habitaciones del piso, la cocina, el cuarto de estar y en aquella especie de cueva oscura que era el baño, los pies desnudos de ella crispándose con repugnancia, como los de un gato, en cada paso. «Mira». Estaban en la puerta de la cocina. Pero en el cuarto de estar dijo: «¿Qué es esto?». Ninguno de los dos habló. En cada uno de los tres cojines del sofá había un pequeño montón, una especie de ofrenda. Uno era una baba de pomada anticonceptiva con cabellos —de ella— que debía haber sido sacada de la papelera del lavabo; la otra era pasta de dientes y hojas de afeitar; la tercera era una mucosa de materia vegetal medio podrida —mondas, hojas de té, posos—, los intestinos del cubo de la basura.

En el baño había más horrores; los cosméticos estaban desparramados y la ropa interior que ella había dejado allí estaba colocada en un obscuro *collage* con objetos de higiene. Dos de sus bonitas batas de algodón se encontraban en la bañera con una botella de licor vaciada sobre ellas. De nuevo fueron de habitación en habitación, en silencio, pero el

desorden hablaba secretamente, en medio del caos había un código de escarnio, una lógica sin sentido que era al mismo tiempo reconocible, como un objeto común vuelto del revés, irreconocible pero en el que queda algo familiar. Había algo relacionado sólo con ellos en esa disposición desquiciada de objetos y sustancias dispares; eran, después de todo, los componentes de su vida cotidiana y sus símbolos. Era horrible; horriblemente familiar, aun cuando estuvieran perplejos y espantados.

—Este piso. La luz tiene que estar todo el día encendida en el baño. No hay balcón en la habitación donde dormirá el niño. La ropa lavada no se seca nunca. No he sido capaz de hacer desaparecer las cucarachas de la cocina, les eche lo que les eche.

—De acuerdo, ángel mío, pobre ángel.

—No podemos vivir aquí. No es lugar para un bebé.

Él quiso telefonar a la policía, pero a ella no se le ocurría una explicación racional para lo que había sucedido: un intruso perverso y malicioso que había garabateado su desprecio sobre los apasionados ritos de su intimidad, había llenado de porquería su agradable y sencilla vida y hecho jirones la funda de seda rosa y los visillos blancos. Para ella, la maldad había salido de las paredes como las cucarachas lo hacían en la cocina.

Hasta que no pasaron varios días y ella se calmó —encontraron otro piso—, lo extraordinario del asunto no empezó a tener algún significado para ella: ella y James habían recorrido juntos el piso aquella mañana, y no había una puerta ni una ventana por donde pudiera haber entrado alguien. Ningún cristal estaba roto y, en cualquier caso, allí seguía aquel feto antirrobo. Solamente había una puerta de entrada y ella se había ocupado de cerrarla cuando llegaron a casa, poniendo la llave, como de costumbre, sobre la mesilla; si alguien se las había ingeniado de algún modo para coger la llave, ¿cómo podía haber vuelto a ponerla en la mesilla cuando se fue, y cómo es que estaba echado el cerrojo por dentro? Pero más que cómo entró el intruso, ¿por qué lo hizo? No había robado ni un céntimo, ni prenda alguna.

Lo discutieron una y otra vez, y él decía:

—Debe haber una explicación, algo tan simple que hayamos pasado por alto. Desde luego, no han sido fenómenos paranormales. ¿Estás segura de que no había alguien escondido en el apartamento cuando entramos en casa, títí? ¿Entramos en la sala de estar antes de meternos en la cama? —y es que, claro está, él no recordaba nada hasta el momento de haber despertado, hasta darse cuenta que ella se le había echado encima aterrada.

—No, ya te lo dije. Entré en la sala de estar para coger una botella de zumo de lima, entré en todas las habitaciones —repetía ella con su suave, lenta y razonable voz; y en ese momento, mientras hablaba, empezó a darse cuenta de cuáles eran las otras cosas que él nunca recordaría, algo tan simple que ella lo había pasado por alto.

Se quedó allí, pálida, casi fantasmal, como esos miserables monos amaestrados tiritando en un clima frío. Pero ella iba a tener un hijo —sí, mirándole, ella maduró entonces, de repente, como dicen de alguna gente a la que se le pone el pelo blanco en una sola noche.

CASA ABIERTA

Francés Taver figuraba en el circuito secreto para la gente que quería descubrir la verdad sobre Sudáfrica. Los periodistas, políticos y religiosos que iban de visita tenían un itinerario que les habían preparado sus representantes consulares y los servicios de información de ultramar, o eran dirigidos por una «fundación» de negocios sudafricanos deseosa de mejorar la imagen del país, hasta el propio Servicio de Información del Estado Sudafricano los llevaban a los municipios negros ejemplares, las universidades y las cervecerías. Pero todos ellos llevaban escondido entre lo más privado de sus papeles privados (los más nerviosos recurrían incluso a tenerla en clave) la breve lista de quienes les descubrirían los horrores: las personas que había que ver. Unos cuantos tenían nombres que aparecían en los periódicos del mundo entero como opositores particularmente decididos o víctimas del *apartheid*: un misionero, un par de abogados, un escritor, un editor de periódicos, un obispo sin pelos en la lengua; a otros se les conocía únicamente dentro del país, y los visitantes sólo tenían noticias de ellos por otros visitantes con acceso a la pequeña lista. La mayor parte de los nombres eran de blancos —lo cual resultaba un tanto frustrante cuando lo que se quería conocer era la realidad—; pero en Londres o en Nueva

York se decía que era posible encontrarse con los verdaderos africanos siempre que uno se relacionase con los blancos adecuados.

Francés era uno de ellos. Lo era desde hacía muchos años. Desde los años cuarenta, en que fue líder sindical y dirigió un sindicato mixto de trabajadores del sector textil, cuando aún era legalmente posible; durante los años cincuenta, después de su matrimonio, cuando fue representante de un grupo de teatro de blancos y negros antes de que lo disolvieran, merced a la nueva legislación; y hasta principios de los sesenta, cuando escondía a sus amigos africanos perseguidos por la policía, miembros de las organizaciones políticas recién proscritas, antes de que hubiera que sopesar las exigencias de la amistad, contrastándolas con el riesgo (igual para blancos que para negros) de largas temporadas de prisión sin juicio, pensadas precisamente para que se traicionara a esas amistades.

Francés Taver conservaba pocos amigos y siempre sentía un ligero estremecimiento cuando escuchaba a través del teléfono una ansiosa voz americana o inglesa que le anunciaba su llegada, una breve estancia (por supuesto), y los afectuosos recuerdos de fulano o mengano —el que había facilitado la lista, quienquiera que fuese—. Unos años antes resultaba divertido y fácil utilizar a esos visitantes como excusa para celebrar una reunión que generalmente acababa en fiesta. El visitante se lo pasaba muy bien aprendiendo a bailar *kwela* con chicas negras; se sentía fascinado, esforzándose por mantenerse sobrio para enterarse de todo, escuchando las frecuentes y vehementes peroratas de los políticos africanos, blancos e indios, al tiempo que bebía, y discutiendo en una paradójica libertad personal que, curiosamente, no recordaba que hubiera en los países donde *no* había leyes contra la mezcla de razas. Y nadie disfrutaba más de esa fascinación que los propios objetos

de esta: Francés Taver y sus amigos se divertían en aquellos tiempos de una manera inofensiva, les gustaba dar la vuelta a las ideas consideradas «correctas».

«En aquellos tiempos»: así era como ella pensaba sobre entonces; se le antojaba una época muy lejana. Veía los rostros; a veces, una visión fugaz de un vacío que llenaban las crónicas periodísticas de juicios, las habladurías sobre las actividades del exilio, comentarios casuales de alguien que había conocido a otro que a su vez había hablado con uno que estaba en su casa bajo arresto domiciliario. Otro caso, el del amigo perseguido por sus actividades en el Congreso Nacional Africano, pasado a la «clandestinidad», que venía a verla muy de tarde en tarde, cuando podía estar seguro de que la casa estaba vacía. Aunque ella era bastante joven ya pensaba en «aquellos tiempos» como si fuesen los de su juventud, y él, el perseguido, era una visión que procedía de aquel mundo.

Esta vez, la voz en el teléfono era americana —suave, cauta—, sin duda el hombre creía que la línea estaba pinchada. Robert Greenman Ceretti, de Washington; mientras hablaban recordó que era el columnista político relacionado de algún modo con la administración Kennedy. ¿No había escrito un libro sobre la Bahía de Cochinos? En cualquier caso, ciertamente había leído su nombre.

—Y cómo están los Braun. No sé nada de ellos desde hace siglos.

Ella hizo las habituales preguntas sobre cómo se encontraban los amigos comunes cuyos recuerdos le traía, y él soltó el acostumbrado discurso acerca de cuánto deseaba conocerla. Estaba a punto de decirle, como siempre, que viniera a cenar, pero un absurdo rechazo interior, casi un momento de pánico sordo, la decidió a cambiarlo por una invitación un par de días más tarde para tomar una copa.

—¿Puedo serle de alguna utilidad entretanto? —preguntó; la voz de él sonaba modesta e inteligente.

—Se lo agradezco. La veré el jueves.

En el último momento invitó a unos amigos blancos para presentárselos, un médico y su esposa, que dirigían un hospital de tuberculosos en una reserva africana, y un joven periodista que había estado en USA en un programa de intercambio. Pero sabía lo que el visitante extranjero esperaba de ella y sintió una absurda —esta era, de nuevo, la palabra— urgencia de ponerle en la situación de que, ¡ay!, tuviera que pedírselo. Era un hombre bajito, agradable, pelirrojo, con sonrisa de ardilla, y a ella le cayó bien. Le llevó de vuelta al hotel cuando los invitados se marcharon, y hablaron de los artículos que él iba a escribir y de las personas que visitaba; por ejemplo, ¿había entrevistado a algunos nacionalistas importantes? Bueno, todavía no, pero esperaba hacerlo la semana siguiente en Pretoria. Otra cosa que le fastidiaba (ahí estaba) era que apenas podía cambiar palabra con ningún negro, como no fuera el que hacía la limpieza en la habitación de su hotel. Ella escuchó su propia voz diciendo, como quien no quiere la cosa, «Bueno, quizá pueda ayudarle en eso», y él lo aceptó en seguida, serio, agradecido, con sinceridad:

—Ojalá sea así. Si pudiera hablar con una persona corriente, que supiera expresarse. Quiero decir, pienso que ha estado muy bien hacerme una idea con personas blancas tan valientes como usted y su marido, pero me gustaría saber de primera mano qué es lo que piensan los africanos. Si pudiera usted prepararlo, sería estupendo.

Ahora ya estaba hecho, de pronto ella se desdijo, más por sí misma que por él.

—No sé. La gente ya no quiere hablar. Si hacen algo, no pueden charlar sobre ello. Los que quedan. Negros y blancos. A los que debe ver es a los que están encerrados.

Estaban sentados en el automóvil, junto al hotel Veía, por la expresión animadora, admirativa, intensa de su rostro, que le habían dicho que, si había alguien que podía presentarle gente negra, era ella y en su casa.

Sintió un pinchazo de vanidad.

—Te lo diré. Te llamaré, Bob.

Por supuesto, ya se trataban con los nombres de pila; en Sudáfrica las afinidades solitarias pasan por encima de los formalismos, cuando se conocen dos blancos que piensan igual.

—No tienes que decir más que cuándo y dónde. El otro día no quise hablar por teléfono —dijo él.

Siempre se imaginaban peligros.

—¿Qué te puede pasar? —dijo ella. Su sonrisa no era simpática. Siempre protestaban arguyendo que su temor no era por sí mismos, sino por ti, etc.—. Tienes un pasaporte. Y no vives aquí.

Veía muy pocas veces a Jason Madela, pero cuando le telefoneó al edificio donde ella recordaba que tenía un despacho, en las cercanías de la ciudad blanca, aceptó la invitación a almorzar como si fuera un íntimo que la frecuentaba. Y también estaba Edgar Xixo, el abogado, heredero del bufete de su viejo amigo Samson Dumile; siempre se mostraba dispuesto. ¿Y quién más? Podía decirle a Jason que trajera a algún amigo, a lo mejor a uno de los promotores de boxeo o a los jugadores de los que tanto le gustaba acompañarse cuando había copas gratis —pero no estaba bien que ella y Madela se tomaran tan poco en serio una invitación de esa naturaleza—. Al final invitó al pequeño Spuds Butelezi, el reportero. ¿Qué importaba? A fin de cuentas era negro. Desde luego ya no podía quitarse de encima el asunto.

Se puso a preparar un buen almuerzo, de lo mejor que podía hacer, y puso las bebidas y el hielo en un sitio fresco en el extremo acristalado de la gran terraza, para que el pequeño grupo no se sintiera perdido. Tiñó sus cabellos descoloridos el día anterior para que adquirieran un color rubio parecido al original y luego se puso mechones grises, y pensó

que el efecto era agradablemente artificial; llevaba un vestido de lino grueso que mostraba sus hombros quemados por el sol, semejantes a nudos de un mueble bien pulido, y sabía que sus ojos azules contrastaban notablemente con su rostro bronceado y curtido.

Sintió cómo los ojos de Robert Greenman Ceretti se posaban durante un momento en ella, al aparecer en el umbral soleado; sí, ella también era una mujer que coqueteaba entre los hombres que venían a almorzar.

—Sé bueno y prepara los martinis —dijo—. Es un placer tomar uno de verdad, hecho por un americano —y mientras él se inclinaba sobre las botellas, ella entraba y salía de la terraza, recibiendo a los otros invitados.

—Este es Bob, Bob Ceretti, visitante de Estados Unidos, Edgar Xixo.

—Jason, este es Bob Ceretti, el hombre a quien escuchan los presidentes.

Risas y protestas se mezclaron con el reparto de copas. Jason Madela, cuyo cogote estaba cada vez más gordo, seguía siendo guapo en un estilo ceñudo, a lo Clark Gable, y se quedó de pie, con la copa en la mano, la postura de quien estaba familiarizado con los cócteles. Tenía el aire del que escucha bromas irresistibles que le distraen de asuntos más importantes, y corregía la terminología con Robert Ceretti:

—No, no; tiene que comprender que en los pueblos segregados una «situación» es una cosa totalmente diferente. Bueno, yo soy una situación, por ejemplo 7-esbozó una sonrisa en dirección a Xixo, cuyos ojos iban de un rostro a otro con sumisa alegría, en busca de confirmación.

—¡Ah, eres el *muti*!

—No, espera, quiero un ejemplo claro para Bob —hubo más risas—. Un hombre que se pone un traje todos los días, como un blanco. Que va a su oficina y prefiere hablar en inglés.

—¿Crees que deriva del uso de la palabra, como un cultismo por «trabajo»? ¿Qué dirías? Ya sabes: la columna de ofertas de trabajo, *Situations Vacant*, en los periódicos.

El visitante se sentó en el borde de su asiento, sonriente.

—¿Pero, qué es eso de *muti* que acabas de mencionar? Me parece que lo que debería hacer es tomar notas en lugar de darle a la coctelera de Francés.

—Es el curandero —explicó Xixo mientras Jason reía—. ¡Por el amor de Dios! —y Francés acudió a recibir al recién llegado, Spuds Butelezi, con su camisa de entramado de oro y sus vaqueros azul pálido. Cuando el americano dijo su nombre y estrechó la mano de Spuds, dijo:

—¿Y qué hace Spuds, entonces?

El joven tenía un rostro sin forma, de color claro, con rasgos diminutos que le daban una perpetua expresión de sorpresa recelosa. Los martinis animaron el tono de las voces que le saludaron.

—Tomaré una cerveza —le dijo a Francés; y volvieron a reír.

Jason Madela le rescató, un gigante que aparta una mosca de un vaso de agua.

—Es uno de los «cabezas de huevo» —dijo—. Es una categoría completamente diferente.

—¿No lo fuiste tú también, Jason? —Francés hizo como que le reñía: Jason Madela quería encontrar la fórmula para que Ceretti se enterara de que, aunque era un hombre de negocios de éxito en la población segregada, también tenía un título universitario.

—No hablemos de los desvaríos de juventud, querida Francés —dijo, con el tono ligero y discreto de quien esconde una herida—. Creí que los hombres tenían que trabajar aquí; lo puedo hacer yo —y la ayudó a romper los trozos de hielo que se habían pegado al fundirse—. Dile a tu criado que traiga un poco de agua caliente, porque así se hace mejor.

—¡Ah, y yo sin hacer nada!

Ceretti escuchaba con cuidado, introduciendo un bajo «Siga» o «¿Quiere decir?», para mantener el flujo de la larga explicación de Xixo referente a los problemas de los permisos para viajar, y levantó la vista hacia Francés y Jason Madela, que ofrecían otras copas.

—Lo tuyo es hablar, de eso se trata —dijo Francés.

Él le lanzó la confiada sonrisa de un animal doméstico inteligente.

—Bueno, vosotros formáis una buena pareja para servir copas. Un trabajo de equipo que viene de hace tiempo ya, imagino.

—¿Hace cuánto? —preguntó Francés, seca pero alegremente, recordando cuántos años hacía que ella y Jason se conocían y, con humor, haciendo como si previniera un golpe, él dijo:

—Deben ser diez años, y ya entonces era una muchacha mayorcita —aunque los dos sabían que sólo se habían visto de lejos quizá una docena de veces en los últimos años y se habían hablado, como mucho, media docena.

En el almuerzo, Edgar Xixo seguía hablando de la historia de sus dificultades para entrar y salir en uno de los antiguos protectorados británicos, ahora convertidos en

pequeños estados que acababan de proclamar su independencia y estaban rodeados por territorio de Sudáfrica. No era como pedir un pasaporte: lo que quería era sólo un permiso para viajar, nada más, un trozo de papel del Departamento de Asuntos Bantúes, que le permitiría entrar en Lesotho y volver por asuntos de negocios.

—A ver si lo comprendo bien: ¿has estado allí alguna vez?

Ceretti se inclinó sobre las volutas de vapor que ascendían desde su plato de sopa, como un adivino sobre su bola de cristal.

—Sí, sí, ¿sabes?, yo tenía permiso para viajar...

—Pero valen tan sólo para un viaje. —Jason lo despachó con el impaciente buen humor de una persona ingeniosa—. Se supone que nosotros, los negros, no debemos pasear por ahí. Cuéntales que quieres ir de vacaciones a Lourenso Marques y se reirán en tus barbas. Si no te echan escalera abajo a patadas. Oppenheimer y Charlie Engelhard pueden ir al sur de Francia con sus yates, pero ¿y Jason Madela?

Consiguió arrancar las carcajadas que buscaba, y, de paso, el estilo de su referencia a unos industriales blancos, ricos e importantes, y a la vez bastante decentes, si los conocías, insinuaba que, a lo mejor, sí los conocía. Por lo que Francés Taver sabía, era posible: Jason era de ese tipo de hombre que atraería a los de la clase blanca dominante si se decidieran a hacer un gesto simbólico de contacto con las masas africanas. Era curiosamente tranquilizador para los blancos; sus trajes oscuros, sus camisas blancas, una conversación cortés y un sentido del humor totalmente indistinguible del suyo y aparentemente caído del cielo les permitía olvidar los desagradables hechos de la vida que se le imponían a él y a los que eran como él. Qué discreto, qué listo era. Ella, al igual que cualquier millonario, valía como ejemplo para su observación; era culpable: blanca, y libre para ir a donde quisiera. El halago de no mencionarla pasó directamente de ella a él, como un pagaré por debajo de la mesa.

Edgar Xixo había sido incluso citado a The Greys, el cuartel general de la Special Branch, para ser interrogado. Dijo:

—Y nunca he pertenecido a una organización política, saben que nunca ha habido acusaciones contra mí. No conozco a ningún refugiado político en Lesotho y no quiero ver a nadie. Tengo que entrar y salir simplemente por razones de negocios, tengo una agencia que vende equipos a la gente de las minas de diamantes, podría ser una buena cosa si...

—Untar un poco, quizá —dijo Jason Madela, sirviéndose ensalada. Xixo recurrió a todos, consternado.

—Pero si se lo das a quien no debes, ¿eso es...? ¡En mi posición, yo, que soy abogado!

—El instinto —dijo Madela—. Eso se aprende.

—Dígame —Ceretti rechazó con expresión agradecida un segundo plato de pato, al tiempo que se volvía desde su anfitriona hasta Madela—, ¿diría usted que el soborno juega un papel importante en las relaciones cotidianas entre africanos y funcionarios? No me refiero, por supuesto, a la policía política. ¿La administración blanca? ¿Ha tenido esa experiencia?

Madela sorbió su vino y luego hizo girar la botella para poder leer la etiqueta, mientras decía:

—Ah, no lo que llamaríamos soborno, según su criterio. Menudencias. Cuando yo tuve un negocio de transporte tenía que emplearlo de vez en cuando. Permisos para los conductores y demás. Encuentras a algunos jóvenes oficinistas *afrikaner* que no ganan mucho y que no les molesta que les den un dinero de más. Pueden ser bastante razonables. Pensaba si habrá alguien así en las oficinas de Asuntos Bantúes. Pero tienes una intuición para encontrar al individuo adecuado —posó la botella y sonrió a Francés Taver—. Gracias a Dios que ya no tengo nada que ver con eso. A menos que decida llevar algunos de mis artilugios a la Oficina de Patentes, ¿eh? —y ella se rio.

—Jason ha roto el monopolio blanco de alisadores de cabellos y de purificadores de sangre —dijo Francés con humor— y lo bueno es que no cree en sus productos.

—Sí que creo —dijo—. Investigo las posibilidades de exportar mis píldoras para hombres a Estados Unidos. Creo que ha llegado el momento para que los negros norteamericanos vean que pueden comprar un poco de la vieja África embotellado.

Xixo removía su pata de pato como si su problema yaciera allí, frío, en la mesa.

—Quiero decir, lo he dicho una y otra vez, muéstrenme algo en mi ficha.

El joven periodista Spuds Butelezi dijo con su aire pesado:

—A lo mejor es porque sustituiste a Samson Dumile.

Cada vez que surgía un nuevo nombre, entrecerraba el rabillo de sus ojos, atenta.

—¡Bueno, ahí está! —se lamentó Xixo, dirigiéndose a Ceretti—. El hombre para el que trabajaba, Dumile, estuvo mezclado en un juicio político y le cayeron seis años. Yo me quedé con los clientes, eso es todo, mi despacho no está en el mismo edificio, no tiene nada que ver con lo otro. ¡Pero ese es el asunto!

Francés, de repente, recordó a Sam Dumile en aquella misma habitación, hacía tres —¿dos?— años, describiendo una expedición de la policía a su casa la noche pasada y partiéndose de risa al contar cómo su hijita le había dicho a un agente: «Mi padre se enfada mucho si juegas con sus papeles».

Jason tomó la botella de vino y la pasó:

—Sí, tomad, tomad, por favor. ¿Qué les pasó a los niños? —preguntó ella. Jason sabía a qué niños se refería; hizo un intento cortés—. ¿Qué ha pasado con los niños de Sam?

Pero Edgar Xixo confirmó con un movimiento de aprobación lo que Ceretti decía.

—Es una historia terrible. Dios mío. Parece como si no estuvieras limpio, por mucho cuidado que tengas. Dios mío.

Jason comentó en un aparte:

—Deben de estar con algunos parientes. Él tiene una hermana en Bloemfontein.

El postre era una mezcla de mangos frescos y nata, invento de la casa:

—*Mango a lo Frances* —dijo el americano—. Es una de las experiencias africanas que recomendaría.

Pero Jason Madela dijo que tenía alergia a los mangos y empezó con el queso. Abrieron otra botella de vino para acompañar al queso y hubo risas —que Robert Ceretti dirigió hacia sí mismo— cuando en el cruce de la conversación surgió que Spuds Butelezi pensaba que Ceretti tenía algo que ver con una fundación norteamericana. En el agradable ambiente de comida, bebida y sol veteado por el humo de los cigarrillos, los otros escucharon, como si nunca lo hubieran oído, cómo Butelezi, al que no le gustaba malgastar un discurso tan pensado, presionaba a Ceretti pidiéndole una beca que le permitiera terminar su obra teatral. Le escucharon de nuevo esbozar el argumento y la inspiración subyacente a la obra —«clavada de la vida de un pueblo segregado», como solía decir, parpadeando con intención, convencido de que esa era la cualidad necesaria para convertirse en un autor de éxito—. Había reunido y apartado pacientemente muchas veces, en su obra, ingredientes plagiados de la obra de escritores africanos que consiguieron ser publicados, y él mismo era africano: ¿qué más falta hacía sino escribirla?

Con o sin fundación, Robert Ceretti demostró gran interés.

—¿Conoces la obra, Francés? Quiero decir —se volvió hacia el rostro ovalado, de expresión vinosa, del joven— ¿hay ya bastante escrito como para poder verlo?

Y ella dijo, descubriendo que sonreía, alentadora:

—Ah, sí, hay un primer esbozo, ha trabajado mucho desde entonces, ¿no es cierto?, y ha habido una lectura...

—Yo se la llevaré —dijo Butelezi, apuntando el nombre del hotel de Ceretti.

Volvieron a la terraza para tomar café y coñac. Eran bastante más de las tres cuando se levantaron para despedirse. El rostro de Ceretti resplandecía.

—Jason Madela se ha ofrecido para llevarme al centro, así que no te preocupes, Francés. Acabo de decir que a los americanos les va a costar creer que ha sido posible que yo almorzara así, aquí. Ha sido agradabilísimo. Lo hemos pasado muy bien. Me estaba diciendo que hace unos años una reunión así hubiera sido bastante normal, pero que ahora hay pocos blancos que se arriesgarían a invitar a africanos, y que no hay muchos africanos que corrieran el riesgo de venir. Sí que me lo he pasado bien... Espero que no te hayamos fastidiado quedándonos hasta tan tarde... Ha sido una oportunidad maravillosa.

Francés les acompañó hasta la puerta del jardín, hablando y riendo; debajo de los árboles de la calle residencial, se hicieron los últimos saludos y comentarios.

Cuando volvió sola, la silenciosa terraza estaba llena de sonidos de voces desaparecidas, como un campanario después de sonar la hora. Le dio al gato la leche que sobró del café. Alguien había dejado un paquete medio vacío de cigarrillos; ¿quién hacía pequeñas tiendas con cerillas rotas? Cuando llevó la bandeja a la cocina desierta vio una nota escrita en el reverso de una factura. Espero QUE FUERA bien LA FIESTA.

No había firma y estaba escrita con el bolígrafo de la cocina, que colgaba de un cordel. Pero sabía quién la había escrito; la visión del pasado había aparecido y desaparecido de nuevo.

Los criados Amos y Bettie tenían habitaciones detrás de un viñedo de granadilla, al fondo del jardín. Llamó y le dijo a Bettie si alguien había preguntado por ella. Nadie en absoluto. Su amigo en la clandestinidad del Congreso Nacional Africano debió oír las voces en el silencio de la tarde, o a lo mejor vio los coches estacionados, y se fue. Se preguntó si sabría quién estaba allí. ¿Se marcharía por temor a comprometerla? Por supuesto, nunca hablaban de eso, pero él debería saber que los riesgos que ella corría estaban muy cuidadosamente calculados. No había forma de disimular ante alguien como *él*. Luego le vio sonriendo para sus adentros a la vista de los invitados: Jason Madela, Edgar Xixo y Spuds Butelezi —Spuds Butelezi, también—. Pero probablemente se equivocaba, y él se hubiera mezclado con ellos sin esos sentimientos de reproche o desprecio que leía al evocar su paso y su rostro. ESPERO QUE FUERA BIEN LA FIESTA. A lo mejor sólo quería decir eso.

Francés Taver supo que Robert Ceretti se iba a marchar pronto, pero no sabía cuándo. Todos los días pensaba: le llamaré para despedirme. Aunque ya se había despedido de él aquella tarde del almuerzo. Sólo llamar para despedirse. El viernes por la mañana, cuando estuvo segura de que se había marchado, llamó al hotel y allí se encontraba, esa voz americana suave y cautelosa. Los primeros momentos fueron incómodos; él afirmó que estaba encantado de que le llamara y ella repetía: «Pensé que te habías marchado...». Luego ella dijo:

—Sólo quería decirte, en cuanto al almuerzo. No te engañes.

Él dijo:

—Te debo tanto, Francés, ha sido realmente maravilloso.

—No son falsos, no es eso lo que quiero decir; por el contrario, son muy reales, ¿comprendes?

—Ah, tu amigo el guapo, el grande, ha sido maravilloso. La noche del sábado anduvimos por todas partes, ¿sabes?

Estaba orgulloso por su aventura pero no quería decir la palabra *shebeen* por teléfono.

Ella dijo:

—Debes comprenderlo. Porque la corrupción es real. Y ellos se han convertido en lo que son porque las cosas son así. Ser falso significa ser corrompido por la situación... eso es bastante real. De eso estamos hechos.

Él pensó que a lo mejor no la entendía bien por teléfono y se agarró a la palabra:

—Sí, la «situación». Me pudo colar en lo que creo que es uno de los sitios más animados.

Frances Taver dijo:

—No quiero que te engañe... —la urgencia de su voz le acalló, supo lo que quería decir aunque no la entendiera—... nadie.

Él comprendió, desde luego, que algo complicado no iba bien, pero también sabía que no estaría allí el tiempo suficiente para averiguarlo y que a lo mejor tenía que vivir y morir allí para averiguarlo. Lo único que ella oyó por teléfono fue una voz que le aseguraba: «Todos se han portado maravillosamente bien... de verdad, maravillosos. Espero poder volver algún día, si me dejan volver a entrar».

LA REINA DE LA LLUVIA

Por aquel tiempo vivíamos en el Congo; yo tenía diecinueve años. Debió de ser mi vigésimo cumpleaños el que celebramos en el Au Réiais, con los Gatti, M. Niewenhuis y el capataz de mi padre. Mi padre construía una carretera de Elisabethville a la residencia de Tshombe, una carretera para desfiles y cabalgatas de motos y automóviles. Ahora es Lumumbashi, y Tshombe ha muerto en el exilio. Pero en aquel tiempo había mucho dinero y a mi padre lo trajeron desde Sudáfrica, con libertad para reclutar sus ingenieros donde quisiera —los Gatti eran italianos y había un ingeniero sueco—. Yo no quería irme de Johannesburgo a causa de mi novio, Alan, pero a mi madre no le hacía gracia dejarme sola con él. «Honradamente —me dijo—, me parece que es una tentación demasiado grande para una jovencita como tú. Si algo pasara no podría perdonármelo». Yo era muy inmadura para la edad que tenía y cedí. En E'ville no había muchos entretenimientos para una chica como yo. Me acogieron unas cuantas jóvenes belgas, casadas, pero sólo un poco mayores que yo. Tomaba café con ellas por las mañanas y jugaba con sus bebés. Mi madre les pedía que me hablaran en francés; no quería que perdiera el tiempo en mis seis meses de estancia allí. Una de ellas me explicó cómo se hacía el *mousse* de chocolate; llegué a hacerme un vestido bajo la supervisión de otra; nos reíamos cuando estábamos juntas, igual que unos años antes con las chicas del colegio.

Todo el mundo pasaba por Au Réiais al anochecer y, por las tardes, cuando refrescaba, jugábamos al *squash*, los más jóvenes de nuestro grupo, quiero decir. Yo solía jugar todos los días con el sueco y con Marco Gatti. Venían directamente desde la obra. Eleanora Gatti era una de esas mujeres mediterráneas que no sólo pertenecen a un sexo distinto, sino que parecen pertenecer a una especie totalmente diferente a la del macho. No te la imaginabas corriendo o ni siquiera agachándose para coger alguna cosa; los pechos blancos, con escote cuadrado; las suaves manos cargadas de anillos y con el reloj de tapa enjoyada; la melena oscura, teñida de un color peculiar de mermelada deslustrada que resaltaba la blancura de su cutis; todo elaborado como un bodegón. El sueco no estaba casado.

Después de jugar, Marco Gatti acostumbraba a ponerse una toalla alrededor del cuello, según la moda de las estrellas de tenis, y su rostro moreno resplandecía de sudor. El sueco se cubría de manchas rojizas. Cuando Marco jadeaba lo hacía sonriente, mostrando sus blancos dientes y un empaste de oro. Me parecía que todos los adultos tenían algún defecto físico; eso les diferenciaba. Marco solía llevarme a casa y con frecuencia pasaba a tomar algo con mi padre, a discutir problemas de la carretera. Cuando explicaba una dificultad, Marco sonreía y se metía una mano bajo la camisa para rascarse el pecho. Por el cuello abierto de la camisa asomaba una especie de amuleto en una cadena, sobre el vello oscuro, entre los fuertes músculos pectorales. Mi padre decía con orgullo: «Se parece a un tenor de ópera, pero sabe cómo hacer las cosas».

Yo no había ido nunca a la ópera; eso es de otra generación. Pero cuando empezó a besarme cada tarde camino de casa y luego entraba a hablar con mi padre y a tomar una cerveza, lo atribuí a que era extranjero. Yo dije: «Me resulta tan extraño entrar en la habitación donde está papá». Marco dijo: «Pobrecita mía, eres tan guapa que no hay quien te resista».

Allí llueve todas las tardes en esa época del año. Un viento repentino barría el calor, estampando los papeles contra las verjas. Quince minutos más tarde —se puede hasta cronometrar reloj en mano— la lluvia caía con tanta fuerza y ruido que apenas podíamos ver lo que había ante el parabrisas y teníamos que hablar en voz tan alta como si estuviéramos en un pasadizo con eco. La lluvia solía durar una hora. Una tarde fuimos a la obra en lugar de ir a casa de mis padres, a una caravana que iba a ocupar uno de los ingenieros, pero que nunca lo llegó a hacer, porque todo el mundo vivía en el pueblo. Marco gritó por encima del chaparrón: «¿Sabes lo que dicen los congoleños, no? Cuando llega la lluvia, busca en seguida una chica para llevarla a casa hasta que termine». La caravana era como un pisito, con todo lo necesario. Marco me lo enseñó; hasta había una bañera. Marco no era alto (mis amigos y yo decíamos que no valía la pena mirar a un chico que midiera menos de uno ochenta), pero tenía las piernas finas y fuertes de un deportista, cubiertas de vello negro y lacio, y me frotaba mis piernas, duras pero peladas, con las suyas. Era una caricia que nosotras nunca hubiéramos imaginado. Empecé a sospechar que ni mis amigos ni yo teníamos ni idea.

La tarde siguiente me pareció que Marco tomaba el camino para ir directamente a nuestra casa, y yo le dije, anhelante: «¿No vamos a la caravana?». Lo dije sin pensarlo. «Ay, mi niña, ¿es que no quedaste contenta?». Se rio, paró el automóvil y me besó profundamente, tanto en las orejas como en la boca. «Muy bien, vamos a la caravana». Y nos fuimos todas las tardes de la semana —él no trabajaba los sábados, y las mujeres iban al club de *squash*—. En seguida, el guarda congoleño empezó a venir a toda prisa a saludarnos desde el campamento, en cuanto veía el coche detenerse junto a la caravana; sabía que yo era la hija de mi padre. Marco charlaba con él durante unos minutos y de vez en cuando le daba una propina. Al principio me quedaba allí como si esperara órdenes, pero Marco tenía eso que yo empecé a percibir que es la confianza de los adultos. «No te preocupes tanto. Es un viejo simpático. Es amigo mío».

Marco me enseñó a hacer el amor en la caravana y dejé de lado todo lo que yo había considerado «la vida», como antes había reunido los vestidos de las muñecas, el juego del Monopoly y las colecciones para dárselas a la criada. Dejé de escribir a mis amigas; tardé semanas en contestar a las cartas de Alan, y cuando lo hice, sentí una especie de orgullo profesional por haber podido fabricar una carta de una ambigüedad tan habilidosa: ¿era una carta de amor o no? Pensé que su experiencia no le permitiría averiguarlo. Unas veces me daba lástima, otras sentía un intenso hormigueo de traición; me daba una especie de grima. Ante mis padres y en compañía de amigos, el comportamiento absolutamente habitual de Marco me fascinaba: yo me comportaba como si no pasara nada, porque para él era así. No fingía mostrarse natural con mis padres: *era* natural. Y lo mismo ocurrió con nuestro comportamiento ante su mujer. Después de la primera vez que me hizo el amor, esperé con terror y pánico el momento de ver de nuevo a Eleanora; cuando me apretara la mano o

hasta me diera un beso en la mejilla, con su estilo cariñoso y femenino. Pero cuando entré en nuestra casa aquel domingo y percibí su perfume y luego, de repente, la vi sentada junto a mi madre hablando sobre su familia en Génova, con Marco, mi padre y otra pareja que estaba allí, me enfrenté con la vertiginosa impresión sin alterarme. Alguien dijo: «¡Por fin ha llegado nuestra Jillie!». Y mi madre dijo (yo había estado cabalgando con el sueco): «No sé cómo aguanta con Per, estuvieron bailando hasta las tres de la mañana»; y Marco, que tenía veintinueve años (primero de diciembre, Sagitario, casa en Júpiter), dijo: «Qué maravilloso es ser joven, ¿verdad?», y mi padre dijo: «¿Y a qué hora te habrás acostado tú, Marco?», y Eleanora, cruzadas las piernas, con sus rodillas regordetas y lisas, me tiró de la mano para que nos diéramos un beso de mujer en la mejilla.

Absorbí el olor de la piel de Eleanora, sentí el roce de su pelo en mi nariz; y se acabó. Nos sentamos a hablar de unos zapatos que su cuñada le había enviado desde Milán. Era algo que nunca hubiera podido imaginar: Marco y yo, tal como éramos de verdad, allí no existíamos; no había turbación. Los Gattis, como siempre los domingos por la mañana, habían venido directamente de la misa de once en la catedral católica y estaban muy elegantes.

Como en la mayor parte de esos sitios de África, había escasez de mujeres blancas y mi madre estaba mucho más contenta viéndome pasar el tiempo con jóvenes casadas que si hubiera salido con los mercenarios que iban y venían en E'ville en aquel verano. «Son hombres con experiencia —dijo, al contrario que los muchachos y los hombres casados— y por supuesto buscan lo que buscan. No tienen nada que perder: a la semana siguiente se habrán ido a otra provincia o habrán abandonado el país. Yo no les critico. Creo que una chica tiene que saber cómo es el mundo, y si es tan loca como para liarse con uno de esos, allá ella». Parecía haber olvidado que no quiso dejarme con Alan en Johannesburgo. «Tiene un novio muy agradable, un chico decente que la respeta. Prefiero que se divierta con las parejas de jóvenes mientras esté aquí». Y siempre estaba Per, el sueco, para servirme de pareja; sabía que él no representaba «exactamente el sueño de amor de Jillie». Me imagino que eso también lo descartaba. Aunque no tenía pareja en nuestro círculo, yo era un objeto de amor con el que todos flirteaban, en una especie de homenaje. Tal vez eso debía de bastarme: ya que no me deseaba uno solo, que me desearan todos.

«Por supuesto, prefieres bailar con Jeelie», le decía Mireille, una de las jóvenes belgas, a su marido, fingiendo enfado. Él y yo éramos uno de los atractivos de Au Reñais, con nuestro cha-cha-cha. Luego él le susurraba algo en su idioma y ella se echaba a reír.

Marco y yo formábamos una pareja tan famosa en la pista de *squash* como el marido de Mireille y yo en la pista de baile. Era ese el único lugar donde una persona observadora se hubiera dado cuenta de que hacíamos el amor. A medida que pasaban las semanas y lo hacíamos cada vez mejor, nuestro juego también mejoraba. La respuesta que Marco me había enseñado al ruido del grano de trigo cayendo, de la lluvia al caer en el tejado de la caravana, funcionaba también muy bien en la pista de *squash*. A veces las mujeres y los espectadores estallaban en un aplauso espontáneo; yo me guiaba por el rostro oliváceo, sudoroso y animado de Marco, preveía sus reacciones musculares en el juego igual que en la cama. Y cuando me vencía (por poco), o cuando vencíamos a otra pareja, me agarraba

por los hombros, riéndose, elogiándome en italiano, los dos caminando a trompicones, y me decía en inglés: «Vaya chica tan lista, ¿eh?»; sólo él y yo sabíamos que eso mismo me decía en otros momentos. Entonces me encantaba el destello de aquel defecto en su dentadura. Era Marco, como todas las demás cosas que sabía de él: la prima de la que había estado enamorado cuando pasaba las vacaciones con su familia de las montañas de los Abruzos; la manera de la que hubiera proyectado la carretera de Tshombe si mandara —«Pero tu padre me cae muy bien, ¿sabes?», «Se trabaja muy bien con tu padre»—; la pomada italiana para bebés que usaba para el escozor en la cintura.

La inocencia de los mayores me fascinaba. Ellos se dedicaban a jugar, pero yo ya no; empecé a sentirme superior a ellos. Resultaba agradable. Me sentía superior —o mejor, tolerante y condescendiente— también hacia el lejano Alan. Le dije a Marco: «Me gustaría saber qué haría si supiera lo mío»; la caravana con sus cortinas de lunares, el alegre vigilante, las propinas, el aliento de la tierra que ascendía del polvo mojado. Marco dijo, sensatamente, que Alan se sentiría muy dolido.

«¿Y si lo supiera Eleanora?».

Marco me lanzó una sonrisa abierta, cómplice, tranquilizadora, a la vez que posaba la mano sobre mi mejilla, en un gesto de ternura: «No le gustaría. Pero en el caso de un hombre...». Por un momento él fue Eleanora, sin querer imitó el suspiro de resignación de ella, al recibir la noticia (sentada, como siempre), consciente de que los hombres son así. Me interesaban las otras personas de las que se decía o se sabía que tenían amantes. Chismorreaba sobre el asunto: «... cuando el marido de la chica se enteró, se marchó de casa sin dinero ni nada y nadie le encontró durante varias semanas», y Marco continuó, como si fuera la cosa más natural del mundo: «Por supuesto, si yo me enterara de que Eleanora está con alguien me pondría como loco».

Proseguí contando mi cuento de segunda mano, disfrutaba de los giros y complicaciones, y él se reía, siguiéndolo con la afectuosa atención con que escuchaba todo lo que yo hacía o decía; se levantaba para tomar una botella de Chianti, limpiaba un vaso y se lo llenaba. Guardaba siempre vino en la caravana. Yo no bebía, pero su boca pasaba a la mía el sabor metálico de ese vino.

En el coche, esa tarde, dijo que a lo mejor tenía una agradable sorpresa para mí, y se lo recordé, bromeando, cuando estábamos echados. Lo de siempre: «Estás convirtiéndote en una latosa, querida, en una latosa de verdad». «No te dejaré en paz hasta que me lo digas». «Voy a tener que darte un azote en el culito». La sorpresa era un plan. Posiblemente él y mi padre tendrían que ir a Kasai a echar una mano a una empresa de la construcción de allí. Sería fácil para mí convencer a mi padre de que me dejara acompañarle y luego, si Marco podía arreglárselas para dejar a Eleanora en casa, resultaría tan estupendo como si los dos hiciéramos un viaje juntos. «¿Tendrás habitación propia?», preguntó Marco. Me eché a reír. «¿Crees que me van a meter en la de papá?». A lo mejor en Italia a las chicas no les dejaban tener una habitación de hotel. Marco desvió la atención hacia el punto siguiente: «Eleanora se marea en el coche, no querrá venir si las carreteras son malas y hay peligro de quedar plantados. No, está bien, le diré que no va a ser ningún placer para ella».

Pensar que íbamos a estar juntos durante días enteros, y a lo mejor por la noche, nos hacía sonreír, parlotear y besarnos, no con pasión sino con regocijo. Tenía la lengua suelta como si *hubiera estado* tomando vino.

Marco hablaba un buen inglés.

Yo conocía bien los giros extranjeros que utilizaba. No empleaba la palabra «loco» en el sentido de irritación. «Me pondría como loco»: lo que quería decir era exactamente eso, aunque la frase no fuera de las que solíamos usar nosotros, en inglés. Lo pensé aquella noche, a solas, en casa; y otras noches. Fuera de sí, quería decir. Si Eleanora se acostaba con otro hombre, Marco enloquecería de celos. Me lo dijo porque era una persona honrada, no como los otros mayores, al igual que me había dicho: «Me cae bien tu padre. No me gustan algunas cosas que hace con la carretera. Pero es un buen hombre». Marco estaba enamorado de mí; yo era su tesoro, su alegría, hermosas palabras en italiano. Era verdad, se sentía muy feliz conmigo. Yo lo notaba, no entendía que alguien pudiera ser tan feliz; Alan no conocía eso. Estaba segura de que si no hubiera encontrado a Marco, yo tampoco lo hubiera sabido. Cuando estábamos juntos en la caravana, siempre le miraba, hasta cuando dormitábamos, miraba con los ojos entreabiertos el movimiento de su nariz, al respirar, con los pelos negros que sobresalían, y la curva de su oreja quemada por el sol a través de la cual se veía una luz capilar. Ah, Marco, el marido de Eleanora, era hermoso cuando dormía. Pero no dormía. Me gustaba colocar mis pies sobre los suyos como si estos fueran pedales y, al hacerlo, la comisura de su boca sonreía y hablaba con la flexión de un músculo de algún lugar de su cuerpo. A veces hasta hablaba en voz alta: mi nombre. Pero yo no sabía si era consciente de ello. Luego él permanecía con los ojos abiertos mucho tiempo, pero sin mirarme, porque no le hacía falta: yo estaba allí. Luego se levantaba, encendía un cigarrillo y me decía: «Estaba soñando... ah, no sé... es otro mundo».

Me resultaba embarazoso porque yo entraba en el mundo desde mi adolescencia y no podía concebir, como lo hacían los adultos —como él lo hacía—, que tuviera que buscar en otro mundo la realización y la alegría. Él se escapaba conmigo. Yo entraba con él. La comprensión de ello me llegaría como me había llegado la transfiguración de su diente de oro, que pasó de defecto a rasgo característico. Aún no lo sabía todo.

Veía a Eleanora casi todos los días. Me tenía mucho cariño; era ese tipo de mujer que, en su país, estaría rodeada de hermanas más jóvenes en compensación por los hijos que no tenía. Nunca me sentí culpable ante ella. Sin embargo, antes hubiera pensado lo mal que se sentiría una al aceptar la proximidad y las caricias que por ley pertenecían a otra mujer. Me irritaba la estupidez de lo que dijo Eleanora; la estupidez de su ignorancia. Qué idiota que me dijera que Marco tenía que trabajar hasta tarde otra vez en la obra, él era tan responsable, etc.; ¿no estaba yo con él mientras ella hacía sus famosos *scaloppini* de ternera y se le pasaron? Y era una lata para nosotros. «Tengo que irme, debo llevar a la pobre Eleanora al cine esta noche. No ha salido desde hace semanas». «Es el último día en que se pueden enviar paquetes a Italia, le gusta que esté con ella para envolver los regalos de Navidad, ¿entiendes? Ya sabes cómo es en esas cosas». Luego llegó su tía de Italia y hubo almuerzos y cenas, a las que sólo se invitaba a personas de lengua italiana, porque la *signora* no hablaba inglés. Recuerdo que fui allí un domingo —mi madre me envió con su

helado especial como obsequio—. Estaban sentados en el calor de la terraza; las mujeres formaban un grupo con los niños, que gateaban por encima de ellas, y Marco con los hombres en otro, la corbata suelta (Eleanora le había obligado a ponerse un traje), gesticulando con un palillo, hablando y tirando las colillas de los cigarrillos en el tiesto de cactus de Eleanora.

Y, sin embargo, esa tarde en la caravana volvió a decir: «Por Dios, no quiero despertarme... Estaba soñando». Surgió de la oscuridad en nuestro lugar de encuentro, con alpargatas y vaqueros ajustados, como un hermoso pescador.

Yo nunca había estado en Europa. Marco dijo: «Quiero llevarte por Piamonte y hasta la aldea de donde procede mi padre. Subiremos a los muros por la iglesia y cuando llegues arriba, sólo entonces, te daré la vuelta y verás a lo lejos el Monte Bianco. ¿Has escuchado ruiseñores alguna vez? Los escucharemos en el peral, el de mi tío».

Yo maduraba día a día: «¿Qué pasa con Eleanora?». Era lo más lejos que podía llegar sin preguntarle: «¿Seguirías volviéndote loco?».

¿Seguirías volviéndote loco?

¿Y ahora?

¿Y ahora, dos meses, una semana, seis semanas más tarde?

¿Seguirías volviéndote loco?

«Eleanora pasará una temporada en Pisa después de que volvamos a Italia, con su madre y sus tías», decía.

Sí, yo también sabía por qué: mi madre me había dicho que Eleanora iría a Pisa porque allí vivía el viejo médico de la familia, que estaba seguro de que, a pesar de lo que decían los médicos de Milán y Roma, la pobre Eleanora aún podría tener un hijo.

Dije: «¿Qué te parecería si Alan viniera aquí?».

Pero Marco me miró con una comprensión tan sensual y confiada, que nos echamos a reír.

Empecé a maquinarme una aventura para Eleanora. Escogí a Per como víctima, no sólo porque era el único soltero presentable en nuestro círculo, sino porque tenía la sensación de que a lo mejor era posible que se sintiera atraída por un hombre más joven que ella, con el que mostrarse maternal. Y Per, que no tenía ninguna mujer (salvo las hermosas prostitutas congoleñas que supongo que estaban bien para una hora de lluvia), podría considerarse afortunado si tuviera éxito con Eleanora. La estudié de nuevo. Suave y blanca carne de

gallina por encima del final de las medias, pechos que se alzaban al suspirar: ese tipo de mujer. Pero Eleanora ni siquiera parecía entender que le ponía delante a Per (en nuestra casa, en Au Reíais) y Per parecía igualmente ignorante o no tenía interés alguno en sus oportunidades.

Así que nunca pude plantearle mi pregunta. Marco y yo continuamos haciendo el amor en la caravana mientras el tejado hacía ruidos combados al contraerse tras el calor del día, y la lluvia. Tshombe huyó y volvió; había soldados en la plaza ante la oficina de correos y surgieron toda clase de dificultades en la construcción de la carretera. Marco se mostró decidido, excitable, acosado y enérgico; tumbado en el lecho de la caravana, al final del día, como un corredor que acababa de romper la cinta. Mi padre estaba nervioso y no sabía si se terminaría la carretera. Eleanora estaba nerviosa y quería volver a Italia. Hicimos el amor y cuando Marco abrió los ojos a la realidad de la carretera, mi padre, Eleanora, dijo: «Ah, por el amor de Dios, *por qué...* es como un sueño».

Yo también me puse nerviosa. Incité a mis padres. «Los Gatti son unos pesados. Ese Buda femenino». Empecé a temer que Eleanora viniera a mí con sus susurros y con su mano de blandos apretones y me dijera: «Siempre es así con Marco, pequeña Jillie, no te preocupes. Lo sé todo».

Y Marco y yo continuamos acostándonos juntos en ese estado de placer en el que nada existe salvo los dos que creen en el placer. Ni carreteras, ni guerras mercenarias, ni matrimonio, ni las demandas y sufrimientos de otras personas entraron en aquel sueño tierno y sensual del que Marco, aunque con pesar, siempre volvía.

Lo que yo temía que me dijera Eleanora, nunca me lo dijo. En lugar de ello, mi madre me contó un día, con ese tono de emoción siniestra en que las mujeres mayores vuelven a vivir estas cosas, que Eleanora, nuestra querida Eleanora, esperaba un hijo. Al cabo de seis años. Sin tener que ir a Pisa a ver al médico de la familia. Sí, Eleanora había concebido durante la temporada de lluvias en E'ville, mientras Marco y yo hacíamos el amor todas las tardes en la caravana, y los congoleños encontraban una chica para mientras duraba el chaparrón.

Eso fue hace años.

Pobre Marco, sentado en Milán o Génova, en el almuerzo de los domingos, con el palillo en la mano, los hijos de Eleanora gateando por ahí, rodeado por los hermanos, hermanas, tíos y tías de Eleanora. Pero yo nunca me desperté de ese sueño. En los siete años que llevo casada he tenido —¿cuántos amantes?—. Sólo lo sé yo. Un montón, si se cuentan también los breves episodios de vacaciones.

Es otro mundo, aquel sueño, donde viento alguno sopla más frío que el aliento cálido de dos cuyas bocas se juntan.

NINGÚN LUGAR SEMEJANTE

El alivio de bajar, salir y pisar tierra firme después de pasar horas en un avión duró muy poco al entrar en la terminal del aeropuerto: sucio, lleno de sillas del revés, como en un restaurante cerrado. *¿En tránsito? ¿En tránsito?* Unos cuantos comenzaron a subir por una escalera, pero les echaron atrás con exasperación en una lengua que no comprendían. El calor africano llevaba días y días encerrado en aquel sitio; alguien quiso abrir una de las ventanas, pero de nuevo un hombre uniformado y la chica de guantes blancos y sombrero sin alas, de piel de leopardo, le llamaron la atención. De cualquier modo, las ventanas estaban cerradas herméticamente, a pesar de que el aire acondicionado no funcionaba, y el delincuente se encogió de hombros. El portavoz que genera cada grupo de viajeros asumió la responsabilidad de las quejas; al mismo tiempo unas cuantas de esas ovejas que son incapaces de resistir la tentación de un agujero en la cerca, encontraron abierta una puerta de cristal en el otro extremo de la sala de tránsito, intentaron colarse hacia un pasadizo que llevaba hacia un espacio abierto: ¡hierba, buganvillas colocadas como si fueran rosas, el vislumbre de una carretera! Pero el hombre uniformado se apresuró en reagruparlas y llamaron a un limpiador que arrastraba su escoba para que echara el cerrojo a la puerta.

La mujer de pantalones beis había llegado lentamente por la pista de aterrizaje, poniendo de nuevo sus pies en aquella tierra concreta, y se paseó aún más lentamente por la sucia sala. En el pliegue del codo llevaba un abrigo que se arrastraba, en su hombro pesaba la correa de un bolso cuya cremallera se abría sobre un paquete con licor de un *duty-free* europeo, su brillante blusa de seda mostraba oscuras bocas húmedas al levantar el brazo. Un intercambio de miradas de indignación o el habitual aire de humorística superioridad no le afectó. Cuando se cruzó con el limpiador negro, ambos rostros eran de una perfecta indiferencia; la de él, porque la distancia de la que procedía aquella gente no existía, ya que nunca se había alejado más allá de las dos millas que andaba desde su aldea al aeropuerto; la de ella, porque la distancia no existía, ya que había ido a todos los sitios y había vuelto.

Otro negro, que intentaba ponerse una chaqueta blanca al tiempo que levantaba la persiana de madera, abrió el bar, y los hombres de negocios con sus portafolios se acercaron a la fila de taburetes. Hubo hombres que comenzaron a hablar con mujeres que estaban solas —no resultaba ya muy prometedor; la última etapa del viaje estaba cerca—, les acercaban vasos con zumos sintéticos de color muy chillón. El Cónsul que intentara invitarla a tomar una copa con la cena en el avión, había encontrado a una chica de botas rojas con una hijita de calzado similar. La niña andaba de acá para allá y el flirteo tomó la forma de dos que corrían tras ella para cogerla, riendo. Había una cola de pacientes mujeres vestidas con rebecas, que esperaban entrar en los lavabos. Ella había pasado —una, dos, tres veces— en sus lentas rondas al lado una mujer que hacía encaje de aguja. La tercera vez vio que el tema era un perro *spaniel* de orejas veteadas de naranja y negro. Junto a la mujer que tejía había un marido de especie tan identificable como la del perro: un norteamericano, debido al tamaño del cordón que pasaba por dentro de un emblema o

escarapela, y que llevaba en lugar de la corbata. Él suspiró y miró a su mujer, que levantó la vista sobre los lentes como si la hubiera amenazado.

La mujer de los pantalones beis tiró su vale por un refresco en un cenicero, pero llevaba aún la tarjeta de plástico que la autorizaba a embarcar de nuevo en el avión. Intentó meterlo en el bolsillo del abrigo pero no lo alcanzó, de manera que tuvo que cogerlo con los dientes mientras se libraba del bolso y del abrigo. Metió a duras penas la tarjeta junto al paquete con el licor, dejándolo sobresalir un poco para que pudiera sacarlo con facilidad llegado el momento. Pero se le metió dentro y tuvo que vaciarlo todo: el cepillo con sus propios cabellos muertos, caídos; el periódico del día anterior de alguna ciudad extranjera; el libro cuya portada rasgó la cremallera del bolso; los pañuelos de papel rosado, los guantes para un clima frío, la cuota de cigarrillos libres de impuestos, la navaja suiza de bolsillo que no se podía comprar en casa, la cartera con la documentación. En el fondo estaba la brillante tarjeta. Sin ella no se podía embarcar de nuevo. Con ella te veías obligado a ir hasta el final del viaje, al igual que el pasaporte con tu nombre te obliga a una cierta identidad y lugar. Es uno de los tics nerviosos de viajar, sentir la seguridad de esa tarjeta brillante. Caminó hasta el expositor giratorio y volvió para asegurarse de dónde había puesto su tarjeta: sí, estaba allí. No era un trozo de papel; de plástico brillante no se podía romper, parecía indestructible; por supuesto los usaban una y otra vez. *Trópico de Capricornio, Kamasutra, Algo de valor*. El expositor giró y trajo de nuevo los mismos libros; sin embargo, se le volvía a dar la vuelta por si había escapado a la atención algún libro que llevabas toda una vida deseando leer. Si encontrara tal cosa allí y ahora, en esa última etapa, en esa última escala... Sintió un impulso de esperanza, quizá la excitación del cansancio y del tedio. Aparecieron de nuevo: *Algo de valor, Kamasutra, Trópico de Capricornio*.

Se acercó al asiento donde había dejado sus cosas y las tomó de nuevo: el abrigo, el pesado bolso de viaje. Alguien se había dormido con el último botón de la bragueta abierto, un sombrero tirolés de cordón trenzado y una pluma, que dejaba una señal en su frente húmeda. ¿Cuánto tiempo llevaban en aquel lugar? ¿Qué hora era allí de donde venía? (Algunos aeropuertos tienen una serie entera de relojes que muestran la hora en todo el mundo). ¿Sería aún ayer allí? —¿O mañana?—. ¿Y adonde iba? Pensó: lo sabré cuando llegue.

Un par de vendedores de curiosidades habían desempaquetado sus mercancías en un rincón. La gente estaba allí con la agonía final de la indecisión: ¿Qué haría él con una cosa así? ¿Le gustará a ella? Una mujer repetía, como lo había hecho ya en bazares, tiendas y mercados de todo el mundo: «Los he visto a la mitad de precio...». Pero esa era la última escala, la última oportunidad *para llevar algo*. ¿Si no, cómo sabrían que había estado allí? El último lugar de todos los demás lugares del mundo.

Brazaletes de hueso yacían en una espiral caída de círculos superpuestos. Pelos de elefante caían en el dibujo del símbolo olímpico. Había abrecartas de marfil y pequeñas pinturas de palmeras, chozas y bailarines sobre papel negro. El vendedor, acuclillado en la postura que deriva de la necesidad del mendigo sin piernas de sentarse así y que se ha convertido en el signo característico del profesional callejero —en ciudades como la que

debía de estar en algún lugar detrás del aeropuerto—, al igual que lo es el portafolios del hombre de negocios internacional que bebe cerveza en el bar, la importunaban con la obligación de comprar. Negarse era trastornar el orden de los papeles. Él estaba allí para vender brazaletes de «marfil» y arte «africano»; ellos —esa gente cerrada con él en el edificio— habían sido llevados hasta allí para comprar. Tenía razón al enfadarse. Pero ella hizo un movimiento de negación con la cabeza, mientras él lo intentaba con sus escasas palabras en alemán y francés (*billig, bon marché*), como si fuera sólo cuestión de darle la entrada para que ella interpretara el papel que se le asignaba. Pareció amenazar en su idioma; por fin su cabeza, tocada por un gorro blanco, se encogió entre las huesudas rodillas. Pero ella volvió a mirar la vitrina llena de mariposas tropicales, bajo el retrato del presidente. El retrato era claro y nuevo; un general golpista victorioso hacía unos meses, en gran uniforme, tan espléndido como el negro entre los Reyes Magos. Las mariposas, reliquias de alguna sociedad conservacionista del tiempo colonial, empezaban a desprenderse de sus chinchetas en trozos grises y fragmentos diáfanos. Pero había una tan grande como un murciélago y tan brillantemente engalanada como el general: algo en la tierra y el aire, en lo que pudiera existir allí fuera —en lo que existiera—, ¿eso era lo que hacía que naturaleza y cultura se imitaran?

Si fuera posible coger una mariposa grande. No para llevársela; para cogerla tan sólo. Pero tenía la navaja suiza y las botellas, por supuesto. La tarjeta de plástico. La acompañarían una vez más hasta el avión. Una vez entregada la tarjeta de plástico, no habría otro lugar adonde ir, sino que cruzaría la pista de aterrizaje y subiría la escalera hasta la bodega del avión, sin poder volver hasta donde estaba la azafata con su sombrerito de piel de leopardo, hasta la barrera. No estaba permitido; iba contra los reglamentos. La tarjeta de plástico la enviaría al avión, el avión llegaría al final del trayecto, cambiaría la navaja suiza por un beso, las botellas por un abrazo (dijo que no al vendedor de curiosidades hasta que él se alzó sobre sus rodillas y la siguió, agitando sus pinturas), «no, gracias; no, gracias». Pero él no se dio por vencido y ella tuvo que alejarse, volver a pasear arriba y abajo, una vez, por el recorrido caluroso y cerrado dictado por los pies de las personas, las mesas y las sillas del revés, los pequeños montones de bolsas de mano. El Cónsul estaba columpiando a la niña de las botas rojas con las manos. Esta lloriqueaba y reía al mismo tiempo, gritándole que la soltara, pero la versión ampliada del mismo modelo, la madre, reía de manera que sus pechitos se movían para el Cónsul, y para que todo el mundo comprendiera cuán maravillosamente se portaba hombre tan distinguido con los niños.

Hubo un rechinante crujido y después el anuncio, en un cuidado inglés con acento africano, de la partida del vuelo. Un revuelo concertado que sonó como un suspiro: ¡al fin! La madre de las botas rojas le decía a su hija que era una tontería llorar, el Cónsul reunía sus cosas, la mujer enrolló rápidamente el hilo naranja en una bobina, los durmientes se despertaron y los bebedores de cerveza echaron sus últimas pequeñas monedas extranjeras sobre la barra. Ya no había cola en el lavabo de señoras y la mujer del pantalón beis sabía que pasaría aún mucho tiempo antes del segundo aviso. Entró, y una vez más, se despojó del bolso y lo puso entre los montones de papel arrugado y el polvo desparramado. Dio la vuelta a todos los contenedores de jabón líquido, hasta encontrar uno que no estaba vacío; se lavó las manos concienzudamente con agua caliente primero, y luego con fría, y puso las palmas húmedas en la nuca, bajo el pelo. Se acercó a una de las filas de espejos y durante

un momento se fijó en lo que allí vio, y luego sacó de debajo de las botellas de licor, de la navaja suiza y de los documentos, el cepillo. Estaba lleno de cabellos: una telaraña de cabellos muertos que se enredaban de tal manera a las púas que estas no podían penetrar en una cabeza de cabellos vivos. Pasó los dedos lentamente sobre las púas y se dio cuenta de una joven india en el espejo de al lado, haciendo su complicado aseo con eficacia y rapidez. La india peinó hacia atrás su melena negra y lisa, cortada al estilo occidental, para que cayera sobre sus hombros, se pintó los ojos, se sacudió las manos cuajadas de anillos en vez de utilizar toallas de papel, se echó perfume francés a la vez que levantaba el cuello, arregló los pliegues de su sari verde y plateado que dejaba al descubierto un poco de su piel de color gris lavanda entre cintura y *choli*.

«Este es el último aviso para todos los pasajeros».

Los cabellos en el cepillo no tenían color, estaban enredados y cubiertos de pelusa. Enrollados al dedo índice (como el hilo anaranjado para las orejas del *spaniel*), se convertían en un embudo fibroso, sucio y repulsivo. No quiso que la muchacha india lo viera y lo escondió en la palma de la mano mientras iba a tirarlo al cubo de basura. Pero la india sólo se miraba a sí misma, miraba su reflejo apreciativamente mientras daba la vuelta y se marchaba.

El cepillo penetró con facilidad ya en los cabellos vivos. Una y otra vez, hasta que se quedó liso, y caía, como si tuviera memoria, como si fuera ropa doblada y planchada de determinada manera, siguiendo las líneas del peinado realizado por manos profesionales en otro hemisferio. Una mujer que llegaba tarde entró rápidamente en uno de los lavabos, tiró de la cadena y salió deprisa, con la tarjeta de plástico en la mano.

La mujer del pantalón beis se había pintado los labios y pasó una lima por debajo de sus uñas. Su bolso estaba ordenado. Echó una moneda en el platillo, como una ofrenda al dios doméstico y humilde, para la vigilante ausente. La voz africana apremiaba a los pasajeros para que pasaran inmediatamente por la puerta B. La voz tenía ciertas dificultades con las eses, pronunciándolas más bien como erres; era una voz agradable, razonadora, que sólo le pedía a todos que presentaran sus tarjetas de embarque, que evitaran retrasos y acudieran ordenadamente.

Entró en uno de los lavabos que ponía «Retrete de tipo occidental», que echaba el pestillo automáticamente al cerrar la puerta, un instrumento patentado que aseguraba la privacidad; no había que pagar. Llevaba su gabán y su bolso con ella y los arregló, el abrigo doblado y puesto sobre el bolso, en la parte más limpia del suelo. Recordó lo que había pensado muchas veces antes: no queda mucho tiempo, tengo que darme prisa. Para eso estaba la tarjeta de plástico: para garantizar que no se quedaría en tierra, nunca. La había metido bajo el cuello de la blusa, por falta de un bolsillo adecuado; la sintió fría y tiesa al ponerla allí, pero pronto adquirió el calor de su cuerpo. Algún alma pulcra, decidida a mantener los niveles occidentales, había cerrado la tapa y ella se sentó como si se tratara de un banco —el calor y el peso de lo que llevaba la agotó de pronto—. Pensó en fumar un cigarrillo; pero ya no había tiempo. Pero la necesidad de un cigarrillo le arrancó un profundo suspiro y sacó el paquete cuidadosamente del bolsillo de su abrigo, sin perturbar

el orden de lo que había en el suelo. Todos los pasajeros que retrasaban la salida del vuelo fueron instados a pasar inmediatamente por la puerta B. Se perdieron algunas de las palabras en el eco del sistema de intercomunicación y lo único que se podía entender era la repetición de la puerta B, un hecho vital que aunque hubieran desaparecido todos los contextos gramaticales haría que el mensaje fuera inteligible. Puerta B. Si recordabas, si conocías la puerta B, la clave para dominar el procedimiento entero seguía intacta en ti. La puerta B era el reverso de «Ábrete, Sésamo»; la introduciría, pasándola a salvo, en la conocida, familiar e inescapable seguridad de las cuevas de tesoros y sombras. «Inmediatamente. Puerta B. Puerta B.»

Se dio cuenta, por la diferente calidad del ambiente fuera de la puerta y de las puertas de más allá, que el vestíbulo se estaba vaciando. Se amontonaban, cargados con sus equipajes —la calceta, la niña de las botas rojas—, hasta la puerta donde la muchacha del gorrito de piel de leopardo recogía sus brillantes tarjetas.

Ella sacó la suya. Miró a su alrededor en la celda como se mira para posar un jarrón de flores o una nota que no se quiere que se lleve el viento. No se iría por el sumidero; el plástico no se desintegra en el agua. Ya se había dado cuenta descuidadamente antes que no era fácil de doblar. No estaba nerviosa; simplemente buscaba un sitio para deshacerse de ella. Oyó la voz (había un matiz de dolida turbación al pronunciar las erres como eles) pidiendo a la pasajera que retrasaba el vuelo no sé qué no sé cuánto que por favor... Notó por primera vez que había un ventanuco, con una especie de vidrio que se abría hacia afuera, justamente sobre la cisterna. Se puso de pie sobre la tapa e intentó mirar hacia afuera, metió la tarjeta brillante como una carta en un buzón. «Puerta B» ofreció la voz. Pero para pasar por la puerta B debías tener una tarjeta, sin la tarjeta la puerta B no ocupaba lugar alguno en ese procedimiento. No acertó a ver nada, estirándose con esfuerzo hacia arriba, por el ventanuco; no había forma de saber dónde había caído la tarjeta. Pero cuando medio saltó hacia arriba, medio bajó a gatas, durante un segundo, el ángulo cambiado de su visión presentó algo similar a una cabeza —la copa de una enorme palmera sin podar— en el cielo, que tal vez emergía entre edificios o sobre chozas y calles llenas de barro o polvo, donde habría burros, bicicletas y personas descalzas. La vio sólo un segundo pero con toda claridad, se fijó incluso en que era una palmera vieja, las hojas raspando y afilándose unas contra otras. Y había un cuervo: estaba segura de que vio el negro aleteo de un cuervo.

Volvió a sentarse. El cigarrillo había dejado una aureola marrón en la cisterna. En el rincón, lo que creyó el hueso de un dátil resultó una cucaracha muerta. Tiró la colilla muerta hacia ella. Se oyeron tachuelas en la sala exterior, una voz africana dijo «¿Quién está ahí? Por favor, ¿está usted ahí?». No intentó contener la respiración o quedarse especialmente quieta.

Allí no había nadie. Golpearon todas las puertas de los lavabos. Hubo una pausa tensa, como si el dueño de las tachuelas no supiera qué hacer después. Luego, las tachuelas se alejaron de nuevo y la puerta del servicio de señoras se cerró con el pesado sonido del aire al batirse.

Hubo estallidos de conmoción fuera, que llegaron sordamente adonde estaba

sentada. La calma se hizo más larga. Pronto cesaría la conmoción intermitente; los reactores debían de estar respirando fuego ya, los cinturones abrochados y los cigarrillos apagados, aunque el aire acondicionado no funcionaría todavía bien en tierra, y ellos sudarían pacientemente. No podían esperar para siempre, cuando ya casi habían llegado. El avión comenzó a rodar como un enorme cochecito de bebé, girando, parpadeando, estremeciéndose en su poder reunido.

Despegue. En la celda había un silencio y una quietud perfectas. Pensó en la mariposa grande; en el general con sus hermosos galas de entorchados y medallas. Despegue.

Así que era esa clase de lugar: cuervos posados en palmeras polvorientas, cuervos que picotean la carroña en las alcantarillas abiertas, mendigos sin piernas amenazando en una lengua desconocida. No la puerta B, sino alguna otra puerta. ¿Y si saliera por esa ventana, le pedirían sus documentos y la meterían en alguna otra celda, al capricho del general? El general no tenía razón alguna para fiarse de nadie que no pasara por la puerta B. Ya no había ningún ruido. Los lavabos estaban abandonados a sus ruidos internos; la cisterna se atragantaba de vez en cuando. Estaba bastante segura, por fin, de que el vuelo no se sabe qué número seguía su curso: se había ido. Encendió otro cigarrillo. No pensó en absoluto en qué iba a hacer; si hubiera decidido pensarlo no estaría sentada donde estaba. La mariposa, sin duda, se había extinguido y al general no le gustarían los desconocidos, las explicaciones (todo tiene su explicación) serían formuladas por sí mismas, en su ausencia, cuando el avión llegara a su destino. El licor del *duty-free* se podía echar por el retrete, pero quedaba el problema de la navaja suiza de bolsillo. Y con todo, al otro lado de la puerta prohibida: ¡hierba, buganvillas, ordenadas como rosas, el vislumbre de una carretera!

LA VIDA DE LA IMAGINACIÓN

De niña no habitaba el mundo de ellos, un lugar donde estos o aquellos armonizaban en una cena, y una de cuyas ocupaciones consistía en llamar al fontanero, ver si había que vender el coche para cambiarlo por otro o repararlo, esas entradas diarias en el libro mayor de la vida. La suma resultante eran casas cómodas y ordenadas, camas abiertas en las que las pesadillas y los sueños nunca rebasaban el umbral de la mañana, los besos nocturnos eran tan rutinarios como limpiarse los dientes, una mujer dejaba claro que «Charles nunca prueba comida recalentada», un hombre se planteaba que «Hay algo que aprendí de joven y es el valor del dinero».

Desde el principio hubo el misterio para ella y no la red cuidadosamente tejida con que lo cubrían, como el funámbulo está protegido contra la caída. En vez de polvo bajo las camas había (para ella) la mano que Malte Laurids Brigge vio alargándose hacia él en la oscuridad, bajo la mesa de su madre. Sólo que ella no tenía miedo, como más tarde leyó que él tenía; la reconoció y la agarró.

Y nunca la soltó.

No cometió la equivocación de pensar que por eso ella sería, inevitablemente, capaz de escribir o pensar; ese era también otro de los axiomas de ellos (Bárbara tiene una imaginación muy vivaz. Es una artista). Sabía que una cosa era tener entrada en ese otro mundo y otra distinta poder traer consigo algo de él. Estudió biología en la universidad durante un tiempo (el tema sajava en el pelo y la piel para llegar a las complejidades subyacentes que le atraían, y sabía que había buenas oportunidades para las muchachas que se licenciaban en ciencias), pero lo dejó y consiguió un trabajo en una galería de arte municipal. Empezó por ordenar postales de color sepia y prosiguió desempolvando tejas de cerámica china y aprendió a limpiar pinturas. El olor de la trementina, la cola y el café en la sala donde ella y el director trabajaban, fue su primera intimidación. Ellos no comprendían cómo podía ser tan feliz allí, alejada de la compañía de los jóvenes, y una vez su padre comentó, medio en serio, que esperaba que al director no le entraran ciertas ideas.

El director tenía muchas ideas, incluida aquella que se le ocurrió al padre de ella. Era un hombre ya maduro —al menos eso creyó ella entonces—, con ese rostro proboscídeo que con frecuencia acompaña a una mente inquisitiva, y una súbita desnudez de sus ojos de carey cuando se quitaba sus enormes gafas. Su mujer decía: «Es maravilloso para Dan que tú trabajes con él. Siempre ha sido uno de esos hombres que están mejor mentalmente cuando se enamoran un poco». Le contaba a su ayudante la historia de los caracteres de Wu Cheng-éns, el mono, el peregrino Tipitaka, Sandy, Pigsy y los dos caballos a los que ella quitaba el polvo, al igual que le hacía un análisis magistral de la decadencia del feudalismo en relación con el triunfo de la Larga Marcha. Él tenía una colección de fotografías de intrincada maquinaria y microfotografías de células de plantas,

y juntos, aprovechando la habilidad de ella para diseccionar ratas, ranas y saltamontes, añadieron ampliaciones de tejido animal. Él la besaba de vez en cuando, pero más bien como si eso formara parte del orden del cosmos; los labios de él eran delgados y lo sabía. Gracias a él conoció al joven arquitecto con el que se casó, con el que se fue a Japón, porque él había conseguido una beca en la Universidad de Tokio. Vagaron por el Oriente y Europa durante un par de años (lo que habían esperado sus padres; ella no tenía una casa propia) y luego volvieron a Sudáfrica, donde él se convirtió en un arquitecto de mucho éxito y consiguió una buena posición.

Fue así de sencillo y desconcertante. La administración gubernamental, al igual que las grandes compañías mineras e industriales, le contrataban para proyectar un edificio público tras otro. Él y Bárbara tenían una casa serena y modesta en un *kopje* en las afueras de Pretoria —el jardín mostraba lo bien que los escuetos espinos indígenas del Middle Veld seguían el lenguaje arquitectónico japonés—. Tuvieron hijos. Bárbara seguía siendo, ya cerca de los cuarenta años, una criatura alta y delgada, con un rostro huesudo, oscurecido por las pecas, guapa y que prefería estar a solas. El dinero apenas cambió su manera de vestir y en nada sus gustos; podía seguirlos más. Tenía un *pondokkie* abajo, en el río Crocodile, donde de vez en cuando pasaba un par de semanas sola en invierno. El matrimonio, por supuesto, no era posible. Ciertamente no se compenetraban, porque si uno se libra de la atracción hipnótica de las apariencias, ha de hacerlo por su propio esfuerzo. Y la diaria intimidad era un intento inevitable de esquivar eso que deja a quien comparte cama, cuarto de baño y mesa, tan solitario como en una multitud. Ella y Arthur, su marido, lo sabían; se llevaban muy bien casi sin hablarse, de vez en cuando instintivamente se volvían el uno hacia el otro, y estaban solos, él con su trabajo y ella con sus libros y su *pondokkie*. Hicieron felices a sus hijos. El director de su colegio decía que eran los niños más creativos que había tenido nunca (los hijos de Bárbara son tan artísticos, los hijos de Bárbara son tan imaginativos).

Cogieron el sarampión y tenían fiebres repentinas en los momentos más inoportunos, y una tarde, cuando Bárbara y Arthur estaban a punto de salir a cenar, descubrieron que Pete tenía mucha fiebre. La cena se celebraba en honor de un arquitecto danés que estaba de visita, que deseaba especialmente conocer a Arthur, así que él se fue mientras que Bárbara se quedó para ver qué decía el médico. No le gustó mucho enterarse de que el médico de cabecera estaba de vacaciones en Europa y de que vendría en su lugar su suplente. A lo mejor a él le sorprendió que le abriera la puerta una mujer que llevaba un vestido de noche —la propia casa llamaba mucho la atención a las personas que no habían visto nunca nada semejante—. Ella sintió la necesidad de explicarle el porqué de su aspecto, en parte para disimular la hostilidad que sintió hacia él por ser el sustituto de un rostro tranquilizador.

—Estábamos a punto de salir cuando me di cuenta de que mi hijo estaba rojo como un tomate.

Él sonrió.

—Es mejor que los rulos y las batas.

Y se quedaron allí, ella con su vestido largo, él con su abrigo y maletín marrón, como si durante un instante su estar frente a frente no estuviera muy claro; ¿habrían chocado tontamente al intentar evitarse en plena calle? Pasó aquel instante y se dirigieron hacia el dormitorio donde Pete y Bruce se incorporaron en sus camas, a la espera. Pete dijo:

—Este no es nuestro médico.

—Ya lo sé, es el doctor Asher, se ocupa de los enfermos del doctor Dickson cuando está fuera.

—¿No me pondrás una inyección, verdad? —dijo Pete.

—No creo que necesites que te pongan una inyección —dijo el hombre—. De todas formas, las pongo tan rápidas que ni siquiera te das cuenta de que las he puesto. De verdad.

El pequeño Bruce se rio, se repantingó en la cama y se tapó con las sábanas hasta la nariz.

El médico dijo:

—No debes reírte de mí. Puedes preguntárselo a mis hijos. Uno, dos, antes de llegar a tres está hecho.

Bruce le dijo:

—No te tires faroles.

El médico miró por encima de su maletín abierto y pareció encogerse ante esa declaración.

—Lo siento. No lo haré más.

Cuando hubo examinado a Pete, recetó un jarabe que les solía recetar el doctor Dickson; Bárbara fue a buscarlo al botiquín y quedaba una botella casi llena. Pete tenía glándulas hinchadas en la base del cráneo y bajo la mandíbula.

—Vamos a observarlo —dijo el médico mientras Bárbara iba delante de él por el pasillo—. He visto varios casos de fiebre glandular desde que estoy aquí. Llámeme por la mañana si se siente preocupada.

De nuevo se quedaron en la entrada, ella con los brazos a lo largo de su larga falda y él poniéndose el abrigo. No era más alto que ella y probablemente eran de la misma edad, pero tenía ese aspecto agotado de tanto trajín de los médicos de cabecera, siempre cargados con un maletín. Sus cabellos estaban cortados en una versión modificada a lo Julio César, a la moda de los arquitectos, periodistas y publicitarios; los médicos solían llevarlo corto por detrás y por los lados. Le dio las gracias, llamándole por su nombre, y él observó, en la

puerta.

—Por cierto, es Usher, con U.

—Ah, lo lamento, entendí mal por teléfono. Usher.

Él echó un vistazo a la casa.

—Estilo japonés, ¿no? Cultivan esos árboles en miniatura, asombroso. El otro día salió un artículo sobre eso, no recuerdo donde. ¿Cómo se llaman?

Ella conservaba desde la niñez un gesto desmañado de mover la mandíbula cuando se sentía incómoda. Al ver la casa la gente se estrujaba los sesos para decir algo a propósito y siempre sacaban lo de esos horribles arbolitos enanos.

—Ah, sí, bonsai. Muchas gracias. Buenas noches.

Cuando él se hubo marchado, ella le dio en seguida a Pete su medicamento y le dijo a la niñera el número de teléfono del hotel donde se celebraba la cena. Más tardé recordó con una claridad despreocupada aquellos pocos minutos antes de que él se fuera de la casa, cuando entraba y salía de la habitación de su hijo: la luz parecía rojiza, con el calor cargado de la niñez coloreándolo, las alfombras manchadas, los borrones en la pared, la voz africana alegremente despectiva de Dora y el arquearse de su gran trasero cuando esta se inclinaba para limpiar, el olor de la fiebre en los labios de Pete al darle un beso, y el encuentro, bajo la mano apoyada, de la confortable porquería de la cama de un niño: trozos de patata cruda utilizados como munición en un canuto, la forma dura de un trozo de rompecabezas, la espátula de madera que el médico utilizó para aplanar la lengua. Y le pareció incluso en ese momento que había tenido una rara visión momentánea de sí misma (no era una mujer dada a la conciencia de efectos creados). Había pensado —al moverse con cuidado entre las camas, debido al vestido largo, perfumada y maquillada— que esa era la imagen de la madre que los hombres han elegido perpetuar, los autobiógrafos, los Proust. Eso es lo que yo algún día puedo ser para esos muchachos, cuando sea una vieja con pelusa en la barbilla, muerta.

Pete estaba mejor al día siguiente. El médico vino alrededor de la una y media, cuando el niño dormía y ella almorzaba al sol en una bandeja. La criada llevó al médico a la terraza. Él no quería molestarla; ella estaba simplemente tomando un tentempié, como podía ver. Él se sentó mientras ella le hablaba del niño. Tenía un vaso de vino blanco junto a su plato de restos de ensalada de pescado —del vino también quedaba sólo un resto ¿pero qué podía importarle a él si ella bebía o no vino a solas en el almuerzo?—. El hombre miró con verdadero placer la terraza tranquila y soleada y a ella le dio pena que considerara magníficos los bonsai.

—Tome una copa de vino, está frío y delicioso —sus huesudos pies estaban descalzos bajo el sol invernal. Dijo que no; por supuesto, un médico no puede hacer lo que quiere. Pero sacó una pipa y se puso a fumar.

—Es tan agradable el sol, hay que reconocer que Pretoria tiene buenas cosas.

Los dos miraban los dedos de los pies de ella, el segundo dedo de cada pie estaba torcido; por supuesto, era porque el niño estaba dormido por lo que él se encontraba allí. Le dijo que era de Ciudad del Cabo, donde llovía durante todo el invierno. Subieron a mirar al niño; respiraba normal y silenciosamente.

—Déjele —dijo el médico. Abajo, añadió—: Que se quede un par de días más en cama. Me gustaría volver a verle las glándulas.

Vino poco antes de las dos al día siguiente. Esta vez sí aceptó una taza de café. Fue igual que el día anterior; podía haber sido el día anterior. Era casi la misma hora. El sol tenía exactamente la misma intensidad. Estaban sentados en el ancho banco de ladrillo, sobre un grueso cojín. El humo de su pipa lanzaba una tenue cortina de humo ante sus ojos. Ella le decía que el niño había mejorado tanto que casi resultaba imposible que guardara cama, cuando él la miró con aire divertido, como si los hubiera descubierto —a él y a ella— y su brazo, con la mano curvada para agarrarla, la acercó. Se besaron y sin que a ella se le pasara por la cabeza si quería o no besarle, descubrió que deseaba hacerlo con habilidad. Parece que lo hizo muy bien, porque el beso duró unos minutos, sus cabezas volviéndose de un lado para otro mientras sus bocas se separaban lentamente y se volvían a encontrar.

Y así empezó. Cuando se separaron el uno del otro, las palabras acudieron a ella: ¿por qué este hombre, por Dios, por qué tú? Y como se sentía avergonzada de ese pensamiento, dijo en voz alta.

—¿Por qué yo?

Él encontró tan conmovedora esa ignorancia de su propia atracción que la besó con fuerza, respondiéndole tanto a la pregunta articulada como a la que no lo fue.

Mientras se besaban ella se percató del breve y rápido movimiento lateral de un ojo de color pizarra, un segundo antes de que oyera el chillido de las playeras de la sirvienta que se acercaba desde la casa. Se apartaron, ella con una brusca prisa, él con una rapidez serena, de manera que la intimidad entre ellos siguió hasta cuando metió la pipa en el bolsillo, sacó su bloc de recetas y comentó, mientras la sirvienta recogía la bandeja del café.

—No sería mala idea tener en casa un antipirético suave, no tan fuerte como el que ha estado tomando, pero...

Así empezó. El hacer el amor, los absurdos del disimulo; hasta la aceptación de saber que ese médico que trabajaba tanto con la hoz de una sonrisa que cortaba cada lado de su boca, y la frente morena y curtida, había pasado por eso antes, quizá muchas veces. Y así empezó, exactamente como iba a ser.

Hicieron el amor la primera vez en el piso donde él vivía temporalmente. Fue una

experiencia fascinante para los dos y cuando terminó —por el momento— supieron que tenían que prestar con urgencia su atención a la muy práctica cuestión de cómo, cuándo y dónde iban a verse. Al cabo de un mes la mujer de él vino de Ciudad del Cabo y las cosas se complicaron. Él había alquilado una casa para la familia; el apartamento subarrendado con los libros, las sábanas y los cachivaches de otras personas, en el que él y Bárbara eran los únicos objetos familiares entre sí, se había convertido en un paraíso perdido. Fueron en coche por separado hasta Johannesburgo, para pasar una tarde juntos en un hotel (Pretoria era un lugar demasiado pequeño como para que no los reconocieran). Él estaba atado a sus interminables horas de trabajo; no tenía adonde ir. Su problema era la pasión, pero su única esperanza eran soluciones de lo más realistas y prácticas. No podían eludirlas. Después de que el último paciente se fuera de la consulta por la tarde, el edificio quedó desierto —un bloque de oficinas—. Dio unas chupadas a la pipa hasta que tomó la decisión de que estarían muy seguros allí. Ella, sorda y ciega con el deseo del encuentro, entraba desde una calle lateral donde estacionaba el coche, atravesando el sombrío vestíbulo, pasando junto a las fregonas y cubos del limpiador africano, subiendo en el ascensor con su ojo luminoso que mostraba, mientras subía, los distintos pisos, luego por los pasillos de puertas cerradas y placas comerciales hasta que lo encontró: Dr. J. McDow Dickson, M. B. B. Ch. Edin. Horas de consulta, Mañanas 11-1. Tardes 4-6. En la vieja meridiana de la antesala del doctor Dickson hicieron el amor, entre calendarios de seguros médicos y accesorios de despacho con anuncios de antibióticos. Una vez oyeron al limpiador metiendo su llave maestra en la puerta de la sala de espera; una vez alguien (sin duda un paciente) la golpeó durante un rato y luego se fue. Siempre estuvo segura, sin censurarlos, que asuntos amorosos sórdidos le serían inútiles. Aprendió que la sordidez es lo que piensa el de fuera, el que no participa; no hay asuntos amorosos sórdidos para los amantes.

Se encontraban donde, como y durante el tiempo que podían, pero todavía pasaban separados la mayor parte del tiempo. Las comunicaciones, los movimientos, los lugares de reunión, todo eso tenían que prepararlo como si fueran dos agentes secretos de los que nadie debía sospechar que estaban en contacto. Con el fin de planear una estrategia, cada cual tenía que contar al otro su vida diaria: así fue como llegaron a conocer, poco a poco, aquella zona abismal de la vida de cada uno lejos de los brazos del otro.

—Los jueves por la noche siempre estoy sola porque Arthur tiene un seminario en la universidad.

—Puedes llamarme siempre los domingos por la mañana, entre las ocho y las nueve, porque Yvonne está en misa.

Así que su mujer era católica. Pues sí, pero él no. Por supuesto eso significaba que sus hijos eran educados como católicos. Una tarde, cuando él y Bárbara se vestían en la sala de consulta, ella vio la foto de tres niñas pequeñas bajo un plástico transparente, en su cartera. Cabellos rubios platino, tan cortos y lisos como un cepillo de dientes de nailon, bandas, enaguas de red, calcetines blancos con elástico: las hijas de una de esas mujeres primorosas y bonitas que las cuidan igual que cuidaban a sus muñecas. Bárbara nunca llegó a conocerla. Él dijo que las mujeres de los médicos locales se portaban muy bien: ella jugaba al tenis habitualmente en casa de una, otra tenía niñas de la misma edad que las

suyas y se habían vuelto inseparables de estas. Si él y Bárbara se encontraban en la consulta los viernes por la tarde, él tenía que estar pendiente de la hora.

—La noche del *bridge* —decía, obstinada y resignadamente. A veces decía—: Maldita sea la noche del *bridge*.

Entre abrazos, confesiones, las preguntas surgieron fácilmente hasta un punto.

—Llevas una vida diferente —dijo él. Quería decir «de la mía». O quizá de la de su mujer.

Allí tumbada, Bárbara tenía una expresión de distanciamiento.

—Ah, sí —él no quería quedar exento, consentido, fuera del amor; tenía su propia idea de la verdad—. ¿Qué pasó con los árboles japoneses aquella vez, la primera que estuve en tu casa, qué dije yo? Pusiste una cara tan seria.

—Ah, eso. Lo de los bonsai.

El reproche era para sí misma; él no entendió el estremecimiento de repugnancia por el «buen gusto»; bueno, ¿no era el estremecimiento tan quisquilloso a su manera, como lo era el «buen gusto»? Te prostituyes yendo de un concepto a otro, según tu sensibilidad.

—En absoluto diferente —ella volvió a su comentario original; él se daba cuenta que tenía la cualidad de almacenar una serie de comentarios tuyos y luego, sin vacilar, tomar uno u otro—. Es como echar una red al mar. Sacas peces pequeños o grandes, algas, fango, trocitos de cosas brillantes. Pero el agua, el elemento en que viven, eso se escapa.

—Así que esta noche es *bridge* —añadió ella, extendiendo la mano para acariciar el pecho de él.

Él se sacó la pipa de la boca.

—Cuando estás en el Crocodile —dijo (llamaban así a su *pondokkie* porque estaba en el río Crocodile)—, ¿qué haces cuando estás sola?

Ella estaba tendida bajo su mirada; sintió cómo él la valoraba, resultaba incómodo, como si le hubiera puesto una joya en la frente. No respondió.

—Lees, ¿eh? Lees y piensas en tus cosas.

Desde hacía años apenas había tenido tiempo de leer sus revistas médicas.

Ella veía la extensión inmóvil y árida hasta el horizonte, todos los espinos iguales, los estrechos senderos del ganado que llevaban dando vueltas por la hierba limpia y reseca, el silencio en el que uno parecía caer al mediodía, como dentro de una bolsa de aire; el

silencio que existiría cuando el corazón se parase, mientras lo demás seguiría, como siempre, en el silencio del *veld*, los árboles duros esperando que subiera la savia, la hierba muerta que esperaba ser sustituida por la nueva bajo la lluvia, los pedruscos que se resquebrajaban en nuevas formas bajo la escarcha y el sol.

Pero vivo bajo la mano de ella estaba el vello del pecho de él, aún mojado y suave por el contacto de su cuerpo, y le dijo, con los dientes apretados:

—Ojalá pudiéramos ir allí. Ojalá que estuviéramos allí en la cama.

Aquel invierno no fue ni una vez a la cabaña. Se había convertido en un refugio donde podrían haber hecho el amor durante noches y días enteros. Eran tantas las horas en que no podían verse. Ni siquiera podían telefonarse; él estaba en casa con su familia, ella con la suya. Aquellos lentos ratos de la mañana, que se derretían al sol; aquellas largas tardes cuando la irrupción de sus hijos era una monstruosa ruptura, ¿de qué? No había nada. Le veía como le había mirado una vez sin que él se diera cuenta, cruzando la calle y caminando a lo largo de la manzana hasta su lugar de encuentro: un hombre menudo con una pipa sostenida entre los dientes de un modo un tanto brutal, la curva sonriente de la boca desmentida por las arrugas curvadas hacia abajo y hacia adentro de la frente y de los párpados, mientras cabeceaba. En su mano, un elegante maletín de piel de cerdo que ella le regaló porque era fácil de explicar como regalo de un paciente agradecido. No ve a nadie, sólo adonde va. Sentada en la cena o leyendo por la noche, le veía así, a plena luz del día, cruzando la calle con el maletín en la mano. Parecía que pudiera seguirle por toda la pequeña ciudad llena de cuestas, vislumbrando su espalda entre las de otros al cruzar la plaza, pasando por delante del doctor Doolittle con su sombrero de copa (eso era lo que creían sus hijos que era la estatua del presidente Kruger), visitando las zonas residenciales, el automóvil lleno del humo de pipa y las ampollas vacías con el cuello roto, la sonrisa como una costumbre severa, que no saludaba a nadie.

A veces se materializaba en su puerta: había tenido una llamada en la vecindad o al menos eso era lo que le decía a la enfermera. Sería por la mañana, cuando los chicos estaban en el colegio y Arthur en su estudio.

Siempre iba directo al teléfono y llamaba a la consulta, por si alguien veía su coche:

—Ah, Birdie, estoy en Muchleneuk, ¿hay alguien que tenga que visitar por aquí? Mi próxima será al niño de los Wilson, de Waterkloof Road, así que...

Se sentaban de nuevo en la terraza y tomaban café.

Y echaba un vistazo de experto a las puertas y las ventanas antes de besarla; olía a la sala de cirugía del hospital, donde había estado, o al jabón con que se había lavado las manos en las casas de otros. Vestía un jersey que le había enviado su madre y guantes de piel de cerdo. Yvonne se los había comprado —sonreía al contarlos— porque pensaba que el nuevo maletín elegante hacía parecer deslucidos a los antiguos. Para Bárbara tenía el aura de las horas en que no estaba con ella.

Ella no había estado nunca en su casa, por supuesto, y no conocía la distribución de las habitaciones, ni el sonido de las voces que sonaban en ella a primera hora de la mañana dando prisa para ir al colegio o al hospital (sabía que se levantaba muy temprano, incluso mucho antes de que ella se despertara), o la clase de conversación que se produce tomando allí copas con los amigos, o el ambiente tan intensamente personal de todas las casas, o la última hora de la noche, cuando se han ido los de fuera y se cierran las puertas y se apagan las luces, una por una.

Nunca había estado con él en compañía de otras personas (con la excepción de Pete y Bruce), y no sabía con qué ojos le mirarían los demás, ni cómo sería su estilo. Escuchaba con cuidadoso despego cuando llamaba a la enfermera; su comportamiento con ella era cansado y humorístico, pero eso era tan sólo camaradería profesional, con un toque de ese flirteo que encanta a las mujeres mayores. Un par de veces tuvo que llamar a su mujer en presencia de Bárbara: era la telecomunicación anónima de un matrimonio de muchos años:

—¿Yvonne? Ya voy para ahí. Tardaré unos veinte minutos más o menos. Bueno, si vuelve a llamar di que estaré después de las nueve. Sí. No lo haré. Hasta pronto.

Cuando estaban juntos después de hacer el amor, hablaban de sus vidas pasadas y del futuro de él. Él tenía la intención de ir a América al año siguiente, para hacer lo que siempre había querido: investigación biológica. Hablaron detenidamente acerca de la planificación de sus finanzas: él había traspasado su consulta en Ciudad del Cabo para poder mantener a su familia mientras estudiaba con la beca que le había prometido. La sustitución por seis meses era un paréntesis entre el traspaso de su consulta y la beca de Boston. Sufrió momentos de profunda incertidumbre: debía haberse marchado hacía diez años, joven y resuelto; pero era inútil, ya entonces había una chica, matrimonio, bebés. Desde lo profundo de su incertidumbre, él y Bárbara se miraban como los presos que se despiertan y se encuentran en el suelo de la misma celda. Le decía, aunque no sirviera para nada, «Te quiero». Se dedicaron de nuevo otra vez a la cuestión de cómo él podría aprovechar sus oportunidades en América y con quién debía de intentar trabajar. Y luego era la hora de vestirse, la hora de irse, la hora de estar en casa para cambiarse para su velada de *bridge*, la hora de estar en casa para recibir a los amigos de Arthur. Juntos en el ascensor permanecían callados, cansados, a la vez. Abandonaban el edificio de la consulta cada cual por su lado; mientras ella caminaba él se convertía de nuevo en esa figura que cruzaba las calles, que entraba y salía de las casas y el coche, con el maletín de piel de cerdo en la mano, sin mirar a nadie, sólo adonde iba.

Ella construía mentalmente trozos de diálogo, como fragmentos recordados de una obra teatral. Le seguía a casa hasta la mesa de *bridge* (nunca había jugado a las cartas) o hasta la mesa de la cena —había un asado, sería eso, una pata de cerdo asado con puré de manzana, y él trinchaba, sabiendo qué parte le gustaba más a cada miembro de la pequeña familia—. Las mucha-chitas de cabello platino y calcetines blancos se habían lavado las manos. Los jugadores de *bridge* hablaban con la familiaridad de los colegas, las mujeres decían: «John no querría saber nada», «Tengo que decir que lo único que recuerda es cuando debe pagar el seguro», «No encuentro a nadie que haga bien los cuellos de sus camisas». Sospechaba que la mujer de él le compraba la ropa; pero el corte de pelo lo

escogía él mismo. Como la había escogido a ella, Bárbara, y a otras mujeres. Los domingos se tumbaba en la terraza con un libro sin leer, o se reía o hablaba sin escuchar a los amigos de Arthur (ya todos parecían amigos de Arthur), y él corría por alguna cancha de tenis limpia y dura, con el rostro enrojecido, ágil, tal vez feliz, con la felicidad despreocupada del ejercicio físico. No estaba celosa, sólo un poco excitada por la idea de que él no pensara en ella. O quizá ese domingo habían ido de excursión con los niños. Una vez, cuando le había imaginado toda la tarde en la cancha de tenis, él le dijo que la tarde de ese domingo se la tragó una excursión familiar: las niñas habían oído hablar de la reserva de Krugesdorp. La chica sencilla, de cabellos platino, había trepado sobre él para ver mejor: ¿estaba irritado? ¿O alisaba los cabellos tras las orejas de la niña con ese gesto de amante que le era propio, que quizá fuera, al tiempo, un gesto de padre? Volvió a leer un párrafo del libro, posado entre sus codos en el césped: «... la palabra *lolo* significaba a la vez “alma” y “mariposa”... el doble significado se debe al hecho de que la crisálida se parece a un cadáver amortajado y que la mariposa sale de ella como el alma del cuerpo de un hombre durmiente». Pero la idea no tenía ningún significado para ella. Las palabras flotaban en su mente; no, una polilla, una polilla de aspecto ordinario, con color de camuflaje, inadvertida por las calles, que cruzaba rápidamente la plaza al atardecer, llegando silenciosamente por el pasillo, rozando suavemente. Ardientemente, despertando al cuerpo dormido.

Una noche en que tuvo la suerte de estar sola durante unos días (Arthur estaba en El Cabo), él pudo escabullirse y visitarla en su casa. Esa rara oportunidad exigía una cuidadosa planificación, al igual que los demás encuentros entre ellos. Dijo que iba a la reunión de una asociación médica; ella cenó temprano, para que los criados no estorbaran. Se aseguró que todas las ventanas de la casa, salvo las de su dormitorio, estaban a oscuras, para que cualquier visitante inesperado pensara que se había ido a la cama y no la molestara. En realidad, se tumbó en la cama, completamente vestida, esperándole. Aquella tarde le había dado la llave de la puerta lateral, la de la terraza. Atravesó con una incertidumbre silenciosa y decidida la casa del otro hombre. Nunca había estado en el dormitorio, pero sabía donde estaban los cuartos de los niños. Cuando ella le escuchó llegar al pasillo donde un recodo dividía las habitaciones de los padres de las de los niños, se levantó y fue en silencio a su encuentro. Los chicos llevaban muchas horas dormidos. Ella tomó sus manos limpias, reseca y frías en la noche invernal, y luego caminaron juntos. En el dormitorio, cuando ella cerró la puerta, sintió frío y temblaba, como si acabara de encontrar un refugio.

Él tenía que marcharse no mucho más de la hora en que terminaría la reunión; ahora, como era su propia cama, en su propia casa, ella se quedó tumbada allí, desnuda, estirada bajo el revoltijo de las sábanas y le miraba vestirse. Él cogió el cepillo de ella y se lo pasó por los cabellos ante el espejo, lanzándose una mirada fugaz y conocedora. Se sentó en la cama como un médico, para abrazarla por última vez. Le miró soltar suavemente el picaporte de la puerta, casi sin hacer ruido al cerrarla, le oyó bajar con paso regular y tranquilo por el pasillo, escuchó el leve crujido que produjo al pasar por el salón grande y luego, tras una pausa, escuchó sus pisadas desvanecerse por la terraza. El motor de un coche se puso en marcha: las sombras que produjeron las luces de los faros barrieron las ventanas del dormitorio.

Alargó la mano para apagar la lámpara de la mesilla, pero no movió ni la cabeza ni el cuerpo. Se quedó tumbada en la oscuridad durante un rato largo, tal como él la había dejado; tal vez durmiera. Parecía como si un oscuro viento soplara por su mente vacía; estaba despierta, y se levantó un viento nocturno, el vendaval frío del *veld* invernal, presionando contra paredes y ventanas, como presiona sobre los oídos. La rama de un espino rascó el muro de la terraza. Oyó las hojas secas arremolinarse y correr sobre las losas. E irregularmente, a largos intervalos, una puerta golpeaba sin engancharse. Intentó dormir o volver a dormir, pero una parte de su mente esperaba el impacto de la puerta en el viento. Y llegaba una y otra vez. Lentamente, un pensamiento racional se fue pegando al ruido: identificó la dirección de donde venía, su mente viajó por la casa en la misma dirección que él tomara y llegó hasta la puerta de la terraza. La puerta golpeó con un oscilante estremecimiento, de nuevo.

Había dejado la puerta abierta. La vio; vio la puerta abierta, y el viento que hinchaba las largas cortinas y enviaba papeles que volaban por la habitación, las hojas entrando y deslizándose por los suelos. La casa entera se hinchaba con el viento. Desde hacía poco había robos en el barrio. Esa era una de las pocas casas que no tenía un sistema de alarma; ella y Arthur se habían negado a encerrarse en el miedo del hombre blanco de ser atacado él o sus propiedades. Sin embargo, ahora, la puerta estaba abierta como la de cualquier casa abandonada y se encontró con que, como cualquier matrona de un barrio residencial, estaba segura de que iban a entrar. Entrarían sin hacer ruido, con aquel viento, y se acercarían por la casa, negros con cuchillos en las manos. Ella, que nunca se había sometido a esa clase de miedo en su vida, les oía acercarse, les escuchaba respirar bajo sus sucias máscaras de trapos y sus gorros *tsotsi*. Habían matado a un viejo en una granja de las afueras de Pretoria hacía una semana; alguien, que los periódicos describían como madre de dos niños, les había mantenido a raya junto a su cama con un palo de golf. El viejo recibió múltiples heridas, múltiples heridas.

Estaba vacía, incapaz de evocar cualquier cosa que no fuera esa rancia fantasía, compartida con toda la ciudad, con toda la población blanca. Yacía poseída por ella, y pensó, lo anheló intensamente: «Entrarán en la habitación y me clavarán un cuchillo. Sin darme tiempo a gritar. Rápido. Profundo. Fuera».

Pero en lugar de eso llegó la luz. Sus hijos comenzaron con sus ruidosos juegos susurrantes, por la casa, muy temprano.

ÁFRICA EMERGENTE

Ahora está en prisión, así que no voy a mencionar su nombre. No estaría bien, enténdalo. Tal vez piense usted que lo entiende de sobra; pero no se apresure a sacar conclusiones a cinco o seis mil millas de distancia. Si viviera aquí, entendería algo más: los amigos saben que las muestras de lealtad están bien para los niños que juegan al corro en el patio del colegio; para nosotros son lujos nada importantes y tal vez peligrosos. Si yo dijera soy amigo de fulano, un negro que está esperando juicio por traición, ¿qué beneficio le haría? Y, quién sabe, podría atraer precisamente esa decisiva pizca más de atención hacia mí. *Él* sería el primero en estar de acuerdo.

No es que piense que, si no tuviera todavía suficientes cosas en mi expediente, esto iba a suponer alguna diferencia; y no es que él sea en realidad tan amigo mío. Pero es algo que usted no podría entender; aquí todo es ambiguo. Nosotros difícilmente sabemos, por ahora, qué podemos hacer y qué no podemos hacer; es difícil, entre leyes y dudas y rebelión y cautela y, aún más, la propia insatisfacción, precisar qué es amistad y qué no lo es. Estoy hablando de blancos y negros, por supuesto. Si siendo blanco te quedas en la parte blanca en los clubes de campo y las urbanizaciones con jardines, y siendo negro en el lado negro, en las reservas y las cervecerías, nada de esto te concierne, y podrás recorrer en paz todo el camino hacia el cementerio segregado. Pero no es ese su caso, ni el mío.

Yo empecé mezclándome con negros, no por lo que se conoce como un sentido de justicia ultrajado, sino más bien por una enorme curiosidad, cuando era estudiante. Había dos caminos: uno a través de la Organización del Servicio Voluntario de estudiantes blancos, una especie de *kibbutz* donde los chicos y las chicas blancos iban a las áreas rurales y acampaban mientras construían aulas para los niños africanos. Algunos estudiantes de color y africanos procedentes de sus universidades segregadas solían unírseles también y ahí estaba la novedad, no sin valor, de dormir al lado de ellos por la noche, aunque sabíamos que probablemente estábamos encubriendo a espías de la Special Branch entre nuestros complacientes trabajadores, y no nos atrevíamos a meter mano a las chicas de color o negras. El otro camino —menos duro para las manos— era ir a tomar copas con los músicos de *jazz*, los periodistas, los pintores, los presuntos poetas y los actores que gravitaban hacia los blancos, en parte porque semejante gente, naturalmente, piensa que puede vivir libre del mundo, y en parte porque encontraban un estímulo y un aprecio que les resultaban agradables. Lo intenté en la Organización del Servicio Voluntario durante algún tiempo, pero el otro camino me gustaba más; de cualquier modo, no veía por qué iba a ayudar a este gobierno haciendo el trabajo que él debía hacer por el bienestar de los niños negros.

Soy arquitecto y la forma a la que me agarré para ser útil a la causa negra fue la siguiente: dibujaba decorados para un grupo teatral mixto, que había creado un director blanco. Quizá no haya ningún grupo humano urbano tan íntimo, en última instancia, como

una compañía de ese tipo, y el problema del color nos unía todavía más. No me refiero a lo que usted piensa, a lo que siento sobre lo de la piel negra; me refiero a la exasperación diaria de evitar, burlar o vulnerar las leyes de segregación que gangrenaban nuestras producciones y nuestras vidas. Teníamos que acordarnos de firmar los «pases» por la noche para que nuestros actores pudieran ir a sus casas sin ser detenidos por estar fuera después del toque de queda para los negros, teníamos que pasar horas en el Departamento de Asuntos Bantúes intentando conseguir permisos de residencia local para actores a los que se les «ubicaba» fuera de la ciudad, en las aldeas a las que, aparentemente, pertenecían étnicamente, aunque jamás las hubieran visto en sus vidas, y tuvimos que decidir cuál de nosotros asumiría el papel de sicofante lo bastante bien como para convencer al comisionado Bantú que permitiera que el espectáculo se trasladara de una Zona de Grupo, asignada por color, a otra, o hablar con un funcionario de pueblo para que convenciera a su consejo que permitiera el uso de un auditorio público «blanco» para un reparto mixto. Las vidas de los actores negros estaban en nuestras manos, porque ellos eran negros y nosotros blancos, y podíamos y debíamos interceder por ellos. Eso no quiere decir que todo entre nosotros fuera una maravilla; en realidad había un sinfín de susceptibilidades y discusiones. Una mujer blanca que trabajaba como una esclava en las relaciones públicas y se encargaba del vestuario, lleva años sin hablarme porque le hice que dejara su cochecito a uno de los tipos que se había quedado trabajando hasta después de que el último tren saliera para la reserva, y se lo quedó durante todo un fin de semana y ella no pudo localizarlo porque, por supuesto, hay pocas casas allí con teléfono y una vez que un negro desaparece en esas madrigueras no lo puedes encontrar hasta que no le da la gana de reaparecer en la ciudad blanca.

Y cuando este reapareció, me puso verde hablándome de esas hijas de puta blancas que se dedican a «proteger» a gente a la que en su interior siguen considerando como si fueran «criados». Pero nuestras riñas, resentimientos e incomprensiones no sólo formaban una gran parte de la intimidad de este grupo, como en los buenos tiempos las fiestas y el hacer el amor, sino que eran mucho más: eran la parte definidora, porque ya éramos lo bastante próximos como para admitir las discusiones, los resentimientos y las incomprensiones entre nosotros.

Él formó parte de ese grupo durante cierto tiempo. Era un empleado de mensajería, después «gerente» y vigilante de un club de baile negro. En su tiempo libre tenía de vez en cuando pequeños papeles en nuestras producciones, y ayudaba en todo; al final se descubrió que lo que sabía hacer mejor era ganarse al público. Su encanto de gordinflón (era un joven grande y vestía de colores vivos) daba en el blanco al vérselas con el talante inesperado de los públicos de las reservas cuando estábamos de gira —a veces llegaban muy tiesos, encorsetados en sus mejores galas de domingo, y les parecía vulgar reír o responder a la acción que sucedía en el escenario; en otros lugares, embestían contra las puertas, intentando entrar sin pagar, y eran dominados por el elemento *tsotsi*, de pillos callejeros, que no querían escucharse más que a sí mismos—. Era el amigo particular —el otro, el lado pasivo— de un amigo particular mío, Elías Nkomo.

Y aquí me paro. ¿Qué decir de Elías? Ni siquiera he aprendido en cinco años qué pensar de él.

Elías era escultor. Tenía uno de esos trabajos —«chico de los recados» o algo por el estilo— a que los jóvenes negros educados pueden aspirar en pequeñas ciudades con industrias y minas de oro fuera de Johannesburgo. Alguien dijo que tenía talento, alguien me lo envió —al principio, el camino para que cada negro se encontrara a sí mismo parecía indefectiblemente pasar por un hombre blanco—. ¿Qué podría decir de su obra? Llegó en tren a la sección para negros de la estación central de Johannesburgo, llevaba un objeto abultado envuelto en el periódico de aquella mañana. Era menudo, de cabeza redonda, pequeñas orejas, con ropa de color pardo, con el ceño fruncido por el esfuerzo, pero su rostro se desplegó en una gran sonrisa de disculpa, pero también de confianza, cuando se dio cuenta de que el blanco que esperaba en el coche tenía que ser yo: la reunión ya había sido concertada. Le llevé a mi «lugar» (siempre llamaba así a la casa de la gente) y él desenvolvió el periódico. Lo que había allí no tenía nada que ver con las masas de diorita o arenisca que se ven en las galerías de Nueva York, Londres o Johannesburgo con los nombres de «África Emergente» o «El Espíritu de los Antepasados».

Lo que había era una cabra, o una criatura parecida, como un centauro se parece a un caballo o a un hombre, tallada en madera vetada y llena de nudos. Era encantadora (me apeteció extender la mano para tocarla), se movía en una especie de concreta diacronía, bestia-hombre, madera tosca-artesanía refinada, y había algo expuesto en ello (después de todo, retirabas la mano).

Le pregunté si conocía las cabras de Picasso. Sabía quien era Picasso, pero no había visto su obra. Le enseñé una fotografía de la famosa cabra de bronce que se encuentra en la propia casa de Picasso; después todas sus bestias mostraron órganos sexuales tan alegres como las ubres de las cabras de Picasso, pero esa fue la única «influencia» que recibió. Como he dicho, un blanco siempre intercede de alguna manera por un hombre como Elías; lo mío fue mantenerle alejado de las señoras galeristas amantes del arte, que querían promocionarle, y de los pintores y escultores blancos que se mostraban dispuestos a que trabajara bajo su tutela. Le di un antiguo garaje (bueno, quiero decir que quité mi coche de allí), y le dejé en paz y rodeado de montones de madera.

Pero a Elías no le gustaba la soledad del trabajo. Aquel garaje nunca llegó a ser su «lugar». Tal vez, si vives en un corral atestado toda tu vida, el contra-estímulo de la distracción se hace necesario para crear una tensión de concentración. No, todo lo que hay que decir es que le gustaba la compañía. Al principio sólo venía los fines de semana y luego, cuando empezó a vender algunas de sus obras, dejó el trabajo de mensajero y se trasladó allí más o menos permanentemente; arreglamos el lugar juntos, poniendo un techo y conectando el agua y cosas por el estilo. Era ilegal para él vivir en una zona residencial blanca, por supuesto, pero ese tipo de leyes generaban evasiones complementarias en gente como Elías y yo, y el inspector blanco de la construcción se desentendió, le dije que iba a convertir el garaje en un piso para la madre de mi mujer. Las cosas mejoraron para Elías una vez estuvo allí; siempre compartía su casa con algún amigo, por no hablar de las chicas que pasaban por su cama; a veces eran chiquillas tímidas, casi de la variante ayudante de cocina, que llamaban «señora» a mi mujer si la encontraban al atravesar el jardín; a veces eran las actrices empelucadas y pintadas del grupo, que se sentaban a chismorrear con mi mujer mientras le daba de comer al bebé.

Y él venía más que nadie —el regordete y alegre que se entendía tan bien con el público—; estaba casado, pero al igual que ocurre con nuestro sexo, una antigua amistad era un factor más importante en su vida que una mujer e hijos; si esa es una característica de los negros, yo mismo debo de ser negro bajo mi piel. Elías participaba tanto en el grupo teatral como él; Elías hizo unos hermosos dioses de *papier mâché* para la obra que representamos de un nigeriano —«espíritus de los antepasados», a la vez divertidos y amenazadores—, y una vez, cuando necesitábamos un cantante, sorprendentemente resultó que tenía una voz que podía frasear un madrigal tan fácilmente como aquello que apareció antes del *Soul* —no lo recuerdo ahora pero resonaba hora tras hora en el garaje donde trabajaba—. A Elías parecía que le gustaba más trabajar cuando el otro andaba por allí; él se sentaba con sus piernas de muchacho gordinflón, estiradas, flexionando los dedos de sus pies calzados con zapatos de moda, sacudiendo el polvo de las solapas de sus chaquetas de último grito, mientras cambiaba discos y mantenía un monólogo punteado alegremente por aquellos suaves gruñidos y suspiros de acuerdo, aquellos repentinos estallidos de risa casi silenciosa —únicas respuestas posibles en lenguaje africano— que surgían de Elías mientras cincelaba y esculpía. Porque hablaban en su propia lengua y nunca supe de qué.

A pesar de mis esfuerzos por dejarle en paz, inevitablemente Elías fue descubierto (¿no había yo iniciado el proceso con aquel garaje?), y una galería se anunció como su agente. Paseó por la inauguración de su exposición individual vestido con un jersey púrpura de cuello de cisne, que creo que le hizo comprar su mejor amigo, riéndose de sí mismo suavemente, más incómodo que complacido. Un crítico de arte escribió sobre sus valores trascendentales y modalidad plástica, y él dijo: «Por Dios, ¿lo entiende o no?», mientras brindábamos por su triunfo con brandy seguido de cerveza —el brandy no es bebida de ricos en Sudáfrica, se hace aquí y la gente se emborracha con él.

Aquel año ganó bastante dinero. Luego, la propietaria de la galería y el crítico de arte se olvidaron de él cuando descubrieron a otro intérprete del alma africana, y volvió a ser pobre, pero había conseguido una mecenas que aunque vivía lejos no se olvidó de él. Era, como se podía suponer, una señora norteamericana, muy vieja y rica, según la leyenda sudafricana, pero probablemente sólo una viuda madura de buena posición gracias a sus acciones en bolsa, y con un deseo de participar en algo que empezara a asomar en el mundo del arte y que no estuviera todavía saturado. Había comprado algunas obras suyas cuando estuvo como turista en Johannesburgo. A lo mejor tenía algunas relaciones académicas con el mundo del arte; en cualquier caso, fue responsable de que una fundación ofreciera una beca a Elías Nkomo para que estudiara en América.

Podía entender que él quisiera ir por ir: ver el mundo de fuera. Pero no podía creer que en esa etapa quisiera o pudiera emplear las disciplinas formales de las escuelas de arte. Como le dije entonces, soy únicamente un arquitecto, pero he tenido la experiencia de lo académico y, Dios nos libre, de lo frenéticamente no académico de las mejores escuelas, y no es para gente que, por emplear cierta jerga, se han descubierto a sí mismos.

Me acuerdo que dijo, sonriendo:

—¿Crees que me he encontrado a mí mismo?

Y yo dije:

—Hombre, nunca has estado perdido. Aquella primera cabra envuelta en un periódico era tu cabra.

Pero más tarde, cuando le negaron el pasaporte y empezamos a preocuparnos porque saliera al extranjero, volvimos a hablar. Él quería ir porque creía que necesitaba algún tipo de educación general, una cultura general que no había aprendido en los seis años de la escuela de la reserva.

—Desde que me fui a tu lugar he leído mucho de tus libros. Y, hombre, yo no sé nada. Soy tan ignorante como ese hijo tuyo en el cochecito. Vale, he aprendido un poco de política, unos cuantos términos de arte; puedo menear la cabeza y decir muy bien «valores plásticos». Pero, hombre, ¿qué sé yo de la vida? ¿Qué sé yo de cómo funciona todo? ¿Cómo sé de qué manera hago mi trabajo? ¿Por qué vivimos y morimos? Si me quedo aquí, a lo mejor me dedico a tallar bastones —añadió.

Yo sabía lo que quería decir: hay muchos viejos en toda África que se ganan la vida poniéndose en cuclillas, a una distancia decente de los hoteles para turistas, tallando bonitos bastones de madera local, sólo un nivel más abajo en complejidad a lo de la escuela de «África Emergente» de esos escultores tan estáticamente aclamados por los galeristas. Nos echamos a reír y, siguiendo el pensamiento que me sugirió la pregunta que se hizo de «¿Cómo sé de qué manera hago mi trabajo?», le pregunté si había alguna clase de habilidad tradicional en su familia. Como me imaginé, no la había; era un chico urbano de los barrios bajos, que se había criado frente a una cervecería municipal, entre utensilios de latas de parafina y carrocería de coches abandonados que, quizá curiosamente, no despertaron en él a un Duchamp sino que, por el contrario, le convirtieron en un completo expresionista clásico. Aunque no había ningún tallador rural de bastones entre sus antepasados, me contó algo de lo que no tenía idea que formara parte de su experiencia infantil en la reserva: fue enviado, cuando era adolescente, a una escuela de iniciación tribal en la selva y circuncidado según ese rito. Describió la experiencia vívidamente.

Una vez fracasados todos los intentos por conseguir un pasaporte, el deseo de Elías de ir a Estados Unidos se convirtió, por supuesto, en otra cosa: un resentimiento obsesivo contra el confinamiento. Inevitablemente no le dieron ninguna razón de la negativa. La respuesta oficial era la de siempre —que no era «de interés público» revelar las razones de ello—. ¿Era porque «ellos» se enteraron de que vivía con un hombre blanco? (teoría que me explicó uno de los actores negros del grupo). ¿Era porque un crítico había deferentemente descrito su obra como la «agonía de la emergente alma africana»? Nadie lo sabía. Es suficiente con ser negro: los negros deben quedarse donde están, en su porción de calles étnicas, en sus zonas segregadas, en esas partes de Sudáfrica a las que el gobierno dice que pertenecen. Sin embargo —la manera en que manejan nuestras vidas, como yo decía, es una pregunta sin respuesta—, el mejor amigo de Elías, de repente, consiguió un pasaporte. Ni siquiera yo sabía que también *le* hubieran ofrecido una beca, una bolsa de estudios o algo por el estilo; le invitaron a ir a Nueva York para estudiar dirección y las últimas técnicas de interpretación (era la época del Método en lugar de lo de Grotowski). Y

él consiguió un pasaporte «al primer intento», como decía Elías con placer y admiración, sin sombra de envidia; cuando un negro conseguía un pasaporte había un sentido colectivo de placer por haber burlado no sabíamos exactamente qué. Así que fueron juntos, él con su pasaporte, y Elías Nkomo con un permiso de salida.

De todas formas, un permiso de salida era un billete de ida. Cuando te conceden uno a petición tuya, no por el capricho del gobierno, tú firmas una garantía de que nunca volverás a Sudáfrica ni a su territorio de fideicomiso, África del Sudoeste. Lo juras con tu firma y la huella del pulgar. Elías Nkomo no volvió nunca. Al principio escribía (y con bastante frecuencia) con entusiasmo acerca del mundo exterior que había alcanzado y parecía disfrutar de una cierta popularidad, no tanto como escultor sino como un negro africano auténtico, real, con la suficiente sofisticación como para que se le pidiera su opinión sobre esto o lo otro: la belleza de las mujeres americanas, la vida en Harlem o Watts, el Poder Negro visto a través de sus ojos, etc. Envió recortes de *Ebony* y hasta del *New York Times Magazine*. Decía que una chica en *Life* intentaba convencerles de que publicaran un artículo sobre su obra: ¿su obra?, bueno, no había comenzado nada verdaderamente nuevo aún, pero el centro artístico era un lugar lleno de animación, ¡Dios, las cosas que hacía la gente allí! Naturalmente, había silencios; lo olvidábamos y él se olvidaba de nosotros durante muchas semanas. Luego, los periódicos locales recogieron ese tipo de noticias que siempre buscan por todo el mundo. Elías Nkomo había hablado en un mitin *anti-apartheid*. Elías Nkomo, con vestiduras del África Central, estaba en una tribuna con Stokely Carmichel. Bueno, ¿por qué no? No tiene que preocuparse de tener una ficha limpia para cuando vuelva a casa, ¿no? Mi mujer le defendía furiosamente. Sí, pero yo me preguntaba por su obra. —«¿Le dejarán en paz para que trabaje?»—. No le escribí y fue como si leyera mi silencio: unos meses más tarde recibí un recorte de una revista universitaria de arte que dedicaba un número a África, y había una fotografía de una de las esculturas de madera de Elías, con una nota autógrafa en el margen de la página. —*Sé que no tienes una alta opinión de quien no produce cosas nuevas pero aquí hay gente que cree que esta vieja cosa mía es buena*—. Era una especie de comentario irónico, que si me lo hubiera dicho en voz alta en la habitación, nos habría hecho reír a los dos. Sonreí y pensé en escribirle. Pero dos semanas después, Elías había muerto. Se arrojó una mañana temprano al río de la ciudad de Nueva Inglaterra, donde se encontraba la escuela de arte.

Fue como la negativa del pasaporte; no supimos por qué. Con la habitual arrogancia que se siente ante hechos semejantes, hasta me sentí culpable por lo de la carta. Tal vez, si uno está a miles de kilómetros del «lugar» propio, en un apuro, una pequeña cosa como una carta, una palabra de ánimo de alguien que se ha mostrado muy parco en el elogio en el pasado... ¡Y qué patética arrogancia, pensarlo! Es como si la fragilidad de una carta, escrita por alguien entre otras preocupaciones, y, en sustancia, una mentira estimulante (qué estupendo que tu vieja obra sea reconocida en una insignificante revistita) pudiera ser como la mano a la que se agarra un hombre que se hunde por segunda vez.

Porque antes de que Elías se ahogara en aquel río tuvo que pasar por unos horrores desesperados de los que yo no sabía nada. Cuando la gente se suicida lo hace, al parecer, por una repentina revelación que nosotros, los vivos, no queremos recibir. Eso es lo que significa desesperación, ¿no? —¿qué llegan a saber?—.

Y eso es lo que uno significa cuando dice como atenuante de sí mismo: «De verdad, sabía muy poco sobre él». De Elías sólo conocía el ser que se había presentado en mi «lugar»; porque ¡qué fuera de lugar había estado cuando mencionó que de chico había pasado semanas en la selva con el grupo de circuncisión! Por supuesto, sus amigos decidimos, basándonos en los hechos que conocíamos y en nuestras actitudes políticas y personales, por qué había muerto: y tal vez fuera cierto que se moría de ganas de volver, en el sentido real de la frase, ya olvidado; muerto de ganas de volver a la tierra nativa que le había echado para siempre y que se veía obligado a evocar para sí mismo en la parodia de la vestidura «nativa», que no tenía nada que ver con su parte del continente, y la vergüenza que una nueva clase de solidaridad negra de tribuna le hacía sentir de su antigua dependencia, en Sudáfrica, de la amistad con gente blanca. Fue el gobierno sudafricano quien le mató, fue el choque cultural —pero quizá ni nuestra amargura política ni nuestra facilidad para formar frases de moda pudieran dar idea de qué combinación de fuerzas, dentro y fuera, le llevó a ese bautismo fatal a primera hora de la mañana—. *No es de interés privado que eso se revele*. Elías nunca volvió a casa. Eso es todo.

Pero su mejor amigo lo hizo, regresó a finales de aquel año.

Él vino a verme después de que llevara varias semanas en el país —yo sabía que había vuelto—. El grupo teatral se había disuelto, parecía que de eso era de lo que venía a hablarme, sobre todo: quería saber si quedaba algo de dinero para que pudiera iniciar un pequeño proyecto teatral suyo, deseaba poner en práctica los conocimientos que había adquirido en los Estados Unidos. Ahora estaba gordo de verdad y vestía una ropa estrafalaria. Una americana a lo Liberace. Botas de plástico. Una peluca afro que parecía hecha de lana de oveja *karakul*, de África del Sudoeste. Le hice una broma sobre ello —teníamos bastante amistad como para eso— preguntándole si había estado con los guerrilleros en vez de en los teatros de Off-Broadway. (En aquel entonces había un juicio a refugiados políticos sudafricanos que intentaron infiltrarse a través de África del Sudoeste). Y me sentí un poco avergonzado de mi condescendencia hacia su gusto cuando dijo con mucho humor: «Lo llevo porque me hace gracia, tú, ¿no es bárbaro?». Fui demasiado cobarde como para llevar la conversación al tema principal: Elías. Y cuando no se pudo evitar, dije las habituales trivialidades y él sacudió la cabeza —«Joder, tío», y nos callamos—. Luego me dijo cómo había vuelto: como Elías había muerto, había utilizado la parte de vuelta de su billete. *Su* bolsa de estudio no comprendía gastos de viaje y tuvo que pagar su billete de ida. Así que únicamente tenía billete de ida, pero la beca de Elías incluía la vuelta al lugar de origen del estudiante. Fue difícil que la línea de aviación accediera a esa transferencia: había tenido que acudir a la gente de la fundación de las becas, pero se portaron muy bien y se lo arreglaron.

Me contó todo eso tan francamente que yo fui uno de los que más se indignaron cuando empezó a correr el rumor de que era agente de la policía: ¿qué otro hubiera tenido la sangre fría de volver con el billete de un hombre muerto, un muerto que jamás podría haber utilizado esa parte del billete porque había optado por un permiso de salida? Y, de todas formas, ¿quién se lo iba a creer? Evidentemente, *él* tenía que encontrar la forma de explicar por qué él, un negro como cualquier otro, podía viajar libremente entre Sudáfrica y otros países. Tenía un pasaporte, ¿no? Bueno, eso era. ¿Por qué *él* había conseguido un

pasaporte? ¿Qué negro conseguía un pasaporte en aquellos días?

Sí, me sentí irritado y le defendí, mediante la prueba de la ingenuidad con que —un negro, sí, y por tanto acostumbrado a la necesidad de salvar del desastre toda su vida, incapaz de permitirse los hermosos remilgos de la delicadeza de los blancos— se hizo con el billete de avión de Elías porque él estaba vivo y lo necesitaba, al igual que podía quedarse con el abrigo de Elías si tenía frío. Me negué a evitarle, al contrario que los miembros restantes de nuestro grupo, y mostré un rostro impasible, al margen de la complicidad de las medias sonrisas que acompañaban la mención de su nombre. Por supuesto, nunca habíamos sido íntimos amigos, pero me visitaba de vez en cuando. No encontró trabajo en el teatro y trabajaba como viajante en la reserva. Solía traer consigo a tres o cuatro chicos cuando nos visitaba; eran muy dóciles, discretos y bien educados, con sus buenos trajes en miniatura —nuestros hijos descalzos los miraban pasmados—. Eran sus hijos más^ los hijos de la familia con que vivía, creíamos. Él y yo hablábamos sobre todo de sus apuros —su viejo coche no era de fiar, su mujer le había abandonado, sus comisiones escasas, y podría haber aceptado la oferta de trabajar con una compañía de repertorio en Chicago si hubiera conseguido el dinero del billete para volver a América— mientras mi mujer le daba helado y tarta a los silenciosos hijos, o mis hijos colocaban con deferencia a los suyos en el columpio del jardín. Habíamos empezado a poder hablar de la muerte de Elías. Me contó cómo, en las semanas antes de su muerte, Elías tomó una vez una escalera mecánica de bajada en vez de la de subida, y siguió subiendo y subiendo. «¿Sabes?, creí que estaba haciéndose el gracioso. Subiendo escaleras para no ir a ninguna parte».

Él se agarraba nostálgicamente al idioma americano; ningún africano utiliza la palabra «noplacé» cuando quiere decir «nowhere»^[5]. Pero había dejado su peluca afro y cuando comenzamos a hablar sobre Elías sujetaba su cabeza grande y bien modelada con sus cortos y finos cabellos como la lana, con las manos, como si se esforzara por pensar con mayor claridad sobre algo que nunca se aclararía; de repente me sentí unido a él en ese gesto, y dije: «Sigue». Recordó otro ejemplo de cómo Elías se había «comportado extrañamente» antes de morir. Durante una de esas visitas por la tarde, dijo:

—No creo haberte contado lo del asunto de los estudiantes en la escuela. Cómo aquel último fin de semana (antes de que lo hiciera, quiero decir) invitó a todos a una fiesta, no sé qué clase de festividad dijo que era. Unos dijeron que habló de una barbacoa (ya sabes lo que es, lo mismo que una *braaivleis*). Pero después me contaron que dijo que les daría una verdadera fiesta africana, que les iba a enseñar cómo la gente rural lo hace en las bodas o en los funerales. Quería saber dónde podía comprar una cabra.

—¿Una cabra?

—Eso es. Una cabra viva. Quería matarla y asarla para ellos en el campus.

Fue por entonces cuando me pidió un préstamo. Yo creo que esa era la razón de traer a aquellos niños tan bonitos y bien vestidos cuando me visitaba: quería dejarme ver sus obligaciones y responsabilidades antes de pedirme dinero. Era una cantidad bastante

grande para una persona con mis recursos. Pero no podía seguir trabajando sin un coche nuevo, y ahora tenía oportunidad de «comprar uno muy bueno de segunda mano». Le di el dinero a pesar de —o a lo mejor debido a que— corrían nuevos rumores de que, en una redada de la policía, en la casa de la familia donde se alojaba, todos los mayores que estaban allí, salvo él, fueron detenidos, acusados de asistir a una reunión de una organización política prohibida. Sus amigos fueron absueltos de la acusación gracias a la habilidad del abogado defensor, que demostró que el agente provocador, en cuyo testimonio se basaba la acusación, era un testigo falso: es decir, que era un mentiroso. Pero los amigos recibieron en seguida órdenes de prohibición, lo que significaba, entre otras cosas, que sus movimientos quedaban restringidos y no podían asistir a reuniones.

Él era el único que seguía, significativamente, no se podía ignorar, libre. Y sin embargo sus amigos le dejaron seguir viviendo en la casa; era un misterio para nosotros, los blancos, y para ciertos negros, también. Pero entonces, muchas cosas se convierten en misterio cuando la confianza se hace una mercancía que se vende a la policía. A pesar de mi pequeña demostración de desafío con el préstamo, durante los dos últimos años hemos llegado a esta situación en la que, si un hombre es negro, culto, tiene amigos «políticos» y blancos, y un pasaporte, hay que considerarle espía de la policía. Sentí asco de mí mismo —por eso le di el dinero—, pero yo también lo creí. Sólo existe una forma para un hombre así de demostrar su inocencia, según nuestras reglas: debe ir a la cárcel.

Bueno, *él* estaba en libertad. Un poco desanimado por la suerte de sus amigos, de los que hablaba con la misma inocencia que cuando me contó lo de quedarse con el billete de avión de Elías, agobiado como siempre por problemas de dinero, pobre diablo, pero, como siempre, animado. Sin embargo, nuestra amistad, que realmente empezó a existir tras la muerte de Elías, decayó rápidamente. El dinero fue la causa. Por supuesto, *él* temía que yo le exigiera que empezara a devolvérmelo, así que dejó de visitar mi «lugar», se acabaron las visitas con los niños negros tan bien vestidos y educados. Recibí una vez una carta escrita a máquina por *él*, agradeciéndome solemnemente mi amable cooperación, etc., como si fuera una firma comercial, y asegurándome que en unos meses esperaba estar en posición de, etc. Garabateé una nota de respuesta, diciendo que, por supuesto, maldita sea, esperaba que me devolviera lo que me debía, ¿pero por qué demonios teníamos que comportarnos entretanto como si hubiéramos reñido? ¿Por qué coño tenía que tratarme como si yo tuviera una enfermedad contagiosa por unos cuantos rands?

Pero no volví a verle. Yo tenía mucho trabajo —el auge inmobiliario de los últimos años, ¿sabe?—; tuve un contrato para varios centros comerciales y un gran centro cultural —como para preocuparme por el viejo grupo teatral en sus esporádicas resurrecciones—. No creo que *él* tampoco tuviera mucho que ver; oí que le salía bastante bien lo de vendedor y que pensaba en volverse a casar. Hubo incluso un rumor —otro más— de que se estaba construyendo una casa en Dube, que es lo más parecido a una sólida zona residencial burguesa a que puede aspirar un negro en esos dormitorios negros fuera de la ciudad del hombre blanco, si se puede considerar burgués a quien no tiene propiedades. No necesitaba ya el dinero, pero ya sabes lo que pasa con el dinero: sentía un cierto resentimiento por la deuda, porque daba la impresión de que *él* podía haberlo devuelto, igual que yo podría haber dicho que no lo necesitaba. En cuanto a la amistad, ya me había enseñado lo que

valía. Se está convirtiendo en algo que el hombre tiene que comprar, al igual que compra la cooperación de los soplones de la policía. Elías había muerto hacía cinco años; nosotros vivimos en nuestra situación ahora, como dice la frase legal; se recurre a las frases legales porque otras formas de expresión se han vuelto demasiado arriesgadas.

Y luego, hace doscientos setenta y siete días, hubo un nuevo rumor y esta vez confirmado, esta vez no era un rumor. *Le* fueron a buscar a su habitación una noche y lo encarcelaron. Es totalmente legal aquí; es el Acta de Detención de ciento ochenta días. Al menos, debido a que era una especie de celebridad, con muchos amigos y contactos, en particular entre periodistas blancos y negros, el hecho fue público. Si es gente humilde, o no ofrece ningún interés especial para el pequeño mundo de los liberales blancos, los mantienen detenidos durante muchos meses antes de que se sepa, excepto para los testigos oculares de lo ocurrido en la casa o en la calle, cuando los detiene la policía. Pero, al menos, todos sabemos donde está: en prisión. Se dice que preparan contra él y varios otros detenidos al mismo tiempo acusaciones de traición, y aun contra otros que llevan detenidos todavía más tiempo —trescientos setenta y un días, trescientos diez días: las cifras, una vez publicadas son siempre así de precisas—, y que pronto, pronto les juzgarán por lo que han hecho que nosotros desconocemos, porque cuando se está encarcelado bajo el Acta de Detención no se dice por qué ni cuáles son las acusaciones. Todos tenemos nuestras suposiciones, por supuesto. ¿Era un agente doble, que aprovechaba su pase como espía de la policía para facilitar su verdadero trabajo como nacionalista africano clandestino? ¿Se equivocó en la elección de sus amigos? ¿Sufría un peligroso sentido de la lealtad en lugar de tener sólidas convicciones propias? ¿Se debió a algún lazo personal, insospechado, sobre el que no tenemos derecho a especular? Sabe Dios —salvo el rumor de que fuera espía de la policía—, nadie tenía menos aspecto de activista político que aquel alegre joven, de segunda fila, siempre dispuesto a levantarse y cambiar el disco, al que le gustaban las americanas de Libera-ce y que aspiraba a interpretar *Le Roi Jones* en *Off-Broadway*.

Pero, como decía, ya sabemos donde está: dentro. En confinamiento solitario la mayor parte del tiempo, dicen también los que han estado allí dentro. Lleva doscientos setenta y siete días. Y así nosotros, los amigos blancos, podemos purgar la vergüenza de los rumores. Podemos ser puros de nuevo. Al fin estamos satisfechos. Está en la cárcel. Lo ha demostrado, ¿no?

Notas

^[1] Hay una cuarta palabra, más o menos equivalente a «africano», pero no creo que aparezca en ninguno de esos relatos: «bantú». La palabra significa «pueblo», y por tanto, utilizada en conjunción con la palabra inglesa, como suele ocurrir («el pueblo bantú»), produce el necio término «pueblo pueblo». El uso de «bantú» es una cortesía oficial gubernamental, adoptada para sustituir las apelaciones ofensivas mediante un término que es casi tan negativo y revelador, en cuanto a que se usa como «no blanco». (*N. de la A.*) <<

^[2] En Sudáfrica, término coloquial con que designan una moneda de tres peniques que en la actualidad ya no se acuña. (*N. de la A.*) <<

^[3] Departamento de Obras Públicas. (*N. de los T.*) <<

^[4] En inglés, *Church* significa «Iglesia». (*N. de los T.*) <<

^[5] «Noplace» y «nowhere» significan exactamente lo mismo: ninguna parte. (*N. de los T.*) <<